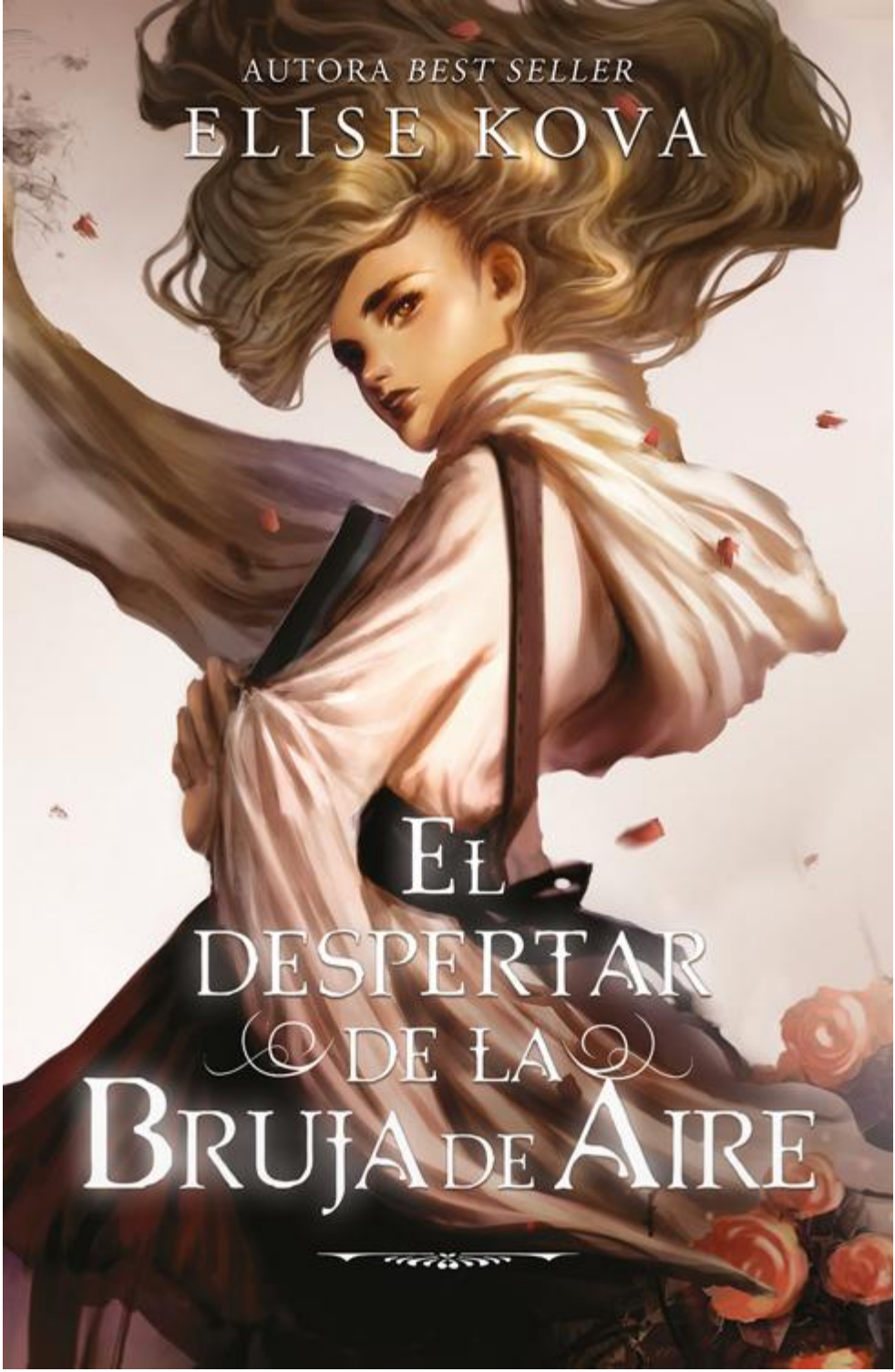
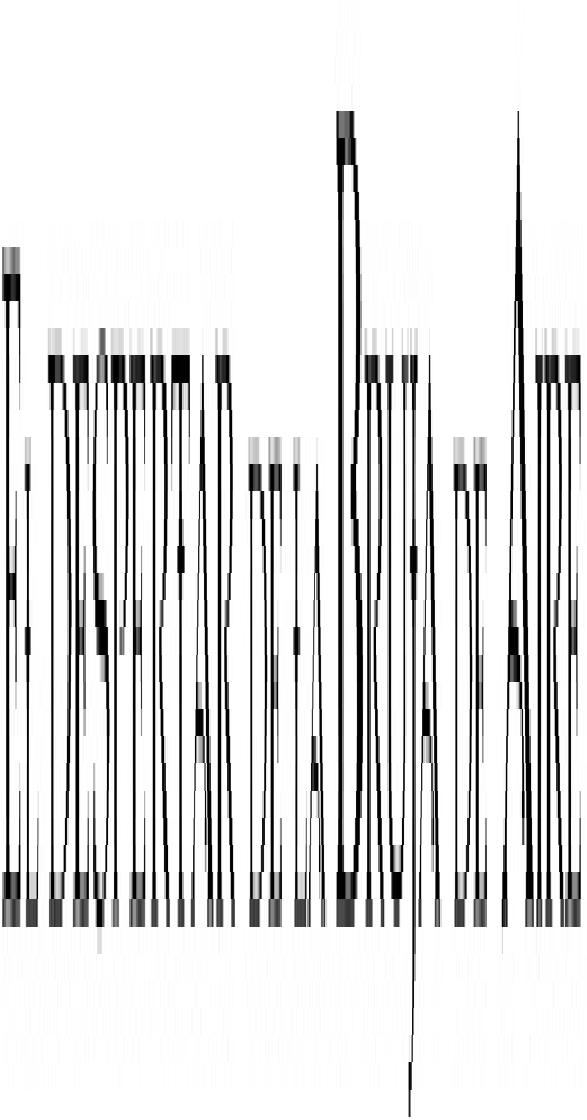

AUTORA BEST SELLER
ELISE KOVA
EL DESPERTAR DE LA BRUJA DE AIRE

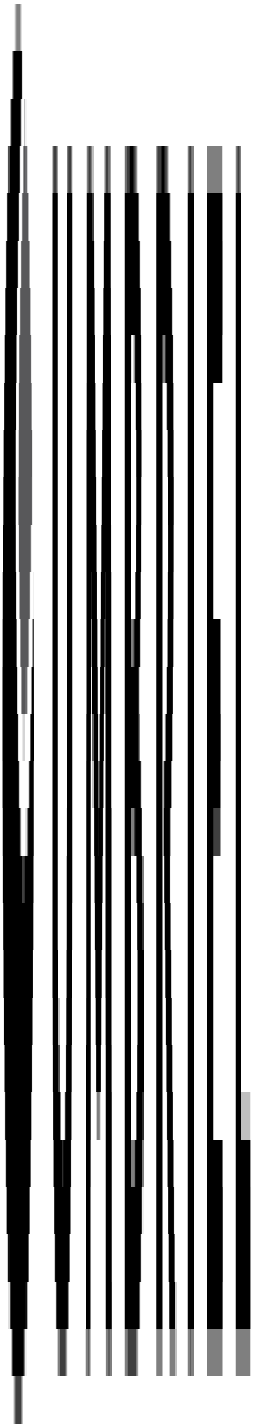
AUTORA BEST SELLER
ELISE KOVA
EL DESPERTAR DE LA BRUJA DE AIRE



ELISE KOVA

El despertar de la Bruja de Aire

VOLUMEN UNO



Argentina · Chile · Colombia · España
Estados Unidos · México · Perú · Uruguay

Título original: *Air Awakens*
Editor original: Silver Wing Press
Traducción: Guiomar Manso de Zuñiga Spottorno

1.ª edición: septiembre 2022

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

© 2015 *by* Elise Kova
All Rights Reserved
© de la traducción 2022 *by* Guiomar Manso de Zuñiga Spottorno
© 2022 *by* Ediciones Urano, S.A.U.
Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid
www.umbrieleditores.com

ISBN: 978-84-19251-54-1

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

Este libro va dedicado a…

Alicia Davis, Kiri, Kay, IridescentSoul, Elanor Crumwell, RomanceObsessed, DarlingFaye, PowerMadGirl, yesiamhuman, queencarrot, Prodigee123, doc2or, Seriah Black Sheep, Your Loyal Bookworm, shinju asuka, puffgirl1952, musicboxmetaphor, shari, bfl2ma, Valerie, XtremeAngell, Mirirowan, Rebecca, prathyu, Alyss20, TwiinzRJ, Vyra Finn, Ozymandeos, Lady Altrariel, Ulsindhe, gizem524, musicalfishieXD, devonamorgan, blueeyesbrightsmile, Estheranian, Michelle Fang, Rizzy, Tessa, Sekhra, JustAnotherGal, Ashley, Izzy, Blanket Baby, hopewriteinspire, rosewood, appleeater1313, Wonderlander, A fan, Mizz Dustkeeper, lalalaughter101, LazyFakeName, carmensimagination, avery, avid reader, Mousey, Emmie, FreakinMarisa, Death's Sweet Kiss, Kaf, Sephirium

… y todos los demás que estuvieron conmigo y me apoyaron desde el principio. Sin vosotros, no habría historia.

EL
CONTINENTE
MAYOR
SOLARIS
CAPITAL
EL
SUR
LYNDUM
HASTAN
EL
ESTE
CYVEN

CAPÍTULO 1

Las tormentas de verano eran comunes en la capital y Vhalla Yarl había soportado sus visitas desde que había llegado desde el Este hacía siete años, pero los truenos y los relámpagos nunca eran invitados bienvenidos.

El estallido de luz a través de la contraventana no había acelerado su corazón esta noche; lo que ralentizaba su mundo con cada reverberación era el grave y solemne canto de un cuerno que resonaba desde cada poste de la ciudad. El sonido se iba perdiendo antes de resonar una vez más.

Vhalla se levantó de un salto y corrió hasta la estrecha aspillera de arquero que le hacía las veces de ventana. Abrir la contraventana resultó una mala idea, pues el viento se la arrebató de las manos y la estampó contra la piedra del palacio tan fuerte que creyó que saldría volando de sus bisagras. Sin embargo, olvidó la contraventana al instante cuando los cuernos volvieron a bramar a sus pies, en la muralla de palacio, y Vhalla parpadeó contra el aullante viento.

Los cuernos solo podían significar una cosa.

Clavó sus oscuros ojos marrones, moteados de dorado, en la Puerta Imperial mucho más abajo, que acababa de abrirse para dejar pasar a toda prisa a una partida militar. Vhalla se asomó todo lo que pudo e hizo caso omiso de la lluvia que salpicaba sus mejillas mientras se esforzaba por distinguir las sombras de los soldados que volvían a casa desde el frente.

¿Habrían ganado? ¿Habría terminado la guerra contra Shaldan?

El corazón de Vhalla se aceleró. Entre los destellos intermitentes de los relámpagos, solo logró contar veinte jinetes.

Una victoria cruzaba la ciudad con el grueso de las fuerzas y estandartes iluminados por el sol aleteando al viento. Una victoria esperaba a que hubiera mejor clima para sus desfiles. Algo iba mal.

Este era un grupo de mensajeros, una entrega, una escolta, una…

A Vhalla se le quedó la mente en blanco.

Un puñado de sirvientes de palacio salieron a la carrera a recibir al grupo y, bajo la parpadeante luz de sus antorchas, Vhalla alcanzó a distinguir a algunas personas. Una capa imperial blanca cubría la grupa de un caballo.

Había regresado uno de los príncipes.

Los sirvientes tiraron del cuerpo flácido e inerte para ayudar a bajar al príncipe que iba desplomado sobre su montura. Vhalla no podía oír las palabras gritadas por encima de la tormenta, pero sonaban frenéticas y enfadadas. Se puso de puntillas y se dobló por la cintura, con media espalda empapada ya, mientras se asomaba todo lo posible por la ventana hasta que se llevaron al hombre herido. Entonces se retiró de la lluvia, cerró la contraventana e hizo caso omiso del pequeño charco alrededor de sus pies. Uno de los príncipes estaba herido, pero ¿cuál?

Unos insondables ojos cerúleos llenaron su mente. El príncipe Baldair, el segundo hijo, había pasado por la biblioteca justo antes de regresar a la guerra. Vhalla nunca había conocido a un miembro de la familia imperial hasta entonces, pero todas las historias que contaban acerca del príncipe Rompecorazones habían sido ciertas.

Cerró las manos en torno a la parte de delante de su camisón y se forzó a respirar hondo. El príncipe ni siquiera sabía quién era ella, se recordó. Seguro que había olvidado a la aprendiza de bibliotecaria a la que había atrapado en pleno vuelo cuando resbaló con torpeza desde una de las enormes escaleras rodantes entre las estanterías.

Ahora llamarían a los clérigos de palacio, despertarían a sirvientes para que llevaran mantas y encendieran fuegos, los aprendices de las artes curativas trabajarían toda la noche, y todo lo que podía hacer ella era esperar en silencio.

Vhalla retiró unos mechones de pelo empapado que se le habían pegado a la cara. Roan tenía razón: era una tonta por pensar siquiera en el príncipe Rompecorazones. Vhalla no era el tipo de chica que interesaría al príncipe Baldair; era demasiado anodina.

La puerta se abrió de par en par. Una rubia menuda de pelo rizado apareció sin aliento en el umbral de la puerta. Vhalla parpadeó en dirección a la mujer, una mujer a la que parecía haber invocado con su fugaz pensamiento.

—Vhalla… a la biblioteca. Ahora —jadeó Roan. Fue como si hablara otro idioma, y el cuerpo de la chica no obedeció la orden—. ¡Vhalla, *ahora*! —Roan la agarró de la muñeca y la arrastró por los pasillos en penumbra, sin darle siquiera tiempo de ponerse algo más adecuado.

—Roan. ¡Roan! ¿Qué ha pasado? —preguntó Vhalla mientras doblaban una esquina.

—No sé gran cosa. El maestro Mohned te lo explicará —repuso Roan.

—¿Es el príncipe? —farfulló Vhalla. Su amiga se detuvo un momento y se giró hacia ella.

—¿*Todavía* tienes al príncipe Rompecorazones metido en la cabeza? Han pasado… ¿qué, dos meses? —Puso en blanco sus ojos azules, un poco más oscuros que los del príncipe.

—No es eso. Yo… —balbuceó, y notó cómo el calor subía hacia su cabeza.

—¿Y por qué estás toda mojada? —Roan parpadeó y se permitió mirar bien a su amiga por primera vez. Antes de que Vhalla pudiese contestar, ya estaban zigzagueando por los estrechos pasillos de servicio otra vez—. No importa. Solo ten cuidado de no mojar los libros.

La Biblioteca Imperial estaba ubicada dentro del palacio, una parte de la capital del Imperio Solaris, construida en la ladera de una montaña. Infinitas estanterías doradas de madera de cerezo, más altas que cuatro hombres de pie unos encima de otros, albergaban la extensa sabiduría del imperio. El techo abovedado era un inmenso vitral y, durante los días soleados normales, proyectaba un caleidoscopio de colores sobre el suelo.

Ahora, sin embargo, la biblioteca estaba envuelta en oscuridad. Cada aprendiz al lado de una vela ante el mostrador central, con atuendos en varios estados de desaliño.

Los ojos de Vhalla pasaron por encima de la maternal Lidia y se posaron por un instante en la joven Cadance antes de llegar a Sareem. Iba descamisado, y Vhalla contempló su piel aceitunada, de un tono más lustroso que la de ella. Se lo veía sorprendentemente fuerte, y la joven tuvo que hacer un esfuerzo por recordar cuándo se había convertido en un hombre su amigo de la infancia. Los ojos de Sareem se cruzaron con los suyos y el joven pareció casi sorprendido. Vhalla

se apresuró a apartar la vista.

—Necesitamos todos los libros que tengamos sobre la magia y los venenos de las Ciudadelas Celestiales norteñas de Shaldan. Traedlos aquí. Los leeremos y tomaremos notas de lo que pueda ser útil antes de remitírselos a los clérigos —les indicó el maestro Mohned mientras los guardias empezaban a encender más velas por toda la biblioteca. El hombre aparentaba hasta el último año de su anciana edad, con su larga barba blanca desgreñada como las raíces larguiruchas de una planta pequeña—. ¡Es una orden imperial! ¡Poneos en marcha! —espetó al ver a los aprendices de la biblioteca patidifusos y boquiabiertos.

Vhalla echó a correr hacia una escalera rodante y aprovechó el impulso para deslizarse a lo largo de una estantería entera. Sus ojos volaban por encima de los títulos y sus manos ávidas empezaron a sacar libro tras libro. Con tres manuscritos acunados entre los brazos, corrió de vuelta al mostrador central, donde los depositó en el suelo antes de repetir el proceso.

Los montones crecieron y el sudor perló la frente de Vhalla. El maestro la regañaba a menudo por leer durante sus horas de trabajo, pero siete años de desobediencia habían grabado a fuego una larga lista de títulos en su mente. Los encabezamientos de los libros aparecían ante sus ojos más rápido de lo que sus pies podían llevarla hasta ellos.

Cuando la tercera montaña de pergamino encuadernado se alzaba más alta que ella, Vhalla se dio cuenta de que los otros aprendices habían dejado de buscar y se estaban instalando en el suelo para empezar a confirmar el contenido de cada manuscrito. Apoyó la palma de una mano contra su costado con desdén. Los montones de los otros eran pequeñísimos. Se le ocurrían cinco tomos solo de pociones que a Sareem se le habían pasado por alto.

El príncipe ocupaba su mente mientras iba en busca de más libros, el rostro del hombre estaba en primer plano en sus pensamientos. Sus lesiones debían ser graves si los clérigos necesitaban investigar más allá de sus amplios conocimientos. Vhalla se mordió el labio mientras miraba las torres de sus libros delante del escritorio. ¿Qué le pasaba?

—Vhalla. —No oyó la voz avejentada del maestro mientras repasaba más títulos en su cabeza. Faltaba uno, *seguro que faltaba*. ¿Estaría en la sección de misterios?—. Vhalla.

La vida del príncipe se les podía escapar entre los dedos porque les faltara solo una línea de texto. Vhalla pasó el dorso de la mano por su frente. Gotas de sudor, o de agua, rodaban por su cuello.

—¡Vhalla!

—¿Qué? —replicó en tono cortante, al tiempo que se giraba hacia Mohned. Vhalla se dio cuenta al instante de su tono irrespetuoso. El maestro, sin embargo, lo dejó pasar.

—Ya es suficiente; tenemos libros suficientes. Ayúdanos a buscar. Anota todo lo que encuentres que pueda ser útil.

El maestro Mohned señaló al suelo y Vhalla ocupó su lugar entre Roan y Sareem. El personal de la biblioteca ignoró todas las reglas y el decoro para agarrar plumas, tinta y pergaminos de un montón comunal en medio de su círculo.

Vhalla se puso el primer libro en el regazo.

—Maestro. —Levantó la cabeza y apartó la mirada de las páginas apretadas entre sus dedos temblorosos. El sabio la observó a través de sus gafas—. ¿Quién está enfermo?

—El príncipe.

Esas dos palabras fueron todo lo que tuvo que decir el maestro para que la garganta de Vhalla se quedara más seca que el Páramo Occidental. Deseó haber estado equivocada.

El príncipe estaba en el palacio, en algún sitio fuera de su alcance. Necesitaba ayuda y ella no era nadie. Vhalla estaba apenas por encima de los sirvientes que barrían los pasillos y limpiaban los cuartos de baño como castigo por pequeñas infracciones. Pero quizá sus muchos años de lectura diesen sus frutos y de verdad pudiese hacer algo.

Vhalla agarró otro pergamino y su pluma garabateó trazos de tinta en su superficie en blanco. Esto era todo lo que podía hacer. Era lo único que se le daba bien. Podía leer y tal vez transmitirle algún conocimiento útil a un clérigo que salvaría a un hombre al que ella apenas conocía.

Al rompérsele una pluma, Vhalla maldijo y tiró el utensilio a un lado antes de alargar la mano a por otro. Sareem le lanzó una mirada de curiosidad, pero la chica estaba a años luz de distancia. Cuanto más escribía, más tranquila se sentía. La pluma era como una extensión de su ser y Vhalla sometía a la tinta a su voluntad como si estuviera bajo el hechizo de las palabras.

Poco a poco, los libros empezaron a amontonarse en una pila

nueva. Cada uno tenía una nota detrás de la tapa, con la información que había encontrado y creía que quizá fuese útil. Vhalla apenas se dio cuenta de que su carga de trabajo vertical iba disminuyendo a medida que los soldados se llevaban los libros por brazadas enteras. Tampoco se giró para despedirse cuando sus amigos, cansados, se fueron retirando a lo largo de la noche.

Aunque su energía estaba menguando, cuantos más libros salían de esa sala, más necesidad de leer sentía. Poco a poco, un calorcillo empezó a florecer en su interior; despacio al principio, pero fue aumentando a cada hora que pasaba hasta que se convirtió en un calor abrasador.

El sonido que hizo el último libro al cerrarse la sacó de su trance. Vhalla parpadeó en dirección a sus manos manchadas de tinta, vacías ahora. A la luz del sol, giró los ojos hacia los cielos y admiró, agotada, el magnífico arcoíris del vitral que discurría a lo largo de todo el techo. Había amanecido y ella no era capaz de recordar la noche siquiera. Dos manos se cerraron con firmeza alrededor de sus hombros oscilantes.

Parpadeó para eliminar la neblina de sus ojos antes de mirar al hombre que había aparecido de repente delante de ella. Una cara desconocida le devolvió la mirada. Era un hombre sureño con ojos azul hielo, una perilla y el pelo rubio y corto. Aunque no parecía amenazador, Vhalla estaba segura de no haberlo visto nunca.

—¿Es esta? —Le habló a otra persona, aunque no apartó los ojos de ella.

—Lo es, ministro —repuso otra voz desconocida.

—Gracias. Puedes retirarte —ordenó el hombre del Sur.

—¿Quién es usted? —La lengua de Vhalla por fin volvió a la vida, el aturdimiento de ese calor febril se desvaneció. Intentó encontrarle un sentido a quién era ese hombre y por qué la estaba tocando. Sus ojos se posaron en una sobria chaqueta negra que contrastaba de manera notable con la luz de la mañana. Nadie vestía de negro en el palacio.

Se sintió mareada. *Casi* nadie vestía de negro.

—Espere, ¿es un…?

—Nada de preguntas. —Una mano grande, pegajosa y fría, se cerró sobre su boca—. No tengas miedo. Estoy aquí para ayudarte, pero tienes que venir conmigo.

Vhalla levantó la vista hacia el hombre con los ojos muy abiertos. Respiró con fuerza por la nariz y negó con la cabeza para protestar por esa mano que la silenciaba.

—He de hablar contigo en privado, pero el Maestro de los Tomos volverá pronto. Así que ven conmigo. —Despacio, el hombre apartó la mano de su cara.

—No. —A punto estuvo de caerse hacia atrás—. ¡No iré con usted! Usted no debería estar aquí y yo no iré ahí. —Su cerebro estaba hecho un lío por el pánico, intensificado por el esfuerzo de la noche.

El hombre la agarró una vez más con una expresión irritada y una mirada furtiva hacia atrás.

Vhalla abrió la boca para pedir ayuda, pero todo lo que inhaló fue un fuerte olor a hierbas del trapo que de repente encontró apretado contra su cara. Justo antes de perder su pugna con la conciencia que aún le quedaba, Vhalla vio el símbolo bordado en la chaqueta del hombre cuando este se inclinó hacia delante para levantarla entre sus brazos. Cosida sobre el lado izquierdo llevaba una luna plateada con un dragón enroscado alrededor del centro; la luna estaba cortada en dos, con cada mitad desalineada con respecto a la otra. Jamás había visto el símbolo con sus propios ojos, pero sabía lo que esa agorera imagen significaba: un hechicero.

CAPÍTULO 2

Sentía como si alguien le hubiese dado un hachazo en la parte posterior de la cabeza, la hubiera partido en dos y hubiese dejado que su cerebro se derramara sobre esa almohada desconocida. Vhalla gimió y abrió los ojos una rendija. Notaba la cara caliente, pero no de la luz del sol que entraba a raudales por lo que a ella le pareció una ventana enorme.

El día anterior volvió a ella como un tsunami. Se sentó y se agarró las sienes mientras un escalofrío la recorría de arriba abajo. El regreso del príncipe, la búsqueda de todos los libros que se le ocurrieron, casi haberse desmayado mientras leía, y el hombre con esa extraña chaqueta negra… todo ello retornó a una velocidad mareante.

Vhalla miró por la habitación a su alrededor, con cuidado, como si un espectro pudiese acechar en cualquier esquina. Las paredes eran de la misma piedra que el palacio, ajustadas entre sí y unidas con mortero. A diferencia de sus propios aposentos sin adornos, una moldura decorativa discurría por el borde del techo: dragones esculpidos danzaban alrededor de lunas.

Sus ojos se posaron después en un pequeño frasco de cristal que colgaba de un gancho de hierro fijado a la pared. En su interior, parpadeaba una lengua de fuego. No había aceite o cera como combustible, ninguna fuente para la llama, que simplemente levitaba dentro de su recipiente.

Se levantó a toda prisa y corrió hacia la puerta. Sus manos se cerraron en torno al picaporte de metal y tiraron de él con fuerza. El sonido de hierro contra hierro llenó la habitación cuando el pestillo hizo su efecto y la puerta se negó a moverse. Sonó más fuerte que el grito de pánico que tenía atascado en la garganta. El recuerdo del hombre de la chaqueta negra destelló ante sus ojos; Vhalla parpadeó para borrarlo.

Se apartó un paso de la puerta cerrada y miró frenética a su alrededor. Había una cama, una mesa pequeña y un orinal. Corrió hasta la ventana, la abrió de par en par y se asomó. Había una caída vertical mareante hasta el suelo allá abajo.

El sonido del pestillo de la puerta al abrirse llamó su atención otra vez hacia el interior de la habitación y Vhalla se apretó contra la pared del fondo. La había raptado un hechicero y no quería creer a dónde la había llevado. La puerta se abrió y un par de ojos gélidos que le resultaban vagamente familiares conectaron con los suyos.

—Me alegra ver que estás despierta. —El hombre sonrió con cordialidad—. ¿Cómo te encuentras?

—¿Quién es usted? —Vhalla estaba tan cerca de la pared que sería imposible meter siquiera un pergamino entre su espalda y la piedra. Miró al hombre con recelo. Llevaba ropa distinta hoy: unas vestiduras largas sobre una túnica y unos pantalones. Sobre el pecho izquierdo lucía una insignia que reafirmó su pánico: un bordado negro con una luna rota.

—No tengas miedo. —El hombre levantó las manos para demostrar que era inofensivo—. Nadie te hará daño.

—¿Quién es usted? —repitió Vhalla. Sabía por sus vestiduras hasta el suelo y sus mangas acampanadas que el hombre era de mayor rango que ella, como casi todo el mundo en el palacio. Vhalla hizo un esfuerzo por mantener la voz lo más calmada y respetuosa posible. No tuvo mucho éxito.

—¿No quieres sentarte? —El hombre seguía sin contestar a su pregunta.

—Quiero saber quién es usted —repitió Vhalla despacio, los ojos clavados en el lado izquierdo del pecho del hombre. Se le rompió una uña al incrustar los dedos en la piedra de la pared—. ¿Por qué me ha raptado?

—Me llamo Victor Anzbel —reveló al final el hombre con un pequeño suspiro—. Soy el ministro de Hechicería y te encuentras en la Torre de los Hechiceros. Te he traído aquí porque necesito hablar contigo y hacerlo en el suelo de la biblioteca no era una opción. Perdóname, pero ya había amanecido y no teníamos tiempo para las presentaciones relajadas.

—¿D… de qué puede necesitar hablar usted conmigo? —balbuceó Vhalla, apoyada contra la pared por una razón muy diferente a la de

antes. Estaba en la Torre de los Hechiceros hablando con el ministro de Hechicería. Debía estar soñando.

—Por favor, acércate. —El hombre hizo un gesto hacia la puerta—. No tengo ganas de hablar de esto de un extremo a otro de la habitación.

Sin esperar su respuesta, el hombre salió por la puerta y la dejó abierta a su espalda. Vhalla oyó sus botas sobre el suelo de piedra en el espacio desconocido al otro lado. No quería separarse de su pared. Su pared era segura y estable.

Los hechiceros eran raros y peligrosos; eran reservados y dejaban en paz a la gente normal. Por eso tenían su propia Torre, para permanecer fuera de la vista y de la cabeza. En el Sur, todo el mundo se lo había dicho. Este era el último sitio al que *ella* podía pertenecer.

—¿Te gustaría tomar un té? ¿Negro o de hierbas? —le llegó la voz despreocupada del ministro desde la otra habitación.

Vhalla tragó saliva. Tal vez, si se quedaba ahí el tiempo suficiente, podría convertirse en parte de la pared y desaparecer del mundo.

—También tengo leche y azúcar.

Vhalla sopesó sus opciones. Había dos vías de salida: la ventana o la puerta. La primera implicaba una larga caída a una muerte segura. La segunda suponía enfrentarse al hechicero que la había raptado. No le gustaba ninguna de sus alternativas.

Vhalla se dirigió a la puerta con cautela, las manos apretadas en torno al camisón que aún llevaba. No le importaba si iba en contra de las modas sureñas, *daría cualquier cosa por un par de pantalones*.

El ministro estaba ocupado ante una encimera en el otro extremo de la habitación adyacente; había una tetera posada sobre otra llama antinatural mientras manipulaba unos frascos de hierbas secas y unos tazones. Era un taller de algún tipo, con una mesa, más camas y vendas. Vhalla reconoció unos cuantos ungüentos clericales y sus ojos se posaron sobre una colección de cuchillos puestos en fila. ¿Iba a formar parte de algún experimento *in vivo*?

—Ah, ahí estás. Por favor, toma asiento. —El hombre medio se giró hacia ella e hizo un gesto hacia la mesa. Sus ojos brillaban con una chispa juvenil a la que Vhalla no estaba acostumbrada. Siempre había pensado que los funcionarios de palacio eran ancianos, como el maestro Mohned, pero este hombre no podía ser más de diez años mayor que ella.

Vhalla avanzó con sigilo por la pared del fondo, con cuidado de no chocar con nada. A punto estuvo de salirse del pellejo cuando sus pies aterrizaron sobre algo blando, pero era tan solo una alfombra lo que notaba mullido debajo de ella. Vhalla la miró y parpadeó. Era mucho más lujosa que las que decoraban la biblioteca. Enroscó los dedos de los pies entre sus suaves fibras.

—Entonces, ¿té negro o de hierbas? —insistió el hombre, como si nada en su situación fuese extraño en absoluto. Su mano levitaba por encima de la tetera, un tazón lleno ya de líquido humeante.

—Ninguno. —Vhalla no había olvidado el trapo que había utilizado para dejarla sin sentido.

—¿Tienes hambre? A lo mejor quieres comer algo. —El hombre aceptó su negativa con elegancia, pero dejó un tazón vacío sobre la encimera en la que estaba trabajando.

—No. —Vhalla lo miró con atención mientras tomaba asiento enfrente de ella. El ministro cerró los dedos alrededor de su tazón con una irritante sonrisa relajada.

—Si cambias de opinión, no tienes más que decirlo —le ofreció.

La garganta de Vhalla estaba demasiado gomosa para hacer poco más que asentir. Un té sería agradable, pero la Diosa Madre en toda su reluciente gloria dejaría de levantarse al amanecer antes de que ella aceptara nada de este hombre.

—¿Cómo te llamas?

Vhalla se mordió el labio de abajo, dividida entre respetar al funcionario que tenía delante y el miedo que amenazaba con hacer temblar sus puños cerrados. El hombre podía averiguar su nombre sin ningún problema, razonó. Aunque forzarlo a salir entre sus labios fue más difícil que confesar su secreto más oscuro.

—Vhalla —contestó. A lo mejor, si hacía lo que le pedía, el hombre la soltaría—. Vhalla Yarl.

—Vhalla, es un placer conocerte. —El hombre sonrió por encima de su té. Vhalla procuró mantener una expresión neutra, algo que nunca se le había dado muy bien—. Sé que tienes muchas preguntas, así que trataré de explicarte las cosas de la manera más sencilla posible. En primer lugar, permíteme felicitarte por tus esfuerzos en nombre de nuestro príncipe.

Vhalla asintió en silencio. La biblioteca parecía un mundo diferente. El único recordatorio de que era real era su ropa, las

manchas de tinta en sus manos y el calor febril que todavía irradiaba por todo su cuerpo.

—Ayer por la noche, los clérigos me llamaron para inspeccionar los Canales mágicos del príncipe —continuó el hombre—. Como Corredor de Agua, necesitaban de mis conocimientos.

—El príncipe Baldair no tiene magia —lo interrumpió Vhalla. No comprendió el extraño guiño en los ojos de su interlocutor.

El ministro acarició su perilla y se echó atrás en su asiento.

—El príncipe Baldair todavía está en el frente —dijo al final.

Vhalla no pudo evitar quedarse boquiabierta. Si el príncipe Baldair no estaba en palacio, eso significaba que el príncipe al que había salvado era…

—¿Es el príncipe Aldrik? —Cada susurro de los sirvientes, cada palabra cargada de animadversión hacia el esnob heredero al trono resonó en sus oídos. *¿Ese era el hombre por el que había luchado toda la noche?*

—Lo es. —El ministro se rio bajito, divertido por su confusión y sorpresa. Vhalla se apresuró a cerrar la boca—. Mientras lo examinaba, noté algo peculiar en ciertas notas remetidas bajo las cubiertas de algunos de los libros. Una vez que el príncipe estuvo estable, tuve ocasión de inspeccionarlas bien. Estaban trazadas por una mano mágica —explicó el ministro Victor, al tiempo que se inclinaba hacia delante—. Imagina mi sorpresa cuando descubrí que no procedían de ninguno de los aprendices de la Torre que estaban investigando remedios para nuestro príncipe, sino de la biblioteca.

—Eso es imposible.

—Cuando un hechicero hace algo, puede dejar tras de sí trazas de magia —explicó el ministro—. Sobre todo cuando ese hechicero aún no ha Despertado del todo y su poder se Manifiesta de maneras inesperadas.

—No lo entiendo. —Vhalla quería irse a casa. Necesitaba que este hombre dijera lo que quisiera decir y luego la dejase volver a su biblioteca. El trabajo del día ya había empezado y ella iba a llegar tarde.

—Vhalla, eres una hechicera —dijo el ministro sin más preámbulos.

—¿Qué? —El mundo se paró en seco y el silencio presionaba sobre sus hombros.

Un recuerdo destelló ante sus ojos: una niña de pie delante de una granja, suplicándole a su padre que se quedara. Pero él tenía que marcharse; el imperio había llamado a los soldados para luchar contra la mácula mágica que se estaba filtrando al mundo desde las Cavernas de Cristal. Vhalla recordó la partida de su padre.

—¿Qué? —su voz sonó más cortante, más fuerte. Se había puesto en pie—. No, se ha equivocado de persona, de libros. Mis notas debieron mezclarse con las de otra persona. No soy una hechicera. Mi padre era granjero, los padres de mi madre trabajaban en la oficina de correos de Hastan. Ninguno de nosotros es…

—La magia no corre en la sangre. —El ministro interrumpió sus palabras atropelladas—. Dos hechiceros pueden tener hijos Comunes —explicó, en alusión a las personas con y sin magia—. Y dos Comunes pueden tener un hijo hechicero. Es la magia la que nos elige.

—Lo siento. —Vhalla se reía como si el mundo fuese un chiste enorme y ella fuese el remate final—. No soy una hechicera. —Se dirigió hacia la puerta, aunque no sabía a dónde llevaba. Sus facultades lógicas no estaban del todo en funcionamiento. Solo quería irse.

—No puedes huir de esto. —El ministro también se levantó—. Vhalla, tus poderes han empezado a Manifestarse. Eres mayor que la edad habitual para ese tipo de Manifestaciones, pero está ocurriendo. —El hombre parpadeó unas cuantas veces—. Incluso ahora, puedo ver trazas de magia entretejidas a tu alrededor.

Vhalla se detuvo, a medio camino entre el ministro y la puerta, y se retorció las manos. Solo porque afirmara verlo no significaba que de verdad estuviera ahí. *Podría estar mintiendo*, se insistió Vhalla. ¿Acaso podía confiar en la palabra de un hombre que la había secuestrado?

—Tu magia continuará creciendo. Nada podrá pararla y, con el tiempo, Despertarás a la totalidad de tus poderes. Será a manos de otro hechicero que te guíe en el proceso, o bien tus poderes simplemente se liberarán. —El tono del ministro no era ligero en absoluto, pero la falta de un matiz bromista no lograba que sus palabras fuesen más fáciles de creer.

—¿Qué podría pasar? —La energía nerviosa que discurría por su interior estaba buscando una salida. Todo su cuerpo temblaba mientras esperaba la respuesta.

—No lo sé. —El ministro Victor tomó su tazón de líquido color caramelo y bebió un trago largo, mientras pensaba—. Si eres una Portadora de Fuego, quizá puedas encender una vela con la mirada. También podrías prender fuego a toda la Biblioteca Imperial.

Vhalla estuvo a punto de perder el equilibrio y caer. Las palabras la dejaron sin respiración. Negó con la cabeza, como si así pudiera espantar la realidad.

—Quiero irme a casa —murmuró al final.

—Lo siento, Vhalla, pero deberías quedarte…

—¡Quiero irme a casa! —El grito de Vhalla lo interrumpió. Con los ojos ardientes fulminó con la mirada a un hombre a quien debería mostrar respeto y sumisión.

El ministro la dejó recuperar la respiración antes de contestar.

—Muy bien —dijo el ministro Victor con voz suave y considerada.

—¿De verdad? —Los dedos de Vhalla se relajaron, no sin antes haber dejado medialunas marcadas en las palmas de sus manos con las uñas.

—Veo que esta es una decisión a la que la fuerza no le hará ningún bien. —Levantó ambas manos en señal de rendición—. Por lo general, cuando traigo a un hechicero incipiente a la Torre, suele aceptar su nueva situación. Tenía la esperanza de poder enseñarte…

—¡No quiero verlo! —casi gritó Vhalla, aunque su mano voló hacia su boca, como para retirar esas palabras bruscas y maleducadas.

—Quizás en otro momento. —El ministro sonrió.

Mientras la acompañaba fuera de la habitación, Vhalla mantuvo los ojos clavados en sus pies. El pasillo era una espiral descendente con puertas a intervalos aleatorios a ambos lados. No había ventanas y supuso que la luz provenía de más de esas llamas antinaturales que había visto en las habitaciones anteriores.

Vhalla no quería ver nada. No quería llevarse nada de ese lugar, ni siquiera un recuerdo. No quería tener nada que ver con la extraña gente de la Torre que en esos momentos mantenía las distancias con ella y el ministro. Vhalla se mordió el labio y reprimió un sollozo. Estaba cansada y no tenía energía para las mentiras de este hechicero. Estaba equivocado, y cuando ella regresara al mundo real, jamás tendría que volver a pensar en este sitio. Juntó las manos y se retorció los dedos.

Aun así, a pesar de su introspección mental y emocional, Vhalla sí

vio. Vio las interminables alfombras de diseños espectaculares que tapizaban el pasillo. Donde una alfombra terminaba, empezaba la siguiente; sus pies no tocaron la piedra del suelo en ningún momento. Vio el principio de los adornos de las paredes, esculturas embellecidas con hierro y plata, moldeadas en formas que se negaba con terquedad a permitirse mirar. Vio los pies de las personas con las que se cruzaban: botas y zapatos lustrosos. ¿Por qué tenían los hechiceros cosas tan refinadas cuando las manoletinas que tenía ella estaban tan desgastadas que casi tenían agujeros? ¿Cuando sus ventanas eran estrechas aspilleras y sus pasillos estaban desnudos, agrietados y sin adorno alguno?

El ministro la condujo por un pasillo lateral sin decir ni una palabra. Las piedras empezaron a cambiar a formas y colores con los que estaba más familiarizada, la iluminación se hizo más tenue. Vhalla levantó la vista cuando por fin se detuvieron. Delante de ellos, se alzaba una estrecha pared sin salida.

—¿Ministro? —El pánico afloró en su interior de nuevo.

—La Torre vive y muere con la luna, con el Padre que mantiene a raya los reinos del caos y protege la entrada celestial en lo alto —la informó en tono críptico—. Cuando te hayas calmado, sé que vendrás a buscarnos otra vez. La mayoría de los hechiceros en proceso de Manifestarse lo hacen, cuando piensan con lógica.

—¿Me traerá aquí por la fuerza otra vez si no lo hago? —Vhalla dio medio paso atrás. Dudaba mucho de que fuese a buscar a este hombre y a su Torre otra vez por elección propia.

—Mis disculpas por eso. —El ministro mostraba un destello en sus ojos, algo que a Vhalla casi le pareció sinceridad—. No veía ninguna otra manera de hablar contigo en privado. Pensé que si estabas en la Torre estarías dispuesta a ver lo que albergaba para ti.

—Hubiese escuchado… —Vhalla apartó la mirada, irritada. No estaba segura de qué le frustraba más: las acciones del hombre o el hecho de que tenía razón en que no estaba dispuesta a tener contacto con hechiceros.

—Muy bien, estoy seguro de que te veré pronto —dijo con tono ligero; no parecía que hubiese muchas cosas que molestaran a Victor Anzbel. Vhalla se preguntó cuántas veces habría bailado este mismo baile con otras personas.

El ministro alargó una mano en dirección a la pared. Vhalla miró

al hombre y parpadeó, pero él no dijo nada más. La joven dio un paso tentativo hacia delante y estiró un brazo, con la mano abierta. Esperaba empujar contra algún tipo de puerta oculta. Sin embargo, sus dedos desaparecieron a través de la piedra.

Vhalla soltó una exclamación ahogada y se giró hacia el ministro para pedir una explicación, pero ya no estaba. Apenas reprimió un escalofrío antes de adentrarse en la pared mágica.

Al emerger al otro lado, Vhalla reconoció de inmediato el sitio donde estaba. La piedra detrás de ella tenía el mismo aspecto que había tenido cada día que había pasado por su lado a medida que se hacía mayor. Guiñó los ojos y se fijó en algo que no había visto nunca: un círculo cortado en dos, sus mitades desalineadas. Era la luna rota de la Torre. ¿Cómo podía no haberlo visto durante todos esos años?

Dubitativa, alargó una mano. Desapareció a través de la pared falsa. Una chispa de curiosidad brotó en su interior. ¿Qué magia podía hacer eso?

Vhalla se apresuró a borrar ese pensamiento de su mente. Demasiado curiosa para su propio bien, la había regañado siempre el maestro. La magia era peligrosa. Repitió las palabras susurradas que siempre había oído de boca de los sureños: *la magia era arriesgada y extraña*.

Se encaminó hacia la biblioteca tan deprisa como sus pies quisieron llevarla.

CAPÍTULO 3

Fue mucho más fácil aparentar normalidad vestida con su anodina ropa de aprendiza mientras recibía la regañina de su maestro por haber llegado casi cuatro horas tarde a sus tareas. Las palabras del hombre fueron contenidas y su castigo no fue más allá de recibir una reprimenda verbal delante de Roan, que estaba sentada ante el escritorio transcribiendo. La chica miró a Vhalla con curiosidad; un destello en el ojo de Roan indicaba que no se tragaba la excusa de Vhalla de haberse quedado dormida. El maestro, sin embargo, sí la aceptó, después de toda la excitación de la noche anterior.

El maestro le asignó la labor más aburrida que había en la biblioteca: alfabetización. A la mayoría del personal no le gustaba la tarea, pero Vhalla encontraba que el baile de sus dedos sobre los lomos de los libros era terapéutico. Este era su mundo de seguridad y consistencia.

—Vhalla —susurró una voz desde el final del pasillo. Sareem miró a un lado y a otro por el cruce donde las estanterías se encontraban. Le hizo un gesto para que lo siguiera y Vhalla bajó la escalera sin pensarlo dos veces para serpentear entre las estanterías detrás de él en dirección a la pared exterior.

—¿Qué pasa, Sareem? —preguntó Vhalla en voz baja cuando llegaron a su asiento al lado de la ventana.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó él, al tiempo que le hacía un gesto para que se sentara a su lado.

—Estoy bien. —No se sentía con fuerzas para mirarlo a los ojos mientras se sentaba. ¿Cómo podía explicarle los acontecimientos tan poco ortodoxos de su día?

—Mientes —la regañó Sareem—. Mientes fatal, Vhalla.

—Ha sido una noche larga. Estoy cansada —farfulló. Eso, al menos, era verdad.

—No es propio de ti llegar tarde. Estaba preocupado. —Frunció el ceño.

—Siento haberte preocupado —se disculpó Vhalla.

Hacía casi cinco años que conocía a Sareem. Él había entrado como aprendiz solo dos años después que ella y se hicieron amigos íntimos enseguida. Seguro que podía confiar en él.

—Sareem, ¿conoces a algún hechicero?

—¿Qué? —Sareem se alejó al instante, como si lo hubiese amenazado de algún modo—. ¿Por qué tendría yo nada que ver con hechiceros?

—Sé que tu padre es de Norin y he oído que la magia está más aceptada en el Oeste. Pensé que quizá… —Lo que había empezado como una excusa apresurada enseguida perdió fuelle.

—No. —Sareem negó con la cabeza—. No conozco a ningún hechicero y no tengo ningún plan de hacerlo.

—Vale —aceptó Vhalla sin demasiado entusiasmo. Tenía frío.

—¿Qué libro tienes metido en la cabeza ahora? —Sareem le dio unos golpecitos en la barbilla con los nudillos para atraer otra vez su atención hacia él. Vhalla intentó inventar algún tipo de explicación, pero él no estaba dispuesto a permitirlo—. Te conozco, señorita Yarl. —Sareem esbozó una sonrisilla de suficiencia—. Lee todo lo que quieras, perfecto. No puedo juzgarte por ello, no después de que probablemente eso haya salvado al príncipe, pero no vayas en busca de ningún hechicero, ¿vale?

Vhalla no podía soportar su mirada de preocupación.

—Son peligrosos, Vhalla. Mira nuestro príncipe heredero. Su temperamento está mancillado por sus llamas, o eso dicen. —Sareem apretó la palma de la mano contra la cabeza de Vhalla y la dejó ahí un momento—. Vhalla, estás caliente.

—¿Qué? —Vhalla parpadeó, temerosa de que Sareem pudiese sentir la magia en su interior de algún modo.

—Tienes fiebre. —Sareem había deslizado la mano hacia la frente de su amiga—. No deberías estar aquí. Deberíamos ir a decírselo al maestro.

—Me encuentro bien.

—No, si te fuerzas solo conseguirás que empeore. La Fiebre Otoñal estará sobre nosotros en cualquier momento y deberías conservar tus fuerzas.

Sareem la estaba ayudando a levantarse cuando Vhalla vio un movimiento por el rabillo del ojo. Giró la cabeza. Al final de la hilera de estanterías había una figura oscura entre los rayos de luz que cortaban a través del polvo de las ventanas. Se le aceleró el corazón. Una chaqueta negra cubría los hombros de la persona; acababa a la altura de la cintura y las mangas llegaban justo por debajo del codo. Vhalla no pudo reprimir un gritito de miedo.

—Vhalla, ¿qué pasa? —Sareem recuperó su atención y, para cuando su amigo se giró para seguir la dirección de su mirada, la persona había desaparecido.

—N… nada. —Vhalla hizo un esfuerzo por que su voz sonara serena.

Sareem la acompañó de vuelta al mostrador principal, donde él recibió su correspondiente regañina por no estar trabajando. Su amigo desapareció otra vez entre las estanterías con una pequeña sonrisa en dirección a Vhalla. El maestro confirmó lo que decía Sareem poniendo una mano arrugada sobre la frente de la joven. Con una preocupación paternal, la envió de vuelta a sus aposentos para que descansara.

Sola en el exterior de la biblioteca, Vhalla llegó enseguida hasta la estatua que estaba lo bastante alejada de la pared como para permitir que alguien pasara de lado por detrás… y desapareciera. Vhalla conocía cada grieta en esas paredes, cada piedra irregular bajo sus pies y cada pasadizo de servicio. Llevaba casi siete años haciendo ese recorrido, desde que su padre había aceptado la oportunidad de ascender de soldado de infantería en el ejército a guardia de palacio después de la Guerra de las Cavernas de Cristal; un traslado que aceptó para asegurarse de que su hija tuviese un futuro mejor que en una granja en Cyven, en el Este.

La mano de Vhalla se detuvo un momento sobre el picaporte de su puerta; unas pisadas en el otro extremo del pasillo habían llamado su atención. Un grupo de sirvientes y aprendices pasó por uno de los cruces de pasillos. Sin embargo, ella guiñó los ojos para mirar más allá. Un par de ojos le devolvieron la mirada. Vhalla se apresuró a desaparecer dentro de su habitación, y se dejó caer de bruces sobre la cama. No se hubiese quedado dormida tan deprisa de no haber sido por el agotamiento que emanaba de sus mismísimos huesos.

Su sueño fue inquieto, lleno de imágenes vívidas.

Soñó que notaba el aire nocturno sobre la piel mientras estaba de pie delante de las puertas de la biblioteca en un lateral del palacio. Había antorchas a ambos lados, y sus superficies talladas hacían que las sombras danzaran de maneras antinaturales. A través de la ranura entre las puertas, sintió el frío y húmedo aire de la biblioteca al otro lado, como el aliento de una bestia dormida.

Las puertas no eran un obstáculo para ella; al igual que la pared falsa de la Torre, le permitieron pasar a través con facilidad. Vhalla se encontró enseguida en la biblioteca iluminada por la luz de la luna. Giró para dirigirse hacia su asiento al lado de la ventana. Su corazón aleteaba más deprisa que las alas de un colibrí. Allí, tenía que ir allí.

El mundo empezó a enturbiarse, las estanterías se difuminaron como ocultas por una neblina. Todo resbalaba a su alrededor mientras corría hacia su destino. En su sitio favorito de la biblioteca, estaba sentada la figura encorvada de un hombre. Borroso y oscuro, no lograba ver sus rasgos y, cuando por fin se giró, el movimiento fue pesaroso. La sorpresa tensó los hombros de la figura y Vhalla solo alcanzó a distinguir unos ojos oscuros en un rostro borroso que hacían el mismo esfuerzo por enfocarla que el que estaba haciendo ella por enfocarlo a él.

—¿Quién eres? —Las palabras del hombre sonaron tan profundas y oscuras como la medianoche. Resonaron dentro de Vhalla, en pleno centro de su ser, y fracturaron el mundo desvaído a su alrededor.

«Espera», gritó Vhalla. «¡Espera!». Solo salió aire por sus labios. Todo a su alrededor perdió su nitidez y empezó a desmoronarse bajo sus pies. Se sumió en la oscuridad.

Vhalla se despertó sobresaltada; las mantas se habían desparramado en el suelo de tanto moverse mientras dormía. Puso la palma de la mano sobre su frente. No tenía fiebre, pero estaba pegajosa de haber sudado durante la noche.

Ha sido solo un sueño, insistió, mientras se preparaba para el día. Sin embargo, nada parecía capaz de calmar los nervios que le atenazaban el estómago, ni siquiera la sensación rasposa de su basta ropa de lana. Hacía años que usaba la misma ropa, pero aun así, Vhalla se encontró de repente tironeando de las mangas de su vestido,

incómoda.

Tuvo un sueño parecido a la noche siguiente, y a la siguiente; cada vez más vívido que el anterior. Ignoró los temblores que los sueños dejaban a su paso. Vhalla los achacaba a las figuras vestidas de negro que parecían seguir todos sus movimientos, justo fuera del alcance de su vista. No pasaba ni un solo día sin que viera a un hechicero vestido de negro, pero solo por el rabillo del ojo.

Esperaban al final de una estantería, en el cruce de dos pasillos; a veces, pasaban a través de puertas que resultaban estar cerradas con llave cuando probaba el picaporte. Nadie más los veía nunca. Ni Roan, que ordenaba libros con ella. Ni Sareem, cuando la acompañaba de vuelta a su habitación después de la cena, unos alimentos que caían como piedras en su estómago.

La sensación de que unos ojos la observaban se volvió tan normal como respirar. Qué querían de ella, no lo dijeron. Qué estaban esperando, no lo revelaron.

Vhalla procuraba hacer caso omiso de sus sospechas de que ya sabía lo que buscaban.

Un día, estaba trabajando sola en la biblioteca cuando se le erizaron los pelillos de la nuca.

Al final de la hilera de estanterías, vio a una mujer. Llevaba una variante del atuendo de los aprendices de la Torre que Vhalla solo había visto una o dos veces. La chaqueta negra también terminaba en la cintura, pero las mangas estaban cortadas casi a la altura de sus hombros. Vhalla no podía imaginar para qué serviría tener chaquetas de distintos estilos; los aprendices de la biblioteca se vestían todos del mismo modo.

La mujer no se movió, ni siquiera parecía respirar. Oscuros ojos marrones, casi negros, sobre una lustrosa piel occidental marrón. Su pelo negro caía liso alrededor de su cara, con un flequillo horizontal cortado justo por debajo de las cejas. Tenía el pelo más largo por delante que por detrás, lo cual dejaba su cuello al descubierto.

Era la primera vez que Vhalla veía a uno de sus observadores el tiempo suficiente como para estudiar su aspecto. No sabía lo que había esperado, pero la mujer era como cualquier otro occidental. ¿No le decían siempre que los hechiceros eran diferentes de la gente normal?

—¿Qué quieres? —susurró Vhalla. Tenía los ojos acuosos porque ni

siquiera se permitía parpadear, no fuese a desaparecer la mujer.

—¿Alguna vez has leído alguno de estos? —preguntó la mujer con un acento marcado, pronunciando las aes y las íes como las del Oeste. Vhalla había oído trazas de ese acento en Sareem, aunque él había nacido y crecido en el Sur.

—¿Estos? —repitió Vhalla con cuidado.

—Estos libros —aclaró la mujer—. ¿Alguna vez has leído alguno?

—Por supuesto que sí —replicó Vhalla a la defensiva. La gente no solía cuestionar su conocimiento de la biblioteca, sobre todo cuando de sus lecturas se trataba.

—¿Y aun así nos temes? —La mujer guiñó un poco los ojos, la cabeza ladeada.

Vhalla dio un paso subconsciente hacia atrás.

—Yo n… no t… temo a… —Se calló al ver a la mujer acercarse. ¿Qué le haría esta persona? Vhalla miró hacia atrás para asegurarse de que Sareem o Roan no estuvieran cerca y dio un respingo cuando volvió a girarse. La hechicera estaba justo delante de ella.

—Este. —La mujer sacó un manuscrito de una balda y se lo pasó—. Lee este.

—¿Por qué? —Vhalla aceptó el manuscrito de manos de la mujer con dedos temblorosos. Leyó el título a toda prisa: *Una introducción a la hechicería*.

—Porque eres demasiado lista para tener tanto miedo de lo que eres —repuso la mujer morena sin más, al tiempo que daba media vuelta para marcharse.

Vhalla parpadeó, estupefacta por la extraña interacción.

—Espera —la llamó, un poco demasiado alto—. ¿Cómo te llamas?

La mujer se detuvo. Vhalla agarró el libro con los nudillos blancos y contuvo la respiración. Unos ojos oscuros la evaluaron, en silencio, pensativos.

—Larel. —Y con eso, desapareció entre las estanterías. Vhalla no intentó seguirla.

Para cuando sonaron las campanas de cierre en la biblioteca, a Vhalla le dolía el cuello de estar encorvada leyendo durante tanto tiempo. Había recopilado manuscritos adicionales sobre magia para ayudarla con los puntos más complejos. Uno era sobre Afinidades mágicas, otro sobre la historia de los hechiceros.

Vhalla buscó su ajado marcapáginas, que había remetido en el

ceñidor azul claro que sujetaba su túnica cerrada, y lo puso con delicadeza entre las páginas. Devolvió el manuscrito a su sitio en la balda y amontonó sus referencias a ambos lados, desordenadas. Nadie más iba a leer a la sección de misterios.

A la mañana siguiente, caminaba detrás de Roan a través del palacio. La guerra seguía su curso en Shaldan y habían recibido un envío de libros para procesar desde una ciudad conquistada. Los guardias se habían negado a trasladar las pesadas cajas hasta la Biblioteca Imperial, pero por qué habían enviado a cambio a dos de las chicas más menudas de palacio era un misterio para Vhalla.

Mientras descendían por al lado de la muralla exterior, empezó a secarse el sudor de la frente. La biblioteca daba a la ciudad en uno de los puntos de acceso al palacio más altos y siempre estaba fresca, incluso en verano. Los establos estaban más abajo, a lo largo de la calle principal de la capital.

—¿Sabías que cuando empezamos a adorar a la Madre, todas las Matriarcas eran Portadoras de Fuego? —soltó Vhalla de repente, cuando se acordó de algo que había leído el día anterior.

—¿Qué? —Roan se giró hacia ella, perpleja—. ¿Qué es una Portadora de Fuego?

—Yo… —Vhalla abrió y cerró la boca como un pez mientras intentaba formular las palabras. Lo último que quería era admitir que había leído libros sobre magia que explicaban lo que era un Portador de Fuego. Optó pues por ignorar la pregunta de Roan y continuar hablando—. Bueno, pues yo no lo sabía, puesto que el imperio invadió Cyven para extender la palabra de la Madre.

—Conozco la historia de la expansión del imperio —dijo Roan con una risa ligera—. No es tan larga.

—Sí, bueno, siempre pensé que la adoración de la Madre Sol era algo que provenía del Sur, visto que el emperador dice que sus guerras son para liberar al mundo de los paganos. Pero en realidad es algo occidental. El rey Solaris se proclama emperador, invade Mhashan, adopta su religión y luego la utiliza para reclamar Cyven y ahora Shaldan —caviló Vhalla en voz alta—. Pero lo está haciendo para extender una fe (o al menos eso dice) que no es suya en origen.

—Vale, ¿qué estás leyendo? —musitó Roan, divertida.

—¿No crees que es interesante? —preguntó Vhalla, dejando a un lado cualquier mención sobre hechicería.

—Sí. —Su amiga sonrió y la expresión enseguida se convirtió en una sonrisa burlona—. También creo que alguien ha estado leyendo cosas raras cuando debía estar trabajando.

Vhalla apartó la mirada, culpable de la acusación. Su amiga se limitó a reírse y le dio un leve codazo en el costado. Roan tenía menos de un año más que Vhalla y siempre habían mirado la una por la otra. Cuando se conocieron hace siete años, solo Lidia y otro hombre, que ahora ya hacía tiempo que se había marchado, trabajaban como aprendices en la biblioteca. Dos niñas de once años apenas tenían interés alguno en veinteañeros; Vhalla y Roan se habían hecho amigas por necesidad y por afinidad en su amor a la palabra escrita.

Doblaron una esquina y llegaron a un pequeño rellano que se asomaba sobre la planta de abajo. Vhalla ignoró a una figura oscura en la periferia de su visión. Los establos eran dos grandes edificios empotrados en las murallas del castillo, uno a cada lado de la calle principal que llevaba hasta el palacio. Se extendían a lo largo de una distancia imposible y Vhalla siempre se sentía un poco impactada por todos los caballos, carros y carruajes que podían albergar. En esos momentos, sin embargo, la mayoría de las cuadras estaban vacías debido a la presión que la guerra estaba ejerciendo sobre los recursos del emperador.

Después de su breve escapada a la luz del sol, las dos jóvenes volvieron al interior y descendieron por unas escaleras de caracol cortas que llegaban a una pequeña puerta que daba al suelo rocoso y polvoriento. Al lado de ese portal más reducido había dos enormes puertas opulentas que Vhalla sabía que eran más por decoración que por funcionalidad. Al otro lado de esas puertas había una sala de audiencias donde el emperador, de vez en cuando, permitía que el pueblo acudiera a hablarle de sus problemas, en las raras ocasiones en que no estaba fuera de la ciudad a causa de alguna guerra. Vhalla solo había estado en ese salón del trono una vez, cuando su padre la había llevado por primera vez a la capital para pedirle al emperador que intercambiara su ascenso a la guardia de palacio por una oportunidad para que su hija entrara de aprendiza en algún gremio.

Las primeras seis cuadras pertenecían a la familia imperial. Todas menos dos estaban vacías. La montura de la emperatriz, una preciosa yegua blanca, ni se inmutó al verlas. En la cuadra de al lado residía un caballo de guerra que resopló cuando Vhalla pasó. La chica se detuvo,

cautivada por los ojos del animal.

—He oído que los soldados lo llaman *el semental pesadilla*. —De repente Roan estaba a su lado, con los ojos fijos en la inmensa criatura mientras hablaba—. Creo que viene, en parte, de la reputación del príncipe, pero he oído que el animal es bastante temperamental con la mayoría de la gente.

—¿Su reputación? —Vhalla echó un rápido vistazo a la placa en la puerta del establo. *Príncipe Aldrik Solaris*.

—Es un hechicero. Eso incomoda a la gente. La magia es algo que debería quedarse dentro de la Torre. —Roan remetió un mechón de pelo color limón detrás de su oreja.

Vhalla siempre había tenido celos del pelo de Roan y, en general, de todo lo demás en ella. El pelo de Vhalla era una anodina maraña castaña de rizos encrespados y ondas indomables; el de Roan caía en rizos preciosos. Los sureños tenían suerte con su tez clara y sus rasgos. Incluso los dioses eran representados de ese modo. Vhalla se sentía siempre inadecuada en comparación con los sureños y los occidentales. Los orientales solían tener la piel color paja, con oscuros ojos marrones y pelo ondulado. No había nada fantástico en ella.

—Dicen que los ojos del príncipe refulgen de color rojo cuando se enfada —murmuró Roan.

—¿Y tú qué crees? —susurró Vhalla, mirando a su amiga.

—No lo sé. Nunca he estado en un campo de batalla y, cuando he visto al príncipe, sus ojos nunca han estado rojos. —Roan se puso las manos en las caderas y guiñó los ojos en dirección al caballo, como si pudiese contarle algún secreto acerca de su dueño—. Pero creo que en todos los rumores hay una pequeña fracción de verdad.

Retomaron su camino, cada vez más cerca de la sección de carros de los establos.

—Entonces, ¿crees que es verdad que es un bastardo? —preguntó Vhalla en voz baja, puesto que no quería que la oyera nadie de los que pululaban por ahí, sobre todo aquellos con vestiduras negras que sospechaba estarían acechando en las cuadras más oscuras.

—No sé si importa. El emperador se casó con nuestra difunta emperatriz antes de presentarla en público. Nadie puede saber si estaba encinta antes de su noche de bodas. Pero el emperador afirma que el príncipe es su legítimo heredero y, puesto que nuestra primera Lady Solaris camina ahora por las tierras del Padre, nadie puede

afirmar lo contrario. —Roan se encogió de hombros.

Vhalla asintió, al tiempo que recordaba un libro que había leído acerca de la familia imperial al poco de haber llegado a la capital. Después de conquistar el Oeste hacía veinticinco años, el emperador se apresuró a meter a una esposa occidental en su cama, con lo que vinculaba las lealtades a la sangre. Sin embargo, siempre hubo habladurías sobre por qué se casaría con la hija más joven del difunto rey del Oeste cuando tenía dos hermanas mayores disponibles. Su muerte al dar a luz al príncipe heredero del imperio un año después de la boda solo había empeorado las cosas.

Al llegar a la sección de los carros, las jóvenes se reunieron con el Maestro de los Caballos. Después de los típicos saludos y un poco de cháchara educada, recogieron los libros que habían ido a buscar. Las cajas que contenían los manuscritos eran demasiado pesadas para cargar, así que su contenido tuvo que ser dividido en cajas más pequeñas y el resto habría que recogerlo otro día.

Les costó casi el triple de tiempo cubrir la misma distancia para subir de vuelta al palacio. Al principio, ambas chicas parecían estar jugando a un juego de negación y determinación, pero cuando Vhalla sugirió tomarse un respiro, esos descansos se convirtieron en algo que ocurrió con generosidad durante el resto de su ascenso.

Después de despedirse de Roan en el escritorio, Vhalla desapareció entre los libros para fingir que trabajaba. Recuperó sus manuscritos de la sección de misterios casi sin pensar y los llevó a su asiento de la ventana. No fue hasta que tuvo todo dispuesto cuando se fijó en el pedazo de papel doblado en torno a su marcapáginas. Miró a su alrededor a toda prisa. No había observadores vestidos de negro.

Cuando tocó el papel, percibió un cosquilleo en los dedos que le hizo soltar una exclamación ahogada. El libro cayó al suelo bocabajo, olvidado. Vhalla contempló la escritura desconocida, inclinada y apretada.

Para Vhalla Yarl…

CAPÍTULO 4

Unas profundas arrugas aparecieron en el ceño de Vhalla mientras estudiaba la nota. La escritura no le sonaba de nada. La de Lidia se inclinaba en la otra dirección. La del maestro era mucho más picuda. La de Sareem no era ni la mitad de bonita. Cadance era una niña, y su escritura lo reflejaba. La de Roan era la más parecida, pero Vhalla sabía cómo formaba cada mayúscula, después de varios años de clases de caligrafía juntas.

No, esa nota no era de nadie de la biblioteca.

> Para Vhalla Yarl,
> Para la que niega sus orígenes y busca el peligro al rechazar la tutela y los brazos abiertos de la Torre de los Hechiceros. Para la chica tonta que arriesga su vida y las vidas de los que están a su alrededor paseando por ahí, Manifestándose con libertad. Para aquella que es tan egoísta que prefiere molestar a sus iguales obligándolos a vigilar cada uno de sus movimientos.
>
> Es hora de dejar de fingir. Es hora de que te pongas seria acerca de quién eres y de tu futuro como hechicera. Ya se ha malgastado tiempo suficiente.

Miró pasmada esa nota tan antipática. Con un grito, la estrujó en su mano y la tiró al otro lado del asiento, donde rebotó contra la pared de enfrente. ¿Habría sido esa mujer, Larel? La nota no le pegaba, pero ¿qué sabía Vhalla? ¿Qué sabía acerca de ninguno de

ellos?

Vhalla ignoró el pergamino arrugado durante el resto del día, antes de recogerlo a regañadientes, doblarlo bien y remeterlo en su ceñidor cuando sonaron las campanas de cierre. Sareem entrelazó el brazo con ella de camino al comedor, pero Vhalla se excusó a toda prisa y animó a Roan y al joven a que se adelantaran. De todos modos, no tenía hambre y la comida era lo primero que sacrificaba cuando tenía la cabeza demasiado llena de cosas.

Sentada sola en su habitación, con la tenue luz de unas velas, Vhalla volvió a inspeccionar la nota. Cada palabra enviaba una oleada de calor rojo a sus mejillas. Antes de poder pensarlo mejor, había alargado la mano para agarrar una pluma y un frasco de tinta.

De todos los fantasmas que me siguen durante mis horas de vigilia, no sé cuál eres, pero no sabes nada. No soy ninguna hechicera. Si esto viene de parte de Larel, puedes hablar conmigo en persona como hiciste la última vez. No estoy dispuesta a satisfacer a alguien que es tan cobarde que ni siquiera firma con su nombre. Estoy leyendo libros sobre magia solo para…

¿Para qué? La pluma de Vhalla se quedó parada. ¿Por qué estaba leyendo el libro que le había dado la hechicera? No tenía ningún sentido. No era como si Vhalla fuese a… o pudiese siquiera… utilizar nunca la información que contenía.

… mi propio aprendizaje y progreso intelectual. Vete a molestar a otra persona.

Dejó caer la cara entre las manos. Ella no era así. Vhalla masculló una maldición en voz baja. Ella no hablaba mal a desconocidos. Tampoco a conocidos. Esto era culpa de la Torre. Si no fuera por su insistencia en desgastarla durante todas sus horas de vigilia, Vhalla no estaría tan cansada. Volvió a estrujar la nota y la tiró dentro de su armario, haciendo todo lo posible por ignorarla.

Ese mismo sueño recurrente no hacía nada por mejorar su agotamiento. Todas las noches perseguía sombras y les preguntaba a figuras borrosas cómo se llamaban, solo para que sus palabras se esfumaran convertidas en viento.

A la mañana siguiente, se puso su túnica de aprendiza y ni siquiera intentó pasar un cepillo por su pelo.

Recogió su respuesta del suelo del armario y decidió darle a ese hechicero un poco de su propia medicina. Le importaba un comino si ofendía a algún aprendiz desconocido de la Torre de los Hechiceros. Metió la nota en *Una introducción a la hechicería* y rezó por que ese fuese el final de la historia.

Estaba equivocada.

La persona superó sus expectativas en su testarudez.

Yarl,

No estoy acechando por los pasillos. No me escabullo ni me oculto. Estoy esperando a ver si eres digna siquiera de mi tiempo. No soy un fantasma con nada mejor que hacer que estar pendiente de tu bienestar. Soy el fantasma de la oscuridad.

Sin embargo, si tu última nota y tus intentos desesperados por investigar son indicativos de algo, no te mereces ni una gota de la tinta de esta página. Tal vez deberías hacerle un favor a la comunidad de hechiceros y Erradicarte antes de avergonzarnos a todos.

Ese debía haber sido el momento en que Vhalla dejara de escribir. Ese debía haber sido el momento en que Vhalla levantara las manos por los aires, irrumpiera en la Torre y exigiera ser Erradicada. Al menos, después de consultarlo y descubrir que la Erradicación significaba la retirada de los poderes de un hechicero y no alguna horrible sentencia de muerte.

Pero Vhalla tenía pocas cosas que pudiera llamar suyas. No tenía ropa, gemas ni metales preciosos. Ni siquiera había comido nunca

fruta fresca aparte de la que había cultivado su madre alrededor de la granja cuando era niña. No obstante, Vhalla sí tenía una cosa valiosa: sus conocimientos. Y no estaba dispuesta a permitir que un aprendiz de la Torre la dejara en evidencia a nivel intelectual.

Para el que se declara «el fantasma».

¡Quizá debería exigir ser Erradicada! Leí sobre la Guerra de las Cavernas de Cristal; la magia liberada ahí no solo era capaz de pervertir las mentes y deformar los cuerpos para convertirlos en abominaciones, sino que también está escrito que la magia fue liberada por la intromisión de hechiceros. Fue una guerra de dos años contra monstruos que mantuvo a mi padre apartado de mi madre y de mí mientras ella estaba enferma y moribunda. Una guerra y un horror engendrados y alimentados por magia.

¡Quizá el mundo debería ser Erradicado!

Vhalla nunca había estado más segura de que debería deshacerse de cualquier rastro de magia que pudiera poseer. Todo lo que le habían dicho era cierto, y hacía falta solo medio libro de la historia de la guerra más misteriosa del imperio para entenderlo. La magia cambia las cosas; la magia hizo que murieran más hombres en la guerra; la magia podía convertir a un ser humano en una abominación.

Vhalla devolvió los libros a la balda de malos modos, sumida en una ira justiciera.

Pero la ira luchó una batalla con el asombro cuando esta persona fue lo bastante testaruda para escribir otra respuesta.

Yarl,

¿Estabas leyendo sobre la Guerra de las Cavernas de Cristal? ¿Tu interés en la historia surgió por tu introducción a la magia o por tu «vendetta» malentendida contra ella? En

cualquiera de los dos casos, deja que te explique algunas cosas acerca de tu lectura. Quizás en esto tengas razón. Hay hombres buenos entre los malvados de este mundo, vestidos con la piel de los inocentes. Aquel que liberó el poder que corrompe los corazones, mentes y cuerpos de los mortales desde luego que era malvado. Las acciones de ese hombre deberían condenarlo solo a él, no a todos los que posean magia. También fue gracias a la hechicería que la guerra pudo terminar y ese poder pudo sellarse de nuevo dentro de las Cavernas de Cristal. Los soldados, como tu padre, regresaron a casa gracias a los guerreros mágicos de la Legión Negra.

Piensa en eso cuando te plantees ser Erradicada. ¿Vas a ser la hechicera que podría haber salvado vidas pero eligió, en cambio, no ser nadie? Cuando una espada se clava en la tripa de alguien, ¿culpas a la espada o al caballero que la blande?

¿Cuándo vas a dejar de tener miedo y vas a leer y aprender más acerca de quien eres?

Vhalla miró la nota. No sabía qué era más inquietante: el tono de esa persona o el hecho de que tenía razón. Vhalla confirmó lo que decía terminando de leer el libro que había empezado el día anterior. La Legión Negra, los hechiceros de guerra del imperio, habían sido cruciales para volver a sellar las Cavernas y su peligrosa magia.

¿Eran esos hechiceros distintos de cualquier otro soldado? No. Su pluma se detuvo un momento dubitativa por encima de su página en blanco. ¿Eran los hechiceros tan diferentes de las personas a las que denominaba *normales*?

Fantasma,

Ya he superado la introducción; quiero aprender más acerca de lo que hacen los hechiceros, de lo que es la magia. Encontré un libro sobre Afinidades mágicas. Como yo lo veo, los primeros hechiceros del Oeste creían que la magia procedía de la Madre Sol en forma de sus elementos, así que dominaron y entrenaron esos elementos. Esta es la razón de que las Matriarcas fuesen las únicas con Afinidades ígneas, llamadas Portadoras de Fuego.

Después, empecé a investigar a los Rompedores de Tierra. Parece que con su habilidad son útiles sobre todo para curar heridas, preparar ungüentos mágicos y crear pociones.

Vhalla Yarl

Aunque Vhalla no quería, descubrió que las palabras de las notas de su contendiente se grababan a fuego en su mente. A lo largo de las siguientes semanas, a cada oportunidad que tenía, Vhalla se escabullía para recorrer con sigilo las estanterías de libros hasta el pasillo de misterios. Y a medida que el montón de notas de su armario crecía, también lo hacía su admiración y aprecio por los conocimientos aparentemente interminables de su fantasma.

Yarl,

¿Qué es la magia? Me temo que no encontrarás esa respuesta en estos libros. Es una pregunta más adecuada para teólogos y filósofos.

¿He de felicitarte por señalar lo obvio? Dime por qué los Rompedores de Tierra pueden hacer esas cosas y quizá te conceda la gracia de continuar esta correspondencia contigo.

El fantasma

Vhalla buscó con vigor una respuesta durante el resto de esa tarde y al día siguiente. ¿Cómo osaba esa persona presionarla tanto, presionarla más de lo que el maestro incluso la había presionado jamás, en busca de nuevos conocimientos? Algo en sus palabras le llegó muy profundo. El orgullo hinchió su pecho cuando encontró algo que su fantasma quizá considerara aceptable. Era innegable: quería impresionarlo.

Fantasma,
Aunque no es exclusivo de su Afinidad o proximidad a Shaldan, los Rompedores de Tierra a menudo poseen vista mágica. Esto les proporciona la capacidad para localizar dolores en el cuerpo y diagnosticar enfermedades. Pero, como dicen los escritos, esto no es exclusivo de los Rompedores de Tierra. No he podido encontrar nada más al respecto.
Vhalla Yarl

Sin darse cuenta, los días de Vhalla empezaron a caer en un ciclo repetitivo de trabajo, una nota del Fantasma y sueño. Encontró un ritmo para gestionar su trabajo de modo que pudiera maximizar la cantidad de tiempo en su asiento de la ventana. Cuanto más leía, más se percataba de que nunca había pensado siquiera en las costumbres del mundo mágico. Estaba decepcionada consigo misma como académica, y eso solo servía para impulsar aún más sus investigaciones continuas. Vhalla siempre se había considerado inteligente, al menos por encima de la media, pero ¿podía afirmar eso siquiera si había ignorado un ámbito de estudio entero solo por ser cerrada de mente?

Yarl,
Veo que tu tono ha cambiado. Muy bien, ahora que estás mostrando algo de humildad, voy a satisfacer tu curiosidad. Un Rompedor de Tierra posee una Afinidad con la tierra, pero si tiene

suerte, también pude poseer una Afinidad con el ser, lo cual le proporcionaría la capacidad para examinar a una persona mejor que cualquier clérigo. Las Afinidades del ser son menos conocidas y, en consecuencia, la literatura existente es más escasa. Sin embargo, lo que sí sabemos es que todas las Afinidades naturales llevan aparejada una Afinidad del ser única, aun cuando no todos los hechiceros de una Afinidad elemental dominan las destrezas.

El fantasma

En contra de su voluntad, Vhalla empezó a barajar Afinidades. Si de verdad era una hechicera, ¿qué Afinidad tendría? Por la noche, mientras escribía a la luz de una vela, Vhalla miraba la llama y se preguntaba si podría hacer que se moviera y danzara como hacían los Portadores de Fuego en sus libros.

Fantasma,

Me estaba preguntando si todas las personas tienen una Afinidad. ¿Son todos los hombres y todas las mujeres seres mágicos sin explotar? ¿Acaso está todo el mundo simplemente esperando a Manifestarse?

He estado leyendo sobre la historia de la magia y, al parecer, la hechicería está conectada con algunas de nuestras más antiguas tradiciones. Nunca me había dado cuenta de que el espejo que pasa de una Matriarca Mayor a otra pretendía ser un recipiente en el que guardar la magia de la propia Madre.

Los escritos sobre el espejo de la Matriarca me llevaron a encontrar un trabajo escrito por un hombre llamado Karmingham. Hablaba de la transferencia mágica a través de conductores y

del almacenamiento a través de recipientes. ¿Cualquier cosa que toca un hechicero es un recipiente?

Atentamente,
Vhalla Yarl

Algunos días releía las notas. Contemplaba esa escritura inclinada y apretada y se preguntaba qué mano la habría escrito. Nadie dio la cara en ningún momento, ni de la Torre ni del personal de la biblioteca. Cuanto más tiempo continuaba el juego, más se inclinaba a pensar que de verdad había un fantasma rondando por la biblioteca. Vhalla bromeaba consigo misma con la idea de que era el mismo hombre que había estado acechando en sus sueños desde hacía semanas.

Vhalla Yarl,

Tu tono ha cambiado. ¿Estás comenzando a pensar en la hechicería con algo más que tus anteriores nociones ignorantes infundadas?

Siento informarte de que no todas las personas tienen una Afinidad mágica. La mayoría son simplemente Comunes cerrados de mente que temen a las cosas solo porque no las conocen y no pueden entenderlas. Tú eres especial. La magia te ha elegido y ya es hora de que lo aceptes.

Estoy impresionado por que hayas elegido una obra como la de Karmingham y hayas sabido descifrarla. Tal vez sí hayas aprendido algo estas últimas semanas.

Estás en lo cierto: un recipiente mágico puede conducir o bien almacenar magia. Es imposible tener un artículo que haga ambas cosas. Pero los recipientes son difíciles de crear, incluso para los Corredores de Agua con experiencia. A pesar

de que es posible crear recipientes sin querer, es algo muy infrecuente porque la voluntad de un hechicero debe ser muy fuerte para formar uno. Es más frecuente que un recipiente sea creado cuando un hechicero deja una traza mágica en algo que fabrica. No un poder de verdad, sino algo parecido a una huella de tinta dejada por un dedo sobre una página en blanco.

El fantasma

Los sueños de Vhalla se convirtieron en un problema creciente que la joven ignoraba durante el día. Pero cada noche, soñaba con intentar llegar hasta una figura en la oscuridad. La única explicación era que esos sueños eran consecuencia de las notas misteriosas.

Querido fantasma,

Tus elogios me agradan de un modo extraño, a pesar de tu visión sombría del mundo. Creo que debería ser obligación de un hechicero compartir la magia con los Comunes (como pareces llamar a la gente no mágica) de una manera que sea fácil de entender, como tú has hecho conmigo.

No soy especial. Nunca he sido una persona especial. Aunque quizá tengas razón en lo de que mi tono ha cambiado en estas últimas semanas bajo tu tutela.

Esta es mi pregunta para ti hoy: ¿Por qué las Afinidades parecen preferir determinadas regiones geográficas?

Atentamente,

Vhalla

A medida que seguían intercambiando notas a través del libro de introducción a la magia, las lecturas de Vhalla se extendían ahora mucho más allá de ese manual básico. Había ocasiones en que quería

compartir sus notas con Roan o con cualquiera, pero entonces Vhalla recordaba lo que esos escritos significaban. Nadie más aparte de su fantasma compartiría su entusiasmo por la magia. Bueno, nadie más aparte de su fantasma… y de otros hechiceros en la Torre.

Como consecuencia, en cierto modo, empezaba a resultarle más fácil hacer confidencias y hablar abiertamente con su fantasma que con sus mejores amigos. El anonimato del sistema encajaba bien con la mente inquisitiva de Vhalla y le resultaba fácil revelar cosas acerca de sí misma.

Vhalla,

Llámame «sombrío» y yo te llamaré «ingenua y optimista». ¿Lo dejamos en tablas?

No te elogio para agradarte. Te elogio para que puedas seguir aprendiendo. Aunque eres libre de tomártelo como quieras.

Ningún hechicero parece saber por qué las Afinidades tienen preferencia por determinadas regiones geográficas. Se sabe que la mayoría de los Portadores de Fuego proceden del Oeste, los Corredores de Agua son del Sur, y los Rompedores de Tierra, del Norte.

Dices estar bajo mi tutela. ¿Me consideras tu profesor?

Atentamente,

El fantasma

Vhalla no sabía muy bien cómo responder, así que pasó la noche dando vueltas de un lado para otro en la cama. Si confesaba que había empezado a considerar al fantasma como un profesor, ¿la convertía eso en una hechicera? La niña que había en ella huía aterrada con solo pensarlo. Pero después de que comenzara su correspondencia, también había una mujer incipiente en su interior que sopesaba la idea de ser una hechicera con la mente fría.

Querido fantasma,

Tal vez sí que te considere mi profesor. El último hechicero con el que hablé me drogó y me llevó a la Torre a la fuerza. Al menos, tu peor ofensa es tu lengua afilada y que no me has dicho tu nombre. ¿Quién eres, exactamente?

Has hablado del Sur, del Norte y del Oeste. Pero ¿qué pasa con el Este?

Atentamente,

Vhalla Yarl

—¡Vhalla! —Roan le dio un empujón mientras caminaban hacia la biblioteca después del desayuno.

—Perdona, Roan, ¿qué decías? —farfulló Vhalla mientras se frotaba el hombro.

—¿Qué te pasa últimamente? —Roan la miró de arriba abajo.

—Estoy cansada. —La verdad de sus palabras se filtró en ellas.

—Sí, lo estás, pero ya te he visto cansada otras veces. Esto es diferente. Tienes horarios raros y solo comes pequeños bocados durante las comidas, si es que comes siquiera —rebatió Roan. Vhalla se encogió de hombros—. Incluso Sareem se ha dado cuenta de que algo va mal. Me ha preguntado por ti; se ha fijado en tus hábitos —musitó su amiga en tono inexpresivo.

Vhalla continuó con la vista al frente. Las palabras de Roan sonaban distantes, como si estuviese hablando debajo del agua. ¿A quién le importaba Sareem? Tenía cosas más acuciantes en la cabeza. Una de ellas era que daba la impresión de que los hechiceros no la seguían a todas horas.

—No me digas más —susurró Roan—. Sareem y tú… ¿sois una unidad?

—¿Qué? —Vhalla parpadeó, de vuelta a la vida en un instante—. ¿Sareem y yo? No.

—¿En serio? —ronroneó Roan—. Está claro que se preocupa por ti, y viene de una buena familia. Ya sabes que su padre era el constructor de barcos de Norin. —Vhalla asintió—. Y es guapo de ese modo occidental. Siempre pensé que los ojos azules sureños quedaban muy bien con la piel del Oeste…

—Excelente —murmuró Vhalla sin entusiasmo.

—¿De verdad no es Sareem, entonces? —volvió a preguntar Roan.

¿Por qué le importaba tanto?

—No, no es Sareem —confirmó Vhalla.

—Pero ¿es un chico? —bromeó su amiga, riéndose ante la idea de Vhalla entablando una relación romántica con alguien. Vhalla casi se tropezó con sus propios pies, lo cual le consiguió una mirada lenta y penetrante de su amiga—. ¿Lo es? Por el Sol, ¿es un chico?

—No sé de qué estás hablando. —Vhalla apartó la mirada. Las manos de la chica rubia se cerraron sobre los hombros de Vhalla y, en un abrir y cerrar de ojos, Vhalla se encontró en un pequeño pasillo lateral—. Roan, vamos a llegar tarde.

—Entonces cuéntamelo deprisa, para que no lo hagamos. —Roan sonrió.

Vhalla se concentró en las pecas que salpicaban la nariz de Roan en lugar de en la incómoda mirada ansiosa que le estaba lanzando su amiga.

—Creía que no estabas interesada en los chicos después de…

—¿Narcio? —Vhalla suspiró. Narcio había sido el propietario de su corazón durante unos meses, y Vhalla había sido lo bastante joven para creer que era amor. No se arrepentía del tiempo pasado con él, pero las cosas simplemente no habían funcionado. En realidad, a Vhalla no se le daban demasiado bien las relaciones, pues prefería pasar más tiempo con libros que con personas. Aun así, desearía saber qué había sido del hombre con el que primero había yacido como mujer—. No soy una Matriarca. Por supuesto que todavía me interesan.

—Entonces, ¿quién, qué, dónde, cuándo, cómo? —insistió Roan.

—No hay gran cosa que contar —suspiró Vhalla, cediendo al fin—. No sé su nombre. Ni siquiera sé si es un chico… —confesó en voz baja, al tiempo que echaba un vistazo hacia el pasillo cercano para comprobar si alguien se había acercado demasiado.

—Lo que dices no tiene ningún sentido. —Roan aflojó la mano.

—Es complicado, pero es especial. He aprendido mucho; es muy listo, también ingenioso… de un modo un poco malvado, a veces. Pero es alguien que parece entender justo cómo estimularme y, aun así, no parezco capaz de averiguar nada acerca de él. —Se calló antes de divagar y revelar demasiado.

—Pero ¿cómo puedes no saber? —Roan frunció el ceño.

—En realidad, no lo he visto nunca. —Antes de que su amiga pudiese preguntar, Vhalla continuó—. Nos comunicamos mediante notas dejadas en libros. Eso es todo. —Dio media vuelta y echó a andar otra vez por el pasillo hacia la bienvenida escapatoria del trabajo.

—Espera, ¿entonces es por eso que siempre andas escabulléndote últimamente? ¿Siempre con ese bolso a cuestas? —Roan señaló el bolso de cuero colgado del hombro de Vhalla, que lo agarró más fuerte de manera inconsciente—. ¿Para escribirle notitas a tu amante secreto?

—No es mi amante —replicó, cortante.

—Perfecto. Pero, Vhalla, esto es raro —susurró Roan. Antes de que Vhalla pudiera ofrecerle algún tipo de contestación, su amiga continuó —: Aunque es emocionante en cierto modo.

Al llegar a la biblioteca, se separaron. Vhalla consultó su tarea para el día, la completó y luego fue hacia su asiento en la ventana. Sus manos estaban impacientes por encontrar un libro con una nota escondida en su interior.

Querida Vhalla,
La Afinidad del Este era el aire. Se les llamaba Caminantes del Viento, pero hace ciento cuarenta y tres años que no ha habido ninguno.

Ya te he dicho quién soy. Soy el fantasma en la oscuridad.

Atentamente,
El fantasma

Más tarde esa noche, Vhalla se resistía a dormir. Tenía esa nota críptica aferrada en una mano mientras se pasaba la otra por su larga melena, aunque se le quedaban los dedos atascados en los nudos.

Estaba cansada de esos jueguecitos. A pesar de la naturaleza mordaz y seca de su fantasma, no quería que su correspondencia terminara. Cuando por fin se le cerraron los ojos, no estaba más cerca de resolver la batalla que rugía en su interior.

Estaba en el pasillo desierto delante de las puertas de la biblioteca,

iluminadas por antorchas. Por lo general entraba a la carrera, pero esta vez caminaba. No había necesidad de correr; todo sería igual en cualquier caso. Pasó por delante de la sección de historia, luego por el pasillo de misterios y un poco más allá todavía, hasta su asiento en la ventana.

Allí lo vio, una sombra negra iluminada solo por la luz de una única llama que flotaba de manera mágica a su lado. Él no se movió y, por primera vez, ella no intentó hablar.

En el silencio, Vhalla lo estudió. Esta noche, su sueño se volvió más nítido, más claro. Al no tratar de hablar, el sueño permaneció estable durante el tiempo suficiente para poder distinguir unos rasgos que solían estar en la sombra y borrosos. El hombre era entre seis y ocho años mayor que ella. Llevaba el pelo negro hasta los hombros, retirado de la cara y fijado con algo que emitía un resplandor mortecino a la luz.

—Esta noche llegas pronto. —Una voz profunda resonó en el silencio.

Vhalla estaba confundida. «¿Llego pronto?», quería preguntar, pero solo salió aire por su boca.

—Tienes que intentarlo con más ahínco —suspiró el hombre, y fingió examinar el libro que tenía apoyado en sus rodillas enfundadas en pantalones negros.

¿Que lo intentara con más ahínco? Aun así, solo salió aire cuando movió los labios.

—Dime tu nombre —le ordenó él.

¿Qué?

—Dime tu nombre —ordenó de nuevo, y la agitación hizo que sus palabras sonaran más cortantes.

Vhalla.

—¡Dime tu nombre! —Cerró el libro de golpe y se giró hacia ella. Vhalla casi podía ver el fuego detrás de sus ojos color carbón.

«¡No cierres así los libros!». Vhalla encontró su voz y esta resonó a través del sueño, desde ella hasta los oídos de él.

Vhalla sintió la risa del hombre reverberando a través de su cuerpo cuando se despertó sobresaltada.

Se sentó e intentó controlar su respiración entrecortada. Era inútil, y algo salvaje se apoderó de ella.

En un santiamén, se levantó de la cama y bajó por el pasillo en un torbellino de movimiento. Ni siquiera lo pensó dos veces antes de apoyar el hombro contra la sólida puerta de la biblioteca para abrirla de un empujón. Un tenue destello de luz parpadeó reflejado en las estanterías lacadas.

Al parar en seco, a punto estuvo de caer sobre el hombre que estaba en el asiento en la ventana. *Su* asiento en la ventana. El pecho de Vhalla subía y bajaba a cada respiración jadeante y le dolía un poco el costado por el esprint, pero clavó los ojos en el hombre. Se quedó ahí en silencio durante un buen rato, y la impactante nitidez del mundo a su alrededor le recordó que aquello no era un sueño.

Despacio, el hombre apoyó la mano en el asiento y se giró para mirarla con ojos penetrantes. Una sonrisita cómplice se desplegó por su cara mientras la mantenía inmovilizada solo con la mirada. Es posible que pasaran minutos u horas antes de que hablara.

—Sabía que vendrías.

CAPÍTULO 5

La realidad golpeó a Vhalla como una bofetada. El hombre lucía en el pecho un símbolo que conocía bien. Hubiese reconocido ese símbolo, presente en cada una de sus horas de vigilia, mejor que cualquier otro del mundo entero. Bordado en oro, brillaba el ardiente sol del imperio.

Vhalla estaba descalza y en camisón delante del príncipe heredero, el segundo hombre más poderoso del mundo, que en ese momento bajó los pies al suelo y dejó de manera despreocupada su libro sobre el banco. Apoyó los codos en los muslos y la cabeza en la palma de una mano, con una ceja oscura arqueada, como si ya estuviese aburrido.

Sus ojos la tenían inmovilizada en el sitio, sin apartar la mirada en ningún momento. Se limitaron a contemplarse y, mientras Vhalla sentía que su ira aumentaba despacio hasta bullir en su interior, la actitud de él era de una calma absoluta. A medida que el tiempo se prolongaba, Vhalla se fue poniendo nerviosa. Lo que fuese que la había poseído se desvaneció, y se dio cuenta de que aquel era un rumbo peligroso. Estaba jugando con fuego.

—¿S… sabíais que vendría? —balbuceó Vhalla al final, al tiempo que deseaba que su lengua la obedeciera de una manera más elocuente delante de un príncipe.

—Oh, sin duda. —La voz del príncipe era suave, pero Vhalla podía sentirla reverberar a través de sus huesos.

—¿Cómo? —Parpadeó, confundida.

—Oh, Vhalla. —El príncipe se rio bajito y eso hizo que se pusiera tensa—. ¿Desde cuándo me he limitado a decirte las cosas sin más? —Se levantó y Vhalla se dio cuenta de que era al menos cabeza y media más alto que ella, más alto aún que su hermano—. Nunca te he dado información sin más, eres demasiado *lista* para eso. ¿Dónde estaría la gracia? —El príncipe caminó a su alrededor y la miró desde lo alto,

por encima del puente de su nariz. Vhalla se sentía como una presa herida atorada en la trampa de un animal mucho más grande—. Piensa, Vhalla. ¿Cómo sabía que vendrías corriendo hasta mí?

—No lo sé —susurró la chica.

El príncipe se detuvo detrás de ella, se inclinó hacia su oreja. Vhalla sintió cómo se movían los pelillos de su nuca cuando habló.

—Vhalla. —La joven apenas pudo reprimir un escalofrío al sentir su voz sobre la piel—. Demuéstrame ese gran intelecto tuyo por el que el mundo parece elogiarte.

—Los sueños —murmuró con voz grave y cerró los ojos. El príncipe se alejó un poco de ella y Vhalla soltó un pequeño suspiro de alivio.

—Muy bien. —Era un cumplido, pero no parecía sincero.

—¿Qué pasa con los sueños? —Vhalla se giró hacia él. Una llama levitaba por arte de magia encima de su hombro. La fascinación de Vhalla con el diminuto fuego solo se vio interrumpida por su incapacidad para recuperar la respiración cuando lo miraba.

Desde ese ángulo, Vhalla tenía la luz a su espalda y podía estudiar los rasgos del hombre de manera adecuada. Tenía los pómulos altos y una nariz pronunciada, y su rostro era más estrecho y anguloso que el de su hermano. Todos sus rasgos faciales eran claramente occidentales, salvo por la pálida tez sureña que parecía blanca como el papel incluso al resplandor naranja de la llama. No había nada en él que fuese de una belleza tradicional, pero aun así, a pesar de todo, era asombrosamente guapo.

—Otra vez no estás pensando —murmuró el príncipe arrastrando las palabras. Se apoyó en una estantería y volvía a parecer aburrido.

—No lo sé —repitió Vhalla con voz débil.

—Por supuesto que lo sabes. —El príncipe bostezó.

—No, no lo sé —insistió, al tiempo que se plantaba las manos en las caderas en ademán desafiante.

—Entonces, estaba equivocado con respecto a ti. Eres tan aburrida como todos los demás. —Se encogió de hombros y echó a andar entre las estanterías llenas de libros.

La frustración y la impotencia de Vhalla le hicieron un nudo en el estómago mientras le observaba alejarse. En realidad, no era su lugar hablar con el príncipe heredero.

—¡Esperad! —Su mente curiosa se oponía a esa voz obediente en

su interior, esa voz que respetaba las normas—. ¡Esperad, príncipe! —Echó a correr detrás de él y se interpuso en su camino.

Una sonrisilla de suficiencia jugueteaba por las comisuras de su boca. Ese arrogante miembro de la realeza había sabido que correría detrás de él.

—No eran solo sueños —se forzó Vhalla a continuar. Él cruzó los brazos delante del pecho y ladeó la cabeza—. No sé lo que eran, pero no eran *solo* sueños.

—Bueno, eso ya es algo; el veinte por ciento, diría. Aunque sigue sin ser un aprobado. —Un lado de la boca del príncipe Aldrik se curvó hacia arriba.

Vhalla se quedó ahí, aturdida. En realidad, no sabía nada más que eso, *pero*, pensó, *tenía que haber algo más*. ¿Cómo lo había sabido él?

—Lo sabíais, lo de los sueños. Cuando estaba soñando, vos sabíais que estaba aquí. —Acababa de darse cuenta.

—Muy bien. Ahora estamos llegando a alguna parte, mi incipiente Caminante del Viento. —Las cejas del príncipe treparon por su frente y su sonrisilla se convirtió en una sonrisa radiante. Vhalla trató de convencerse de que no era una mueca burlona.

—¿Caminante del Viento? —repitió como tonta.

—Ya has oído el término antes —le recordó él.

—Hechiceros, del Este —murmuró Vhalla—. Pero dijisteis que ya no hay de esos, que hace más de un siglo que no existen.

—No los había —la corrigió el príncipe. Vhalla frunció el ceño.

—Dijisteis que…

El príncipe la interrumpió.

—Sigo siendo tu *príncipe*. Harías bien en no olvidarlo, *aprendiza*. No cuestiones las cosas que digo. —El príncipe Aldrik habló bajo y lento.

Las mejillas de Vhalla perdieron su expresión animosa. Por primera vez, se sintió aterrada por el hombre. Su proximidad irradiaba un calor temible que hizo que sintiera un escalofrío. El hombre se enderezó y Vhalla cruzó las manos y se las retorció.

—Perdonadme, príncipe. —Vhalla bajó la vista, incapaz de soportar ya la intensidad de su mirada. El príncipe dio media vuelta y se adentró más en la biblioteca—. ¿A dónde vais ahora?

—Deja de hacer preguntas y sígueme —le ordenó con un suspiro.

Vhalla se apresuró a cruzar la distancia que los separaba y, con los

ojos fijos en sus pies, echó a andar detrás del misterioso ser que era el príncipe heredero.

En ese momento de silencio, pudo apreciar con precisión lo extraño que era todo. A esa hora intempestiva de la noche, el príncipe heredero estaba guiando a una aprendiza de la biblioteca a algún lugar misterioso. El miedo y la curiosidad la tenían atrapada, lo que la hacía estar aún más fascinada por el hombre que tenía delante. Vhalla tenía todo el derecho del mundo a temer al príncipe, pero aun así, después de semanas de intercambiar notas, lo encontraba menos temible de lo que le había parecido el ministro de Hechicería.

Estaba claro que se estaba volviendo loca.

—Había esperado que ya lo hubieses deducido. Te tenía leyendo libros sobre Afinidades para empujarte hacia ello. —Suspiró de nuevo, como si diera rienda suelta a su decepción—. Además, parecías estar muy cerca. Algunas de tus preguntas me hicieron pensar que cavilabas ya sobre tu propia Afinidad potencial. Seguro que alguna de tus Manifestaciones te ha dado alguna indicación.

—En realidad, todavía no me creo que sea una hechicera. No he tenido ninguna… Manifestación. No hay nada en mí que sea mágico —susurró Vhalla, y pensó otra vez en el ministro de Hechicería—. Leer los libros no era problema, siempre me ha encantado leer. Era más fácil que hablar… como una niña jugando.

—Eres una niña. —La miró de arriba abajo con aparente desaprobación—. Pero *no* estamos jugando. —Vhalla cruzó las manos y empezó a retorcérselas otra vez—. ¡Y para de hacer eso!

Le dio un manotazo en los dedos y luego la agarró de la barbilla para obligarla a mirarlo a la cara. El movimiento brusco fue doloroso y Vhalla apenas pudo reprimir un gemido. Estaba bastante segura de que eso le hubiese gustado aún menos.

—Eres una hechicera… un pequeño, desentrenado e inútil amago de hechicera… ¡pero aun así una hechicera! Deja de encogerte o serás una vergüenza para el resto de nosotros —la regañó, mientras miraba con desaprobación su expresión consternada e impotente. Sus dedos se aflojaron poco a poco, luego se relajaron del todo, hasta que sujetó su barbilla solo entre los nudillos y el pulgar—. Tu Afinidad es el aire —le reveló el príncipe Aldrik con voz suave. Luego dejó caer la mano y apartó la mirada de sus ojos pasmados. Había una repentina y sorprendente amabilidad en él, aunque el momento fue efímero.

—¿Aire? —repitió Vhalla, la cara caliente por el roce de sus dedos. La mano del príncipe le había parecido diferente al contacto con su hermano. Incluso meses después de que el príncipe Baldair la atrapara en plena caída en la biblioteca, Vhalla aún recordaba la sensación de sus dedos callosos sobre las corvas. Aunque, claro, todo lo que tenía que ver con los príncipes era como la noche y el día.

—Es como ir por ahí con un loro sobre el hombro. No, lo retiro, el loro me daría mejor conversación. —El príncipe suspiró y se pellizcó el puente de la nariz.

—¿Cómo lo sabéis? —se vio forzada a preguntar.

—Afinidades del ser —repuso él en tono críptico.

Vhalla no tuvo tiempo de preguntar nada más, pues una exclamación ahogó las palabras en su garganta.

Habían llegado a una pared con un gran tapiz colgado. El príncipe apartó el metal fundido del marco del tapiz, calentado solo por las yemas de sus dedos, para revelar un pasadizo secreto al otro lado. Sonrió con suficiencia al ver la expresión de Vhalla.

—¿No creerías que los sirvientes eran los únicos con pasadizos ocultos para moverse por el palacio, verdad? —Se rio entre dientes y entró en el estrecho túnel.

Vhalla miró hacia atrás. *Todavía podía desaparecer entre las estanterías de la biblioteca*. Podía irse a casa. La luz de la llama del príncipe se fue atenuando mientras él seguía adelante sin mirar atrás. Vhalla nunca supo qué fue exactamente lo que la empujó a entrar en el pasadizo detrás de él, justo antes de que la puerta secreta se cerrara con un golpe fuerte.

—¿A dónde vamos? —preguntó Vhalla otra vez.

—Vamos a demostrarte lo que estás tan empeñada en negarte a creer, lorito —contestó el príncipe Aldrik, con las manos cruzadas a la espalda.

—No soy un loro. —Frunció el ceño—. Y tampoco soy una hechicera.

—Tu problema… —empezó el príncipe, mientras subía por el túnel negro como el carbón. A Vhalla no le quedó más opción que seguir de cerca la llama mágica que flotaba por encima del hombro del príncipe como única fuente de luz— es que dependes por completo de los libros.

—¿Qué hay de malo en los libros? —se vio forzada a preguntar. El

príncipe se detuvo, giró sobre los talones y la miró desde lo alto.

—Lo que hay de malo es que *no* puedes aprender cómo hacer las cosas *de verdad* a partir de los libros. —Hizo caso omiso cuando la vio abrir la boca y continuó hablando—. Son puntos de partida para el principio, la teoría y el concepto. Tu mente lo entiende, pero tu cuerpo no lo sabe hasta que realizas el acto tú misma. Sin acción y práctica, tus manos no obedecerán. La experiencia es una maestra mucho mejor.

»Dime, Vhalla, ¿alguna vez has hecho el amor con un hombre? —preguntó, aproximándose más a ella al hablar. Con un solo paso, el príncipe heredero estaba dolorosamente cerca después de haber hecho una pregunta tan personal—. Dime, ¿te has dado placer a ti misma alguna vez?

Vhalla tragó saliva. Su mente la traicionó y pensó en experimentos torpes en noches solitarias. El guardia, Narcio, apareció en su mente sin haberlo pretendido. Un dolor fugaz y el recuerdo de satisfacciones breves llevaron un ardiente rubor avergonzado a sus mejillas. *Como si fuese a hablarle a nadie de eso*.

—Fuese lo que fuere, dudo de que haya sido muy bueno —se burló desde lo alto. Vhalla tenía ganas de pegarle—. Te voy a decir por qué no lo fue, Vhalla: porque piensas y observas, pero nunca haces. Puedes leer todos los libros de esta biblioteca, puedes ser más sabia que el maestro algún día, pero morirás sin haber hecho nunca nada de verdad. Solo habrás vivido a través de las experiencias de todos los demás.

Vhalla lo miraba pasmada, miraba esos fríos ojos que la juzgaban y amenazaban hacerla pedazos y luego chupar cada hueso hasta dejarlo limpio. Apartar la mirada solo le proporcionó un alivio mínimo. Él seguía ahí, atacando sus sentidos. Vhalla se resistió al impulso de moverse, incómoda; en vez de eso, cruzó las manos y las apretó con fuerza.

—Bueno, ¿y cómo tengo que *hacer*, entonces? —preguntó, aún sin mirarlo a los ojos. Era una pregunta potencialmente peligrosa, dada su reciente conversación.

—Me sigues y dejas de ignorar lo que está justo delante de tus propios ojos. —Continuaron hacia arriba, por una escalera de caracol que los llevaba al corazón del palacio. En ocasiones giraban hacia un lado cuando el camino se bifurcaba, antes de continuar su ascenso. No

había ventanas, ni luces, ni adornos, ni señales. Estaba perdida del todo.

Cuando por fin pararon, Vhalla estaba mareada de tanta escalera. Por encima de ellos había una puerta de madera que les cortaba el paso. El príncipe deslizó el perno y abrió la trampilla. Como un agua gélida que cayera sobre su pelo y por sus hombros, un viento frío entró en el hueco de la escalera y la obligó a protegerse la cara y a parpadear para eliminar las lágrimas de los ojos.

—Ven —le ordenó el príncipe, y ella obedeció.

Emergieron al aire nocturno en un lugar imposible. El viento le robó todo el aire de los mismísimos pulmones. Estaban en una pequeña plataforma, apenas lo bastante grande para los dos.

Parecía la cima del mundo.

Habían subido directos a través de los pasillos de servicio, las zonas públicas, más allá de los Aposentos Imperiales, hasta la cima de una de las torres doradas que Vhalla nunca había visto más que desde abajo.

Ahora veía cómo el castillo se extendía hacia fuera desde debajo de ella, cómo sus muchos pisos descendían en cascada por la ladera de la montaña y hasta la capital. Las lejanas y titilantes luces de la ciudad reflejaban las estrellas en el cielo. Vhalla podía ver los picos gemelos de la montaña, y si estiraba la vista hacia el horizonte, alcanzaba a ver el Gran Bosque del Sur, que ocultaba una carretera que podía llevarla a casa.

—¿Qué opinas? —El príncipe se había colocado detrás de ella e, incluso desde tan cerca, apenas lograba descifrar sus palabras entre el viento aullante.

—Es asombroso —murmuró.

—He oído que se decía que los Caminantes del Viento eran los hijos del cielo.

Vhalla apenas registró sus palabras mientras levantaba la vista hacia los cielos. Era una imagen impactante, como si estuviese en el sitio exacto donde se encontraban cielo y tierra. Vhalla dio un pasito hacia delante y devolvió la vista a la centelleante ciudad en lo bajo.

Quizá fuese por su fascinación con el mundo que la rodeaba. O quizá por el viento que llenaba sus oídos. Fuera cual fuere la razón, enmascaró las pisadas del príncipe, que colocó sus manos con suavidad sobre los hombros de la joven.

—Confía en mí —le dijo, y sus labios rozaron con suma suavidad su oreja.

Vhalla no dispuso ni de un momento para girar la cabeza antes de que él la empujara sin ningún esfuerzo al vacío.

CAPÍTULO 6

Vhalla cayó por el aire en un trance surrealista. El impacto de su hombro contra el tejado dorado la trajo de vuelta a la realidad de sopetón, con un desagradable crujido. Siguió medio rodando, medio rebotando pequeños tramos por la pendiente del tejado, tratando a la desesperada de agarrarse a algo. Pero el tejado era demasiado empinado y cada intento por sostenerse solo le proporcionó una uña rota o arrancada. Pronto no hubo más tejas doradas a las que intentar aferrarse.

Vhalla había oído historias de que la vida de una persona discurría ante sus ojos en los momentos previos a la muerte, pero todo lo que ella vio fue la luna redonda por encima de su cabeza, mirándola desde lo alto. Cuando el viento sopló con fuerza alrededor de su cuerpo, ella empezó a girarse en el vacío. El cuerpo celestial abandonó su campo de visión cuando quedó bocabajo. Fue sustituido por el suelo que subía a su encuentro a toda velocidad.

Iba a morir.

Abrió la boca para gritar, pero la fuerza del viento le robó la voz e inundó sus pulmones.

Trató de girar para caer hacia un balcón cercano, algún saliente o incluso una moldura decorativa. Su cuerpo se estrelló contra la pared del castillo y solo consiguió sacarle todo el aire de los pulmones con un grito agónico. Y entonces estaba cayendo de nuevo. Su menudo cuerpo se estampó contra un arco antes de seguir dando volteretas por el cielo nocturno. Buscó una piedra que la frenara, pero cada intento la lanzaba de vuelta hacia su muerte.

Se le empañó la vista y tenía las manos cubiertas de sangre. Estiró los brazos, con el suelo muy cerca ya. Solo podía ver el cielo por encima, pero sabía que aquello acabaría pronto. Vhalla manoteó en el vacío, agarrada a nada excepto al viento que resbalaba entre sus

dedos.

Una explosión reverberó en su interior y se sentó erguida, despierta de repente.

Vhalla se arrepintió al instante de haber abierto los ojos. El mundo estaba brumoso, demasiado brillante y demasiado oscuro al mismo tiempo; los colores lucían entremezclados, y a sus ojos les costó enfocarse. Se giró a toda velocidad y vomitó por el borde de su cama; un chorro de bilis caliente salpicó sobre el suelo vagamente familiar. El proceso de vomitar hizo que su estómago expresara su oposición a esos espasmos tensos, y ella soltó un grito agónico mientras se desplomaba de vuelta en la cama como un fardo.

Notaba todo el cuerpo equivocado. Era como si alguien hubiese robado su alma de su antiguo cuerpo y la hubiese colocado dentro de uno distinto. No cuadraba nada, nada obedecía como debería y todo trabajaba de modos errados. Notaba el cerebro embarullado y, debajo de sus dedos, al agarrarse el estómago, sintió unos ángulos espeluznantes de costillas rotas. Supuso que probablemente no debería estar tumbada sobre el costado, pero dolía si se movía, y dolía si no lo hacía. Así que optó por soportar su posición actual, mejor que arriesgarse a hacer algún cambio.

A través del resquicio de luz que entraba entre sus párpados, Vhalla trató de orientarse. La primera indicación de que debería asustarse fue la ventana: era tres veces más grande que cualquier cosa que hubiese visto jamás en los pasillos o habitaciones de los aprendices y de los sirvientes. Cuando sus ojos encontraron la moldura con dragones alrededor del techo de la habitación, Vhalla intentó salir de la cama a toda prisa, pero esa era una exigencia muy poco razonable para su cuerpo roto.

Oyó una serie de voces amortiguadas y pasos apresurados. Se acercaban por el otro lado de la puerta antes de que esta se abriera de par en par y diera paso a dos figuras que se dirigieron hacia ella con expresión frenética. Al hombre mayor lo reconoció al instante: el ministro de Hechicería. La mujer, sin embargo, fue una sorpresa. Vhalla parpadeó porque veía borrosos los contornos de la gente.

—¿Larel? —Su propia voz le sonó rara en los oídos y tuvo que hacer un esfuerzo por no vomitar de nuevo. La mujer morena salió enseguida de la habitación. Vhalla hizo una mueca. La mujer debía estar avergonzada por su papel en el estado actual de Vhalla. Si ella

no le hubiese plantado ese libro en las manos, jamás habría conocido al príncipe.

—No hables —le indicó el ministro en tono severo. Vhalla entreabrió los ojos contra todo su buen juicio. El hombre deslizó la mano entre su frente y su hombro, pero Vhalla no tenía ni la energía ni la fuerza de voluntad para luchar contra su contacto como hubiese querido.

El ministro la hizo rodar sobre la espalda y el cuerpo de Vhalla se quejó de un modo doloroso. Con un grito, la joven intentó apartarlo de un empujón. Este hombre, su mundo de magia y todos los hechiceros no le provocaban más que dolor.

—Vhalla. —Se quedó quieta al oír su nombre en boca del hombre—. Tienes que creerme. Estoy aquí para ayudarte. —La voz del ministro sonó suave, más suave de lo que tenía derecho a ser—. Tienes que ingerir… y mantener dentro esta vez… algo de poción crecehuesos.

¿Esta vez? Vhalla estaba tan confundida y cansada que cerró los ojos. Dormir era mucho más fácil de lo que pensaba. Todo esto podía desaparecer si cerraba los ojos y fingía que ya no existía.

—No, Vhalla, quédate aquí.

—¿Cómo? —Apenas lograba pronunciar palabras cortas, pero el ministro pareció comprenderla.

—Te he dicho que no hablases. —Le lanzó una mirada fría—. El príncipe Aldrik te trajo aquí después de que Despertaras.

¿Despertara?

Vhalla oyó una conmoción detrás del ministro e hizo un esfuerzo por abrir los ojos de nuevo. Larel había regresado, al parecer sin avergonzarse en absoluto, con un cubo y una fregona. De hecho, fue Vhalla la que se sintió avergonzada cuando la mujer empezó a limpiar su charco de vómito del suelo.

—Larel, el vial azul —le pidió el ministro Victor. La mujer asintió obediente y salió corriendo de la habitación. Vhalla se permitió sumirse en la oscuridad de nuevo—. No, Vhalla, ahora tienes que permanecer despierta. —El hombre le sacudió el hombro con suavidad, donde el más ligero contacto le provocaba oleadas de dolor hasta las puntas de los pies. Vhalla gimoteó en protesta—. *Vhalla*. —La voz del ministro sonó imperiosa, exigente, y su tono severo le recordó tanto a la voz de otro hombre que le entraron ganas de vomitar de

nuevo.

Pero funcionó y Vhalla le hizo caso. Abrió un poco los ojos. Tenía un campo visual muy limitado y ni siquiera vio a la hechicera pasarle el vial al hombre en silencio. El ministro se giró, deslizó un brazo por debajo de los hombros de Vhalla y la enderezó. Vhalla sacudió la cabeza con violencia al recordar la última vez que se había sentado. Su cerebro se limitó a rebotar por dentro de su cráneo y amenazó con hacer que la negrura que rondaba por la periferia de sus ojos fuese absoluta.

—Para, para, *para* —le ordenó el ministro, al tiempo que la sujetaba con fuerza contra él con un brazo y apretaba el vial contra su boca con el otro. Vhalla no quería beber; quería dormir. Sin embargo, la insistencia del hombre logró su eventual rendición y Vhalla engulló todo el líquido como jarabe para una leve tos. Fluyó por su interior como fuego y oyó a alguien gritar mientras el ministro tiraba el vial al suelo, donde se hizo añicos, y la abrazaba con fuerza con ambos brazos. Hasta que Vhalla no fue consciente de estar forcejeando contra los brazos firmes que la sujetaban, no se dio cuenta de que los gritos provenían de su propia boca.

Con el tiempo, los gritos agónicos dieron paso a sollozos a medida que el ardor se le iba pasando poco a poco y se quedaba inerte entre sus brazos, totalmente dependiente de la sujeción del hombre al que quería odiar. Vhalla dejó a un lado toda decencia y se limitó a llorar sobre su pecho. En algún sitio, el hombre estaba hablando; Vhalla podía oírlo y sentirlo.

—… demasiado susceptible a la magia ahora. Intentamos… ayudarte a que te sientas más cómoda. Pero tus… conductos mágicos están demasiado… rotos para… soportar más ser… sobre ti. —Vhalla odiaba la magia. Su opinión original se había reafirmado de nuevo, mientras su cerebro empezaba a estabilizarse después de la poción—. Vhalla… diez, tenías dos costillas rotas… lado izquierdo y lado derecho de tu… torácica estaban destrozados. Tus manos están hechas un desastre. Tu hombro izquierdo estaba destrozado y el derecho dislocado. Tu columna estaba toda desalineada y las caderas estaban fracturadas junto con una de tus piernas.

Vhalla se rio contra el pecho del hombre con un desquiciado sonido rasposo.

—Te pondrás bien —le aseguró con ternura. Ahora el desquiciado

era él—. Pero como estamos curándote casi solo con ungüentos y pociones clericales no mágicas, llevará algo de tiempo. —La mujer occidental había recolocado las almohadas de Vhalla para que pudiese sentarse en una posición más erguida y el hombre la devolvió con cuidado a ellas. A continuación, tomó una botella verde—. Esta es la siguiente; no debería doler.

Fiel a sus palabras, el líquido blancuzco entró por sus labios agrietados y no causó ningún cambio discernible en su estado general de forma inmediata.

—Agua —pidió con una vocecita rasposa. El ministro asintió y le sirvió una tacita de una jarra de barro en la mesilla. Luego la acercó a sus labios y la sujetó ahí para que pudiera beber varios tragos largos.

—Así no es como quería verte la siguiente vez. Créeme, Vhalla —empezó. Dejó la taza de vuelta en la mesilla y tomó un tercer vial de forma extraña de manos de la mujer—. Quería darte tiempo para que asimilaras lo que está pasando. He visto a algunas personas huir si las forzaban, y pensé que te vendría bien si te dejábamos algo de espacio. Cuando descubrí que el príncipe se había interesado por ti, pensé que tenía poco de qué preocuparme.

Vhalla soltó una risa ronca. Había empezado a pensar que quizá la magia no diese tanto miedo después de todas sus notas. Era irónico que el hombre que abrazaba su cuerpo destrozado fuese justo en el que debería haber confiado desde un principio.

—El príncipe Aldrik no sabía cómo atender tu actual… *estado*. —El ministro Victor escupió la última palabra antes de hacer una pausa—. Así que te trajo a mí hace tres días.

Vhalla escupió con una tos el último sorbito de líquido del vial que le había plantado delante de la boca.

—¿Tres días? —consiguió boquear, bastante orgullosa de que dos palabras pudieran salir seguidas por su boca. Victor asintió.

—No estaba seguro de si ibas a salir de esta. La segunda mañana te dormimos porque forcejeabas y gritabas demasiado para poder mantenerte despierta —le explicó Victor con diligencia. El cerebro de Vhalla estaba demasiado lleno y los horrores casi no los registraba ya —. Pero dormirte alteró la curación de tus Canales mágicos pues no hacías más que revivir tu Despertar.

—¿Despertar? —preguntó.

—El Despertar es cuando los poderes de un hechicero se

Manifiestan por primera vez en toda su fuerza. —Estudió a Vhalla durante un momento—. Suele ser un poco más suave —añadió en tono de disculpa.

Larel entró con un cuarto vial y Vhalla negó con la cabeza. No creía que su estómago encogido y su cuerpo apaleado pudiesen tolerar nada más. Después de entregar la poción, la mujer recuperó el cubo y la fregona y desapareció en las habitaciones exteriores.

—Este es el último por el momento —le prometió el ministro, así que Vhalla cedió. El mundo dio la impresión de estabilizarse poco a poco, aunque Vhalla seguía teniendo la sensación de que preferiría estar dormida que despierta—. Bien —la animó el hombre cuando apuró la última gota—. Ahora, por favor, procura mantener todo esto en tu interior; nada de movimientos bruscos.

Vhalla hizo un leve gesto afirmativo.

—¿Ahora puedo dormir? —preguntó con una vocecilla.

—No —le dijo él, y ella le regaló un gimoteo—. Casi —la tranquilizó Victor—. Tengo que probar una cosa más. Espero que te haga sentir mejor.

A Vhalla le resultaba imposible oponerse con nada más que un gesto negativo de la cabeza, así que cedió sin protestar. Si esta gente planeaba matarla, no estarían haciendo tantos esfuerzos por mantenerla con vida.

Victor salió de la habitación un momento. Regresó con un estuche de madera que llevaba con sumo cuidado. Se sentó, lo depositó en su regazo y abrió el cierre. En su interior había muchas piedras de tamaños y colores diferentes. Vhalla se preguntó si eran solo sus ojos que estaban raros o si de verdad las piedras brillaban y centelleaban de manera antinatural, como si un cosmos de estrellas diera vueltas en su interior. Después de meditarlo un momento, el ministro sacó una de esas brillantes piedras y se la puso a Vhalla en la frente. Estaba demasiado cansada para sentirse tonta y, por pura necesidad, ya confiaba del todo en él. El ministro buscó una piedra similar y la colocó sobre el estómago de la joven.

Vhalla abrió los ojos de par en par. De repente, el mundo estaba nítido otra vez. Sus ojos habían vuelto a enfocarse y sus oídos percibían una quietud maravillosa.

—No hables —le recordó él—, pero entiendo que eso ha ayudado un poco. —Vhalla esperó que el aleteo de sus pestañas fuese suficiente

afirmación—. Voy a dejarlas ahí un ratito, así que procura no moverte demasiado. Bueno, no deberías moverte de todos modos. —Como si pudiera, pensó Vhalla—. Y sí, ya puedes dormir.

Vhalla cerró los ojos con un pequeño suspiro y notó cómo su cuerpo se relajaba un pelín antes de sumirse de vuelta en esa oscuridad bienvenida.

La siguiente vez que se despertó, era de noche. Su habitación estaba vacía, excepto por un pequeño bol de fruta, una hogaza de pan y una serie de viales en la mesa de al lado. Se sentó con gran cuidado. Se habían llevado las piedras, pero su vista parecía aguantar bien. El mundo osciló un poco, pero su estómago permaneció asentado. Vhalla se lo tomó como una pequeña victoria y evaluó la comida con cautela. Si vomitara otra vez, el pan y la fruta le harían más daño que la bilis.

Detuvo la mano en medio del aire para evaluar los moratones y arañazos desperdigados por su piel. Incluso la luz de la luna la hizo sentir inquieta cuando recordó sin querer la última vez que había visto el cuerpo celestial. Vhalla pescó uno de los pequeños frutos rojos y lo dejó en su regazo. Una fresa. Esbozó una leve sonrisa.

Hacía mucho tiempo, su madre había plantado unas matas de fresas cerca de su casa. Cada año, se habían comido los escasos frutos dulces que daban las plantas. A pesar de lo mucho que les gustaban, ni Vhalla ni su padre tuvieron la energía para conservar las plantas después de que su madre muriera de Fiebre Otoñal. Vhalla no había comido fresas desde entonces, a pesar de que en ocasiones había fresas disponibles para los aprendices; Vhalla no sabía si lo habría soportado a nivel emocional.

Unas cuantas lágrimas despistadas cayeron sobre las palmas de sus manos mientras contemplaba la pequeña fruta. Estaba muy lejos de casa, y se sentía pequeña y rota. Notaba el cuerpo extrañísimo, hasta el punto de que su cerebro ni siquiera lo reconocía. Tenía algo en su interior, magia que nunca había conocido y que no creía que quisiera.

En principio, ella no tenía por qué lidiar con algo así. Era una aprendiza en la biblioteca, no era nadie… menos que eso. El agotamiento había consumido todas sus emociones y ni siquiera era capaz de sentir ira. Solo quería sentirse normal otra vez, significase lo que significare eso ya.

Reprimió un sollozo y le dio un mordisco a la fruta. Masticó, pensativa, y ahí fue cuando oyó la discusión susurrada al otro lado de

la puerta, en la habitación de al lado. Notó un hormigueo debajo de la piel. La resonancia de una de las voces era inconfundible e hizo que Vhalla casi se atragantara con la fresa.

Con los ojos clavados en la puerta, sopesó si tenía la fuerza, mental o física, para intentar saber lo que estaban diciendo. Sobre unas piernas que apenas la soportaban, Vhalla se tambaleó hasta la puerta para apoyarse contra ella. Con la oreja pegada a la madera, logró distinguir las dos voces masculinas.

—De verdad, Aldrik, ¿en qué estabas pensando? —preguntó el ministro.

—No tengo por qué darte explicaciones, *ministro* —repuso el príncipe con desdén.

—Podrías haberla matado. —El ministro Victor dio voz a los temores de Vhalla.

—No podría haberla matado —replicó el príncipe, con una confianza absoluta.

Vhalla sabía que se rumoreaba que el príncipe tenía mucha labia, pero había una agitación peculiar en su voz, como si de verdad estuviese ofendido por que el ministro sugiriera eso siquiera.

—¿Cómo lo supiste? —exigió saber el ministro—. Apenas había Manifestado trazas de magia en ese ámbito. Era imposible que conocieras su Afinidad.

—Entonces, subestimas mi destreza. —Vhalla oía el repiqueteo de unas botas mientras el príncipe andaba de un lado para otro de la habitación.

—Eso parece —comentó el ministro con un sarcasmo descarado—. Solo lo pregunto porque se me ha ocurrido la desquiciada idea de que tengas algo de información sobre ella que no estás compartiendo conmigo, *príncipe*.

—Victor —suspiró el príncipe Aldrik de un modo dramático—. ¿Crees que me rebajaría a molestarme con una plebeya normal y corriente como ella?

—Te molestaste lo suficiente como para escribirle notas —señaló el ministro.

Vhalla no había pensado en eso, pero en verdad era extraño que el príncipe heredero le hubiese mandado notas a una aprendiza.

—Es la primera Caminante del Viento en casi ciento cincuenta años. Por supuesto que me molestaría. —Su tono se había tornado frío

y calculador.

—Bueno, la próxima vez que tengamos a un nuevo hechicero Manifestándose, me aseguraré de pedirte ayuda, con esos misteriosos poderes tuyos para deducir Afinidades —comentó el ministro con sequedad. Se produjo un silencio largo que indicaba que el príncipe había dejado de tolerar los comentarios del ministro sobre este asunto —. Sin importar cómo lo hayas sabido, el dato es cierto: es una Caminante del Viento. Lo he confirmado.

—¿Sentiste la necesidad de confirmarlo cuando sobrevivió a una caída desde las torres del palacio?

Solo con oír su tono, Vhalla casi pudo ver al príncipe Aldrik poniendo los ojos en blanco.

—Usé cristales sobre ella —continuó el ministro, haciendo caso omiso del sarcasmo del príncipe.

—¿Que hiciste *qué*?

¿Acaso era preocupación lo que Vhalla había oído en la voz del príncipe Aldrik? Pensó en las piedras rutilantes que el ministro Victor le había puesto en la frente y en el estómago. ¿Eran cristales? Era imposible que fuesen las mismas piedras que habían causado la mácula en la Guerra de las Cavernas de los Cristales. La habían ayudado, en cambio de hacerle daño.

—Deberíamos decírselo al emperador. —El ministro Victor parecía bien versado en pasar por alto determinados comentarios del príncipe —. Querrá saberlo. Podría utilizarla en la guerra.

El corazón de Vhalla empezó a galopar. La idea de ella en la guerra era ridícula. No le había pegado jamás a nadie, ni cuando jugaba ni al hacer deporte.

—No. —El príncipe sofocó la idea con brusquedad, como si hubiese percibido el pánico de Vhalla—. Yo me encargaré de mi padre, Victor. No quiero enterarme de que le hayas susurrado ni una palabra al emperador acerca de ella.

—Muy bien —suspiró el ministro—. Aldrik, solo puedo teorizar sobre tu gran plan para la chica, dadas nuestras historias. Sé lo que hemos leído, lo que hemos estudiado…

—Victor —gruñó el príncipe con tono peligroso.

—Recuerdo haber deseado que tuviéramos a alguien como ella —continuó el ministro, ignorando su tono de advertencia. ¿Qué quería esta gente de ella?—. Sería un falso si dijera que no se me han pasado

ya por la cabeza ideas parecidas. Pero habrá que entrenarla primero. Necesitamos…

—La chica no es problema tuyo —le cortó el príncipe Aldrik—. Yo supervisaré su entrenamiento.

Vhalla apoyó la frente contra la puerta y se recordó que debía respirar. No parecía que fuese a poder escapar del príncipe en ningún momento pronto.

—Larel será su mentora y me informará. Te doy las gracias de antemano, ministro, por mantener las distancias.

Vhalla tenía el corazón desbocado y la adrenalina sustituyó al dolor. ¿Cómo había sabido el príncipe su Afinidad? ¿Por qué había decidido, de entre todos los hechiceros sobre los que tenía control, que ella sería a la que convertiría en su mascota? La cara de Vhalla se retorció debido a la agonía. Debería ser Erradicada; seguro que eso seguía siendo una opción.

—Ahora, si me perdonas, me gustaría ir a ver cómo está. —Las pisadas del príncipe se acercaron a la puerta.

—Príncipe, por favor, déjala descansar. —La opinión de Vhalla con respecto al ministro de Hechicería estaba mejorando por momentos.

Pero no había nada que detuviera al príncipe si quería algo. Vhalla dio un paso para alejarse de la puerta y miró frenética a su alrededor. Una vez más, recordó lo atrapada que la hacía sentirse esta habitación. Aún tenía que tambalearse de vuelta hasta la cama cuando la puerta se abrió.

Unos ojos oscuros se cruzaron con los suyos y Vhalla levantó la vista dubitativa, atrapada en un torbellino de aprensión y miedo. ¿Sabría el príncipe que había estado escuchando la conversación? Le daba la impresión de que el hombre no se lo tomaría demasiado bien.

—Estás despierta —murmuró, y sus ojos se suavizaron con lo que parecía alivio. Aunque Vhalla estaba segura de que se equivocaba.

—Lo estoy. —Asintió. Su voz ya no sonaba rara.

—Me alegro —dijo él en voz baja.

Vhalla lo miró con los ojos entornados, sin importarle lo descarado que fuera.

—¿*Vos*, vos os alegráis? —La ira hizo que sus palabras salieran tartamudeadas, mientras fulminaba con la mirada al alto hombre vestido enteramente de negro.

—Sí, Vhalla…

El príncipe dio un paso hacia ella y Vhalla dio un paso atrás.

—No. —Sacudió la cabeza—. No, no os acerquéis a mí. No volváis a acercaros a mí jamás. —La voz de Vhalla sonó más ruda de lo que la había oído en su vida. No le importaba que fuese el príncipe y no le importaba que el ministro estuviese ahí como testigo.

—Vhalla. —El príncipe tuvo la audacia de mostrar el principio de una sonrisa en la cara. ¿Quién se creía que era ella… una niña ignorante?—. Este no es momento de estar enfadados; deberíamos celebrarlo.

—Vos. Me. Empujasteis. De. Un. Tejado. —Vhalla deseó tener una palabra más dramática para *tejado*, porque no parecía describir toda la verdad del asunto.

El príncipe se rio.

Vhalla nunca le había pegado a nadie, pero el príncipe estaba reuniendo muchas papeletas para ser el primero.

—Estás bien. ¿Has visto lo rápido que te estás curando ahora? En muy poco tiempo estarás más que bien. Yo mismo te enseñaré incluso. —Sonrió de oreja a oreja, como si le estuviese concediendo un gran honor.

Vhalla no sonrió. Dio otro paso atrás y osciló cuando el mundo se volvió inestable de repente. Llevaba demasiado tiempo de pie.

El príncipe Aldrik estaba ahí al instante, sus manos sobre sus brazos para sujetarla.

—Deja ya de hacer el tonto —le dijo, y su voz grave sonó dulce—. Sabes que no deberías estar en pie. Deja que te ayude a volver a la cama. —Su repentina amabilidad le dio a Vhalla ganas de gritar.

—No me toquéis —susurró.

—Vhalla… —La ligereza empezaba a desvanecerse de su rostro.

—No. Me. ¡Toquéis! —gritó. Apartó sus manos de un empujón y dio un paso atrás. Vhalla se tambaleó, el mundo se escoró, pero mantuvo los pies en el suelo con toda la fuerza de su rabia—. ¡Me tirasteis de un tejado! —Su voz era casi estridente ya—. ¡No me dijisteis nada! ¡No me advertisteis!

—Si te hubiese advertido, no habría funcionado. Si te hubiese advertido, nunca lo habrías hecho. —Cruzó los brazos delante del pecho.

—¡Por supuesto que lo habría hecho! —Abrió los brazos por los aires y osciló peligrosamente otra vez, pero recuperó el equilibrio—.

¡Confiaba en vos para que fueseis mi profesor! ¡No confiaba en nadie, pero confié en vos como mi príncipe! ¡Confiaba en vos porque me lo pedisteis! —La confesión se atascó en su garganta mientras la escupía por su boca. Vhalla no estaba segura de si solo se había imaginado que los ojos del príncipe se abrían un pelín antes de oscurecerse.

—Y tenías razón al hacerlo. Yo te he Despertado a algo extraordinario. —Su voz sonó más fría.

—Yo no quería esto. —Se miró el cuerpo roto y magullado.

—¡Tú lo pediste! —espetó, indignado.

—Príncipe, por favor, esto no es… —En el umbral de la puerta, el ministro vio cómo la conversación se iba deteriorando ante sus ojos. Dio un paso dentro de la habitación.

—¡Yo no pedí esto! ¡No sé lo que quería, pero no era esto! —Su ira mantuvo las lágrimas a raya y, en ese momento, Vhalla se juró que no la vería llorar—. Estoy confundida. Estoy rota…

—Te curarás y serás mejor que antes —le aseguró el príncipe Aldrik.

—Estaba muy bien antes —protestó Vhalla.

—Eras aburrida. Peor que aburrida. Eras normal y corriente y estabas contenta de serlo. Yo te he dado una oportunidad para la grandeza. —La miró iracundo.

—¿Qué habría pasado si no hubiera sido una Caminante del Viento? —Se hizo el silencio.

—No voy a perder el tiempo con semejantes tonterías —murmuró, descartando la pregunta.

—No juguéis más conmigo —dijo Vhalla despacio—. ¿Qué habría pasado?

El príncipe la miró durante unos momentos.

—Si las cosas no fuesen como son y tú no fueras una Caminante del Viento, la caída te habría matado. —El príncipe Aldrik se encogió de hombros, como si la idea le hubiese pasado por la cabeza, pero no le importase lo más mínimo.

—Serás bastardo. —Las palabras habían salido por su boca antes de que tuviese tiempo para pensarlas siquiera, aunque después de decirlas, apenas se arrepintió de ellas.

—¿Cómo has dicho? —gruñó el príncipe Aldrik.

—Tú, *mi príncipe* —masculló Vhalla con el mismo desdén—, eres un egocéntrico, ególatra, egoísta, estrecho de miras, vanidoso,

superficial —Vhalla notó cómo su ira alcanzaba ya el punto de ebullición—, engreído, ¡bastardo!

La ventana que tenían al lado estalló en mil pedazos y la habitación quedó inundada por un viento huracanado salpicado de esquirlas de cristal. Vhalla apenas pareció notarlo, mientras el ministro se protegía del viento. El príncipe se quedó inmóvil, contemplándola ceñudo desde detrás de una delgada lámina de llamas que cortaba el paso del viento y lo resguardaba de los cristales rotos.

—Cálmate —gruñó.

—¡Ya no puedes decirme qué hacer! —le gritó ella.

—Puedo decirte lo que me venga en gana. ¡Soy tu príncipe! —gritó él y la delgada capa de fuego que lo cubría se estiró hacia ella.

Vhalla levantó los brazos para protegerse de las llamas. El fuego pasó por encima de las palmas de sus manos y de su cara como poco más que calor… pero le hizo perder la concentración. El viento amainó y, con él, Vhalla se desplomó, con toda su energía agotada.

El príncipe la miró desde lo alto, una máscara pétrea sobre sus facciones y un juicio de valor ardiendo en sus ojos.

—Quédate ahí —dijo, despacio—. Quédate en el suelo adonde perteneces. Eres como un gusanito patético que solo quiere arrastrarse por la tierra, cuando yo estaba preparado para darte la oportunidad de que te crecieran alas y pudieras volar.

—Príncipe —dijo el ministro con firmeza, pero fue ignorado con facilidad.

—Yo te elegí y tú lo tiraste por la borda —escupió el príncipe Aldrik.

Vhalla lo miraba desde el suelo. Este era el príncipe que había esperado. No el fantasma misterioso e intelectual, y desde luego que no el hombre incómodo y amable que había entrado en la habitación en primera instancia.

—Así que quédate ahí, con la mugre que eliges con tanta alegría.

Se marchó de la habitación hecho una furia. A Vhalla le ardía la cara y le costó tragar saliva. El ministro rondaba a su lado, incómodo.

—Solo márchese —susurró Vhalla. El ministro ignoró su deseo y se arrodilló a su lado—. No lo haga —dijo. Miró los cristales rotos de la ventana—. Solo… márchese. —No tenía ningún derecho a darle órdenes, pero ya no le quedaba nada dentro como para que ese hecho le importara.

—Vhalla —dijo con amabilidad.

Fue demasiado amable para cómo se sentía. Solo quería que él también le gritara y se marchara. O que la tirase por la ventana y acabara lo que el príncipe había empezado.

—Váyase —exigió. El hombre se quedó—. ¡Le he dicho que se fuera!

Al final, con un suspiro audible, el ministro se puso de pie y se fue.

Vhalla no llegó a oír sus pisadas cuando se alejó. La joven sabía que se había quedado al otro lado de la puerta mientras ella se venía abajo sobre los cristales rotos y se echaba a llorar. Lloró hasta que ya no le quedó nada por sentir y la oscuridad se apoderó de ella otra vez.

CAPÍTULO 7

Vhalla movió los dedos. Había un bicho empeñado en incordiarla mientras dormía. Cuando se negó a marcharse, ella giró en dirección contraria; pero, para su frustración, el bicho siguió a su mano. Casi despierta del todo, intentó retirarla y oyó un suave *shhh* desde el borde de las sábanas.

Entreabrió los ojos y vio que estaba de vuelta en la cama. La fastidiaba que se hubiesen molestado en levantarla del suelo y depositarla otra vez entre las mullidas almohadas y mantas. Hubiera preferido pasar la noche en el suelo. Al recordar lo que le había dicho al príncipe a la cara, gimió.

—¿Te duele? —susurró una voz suave a su lado.

Vhalla se giró hacia ella. Era la mujer occidental, Larel, que le estaba cambiando las vendas del brazo.

—¿Y a ti qué te importa? —Vhalla recordó que el príncipe había dicho que Larel iba a espiarla y a informarle a él de lo que hacía. La occidental que tenía delante confraternizaba con el enemigo.

—Me importa mucho —repuso Larel con serenidad—. ¿Te duele?

—¿Por qué? —Vhalla siguió ignorando su pregunta. Le dolía todo, aunque no estaba segura de qué era físico y qué era emocional.

—Porque vas a ser mi protegida. —La hechicera tenía una manera de hablar inexpresiva, con acento del Oeste.

—No quiero ser tu protegida. —Vhalla apartó la mirada en una protesta infantil.

—Muy bien —dijo la mujer sin inmutarse—. Podemos cambiarlo cuando te hayas curado.

—¿Qué? —Giró la cabeza despacio hacia la mujer morena. El movimiento vino acompañado de un dolor penetrante en los hombros.

—Cuando te hayas curado, conocerás al resto de los habitantes de la Torre —explicó Larel—. Si no deseas que yo sea tu mentora, puedes

elegir a otro mentor, con el que te sientas más cómoda.

Vhalla contempló los moratones y arañazos de su piel. Era verdad que estaba hecha un desastre. Debajo de las vendas, su piel era un grotesco arcoíris de rojo, amarillo, morado y azul. Las heridas eran tan extensas que ni siquiera alcanzaba a ver el tono natural de su piel.

—¿Has hecho esto todas las noches? —preguntó Vhalla al cabo de un rato. La mujer era muy suave con las manos.

—Casi —dijo, como si no tuviera ninguna importancia.

A su pesar, Vhalla se encogió un poco. Esa hechicera no le importaba nada, se dijo. Pero no pudo evitar que la idea de que alguien le hubiese estado cambiando la ropa sucia y atendiendo a sus necesidades la hiciese sentir culpable.

—Siento ser una molestia —susurró Vhalla. Hasta ese momento, la magia solo la había convertido en un ser más patético. Una brisa suave atrajo sus ojos hacia la ventana; no habían reemplazado el cristal y el fresco olor del invierno empezaba a cambiar el aire nocturno. El verano había pasado y el otoño ya estaba sobre ellos.

—El príncipe Aldrik nos dijo que no la arregláramos. —A Larel se le pasaban pocas cosas por alto. Vhalla hizo una mueca al oír el nombre—. ¿Tienes frío? Puedo traerte otra manta.

—Estoy bien. —Vhalla *sí* tenía frío, siempre tenía frío. Pero su orgullo no le permitía ser una carga aún mayor—. Supongo que me va a hacer la vida tan incómoda como pueda.

—Si el príncipe quisiera incomodarte, podría hacer cosas mucho peores que no reponer una ventana. Y lo haría —señaló Larel.

Era una verdad que Vhalla no quería creer. Creerla significaba que la mujer tendría razón. El hecho de que Vhalla siguiera en la cama recibiendo tratamiento significaba que el príncipe no quería que estuviera incómoda, incluso después de lo que le había dicho.

—¿Qué relación tenéis el príncipe y tú? —preguntó Vhalla sin rodeos. El príncipe había nombrado a esta mujer como su mentora, y Larel había sido la que le había dado el libro en el que el príncipe dejaba sus notas.

Sus ojos avellana, ribeteados de dorado, conectaron con los ojos oscuros de Larel. Tal vez Vhalla mintiera mal, pero eso no le impediría buscar mentiras en otros.

Cuando Larel habló, no hubo ningún indicio de vacilación ni de miedo.

—Fuimos aprendices en la Torre juntos —dijo sin más. Luego siguió aplicando ungüento sobre la piel de Vhalla.

—¿El príncipe fue aprendiz? —Vhalla parpadeó. Habría imaginado que ser aprendiz sería algo demasiado degradante para la realeza.

—¿Cómo habría aprendido, si no? —Larel sonreía un poco—. Sé la impresión que da, pero en realidad no es mezquino… normalmente no, y casi nunca con gente como nosotros.

—¿Gente como nosotros? —repitió Vhalla, dubitativa.

—Hechiceros. —La mujer retiró un poco el flequillo de su frente y levantó la vista.

Por supuesto, pensó Vhalla. Ahora era una de ellos y la verdad era que ya no servía de nada negarlo. La caída debería haberla matado y, si el príncipe no había intervenido, algo lo hizo.

—Los Comunes suelen tener miedo de la gente con magia. Incluso tú nos tenías miedo —caviló Larel.

Vhalla solo pudo asentir. Tenía opiniones encontradas acerca del uso del pasado por parte de la mujer en lo que a su miedo respectaba. Aunque, en ese preciso momento, Vhalla no estaba asustada. Estaba triste. Algo en ella era diferente. Roan, Sareem, el maestro Mohned… no lo entenderían, ni aunque tratara de explicárselo.

—El príncipe lo sabe —continuó Larel—. Sabe lo duro que es, lo sabe mejor que la mayoría. Lo ha sufrido en sus propias carnes.

—¿O sea que ahora se supone que debe darme pena? —escupió Vhalla, con un tono mucho más mordaz de lo que le hubiese gustado.

Larel cesó lo que estaba haciendo y levantó la vista hacia Vhalla. La miró de un modo extraño durante unos instantes largos.

—Sí. —Retomó su trabajo y Vhalla notó que se había quedado boquiabierta—. Y él debería sentir pena por lo que te hizo pasar —añadió Larel en voz baja—. Los Despertares pueden dar miedo, pero no deberían ser dolorosos, al menos nunca tanto como en este caso. Creo… que estaba fascinado por la promesa de lo que eres.

—¿Lo que soy? —caviló Vhalla, y recordó la conversación inesperada que había escuchado—. ¿Te refieres a una Caminante del Viento?

Larel asintió.

—Creo que no lo entiendes, Vhalla. Eres la primera Caminante del Viento en generaciones. Muchos teóricos han llegado incluso a postular que el Este ya no tiene magia. Que la fuente de la magia para

los Caminantes del Viento se había secado o destruido ya que nadie se había conectado con el Canal durante tanto tiempo. —Larel recuperó la botella de ungüento y lo aplicó en las heridas abiertas de Vhalla—. Tú contradices todo lo que la gente ha estado diciendo en más de un siglo.

Vhalla quería sentirse especial. Quería sentirse importante. Quería sentir que era especial e importante sobre todo para el príncipe heredero. Pero solo se sentía como un objeto. Salió de golpe de su ciclo de pensamientos destructivos cuando Larel aplicó ungüento sobre un corte especialmente feo.

—Lo siento, debí advertirte. —La mujer continuó con su trabajo.

—Yo siento que tengas que hacer esto —repuso Vhalla. En la escala de hechiceros, Larel era la que menos mal le había hecho a Vhalla y, sin embargo, parecía estar parcheando los males de todos los demás.

—No me importa. —Empezó a almohadillar algunas heridas con retales de tela antes de agarrar vendas limpias—. Sí, has dado más trabajo que la mayoría de los aprendices Despertados de mis compañeros, pero creo que tu historia ya es más profunda de lo que la mayor parte de nosotros tendremos jamás.

Hizo una pausa para sonreír y Vhalla se quedó impresionada por los rasgos de la mujer. Era despampanante cuando sonreía. El pelo negro liso se curvaba alrededor de su rostro y enmarcaba a la perfección sus facciones. Tenía los ojos marrones oscuros, casi negros, y Vhalla tuvo que apartar la vista antes de que le recordaran a otros ojos occidentales un pelín más oscuros.

—Bueno, ¿qué sucede ahora? —Parecía una pregunta natural. Vhalla necesitaba empezar a enfocar las cosas con cierta lógica. Sus emociones habían corrido por ahí desbocadas durante demasiado tiempo, y eso no la había llevado a ninguna parte.

—Una vez que Despiertas, solo hay dos opciones. Tus poderes continuarán Manifestándose, y ya has visto cómo pueden estar atados a tus emociones cuando el Despertar es reciente. —Vhalla echó una ojeada a la ventana, porque acababa de darse cuenta de lo que de verdad había pasado—. Así que debes aprender a controlar tus poderes o Erradicarlos. Probablemente no debería decírtelo, pero el ministro planea ofrecerte una chaqueta negra.

—Pero soy aprendiza en la biblioteca —protestó Vhalla con una

vocecita. Ya sentía añoranza.

—Las cosas cambian. —La mujer se encogió de hombros—. Pero será tu elección. El ministro no te forzará a hacerlo.

—Lo dudo —farfulló Vhalla. No estaba segura de si los hechiceros de la Torre sabían cómo hacer algo sin usar la fuerza—. ¿Y si elijo que me Erradiquen?

Había leído sobre el proceso de agotar la magia de un hechicero para bloquear sus Canales de poder. Aunque no lo había entendido del todo, no sonaba doloroso tal y como lo describían en el libro de la biblioteca. No podía ser mucho más doloroso que la agonía por la que estaba pasando.

—Yo te animaría a replanteártelo. —Vhalla miró a la mujer con el ceño fruncido—. Pero creo que debe ser tu elección —añadió Larel al ver su mirada. Luego se echó atrás y empezó a recoger sus cosas.

Vhalla se limitó a mirar por la ventana, con la esperanza de que las estrellas pudieran decirle lo que debía hacer.

—El príncipe Aldrik —empezó Larel con tono suave, aunque advirtió cómo Vhalla daba un respingo al oír su nombre—. Me dijo que eres muy brillante. Que le sorprendía lo inteligente que eres para ser una aprendiza.

—Sí, él lo expresaría así: un cumplido dentro de un insulto —comentó Vhalla con sequedad.

—Lo decía en serio —le aseguró Larel—. Yo también lo creo. —Vhalla miró con dudas a la mujer que ya se levantaba—. No hagas esta elección sin poner a funcionar ese intelecto. Si tienes preguntas, puedes hacérmelas a mí o a cualquier otro hechicero.

Vhalla notó una semilla de culpabilidad en el estómago mientras miraba a la mujer. Había sido amable con ella. Vhalla jugueteó con las costuras de su manta.

—Gracias —farfulló—. Creo que no habría estado tan bien como estoy ahora sin tu ayuda —añadió con más énfasis.

—De nada —dijo Larel como aceptación de su gratitud—. Ahora descansa. Cuando te encuentres lo bastante bien, hay una biblioteca aquí en la Torre que puedes usar con libertad.

La mujer sonrió al ver la expresión de Vhalla al mencionar la biblioteca. Pero la hechicera no dijo nada más y se marchó. Con un suspiro suave, Vhalla recolocó las almohadas y se recostó hacia atrás.

Por mucho que quisiera, no lograba sentir ninguna ira hacia Larel.

La mujer había sido demasiado amable con ella para eso. Además, era agradable tener a alguien con quien hablar de manera abierta y sincera sobre estos temas. La mejor conjetura de Vhalla era que la occidental no parecía estar siguiendo a ciegas las órdenes de Victor ni del príncipe.

Por mucho que quisiera ignorarlas, las palabras de Larel habían tocado una fibra en su interior. Aplicar el intelecto al mundo que se abría ante ella. A Vhalla le preocupaba lo que pasaría si lo hiciera. Con otro suspiro, permitió que su cuerpo herido se relajara y sus ojos se cerraran. Siempre tendría la mañana para tomar decisiones de esas que te cambian la vida.

Pero la mañana llegó y pasó y Vhalla no estaba más cerca de decidir cómo se sentía sobre nada. La mayor parte del dolor había amainado y, con él, la ira que sentía por su situación. Todavía estaba resentida con cierto príncipe, pero ya no tenía ganas de golpear cosas. Alrededor de la hora de comer, pensó que ya era hora de salir de la habitación que había ocupado durante días y días.

Cuando se puso de pie, el mundo se quedó exactamente donde debería estar. Aparte de unas mortecinas molestias generales, no sentía ningún dolor. Probó a caminar en círculo por el reducido espacio de la habitación; cuando no vomitó, lo consideró un éxito. Respiró hondo y abrió la puerta que conducía a la habitación de al lado.

Vhalla se sorprendió al ver que estaba desierta. Larel, el ministro y, gracias a la Madre, el príncipe no estaban por ninguna parte. Al recordar lo que le había dicho Larel acerca de una biblioteca, se dirigió despacio hacia la segunda puerta.

Vhalla observó el pasillo. A la izquierda, subía; a la derecha, bajaba. A intervalos frecuentes, colgaban orbes de cristal con llamas en su interior que proyectaban un resplandor cálido por todo el corredor. Contempló las esculturas alineadas por las paredes a intervalos aleatorios.

Eran una obra de arte.

Inspeccionó de cerca la piedra tallada. Los aprendices y los sirvientes no exhibían obras de arte en sus pasillos y salas. ¿Habría otros nobles de la corte detrás del ministro?

Los relieves contaban historias que Vhalla había conocido desde niña. La mayoría eran de referencia religiosa, alusivas al Padre. Vhalla

vio a un hombre que agarraba la cabeza de un dragón y lo forzaba a comerse su propia cola; la creación de la luna. El Padre protegía el mundo de su amante del caos de los mundos más allá.

Por instinto, Vhalla tomó el pasillo ascendente, pero cuando recordó su última interacción con las alturas, dio media vuelta para dirigirse hacia abajo. Era el mismo pasillo que había recorrido con el ministro hacía varias semanas, solo que ahora se tomó el tiempo de ver ese mundo. Las puertas tenían arcos en la parte superior, con picaportes de hierro, y encima de cada una había una placa de plata. Algunas tenían nombres grabados; otras solo exhibían símbolos que Vhalla no reconoció.

De vez en cuando, el pasillo se bifurcaba hacia zonas comunes, recintos de práctica y demás. Algunos de estos estaban desiertos, otros estaban ocupados. Las pocas veces que se cruzó con alguien, la saludaron con cordialidad y continuaron su camino. Nadie pensó que la chica del camisón blanco con vendas era extraña.

Había un aroma peculiar flotando en el ambiente. Le hacía cosquillas en la nariz y la animaba a seguir adelante. Al principio no logró identificarlo, pero a medida que aceleraba el paso y el olor se intensificaba, se dio cuenta de lo que era con una sonrisa. Era el olor a cuero polvoriento y a pergaminos. Se giró justo a tiempo de ver la sala circular que albergaba la biblioteca de la Torre.

La biblioteca era grande y redonda y, comparada con muchas otras, podría ser considerada de un tamaño bastante respetable, aunque solo ocupara más o menos como dos alas y media de la Biblioteca Imperial. No obstante, la reconfortó más que cualquier otra cosa hasta la fecha. Un chico rubio que no parecía mayor que Vhalla se afanaba en colocar algunos libros de vuelta en las estanterías. La miró cuando entró.

—¡Ah! ¡Bienvenida! —exclamó con una sonrisa, y casi dejó caer los libros que llevaba en las manos para correr a saludarla.

Vhalla no estaba segura de sentirse demasiado sociable, pero sonrió con educación y le estrechó la mano. La chaqueta del chico no tenía cuello y las mangas eran más largas que las de Larel; le llegaban casi hasta los codos. Tenía el pelo ondulado, con aspecto un poco infantil debido a los trasquilones. Eso y su sonrisa bobalicona parecieron aliviar la tensión de los hombros de Vhalla.

—Hola —contestó.

—Tú debes ser la recién Despertada.

Vhalla asintió. Si todo el mundo había oído hablar de ella, no le extrañaba que la gente con la que se había cruzado en el pasillo no se hubiese sorprendido de su estado.

—Estoy seguro de que tienes un montón de preguntas. Si puedo ayudarte a encontrar algo, no tienes más que decírmelo. Me llamo Fritznangle, pero como es larguísimo casi todo el mundo me llama Fritz. No seas tímida, ¿vale? —Sonrió otra vez y, al notar que aún le estaba estrechando la mano, dejó de moverla arriba y abajo con una carcajada.

—Es un placer conocerte, Fritz. Yo soy Vhalla. —La joven sonrió. Ese chico era más enérgico que los bibliotecarios normales que había conocido hasta entonces—. ¿Eres el maestro de esta biblioteca?

—¿Maestro de la biblioteca? Oh, no. En realidad, no tenemos de eso. Supongo que el ministro dirige la biblioteca como conservador formal. ¿Se dice «conservador» para una biblioteca? Bueno, da igual, sí me encargo de ella, si eso es lo que preguntas. Nadie más quiere hacerlo, creo.

Vhalla no pudo reprimir una risita; era la primera vez que reía en una semana, y le hizo sentir todo el cuerpo más ligero.

—No sabía que hubiera una biblioteca en la Torre. —Evaluó los libros con ojo crítico.

—No tendrías por qué saberlo, supongo. Quiero decir, es privada, ¿sabes? Tiene algunas cosas extraordinarias. Originales. He oído que rivalizaría con los Archivos Imperiales. —Lo dijo como si eso no fuese nada. Vhalla casi babeaba.

—Eh, ¿quieres dar una vuelta? Vas a ser una chaqueta negra pronto, ¿no? —La tomó de la mano y la condujo más adentro entre los libros—. Todavía no llevas una, pero cuando te hayas curado del todo, estoy seguro de que te iniciarán y entonces esta también será tu casa.

Vhalla se detuvo y el chico se dio la vuelta cuando su brazo se negó a moverse.

—No soy una chaqueta negra. —Se miró los pies—. Debería irme.

—Espera. —Fritz la paró—. Eso es… bueno… quiero decir… Estás aquí. Y bueno, ¿quieres verla de todos modos?

—¿Crees que puedo? —preguntó, y se giró otra vez hacia él. Aunque fuese una biblioteca para hechiceros, Vhalla jamás rechazaría ver libros.

—Sí, claro. Vamos. —Fritz sonrió de nuevo.

Volvió a tomarla de la mano y la condujo hasta una mesa ante una alta ventana en la parte posterior. Vhalla apoyó las manos en el cristal y miró afuera, tratando de ubicar la biblioteca en el palacio. Sabía que la Torre de los Hechiceros tenía su propia entrada a pie de calle en alguna parte, pero se fusionaba con el palacio a medida que ascendía, lo cual dificultaba distinguir su localización exacta a medida que otros edificios y estructuras crecían a su alrededor.

—Entonces, ¿qué eres? —preguntó Fritz, al tiempo que sacaba algunos libros de las estanterías—. ¿Portadora de Fuego? ¿Corredora de Agua? ¿Rompedora de Tierra?

—Caminante del Viento —repuso sin girarse. Cada vez le resultaba más fácil de decir, y Vhalla no creía que se alegrara mucho por ello. Aunque tampoco la molestaba tanto como hubiese creído.

—¿Q… qué? —Fritz fue hasta ella—. Perdona. No te he oído bien. ¿Me lo repites?

—Soy Caminante del Viento —repitió, mirándolo de reojo.

Fritz apoyó la mano en el marco de la ventana y respiró hondo.

—¿Estás segura? Sé que el Despertar puede embarullar un poco la mente y, bueno, no oímos las cosas bien. Ya sabes cómo es. —Fritz seguía mirándola incrédulo.

Vhalla lo miró, un poco irritada por que el joven estuviese estropeando su momento de reencuentro con los libros al mostrarse tan obtuso.

—Mi Afinidad es el aire. No sé demasiado, pero todo el mundo me ha dicho que eso me convierte en una Caminante del Viento. —Vhalla habló muy despacio y procuró pronunciar bien cada palabra.

—Lo dices en serio —farfulló Fritz. Vhalla asintió, frustrada—. Oh, por el Sol, hablas en serio. —La agarró de la mano otra vez y se la sacudió de manera vigorosa—. Es un honor. ¡Un honor! Conocerte. Me preguntaba por qué se mostraba tan hermético el ministro sobre la nueva Despertada. Una Caminante del Viento. Una Caminante del Viento aquí, en la capital, segura, de una pieza. No quemada y reducida a pedacitos.

—Me estás haciendo daño. —Vhalla sonrió a pesar de la mueca y se frotó el hombro palpitante cuando el joven le soltó la mano con una disculpa—. ¿A qué te refieres con «no quemada»?

—Bueno, dada la historia de los Caminantes del Viento… —Fritz

dejó la frase sin acabar, como si ella supiese a qué se refería. No lo sabía y él, por fin, se dio cuenta—. Espera, ¿no conoces la historia?

—He leído parte en la historia de los hechiceros —repuso Vhalla sin precisar demasiado. Fritz le estaba provocando la misma sensación que le había provocado el príncipe: una de culpabilidad por ignorar un ámbito de conocimiento entero durante años.

—Cuéntame qué sabes. —Fritz sonrió y todo parecido con el príncipe se desvaneció—. Yo te ayudaré a llenar las lagunas.

Vhalla respiró hondo.

—Bueno, sé que los Caminantes del Viento son… eran… del Este. Yo soy oriental. Sé que no ha habido uno desde hace ciento y pico de años y que algunas personas creían que ya nunca habría otro.

—Eso es lo básico. —Fritz sonrió—. Pero muy justito.

La condujo entre los libros con tironcitos suaves de la mano y pasos lentos. La palma de su mano estaba fría pero no era incómoda. Vhalla se permitió una leve sonrisa. Ya era hora de que conociera a un hechicero con un carácter amable y alegre.

—Por aquí. Esta sección es la de nuestras historias.

No había escaleras rodantes y Fritz se alejó a toda prisa en busca de una banqueta. Al menos las estanterías eran solo la mitad de altas que las de la Biblioteca Imperial; hacía falta una escalera con veinte peldaños para que Vhalla llegara a las baldas superiores de esas.

—Caminantes del Viento… No ha habido demasiado material nuevo desde… bueno, hace bastante tiempo que no ha habido Caminantes del Viento. Los libros también son escasos. Mhashan no quería que quedara ninguno.

—¿Mhashan? ¿El antiguo Oeste? —Vhalla parpadeó mientras se preguntaba qué tendría que ver el reino de Mhashan con los Caminantes del Viento.

—Yo no sabría explicártelo bien. —Fritz negó con la cabeza, dubitativo—. Toma, lee esto.

Vhalla miró el título del manuscrito que el bibliotecario de pelo desgreñado depositó con ademán reverente en sus manos: *Los Caminantes del Viento del Este*. Era un manuscrito viejo y la aprendiza de bibliotecaria que había en ella tomó nota mental de inmediato de que habría que reencuadernar el libro pronto. Una rápida hojeada y la inspección de varias páginas del centro revelaron que al menos la tinta aún era legible.

—Gracias. —Fue como un soplo de aire fresco. El solo hecho de sujetar un libro otra vez entre las manos hizo que se sintiera mejor.

—¡No hay de qué! —Fritz esbozó una sonrisa amplia y radiante.

—¿Puedo leer aquí? —Vhalla no tenía ningún interés en regresar a la habitación donde se había estado recuperando.

—Esto *es* una biblioteca. —Fritz se rio. Luego la condujo hasta una ventana con un banco ancho colocado delante de ella. No era del todo como su asiento en la ventana, pero se parecía lo suficiente como para que Vhalla se relajara en su nuevo entorno.

Abrió el libro y, diligente, empezó a leer por la primera página. Vhalla no contaba un libro como leído a menos que sus ojos se posaran en la primera palabra de la primera página y en la ultimísima palabra de la última.

Frunció el ceño y deslizó los dedos por encima de los trazos. Remetió unos pelos descarriados detrás de su oreja solo para que cayeran delante de su cara otra vez.

Había algo raro.

La escritura le resultaba familiar. Era un poco menos irregular, menos picuda que la que conocía. Estas palabras estaban escritas con una mano más firme, probablemente más joven. Pero era imposible. Vhalla parpadeó varias veces en dirección a la portada.

Los Caminantes del Viento del Este.

Una colección de cuentos de Los Tiempos de Fuego.

Compuesta por Mohned Topperen.

CAPÍTULO 8

Mohned Topperen. El nombre tenía que ser un error. Tal vez fuese un nombre muy común y Vhalla no lo supiera. ¿Por qué estaría, si no, el nombre del Maestro de los Tomos en un libro sobre historia de la magia? Aunque también era cierto que el maestro era autor de más de cien manuscritos. ¿Por qué habría de tener ningún problema en escribir sobre magia?

Vhalla hizo una pausa. De repente, se sentía muy pequeña. Durante todo este tiempo había tenido miedo de los hechiceros cuando el hombre que era su mentor, que había sido como un padre para ella en palacio, había escrito sobre ellos mucho antes de que ella naciera siquiera. Se apoyó contra la pared, la cabeza le daba vueltas. ¿Cómo podía haber estado tan equivocada?

Mohned la había educado mejor. Su padre la había educado mejor. Vhalla había vivido en el Sur durante tanto tiempo que el miedo sureño a la magia se había filtrado en su interior. Sí, los hechiceros eran diferentes, pero el Sur había sido diferente y sin embargo no le había dado miedo mudarse al palacio. Había estado emocionada ante la perspectiva de expandir sus conocimientos. Su mundo había crecido y, de niña, lo había aceptado mejor que como una mujer joven.

¿Por qué había encogido su mente solo por haberse hecho mayor?

—¿Vhalla? —susurró el joven bibliotecario, al tiempo que se sentaba a su lado.

—¿Sí? —Vhalla lo miró y parpadeó, preocupada por que su magia hubiese escapado de su control otra vez; el chico estaba inexplicablemente borroso.

—Eh, ¿estás bien? —Le puso una mano en la rodilla y Vhalla miró pasmada ese contacto desconocido. Era extrañamente bienvenido—. Estás llorando.

—Perdón. —Sacudió la cabeza y apartó la mirada mientras se

frotaba los ojos por la frustración.

—No te disculpes. Debe de ser algo muy gordo. —Vhalla asintió en silencio mientras Fritz hablaba—. ¿Ya vivías en palacio antes de esto?

—Sí —repuso Vhalla, y encontró que hablar aliviaba un poco el nudo que tenía en la garganta—. Era aprendiza en la biblioteca. He vivido aquí desde que tenía once años. Casi siete años ya…

—Eso es bueno. —Fritz sonrió. Vhalla lo miró, perpleja. Antes de que pudiera preguntar qué había de bueno en su situación, el joven continuó hablando—. A algunos de los aprendices nuevos los dejan aquí sus familias, sin haber vivido nunca en el palacio… a veces ni siquiera fuera de sus casas. Lo peor es cuando la familia además reniega de ellos.

—¿Reniega de ellos? ¿Su propia familia? —Vhalla parpadeó. No sabía lo que opinaba su padre en realidad sobre la magia, pero Vhalla quería creer que nada le impulsaría a abandonarla ante una puerta. Se había mostrado lloroso cuando la dejó en el Sur.

—Tienen miedo. —Fritz se encogió de hombros—. Creen que no es natural, aunque la gente no pueda elegir tener o no tener magia.

—¿Eso es lo que te pasó a ti? —preguntó Vhalla.

—No. —Fritz se rio—. En mi familia no hay ningún hechicero, pero apenas les importó. Mis hermanas creían que era hilarante cuando no podía parar de congelar cosas de manera aleatoria.

—¿Congelar cosas? —caviló Vhalla en voz alta—. Eso te convertiría en un… un… —No lograba recordar el nombre correcto—. Tienes una Afinidad con el agua.

—Un Corredor de Agua —aportó Fritz con amabilidad—. Vale, bueno, te dejaré leer. Solo quería asegurarme de que no te doliera nada.

—No. —Cuando el joven hizo ademán de levantarse, Vhalla agarró la mano que tenía apoyada en su rodilla—. No te vayas. —Apartó la mirada y se sonrojó. Vhalla no quería que Fritz se marchara. Era la primera persona estable de toda la Torre y, en esos momentos, necesitaba a alguien cálido y genuino. Algo en su pelo y en sus ojos sureños le recordaba a Roan.

—Vale —aceptó Fritz con entusiasmo, y se instaló a su lado—. Leeré contigo; no me vendrá mal repasar un poco de historia.

Empezaron a leer juntos y Vhalla agradeció que el joven leyera casi igual de deprisa que ella.

La historia de los Caminantes del Viento empezaba varios siglos antes de que el último Caminante del Viento muriera, durante el gran genocidio que se conocía como Los Tiempos de Fuego. Era una detallada historia de Cyven, el antiguo Este, que a Vhalla no le habían contado nunca a pesar de haber nacido ahí. La historia estaba incompleta en algunos aspectos, pues había sido elaborada a partir de relatos orales, pero cuando llegó a la parte central de Los Tiempos de Fuego, Vhalla empezó a tener preguntas.

—No lo entiendo. ¿El rey de Mhashan estaba invadiendo Cyven?

—Hay quien dice que Mhashan podría haber sido más glorioso que el imperio Solaris si hubiesen conseguido retener Cyven —confirmó Fritz.

—¿Por qué no lo consiguieron? —El libro mostraba un punto de vista claramente oriental y las explicaciones para las acciones del Oeste eran escasas.

—El rey Jadar afirmaba que la invasión era para extender la voz de la Madre Sol. —Estaba claro que la historia era uno de los temas favoritos de Fritz, por cómo hablaba y por la animación de sus manos. Vhalla se preguntó cuántas naciones utilizarían a la Madre como excusa para la conquista—. Pero, en realidad, lo que quería era el poder de los Caminantes del Viento.

—¿Por qué? —Vhalla procuró no sonar demasiado ansiosa. La conversación entre el príncipe y el ministro seguía fresca en su memoria.

—La verdad es que no lo sé —repuso Fritz, con un tono de disculpa en la voz.

Vhalla sintió que su pecho se desinflaba. Fuera cual fuere la razón, el rey había esclavizado a cada Caminante del Viento encontrado por sus ejércitos y por una orden secreta de caballeros con un entrenamiento especial. En el proceso, incendiaron la mayor parte del Este. Llegó un momento en que los Caminantes del Viento admitieron la derrota, con la esperanza de salvar al resto de su gente. Comparado con las milicias occidentales, el Este era desorganizado y débil. Después de que el rey aceptara su rendición, y después de haber puesto esposas y grilletes a los últimos hechiceros, quemó toda resistencia que aún pudiera existir, o a sus simpatizantes, con la Afinidad por el aire. Fue como si quisiera borrarlos de la faz de la Tierra.

Vhalla miró las palabras aturdida y se dio cuenta de que se estaba acercando al final de la historia. El último cuarto del libro se centraba en lo que hizo el Oeste con sus cautivos. Experimentos *in vivo* y trabajos forzados que a Vhalla le revolvieron el estómago.

—¿Por qué harían algo así? —susurró.

—No lo sé. —El joven sureño le dio unas palmaditas en la rodilla —. Pero eso fue hace mucho. Las cosas ahora son diferentes.

—¿Cómo es que no sabía que esto había ocurrido? —Vhalla aún trataba de asimilar lo que acababa de leer.

—En mis lecciones de historia, siempre nos contaban que el Este declaró tabú toda magia después de Los Tiempos de Fuego. Cyven tenía miedo de volver a atraer la cólera del Oeste así que proscribió la magia, hablar sobre magia, los libros sobre magia… —explicó Fritz—. Con el tiempo, la persona media olvidó la magia y las leyes se convirtieron en normas sociales.

Vhalla miraba a la nada, el libro sujeto sin fuerza alguna en las palmas de sus manos. El charlatán Fritz guardó silencio y le dio tiempo para procesar todo lo que acababa de aprender. Si Vhalla hubiese nacido hacía más de siglo y medio, el Oeste la habría matado por su magia. Tenía algo por lo que los reyes mataban. Pero Vhalla no entendía qué era lo que hacía que su magia fuese más significativa que la de las otras Afinidades. Le daba miedo, pero también sabía que era algo que debía descubrir antes de que lo descubrieran el príncipe, el ministro o incluso el emperador. Si no lo habían hecho ya.

Sin embargo, la energía que fluía por las venas de Vhalla no era solo miedo.

Emoción, pensó Vhalla. La niña que había en ella y nunca había sido más que una lectora ávida, ahora tenía algo por lo que los reyes mataban. Tenía poder, y la curiosidad que sentía por ello por fin superó al agotamiento y al miedo.

—Fritz —dijo Vhalla de pronto. Se puso de pie, osciló un minuto sobre sus rodillas débiles, pero plantó los pies con firmeza en el suelo —. ¿Cómo uso la magia?

—¿Qué? —El hombre rubio se sobresaltó por su repentino frenesí de movimiento.

—Soy hechicera, ¿no? Por lo tanto puedo usar magia. ¿Cómo lo hago? —Vhalla temía perder lo que fuese que la había poseído antes de que pudiera ver la verdad siquiera.

—Yo no soy profesor —la advirtió Fritz.

—Hazlo lo mejor que puedas. —Vhalla le dedicó una leve sonrisa. Recordó al último hombre al que había considerado su profesor. Fritz no podía hacerlo peor.

—¿Estás segura de que te sientes con fuerzas? Aún estás convaleciente. Sin ofender, pero no quiero exigirle demasiado a tu cuerpo. —Fritz osciló de un pie a otro.

—Por favor —suplicó Vhalla, con su determinación a punto de desaparecer—. Necesito saberlo.

—Vale, vale. —Fritz puso las manos sobre los hombros de Vhalla y la hizo girar con suavidad para mirar a uno de los orbes de cristal que había a ambos lados de la ventana. Se inclinó hacia delante y señaló hacia la llama—. Mira ahí, mira con atención. Por favor, ten en cuenta que no soy ningún profesor de magia. Así que me disculpo de antemano por cualquier mal consejo que pudiera darte. Ahora que te he advertido, no puedes echarme la culpa. A mí me dijeron que la mitad de la magia es visualizarla y la otra mitad es permitir que ocurra. ¿Eso te ayuda en algo?

—¿Quizá? —dijo Vhalla con sinceridad.

—No sé cómo funciona la cosa para los Caminantes del Viento. Yo soy un Corredor de Agua, así que siento el agua que hay en mí para ayudarme a abrir mi Canal. Supongo que tú tendrás que sentir el viento que hay en ti…

—Esto no va a funcionar —musitó Vhalla, dubitativa. Su convicción menguaba por momentos.

—Sí que funcionará. Ni siquiera lo has intentado todavía. —Fritz le dio un apretoncito de ánimo en los hombros.

Vhalla miró el cristal fijamente. El fuego siguió ardiendo en su interior y ella se encogió de hombros.

—¿A eso lo llamas «intentarlo»? —Le dio un empujoncito suave—. Si las miradas pudiesen apagar un fuego por sí solas, entonces esa habría hecho el apaño.

Vhalla frunció el ceño y cerró los ojos mientras respiraba hondo. No tenía ni idea de cómo proceder con respecto a esto y se sentía un poco tonta por estar tratando de hacerlo siquiera. Aspiró otra lenta bocanada de aire. Vhalla oyó cómo el aire pasaba a través de ella, sintió cómo entraba en su cuerpo, notó cómo le daba vida.

Vacilante, trató de imaginar la posición del orbe delante de ella,

del fuego en su interior. La imagen se formó en su mente casi con la misma claridad que si tuviese los ojos abiertos.

Magia, tenía magia en su interior.

Lo aceptaría. ¿No la habían raptado y empujado de un tejado para que lo aceptara?

Vhalla pensó en el príncipe y su humor se agrió al instante. Cuando estaba con él había invocado su magia. Ese hombre cabezota e irritante la había hecho invocar su magia. Si él podía extraer la magia de ella, ni en broma iba a permitirse no poder sacarla por su propia voluntad. Respiró hondo y abrió los ojos justo a tiempo para ver que el fuego se apagaba y el orbe se hacía añicos.

—¡Lo has hecho! —Fritz retiró las manos de sus hombros y empezó a aplaudir como loco.

—He roto el orbe. —Contempló los cristales esparcidos por el suelo. Pensar en el príncipe la conducía a romper cosas. En realidad, no era demasiado impresionante… ni saludable.

—¿A quién le importa? Tenemos muchos más. —Fritz se rio y algo en su risa era contagioso, así que Vhalla sonrió a pesar de todo—. ¡Es verdad que eres una Caminante del Viento! —Tomó sus dos manos en las suyas y la hizo dar unas cuantas vueltas hasta que se sintió mareada, aunque también un poco entusiasmada—. Ahora, esa otra.

Vhalla se volvió hacia el orbe del otro lado y repitió el proceso. Esta vez intentó pensar en que el viento se quedara solo dentro del cristal, pero sin llegar a tocarlo nunca. Intentó reprimir un poco sus emociones, pero aun así tiró de la misma fuente que sentía cuando su mente se centraba en pensamientos iracundos sobre el príncipe heredero. El orbe se estremeció antes de agrietarse y romperse. Esta vez, sin embargo, hubo muchos menos trocitos.

—¡Eres asombrosa, Vhalla! —exclamó Fritz.

Sus palabras y el mundo a su alrededor se perdieron mientras Vhalla contemplaba, fascinada, los cristales rotos. Lo había logrado, más o menos. La magia había sido algo temible, misterioso, doloroso o intelectual. Pero esta era la primera vez que podría haber descrito el momento como divertido o gratificante. Por una vez, le transmitía una buena sensación.

Y por primera vez en su vida, Vhalla se sentía fuerte.

—Vhalla. —Una voz familiar rompió su trance—. Lo siento, salí para dar unas clases y entrenar y luego no estabas.

Vhalla se giró para encontrar a la mujer occidental que se acercaba con paso apresurado. Detectó preocupación sincera en los ojos de Larel, aunque fue atemperada por una mirada a Fritz, al darse cuenta de que Vhalla no había estado sola.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Larel, al tiempo que inspeccionaba sus vendajes.

—Estoy bien. —Vhalla se arriesgó a esbozar una sonrisa y se sorprendió de ver que su cara aún se movía como esperaba que lo hiciera.

—¡Está más que bien! —Fritz le plantó una mano en el hombro y Vhalla hizo una mueca ante la punzada de dolor que bajó por su brazo —. ¡Mira, Larel, la primera Caminante del Viento que tenemos en la Torre ha roto un orbe!

—¿En serio? —Larel se asomó por un lado de Fritz para inspeccionar el logro de Vhalla, si era que podía llamarse así—. ¿Te encuentras bien?

—Sí. —Vhalla asintió mientras se frotaba el hombro en el que Fritz le había dado su dolorosa versión de ánimo—. Bueno, aparte de lo obvio.

—Necesitas más poción. —Larel asintió al decirlo—. Le contaré al ministro lo de tu éxito aquí y luego te conseguiremos algo de comer y medicinas.

—Ven a visitarme alguna otra vez, ¿vale? —se despidió Fritz esperanzado.

Vhalla jugueteó con las vendas de sus manos y sus dedos. No quería volver a esa habitación solitaria, todavía no. Las cosas le habían parecido normales durante ese rato; un normal extraño y diferente, pero normal al fin y al cabo.

—¿Puedo comer con vosotros dos? —preguntó con timidez.

—¡Por supuesto que puedes! —Fritz botaba arriba y abajo. Larel mostraba una pequeña sonrisa cómplice, pero se ahorró los comentarios y se limitó a asentir.

Vhalla se sentó al lado de Fritz en el comedor de la Torre. Se sorprendió al descubrir que tenían sus propias cocinas y que los aprendices se turnaban para cocinar. Fritz explicó que, gracias a eso,

tenían la oportunidad de probar todo tipo de comidas de distintas regiones del continente.

Las fresas no habían sido un espejismo. No solo la variedad parecía ser mejor, sino también la calidad de la comida. La carne era fresca y eran cortes reales, no los trozos descartados, llenos de grasa gomosa y tendones, que solían servir en el comedor de los sirvientes y los aprendices. Las verduras eran tan frescas que todavía crujían. Vhalla se sintió engañada.

Larel percibió su mirada de desaprobación en cuestión de segundos, y Vhalla se preguntó si el poder para leer la mente era parte de la Afinidad de una Portadora de Fuego, pues Larel enseguida empezó a explicar la razón de que su sistema de alimentación fuese distinto.

Existía un dicho que Vhalla ya había oído alguna vez: la Torre cuida de su gente.

Los hechiceros sabían lo dura que podía ser la vida y, por ello, hacían piña. La Torre tenía muchos mecenas que, después de haberse formado ahí, habían salido al mundo a ganar sus fortunas. Pero nunca habían olvidado lo que la Torre había hecho por ellos y enviaban dinero y regalos con regularidad para cuidar de los aprendices que hubiera en ese momento. El ciclo se repetía generación tras generación.

Vhalla se sentó entre Larel y Fritz, que se preocuparon por que la conversación discurriera alrededor de ella de modo que pudiese participar solo en la medida que le apeteciera. Larel habló con otros Portadores de Fuego, que también llevaban chaquetas sin mangas de cuello alto. Fritz parecía absorto en su propio mundo mientras hablaba con el hombre que tenía a su otro lado, Grahm. Por el rabillo del ojo, Vhalla vio cómo los muslos de los dos hombres se tocaban cuando Fritz se inclinaba hacia Grahm. ¿Se estaría imaginando el resplandor cálido que irradiaba entre ellos?

Cuando terminó la comida, Larel la acompañó de vuelta a su habitación temporal y Vhalla aprovechó para admirar otra vez las obras de arte de los pasillos. Trató de apagar la luz de un orbe, pero solo consiguió romperlo.

—En serio, Vhalla —suspiró Larel, aunque no sonaba molesta de verdad. La mujer alargó una mano y los fragmentos de cristal refulgieron un momento al rojo vivo antes de desaparecer.

Entraron en el taller y Vhalla se acomodó enseguida bajo las mantas. Larel tenía cinco pociones más para su paciente y tres vendajes que sustituir.

—Mañana hablarás con el ministro. —La mujer occidental observó las magulladuras de Vhalla con ojo crítico. Incluso Vhalla estaba sorprendida de lo deprisa que se estaba curando su piel ahora.

—¿Qué pasará entonces? —se atrevió a preguntar.

—No lo sé. —Larel sacudió la cabeza—. Pero estaré aquí para ayudar con lo que necesites, siempre y cuando no te importe que yo sea tu mentora.

Vhalla miró a la mujer morena durante unos instantes. Recordó sus duras palabras de hacía unas noches. Quizá fuesen merecidas, quizá no. Las cosas habían cambiado y, por mucho que Vhalla llevase años intentando crecer y convertirse en una mujer, ahora mismo necesitaba a su niña interior, esa que abrazaba el mundo cambiante a su alrededor.

—No me importa —susurró Vhalla—. Si a ti sigue sin importarte ser mi mentora.

Larel se limitó a sonreír.

CAPÍTULO 9

Vhalla despertó al amanecer al día siguiente. No fue dolor o malestar lo que la despertó, sino la aprensión por lo que le depararía el día. Llevaba ya casi una semana en la Torre, aunque, claro, la mitad de ese tiempo había estado inconsciente. El ministro había pasado por su habitación dos veces más cuando estaba despierta, pendiente de su mejoría.

La opinión de Vhalla con respecto al ministro de Hechicería había mejorado con sus esfuerzos por curarla, pero no se le había olvidado la conversación del hombre con el príncipe. El ministro no hacía más que asegurarle que podía confiar en él, que no pretendía hacerle ningún mal, y Vhalla solo esperaba que fuese sincero.

Se encontró con el ministro en la sala adyacente a su dormitorio temporal, y se sentó en la misma silla que había ocupado semanas antes. Esta vez, dejaron un tazón de humeante té delante de ella, y bebió un sorbito con timidez, con valentía. Como era de esperar, el té era de alta calidad. *La comida buena es algo a lo que podría acostumbrarme*, caviló Vhalla mientras inhalaba los aromas del té.

—Me alegro de ver que te encuentras mejor —empezó el ministro, después de procurarse su propio té—. Lo bastante bien como para haber oído rumores ya de que mis aprendices y mentores han comido con la primera Caminante del Viento. —Vhalla evitó su mirada, culpable de su acusación—. Lo cual significa que debemos hablar sobre tu futuro.

Vhalla no sabía muy bien qué decir.

—Estoy seguro de que Larel ya te ha explicado la mayor parte, pero ahora eres una hechicera y tu lugar está aquí en la Torre. Hemos trabajado duro para crear un sitio que pudiera ser un remanso de paz para hechiceros de todos los niveles y destrezas. Se te permitirá practicar con libertad y se te enseñará a controlar y a aplicar tus

nuevas destrezas. —Cruzó las manos y las apoyó en la mesa—. Ahora bien, para aceptar la chaqueta negra, tendrás que renunciar a tu puesto actual en la biblioteca. Eso no significa que no puedas frecuentarla en tu tiempo libre, pero te mudarías aquí, a la Torre, para vivir y trabajar entre tus nuevos compañeros.

El ministro sacó un papel de sus vestiduras. Era un decreto formal de cambio de puesto de aprendiz con cuatro espacios en blanco para las firmas.

Ahí estaba todo, nítido y claro.

—¿Y si rechazo la oferta? —se encontró preguntando. El ministro hizo una pausa y Vhalla trató de descifrar lo que cruzó por su cara—. ¿Me podrán Erradicar?

—Vhalla —empezó el ministro despacio—. Eres la primera Caminante del Viento en casi ciento cincuenta años. —A Vhalla se le aceleró el corazón—. Creo que…

—¿No es mi elección? —se apresuró a preguntar.

—Lo es. —El ministro ya sabía que no llegaría a ninguna parte a base de forzarla. Ella se arrellanó en su asiento con un leve suspiro.

—Ministro —empezó—, se avecina el Festival del Sol. —Si podía fiarse de los colores cambiantes de los árboles debajo de su ventana, la mayor celebración del imperio tendría lugar a lo largo de ese mes—. Soy consciente de que no estoy en condiciones de pedir demasiado, pero… ¿podría esperar a después del festival para tomar mi decisión?

—Vhalla. —El ministro juntó las yemas de los dedos de ambas manos—. Estoy seguro de que ya eres consciente de los peligros de tener a un hechicero Despertado y sin entrenar en palacio.

—Pero ¿no provenía la mayor parte del peligro de no saber cómo iba a despertar a mi magia? —preguntó Vhalla con timidez—. Ahora que he Despertado, hay menos riesgo.

—No, ya has visto cómo pueden influir tus emociones sobre tu magia cuando no cuentas con un entrenamiento para suprimir esa respuesta natural —la contradijo el ministro, y a Vhalla se le cayó el alma a los pies—. Voy a necesitar que tomes tu decisión hoy.

Vhalla frunció el ceño. Observó los ojos azul hielo del ministro mientras recordaba su conversación con el príncipe. Más allá de lo que quisiesen de ella, no estaba dispuesta a entregárselo con facilidad.

—Entonces, elijo ser Erradicada —anunció Vhalla sin rodeos.

—Vhalla… —musitó Victor despacio.

—¿No era mi elección? —lo interrumpió ella—. Si se me fuerza a elegir ahora, entonces tomaré la decisión más segura, que es ser Erradicada.

—Eres la primera Caminante del Viento —repitió el ministro, aturdido.

—Es una pena, ¿verdad? —Vhalla se tragó su miedo para mantener esa fachada valiente.

El hombre la miró durante un momento largo. Vhalla cerró los puños en torno al borde del fino vestido de algodón que le habían puesto. Tenía que mantenerse firme. Si de verdad la necesitaban, el ministro no permitiría que la Erradicaran. Forzar su mano era peligroso, pero Vhalla necesitaba saber la verdad.

—Muy bien. —El ministro cedió con un suspiro. El corazón de Vhalla aporreaba en su pecho—. Te concedo hasta el final del Festival del Sol para tomar tu decisión.

O sea que estaba en lo cierto. Lo que fuese que quisieran tenía que ver con su magia. Vhalla disponía de un mes para averiguar por qué y entonces decidiría si quería conservar su magia o no.

—Gracias, ministro —dijo Vhalla con educación.

Antes de que pasara una hora, Larel regresó con su ropa. Cuando la dejó sobre la cama, Vhalla la miró asombrada. Sus túnicas estaban más limpias que nunca. El algodón parduzco estaba casi blanco, y cuando levantó la túnica granate vio que su dedo ya no cabía en ninguno de los agujeros de las costuras.

—También la hemos arreglado —señaló Larel.

—Gracias. —Vhalla no había visto a ningún sirviente en la Torre, lo cual significaba que los aprendices compartían el trabajo en todas las áreas, como hacían en las cocinas. Vhalla se preguntó si cuando Larel hablaba en *plural* se refería en realidad a *ella*.

Larel se excusó y Vhalla se cambió despacio. Levantar los brazos le provocaba dolorosas punzadas en las costillas, hasta el punto de hacerla guiñar los ojos. A pesar de tener el cuerpo maltrecho, amoratado y arañado, su ropa todavía le quedaba bien. Todavía era la misma persona, o casi.

Caminó al lado de Larel en silencio, incapaz de encontrar las palabras. La otra mujer irradiaba una sensación de comodidad y Vhalla no se sentía presionada a hablar. Miles de pensamientos rondaban por su cabeza mientras sopesaba sus opciones, y era una

agonía pensar que solo disponía de un mes para tomar una decisión.

Debería ser fácil, se regañó. Debería Erradicarse y dejar todo esto atrás, pero mientras cruzaba una puerta desconocida detrás de Larel, echó un último vistazo a la Torre. Había algo en ese lugar que Vhalla ya no podía negar.

—Has de saber que el ministro informó a la biblioteca que habías contraído la Fiebre Otoñal —le explicó Larel con diligencia.

—Ya veo. —Vhalla asintió, al tiempo que se preguntaba cuán profundo llegaba la influencia de la Torre en el palacio—. Larel, gracias —dijo Vhalla de pronto. Después de todos los cuidados de la mujer, Vhalla se estaba marchando sin haberle dado a la Torre nada a cambio.

—Cuídate —le pidió Larel con amabilidad.

Vhalla desapareció a través de la turbia pared y se encontró en un cruce de pasillos.

Animó a sus pies a moverse, pero estos se negaron.

Algo en su interior le gritaba que corriera de vuelta por ese pasillo en penumbra a los brazos de la gente que la había arrancado de las garras de la muerte, la gente que conocía el cambio que estaba viviendo y podía ayudarla a enfrentarse a él. Sería más fácil si no regresara nunca a la biblioteca, si no volviera a ver nunca las caras de los que habían sido su familia desde que había llegado al Sur.

El rostro de Mohned apareció en el ojo de su mente. Unos ojos blancuzcos por la edad, que aún brillaban con intensidad mientras miraban al mundo desde detrás de unas gafas circulares. La culpabilidad se hizo notar como un espasmo en el estómago. No podía marcharse de ese modo. Así que fue dando paso tras paso de vuelta a su antiguo hogar.

La mayoría de los vendajes de sus manos ya no estaban, pero el tono morado de los hematomas seguía siendo intenso en algunas zonas. Vhalla se alegró de llevar manga larga, pues ocultaban la mayor parte de las heridas restantes.

Casi no tenía fuerzas para empujar las elaboradas puertas de la biblioteca, por lo que se sintió agradecida cuando los guardias las agarraron desde el interior y terminaron de abrirlas.

Durante su ausencia, el Ministerio de Cultura había empezado los preparativos para el Festival del Sol. Grandes cornucopias colgaban del techo. Ramos de trigo recalcaban los títulos de cada fila de

estanterías. Incluso el mostrador central había sido decorado con guirnaldas de olor dulzón hechas con flores y hojas otoñales.

Sareem fue el primero en percatarse de su presencia, pues estaba ante el escritorio, mirando algo por encima del hombro de Mohned.

—¡Vhalla! —gritó.

El maestro lo regañó con suavidad, pero Sareem ya corría hacia ella. Dos brazos se envolvieron a su alrededor con fuerza y a Vhalla ni siquiera le importó el dolor de sus costillas y sus hombros. Con un grito similar, Roan salió corriendo de entre las estanterías para abrazarla a su vez, seguida de Cadance y después una mucho más serena pero sonriente Lidia. Incluso el maestro recorrió media biblioteca para recibirla.

—¿Cómo te encuentras, Vhalla? —se oyó la voz del maestro en medio de la cháchara.

—Mucho mejor. —Parpadeó para eliminar las lágrimas que anegaban sus ojos. Vhalla sabía que el maestro preguntaba por la mentira sobre la Fiebre Otoñal, pero la joven podía contestar con sinceridad.

—Estábamos todos muy preocupados por ti —intervino Sareem. Vhalla se frotó los ojos.

—¿Qué te pasa? —La voz de Cadance sonó pequeñita.

—Os he echado mucho de menos a todos, eso es todo. —Vhalla sorbió por la nariz, frustrada consigo misma.

—Ha pasado poco más de una semana, Vhalla —la consoló Roan con una sonrisa y unas palmaditas en la espalda—. De hecho, no tanto tiempo para ser Fiebre Otoñal.

—Pues a mí me ha parecido una eternidad. —Les dedicó una sonrisa cansada, consciente de que ellos no podían entenderlo.

El maestro se recolocó las gafas.

—Bueno, creo que es obvio que todos estamos contentos de tener a Vhalla con nosotros otra vez —empezó Mohned—, pero démosle algo de espacio y volvamos al trabajo.

Con otra ronda de palabras cálidas y pequeños abrazos, todo el mundo se fue en una dirección diferente, salvo ella, el maestro y Sareem. Vhalla siguió a los hombres hasta el escritorio.

—Hoy te daré una tarea muy sencilla, Vhalla. Por favor, revisa la sección de pociones para asegurarte de que todo esté en su sitio.

Contenta con esa tarea, caminar por la biblioteca fue como volver

a encontrarse con un viejo amigo. Cada balda era un rostro familiar. Muchos libros contenían recuerdos para ella, en la misma medida que contenían información. Vhalla se permitió echar una ojeada en dirección a la sección de misterios antes de zambullirse entre las estanterías sobre pociones y dejar su situación fuera de la vista, aunque por desgracia no fuera de su mente. Se dio cuenta de que sería feliz de seguir con esta vida otra vez. Como si nunca hubiese pasado nada. Podía permitir que la Erradicaran y dejar atrás la magia, como si no hubiese sido más que una pesadilla.

Tenía la cara empapada de lágrimas otra vez y Vhalla se maldijo en silencio por llorar tanto. Una estantería se convirtió en su soporte. Se dejó resbalar por ella hasta llegar al suelo. Luego echó la cabeza atrás y levantó la vista hacia las altísimas estanterías que contenían los libros que se suponía que debía revisar.

Mientras estaba ahí sentada, rodeada por el silencio del lugar y respirando hondo en un intento por recuperar la compostura, Vhalla fue consciente de algo que no había pensado nunca. Esta era la primera vez que tenía que tomar una decisión sobre su futuro.

Su cumpleaños era dentro de unos días, pensó. Iba a cumplir dieciocho años y jamás había tomado una decisión trascendental en toda su vida. En cierto modo eso la aterraba, en cierto modo la avergonzaba, y en cierto modo la impulsaba a seguir adelante.

Se levantó del suelo y empezó a revisar los libros. Tenía la mente demasiado ocupada para leer ninguno de ellos. El trabajo era consuelo suficiente ese día.

Esa tarea simple mantuvo sus manos ocupadas mientras su mente hacía su propia revisión en silencio. Para cuando sonaron las campanas de cierre, se había prometido que fuera lo que fuere lo que le deparara el futuro, iba a tomar su propia decisión. A pesar de lo que decía todo el mundo acerca de los hechiceros, su breve paso por la Torre le había demostrado que las cosas eran muy diferentes. No estaba dispuesta a que los rumores de gente corriente, ni los susurros de los lores oídos a través de una puerta decidieran su futuro por ella. Era más fuerte que eso. Al menos, eso era lo que quería creer.

Cuando el personal de la biblioteca se estaba marchando, llegó un pequeño grupo del Ministerio de Cultura cargado con artículos para terminar de decorar. Vhalla se preguntó cuándo empezaría el festival. Era una de las mejores épocas del año, pues la mayor parte del

personal solo tenía que trabajar un día para así poder disfrutar de las celebraciones.

—Vhalla, ven a comer con nosotros. —Sareem le tocó el hombro con suavidad.

Vhalla no tenía hambre (el peso del mundo llenaba su estómago), pero se encontró aceptando de todos modos.

El comedor era un lugar caótico, lleno de gente de todos los rincones del palacio. Era un espacio enorme y cavernoso con largas hileras de mesas de madera. El repiqueteo de platos metálicos y vasos, las conversaciones en multitud de dialectos, peleas y risas… todo ello resonaba en sus oídos. Le recordó por qué no solía comer ahí, pero al mismo tiempo sintió nostalgia por sus años de niña, cuando había sido más sociable y a menudo comía con sus compañeros.

Vhalla se sentó con Sareem a su izquierda, y Roan enfrente de él. Lidia y Cadance también se quedaron con ellos, y el personal de la biblioteca comió y disfrutó de su mutua compañía, hasta que Vhalla ya no pudo reprimir sus bostezos.

—Alguien tiene sueño. —Sareem le puso una mano sobre la frente.

—Un poco —admitió Vhalla.

—Es probable que todavía te estés recuperando de la fiebre —señaló Lidia, con sus instintos maternales a flor de piel.

—Sí —confirmó en voz baja, y se miró los dedos inquietos. Todavía se estaba recuperando, lo cual no era una mentira tan grande. Cuando Vhalla volvió a levantar la vista, sus ojos se cruzaron con los de Sareem. Su amigo guiñaba los ojos de un modo extraño, pero antes de que Vhalla pudiera preguntarle nada, ya se había puesto en pie.

—Bueno, creo que debería acompañar a Vhalla a su habitación, para asegurarme de que esté bien —anunció Sareem. Vhalla levantó la vista, deslizando los ojos por el cuerpo del muchacho. ¿Cuándo había crecido tanto?

—Estoy bien. Quédate. —Vhalla se levantó y procuró hacer caso omiso de la mirada de soslayo de Roan.

—No, no. Quiero acompañarte —insistió Sareem. Le ofreció el brazo y Vhalla lo tomó con timidez. No era la primera vez que había caminado del brazo de Sareem, pero sí era la primera vez que lo hacía sin que fueran dos niños que se dirigían hacia alguna travesura. Se sintió un poco extraña, y no fue solo porque los ojos de Roan los siguieron todo el camino hasta salir de la sala.

Recorrieron los pasillos casi desiertos en silencio. Vhalla recolocó su mano en el codo de Sareem, pero él no dio ninguna indicación de que quisiera que la retirara. A punto estuvo de dar un respingo cuando la voz grave de Sareem por fin rompió el silencio.

—Vhalla, no has tenido Fiebre Otoñal, ¿verdad? —le preguntó Sareem sin rodeos. Ella lo miró boquiabierta, sorprendida.

—¿A qué te refieres? ¡Por supuesto que sí! ¿Dónde habría estado, si no? —repuso con un toque de pánico.

—No lo sé. —Había una severidad preocupada en sus ojos azul océano mientras la miraba—. Pero sé que ya tuviste Fiebre Otoñal de niña, y no debería dejarte fuera de juego durante una semana. Además, he visto un vendaje en tu antebrazo.

Vhalla apartó la mano de su codo a toda prisa y bajó su manga. Se mordió el labio. ¿Qué podía decir?

—Si alguien pregunta sobre tu fiebre, mándamelos a mí —le indicó Sareem.

—¿Por qué? —pregunto Vhalla en voz baja, la comida se le empezaba a revolver en la tripa.

—¿No te lo he dicho ya alguna vez? Mientes fatal. Será más convincente si me los mandas a mí.

—¿Por qué habrías de hacer eso? —Pararon delante de su puerta y Vhalla levantó la vista hacia su amigo.

—Porque podría ayudarte —respondió, y apartó la mirada. De repente, algo resultaba incómodo entre ellos—. No sé por qué estás mintiendo, Vhalla, pero estoy seguro de que no lo harías si no fuese importante. Si alguna vez necesitas a alguien con quien hablar, cuenta conmigo.

—Gracias, Sareem. —Vhalla se movió, incómoda. Para su sorpresa, Sareem se llevó su mano a los labios y le dio un suave beso en los nudillos.

—Descansa bien, Vhalla —susurró Sareem antes de soltar sus dedos y dirigirse de vuelta al comedor.

Vhalla no pudo hacer más que observar cómo se alejaba en medio de un silencio perplejo.

CAPÍTULO 10

Pasaron dos días con tal normalidad que parecieron casi surrealistas. Vhalla retomó casi todas sus tareas habituales. El maestro le dio algo más de flexibilidad por las mañanas para ayudar con su recuperación y, aunque ella solía despertarse al amanecer, disfrutó del tiempo extra para relajarse en la cama y vestirse con calma. La hizo sentir un poco culpable, pero en los últimos tiempos se sentía así bastante a menudo, ya que no parecía capaz de tomar ninguna decisión con respecto a la Torre.

Las cosas con Sareem no habían cambiado después de la primera noche. En ocasiones, notaba una mirada extraña procedente de él y, a veces, se sentaba más cerca de lo normal cuando se escaqueaban del trabajo para acomodarse en su asiento en la ventana. Pero ninguno de los dos parecía preparado para cruzar la línea que los separaba.

Vhalla empezó a mirarlo de otro modo y recordaba a menudo las palabras de Roan. Había descartado enseguida las preguntas de su amiga acerca de una relación, pero ahora pensaba en ello durante cada una de las miradas de Sareem. ¿Por qué le estaba prestando tanta atención? Era algo para añadir a la lista de cosas que dilucidaría en algún momento.

Así, el día de su cumpleaños durmió más allá del amanecer, hecha un ovillo en la cama con las mantas por encima de la cabeza. Como era su costumbre, el maestro Mohned le había dado el día libre y Vhalla aprovechó la oportunidad para remolonear hasta tarde. Ya casi se había curado del todo, pero su cuerpo todavía exigía descanso adicional.

O más bien lo hubiese exigido de no haber llamado alguien a la puerta. Vhalla entreabrió los ojos con la esperanza de que esa persona se marchara. Sin embargo, después de unos momentos, una segunda llamada la sacó de la cama.

Hizo un esfuerzo por pensar quién podría ser. El personal de la biblioteca estaría trabajando ya, y Vhalla no tenía demasiados amigos. Por ello, no debería haberse sorprendido de a quién encontró al otro lado de la puerta.

—¿Larel? —exclamó, mirando a la mujer de la chaqueta negra.

—Hola, Vhalla. —Larel le lanzó una de sus sonrisas arrebatadoras —. ¿Puedo pasar? No querría que me viera nadie cuando he evitado que se fijasen en mí hasta ahora.

Vhalla asintió y dio un paso a un lado para dejar pasar a su amiga.

Larel entró en el pequeño espacio y miró a su alrededor. La habitación de Vhalla era poco más que una cama, una mesa, una silla, un armario y un espejo, pero los ojos de Larel tomaron nota de todo ello. Hizo una pausa, con los ojos fijos en el armario. Justo cuando Vhalla estaba a punto de preguntar qué era lo que creía ver la otra mujer, Larel giró en redondo con una palmada.

—¡Bueno! ¿Cómo te encuentras? —Larel condujo a Vhalla hasta la cama y la joven jugó a ser la paciente de manera obediente.

—Muy bien —repuso.

—Genial. —Larel tiró de la silla para sentarse frente a Vhalla y empezó a inspeccionar los pocos moratones que le quedaban—. La verdad es que te has curado a una velocidad asombrosa.

Esa conversación le resultaba muy extraña después de haber vuelto a lo que Vhalla consideraba el mundo real. Queriendo o sin querer, no había pensado más que de manera fugaz en la magia durante al menos tres días enteros.

—¿Has estado experimentando? —Larel levantó la vista de sus atenciones médicas. Vhalla negó con la cabeza—. ¿Por alguna razón?

—No sé lo que estoy haciendo. —Vhalla sujetó la pierna en alto para que Larel comprobara el vendaje de su pantorrilla.

—Apenas —repuso Larel en tono seco.

—¿Apenas? —Vhalla ladeó la cabeza, las manos estiradas detrás de ella en la pequeña cama.

—Rompiste orbes de luz en la Torre —señaló la mujer occidental.

—Me estaba ayudando Fritz —replicó Vhalla, y al instante sintió una punzada de añoranza por ver a Fritz otra vez.

—Oh, sí, Fritz es un profesor excepcional —comentó Larel en tono sarcástico. Luego se rio.

Vhalla sonrió, en contra de su voluntad, mientras recordaba la

naturaleza y los esfuerzos torpes del hombre por ayudarla a comprender la magia. Puede que Larel no lo entendiera, pero después del ministro y del príncipe, Vhalla pensaba que Fritz era bastante buen profesor.

—Aunque quizá sea para mejor —continuó Larel al ver que Vhalla guardaba silencio—. Sin un profesor para supervisar tus esfuerzos, experimentar podría ser peligroso ahora que has Despertado. ¿Ha pasado algo raro?

—¿Raro? —repitió Vhalla.

—Sí, raro. Como no estás empleando la magia de manera activa, necesito saber si tus poderes están buscando alguna otra salida, por ejemplo a través de tus emociones. —Los ojos oscuros de Larel mostraban un dejo severo.

—¡Oh! No, nada raro. —Vhalla hizo una pausa y Larel hizo otro tanto. Sus ojos se posaron en la ventana—. En realidad, el viento me parece distinto ahora. Desde que he vuelto, he dejado la ventana abierta mucho rato. Bueno, es difícil de explicar: es como si hubiese *algo* en el aire. Es obvio que el viento puede sentirse, pero…

—Lo comprendo; el fuego transmite una sensación diferente a los Portadores de Fuego. —Larel pasó los dedos por su flequillo—. A mí me gusta tener fuego alrededor. En las llamas no siento el calor, pero sí siento que hay algo ahí, como la esencia de la llama.

—¿No sientes el calor? —Vhalla parpadeó, perpleja.

—No. El fuego no me puede quemar, a menos que lo cree un hechicero mucho más poderoso que yo.

—Ya veo —caviló Vhalla en voz baja, mientras observaba a Larel ajustar bien sus últimas vendas.

—Bien. Bueno, no parece que haya nada mal. Solo quería comprobar qué tal estabas. —La hechicera se echó atrás con una sonrisa.

—¿Querías o te enviaron? —inquirió Vhalla.

—¿Tienen que ser mutuamente excluyentes? —La mujer se puso en pie—. Oh, y por cierto, feliz cumpleaños.

—¿Cómo has sabido que era mi cumpleaños? —preguntó Vhalla, asombrada.

—Cuando estuviste a nuestro cuidado, el ministro hizo llevar a la Torre todos tus papeles y registros. Me fijé en la fecha de tu cumpleaños. —Larel rebuscó en una pequeña bolsa durante un

momento—. Toma. —Le tendió dos paquetes pequeños.

—¿Qué es esto? —Vhalla aceptó los tesoros con ambas manos.

—Regalos de cumpleaños, tonta.

Larel lo dijo como si no tuviese ninguna importancia, pero Vhalla los depositó con ademán reverente en su regazo. Apenas esperaba que sus amigos recordaran su cumpleaños, no digamos ya que le llevaran un regalo. Y que alguien a quien apenas conocía le ofreciera no uno sino dos regalos era algo asombroso.

—Oh —añadió Larel—, uno es de Fritz. Cometí el error de decirle a dónde iba esta mañana y el chico insistió.

—¿Puedo abrirlos ahora? —preguntó Vhalla.

—Adelante. —Larel asintió y esbozó una leve sonrisa al ver el entusiasmo infantil de Vhalla.

La joven dejó un paquete a un lado, pues tenía la sensación de que ya sabía qué era. Tomó el más pequeño de los dos y desenvolvió el sencillo papel marrón sujeto con un cordel para descubrir un precioso brazalete de metal. Era delgado y se curvaba un poco hacia arriba por los lados con una pequeña abertura en la parte de atrás para deslizar la muñeca a través. Lo estudió a la luz. Grabadas sobre la superficie había unas runas extrañas que Vhalla no reconoció.

—Es precioso —susurró, dándole vueltas entre las manos. Vhalla deseó de corazón que su nueva amiga no hubiese gastado mucho en aquello.

—Me alegro de que te guste. —Larel sonrió de oreja a oreja.

—Me encanta, Larel. ¿Dónde lo has conseguido? —Vhalla lo acercó a su cara e inspeccionó las inscripciones con atención.

—Lo he hecho yo. —Al ver la expresión de sorpresa de Vhalla, se apresuró a explicarlo—. Los Portadores de Fuego a menudo son joyeros o herreros. Podemos templar metal, prender llamas, conservar el calor. No ser capaz de quemarte ayuda.

—¿Y las marcas? —preguntó Vhalla.

—Son occidentales —respondió Larel.

Vhalla asintió. Se sentía abrumada. Se volvió hacia el otro regalo, con una envoltura sencilla, y descubrió un libro viejo y ajado. El título casi se había borrado, pero la escritura en el interior aún era bien legible: *El arte del aire*.

—Fritz se sintió mal porque no es un regalo de verdad que puedas conservar para siempre —explicó Larel. Vhalla sacudió la cabeza.

—Es maravilloso —murmuró.

—Pensé que te gustaría. —La hechicera sonrió.

—Por favor, dale las gracias a Fritz de mi parte —dijo Vhalla, sin dejar de dar vueltas al libro en sus manos.

—¿Quieres venir a dárselas en persona? —preguntó Larel—. Tienes el día libre por tu cumpleaños, ¿no es así? Estoy segura de que el ministro no pondrá objeciones a que entres en la Torre otra vez, puesto que todavía tienes que tomar una decisión oficial.

Vhalla lo pensó durante unos instantes. Había disfrutado del tiempo en compañía de Fritz y leer con él otra vez sería agradable. Tal vez pudiese comer más de los platos de la Torre como regalo de cumpleaños.

Deslizó los ojos hacia la ventana. La ranura de la pared ofrecía poca luz, pero pudo ver las nubes flotando por el cielo empujadas por la brisa otoñal. Vhalla se sentía abrumada por una necesidad insaciable de estar al aire libre.

—Gracias por la oferta, pero creo que me gustaría estar al aire libre hoy —dijo Vhalla, pensativa.

—Lo comprendo —aceptó Larel, con un asentimiento y un tono que hizo que Vhalla la creyera. La mujer morena empezó a dirigirse hacia la puerta, pero se paró un momento y miró el armario de Vhalla una vez más. Abrió la boca un instante como para decir algo, pero cuando se giró otra vez, su expresión había cambiado—. Cuídate, Vhalla. Estaremos ahí mismo si nos necesitas.

—Gracias, Larel, por todo. —Vhalla sonrió.

Larel asomó la cabeza por la puerta de la habitación y luego se marchó con sigilo.

Con uno de sus regalos puesto, metió el otro en su bolso. Los días eran ya casi siempre frescos y sus túnicas de invierno por fin habían llegado. Estaban hechas con lana más gruesa y materiales más pesados que sus túnicas de verano y otoño. Vhalla siempre tenía frío, así que agradeció esa tela más gorda en toda su gloria rasposa. Igual que en sus túnicas de verano, las de invierno llevaban un libro abierto bordado en la espalda, lo cual la marcaba como una de las aprendizas de la biblioteca. Vhalla contempló el hilo azul. ¿Durante cuánto tiempo más llevaría esas túnicas?

Vhalla decidió que, de hecho, le iba a dar algo de importancia a su apariencia hoy. Era su cumpleaños, un año mayor, otra oportunidad

para madurar y desarrollar hábitos de mujer a los que todavía tenía que encontrarles el gusto. En su espejo deslustrado, Vhalla movió la cabeza para que cupiera en el reflejo del tamaño de la palma de una mano. Su pelo tenía un aspecto un pelín mejor.

Vhalla tenía una parada especial planeada antes de salir a pasar el día. Subió hasta el sudoroso batiburrillo de las cocinas. Era un lugar bullicioso de ruido y aromas que hacían gruñir su estómago. Vhalla no solía tener motivos para frecuentarlas, pero en el día de su cumpleaños esperaba que hiciesen una excepción.

Los limones solo crecían en el lejano Oeste y en las islas, así que eran una exquisitez en otras regiones del Continente Mayor. Las cocinas servían una pequeña tartaleta con el té o los almuerzos de los nobles y miembros de la realeza. Con un glaseado de azúcar blanco por la parte superior, Vhalla solía pasar el año entero anhelando el esponjoso dulce amarillo.

Con justo la cantidad adecuada de súplicas, y suerte, consiguió meter en su bolsa un postre del tamaño de su mano, envuelto en tela, para celebrar su cumpleaños.

Por lo que a Vhalla respectaba, el palacio albergaba tres mundos. El mundo más interno era el más bajo en la sociedad; estaba medio oculto en espacios del tamaño de armarios, con dormitorios comunes para los sirvientes, habitaciones para los aprendices y pasillos que discurrían entre paredes. Era la piedra áspera, el mortero descascarillado y las escaleras con peldaños de distintos tamaños. Manchurrones de cera de vela goteando por las paredes era su arte y los placenteros aromas del sistema de alcantarillado, el sofisticado sistema de acueductos del palacio y el imperio, eran su perfume.

Por encima de ese mundo estaba el mundo público. Ese tenía los salones vistosos donde se permitía el acceso de los plebeyos y los pasillos por los que caminaban los nobles y los ministros. Estaba pulido y lleno de frescos y esculturas de piedra.

Por ahí era por donde andaba Vhalla hoy. No del todo inusual para una aprendiza, pudo disfrutar de la belleza del palacio a su aire. La mayoría de las salas estaban vacías pues la corte estaba reunida y los ministros estaban trabajando.

Vhalla jamás había puesto un pie en el último mundo del palacio. Bueno, si no contaba haber subido por escaleras secretas detrás del príncipe. Las dependencias de la realeza y sus invitados nobles de más

alto rango estaban cerradas con una verja dorada. Los guardias más peligrosos estaban ahí apostados día y noche para mantener fuera a todo el que pudiese querer entrar a la fuerza. Vhalla solo había puesto los ojos en la verja una vez, cuando era una niña curiosa, pero enseguida la echaron de ahí.

Vhalla no sabía lo que estaba buscando. Se limitó a andar. Subió y luego bajó, pasando de una cosa a la siguiente. Pasó por al lado de uno o dos sirvientes, pero no le preguntaron nada y ella no les dio ninguna explicación.

Puede que Vhalla no tuviese un objetivo cuando empezó su paseo sin rumbo, pero supo que lo había encontrado en cuanto lo vio.

A través de una ventana de las de arriba, Vhalla vio un jardín que no había visto nunca, escondido dentro de un patio del palacio. Senderos de gravilla serpenteaban entre tupidos setos, plantas y árboles. Muchos de ellos empezaban a perder su follaje verde, trocado ahora en los naranjas y rojos del otoño. Los árboles que oscilaban a la brillante luz del sol parecían estar en llamas.

Mientras caminaba en espiral alrededor del jardín, Vhalla vio una verja a través de las ventanas. Sin embargo, ninguna de las escaleras de subida o de bajada la conducían a un pasillo que conectara con ella. Frustrada pero decidida, encontró la ventana más baja que pudo. Era casi imposible ver por encima del seto que se alzaba justo delante de ella.

Vhalla abrió la ventana, pasó por encima del alféizar de piedra y aterrizó con suavidad en el jardín más abajo. Apenas pudo cerrar el portal a su espalda, por lo que tendría que encontrar algo en lo que subirse para volver a entrar después. Con el viento revolviéndole el pelo, Vhalla se zambulló entre los arbustos y se adentró en otro mundo.

Una brisa bajó resbalando por la ladera de la montaña y la hizo parar en seco. Era distinta de cualquier cosa que hubiese sentido hasta entonces. El mundo estaba vivo a su alrededor y cada ráfaga de aire era como el susurro de un amante sobre seda.

Fascinada, estiró una mano y la inspeccionó, como si pudiera ver el aire resbalando entre sus dedos. Esto era más que esas bocanadas suaves que conseguían colarse por su ventana. No podía verlo, pero lo *sentía*. No del modo que uno siente una brisa de costumbre. No, como había dicho Larel, Vhalla sentía la esencia del viento. Era como si

pudiese agarrarlo y cerrar los dedos alrededor de algo más fino que cualquier seda o gasa.

Una ráfaga ascendente atrajo su atención hacia el cielo y a Vhalla se le quedó atascado el aire en la garganta. Lo que se alzaba imponente por encima de ella eran los Aposentos Imperiales. Todo su cuerpo hormigueó al verlos. Era la primera vez que ponía los ojos sobre las afiladas torres doradas desde su caída.

No existía ninguna razón para estar viva. Las torretas se alzaban hasta una altura impactante, con una vertiginosa caída vertical. Vhalla trató de imaginar las cosas contra las que quizá se había golpeado, pero nada parecía tener sentido. Todos los salientes y adornos estaban a los lados de la torre y había una caída larga antes de haber nada que hubiese podido frenar su caída. Desde el lugar en el que estaba ahora mismo, parecía claro que habría tenido que desplazarse diez o quince metros por el aire para haber impactado contra algo. Todas las opciones parecían casi imposibles.

Vhalla decidió quitarse esos recuerdos dolorosos de la cabeza, agarró mejor su bolso y empezó a caminar por el jardín. Había visto una estructura poco ortodoxa desde las ventanas y tratar de encontrarla era una pérdida de tiempo mucho menor que cavilar sobre príncipes y experiencias cercanas a la muerte.

Por fortuna, todos los caminos parecían dirigirse hacia su objetivo y el corazón de Vhalla empezó a latir a un ritmo extraño al ver su belleza.

El edificio era como una jaula de pájaro. Unos perfiles plateados se arqueaban para juntarse en lo alto y, entre ellos, sujetaban grandes láminas de cristal esmerilado como paredes. En el vértice superior había un sol plateado. Vhalla se retorció las manos mientras pensaba. En toda su vida, solo había visto el ardiente sol del imperio fabricado en oro.

El cristal estaba como neblinoso y, aunque podía distinguir formas borrosas y manchurrones verdes, era imposible discernir lo que había en el interior. Tres peldaños plateados conducían a una puerta con un arco.

Su mano vaciló sobre el picaporte de plata. Tenía el corazón acelerado, pero no hubiese podido decir por qué.

El olor de las rosas atacó sus sentidos en cuanto entró. Crecían por las paredes exteriores y trepaban también por un gran poste central.

La temperatura dentro de la estructura tipo invernadero era cálida, controlada a la perfección para garantizar que las flores carmesís del Oeste siguieran en floración.

Sus bailarinas no hicieron ni un ruido cuando fue con sigilo hacia la columna para inspeccionar uno de los capullos. Un movimiento llamó su atención más allá del asombroso follaje y hasta un banco plateado al fondo del espacio, en el lado opuesto a la puerta.

No estaba sola.

Un hombre estaba ahí sentado, encorvado sobre un dietario abierto, y parecía enfrascado en las notas que estaba tomando. A Vhalla se le heló la sangre en las venas y dio un paso atrás. Esto no debería estar pasando. De todas las personas del mundo, no debía encontrarse justo con este hombre vestido de negro, con su engominado pelo también negro y sus ojos oscuros.

Vhalla estaba calculando cómo escapar mejor cuando la pluma del hombre se detuvo y su barbilla se levantó despacio. Abrió los ojos como platos y frunció el ceño al tiempo que sus labios se entreabrían por la incredulidad. La voz grave y sofisticada que rompió el silencio hizo que Vhalla rechinara los dientes.

—¿Eres real? —susurró el príncipe Aldrik con una sorpresa obvia.

CAPÍTULO 11

Irritada, Vhalla se borró la confusión de la cara.

—Por supuesto que soy real, y ya me iba. —Dio media vuelta e hizo ademán de dirigirse a la puerta.

—¡Espera! —El príncipe se levantó de un salto y sus papeles se desperdigaron por el suelo. Vhalla se giró a tiempo de ver su movimiento torpe y descuidado—. Espera.

—¿Esa es una orden, príncipe? —Vhalla concentró toda su atención en el picaporte de la puerta. Una ira silenciosa empezó a crecer en su interior.

—Sí. No. *No*, no lo es, si quieres marcharte, adelante; pero por favor, solo… espera. —Suspiró y se pasó una mano por el pelo, mientras recolocaba su largo abrigo cruzado con la otra.

—¿Por qué? —preguntó Vhalla, que medio se giró hacia él, pero sin apartar la mano del picaporte.

—Porque… —se aclaró la garganta antes de tratar de continuar con más convicción—. Porque quiero hablar contigo.

—¿Y si yo no quiero? —Vhalla suspiró.

—Entonces vete. —Cuando la joven no hizo ningún movimiento en su dirección, la postura del príncipe dio la impresión de venirse un poco abajo. Se arrodilló y empezó a recoger sus papeles.

Vhalla estaba en un limbo mientras observaba a ese hombre extraño, frustrante e irritante en el suelo, recogiendo sus pergaminos desperdigados. Con otro suspiro suave, la aprendiza que había dentro de ella reafirmó su existencia y Vhalla fue a arrodillarse delante del príncipe. Recogió unos cuantos papeles que tenía a su alcance y se los tendió con actitud expectante.

El príncipe levantó la vista hacia ella y tomó los papeles de sus manos, con la mandíbula floja y los labios entreabiertos.

Vhalla esperó un momento. Al no recibir nada a cambio, se levantó

y giró hacia la puerta, frustrada. ¿Qué esperaba? Era un príncipe y, si los rumores del palacio eran ciertos, jamás pensaba en nadie más que en sí mismo.

—Lo siento. —Las palabras fueron tan suaves que Vhalla apenas las oyó por encima del frufrú de los árboles. Vhalla tenía la puerta medio abierta ya. *Seguro que solo me lo he imaginado*. Dio otro paso—. Vhalla, *lo siento*.

Se giró despacio y volvió a mirarlo, un pie dentro y el otro fuera. Las palabras se fueron asentando en su interior y Vhalla esperó a ver si serían suficientes para apaciguar la ira que sentía hacia ese hombre vestido de negro.

—No debí atacarte como lo hice, ni mágica ni verbalmente —continuó. Había una chispa en sus ojos que le suplicaban algo que no estaba segura de poder darle—. Me mostré impaciente… y estúpido. No pensé en cómo podría afectarte.

Vhalla volvió a entrar, cerró la puerta a su espalda y se apoyó contra ella para recibir su sostén.

—Estoy seguro de que has oído todas esas historias sobre mí. —El príncipe Aldrik dejó sus papeles en el banco a su lado. Vhalla se preguntó por qué parecía incapaz de mirarla a los ojos—. Te aseguro que todo es verdad. No estoy exactamente versado en, en… —Hizo una pausa para buscar las palabras más adecuadas.

—¿En crear relaciones reales con la gente? —terminó Vhalla con rencor. Si el príncipe quisiese echarla del palacio por su falta de decoro, ya lo hubiese hecho. No tenía ni idea de por qué no lo había hecho. Pero Vhalla estaba dispuesta a averiguarlo y a lavarse las manos de la realeza.

—Te he hecho daño con mis palabras. Y con mis acciones. Lo sé. Y es probable que para ti no signifique nada que diga que no era mi intención. —Suspiró y apartó la mirada.

—Dicen que sois un príncipe con mucha labia. —La voz de Vhalla sonó más débil de lo que hubiese querido—. Ya me convencisteis para subir a la cima de una torre. ¿Cómo puedo creeros ahora?

—Porque hay cosas que no sabes sobre nosotros —repuso el príncipe Aldrik en tono críptico.

Vhalla negó con la cabeza. No había ningún «nosotros» entre ellos.

—Me tirasteis de la torre y pude haberme matado, pero lo peor es que ni siquiera os importaba. —Se le quebró la voz y tuvo que respirar

hondo. Vhalla apretó la mandíbula; ella era la que había sufrido. El príncipe no tenía ningún derecho a mostrarse tan dolido.

—Ahí te equivocas. Sí me importaba. Sabía que eras una Caminante del Viento, así que nunca se me ocurrió que pudieras morir. —El príncipe dio un pequeño paso hacia ella y Vhalla miró ceñuda las puntas de sus botas como si la hubiesen ofendido.

—Perfecto —convino, y acto seguido se dispuso a contraatacar con su propia lógica—. Aunque conocierais mi Afinidad, cosa que ni siquiera el ministro mismo parecía saber, ¿qué seguridad teníais de que la caída no me mataría, de que sería lo bastante fuerte?

—Porque el aire no puede hacer daño a los Caminantes del Viento, igual que el fuego no puede dañar a los Portadores de Fuego —señaló.

—Da la impresión de que no sabemos casi nada sobre los Caminantes del Viento. No sabíais a ciencia cierta que esa caída no fuese a matarme. —Vhalla cruzó los brazos delante del pecho.

—Sabía que no morirías porque tú salvaste mi vida. —La voz del príncipe sonó lenta y cuidadosa, como si le costara pronunciar las palabras. Vhalla dejó caer los brazos a los lados—. Cuando llegué a casa desde el frente, iba a morir. El… *arma* que había perforado mi piel estaba impregnada en un fuerte veneno. De no haber sido por una inmunidad que he desarrollado a lo largo de muchos años, me hubiera matado a medio camino de casa. Los clérigos no sabían qué hacer, así que recurrieron a la biblioteca y a la Torre en busca de cualquier pista sobre un antídoto o el tratamiento a utilizar.

»Sabía que era el final. Los clérigos no lograban encontrarle un sentido al veneno ni a cómo había sido alterado con magia para que me afectara. —Aldrik apretó un puño y Vhalla escuchó su relato con atención—. Aun así, empecé a estabilizarme a medida que extraían determinadas notas de los libros. Algunas eran comprensibles, otras se convertían en un galimatías, pero de algún modo, todas tenían sentido para mí y fui capaz de guiar mi propio tratamiento. Las notas eran todas tuyas.

—Eso es imposible —protestó Vhalla—. ¿Cómo supisteis que eran mías?

—Le pedí al ministro que les preguntara a los guardias quién las había escrito. Un guardia condujo a Victor hasta ti —explicó el príncipe—. Supe que estabas gastando una buena cantidad de energía mágica para mantenerme con vida y quise asegurarme de que

estuvieras a salvo.

—¿Qué? —preguntó Vhalla con una vocecilla. ¿El ministro la había raptado porque el príncipe había estado preocupado por su bienestar? Era retorcido y apenas tenía sentido. Pero si fuese verdad, Vhalla empezó a hacerse una imagen diferente de aquella noche y de los acontecimientos subsiguientes.

—No me sentí del todo entusiasmado por los métodos de Victor —farfulló Aldrik—, pero te encontró y supe a quién buscar.

Vhalla se había sumido en un silencio estupefacto.

—A falta de una explicación mejor: escribías magia. No sé por qué lo hiciste… ni cómo. Pero te preocupaste tanto por salvarme, que forzaste a tus poderes a Manifestarse. Creaste recipientes y me los enviaste. Por imposible que eso pudiera ser para alguien que ni siquiera había Despertado, lo hiciste. Y si no hubiese sido por eso, yo no estaría en pie ahora mismo. —La voz del príncipe había encontrado fuerzas.

—¿Cómo lo sabéis? —Vhalla también recuperó la voz, mientras seguía tratando de encontrar el fallo en su historia. Todo lo que decía parecía tan imposible…

—Porque cuando un hechicero salva a otra persona, una parte de él, o de ella… de su magia… arraiga. Se lo denomina «Vínculo». Lo más probable es que tu Despertar sea tan reciente que no lo entiendas, ni lo sientas, pero yo sí pude. —Cruzó las manos detrás de la espalda.

—¿Un Vínculo? —Vhalla repitió la palabra en ese contexto tan extraño.

—Sí, mi loro. —La comisura de su boca se curvó un poco al ver su mueca de enfado—. Parte de un Vínculo es que no puedes hacerle un daño mortal a la persona con la que estás Vinculado. Se debe a que llevo una parte de ti en mí. El cuerpo se niega a hacerse daño a sí mismo. Si empujarte de ese tejado fuese a matarte, yo no hubiese sido físicamente capaz de hacerlo.

Vhalla frunció el ceño y, al recordar aquella noche, le dolieron las articulaciones aún en proceso de curación.

—Pero —continuó el príncipe Aldrik como si le leyera la mente— no me di cuenta de que el Vínculo me permitiría hacerte tanto daño. Estaba convencido de que aterrizarías sana y salva, de que incluso podríamos hablar de ello después de hacerlo. Ese fue mi error.

—Vaya, qué suerte para vos que seáis príncipe y vuestros errores

no tengan consecuencias —comentó Vhalla cortante.

—Sí las tienen —respondió él enseguida y con firmeza—. La consecuencia fue haber perdido tu confianza.

Los ojos de Vhalla se cruzaron inquietos con los del príncipe. No podía evitar preguntarse si sus palabras no estaban siendo elegidas con sumo cuidado para decir lo que ella quería oír. Como si pudiese percibir su escepticismo, la mirada del príncipe Aldrik se demoró en ella casi con tristeza.

—¿A cuánta gente más utilizáis como marionetas? —Vhalla suspiró.

—Por favor, explica tu pregunta —le pidió él.

—Larel. El libro de introducción. Esas cosas no fueron casualidad, ¿verdad que no? —Vhalla vio cómo fruncía los labios—. Me dijo que os conocía.

—Larel es amiga mía.

Con cuatro palabras del príncipe, Vhalla se quedó boquiabierta.

—¿Vos tenéis amigos? —soltó antes de poder evitarlo, y sus manos volaron hacia su boca como para ocultar su arrebato. Si hubiese sido cualquier otra persona, Vhalla hubiera esperado que se riera.

El príncipe se limitó a encogerse de hombros y apartó la mirada, con una incomodidad dolorosa. Vhalla se recordó que no debía sentirse culpable. Pero también recordó las palabras de Larel. El príncipe había tenido que soportar el estigma en contra de la hechicería, a pesar de su posición. Sus propios súbditos parecían preferir *Señor del Fuego* por encima de sus títulos naturales.

—¿Y yo qué soy? —se atrevió a preguntar Vhalla.

—Ya te he explicado lo que eres para mí —repuso el príncipe.

Solo eso fue suficiente para empujarla de vuelta hacia el borde de la ira.

—No, no creo que lo hayáis hecho. ¿Acaso soy otro de vuestros juguetitos a los que dar órdenes? ¿Para serviros? ¿Para dejar que me entrenéis hasta que me podáis entregar a vuestro padre?

La conversación que había oído volvió a la cabeza de Vhalla: el príncipe y el ministro decidiendo su destino sin pensar siquiera en consultarla. A juzgar por el ceño fruncido del príncipe, él también la recordaba.

—¿Nos oíste? —preguntó muy serio.

Vhalla tragó saliva y asintió, aunque al mismo tiempo se preguntó

si confesar algo así era de verdad buena idea. El príncipe Aldrik apretó el puño y Vhalla vio las más diminutas chispas de unas llamas destellando alrededor de sus nudillos. El hombre relajó los dedos con un gran suspiro y Vhalla notó que la temperatura de la habitación bajaba.

—No puedo explicártelo todo ahora, pero no planeo hablarle a mi padre de ti. El último sitio al que quisiera que te llevasen es a ese sofocante frente de guerra en el Norte. Si me permites utilizar tus propias palabras: Victor era la marioneta. No tú.

—¿Por qué me estáis protegiendo? —preguntó Vhalla antes de poder pensárselo mejor. Eso no coincidía con las anteriores acciones del príncipe, si acaso podía creerle para empezar.

—Porque eres la hechicera con la que estoy Vinculado. Un Vínculo no puede romperse nunca, y jamás puede ser reemplazado. —La miró otra vez, mientras el corazón de Vhalla parecía latir con tal fuerza que le hacía daño contra las costillas magulladas—. Para ser alguien tan importante para mí, no te traté como es debido y, por ello, Vhalla, lo siento. No obstante, más allá de lo que sientas por mí, y sin importar lo justificado que pueda estar, eso no cambia nada para mí. Seguiré utilizando todos los poderes que poseo para mantenerte a salvo.

A pesar de todas sus órdenes y de sus comentarios desdeñosos, su presencia autoritaria y su habitual atuendo intimidante todo de negro, Vhalla vio algo diferente ahora. Simplemente vio a alguien que se sentía solo, alguien que era probable que pudiese contar a sus amigos con los dedos de una mano y que quizá quisiera usar algún día las dos. No se parecía en nada al hombre que había conocido al principio: el hombre que llevaba una máscara para cumplir las expectativas de palacio.

No lo había perdonado, todavía no, pero tal vez Larel tuviera razón, y Vhalla también sintió un poco de pena por él.

El príncipe apartó la vista, entretenido con las flores. Luego volvió a sostenerle la mirada. Se hizo un pesado silencio entre ambos. Y se sostuvieron la mirada.

Al cabo de un rato, Vhalla se dio cuenta de que el príncipe esperaba que diera su veredicto. Estaba ahí de pie, inquieto, cruzando y descruzando las manos, aguardando.

Vhalla respiró hondo mientras trataba de encontrar el valor para hablar. Era fácil estar enfadada, resentida, y discutir. Fue más difícil

dar un paso hacia él, y luego otro. Agarró su bolso con fuerza y cruzó el espacio que los separaba. Se plantó delante del príncipe e intentó con todas sus fuerzas no retorcerse las manos.

—He venido aquí a leer. Si no es un problema —dijo con voz queda.

—No, no lo es. —Su voz sonó suave, serena, y Vhalla ya no rechinó los dientes al oírla.

Pasó por al lado del príncipe y se sentó en un extremo del banco. Él la miró como un niño perdido.

—Vos estabais aquí primero. Es obvio que podéis quedaros —le ofreció, al tiempo que sacaba su libro del bolso.

El príncipe se sentó a su lado y volvió a poner el dietario sobre su regazo. Vhalla había olvidado el calor que irradiaba el príncipe, así que se quitó la túnica y dejó que cayera en el banco. Aldrik echó un vistazo a los pantalones ceñidos y la túnica que llevaba debajo, pero evitó hacer ningún comentario sureño sobre lo inapropiado de esa vestimenta para una mujer. Vhalla se apoyó en la pared de detrás de ellos, se acomodó con el libro en el regazo y lo abrió por la primera página.

—Príncipe —murmuró. Él elevó la vista hacia ella—. Yo también lo siento, por todas las cosas desagradables que os dije. —Vhalla levantó la vista de su libro.

El príncipe sonrió y, por primera vez, a Vhalla le dio la impresión de que era una sonrisa sincera, que no había motivos ulteriores, ni nada fingido ni otras emociones ocultas tras ella. Fue poco más que una leve curva ascendente de las comisuras de sus labios, pero iluminó sus ojos de un modo que Vhalla aún no había visto. Hizo que se preguntara si alguna vez había visto al verdadero hombre dentro del príncipe. Eso acalló la voz que susurraba en su mente, la voz que decía que todo aquello no era más que el principio de alguna estratagema más retorcida y elaborada.

—Llámame Aldrik y tutéame —dijo de un modo de lo más casual, antes de devolver su atención a su dietario—. Al menos en privado. —Vhalla se quedó boquiabierta mientras la pluma del príncipe empezaba a rascar contra la página una vez más, dejando una escritura inclinada y familiar a su paso—. Y no eres un gusanito, Vhalla.

CAPÍTULO 12

Vhalla continuó dándole vueltas a su situación. Se quedó ahí sentada y fingió leer, mientras no hacía más que pensar en el hombre frustrante e irritante que estaba a su lado. Un millar de preguntas discurrían por su cabeza, pero no encontró ninguna por la que mereciera la pena romper el silencio.

Trató de leer entre las palabras del príncipe, de encontrar significados o motivos ocultos. Pero cuanto más pensaba en el Vínculo, menos convencida estaba de que estuviera jugando con ella. ¿Por qué, si no, la mantendría en palacio? ¿Si no compartiese una conexión con ella que considerara importante, no la habría echado ya? ¿Sobre todo después de su arrebato dialéctico?

Vhalla lo miró por el rabillo del ojo. Notó una pequeña prominencia en el puente de su nariz, como si se le hubiese roto y luego se hubiera soldado mal. Sus pómulos pronunciados daban sombra a sus mejillas a la luz del sol.

El príncipe levantó los ojos de su trabajo y se cruzaron con los de ella. Vhalla apartó la mirada a toda prisa, pues no quería que la pillara mirando. *Actúa con normalidad y ya está*, se regañó. Pero ¿qué era la normalidad para una aprendiza y un príncipe?

Se recolocó un poco, intentó olvidar lo extraño de su situación y empezó a leer con fruición. Había algo relajante en ese sitio… el olor, los sonidos amortiguados del mundo exterior… Su libro no era demasiado denso y, de hecho, fue interesante aprender más acerca de lo que su magia podía hacer. Vhalla se tomó su tiempo con las páginas, mientras tomaba nota mental de los puntos que más le interesaban.

El libro hablaba de las aplicaciones de la magia basada en el aire utilizada en un entorno práctico. Mientras pasaba la página, se preguntó si de verdad sería capaz de realizar alguna de las hazañas

aparentemente imposibles contenidas en el texto. Tal vez, con el profesor adecuado, pudiera…

Vhalla pasó la página y relegó las decisiones difíciles a la parte de atrás de su mente.

Continuaron así durante un rato. Vhalla no estaba segura de cuánto tiempo había transcurrido, pero de repente fue consciente del peso de la mirada del príncipe sobre ella.

—¿Qué? —Miró con recelo la expresión extraña del príncipe.

El príncipe… Aldrik, se corrigió en su cabeza… abrió la boca para hablar y luego la cerró otra vez para darse otro momento para pensar sus palabras.

—¿Qué estás leyendo? —Dejó su pluma en el dietario abierto y se inclinó un poco hacia ella para inspeccionar el libro.

—Es algo que me dio Fritz, o más bien que me prestó. Se llama *El arte del aire*. —Volvió a la primera página para mostrarle el título.

—¿Fritz? —Los ojos del príncipe se cruzaron un instante con los de ella.

—Sí, de la Torre. El chico sureño de la biblioteca. —Vhalla se preguntó cuánto sabía el príncipe acerca de la Torre.

—Ah. —El hombre se echó hacia atrás—. Ese memo incompetente. —Ahí ya sonó más como era él.

—No seas desagradable —lo regañó con suavidad. Él la miró de soslayo.

—Si iba a romper las reglas y a dejar salir un libro de la Torre, hay libros mejores que ese. —Aldrik recalcó su comentario egoísta con un trazo seco de su pluma.

Vhalla puso los ojos en blanco.

—No sé demasiado, así que cualquier cosa es bienvenida —señaló Vhalla.

—Muy cierto. No sabes demasiado —afirmó él en tono casual. Vhalla soltó una carcajada.

—Eres un real incordio, ¿lo sabías? —Sacudió la cabeza, pero ni siquiera estaba enfadada. Una parte de ella prefería con mucho este lado engreído y arrogante de él que los destellos más callados e inseguros que había visto antes. No parecían encajar con lo poco que sabía de él. Era más seguro que el príncipe siguiera siendo un estirado miembro de la realeza que alguien con un corazón y un alma.

—No eres la primera en pensar eso. Tampoco serás la última. —Se

encogió de hombros y se relajó, concentrado otra vez en su propio trabajo. Vhalla devolvió la vista a su libro y pasó la página otra vez. El príncipe la observaba de nuevo.

—¿Qué? —Su voz dejó entrever una leve irritación.

—Hazlo otra vez —le pidió.

—¿Que haga qué? —Vhalla suspiró.

—Lo que acabas de hacer. —Aldrik señaló hacia el libro.

—Sé que no soy más que la hija de un granjero, pero *sí sé* leer. —Vhalla lo fulminó con la mirada.

—No me refiero a leer. Pasa la página. —No había levantado la vista del libro.

Vhalla lo miró y pasó la página con énfasis.

—*Tachán*. —El sonido rezumaba sarcasmo.

El príncipe levantó la barbilla y la miró con esos insondables ojos negros.

—Ni siquiera te das cuenta. —Lo dijo en voz baja al principio, sus rostros muy cerca. Se echó atrás con una carcajada—. ¡Ni siquiera te das cuenta! —repitió.

Vhalla empezaba a estar enfadada de verdad.

—Gracias, Aldrik, el loro —masculló.

El príncipe dejó de reírse y la miró. Vhalla se quedó parada. Esa había sido la primera vez que había utilizado su nombre sin un título. Después de un momento, el hombre sonrió y se levantó.

—Déjalo en el banco. Quiero ver una cosa. —Le tendió la mano.

—No me vas a empujar de un tejado otra vez, ¿verdad? —Vhalla deseó al instante que su tono hubiese sido más jovial y menos plano.

Una inusual mezcla de emociones cruzó la cara del hombre y su mano se relajó un poco antes de caer a su lado.

—Dijiste que me aceptarías como tu profesor —dijo en voz baja. Vhalla se maldijo en silencio por haber estropeado ese momento más ligero—. Quiero ese honor otra vez.

Extendió la mano de nuevo hacia ella y esperó. Vhalla tragó saliva con esfuerzo. Príncipe o no, le estaba pidiendo demasiado en un solo día. Evitó su mirada intensa.

—Te lo tienes que ganar. —Vhalla no sabía qué más decir. Había confiado en él, para que la guiara, para que le enseñara, y él había roto esa confianza. No era algo que pudiese reiniciar sin más por voluntad propia.

—Eso es aceptable —fue el sorprendente comentario del príncipe. Vhalla lo miró otra vez; seguía ahí de pie, expectante, esperanzado.

Vhalla tomó su mano. Tenía la piel suave, la palma caliente; casi cosquilleaba bajo las yemas de los dedos de la joven. Aunque dispuso de poco más que un momento para pensar en eso cuando tiró de ella para ponerla en pie y la sacó del cenador, de vuelta al día otoñal.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó él mientras la conducía al jardín.

—Bastante bien. Larel vino esta mañana a ver cómo estoy y dijo que me estoy curando bien —lo informó. Aldrik la miró de reojo.

—Si se tuerce algo, dímelo. Cuando estabas en la Torre, podía controlar tu curación, pero ahora que estás de vuelta en el castillo propiamente dicho, me resulta más difícil supervisarla en persona. —Hacía un esfuerzo por que sus largas zancadas cubrieran el mismo terreno que las piernas más cortas de ella.

—¿Controlar… mi curación? —Vhalla sopesó las implicaciones de eso.

El príncipe asintió y se detuvo. Acababan de llegar a un pequeño estanque.

—Después de lo ocurrido —hizo una pausa—, quería asegurarme de que tuvieras los mejores cuidados posibles. Era lo menos que podía hacer.

Vhalla lo miró pasmada y una parte de ella quería gritar. ¿No acababa de decir que él no era un titiritero en su vida? Pero entonces recordó las palabras del ministro: el príncipe era el que la había llevado a la Torre en primer lugar y lo más probable era que hubiese muerto si no.

—En cualquier caso —continuó el príncipe tras aclararse la garganta—, ahí adentro, estabas pasando las páginas sin tocarlas —anunció Aldrik.

—¿Eh? —fue todo lo que logró decir Vhalla. Aldrik asintió.

—Estabas pasando las páginas solo moviendo la mano por encima del libro, pero no llegabas a tocarlas. Ni siquiera te diste cuenta. —Su tono era una mezcla de emoción y severidad—. Tus poderes se están revelando, Vhalla.

—Eso es imposible. —Vhalla negó con la cabeza.

—Para otros hechiceros, sí. Pero no para ti, está claro. —Cruzó los brazos delante del pecho.

—Estoy segura de que tú podrías hacer algo aún mejor sin pensarlo siquiera —protestó ella, aferrada a la idea de que lo que estaba haciendo no era especial.

—Sí, muy probablemente podría hacerlo. —Cerró el espacio que los separaba y la miró desde lo alto. Ella le sostuvo la mirada en ademán desafiante—. Soy el hechicero más poderoso de este imperio. Por lo tanto, no soy un buen punto de comparación para determinar lo que es *posible* o *fácil* de hacer. —El príncipe esbozó una sonrisa confiada antes de dar la vuelta alrededor de Vhalla para colocarse detrás de ella.

Vhalla mantuvo la vista al frente.

—Dime, ¿alguna vez has jugado a hacer saltar piedras en el agua? —Se arrodilló y escogió una de las piedras circulares más planas.

—De niña. —*¿Quién no había jugado a la rana?*—. Aunque no me acuerdo de cuándo fue la última vez.

El príncipe pasó la piedra de una mano a otra unas cuantas veces antes de hacerla volar por encima del agua quieta del estanque. La piedrecita rebotó tres veces por la superficie antes de hundirse. Vhalla hizo alarde de no parecer impresionada.

—Tu turno. —Aldrik se agachó, buscó otra piedra y la puso en la palma de la mano de Vhalla.

El príncipe fue hacia una composición decorativa de rocas de montaña a un lado del estanque y se sentó sobra la más alta. Apoyó el codo en una rodilla doblada, puso la barbilla en su mano y miró a la joven, expectante. Vhalla lo observó con curiosidad antes de echar el brazo atrás para hacer el lanzamiento.

—No, así no —la detuvo él—. Sin tirarla.

—¿Cómo voy a…? —Lo miró, perpleja.

—Muévela, como hiciste con las páginas —le indicó.

—Ni siquiera era consciente de que estaba haciendo eso —protestó Vhalla, ya enfadada.

—En algún sitio en tu interior, sí lo eras. Sé que esto va a ser difícil para ti, pero piensa menos. —Sus palabras no llevaban ningún mordiente—. La puesta en práctica de la magia no es algo que pueda resumirse a la perfección solo con palabras. Sé que piensas, y desearías, que el mundo entero pudiese plasmarse en un pergamino contenido entre dos tapas de cuero. Pero siento que me haya tocado a mí informarte de que eso simplemente no es posible.

Le regaló otra de sus pequeñas sonrisas. A Vhalla le provocó una chispa de calidez ver que estaba siendo abierto con ella y no mordaz. Esa chispa se esfumó enseguida cuando ella miró dubitativa la piedra que tenía en la palma de su mano.

Abrió la mano delante de ella, la piedrecita en el centro. Respiró hondo, trató de calmar su mente y de centrarse solo en el aire de la tarde que la envolvía. Luego cerró los ojos y el mundo se materializó a su alrededor en la oscuridad. Él fue la primera cosa que vio con su visión mágica.

Alrededor del príncipe había fuego. Ardía de un amarillo intenso, casi blanco, que iluminaba sus facciones. En marcado contraste, vio una mancha oscura en su abdomen; una cicatriz negra contra la luz. Vhalla abrió los ojos y se giró despacio hacia él.

—No estás bien, ¿verdad? —murmuró. Aldrik frunció el ceño y ella casi pudo sentir cómo se replegaba sobre sí mismo—. Esa magia, ese veneno, sea lo que fuere, sigue dentro de ti. —Señaló hacia su costado, donde había visto la mancha. El príncipe la miró durante un momento largo, sin moverse.

—La piedra, Vhalla —dijo Aldrik en voz baja, despacio.

La estaba dejando al margen. Con un suspiro, cerró los ojos. Algunas cosas no cambiarían. Sería tonto esperar que lo hicieran. Él era un príncipe y ella, una aprendiza; algunas distancias no podrían cerrarse nunca.

Su mente se centró en la roca esta vez. *Igual que hiciste con el orbe*, se recordó.

La piedra se estremeció en la palma de su mano. *Adelante*, la urgió Vhalla. Frunció el ceño y notó cómo una gota de sudor rodaba por su cuello, aunque la temperatura no era cálida para nada. Frustrada, abrió los ojos para fulminar con la mirada a la piedra insubordinada.

—¡Hacia allá! —medio suplicó, medio la increpó irritada.

En el mismo momento en que el dedo de su otra mano cortó a través del aire en la dirección deseada, la piedra cobró vida. Vhalla dio un respingo cuando salió volando de la palma de su mano, pasó como una exhalación por encima del estanque, atravesó los arbustos del otro lado y se enterró en la pared de piedra detrás de ellos.

Aldrik estalló en carcajadas. Vhalla apretó los puños y lo miró ceñuda.

—Eso ha sido asombroso. —Poco a poco, recuperó la compostura

—. Aunque un poco demasiado fuerte.

Frustrada, Vhalla agarró una segunda piedra y la sujetó en la mano de nuevo. Esta vez, conectó con ella más deprisa, pero aun así, se negó a moverse, a pesar de sus mejores órdenes mentales. Luego levantó la otra mano, hizo un gesto brusco con la muñeca y la piedra salió disparada hasta el otro lado del estanque, aunque no tan lejos.

Aldrik se inclinó hacia delante, ambos codos sobre las rodillas y las manos cruzadas entre medias. Sus ojos negros seguían cada uno de los movimientos de Vhalla mientras ella buscaba una tercera piedra. Esta vez, ni siquiera cerró los ojos para comprender dónde estaba la piedra mágicamente. Sus dedos se movieron un pelín y la piedra cayó justo al otro lado del agua.

La cuarta aterrizó en el centro del estanque con un *plop* sordo y un grito de victoria por parte de Vhalla.

Después hubo una quinta, una sexta y una séptima, pero una llevaba mal ángulo, otra se movió demasiado despacio y la última aterrizó lejos otra vez. Vhalla se secó la frente con el dorso de la mano y se dio cuenta de que su respiración era ahora fatigosa.

El príncipe se levantó.

—Ya basta por hoy —anunció con tono amable.

—Pero ya casi lo tengo —protestó.

—Y estás a punto de agotarte en tu intento por conseguirlo. —Le ofreció el codo—. Ven.

Vhalla retuvo la octava piedra un segundo más antes de darse por vencida y sustituirla por el brazo de Aldrik. Entonces respiró hondo y se relajó.

—Tendremos que trabajar en tu técnica —explicó Aldrik mientras caminaban—. No necesitas vincular acciones mágicas a movimientos físicos.

—No funcionó sin hacerlo.

—Con el tiempo, funcionará —la animó él—. No te acostumbres demasiado a que tu magia requiera un movimiento físico.

—¿Me la enseñas? —le preguntó con timidez.

—¿Qué es lo que tengo que enseñarte? —preguntó Aldrik, que ya iba de camino al banco.

—Tu magia, sin movimiento —aclaró Vhalla.

—Muy bien. —El príncipe dio unas palmaditas en el banco a su lado y Vhalla retomó su posición anterior. Ni siquiera se había dado

cuenta de que acababa de pedirle algo al príncipe.

De pronto, la mano abierta de él estalló en llamas. Lenguas de fuego brotaban de alrededor de su muñeca, daban vueltas en torno a sus dedos y subían por el aire con su danza brillante antes de desvanecerse. Vhalla observó la escena como hipnotizada. Aldrik hacía más o menos lo mismo.

Con una mano tímida, Vhalla estiró los dedos. En cuanto cruzaron el punto de calor, la llama se extinguió. La mano del príncipe agarró la suya.

—Cuidado —le dijo, considerado—. No querría que te quemaras.

Se quedaron así un instante, el calor de la mano de él envolvía la de ella. Vhalla notó la garganta gomosa. Ninguno de los dos parecía capaz de formar palabras en el estridente silencio.

—Bien —murmuró Vhalla, rompiendo el silencio primero. Retiró la mano y examinó sus cutículas como si se hubiesen convertido en las cosas más fascinantes del mundo. Dentro del invernadero hacía el calor suficiente como para tener las mejillas arreboladas y Vhalla se apresuró a agacharse para rebuscar en su bolso debajo del banco, ocultando así su cara.

Depositó el bolso de cuero en su regazo y desenvolvió la tartaleta de limón después de solo un momento de vacilación. Ni siquiera estaba segura de si al príncipe le gustaban los dulces, pero aun así se sintió obligada a compartir su tesoro con él. Cortó la tartaleta del tamaño de su mano en dos y le ofreció al príncipe la mitad, la mitad pequeña. Aldrik arqueó una ceja.

—Es una tartaleta de limón —le explicó ella.

—Ya sé lo que es. —La aceptó y luego la olisqueó.

—Está buena, te lo prometo. —Vhalla sonrió y él le dio un bocado —. De hecho, son mis favoritas.

—Es una hornada buena —afirmó el príncipe. Vhalla masticó más despacio. Por supuesto que el príncipe habría probado las tartaletas de limón antes—. Entonces, ¿simplemente llevas una tartaleta de limón encima todos los días? —preguntó.

—No. En realidad no debería tenerla, puesto que soy solo una aprendiza. Podría meter en un lío al personal de la cocina si alguien importante supiera que me la han dado. —Aldrik esbozó una sonrisa irónica. Vhalla continuó hablando, rezando por que eso no llegara a pasar—. Pero si el día de mi cumpleaños se lo ruego a la persona

adecuada, suelo tener suerte.

—¿Tu cumpleaños? —preguntó él. Vhalla hizo un gesto afirmativo —. ¿Es hoy? —Vhalla asintió de nuevo.

—Por eso me dio Fritz el libro. —Vhalla empujó un poco el bolso con la punta del pie—. Larel me regaló este brazalete. —Vhalla le mostró la muñeca para que pudiera verlo.

Lo inspeccionó pensativo durante un momento y Vhalla se terminó el resto de su tartaleta de limón mientras aprovechaba la oportunidad para estudiar sus rasgos otra vez por el rabillo del ojo. De hecho, estaba contenta de poder compartir algo con el príncipe, aunque deseó que no fuese una comida favorita que solo podía comer una vez al año.

Vhalla estaba a mitad de su libro cuando se percató de que sus páginas habían cambiado de un color crema pálido a un resplandor anaranjado. La puesta de sol ardía con intensidad por encima de ellos y amenazaba con dejarla sin luz para leer. Cerró el libro, se dobló por la cintura y lo devolvió al bolso.

—¿Has terminado? —preguntó el príncipe, que llevaba todo el día haciendo anotaciones en ese dietario negro.

—Aún no. Voy por la mitad más o menos —respondió, al tiempo que se levantaba.

—Me había dado la impresión de que leías más deprisa que eso —farfulló mientras anotaba un par de cosas rápidas en su propio libro.

—Siento desilusionarte —bromeó Vhalla. Sonreír en compañía del hombre que antes había sido fuente de miedo e ira le resultaba de una facilidad sorprendente.

Aldrik levantó la vista y cerró su dietario, luego agarró una tira larga de cuero y la envolvió a su alrededor para mantener los papeles dentro.

—¿Tú también te vas? —preguntó Vhalla.

—¿Por qué no? —Se metió la carpeta debajo del brazo.

Se encaminaron hacia la puerta y a Vhalla le dio la sensación de que no estaba saliendo con la misma persona con la que se había encontrado al llegar. Aunque, claro, con cómo habían cambiado sus emociones, Aldrik podría decir lo mismo.

—¿Cómo llegaste hasta aquí? —preguntó Vhalla una vez que salieron del cenador. El príncipe le lanzó una mirada inquisitiva.

—Soy el príncipe heredero; a mí se me permite estar aquí. La

pregunta sería más bien cómo llegaste *tú* hasta aquí. —Aldrik tenía una sonrisilla de suficiencia dibujada en la cara.

—B… bueno, descubrí una manera de entrar. —Vhalla agarró la correa de su bolso. Aldrik soltó una carcajada—. ¡No encontraba la entrada normal!

—Eso es obvio; se supone que no debes saber cómo entrar en un Jardín Imperial. —Vhalla movió los pies, incómoda—. Pero no dejes que eso te detenga. Está claro que no lo ha hecho hasta ahora. —Y dicho esto, dio media vuelta riéndose y empezó a andar hacia la verja. Unos pasos más allá, Aldrik se detuvo en medio del sendero y se volvió hacia ella—. ¿Necesitas que te ayude a salir?

El viento la empujó de repente por la espalda, como si la animara a avanzar. Vhalla miró al príncipe vestido de negro. ¿En qué medida confiaba en este hombre? Deslizó el pulgar por las yemas de sus dedos, donde él había sujetado su mano.

—Si no es mucha molestia… —sugirió Vhalla, tras hacer acopio de valor. No entendía lo que era el Vínculo, no del todo. En eso, Aldrik había tenido razón. Pero había algo en cómo la miraban sus ojos que era diferente de la mirada de cualquier otra persona.

Descendió despacio las escaleras del cenador y sus ojos conectaron con los del príncipe cuando este le ofreció el codo. Vhalla no pudo ignorar las chispas que la recorrieron de arriba abajo como un relámpago cuando se tocaron.

Aldrik la condujo a través de una verja de hierro y por un pasillo que la hizo exclamar embelesada en cuanto entró. El suelo no estaba cubierto de alfombras, tampoco era de piedra. Era mármol blanco dispuesto en forma de diamante, con diamantes dorados más pequeños en las esquinas. El techo abovedado estaba decorado con vistosos frescos y las velas se encendían de manera mágica cuando se acercaban a ellas.

El príncipe guardó silencio mientras su invitada asimilaba todas esas maravillas con asombro. Estatuas de alabastro los contemplaban desde los altos techos. Ventanas de cristales policromados y plomo negro proyectaban brillantes dibujos sobre los lienzos de suelos y paredes. Era un mundo del que solo había oído hablar, como un cuento de hadas que pasaba de boca de un sirviente a otro.

—Este lugar es… —Su cerebro se estaba rebobinando despacio para volver a ser capaz de formar palabras—. Es…

—Mi casa —terminó Aldrik por ella.

—Yo no debería estar aquí. —Vhalla negó con la cabeza cuando se pararon delante de un pequeño pasillo lateral.

—Puedes estar donde yo lo permita —le recordó Aldrik. A pesar de su tono principesco, las palabras sonaron consideradas, y la miró como si ella fuese a la única que querría permitirle la entrada—. Me gustaría enseñarte más cosas.

—Creo que me divertiría. —Vhalla no estaba segura de por qué estaba susurrando.

—¿Vienes mañana?

—No puedo. —Vhalla se mordió el labio—. Hoy tenía el día libre porque es mi cumpleaños, pero mañana tengo que trabajar.

—Si pudieras, ¿vendrías? —A Vhalla le costó descifrar su mirada. La incertidumbre estaba bastante clara, pero ¿había también deseo?

—Si pudiera —repuso Vhalla con un asentimiento.

—Muy bien. —Las comisuras de los labios de Aldrik quisieron sonreír—. Este pasillo te llevará de vuelta a las dependencias de servicio. Solo tienes que seguir recto.

Vhalla dio un paso atrás, dejó caer la mano de su codo. Dio media vuelta antes de que la mirada del príncipe la mareara más y echó a andar por los pasillos en penumbra, alejándose del mundo de asombro y magia. El castillo se transformó a su alrededor y anduvo sumida en sus pensamientos todo el camino de vuelta a su habitación. Si pudiera, preferiría aprender magia que estar en la biblioteca. Eso era lo que había dicho, ¿no? ¿Era verdad?

Vhalla se frotó los ojos y abrió la puerta de su dormitorio. Sabía que no había comido gran cosa, pero no tenía demasiada hambre y la que sentía no era suficiente para animarla a enfrentarse al comedor.

Sobre la mesa, encontró tres pequeños regalos. Había un diario en blanco de parte del maestro y una pluma y un tintero nuevos de parte de Roan; Vhalla sospechaba que se habían puesto de acuerdo con sus regalos. Por último, había una delgada caja rectangular con una pequeña nota adherida:

Vhalla~
Muchas felicidades. Aunque me alegro de que tuvieras el día libre, tu presencia en la biblioteca se ha echado de menos.
Con cariño,

~Sareem

Vhalla le dedicó a la nota una sonrisa cansada. La dejó a un lado de la mesa y tomó la caja. Tras retirar su envoltura de pergamino usado, encontró una caja color rubí. La reconoció vagamente. Era de Chater's, una tienda de ropa en una zona agradable de la ciudad, no lejos de la entrada pública a la biblioteca. Vhalla solo había visto a mujeres nobles salir de la tienda, llevando esas cajas rojas con orgullo.

Se sintió extraña con solo sujetarla.

Despacio, quitó la tapa. Soltó una exclamación ahogada. En el interior, encontró dos preciosos guantes color zafiro. No tenían dedos, lo cual era muy adecuado para su hábito de escribir y se prolongaban casi hasta sus codos. Recordó entonces todas las veces que se había quejado el invierno anterior de tener las manos demasiado frías para escribir. Sus otros guantes eran unas cosas viejas de algodón, raídos y con agujeros de tanto usarlos. Su regalo era de cuero teñido, bordado con un precioso hilo de oro que embellecía la base y los laterales con un intrincado diseño de hojas y enredaderas.

Vhalla no podía ni imaginar cuánto le habrían costado a Sareem. Estaba bastante segura de que se aproximarían a la misma cantidad de ahorros que ella había conseguido reunir en toda su vida. Como si fuese a estropearlos solo con tocarlos, Vhalla los devolvió a la caja. Con un suspiro, enterró la cara en su almohada. ¿En qué estaba pensando Sareem?

CAPÍTULO 13

Al día siguiente, Vhalla se despertó grogui y cansada. El amanecer llegó demasiado pronto. Tantas emociones la habían dejado agotada. *Mi cuerpo todavía se está acostumbrado a la magia*, se recordó. Si la estaba utilizando en ocasiones sin ser consciente de ello siquiera, entonces era probable que se estuviese cansando más de lo que creía.

Soltó un gemido por dos razones. La primera se debía a que acababa de darse cuenta de que había olvidado su túnica de invierno en el jardín. Tendría que recuperarla de alguna manera; de momento, la de verano tendría que valer. La segunda razón fue que volvió a ver el regalo de Sareem. Vhalla se puso los guantes sin pensarlo demasiado y trató de ignorar lo suave que era el cuero.

—¿Son nuevos? —le preguntó Roan mientras esperaban al maestro.

—Lo son. —Vhalla asintió sin mucho entusiasmo en respuesta.

—¿Puedo verlos?

Vhalla estiró una mano por encima del mostrador central ante el que esperaban las dos. Roan inspeccionó las costuras con cuidado.

—Vhalla, están muy bien.

—Creo que son de Chater's —farfulló.

—¿Chater's? ¿Fueron un regalo? —Roan soltó la mano de Vhalla despacio. Una expresión difícil de descifrar se extendió por su cara.

—Un regalo de Sareem. —Vhalla se giró hacia las puertas laterales de palacio como si el joven fuese a aparecer con solo mencionarlo. Las dos chicas habían llegado temprano y él no.

—Le gustas, Vhalla —dijo Roan, pensativa.

—No creo que… —Algo en la expresión de su amiga hizo que se callara. Roan estaba muy segura de lo que decía—. ¿Sareem? ¿En serio?

—Eso creo. —Roan asintió.

Las puertas de un extremo de la biblioteca se abrieron para dar paso al maestro y a Sareem, y ninguna de las dos chicas tuvo ocasión de hablar después de eso. Roan se quedó detrás del escritorio con el maestro y a Vhalla la enviaron entre los libros, como de costumbre. Se dijo que iba a ir a buscar a Sareem para darle las gracias por su regalo, que no estaba nerviosa, pero justo entonces apareció al final de su pasillo.

—Sareem —dijo Vhalla, al tiempo que hacía una pausa para colocar un libro en una balda que quedaba justo fuera de su limitado alcance.

—Te echamos de menos ayer. —Sonrió y cruzó la distancia que los separaba.

—Fue agradable tener un día libre. —Vhalla se regañó por dar rodeos—. Gracias por los guantes. Son perfectos.

—¿Te gustan? —Toda su cara se iluminó de un modo que le produjo a Vhalla una punzada de dolor en su interior—. No he tenido hermanas y, bueno, me costó mucho elegirlos.

—Pues elegiste bien —le aseguró Vhalla.

—Dime, Vhalla. —Sareem se apoyó contra la estantería y retiró una pelusa imaginaria de su túnica—. Pronto, durante el festival, tendremos algo de tiempo libre. Solo trabajaremos un día y, bueno, estaba pensando que quizá… tú y yo podríamos, bueno…

El corazón de Vhalla empezó a latir más despacio. Esto no podía estar sucediendo. Roan no podía tener razón. Miró a su amigo de la infancia con nerviosismo. Desde luego que era atractivo. Había ensanchado y había perdido algo de su aspecto infantil, y el tono más oscuro de su piel complementaba muy bien sus ojos y su pelo más claro. *Y es de buena familia*, se recordó.

—¡Vhalla! —la llamó de repente el maestro desde el mostrador central. La joven se giró hacia atrás y luego miró a Sareem otra vez—. Vhalla, ven aquí.

—Adelante. —Su amigo parecía hundido en la miseria—. Te veré más tarde. Feliz cumpleaños atrasado, Vhalla.

La chica se quedó ahí parada un momento, incómoda, antes de que la llamada del maestro la hiciera apresurarse de vuelta al escritorio. ¿Qué le había querido preguntar Sareem? No le dio muchas vueltas al asunto pues enseguida la distrajo la presencia de un guardia que esperaba ante el maestro.

—Un miembro de la corte ha solicitado tu presencia para evaluar unos libros —anunció el guardia de un modo casi mecánico.

—¿Mi presencia? ¿Seguro que no es la del maestro? —Vhalla miró al anciano, que era apenas más alto que el mostrador central; una de las pocas personas en el mundo más bajitas que ella.

—Dio tu nombre en concreto —repuso el guardia.

—No puedes negarte. —El maestro la dejó marchar con relativa facilidad, pero Vhalla oyó los indicios de curiosidad en la voz titubeante del hombre.

El guardia no había mentido. Vhalla lo siguió por medio palacio hasta una oficina señorial. Dos de las paredes estaban dominadas por estanterías y el guardia la dejó sola para examinar su contenido sin instrucciones claras. Otra de las paredes consistía en cuatro grandes ventanas y pronto el paisaje compitió con los libros por su atención.

Se abrió una puerta lateral y, cuando una figura fibrosa vestida toda de negro cruzó el umbral, todo lo demás quedó olvidado.

—¿Príncipe Aldrik? —Vhalla parpadeó.

—Creo que te dije que podías llamarme solo Aldrik en privado —le recordó.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Vhalla cambió el peso de un pie a otro mientras se acercaba.

—Bueno, parece que olvidaste algo. —El príncipe sacó la mano de detrás de la espalda y le ofreció su túnica de invierno. Vhalla sintió un burbujeo extraño en el estómago y, como impulsado por él, Aldrik siguió hablando—. Además, me dijiste que si pudieras, vendrías y me dejarías enseñarte más cosas hoy.

Vhalla se rio. Se burló de él por haberla sacado de su trabajo y lo regañó por haber utilizado su autoridad para obtener lo que quería. Pero su manera de abducirla fue mucho más agradable que la del ministro y Vhalla descubrió que no le importaba estar rodeada de opulencia. Cuando estaba de buen humor, el príncipe era una compañía agradable, y para el final del día consiguió que moviera una pluma de un lado al otro del escritorio sin tocarla.

Su fantasma la rondaba de nuevo, pero ya no con notas. El príncipe la abdujo de la biblioteca al día siguiente, y al otro. A cada vez, había alguna excusa ingeniosa y, cuando esas se le agotaron, se limitó a materializarse entre las estanterías de la biblioteca y luego se escabullían juntos como niños.

Con su tutela diligente, Vhalla empezó a dominar la magia más básica. El príncipe ponía la palma de su mano sobre el dorso de la de ella y entrelazaba los dedos con los suyos para mantener su mano en el sitio mientras intentaba hacer magia sin movimiento físico. Vhalla tuvo poco éxito con esta táctica… y mucha distracción. Aldrik le prometió que pronto aprendería algo llamado «Canalización» que haría que la magia fuese más fácil. Sin embargo, fuera cual fuere esa técnica, él la estaba reteniendo justo fuera de su alcance hasta que tomara una decisión acerca de unirse a la Torre.

Con el tiempo, Vhalla fue destapando capas del príncipe Aldrik, aunque él todavía evitaba nada ni remotamente personal. De hecho, Vhalla sabía más acerca de él por lo que había leído en libros que por lo que él le contaba. Sin embargo, lo que aprendió en persona no estaba escrito en ninguna parte. Vhalla aprendió que al príncipe le gustaba un té fuerte de estilo occidental que era casi tan oscuro como la tinta. Aprendió que cuando entreabría los labios significaba que estaba sorprendido, y que cuando arqueaba sus cejas significaba que estaba impresionado. Vhalla se percató enseguida de que no le gustaba hablar de su familia bajo ninguna circunstancia.

Vhalla tardó una semana entera en darse cuenta de que, por primera vez en su vida, no quería realmente estar en la biblioteca.

Mientras el maestro la conducía entre las estanterías hacia la muy reforzada puerta de los archivos, se descubrió mirando con expresión anhelante un tapiz de esa misma pared, un tapiz que ahora sabía que conducía a un mundo de asombro y magia que era solo suyo.

Las bisagras emitieron una queja sonora cuando les permitieron el acceso al maestro y a ella. Vhalla siguió a Mohned al mundo sombrío que eran los Archivos Imperiales. Apenas pudo reprimir una tos inducida por el polvo.

Los Archivos Imperiales eran casi una biblioteca en sí mismos. Cuando un libro era un original antiguo, singular o la última copia existente, era llevado a los archivos para mantenerlo a buen recaudo. Había cinco pisos en los archivos, llenos de libros y con una escalera de hierro que giraba en espiral por el centro. Algunos de los manuscritos más antiguos y los primeros registros sobre la humanidad se guardaban ahí dentro. Vhalla sentía una sensación de asombro cada vez que entraba.

Cuando no había nadie presente, unas gruesas cortinas cubrían

cada ventana para evitar que la luz decolorara o dañara los manuscritos. Ahora, Mohned abrió varias cortinas, lo cual espantó la oscuridad de un plumazo. El polvo se quedó atrapado en los rayos de luz y danzó por al aire como hadas diminutas.

—Hay unas cuantas obras orientales que están a punto de desintegrarse. —El maestro la condujo por las escaleras hasta dos pisos más abajo, abriendo más cortinas al pasar.

—¿Orientales? —preguntó Vhalla.

—Sí. En realidad, no tenemos demasiadas obras antiguas del Este… —empezó el maestro.

—¿Debido a Los Tiempos de Fuego? —preguntó Vhalla como quien no quiere la cosa.

Mohned se detuvo y la miró. Aprovechó para recolocarse las gafas.

—Exacto, Vhalla —repuso en voz baja—. ¿No te he dicho que dejes de leer libros cuando deberías estar trabajando? Deberías tener cuidado de dónde metes la nariz —añadió en tono críptico.

—¿Maestro? —preguntó ella, confundida.

—Ah, aquí está. —Mohned sacó con sumo cuidado un tomo grande de la balda, usando ambas manos para hacerlo.

Vhalla vio al instante dónde se estaba deshaciendo la cubierta de cuero y ayudó al anciano a depositarlo con suavidad en la mesa.

—Si terminas con este, los otros tres de esta saga también requerirán arreglos. —Hizo un gesto hacia la balda—. ¿Necesitas algo más?

—No, me acuerdo de cómo encuadernar —contestó Vhalla al tiempo que negaba con la cabeza.

Mohned asintió y ella se inclinó un pelín ante él antes de que se alejara arrastrando los pies sin decir una palabra más.

Vhalla se instaló en una de las sillas y comenzó a trabajar con cuidado. No estaba segura de cuánto tiempo había pasado cuando oyó unas pisadas suaves que bajaban por las escaleras de hierro. Eran demasiado firmes para ser las del anciano maestro y todavía quedaba mucho rato para el cierre.

Hizo caso omiso del rubor acalorado provocado por los frenéticos latidos de su corazón. El príncipe había dicho que lo más probable era que ese día estuviese ocupado. Vhalla sabía que no podía llevársela todos los días, pero aun así tenía unas esperanzas vergonzosas.

Levantó la vista y vio aparecer las botas de un hombre: marrones,

gastadas y no de buena calidad. Vhalla dejó caer los hombros.

—¡Hola! —susurró Sareem.

—Sareem —repuso ella, con la esperanza de disimular bien la desilusión de su voz—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—He terminado un poco pronto hoy y pensé que podía venir a verte. —Sonrió.

—El maestro no se va a alegrar si te pilla vagueando —lo advirtió Vhalla.

—El maestro está detrás del mostrador con Roan, transcribiendo como siempre. —Sareem se encogió de hombros.

Vhalla bajó la vista hacia su libro y terminó de atar una de sus puntadas.

—Deberías estar trabajando —musitó en voz baja.

—Venga ya, Vhalla. —Sareem acercó una silla y apoyó la barbilla en las palmas de sus manos—. No es como si nunca te hubieses saltado el trabajo. —La joven notó que se sonrojaba un poco—. No me chivaré si no lo haces tú. —Sareem le guiñó un ojo.

Vhalla puso los ojos en blanco y ocupó sus manos con el trabajo. La parte aprendiz de su mente le recordó que tenía más razones para estar con Sareem que con Aldrik. Miró a su amigo por el rabillo del ojo mientras se instalaba en una silla enfrente de ella. Roan había mencionado que era guapo debido a su piel occidental, combinada con su pelo y sus ojos sureños. Vhalla, en realidad, pensaba que lo contrario era más atractivo.

—Bueno —empezó—. Me da la sensación de que no he tenido ocasión de hablar contigo en toda la semana. Has estado muy ocupada y cuando he intentado buscarte, siempre parecías haber desaparecido.

Vhalla encogió los hombros de manera casi imperceptible. No había nada que pudiera decir, pues Sareem ya sabía que mentía mal.

—De todos modos, intenté preguntártelo antes, pero nos interrumpieron. Supongo que he estado tratando de reunir el valor otra vez. —Se rio un poco tenso, mientras se pasaba una mano por el pelo. Vhalla sintió que su respiración se volvía más superficial—. Durante el festival vamos a tener algo de tiempo libre. Y bueno, esperaba que… bueno, podríamos hacer algo entonces… solo nosotros dos.

Roan había tenido razón. Vhalla maldijo a la chica, a su madre y a la Madre en los cielos. Abrió la boca, a punto de rechazar su

proposición.

Aunque, claro, ¿qué otras opciones tenía a la vista? Había cumplido dieciocho años y apenas había tenido un romance. Roan tenía razón otra vez. Sareem venía de buena familia. ¿No le había dicho siempre todo el mundo que el matrimonio iba primero y el amor después? Vhalla se movió en su asiento, dividida entre la respuesta apropiada y la deseada.

Los ojos cerúleos de Sareem la miraron esperanzados y Vhalla se reafirmó otra vez. Este era Sareem; ella siempre había disfrutado de su compañía. No cambiaría nada. Estaba a punto de aceptar su oferta cuando vaciló un instante.

—Quiero enseñarte algo —soltó de pronto. Sareem arqueó las cejas sorprendido cuando Vhalla se levantó. La joven era consciente de que estaba esquivando su pregunta, pero recordó estar sentada con él en su asiento en la ventana hacía una eternidad y haberle preguntado acerca de los hechiceros… Vhalla tenía que saberlo.

Buscó algo, cualquier cosa. Por fin se decidió por un pequeño dedal que había estado usando.

—Necesito que prometas que no se lo contarás a nadie —murmuró.

—Vhalla, yo…

—A nadie, Sareem. Ni al maestro, ni a ninguno de los otros aprendices, ni a Roan… *A nadie*. —Vhalla contuvo la respiración.

—Muy bien, Vhalla. Lo prometo. —Sareem sonrió alegre y ella sintió una punzada de frustración por lo relajado que estaba.

—No tuve Fiebre Otoñal —empezó.

—Ya lo sé —señaló él.

—Ya sé que lo sabes. —Vhalla suspiró. Ya estaba cuestionando su buen juicio, pero había ido demasiado lejos—. Estaba en la Torre.

—¿La Torre? —Sareem apoyó las palmas de ambas manos en la mesa. La determinación de Vhalla titubeó—. ¿Quieres decir en *la* Torre? ¿La Torre de los Hechiceros? —Vhalla se atrevió a asentir. La confusión se dibujó en el rostro de Sareem—. ¿Por qué? ¿Te raptaron? ¿Te hicieron algo? —Se había puesto en pie—. Juro que si te tocaron…

—Siéntate —le ordenó, y él obedeció—. No, no me hicieron daño. Me estaban… ayudando. —Vhalla tuvo cuidado de no mencionar el rapto del ministro, al príncipe y la caída. Todo eso no haría nada por

mejorar su caso y no estaba dispuesta a explicar por qué ella misma había llegado a aceptarlo. Apenas.

—¿Ayudarte? ¿Por qué? —Sareem frunció el ceño.

Vhalla cerró los ojos y sintió, al instante, cómo sus sentidos mágicos se estiraban y construían una imagen de la habitación que estaba más allá de la vista. Percibía la presencia de Sareem, pero no era más que una zona gris. Vhalla no pudo evitar recordar la claridad ardiente y brillante que siempre rodeaba a Aldrik, y de repente sintió un reconocimiento completamente nuevo por él como hechicero. Vhalla levantó la mano abierta, el dedal plantado en medio.

Abrió los ojos, lo vio, lo sintió y lo comprendió. Sareem estaba a punto de hablar cuando el dedal se estremeció y se elevó por encima de la palma de su mano abierta. Vhalla lo mantuvo ahí durante un momento, antes de elevarlo un poco más hasta la altura de los ojos. De hecho, se sintió bastante orgullosa de sí misma por su logro; estaba segura de que Aldrik también lo hubiera estado. Su atención se desvió hacia Sareem; la expresión sorprendida y horrorizada en su cara la hizo perder toda concentración y el dedal cayó de vuelta a su mano.

Vhalla lo dejó en la mesa y se giró despacio hacia su amigo. El joven la miraba como si fuese un monstruo que estuviera a punto de comérselo.

—Esa es la razón… —musitó Vhalla, incapaz de mirarlo a los ojos.

—V… Vhalla… ¿Q… qué ha sido eso? —tartamudeó.

—Justo lo que crees que fue —replicó, a la defensiva y enfadada. No sabía lo que había esperado de él, pero no era esto.

Sareem estaba de pie delante de ella, con los brazos abiertos a los lados.

—Oh, Vhalla, qué graciosa eres. Dime cómo lo has hecho. Es un truco genial. ¿Tenías un hilo enganchado a la otra mano? ¿Algún tipo de imán? ¿Un truco de luz? —Parecía incapaz de soltar explicaciones alternativas por la boca a la velocidad suficiente.

—Ya sabes lo que era. —Lo miró, furiosa.

—No, no, eso te convertiría en…

—Una hechicera —terminó Vhalla por él. Cruzó los brazos delante del pecho. Sareem dio un paso atrás para alejarse de ella.

—No, no puedes serlo. No eres una de *ellos*.

—Lo soy —confirmó con tono agrio—. Eso es con lo que quieres iniciar una relación. —Lo miró con toda la amargura gélida que pudo

reunir. Era cierto, era *una de ellos*, y *ellos* eran diferentes y temibles.

Sareem negó con la cabeza y dio otro paso atrás. Abrió la boca para hablar, le tembló la mandíbula. Luego dio media vuelta y echó a correr.

Vhalla se sentó otra vez detrás de la mesa, los ojos clavados en el libro. Escuchó los pasos apresurados de Sareem escaleras arriba y fuera de los archivos.

Su silencioso grito de dolor y frustración se atascó para trocarse en un sollozo, y Vhalla se abandonó a las lágrimas. Después de llorar durante un tiempo indiscernible, levantó la cabeza de la mesa y se sentó más erguida. Con los sentidos embotados, sus manos volvieron al trabajo. Debía de haber sabido que Sareem reaccionaría así. Después de cómo había reaccionado ante su simple mención de los hechiceros la otra vez, mostrarle su magia había sido una tontería. No había forma humana de que fuese a aceptarla jamás como era, y no estaba dispuesta a derramar lágrimas por alguien tan estrecho de mente, por un falso amigo.

Vhalla se paró a medio paso, justo cuando la puerta de los archivos se cerraba a su espalda. Contempló el tapiz a través del cual la había llevado Aldrik en una de sus lecciones.

Ella ya no sabía lo que era. ¿Era una aprendiza de bibliotecaria o era una hechicera? Se prometió ponerse seria para averiguar cuáles eran sus poderes y tomar una decisión pronto.

—Vhalla. —Casi había llegado al mostrador central cuando Sareem le susurró apurado desde las estanterías. Vhalla mantuvo la vista al frente—. ¡Vhalla! —La joven fingió no oírlo y siguió adelante con decisión.

—Maestro, he terminado el primer manuscrito, pero no me encuentro bien. ¿Puedo salir un poco pronto hoy, por favor?

El maestro y Roan levantaron la vista con expresiones igualmente perplejas.

—Sí, Vhalla, no pasa nada. Ve a descansar. —El maestro asintió.

—Gracias —le dijo con educación, hizo una reverencia y se marchó. Vhalla ignoró de manera ostensible a Sareem, que la miraba en silencio desde el borde de las estanterías, y salió de la biblioteca.

Sus pies repiqueteaban sobre el suelo de piedra mientras volvía directa a su habitación. Vhalla abría y cerraba las manos en su lucha por mantener a raya una nueva oleada de ira. Se suponía que Sareem era su amigo; ¿cómo podía reaccionar como si de repente no fuese ni humana siquiera?

Vhalla se detuvo y una vela cercana se apagó, luego la siguiente… Y, de pronto, estaba envuelta en oscuridad. Se tragó una exclamación de sorpresa y se marchó a toda prisa a su habitación.

Cerró la puerta de un golpe a su espalda y clavó las uñas en la madera mientras trataba de recuperar la respiración. Estaba caminando por terreno pantanoso. Cualquier emoción salvaje y descarriada podía forzarla a tomar una decisión, pero ya se sentía próxima a tomarla por su cuenta. Un aroma le hizo cosquillas en la nariz y Vhalla abrió los ojos. Su corazón se ralentizó.

Sobre su almohada descansaba una rosa roja de tallo largo. A su alrededor, había un lazo negro atado que sujetaba una nota. Todos sus pensamientos se derritieron y sus ojos enseguida estuvieron devorando las palabras.

Vhalla,
Siento no haber podido abducirte hoy. Tienes mi palabra de que mañana haré todo el esfuerzo posible.
Atentamente,
A. C. S.

P. D.
¿Cuándo te veré de negro?

Con una risa suave, Vhalla se hizo un ovillo en la cama con la flor pegada a la cara. Inspiró su rico aroma. Quizá debería pedirle que la llevara otra vez a esa rosaleda. Vhalla se rio alegre al imaginarse dándole órdenes al príncipe. De algún modo, no parecía tan inconcebible.

A. C. S., caviló, mientras empezaban a pesarle los párpados. Aldrik era la *A*, y Solaris, el nombre de la familia imperial, era la *S*. Pero ¿qué era la *C*? Vhalla sacudió la cabeza, cerró los ojos y se entregó a

ese olor relajante; un misterio para más adelante, tal vez. Apenas se había hecho de noche, pero todo lo que quería era quedarse ahí tumbada y estirar su mente todo lo posible, hasta encontrar ese lugar que olía a rosas.

CAPÍTULO 14

La luz de la luna entraba por el cristal en lo alto y Vhalla levantó la barbilla hacia el cielo y observó la luna pasar flotando. La rosaleda no era distinta de noche de lo que lo había sido de día. La oscuridad no la molestaba; veía todo brillante y claro a su alrededor. Había una especie de neblina misteriosa si movía la cabeza demasiado deprisa, pero se explicaba con facilidad como la luz de la luna que le jugaba malas pasadas.

Se levantó y fue hacia la puerta del cenador. Intentó abrirla, pero no se movía. Probó el picaporte otra vez, pero descubrió que se negaba a girar. Vhalla quería estar fuera.

Con solo pensarlo, se encontró de pie en las escaleras. Miró detrás de ella. No recordaba haber abierto o cerrado la puerta. Bajó con pasos ligeros y fue hacia la verja de hierro. Él estaba ahí, pero ella no conocía el camino por ese pasillo; solo sabía volver a las dependencias de servicio. Seguro que la verja estaba cerrada.

Vhalla se apoyó contra la verja y se deslizó por ella hasta quedar sentada en el suelo, contemplando las estrellas de nuevo. En una noche tan fresca y clara parecía una pena estar encerrado en el palacio. Se preguntó si él lo sabría. Se estaba mejor fuera. Le pesaban los párpados. Simplemente tendría que esperarlo, se recordó otra vez. Al final, saldría. Por el momento, sin embargo, dormiría mientras esperaba.

Vhalla abrió los ojos como si alguien la hubiese despertado con un pellizco. Un intenso dolor de cabeza aporreaba su cráneo. Rodó para hacerse un ovillo, sin darse cuenta siquiera de que había aplastado la preciosa flor con la que había dormido toda la noche. Se agarró las sienes, respiró hondo y dejó salir el aire despacio, como si así pudiera convencer a su cabeza de que dejara de dolerle. Vhalla apretó los ojos otra vez; la luz del día la mareaba.

Poco a poco, su cuerpo empezó a relajarse y las fuertes punzadas

amainaron hasta no ser más que un pulso mortecino. La luz ya no provocaba una rebelión de sus sentidos, así que probó a sentarse. Se vistió despacio. Todo iba como a cámara lenta, con una falta de nitidez mareante.

Escondió la nota en su armario, con el resto, y puso la rosa medio estrujada con ellas. Era inútil intentar salvarla. Las rosas empezaban a morir en el momento en que las cortaban, y ella solo le había dado un empujoncito al proceso. Los pétalos rojos colgaban en ángulos extraños y tenía las hojas rotas. Sus dedos se demoraron en su suave tacto aterciopelado. No lograba animarse a tirarla a la basura todavía.

Hizo una pausa. ¿No había soñado con rosas? Vhalla sacudió la cabeza. Aún le dolía. Tratar de recordar sus sueños pareció agravar el dolor aún más.

Un destello de color zafiro captó su atención y otra punzada de dolor vertiginoso atravesó sus sienes. Agarró los estúpidos guantes de Sareem y los arrojó al suelo dando un grito, mientras sus pies saltaban sobre ellos.

Las lágrimas y los saltos solo empeoraron su dolor de cabeza. Sareem no se merecía que llorara por él, se recordó. Dejó los guantes tirados cuando se encaminó hacia la biblioteca.

Se quedó parada ante las puertas, sentía una violenta guerra en el estómago. O bien Sareem estaba ahí dentro, esperando, y se quedaría atrapada a solas con él otra vez. O bien no había llegado a la biblioteca todavía y se quedaría atrapada con él cuando entrara. Se llevó la palma de la mano a la frente e hizo una mueca. Sentía como si su cabeza estuviese a punto de partirse en dos. El día no podía ponerse peor.

Hizo acopio de valor, empujó las puertas y se alegró al descubrir que era la primera en llegar. Se planteó esconderse en alguna parte, pero no se le ocurrió ninguna excusa para cuando por fin emergiera. Así que se limitó a cruzar los dedos por que Sareem fuese el último en llegar y ella ya estuviese trabajando en los archivos para cuando él entrara.

Se sentó detrás del mostrador y se entretuvo haciendo rodar por la superficie una botella de tinta tapada con un corcho. Las puertas se abrieron otra vez.

Era Roan. Vhalla suspiró y apretó la frente contra la madera fría del mostrador. La chica rubia se sentó a su lado.

—Buenos días, Roan —se forzó a decir, y su voz le sonó rara en los oídos.

—Buenos días, Vhalla —contestó su amiga con una sonrisa.

—¿Has visto a Sareem ya? —farfulló Vhalla.

—¿A Sareem? —preguntó Roan con delicadeza—. No, ¿por qué?

—Por nada. —Vhalla suspiró otra vez, sin ganas de hacer el esfuerzo de explicarle nada.

—¿Estás bien? —Roan puso una mano en la espalda de su amiga, pero antes de que esta tuviese ocasión de responder, las puertas de la biblioteca volvieron a abrirse.

Eran el maestro y Sareem, que estaban hablando. Vhalla se levantó de un salto, el dolor ignorado por su corazón asustado. ¿Por qué estaba Sareem con el maestro? A Vhalla le temblaban las manos de la paranoia, a pesar de procurar que se estuvieran quietas.

—Buenos días, Vhalla, Roan —empezó el maestro—. Hoy las tareas son muy parecidas a las de ayer. Cadance y Lidia han ido a recoger algunos adornos finales para el Festival del Sol en el Ministerio de Cultura. Así que Roan, tú seguirás con tus transcripciones, y Vhalla, tú volverás a los archivos.

Vhalla asintió y se apresuró a dar la vuelta al mostrador. Notaba los ojos de Sareem sobre ella, pero los ignoró, igual que ignoró la mirada perpleja de Roan y la inquisitiva del maestro. Si el anciano no la estaba echando a patadas, entonces quizá Sareem no le hubiese dicho nada. Lo único que sabía Vhalla era que quería alejarse de todos ellos.

—¿Qué te pasa, Vhalla? —preguntó el maestro mientras abría el candado de la puerta del Archivo.

—Estoy bien. Es solo que hoy me duele la cabeza. —Se frotó las sienes otra vez.

—Me tienes preocupado —añadió Mohned con amabilidad, una mano sobre la espalda de Vhalla.

—Gracias, pero no hay de qué preocuparse —Vhalla le dedicó al maestro una sonrisa cansada y apartó la mirada antes de que la emoción pudiese apoderarse de ella. Desearía poder hablar con él, pero el maestro tampoco lo entendería. *El nombre del libro de la Torre debía corresponder a un Mohned Topperen diferente*, se dijo Vhalla.

El maestro la condujo escaleras abajo hasta el mismo lugar del día anterior, abriendo algunas cortinas por el camino. Cuando estuvo

instalada, le dijo que volviera a la biblioteca principal si se encontraba peor. Vhalla asintió con ademán cansino y se puso manos a la obra en un intento por transmitir, con la mayor educación posible, que no tenía ningún interés en hablar. Mohned no pareció ofenderse y se fue con el arrastrar suave de sus pies.

Vhalla trató de concentrarse en la tarea que tenía entre manos, pero le costaba enfocarse en cualquier cosa. Cada vez que abría los ojos, el mundo estaba turbio, como si las cosas estuviesen superpuestas. Al final, se limitó a apoyar la cabeza en la mesa y trató de dejar que el silencio curara su cerebro.

El suave repiqueteo de unas pisadas que bajaban las escaleras fue como si unos cuchillos apuñalaran su conciencia. Vhalla abrió los ojos, pero ni siquiera levantó la cabeza cuando vio quién era. La forma de caminar de Aldrik era distinta y, de algún modo, hubiese hecho menos daño.

—Sareem, márchate. —Su voz sonó ronca.

—Vhalla, tenemos que hablar —empezó con cautela.

—Márcha… te —repitió, con escasa paciencia.

—No. —Sonó decidido.

Vhalla levantó la vista hacia él al tiempo que intentaba convencer a sus ojos para que cooperaran. Sareem solo había entrado a medias en la salita, claramente inseguro de si estaba tomando la decisión correcta. Vhalla tuvo el placer de hacerle saber que no.

—¿Qué quieres? —preguntó, cortante, y volvió a apoyar la frente en la mesa.

—¿Estás bien? —se interesó él, tras dar unos pasos hacia ella.

—Sí, estoy bien. Solo me duele la cabeza. ¿Qué quieres? —Sus frases sonaron secas por la irritación.

—Sobre lo de ayer, Vhalla… —comenzó él.

—¿Se lo has contado al maestro? —lo interrumpió.

—¿Qué? No, te prometí que no lo haría. —Vhalla lo miró, otra vez con los ojos guiñados—. No lo hice, Vhalla —insistió Sareem y se sentó con un suspiro.

Vhalla devolvió su cabeza a la mesa y cerró los ojos.

—Entonces, ¿qué quieres?

—Sobre lo de ayer… —Se rascó la parte de atrás del cuello—. Verás, me pillaste algo desprevenido. —Emitió una risita nerviosa y Vhalla sintió ganas de obligarle a vomitar lo que fuese que quisiera

decirle—. Creo que…

Resonó un cuerno en alguna parte a lo lejos, su llamada replicada por otra más cercana. Pronto, todos los trompetistas del palacio estaban repitiendo esa llamada imperiosa.

—¿Qué? —Vhalla levantó la cabeza de la mesa—. ¿Qué es…?

—¡Cuernos, Vhalla! Cuernos con esa llamada, ya sabes lo que significan. —Sareem ya estaba en pie y recogía el libro y los utensilios de Vhalla sin pensar—. Vamos, tenemos que irnos. —Sareem casi levantó el cuerpo inerte de Vhalla de la silla; la chica se encontraba demasiado grogui para resistirse.

Se apresuraron a cruzar la biblioteca. Vhalla guiñó los ojos. El mundo se movía tan deprisa que le revolvió el estómago y se vio obligada a apoyarse en Sareem. Al menos, si vomitaba, podría apuntar a los pies del chico.

Sus ojos no sabían en qué enfocarse y todo se detuvo en seco cuando llegaron ante el mostrador central. El maestro estaba hablando y Vhalla hacía esfuerzos por escuchar. Mohned le entregó algo a Sareem y envió al joven de vuelta a toda prisa en la dirección por la que acababan de llegar.

—… nos alcanzará. Deberíamos encaminarnos ya hacia el Escenario Soleado.

El maestro y Roan se dirigieron hacia la puerta del castillo. Vhalla los siguió de cerca y Sareem se unió a ellos cuando salían de la biblioteca. El joven se dio cuenta de que Vhalla no estaba demasiado estable sobre sus pies y entrelazó un brazo con el de ella. Vhalla se vio obligada a depender de su apoyo otra vez mientras se unían a la masa de gente que se desplazaba a toda prisa por el palacio.

El Escenario Soleado era la entrada oficial al palacio. Mientras que la entrada de los establos era más práctica, el Escenario Soleado albergaba las ceremonias a gran escala celebradas con público. Era una zona semicircular a la que los residentes en la capital podían entrar a través de los muchos arcos dorados que había en la muralla exterior. Unas gradas gigantescas se extendían por encima de la muralla; se suponía que recordaban a los rayos del sol. Multitud de dignatarios, nobles y miembros de la corte ya estaban ahí sentados, todos de frente al palacio.

Unas escaleras de mármol blanco conducían a una gran plataforma con columnas dispuestas a intervalos amplios. Detrás de ese escenario

estaban las puertas doradas que daban acceso al palacio, igual de grandes y ceremoniosas. De hecho, cuatro o cinco caballos podían pasar lado a lado a través de ellas sin problema. Más arriba por la pared, había un balcón, que el emperador había utilizado una vez o dos para hacer breves anuncios o promulgar decretos ante su gente. Hoy, decenas de soldados con relucientes armaduras y yelmos decorados con grandes plumas doradas bordeaban ambos lados del escenario.

Cadance y Lidia se unieron a Vhalla y sus acompañantes por el camino, y todo el personal de la biblioteca se situó sobre la muralla exterior, junto con la mayor parte del resto de trabajadores del castillo. Con un gemido sonoro, las puertas del escenario se abrieron y dos personas caminaron hasta el borde del escalón superior.

La emperatriz era una mujer bajita con largo pelo rubio que caía en cascada hasta su cintura. Aunque tenía un aspecto joven, su actitud y su pose eran modestas y maternales. Llevaba un clásico vestido sureño holgado de seda blanca que se arremolinaba alrededor de sus pies y cuya cola se extendía detrás de ella. Ondeaba al aire con suavidad.

Los ojos de Vhalla se deslizaron hacia la figura que estaba de pie al lado de la emperatriz. Llevaba pantalones blancos con raya y una larga chaqueta también blanca, de estilo militar, con dos hileras de botones dorados por delante. El alto cuello de la casaca estaba fijado a los hombros con dos placas decorativas de metal dorado. Varias medallas militares decoraban la pechera. Un cordón dorado discurría desde su hombro hasta su pecho. A pesar de todo eso, llevaba el pelo como siempre: engominado hacia atrás y retirado de la cara, aunque se abría un poco por los lados. El príncipe observaba el mundo con una ambivalencia ensayada; cuando bajó la vista hacia la multitud, el sol acentuó su nariz y sus altos pómulos.

Hasta que Roan no le dio un codazo rápido en el costado, Vhalla no se dio cuenta de que se estaba riendo. Aldrik estaba tan distinto vestido de blanco, aunque seguía siendo él. Roan le lanzó a Vhalla una mirada inquisitiva, pero la joven se limitó a negar con la cabeza en respuesta. No sabía por qué lo encontraba tan gracioso, pero cerró los ojos con fuerza y procuró recuperar la compostura. El sol todavía le hacía daño en los ojos.

El retumbar sordo de la multitud se acalló y fue sustituido por un

rugido diferente: el sonido de cascos de caballos sobre piedra. Empezó como un ruido lejano que poco a poco escaló para convertirse en un trueno. La muchedumbre empezó a darse cuenta de por qué los habían convocado y pronto sus gritos y vítores igualaron el sonido de los cascos de los caballos.

El primer corcel cruzó las puertas. Era un ejemplar de un blanco puro que llevaba a un hombre enfundado en una armadura dorada. Cada pieza de metal estaba embellecida con elaborados detalles de metal y bañada en oro. Un grito estridente brotó entre la multitud y los vítores se volvieron casi ensordecedores.

Vhalla se llevó una mano a la frente. No necesitó mirar para saber quién había provocado semejante conmoción.

El príncipe dorado de anchos hombros se apeó de su caballo. Saludó con la mano a su gente y ellos estiraron los brazos hacia él como los estira un bebé hacia su madre. Cuando se quitó el yelmo, su pelo corto y rubio quedó pegado a su cara por el sudor. El príncipe sonrió como un tonto y estrechó las manos de innumerables personas mientras se abría paso hacia el escenario.

Por un breve instante, Vhalla se preguntó si, de haber sido ella una de esas personas que tendían la mano hacia él, la hubiera reconocido del día en que se encontraron en la biblioteca hacía varios meses ya.

Vhalla se giró hacia Aldrik. Estaba inmóvil, como una roca, y su rostro mostraba la misma falta de emoción. Tenía las manos cruzadas a la espalda mientras miraba desde lo alto a su hermano pequeño, que se abría paso despacio hacia allí. Vhalla recordó por un momento el regreso tan poco ceremonioso del príncipe heredero. No había habido ni un solo segundo de vítores en su honor.

Los gritos evolucionaron poco a poco para convertirse en un cántico unánime cuando su máximo dirigente entró por las verjas.

—*Solaris, Solaris, Solaris*.

Todo el mundo alrededor de Vhalla se había entregado al cántico cuando el emperador en persona, enfundado en una armadura blanca y dorada con una capa ondeando sobre el dorso de su caballo, entró en el recinto del escenario. Sobre la parte de atrás de su capa, brillaba el sol dorado. Cabalgó todo el camino hasta el primer escalón, donde echó pie a tierra. El regente se dirigió entonces hacia su familia; su caminar era firme y fluido para un hombre de su edad. El príncipe Baldair había ocupado su lugar al lado de su hermano. El emperador

le dio un casto beso a su mujer y luego saludó a su hijo mayor con un recio apretón de manos.

Vhalla no apreció nada en la fría mirada de Aldrik y empezaba a sentirse frustrada por estar tan lejos… y por que sus ojos todavía se negaran a enfocarse.

El emperador se giró hacia la multitud y todo el mundo, jóvenes y ancianos, cayó de rodillas delante de su líder. Vhalla no fue ninguna excepción.

—Mis más leales súbditos —resonó su voz, alta y clara, en el recinto ahora callado—, hemos regresado de nuestras campañas en el Norte con muchas victorias que contaros.

El gentío volvió a estallar en vítores, luego se acalló deprisa.

—La capital norteña, Soricium, aún aguanta, pero caerá pronto. Su país ha quedado hecho un desastre ante el ardiente poderío del Sol.

Por un breve instante entre las aclamaciones, Vhalla se preguntó por qué, si la Madre Sol de verdad era una diosa amorosa, enviaba a su gente a matar y a morir.

—Reuniremos el botín de la guerra bajo una sola bandera unificada.

La gente se puso en pie y Vhalla volvió a apoyarse en la pared. No lograba distinguir si Aldrik se había movido.

—Y con esto, ¡demos comienzo al más grandioso Festival del Sol! —El emperador levantó las manos y resonaron unas cuantas explosiones antes de que el cielo se llenara de fuegos artificiales. Todo el mundo levantó la mirada, excepto Vhalla y el príncipe heredero. Él siguió mirando al frente, inmóvil.

Vhalla cerró los ojos y se concentró en su respiración. Por un momento, su dolor de cabeza menguó. El mundo se reconstruyó despacio a su alrededor con una claridad asombrosa. Miró hacia delante, pero no con sus ojos físicos, y lo vio a él, un punto lejano de luz. Forzó a su vista a acercarse, para comprobar si su rostro de verdad tenía el aspecto que había tenido desde la distancia.

El príncipe tenía la mandíbula apretada, los ojos fríos. Aunque estaba de pie entre cientos de personas, bien podía haber estado en medio de una isla, solo. Vhalla no lo entendía. Era el principio de un festival; ese era un tiempo para la felicidad.

No estés tan triste.

La cabeza del príncipe voló en dirección a Vhalla, que abrió los

ojos de par en par. Soltó un grito y apretó las palmas de las manos contra su cara. La luz del sol era como fuego en su cerebro. Detrás de sus ojos ardía una abrasadora luz incandescente que amenazaba con hacerla pedazos. Sacudió la cabeza y chocó con alguien. Vhalla pensó que oía a un hombre hablándole, pero la voz sonaba lejana y tenue, apenas la registraba por encima del rugido dentro de su cabeza.

Se abalanzó hacia delante, aferrada a la pared como si fuese lo único que la ataba al mundo físico. Quería que aquello parara; haría cualquier cosa por lograr que parara. Notó una mano en la espalda e intentó ponerse de pie abriendo los ojos una rendija. Los cañones dispararon de nuevo y Vhalla vio la segunda ronda de centelleantes fuegos artificiales que salían disparados hacia el cielo, justo antes de que sus rodillas cedieran y su cuerpo se desplomara.

CAPÍTULO 15

Vhalla flotó en el aire. No, no flotaba, la llevaban en volandas. Su oreja derecha estaba apoyada contra el pecho de un hombre, un latido frenético bajo la piel. *¿Por qué iban tan deprisa?* Vhalla quería decirle que estaba bien, que podía ir más despacio, pero parecía que no había nada conectado con su mente. Era como si estuviese atrapada dentro de su propio cuerpo.

Aunque, estuviera donde estuviere, era un lugar cálido y el dolor había desaparecido. Eso le bastaba. Decidió que estaba cansada, y se fue a dormir.

Se despertó sobresaltada cuando notó que depositaban su cuerpo. Oyó voces hablando otra vez, pero no lograba hacer funcionar sus oídos del todo. El hombre le estaba preguntando algo. ¿Qué podía querer? ¿Acaso no se daba cuenta de que no estaba en condiciones de darle nada? Y entonces se marchó. Sentía que se había marchado; algo en su interior simplemente lo sabía.

Más oscuridad y silencio. Vhalla estaba sentada en los confines de su propia mente, mientras se preguntaba cómo había llegado hasta ahí. Su cuerpo seguía negándose a obedecerla.

Volveré con ayuda. Eso era lo que había dicho, aportó su mente. Iba a ir más gente. Él iba a llevar a más gente. Vhalla tenía que despertarse, pero era demasiado tarde. Ya estaban ahí. Más voces familiares, palabras apresuradas. ¿Quiénes eran esta vez?

Hubo manos, más manos, distintas de las de antes pero no desconocidas del todo. Esta vez eran las manos de una mujer. La llevaba a otro lugar. Vhalla quería sentirse aterrada ante semejante perspectiva, pero descubrió que era incapaz de sentir gran cosa de nada.

El mundo se movió a su alrededor y el aire cambió. Una vez más, era diferente pero aun así extrañamente familiar. Ya había estado ahí

antes, a pesar de que no sabía dónde era *ahí*.

La depositaron sobre otra cama. Atrapada dentro de su prisión mental, Vhalla pugnó con el silencio. Despacio, se estiró hacia fuera y el mundo se reconstruyó ante ella.

La habitación era desconocida, pero Vhalla reconoció al instante la moldura con forma de dragón cerca del techo: estaba en la Torre. Había un armario. Vhalla esperaba que fuese negro, pero era de madera gris, color ceniza. Una mesa pequeña y una silla; sus ojos se posaron en la cama y a Vhalla le dio un ataque de pánico.

Se vio a sí misma ahí, tumbada. Inmóvil. Apenas respiraba. Vhalla no sabía si estaba viva. Aparte de la habitación desconocida, hizo caso omiso de la presencia de Fritz y de Larel, y contempló su cuerpo con aspecto de cadáver. Muerta, estaba muerta y este era el comienzo de la vida en el más allá.

—Tenemos que llamar al ministro. —Fritz se mesaba los cabellos sin dejar de andar.

—Está respirando. No parece sufrir dolor. Comprueba sus Canales. —Larel permanecía en calma, recolocó las piernas de Vhalla. El movimiento de su pecho era tan leve que casi era invisible, pero Vhalla se sintió aliviada de que en efecto su pecho se moviera. Fuera lo que fuere lo que estaba pasando, todavía no estaba muerta.

«¿Larel?», susurró Vhalla. «¿Fritz?». Ninguno de los dos pareció oír sus efímeras palabras.

—No, no puedo. No soy un curandero mágico, Larel. Mis lecciones acaban de emp… —Fritz estaba sin aliento por el pánico.

—¡Compruébalos! —exigió Larel con brusquedad.

Fritz por fin la obedeció. Apoyó las manos en la garganta de Vhalla, las yemas de los dedos detrás de sus orejas, con delicadeza y suavidad, como si la joven fuese de cristal. Con los ojos cerrados, deslizó las manos por sus hombros, las bajó por sus brazos, planas sobre su estómago.

—No encuentro nada mal.

El eco de un portazo en la sala contigua demoró un momento toda respuesta por parte de Larel.

—Examínala otra vez —exigió la mujer morena antes de salir corriendo por la puerta.

Fritz volvió a su labor. Las palmas de sus manos se deslizaron por la cara externa de los muslos de Vhalla y bajaron hasta sus pies. De

repente, la puerta de Larel se abrió con tal fuerza que casi rebotó contra la pared.

Aldrik apareció en el umbral, al mismo tiempo autoritario y desaliñado. Su casaca blanca estaba abierta y colgaba suelta a su alrededor, una anodina camisa blanca debajo. Tenía las mejillas arreboladas y su respiración era fatigosa. Incluso su pelo estaba desgreñado, con largos mechones cayendo por delante de sus ojos.

Entró a toda prisa y Larel cerró la puerta a su espalda. Fritz parecía tan aturdido como se sentía Vhalla. El príncipe heredero no iba nunca a las habitaciones de los aprendices, pero a Aldrik no parecía importarle. Lo único que lo preocupaba era la imagen del cuerpo sin vida de Vhalla.

—Príncipe —dijo Fritz con una vocecilla aguda.

Vhalla dio un paso atrás; había una ventana a su espalda.

—Fuera. —Aldrik apenas parecía consciente de la presencia del sureño. Con una sola palabra, Fritz dio la impresión de encogerse hasta no ser más que una mosca en la pared.

—¿Larel? —Fritz miró hacia la mujer, pero esta se limitó a sacudir la cabeza—. Bueno, no encuentro nada mal en ella. —Se movió con cautela hacia la puerta, con lo que eliminó la barrera de su cuerpo entre la figura de Vhalla en la cama y el príncipe—. ¿Debería ir a buscar al ministro?

—No —repuso Aldrik con una mirada furiosa. Su mano salió disparada, más rápida que una víbora, para cerrar los dedos sobre el cuello de la túnica de Fritz—. Si me entero que le susurras una sola palabra de esto a alguien, considera tu tiempo en la Torre *terminado*.

Una amenaza entera vivía en la última palabra de Aldrik. Una que a Vhalla le resultaba incómodo oír siquiera. El chico de la biblioteca lo miró boquiabierto, petrificado donde estaba.

—Y ahora, *fuera* —bufó el hombre mayor. Fritz salió corriendo de la habitación como si su vida dependiera de ello. Vhalla no quería ni considerar que pudiera ser así.

Ni Larel ni el príncipe dijeron nada. La luz mortecina del atardecer entraba por la ventana detrás de ella y Vhalla de dio cuenta de que no tenía sombra.

—¿Qué le pasa? —preguntó Larel, la voz cargada de una cantidad de emoción sorprendente.

—No lo sé —suspiró el príncipe, al tiempo que sacudía la cabeza.

Como si se hubiese desinflado, se apoyó en el escritorio para sujetarse.

—¿Cómo lo has sabido? —Larel cruzó los brazos, con la espalda contra la pared.

—No voy a hablar de ello —dijo Aldrik con una mirada significativa. Sus ojos se apartaron del cuerpo exangüe de Vhalla solo medio momento. Larel siguió la dirección de la mirada del príncipe con un suspiro suave. Estaba claro que sabía bien que no debía presionarlo.

—Está progresando deprisa —comentó Larel con voz queda.

—Lo sé. —Aldrik dio un paso adelante, la mano estirada. Su mano levitó en el aire por encima del cuerpo de Vhalla antes de caer de vuelta a su lado.

—Le has estado enseñando. —No era una pregunta.

—Larel —suspiró el príncipe otra vez. Vhalla sintió una punzada de algo que no se atrevería a llamar «celos». El príncipe se comportaba de manera diferente también alrededor de la mujer occidental.

—No es asunto mío —dijo ella, y se encogió de hombros.

—Te lo contaré. —Aldrik apartó los ojos del cuerpo de Vhalla—. Con el tiempo —añadió.

—Sabes que eso siempre ha sido suficiente para mí. —La comisura de la boca de Larel se curvó en una sonrisa casi tipo Aldrik. Era extraño e hizo que Vhalla empezara a preguntarse cómo era en realidad la relación entre esos dos.

—Asegúrate de que Victor no se entere —le ordenó Aldrik a la mujer, cuya mano vaciló un instante sobre el picaporte de la puerta.

—Al final, lo hará —murmuró.

—Lo quiero lejos de ella. —Aldrik hizo un gesto con la barbilla en dirección al cuerpo comatoso de Vhalla al decir la última palabra.

—Sabes que la protegeré. —Larel sonrió.

—Sé que puedo confiar en ti. —Asintió Aldrik.

Sin necesidad de que se lo dijeran, la mujer salió de la habitación y dejó a Vhalla sola con el príncipe heredero.

Aldrik se quedó ahí de pie, los ojos fijos solo en el cuerpo físico de Vhalla. Luego, como si cada movimiento fuese agotador, arrastró una silla desde el escritorio y se dejó caer derrotado sobre ella. Apoyó los codos en las rodillas y enterró la cara en sus manos. Fue un movimiento extraño que ella no le había visto hacer nunca. Tenía el pelo desgreñado, los botones de la chaqueta abiertos y el cuerpo

abatido.

Aldrik, susurró con suavidad.

El príncipe levantó la cabeza de golpe y la miró directamente. Guiñó los ojos un momento contra la luz del sol que entraba por la ventana detrás de Vhalla. Levantó una mano despacio para protegerse los ojos de la brillante luz. Vhalla vio en su cara el momento en que el príncipe se daba cuenta.

—Imposible —murmuró.

¿Puedes verme? Vhalla ladeó la cabeza y él asintió, al tiempo que trataba de peinar un poco su pelo desgreñado. *¿Puedes oírme?* Aldrik asintió de nuevo. *¿O sea que no soy un fantasma?*

—No, no lo eres. Pero te has metido en un buen lío. —Sonaba cansado, enfadado, pero en algún sitio, Vhalla hubiese jurado que podía oír alivio.

¿Cómo supiste que debías venir?, preguntó.

—Sabía que algo iba mal. Después de montar el numerito que montaste en la ceremonia del festival. —Frunció el ceño y se puso en pie para acercarse a ella.

Vhalla se percató de que cuando ella preguntaba, el príncipe contestaba… a diferencia de lo que hacía con Larel.

No sé lo que hice, susurró Vhalla. Su miedo era casi un temblor palpable entre ellos.

—Te lo explicaré cuando estés de vuelta adonde perteneces —le aseguró en tono tranquilizador—. Te pedí que confiaras en mí, Vhalla. ¿Confías?

Vhalla miró a los ojos color obsidiana del príncipe. Eran los ojos del hombre que la había empujado desde un tejado, el que hablaba de propósitos misteriosos para sus poderes con el ministro de Hechicería, y el que ahora la ocultaba de ese mismo ministro por razones desconocidas.

Confío. Era una verdad imposible.

—Creo que esto funcionará, pero te va a parecer aterrador. Prometo que no te hará daño —la tranquilizó.

¿Qué vas a hacer?, preguntó vacilante, sin estar muy segura de querer una respuesta.

—Te lo explicaré cuando estés despierta como debes.

El príncipe metió una mano directamente dentro de ella. Vhalla bajó la vista y la imagen era bien aterradora. La mano de Aldrik

estaba dentro de su abdomen, en su cuerpo desvaído y hueco. En ese momento, la joven pensó que en verdad debía ser un fantasma.

—No tengas miedo —susurró para tranquilizarla justo antes de cerrar el puño. Un fuego voraz surgió de su mano y Vhalla sintió que consumía su cuerpo delante de sus propios ojos. Todo estaba en llamas.

Vhalla se sentó en la cama con un grito. Intentó apagar a manotazos el fuego de sus piernas y de sus brazos. Aldrik se colocó a su lado con un movimiento fluido, directamente sobre el colchón. La agarró de los hombros y la sujetó con fuerza entre sus manos. Su rostro estaba lívido y crispado. Vhalla golpeó sus brazos en un aturdimiento frenético.

—¡Vhalla! —prácticamente gritó por encima del pánico de la joven—. ¡Vhalla, respira! —La sacudió con fuerza.

Ella se aferró a sus brazos y notó que esa sensación incómoda se iba diluyendo. Sus ojos conectaron con los del príncipe y miró de un modo desvergonzado a esas profundidades color ébano, en busca de su estabilidad. Clavó con fuerza las yemas de los dedos en las mangas de la chaqueta de él, sintió los duros músculos debajo.

—Respira conmigo —susurró Aldrik, y ella obedeció.

Se quedaron ahí sentados durante más de cincuenta respiraciones; se limitaron a mirarse. Aldrik la agarraba por los hombros; ella lo agarraba a él por los brazos. La expresión de ambos se relajó y Vhalla solo quería dejarse caer contra él, pero el sentido común y quién era ella significaba que un contacto semejante sería muy poco bienvenido por parte de él. Vhalla aflojó los dedos despacio y bajó las manos.

—Vhalla —murmuró el príncipe, y retiró las manos de sus hombros con suavidad—. ¿Cómo te encuentras?

La joven respiró hondo y se evaluó. Ahora que el terror y los frenéticos latidos de su corazón habían amainado, se sentía mejor de lo que se había sentido en todo el día.

—Mejor. —Su voz sonó normal. Incluso sus ojos la obedecían y ya no veía doble.

El príncipe esbozó una sonrisa débil.

—Me alegro. —Aldrik se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano. Apoyó la frente en la palma y el codo en su rodilla flexionada—. No lo sabía. No sabía que ya habías progresado tanto. Hubiese… —Dejó que la frase se perdiera en sus pensamientos.

—¿Hasta dónde he progresado? —Vhalla apoyó las manos con educación detrás de ella y retrocedió un poco para darle algo de espacio.

—¿Recuerdas cómo nos conocimos? —Aldrik la miró de reojo.

—¿En la biblioteca? —preguntó ella. El príncipe asintió.

—Entonces también lo estabas haciendo, pero creíste que eran sueños.

—¿Haciendo qué? —preguntó, a medida que crecía una pequeña agitación en su interior.

—Solo he leído acerca de ello e, incluso así, la literatura existente es escasa —empezó. Se pasó una mano por el pelo en un intento por domar los bucles descarriados y devolverlos a su sitio—. Decía que los Caminantes del Viento eran centinelas invisibles para sus causas. Claro que eso puede interpretarse de distintas maneras. Solo me planteé por unos instantes que pudiera ser literal. —Suspiró—. ¿Por dónde comienzo? —caviló. Hizo una breve pausa—. Cada Afinidad tiene una Afinidad elemental literal. Sin embargo, algunos eruditos han teorizado que esto es solo una ínfima fracción de lo que los hechiceros pueden hacer en realidad. Que por debajo de toda Afinidad elemental terrenal, hay una Afinidad del ser.

—Recuerdo que dijiste algo al respecto, al hablar de los Rompedores de Tierra. —Ella trataba de aprovechar para aprender más.

—Vaya, sí que tienes buena memoria. —Le regaló una sonrisa cansada y el estómago de Vhalla dio un pequeño brinco al oír su halago—. Se decía que los Caminantes del Viento tenían una Afinidad por la mente. Que el verdadero poder de un Caminante del Viento se basaba en sus habilidades mentales.

—Yo no soy tan lista —descartó Vhalla con tono ligero. El príncipe puso los ojos en blanco.

—Sí lo eres, pero no funciona así. El intelecto y esta destreza son cosas diferentes. Sea como fuere, diría que lo que has hecho está más en línea con el aspecto mental de tus poderes, complementado por el físico —terminó.

Vhalla tomó nota mental de buscar un libro sobre este tema en alguna parte.

—¿Y qué he hecho?

Todavía no lo entendía.

—Has separando tu conciencia de tu cuerpo físico. Se llama Proyección. —Aldrik la miró—. Lo estabas haciendo en tus sueños, pero eso no es ni una cuarta parte igual de impresionante que hacerlo cuando estás despierta.

Vhalla se limitó a mirarlo y a aceptar todo lo que le decía con un asentimiento.

—Hoy lo has hecho en la ceremonia. Pero me sorprendiste. —Se movió un poco y apartó la vista, incómodo—. Me revolví contra ti. Traté de retroceder a toda prisa. Solo sentí a alguien ahí y… Creo que eso es lo que desalineó la conexión con tu cuerpo y acabó dejándote encerrada fuera de tu cuerpo físico.

—Creo que ya estaba un poco desalineado antes de eso. —Se sentó más erguida y contempló el perfil del príncipe, pensativa. Él se giró otra vez hacia ella para examinarla con curiosidad—. Durante todo el día había tenido problemas para enfocar los ojos; era como si estuviese viendo dos cosas superpuestas —caviló Vhalla. El rostro de Aldrik mostró una repentina comprensión—. También tenía un dolor de cabeza atroz.

El príncipe apartó la mirada y se levantó. Vhalla oyó cómo musitaba algo en voz baja y columpió los pies hasta el suelo para quedar sentada sobre el borde de la cama. Estudió la alta y fibrosa figura del príncipe recortada contra la luz del sol del atardecer que entraba por la ventana.

—Vhalla. —Su nombre sonó forzado en sus labios—. Sería mejor que no nos viéramos durante un tiempo; al menos no hasta que decidas si deseas estar en la Torre o no.

Sus palabras fueron como un puñetazo en el estómago de Vhalla. La dejaron sin respiración. Y de repente, estaba en pie.

—No —dijo con firmeza, sin vacilar, cuando él se volvió hacia ella.

—El Vínculo… Estar cerca de mí no es bueno para ti ahora mismo. —Se pellizcó el puente de la nariz—. Tu magia está progresando más deprisa de lo que yo puedo enseñarte y…

—¿Quieres que me vaya? —preguntó sin rodeos. Aldrik la miró con los labios entreabiertos.

—No, no quiero que te vayas —confesó, con un leve gesto negativo de la cabeza.

—Bien. Eres mi profesor —afirmó con convicción—. No puedes abandonarme ahora.

Aldrik dio media vuelta y cruzó la habitación para detenerse apenas a unos centímetros de ella. La miró desde lo alto con su figura autoritaria. Pero ella se mantuvo firme, desafiante ante él, tratando de no retroceder ni un milímetro.

—Y… —empezó Vhalla despacio, apartando la cabeza. Apenas tenía el valor para decir lo que quería decir; mirarlo mientras lo hacía era demasiado para ella—. Eres mi amigo, más allá de lo que valga la amistad de esta plebeya.

Aldrik levantó la mano y puso los dedos debajo de su barbilla. Sin mover nada más que su mano, guio su cara de vuelta hacia él y la levantó para que lo mirara a los ojos. El príncipe la observó durante unos segundos largos y Vhalla notó que su corazón palpitaba en su garganta mientras intentaba tragárselo de vuelta al pecho. Aldrik retiró la mano y la dejó levitar en el aire, dubitativo durante solo un momento antes de apoyarla, suave como una pluma, sobre la mejilla de Vhalla.

Cuando por fin habló, fue con un tono lento y deliberado, poco más que un susurro. Su voz tenía una intensidad que ella no le había oído nunca.

—Vale mucho. —Y sus ojos consumieron los de ella.

Fuera cual fuere el hechizo en el que habían caído, se rompió en el instante en que Larel volvió a entrar con sigilo en la habitación. La mano de Aldrik cayó de su cara con tal precisión y serenidad que incluso Vhalla se preguntó si había estado ahí en algún momento. Si Larel había visto algo, no se inmutó en absoluto por el hecho de que el príncipe estuviese de pie tan cerca de la chica plebeya.

—Los pasillos están bastante despejados. Fritz está montando un numerito en el comedor. —Hizo un ligero asentimiento en dirección a Aldrik, que él le devolvió.

—Gracias, Larel. —El príncipe salió por la puerta y arrastró a Vhalla tras él con apenas el tiempo suficiente para que ella pudiera ofrecerle a la mujer su propio agradecimiento apresurado. Larel le regaló una pequeña sonrisa que prometía secretismo.

Habían bajado por el pasillo en espiral de la Torre y se habían colado por otra puerta lateral antes de que Vhalla pudiera calibrar en qué piso del palacio estaba. Las zancadas del príncipe eran largas y Vhalla tuvo que esforzarse para mantenerle el ritmo. A punto estuvo de chocar con él cuando se paró en seco delante de otra puerta.

—Vhalla, escucha. —La mano de Aldrik se detuvo un momento en la madera. Su perfil estaba iluminado por la llama de un único orbe y la luz delineaba sus rasgos angulosos—. Victor se va a enterar de esto. Cuando lo haga, estoy seguro de que tratará de obligarte a que te unas a la Torre.

—¿Qué hará? ¿Qué es lo que quiere de mí, exactamente? —Vhalla no sabía por qué susurraba, pero parecía lo correcto.

—Yo… —Aldrik se quedó inmóvil mientras sopesaba sus siguientes palabras—. ¿Ya conoces la historia de los Caminantes del Viento?

—Sé lo que hizo el Oeste. —De repente, Vhalla trataba de recordar todo lo que había leído con Fritz.

—Entonces, sabes que hay personas en este mundo que están *muy interesadas* en tus poderes. —Los ojos de Aldrik volaron por el pasillo en dirección a la Torre.

—Eso fue hace más de cien años. —Vhalla no quería creer lo que estaba implicando—. No es…

—No hace tanto tiempo —le advirtió.

—¿Por qué me estás diciendo todo esto? —preguntó Vhalla. Por fin comprendió la causa de su sigilo. ¿La estaba protegiendo el príncipe heredero? Y si era así, ¿de qué? ¿O de quién?

—Porque me han dicho que Victor te había dado un mes para elegir la magia —contestó Aldrik.

—Solo porque amenacé con hacerme Erradicar. —Vhalla se apoyó contra la pared del fondo.

—Aun así, tienes derecho a elegir —insistió—. Me gustaría que eligieras esta vida por voluntad propia.

—¿Y si no lo hago? —Vhalla fue incapaz de decir las palabras con fuerza. Ni siquiera podía mirarlo a los ojos. Le daba la sensación de que el silencio estaba aplastando su cráneo.

Aldrik contestó con voz suave, pero había una especie de contención temblorosa, como si sus palabras fuesen forzadas.

—Entonces —empezó Aldrik—, creo que sería lo más triste que le ocurriría a la comunidad mágica en mucho tiempo.

Vhalla suspiró con suavidad. Por supuesto, era la comunidad mágica. Ella era la Caminante del Viento, la primera de su especie en casi un siglo y medio. La que tenía poderes que la gente anhelaba por razones que aún desconocía. Se giró hacia la puerta sin decir ni una palabra.

—Echaría de menos enseñarte. —Todo se detuvo cuando esa frase cruzó los labios del príncipe. Vhalla se giró hacia él, consciente de repente de lo pequeño que era en realidad ese pasadizo de conexión. Como si acabase de darse cuenta de lo mismo, el príncipe se apresuró a apartar la mirada para alisar su chaqueta antes de abrochar los botones despacio—. Bueno, ¿cuándo volveré a verte?

—¿Qué? —Vhalla parpadeó ante la repentina y extraña pregunta. La había estado viendo sin problema a base de citarla con excusas variopintas—. Eres el príncipe heredero. Puedes verme cuando quieras. ¿No es eso lo que has estado haciendo?

—Sí, bueno —musitó. Se pasó una mano por el pelo—. ¿Comemos juntos, pues? ¿Mañana? No, espera; tengo asuntos que atender con Egmun. —Maldijo ante ese nombre desconocido para ella—. Al día siguiente tendré tiempo. Pero esta no es una orden de tu príncipe.

Algo reptó por la periferia de la mente de Vhalla. No la estaba abduciendo ni la estaba dejando sin elección… aunque tampoco era como si eso le hubiese importado. No le estaba dando una orden como su príncipe. No había mencionado que fuesen a entrenar ni a hablar de hechicería ni de su futuro. Si no era trabajo ni obligación, entonces ¿cuál era exactamente la razón para ese encuentro?

—Me encantaría. —Vhalla sonrió y la máscara que el príncipe solía llevar resbaló el tiempo suficiente para ver un destello de alegría en sus ojos—. ¿Te veo en el jardín?

Aldrik asintió y una pequeña sonrisa jugueteó en sus labios, lo cual le provocó a Vhalla una cálida sensación melosa en el estómago. Empujó la puerta antes de que la sensación se colara en su sangre y abrumara sus sentidos. Emergió al fresco aire nocturno y el misterioso portal se cerró a su espalda para desaparecer como si no fuese más que una pared de piedra.

No pudo evitar que se le escapara una risita mientras se encaminaba hacia su habitación prácticamente dando saltos de alegría. *No tienes ninguna razón para estar tan contenta*, se recordó, pero aun así lo estaba. Iba a almorzar con el príncipe.

Vhalla no notó nada raro cuando abrió la puerta de su cuarto. Pero toda su levedad se esfumó con su primer vistazo al interior.

Sareem estaba sentado en su cama, con los guantes arrugados en sus manos. Levantó la vista hacia ella y una mezcla de emociones destelló por su cara. Dejó caer los guantes al suelo y le dio un fuerte

abrazo, apoyando una mano sobre la parte de atrás de su cabeza.

Vhalla se quedó ahí plantada, presionada contra él, uno de los brazos de Sareem envuelto alrededor de los de ella, mientras la otra mano sujetaba su cara contra su pecho. Después de que la sorpresa inicial se diluyera, una sensación extraña se extendió por dentro de Vhalla, y no sabía si quería devolverle el abrazo o rechazarlo. Dejó los brazos colgando a los lados como punto intermedio.

—Estaba muy preocupado —susurró Sareem con voz ronca—. Solo… solo gritaste y entonces estabas en el suelo. —Acarició su cabeza como para ofrecerle consuelo, pero estaba claro que él estaba más consternado que ella—. No sabía qué hacer. Les dije que llamaran a un clérigo, pero después… después de lo que me enseñaste, supe que no era un clérigo lo que necesitabas.

Sareem apoyó la mejilla en la frente de Vhalla un momento, con un suspiro suave. Vhalla se quedó quieta y le dejó reconstruir la historia.

—Corrí a la entrada de la Torre… ¿Una entrada a la Torre? Ni siquiera conozco los nombres de las personas que contestaron. Solo les dije tu nombre y supieron; acudieron sin hacer preguntas y te entregué a ellos. Ni siquiera sabía cómo se llamaban. —Se le quebró la voz—. Y entonces se mostraron frenéticos y te llevaron adentro. Vhalla, no te movías. Apenas respirabas. Te llevaron adentro y… y no sabía si estabas viva, así que esperé.

Sonaba tan impotente y patético que Vhalla no pudo evitar envolver los brazos con suavidad en torno a la cintura de su amigo. Le dio unas palmaditas amistosas en la espalda. Se quedaron así un poco, mientras él recuperaba la compostura. Al final, la soltó y se secó la cara con las palmas de las manos.

—Perdona por esto. —Sareem intentó reírse.

—Te lo agradezco, Sareem. Es obvio que me ayudaron. Hiciste lo correcto. —Trataba de tranquilizarlo y dio la impresión de funcionar —. ¿Alguno de los otros te preguntó algo?

—Sí, pero les dije que encontré a un clérigo y que había sido un golpe de calor. También me quedé para echar a todo el mundo a patadas. Dije que estabas aquí pero que necesitabas descansar —añadió Sareem con un asentimiento.

Vhalla se sintió culpable por hacer que su amigo tuviera que pasar por todo eso, sin importar lo desagradable que se había mostrado

acerca de su magia.

—Siento que tengas que mentir por alguien como yo. —Se separó un paso de él.

—¿Alguien como tú? —Parecía confundido de verdad, lo cual la irritó un poco.

—Una hechicera —dijo sin tapujos, y vio cómo Sareem reprimía una mueca al oír la palabra.

—Intenté decírtelo antes. Aunque seas una… una… alguien con magia, sigues siendo Vhalla. —Dio un paso hacia ella—. Sigues siendo la chica a la que conocí cuando vine aquí. La chica que siempre está tan absorta en sus libros que nunca puede dedicarle ni una mirada a un chico como yo. —Vhalla dio otro pasito para evitar su presencia agobiante. Su espalda chocó con la puerta—. La chica a la que nunca tuve el valor de pedirle salir a ninguna parte porque siempre pensé que yo era demasiado tonto, demasiado aburrido, demasiado anodino para ella.

—Yo no soy mejor que tú, Sareem —susurró, mientras él daba otro paso al frente.

—Para mí siempre lo serás. Estaba asustado —susurró, y apoyó una mano al lado de su cara, la palma contra la puerta—. Me asustaba que tu *desarrollo* te alejara de mí. —Apartó la mirada un instante antes de clavar en ella sus ojos azul grisáceos—. Y entonces, hoy, pensé que de verdad te había perdido. Mientras estaba aquí sentado, esperando, me di cuenta de que no puedo seguir esperando, o te perderé de verdad.

Frenética por que se le ocurriera una manera de desviar esa conversación hacia otro tema, Vhalla ni siquiera tuvo tiempo de cerrar los ojos antes de que los labios de Sareem estuviesen apretados contra los suyos.

CAPÍTULO 16

Sareem la estaba besando.

Parecía un pensamiento de lo más improbable, imposible e inverosímil, pero mientras Vhalla estaba apretada contra su puerta, la mano derecha de Sareem al lado de su cara, la izquierda sobre su cadera, era una verdad innegable. Sus labios eran suaves y su aliento caliente contra su mejilla. A medida que el tiempo se alargaba, algo parecía raro.

Vhalla trató de cerrar los ojos, trató de disfrutar del beso. Pero su boca se negaba a moverse y al final, cuando él se apartó, se quedó apoyada contra la puerta sintiéndose bastante estúpida. Había pasado un tiempo desde que la habían besado por última vez. Quizá fuera eso, quizá su torpeza procediera de la falta de práctica. En cualquier caso, tampoco era como si se hubiese considerado jamás una experta en el arte de besar.

Miró a Sareem. Tenía una constitución agradable; aunque no era muy musculoso, tampoco estaba rollizo en absoluto. Era alto y guapo, con el pelo largo. La lógica le obligó a reconocer que en realidad era una de las mejores parejas a las que podía aspirar alguien como ella.

Era frustrante que la lógica no pudiese forzarla a sentir ninguna química con él. Tal vez se desarrollaría con el tiempo. La devoción de su amigo había sido encantadora y conmovedora, a pesar de sus problemas evidentes con su magia. Vhalla conocía a un montón de gente inmersa en relaciones felices de larga duración sin una pasión ardiente.

—Sareem… —consiguió decir al fin para romper el silencio.

—Vhalla, es… espero no haber sido demasiado atrevido. —Él se enderezó y apartó la mirada. Vhalla tuvo la sensación de poder respirar de nuevo.

—Yo… tu… estoy conmovida por tu compasión. —Vhalla esperaba

haber empezado bien. Sareem la miró, esperanzado. Vhalla intentó tragarse la extraña culpabilidad que surgió al ver su mirada de esperanza. Quería rechazarlo, pero no tenía ninguna razón lógica para hacerlo. No era como si estuviese comprometida, y el tiempo corría para ella si quería asumir los papeles naturales de una mujer—. Si puedes aceptarme, incluso como hechicera, entonces seguro que podremos encontrar tiempo para hacer algo, solo nosotros dos. —Vhalla forzó a su lengua a formar las palabras.

—Me gustaría mucho. —Sareem sonrió de oreja a oreja—. ¿Qué tal mañana?

—¿Mañana? —repitió. Sí que estaba ansioso.

—Es el principio del festival. Todo el mundo estará en las calles para las celebraciones. Me encantaría estar ahí contigo. —Ya fuese por los nervios o por la emoción, Sareem habló más deprisa de lo que ella le había oído jamás. A Vhalla le daba vueltas la cabeza.

—Mañana. —Intentó quitarse de encima el mareo—. Claro, mañana.

—Si te apetece —añadió Sareem de repente—. Sé de tus complicaciones ahora mismo.

—Está bien. —Vhalla estaba impaciente por acompañarlo a la puerta.

—Excelente. Pasaré por la mañana. —Hizo una pausa en el umbral —. ¿Estás segura de que te encuentras bien? Podría quedarme contigo esta noche.

—Estaré bien —dijo Vhalla con firmeza, y dejó pasar el comentario como preocupación sincera.

—Vale. —Sareem le puso una mano detrás del cuello y le dio un beso en la frente. Vhalla trató de esbozar una sonrisa agradable—. Cuídate, querida Vhalla —se despidió su amigo con ternura—. Soñaré contigo. —Y con eso se fue.

Vhalla se quedó ahí aturdida durante un buen rato mientras intentaba asimilar todo lo sucedido. Sareem la había besado. Tendría que añadirlo a su lista no tan corta de las cosas más imposibles que le habían pasado en los últimos tiempos. Además, había aceptado tener una especie de cita con él. Vhalla se frotó los ojos. *Todo se solucionará*, se dijo.

Tumbada en la cama, se entregó a la oscuridad. *Soñaré contigo*, había dicho Sareem. Vhalla no estaba segura de qué iba a soñar, pero

de querer soñar con alguien en todo el mundo, algo le decía que esa persona no sería Sareem.

Vhalla se despertó al día siguiente y otra vez se sentía exhausta. Tenía la sospecha de que no era solo por el esfuerzo mágico del día anterior. Rodó para hacerse un ovillo y ni siquiera trató de reprimir su gemido. Había aceptado tener una cita con Sareem. ¡Sareem! Pero ¿qué más podía hacer cuando la besó?

Mirar el techo no era en absoluto más interesante que mirar la pared. Piedra y más piedra; Vhalla existía en su pequeña cajita insignificante. Respiró despacio. Era asfixiante. Su mundo no era nada y ella no era nada en él.

Notó una sensación extraña en las puntas de los dedos, como un latido del corazón. Había un sitio en el que no era insignificante, un sitio donde las habitaciones no eran pequeñas ni siquiera para alguien de su rango.

La Torre.

El pensamiento fue un soplo de aire fresco. De repente, la contraventana de la aspillera se abrió de golpe y dejó entrar la fría brisa otoñal.

Sobresaltada por el sonido, Vhalla se levantó en un abrir y cerrar de ojos para agarrarse al alféizar de la ventana y contemplar la gran extensión de la capital del imperio. Con timidez, estiró la mano hacia la luz del sol. Con un pulso de magia desde el centro de su ser hacia las yemas de sus dedos, sintió cómo el viento respondía a su orden y se deslizaba alrededor de la palma de su mano abierta.

Vhalla se quedó pasmada. El viento se doblegó a su voluntad. Giró sobre los talones y fue hacia la puerta. Tenía que encontrar a Aldrik y decírselo. Esto no eran pequeños soplos de viento que creaba para empujar cosas o hacerlas levitar. Este era el mismísimo viento. Tenía que haber algo nuevo que pudiesen probar, algo que pudiera enseñarle. Vhalla sonrió como una tonta. La expresión de la cara del príncipe cuando se lo contara sería digna de ser plasmada por un artista.

Sus dedos resbalaron del picaporte con un suspiro resignado. No, hoy no habría príncipe. Vhalla giró de vuelta a la habitación y empezó a quitarse el camisón y a prepararse para lo que sí la esperaba: Sareem.

Vhalla decidió ver cuánto podía hacer con su magia. Ella sola.

Levantó la mano, hizo un par de gestos bruscos con la muñeca y unos pantalones de cuero marrón y su mejor vestido volaron por la habitación para caer sobre la cama.

Sujetó en alto las modestas prendas y las estudió, dubitativa. Se las había enviado su padre por su cumpleaños, cuando llegó a la mayoría de edad. Era una fecha importante, después de todo. Vhalla descubrió que usar magia para vestirse requeriría práctica y solo consiguió empezar a sudar. Tuvo que ponerse los pantalones con las manos.

Un desafío para otro día.

Lo siguiente era lavarse. Vhalla trató de extraer el agua de su cuenco, pero se le resistió. Probó incluso a cerrar los ojos y estirarse hacia ella como tenía que hacer cuando empezó a aprender. Pero no hacía más que resbalársele entre los dedos y salpicar de un lado para otro en su jofaina. Vhalla frunció el ceño. El agua era otro desafío para más adelante. Quizá Fritz tuviese algún consejo, caviló. Al fin y al cabo, él era un Corredor de Agua.

Vhalla miró su pelo en el deslustrado pedazo de metal que le hacía las veces de espejo. Como de costumbre, estaba encrespado y era una maraña de nudos. Si pudiese usar magia con su pelo, su vida estaría completa. Respiró hondo y se preparó para una pelea. Miró el espejo y pensó en un estilo sencillo que había visto en algunas sureñas. Consistía en un moño con una trenza alrededor de la base.

Dejó escapar el aire despacio mientras se concentraba en su pelo y pensaba en lo que quería que hiciera. Guiñó los ojos en su dirección, ladeó la cabeza, cerró los ojos, parpadeó varias veces y agitó las manos como una tonta.

Nada.

Vhalla respiró hondo y se echó atrás. Lo más probable era que Sareem llegara pronto y ella necesitaba tener algo. Resuelta, insistió en que su pelo se moviera. Se vio recompensada por el leve oscilar de un mechón al lado de su cara antes de caer otra vez a su sitio original. Al parecer, su pelo era tan testarudo que incluso rechazaba la magia. Resignada, Vhalla estiró la mano y observó cómo un lazo de cuero flotaba hasta ella desde la mesa. Se peinó a mano con un éxito discreto y un puñado o dos de horquillas antes de decidir que tendría que valer.

Pasó el resto del tiempo haciendo levitar objetos aleatorios en su habitación. Aldrik había sido buen profesor y Vhalla se encontró

inventando cosas que podía lograr con facilidad. Justo estaba trabajando en hacer levitar dos cosas en el aire al mismo tiempo, su pluma y su diario, cuando llamaron a la puerta.

—Pasa, Sareem. —Absorta en los artículos que oscilaban en el aire delante de ella, ni siquiera miró para asegurarse de que fuera él.

Sareem cerró dando un portazo.

—Vhalla —bufó—. ¿Qué estás haciendo?

Vhalla lo miró con expresión bobalicona.

—Probar algo. Mira, ¡mira! Lo acabo de conseguir. ¡Dos al mismo tiempo! —Sonrió de oreja a oreja, ajena al desagrado de su amigo, y señaló hacia la pluma y el diario.

—Para de hacer eso. —Sareem pescó los artículos del aire como si fuesen propaganda en contra del imperio.

Vhalla cambió de cara al instante. Frunció el ceño.

—Nadie me ha enseñado a hacer eso. Me lo inventé sobre la… —Ni siquiera intentó disimular su enfado.

—¿Y si no hubiese sido yo el que entró por esa puerta? —espetó Sareem—. ¿Y si te hubiese visto alguien que no lo supiera? —La expresión de Vhalla se suavizó un poco al pensarlo—. Vhalla —le dijo Sareem con voz dulce, al tiempo que iba hacia ella—, estás despampanante. Vayamos a pasar un día completamente *normal*, solos tú y yo, ¿te parece?

Vhalla casi lo rechazó, y sentía el estómago revuelto de repente, pero Sareem le había puesto una mano en los riñones y ya la conducía hacia el pasillo. Aprovechando que Aldrik no estaba por ahí, ella se retorció las manos a conciencia.

Salieron por la verja de servicio más cercana a la habitación de Vhalla. La llamaban «verja», pero era poco más que una puerta trasera con un guardia apostado al otro lado. Daba a la zona de la ciudad en la que vivía la clase media. Las casas estaba limpias y bien cuidadas, pero los tejados eran tan solo de paja, en lugar de tener las tejas de barro o de madera que podían encontrarse más arriba por la montaña. Algunas tenían la pintura descascarillada, si acaso estaban pintadas para empezar, y solo alrededor de la mitad tenían cristales en las ventanas. Eran las casas de la gente común.

Todo el mundo parecía estar de buen humor para el Festival del Sol. Las mujeres paseaban con trajes y vestidos sencillos. Los niños suplicaban asistir a un evento u otro. Los hombres reían y tocaban

música por las calles. Todas las fuentes manaban agua procedente de los acueductos de la ciudad, fuese la hora que fuere. A juzgar por el contoneo de algunos, no era solo agua lo que fluía por las calles.

Vhalla sonrió ante los pendones blanco y oro desplegados con orgullo; el sol dorado, símbolo de la Madre y del imperio.

Vio a un grupo de hombres encorvados en torno a algún tipo de juego de dados. Llevaban las camisas sueltas alrededor de los hombros, con las corbatas medio deshechas por delante. Nadie llevaba abrigo ni chaqueta, y nadie parecía molesto por que una porción del pecho quedase a la vista. Vhalla notó las mejillas calientes y apenas pudo reprimir una risita nerviosa al intentar imaginar a Aldrik vestido de un modo tan informal, con su pecho al descubierto.

—¿Qué pasa? —Sareem había tomado su mano mientras ella estaba sumida en sus pensamientos.

—Oh, nada —murmuró, sin dejar de sonreírle a la imagen que tenía en la mente—. Es solo que hace un día precioso.

—Es verdad. Pero tú, querida mía, eres mucho más preciosa que la Madre Sol incluso.

Vhalla le sonrió con dulzura; Sareem lo estaba intentando.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer? —preguntó, en un esfuerzo por evitar que el silencio se estirara demasiado.

—Bueno, hay una pastelería maravillosa que no está lejos. La he frecuentado desde que era pequeño —empezó Sareem—. Y después he pensado que podríamos ir a ver a los malabaristas a la plaza.

—¿Hay malabaristas? —Vhalla no había estado demasiado pendiente de las celebraciones. Sareem asintió.

—Una *troupe* de refugiados del Norte, según he oído. Vinieron al Sur con las declaraciones de paz en busca de una vida mejor y para escapar de la guerra. He oído que su actuación es la manera de dar gracias por su liberación.

Vhalla lo sopesó un momento, al tiempo que se preguntaba si ella también estaría dispuesta a actuar ante gente que le había robado su hogar.

—Luego —continuó Sareem—, había pensado que podríamos contemplar la procesión de los senadores. Nos pilla un poco a trasmano, pero van vestidos como pavos reales y siempre es divertido reírse de ellos.

—¿No hemos hecho eso ya alguna vez? —caviló Vhalla en voz

alta. Procuraba recordar si había aterrorizado a los senadores o si había sido a la corte cuando salía de su gran sala de reuniones en palacio.

—En efecto —confirmó Sareem—. Si no recuerdo mal, te hice reír tanto que gruñías como un cerdo. —Vhalla se sonrojó y frunció los labios, avergonzada. Sareem se rio entre dientes—. Tienes una risa preciosa, Vhalla, y me encanta oírla.

Vhalla observó cómo se llevaba su mano a los labios y la besaba, los dedos entrelazados con los suyos. Quería encontrar una forma en la que pensar que tenían buen aspecto juntos, pero cada vez que lo hacía, se le venía a la cabeza la reacción anterior de Sareem ante su magia. Aunque, por lo que decía, sus acciones se debían solo a la sorpresa.

—Bueno, si me divertí tanto la última vez… —aceptó, sin mucho entusiasmo.

—Me aseguraré de que te diviertas otra vez, querida —le prometió.

Vhalla esbozó una sonrisa forzada. No estaba dispuesta a dejar que esa sensación de inquietud en el mismísimo centro de su ser lo arruinara todo. Hacía un día precioso y Sareem era un buen amigo. A sabiendas de que tenían varias horas por delante para estar juntos, Vhalla se sintió inclinada a darle a Sareem el beneficio de la duda.

Se instalaron en una pastelería llamada El Bollo Dorado. No estaba lejos de la plaza principal y Sareem buscó una mesa exterior, a petición de Vhalla. Sacó la silla para ella, depositó un pequeño beso en su sien y luego fue en busca de la comida. Vhalla deseó que no fuese tan efusivo en público.

Sareem volvió con un plato de tartaletas de limón calientes. Vhalla parpadeó, alucinada. Aunque era temporada de limones en el Oeste, seguían siendo caros de transportar al Sur.

—Si no recuerdo mal, tus cosas favoritas son de limón. —Se sentó enfrente de ella.

—Lo son. —Las comisuras de sus labios tironearon en una sonrisa decidida. Acababa de darse cuenta de que Sareem debía llevar bastante tiempo prestándole atención. Pescó una de esas tartaletas dulces con los dedos y se la metió entera en la boca.

—Están buenas —dijo, con un toque sorprendido.

—¿Sí? —Sareem apoyó la barbilla en la palma de su mano y tomó la mano libre de Vhalla—. Me alegro mucho, porque las encargué

especialmente para ti.

Vhalla parpadeó y se sonrojó un poco.

—Gracias, Sareem. —Para recalcar sus palabras, se apresuró a agarrar otra y le dio un mordisquito más femenino.

—¿Sabes? Llevo queriendo hacer esto desde que teníamos catorce años. —Vhalla hizo un ruidito inquisitivo y él siguió hablando mientras ella masticaba—. Tú eres esa chica, Vhalla. La que uno simplemente sabe que es especial. Tanto que te da la sensación de que es algo que no puedes tocar o lo romperás. —Soltó una risita abochornada—. Debe sonar muy tonto.

—No, para nada. Conozco ese sentimiento a la perfección —dijo con dulzura. Sareem sonrió de oreja a oreja.

—Siempre tuve la esperanza de que sintieras lo mismo. —Le dio un apretoncito en la mano y Vhalla se dio cuenta de que la había malentendido. No se refería a él—. Todo esto es como un sueño y quiero darte todo lo que jamás podrías querer. —Tomó una tartaleta de limón y le dio un mordisco él mismo.

Vhalla trató de decir algo como respuesta, pero se le trabó la lengua. Todo lo que se le ocurría sonaba barato o falso. Al final, optó por cambiar de tema.

—¿Por qué vives en el palacio? —Sareem hizo un ruido como para expresar confusión y ladeó la cabeza—. Tu padre vino aquí desde Norin entre los regalos de la difunta emperatriz al imperio. ¿Por qué no vives en la casa de tu familia?

—Ah, bueno, mi familia vive más al sur, en Oparium —contestó. Vhalla solo sabía de la existencia de esa ciudad al pie de las montañas del Sur porque era la sede del viejo puerto del imperio, antes de que conquistaran el Oeste y se apoderaran del puerto de Norin—. Al principio, mi padre vivía en el palacio, pero conoció a una chica del astillero y, bueno, sus viajes de negocios fueron cada vez más frecuentes hasta que se mudó al Sur con ella. Es curioso, ¿verdad?, que acabes casándote con las personas con las que trabajas.

—Curioso, sí… —farfulló Vhalla, desesperada por alejarse del tema del matrimonio—. ¿Te gusta vivir en la capital?

—Sí —repuso Sareem con un asentimiento—. A Oparium llegan algunas cosas exóticas por el puerto, pero no es lo mismo que vivir en la capital. Espero criar aquí a mis hijos algún día.

—Tus padres… ¿todavía viven? —Vhalla empezaba a cansarse de

tener que cambiar de tema a cada rato y ocupó la boca con la última tartaleta de limón.

—Sí —respondió—. ¿Los tuyos? —Vhalla negó con la cabeza. Sareem arqueó las cejas, sorprendido.

—Mi padre, sí, pero mi madre murió cuando yo tenía diez años, mientras mi padre cumplía con su deber para con el imperio durante la Guerra de las Cavernas de Cristal. —Hizo una pausa—. Pillé la Fiebre Otoñal. Mi madre cayó enferma después de mí; nunca se recuperó.

Sareem frunció el ceño.

—Recuerdo que me dijiste que habías tenido la enfermedad, pero nunca fui consciente de… Lo siento muchísimo. —Lo dijo con voz grave, su expresión era seria.

—He tenido mucho tiempo para llegar a aceptarlo. —Si Vhalla dijese que ahora era fácil, sería mentira. Había veces en las que querría tener a su madre más que nada en el mundo. Pero había llegado a un punto en el que ya no dolía tanto como para llorar de solo pensarlo.

—Encontremos un buen sitio para ver a los malabaristas. No quiero que haya pensamientos tristes hoy.

Se puso de pie y ella lo siguió; luego Sareem tomó su mano otra vez.

La plaza central de la capital era una zona amplia que podía albergar a cientos de personas. Un mosaico del sol y de la luna en su danza eterna se extendía bajo los pies de los que estaban reunidos alrededor de un escenario central. El gentío empezaba a acumularse y enseguida estuvieron todos hombro con hombro.

Seis personas, hombres y mujeres, salieron al escenario. Vhalla estaba fascinada. Se dio cuenta de que nunca había visto a gente del Norte. Estaba segura de que hubiese recordado a una persona verde. Su piel era de un profundo tono verde esmeralda, como un bosque, con puntitos, espirales y otros adornos en plata. En combinación con sus máscaras, talladas en corteza de árbol, eran como criaturas místicas y la tenían completamente hipnotizada.

Una mujer caminó por el borde del escenario, luego se giró hacia el público reunido por todas partes a su alrededor.

—Buena gente del Sur. —Su acento era marcado y sonaba amortiguado a través de la máscara sin rostro que llevaba—. Hemos

venido bajo banderas de paz para compartir el pan con vosotros. A cambio de vuestra amable hospitalidad, nos gustaría proporcionaros algo de entretenimiento ligero en honor de vuestra Madre Sol.

Empezaron a hacer malabarismos con objetos simples; bolsas de judías y pelotas de cuero. El público comenzó a exclamar *ooh* y *aah* cuando añadieron dagas y espadas a la mezcla. Luego se iban moviendo aquí y allá por el escenario, y se tiraban una variedad de objetos los unos a los otros hasta que los seis estuvieron implicados en un patrón circular de objetos lanzados. Vhalla estaba asombrada por su control y sus manos hábiles. Su audacia hacía que pareciese muy fácil.

Cuando el espectáculo llegó a su fin, el público estalló en aplausos y los seis se inclinaron para saludar. La misma mujer volvió a acercarse al borde del escenario.

—Buena gente, espero que hayáis disfrutado del espectáculo de hoy. Esperamos que podáis asistir a todos nuestros espectáculos hasta el día de nuestro gran acto final en la noche de la gala. —La mujer abrió los brazos por los aires—. ¡Decídselo a todos vuestros amigos! —Se despidió con ambas manos y condujo a sus compañeros fuera del escenario.

—Me pregunto qué harán para su gran final —caviló Vhalla en voz alta.

—Podemos averiguarlo, juntos. Ven conmigo. —Sareem sonrió y tomó su mano otra vez.

—Sabes que no me gustan demasiado las multitudes de la última noche del festival —murmuró, como excusa bastante blandengue.

—Dos no es una multitud. —Sareem empezó a alejarla de la plaza entre la masa de gente que se iba disipando poco a poco—. Seríamos solo tú y yo.

—Eso no es lo que quería decir.

Vhalla se mordió el labio de abajo, dubitativa. Sareem no lo había estado haciendo mal y los consejos de las damas mayores de palacio resonaban en sus oídos: cásate joven y cumple el papel natural de una mujer. Estaba claro que Sareem le tenía cariño. Levantó la vista hacia él y recibió una sonrisa cálida como recompensa.

—Muy bien —aceptó Vhalla en voz baja—. Iré contigo.

—Nos vemos en El Bollo Dorado. —Señaló hacia la pastelería mientras caminaban por la calle—. Cuando la luna haya subido un

tercio por el cielo. Los grandes finales suelen ocurrir cuando la luna está en su cénit, así que eso nos dará tiempo de sobra. Sé cómo os gusta prepararos a las chicas.

Sareem se rio y Vhalla intentó reírse con él. No tenía ningún interés en *prepararse* para una segunda cita con Sareem. Las dudas ya teñían los bordes de su decisión, pero Sareem parecía tan contento al respecto que Vhalla ya no tenía ni la más remota pista de cómo escapar de aquello ahora.

—Hablando de prepararse y de ropa elegante y todo… —Sareem levantó la vista hacia el cielo—. Es casi la hora de la procesión de los senadores. Empieza a mediodía.

A medida que subían por las serpenteantes calles en pendiente hacia la mejor zona de la ciudad, las casas empezaron a pasar de ser construcciones de yeso blanco a ser de piedra y madera sólida. Él la condujo en una dirección que ella no había tomado nunca y las casas se volvieron aún más opulentas. Vallas de hierro y altos setos rodeaban casas que en realidad tenían un patio singular o un jardín pequeño. Casi todas las edificaciones ostentaban un sello noble de alguna región del imperio o un escudo familiar. Vhalla no reconoció casi ninguno y además tenía poco interés en ellos. Algunas casas tenían dos banderas: una con el sello del imperio y otra con el emblema de un país o región.

—Las que tienen dos banderas son las casas de los senadores. Las que no, son simples miembros de la corte —explicó Sareem—. No es mal trabajo; consigues una casa y todo con el puesto. —Vhalla contempló las casas con asombro. Algunas tenían incluso ventanas de cristal policromado como la biblioteca—. Claro que te tienen que elegir senador, así que no es un trabajo fácil de conseguir.

—Aunque diría que merece la pena. —Vhalla todavía estaba asimilando las maravillas que veía a su alrededor.

—Es irritante lo bien que viven algunos, ¿verdad? —comentó Sareem con una risita.

Vhalla asintió en silencio y pensó al instante en Aldrik y los atisbos que había visto de su mundo. Vhalla no lo sabía seguro, pero apostaría a que nada en las casas por las que pasaban podría compararse con la madera bañada en oro y los salones de exuberantes alfombras de la casa del príncipe. En el fondo de su mente, se preguntó si estaría en casa en esos momentos, leyendo ante una ventana. Se preguntó si

habría algún otro sitio en el mundo en el que ella preferiría estar.

Al final, las casas dieron paso a una amplia extensión abierta. La calle lateral convergía con una gran calzada de mármol a juego con el edificio del extremo. Era una enorme estructura circular con columnas todo alrededor. A Vhalla nunca le había interesado demasiado la política y no reconocía ninguno de los nombres escritos en las placas atornilladas a las columnas.

Había un buen puñado de gente reunida a los lados de la calle. Vhalla la observó con curiosidad.

—¿Cuándo se ha convertido la política en un deporte con público? —preguntó.

—Siempre lo ha sido. —Sareem sonrió—. Supongo que algunos estarán aquí para abogar por una causa, otros es probable que griten su disconformidad a los senadores cuando salgan por la puerta, mientras que otros es posible que hayan venido por las mismas razones que nosotros. —Se encogió de hombros—. La labor del Senado es tener contenta a la gente común solucionando cosas pequeñas en nombre del imperio, pero eso no significa que siempre hagan bien su trabajo.

—¿No parece un poco inútil? —caviló Vhalla. El emperador siempre tenía la última palabra.

—El imperio siempre ha estado en guerra. Quizá, cuando el emperador tenga tiempo para centrarse en temas de estado, lo será. —Sareem se unió a sus cavilaciones—. Pero creo que es agradable que la gente común tenga una forma de lograr que se oiga su voz. De lo contrario, sería solo la corte, y no es que las personas de alta cuna se preocupen de verdad de nuestros problemas.

En ese momento una campana repicó desde la cima del edificio del Senado.

—Aquí vienen —susurró Sareem tras la campanada número trece.

En verdad, era un espectáculo. Hombres y mujeres de todas las edades y constituciones empezaron a salir poco a poco del edificio de mármol, solos o por parejas. Sareem le dijo que había trece en total, y lo hacían así para que el espectáculo no terminara demasiado pronto. Algunos salieron deprisa, se adentraron entre la gente y enseguida giraron por calles laterales; Vhalla supuso que de vuelta apresurada a sus casas. Otros caminaron más relajados. Justo como había predicho Sareem, algunas personas les gritaron mientras que otras estrechaban

las manos de sus representantes electos.

Pero no fue eso lo que mantuvo la sonrisa en la cara de Vhalla. Fue su atuendo. Estaba claro que el paño estaba a la orden del día, un estilo tradicional sureño que se estaba pasando de moda a toda velocidad en pro del aspecto más sofisticado del Oeste y la sensibilidad práctica del Este. Cada senador llevaba un medallón dorado al final de una gruesa cadena, pero las similitudes acababan ahí. El primero era un hombre envuelto en seda morada del Este con ribetes dorados. Llevaba el pelo canoso peinado en ostentosos rizos, con plumas de pavo real que sobresalían en ángulos extraños.

La siguiente mujer tenía la cara delgada, con una nariz puntiaguda sobre la que Sareem no pudo reprimirse de hacer un comentario.

—Da la impresión de que la hubieran obligado a oler sus propios excrementos —susurró con malicia al oído de Vhalla, que tuvo que morderse los nudillos para evitar reírse.

El hombre que venía detrás tenía nariz de cerdo. Luego Sareem bromeó sobre el siguiente diciendo que debería bajar las escaleras rodando, pues su forma era mucho más apropiada para eso que para andar.

Vhalla se lo estaba pasando tan bien que ni siquiera le importó cuando Sareem pasó el brazo alrededor de sus hombros y la acercó a él para seguir susurrándole al oído. Se limitó a seguir riendo como una tonta y dejó que Sareem continuara con su ronda de pullas al oído.

—Mira esa. Mira, mira, todos esos volantes la hacen parecer una gallina.

Vhalla apartó la cabeza del edificio para examinar a una de las damas vestidas de amarillo. En efecto, había hecho unas elecciones muy malas con todos los volantes de su vestido acumulados sobre su amplio trasero. Vhalla se lo estaba pasando mejor de lo que esperaba. Le dedicó a Sareem una sonrisa radiante y él le devolvió otra igual. Vhalla tenía la sensación de que eran niños otra vez y podían simplemente reírse y hacer el tonto sin la presión de nada más.

Pero entonces el viento cambió y la sonrisa se borró de su cara.

Vhalla supo que él estaba ahí antes de girar la cabeza siquiera. Lo percibió. Fue un cambio de temperatura sutil, traído por la brisa, o el sonido de sus botas sobre la calle de mármol. Vhalla giró la cabeza despacio para ver a Aldrik, que caminaba al lado de un hombre sureño de pelo rubio oscuro y penetrantes ojos azules. Todavía estaban a

varios pasos de distancia, absortos en su conversación.

—Sareem, esto ha sido divertido, pero tengo muchísima hambre, así que vámonos ya —suplicó, al tiempo que intentaba quitarse su brazo de encima.

Con una carcajada, Sareem la acercó más a él y apretó los labios contra su oreja de un modo bastante incómodo.

—Pero si la mejor parte viene ahora hacia aquí: el presidente del Senado y el oscuro príncipe esnob. —Se rio con desdén.

Vhalla entreabrió los labios y luego los cerró otra vez a toda prisa, justo a tiempo de evitar defender vehementemente a Aldrik.

—El emperador ha ordenado que ciertas reliquias de cristal sean traídas aquí desde el Norte. —La voz del senador le transmitió a Vhalla la misma sensación que un papel al rasgarse, una inquietud gélida ante su sonido callado pero aun así áspero.

—No sabía nada —repuso Aldrik. Aunque estaban susurrando, Vhalla podía oír su conversación en el viento. Sus palabras sonaban más altas a cada paso que se acercaban.

—Sareem, por favor —le rogó. Vhalla estiró un brazo y agarró la mano de Sareem para quitar su brazo de sus hombros y llevárselo a rastras ella misma. Pero fue demasiado tarde.

Los ojos de Aldrik aterrizaron en ella. La miró durante un momento largo y quedó claro que ya no estaba interesado en nada de lo que le decía el senador. Frunció el ceño y una sombra oscureció su rostro un instante, antes de que su máscara inexpresiva volviera a su sitio y mirara al frente una vez más.

Vhalla abrió la boca para decir algo, pero no se le ocurrieron las palabras adecuadas. Sareem seguía musitando tonterías a su oído, pero ella no podía oírlo por encima de las palabras del senador y del príncipe.

—¿Era alguien a quien conocíais, príncipe Aldrik? —preguntó el presidente del Senado de repente con un interés nada sutil.

—Apenas. —La voz de Aldrik sonó fría y lejana—. ¿Por qué habría de tener relación con la gente común?

Entonces se fueron. Aldrik siguió andando hasta perderse de vista. Sin mirar atrás.

Sareem no se había dado cuenta de nada, ajeno a la agitación que rugía dentro del pecho de Vhalla, que se estaba torturando con la idea de correr tras Aldrik, aunque sabía que cualquier cosa que hiciera solo

sería un escándalo. ¿Qué había significado esa mirada? Incluso el senador se había percatado del sutil cambio en el príncipe heredero. Le dio una y mil vueltas al tema mientras Sareem seguía con su parloteo y la llevaba donde se le antojaba. ¿Acaso le importaba a Aldrik cómo pasaba ella su tiempo libre? Vhalla apenas pudo contener su grito de frustración.

Fue una compañía espantosa de vuelta al palacio, pero a Sareem no le importó, pues llenó el silencio por los dos. Al llegar, Vhalla rechazó su oferta de cenar juntos y se fue directa a la cama. La comida sabría a ceniza en su boca de todos modos.

CAPÍTULO 17

Vhalla miró el picaporte de su puerta. Había quedado en verse con Aldrik hoy. La había invitado a comer en la rosaleda. Vhalla repasó el recuerdo en su cabeza con dudas. Eso era lo que había pasado. Su mirada perpleja cuando la vio con Sareem también destelló en su memoria.

Se retorció los dedos. *Seguro que aún quiere verme,* se aseguró. Agarró su espejo improvisado y trató de hacer algo con su pelo, pero era el desastre enmarañado de siempre y ella lo miró con impotencia. Aldrik era el príncipe heredero; Vhalla no tenía ninguna duda de que había estado con mujeres mayores, más guapas, más experimentadas y más refinadas que ella. Por lo que sabía, podía estar con una en esos precisos momentos.

Vhalla metió un dedo por un agujero nuevo de su túnica granate y suspiró. Se estaba preocupando por nada, la regañó la aprendiza que había en ella. El príncipe sabía quién era ella; lo había dicho él mismo. ¿Por qué habría de relacionarse con una plebeya como ella?

Los pasillos del palacio estaban casi desiertos debido al festival. Los sirvientes que sí estaban trabajando revoloteaban por ahí cargados con grandes bandejas de comida fastuosa y jarras de bebidas espumosas. Vhalla mantuvo la cabeza agachada mientras caminaba por los pasillos bañados en el sol mañanero.

Con el tiempo, la gente de los pasillos fue desapareciendo hasta que finalmente se quedó sola. El jardín apareció ante ella y Vhalla entró por la misma ventana de la última vez. Era un bonito día de otoño, perfecto para el festival. Algunas de las plantas más pequeñas ya habían comenzado a replegarse para el invierno y Vhalla se preguntó cuánto tiempo pasaría hasta que las rosas también empezaran a caer.

Los jardines y el cenador estaban desiertos. Vhalla se dijo que era

solo porque había llegado pronto, que él no se habría olvidado. Paseó por el cenador llena de dudas, inspeccionando las rosas. Por suerte, Aldrik no la hizo esperar mucho.

Vhalla se apartó del poste central de rosas cuando oyó el repiqueteo de sus botas subiendo los escalones. Tenía el corazón acelerado, la boca seca. El príncipe se enredó un poco con la puerta antes de abrirla. En un brazo, llevaba equilibrada una cesta de mimbre de tamaño decente de la cual emanaba un aroma tentador.

Se miraron, como si no se creyesen muy bien lo que estaban haciendo. Vhalla tragó saliva. Él se enderezó y recolocó la cesta.

—Hola. —Vhalla sonrió. Habían pasado un montón de horas juntos. *No hay nada distinto en este encuentro*, se aseguró. Aunque este encuentro no parecía tener otro propósito que el de verse.

—Buenas tardes —repuso él. Algo en la resonancia de su voz hizo que Vhalla vacilara un instante—. Has llegado pronto esta mañana.

—No tenía nada más que hacer —contestó Vhalla, dando a entender, incluso a sí misma, que no estaba emocionada. El príncipe cruzó el espacio y se sentó en el banco del fondo. Vhalla lo siguió y ocupó el sitio del otro día a su lado.

—Empiezo a pensar que no trabajas nunca. Tendré que hablar con nuestro Maestro de los Tomos —declaró Aldrik en su tono principesco.

Vhalla, en actitud juguetona, le sacó la lengua como una niña pequeña.

—Si no estoy trabajando, creo que quizá se deba a que cierto príncipe imperial no deja de alejarme de mis quehaceres —replicó.

—Ah, ahí me has pillado. —Aldrik sonrió.

—De todos modos, es el festival. —Vhalla se encogió de hombros para disimular el haberse puesto a la defensiva porque Aldrik pudiese considerarla perezosa.

—Lo es —convino él. Luego abrió la cesta para revelar múltiples bandejas de comida, dispuestas unas sobre otras. Vhalla solo había oído al personal de la cocina hablar de preparar semejantes lujos, y a los sirvientes domésticos susurrar sobre robar bocados entre medias de las cenas de la nobleza—. He pensado que no habrías comido.

Vhalla contempló las hileras de sándwiches cortados y alineados con sumo cuidado. Había pan blanco, pan moreno, pan con semillas y pequeños bollitos de corteza marrón. Vio lonchas de jamón curado y pavo con pimienta asomando por los bordes, sobre camas de

productos frescos. Parecían casi centellear.

—¿Estás seguro de que no pasa nada? —tuvo que preguntar—. En realidad, esa comida no está destinada a mí. —Aldrik la miró con una expresión peculiar—. El personal, los sirvientes, nosotros no comemos cosas así.

—Bueno, pues ahora sí —dijo Aldrik con naturalidad, al tiempo que le ofrecía la bandeja superior. El estómago de Vhalla gruñó de manera lo bastante sonora como para recordarle que se había saltado la cena la noche anterior. Se puso roja como un tomate—. No puedes discutir con eso. —El príncipe se rio bajito.

Vhalla se decidió por un sándwich de huevo. El huevo en sí no tenía la textura ni el sabor gomoso que solían tener los huevos cuando llevaban mucho rato hechos. Tampoco había una masa de salsa de nata o mantequilla encima para disimular los ingredientes rancios. Cada sabor brillaba por sí solo y Vhalla observó el pequeño tentempié con asombro.

—¿Qué comen los sirvientes y el personal? —preguntó el príncipe. Vhalla lo miró con curiosidad.

—A veces, estofado, otras veces un guiso de arroz, otras pan y carne. —Vhalla se encogió de hombros—. Por lo general, lo que la cocina tenga a mano. *Noches de anteayer* es como solemos referirnos a las peores noches: cosas que en realidad la cocina debería haber tirado hacía uno o dos días, pero que cubiertas con algún tipo de salsa espesa o sal, cuelan como comida. —Aldrik había dejado de masticar para mirarla y ella se rio al ver su expresión inmóvil, casi horrorizada—. En realidad, no es tan malo. ¿Qué sueles comer tú?

—Lo que pida —dijo. Obvio. Vhalla se rio aún más fuerte.

—Debe ser agradable ser príncipe. —Vhalla sonrió al tiempo que agarraba unas cuantas uvas de la bandeja y se las metía en la boca antes de empezar otro sándwich. Aldrik se había quedado parado, los ojos fijos en algún punto a lo lejos.

—Supongo que en ciertos aspectos, sí. —Habló despacio, y Vhalla se tragó su comida para escuchar—. En otros, creo que preferiría ser más normal.

—¿Otros aspectos como cuáles?

—Tú eres libre de hacer tus propias elecciones. Yo tengo *obligaciones* —dijo de un modo críptico.

—¿Obligaciones? ¿Como por ejemplo? —preguntó, dando un

bocadito y escuchando con atención.

—Bueno, mi lorito —empezó, y sonrió al verla fruncir el ceño—. En los últimos tiempos, he hecho muchas cosas en ausencia de mi padre. He aprobado esto o aquello, he estado pendiente del estado del imperio y de la capital, me he reunido con la mayoría de los ministros y senadores —explicó.

Vhalla recordó el día anterior y optó por ocupar la boca con otro mordisco de sándwich. Aldrik descorchó una botella y se la pasó. Lo que Vhalla había esperado que fuese agua era en realidad té con un sabor afrutado. Era refrescante y estaba delicioso. Casi la hizo olvidar el bochornoso momento durante la procesión de los senadores.

—Estuve en las reuniones del Senado ayer. —Vaya, al parecer él no iba a dejar escapar la posibilidad de un enfrentamiento incómodo. Fue el turno de Aldrik de evitar los ojos de la joven. Vhalla lo observó moverse inquieto en el banco, haciendo caso omiso de la comida. ¿Acaso podía el príncipe sentirse incómodo de verdad?

—Lo sé. —Y deseó al instante haber pensado algo mejor que decir.

—Ese chico con el que estabas… —empezó Aldrik despacio, y su habitual labia parecía haberlo abandonado.

—Es amigo mío —se apresuró a responder Vhalla, sus labios acelerados—. Se llama Sareem. Hace años que somos amigos. En realidad, es como un hermano. Me pidió salir juntos ayer y acepté porque pensé que era lo correcto, y bueno… claro que me divertí, él puede ser tronchante. Pero es solo un amigo.

El príncipe la miró con intensidad a lo largo de todo su discurso apresurado. Sus ojos de obsidiana la tenían paralizada. Vhalla le sostuvo la mirada con toda la sinceridad que pudo reunir. En ese momento, mientras miraba al príncipe, se dio cuenta de que Sareem era solo un amigo. No era nada más para ella. Tragó saliva, muy consciente de un sentimiento peligroso que había arraigado en su pecho a lo largo de los últimos meses sin su consentimiento. ¿Qué estaba haciendo?

—Es solo un amigo. —No sabía por qué susurraba ni a quién de los dos pretendía tranquilizar.

Los ojos de Aldrik se relajaron, la intensidad que había en ellos se diluyó a un calorcillo suave que bajó hasta las puntas de los pies de Vhalla con cada latido de su corazón. Las comisuras de los labios del príncipe fueron lo siguiente; en lugar de relajarse en su habitual línea

fina, se curvaron hacia arriba en una pequeña sonrisa. Vhalla se mordió el labio para tratar de disimular su reacción a la alegría de Aldrik, y fracasó en su intento.

—Es bueno tener amigos —dijo el príncipe de repente, mientras se giraba para recolocar las bandejas. Estiró la mano hacia una fresa cortada, Vhalla hizo lo mismo y los dos masticaron para aliviar la tensión del momento.

—¿Larel y tú sois solo amigos? —Vhalla quiso pegarse en el mismo momento en que la pregunta escapó de sus labios. No era asunto suyo y la respuesta del príncipe no tendría ninguna importancia. No importaba lo incómodo que había parecido en la habitación de la otra mujer. *Podía estar con quien quisiera*, se recordó Vhalla.

—Larel —comentó Aldrik después de pensarlo un momento. Vhalla se movió incómoda cuando hizo una pausa. Un rubor caliente empezó a trepar hacia sus mejillas. *Qué tonta había sido*—. Supongo que es como Sareem y tú. La conozco desde niño. Era diferente de los otros y parecía estar dispuesta a hablar conmigo, a trabajar conmigo, sin adular al príncipe.

Vhalla estudió las costuras de su camisa. *Los dos son occidentales*, caviló, aunque Vhalla no tenía ni idea de si Larel tenía ascendencia noble o no. La mayoría de los aprendices tenía alguna conexión con la nobleza, razón por la cual se convertían en aprendices y no en sirvientes.

—No te retuerzas las manos —dijo Aldrik con amabilidad, y apoyó las yemas de los dedos en el dorso de su mano. Vhalla dio un respingo al sentir el contacto—. Y sí, es *solo* una amiga.

El calor de las yemas de los dedos del príncipe era tan intenso como el peso de sus ojos, y Vhalla se quedó hipnotizada por ambos. Estaban danzando alrededor de algo que ninguno de los dos parecía dispuesto a admitir. Vhalla no lo pensó. Lo único en lo que podía pensar era en lo cerca que estaba la cara del príncipe de la suya cuando alargó el brazo para tocar su mano.

—¿Alguna vez practicas tu hechicería? —preguntó Vhalla de pronto, y el momento se disipó.

—Solía practicar con más frecuencia. —Él se enderezó y puso una mano sobre su cadera. Vhalla recordó al instante su herida y ocupó su boca con otro trozo de comida para evitar hacer otra pregunta estúpida.

—¿Te unirás a la Torre?

Vhalla se quedó quieta a medio masticar. Carente de educación en materia de decoro, dejó el sándwich a medio comer de vuelta en la caja y se limpió las manos en las rodillas. Los ojos de Aldrik registraron la acción, pero no dijo nada mientras Vhalla meditaba su respuesta.

—Aldrik —susurró con suavidad, los ojos clavados en las rosas carmesís que eran su única compañía.

—¿Vhalla? —La voz del príncipe reflejaba una confusión evidente con respecto a la actitud de la joven.

—¿Si me Erradicaran, qué pasaría contigo? —¿Cuándo había empezado a incomodarla la palabra «Erradicar»?

—¿A qué te refieres? —Aldrik arqueó una ceja oscura.

—Al Vínculo. —Vhalla lo miró y apoyó la palma de una mano en el banco entre ellos; sus dedos casi tocaban el muslo de él—. Dijiste que es una conexión mágica, que te salvó la vida. Si me Erradicaran, ¿qué te pasaría a ti?

—No te preocupes por eso —dijo, y sacudió la cabeza. El movimiento hizo que un mechón despistado cayera hacia delante para curvarse alrededor de su cara.

—¿Lo sabes? —preguntó Vhalla con los labios fruncidos. En realidad, no tenía ningún sentido preguntarlo. Vhalla reconoció para sus adentros que la Erradicación ya no era una opción.

—No, no lo sé —confesó Aldrik con una leve sonrisa—. Pero quiero que tomes tu decisión por ti misma, no porque…

—No quiero hacerte daño —lo interrumpió ella. El príncipe parpadeó, perplejo—. Aldrik, no podría tomar una decisión si supiera que te iba a hacer daño.

—¿Por qué? —susurró.

—Porque… —La interrumpió el agudo chirrido de una verja de hierro, seguido del golpe metálico al cerrarse. Vhalla se giró hacia la puerta.

Unas pisadas firmes sobre el sendero de gravilla. Vhalla no reconoció esos andares, pero Aldrik sí. Al instante. Se enderezó y Vhalla hizo otro tanto. El hombre con el que había estado charlando de una manera tan casual llevaba de repente una máscara tan dura como una piedra.

—¡Hermano! —llamó otra voz masculina con energía—. Hermano,

¿estás ahí?

Aparecieron dos sombras al otro lado del cristal empañado del invernadero; sus contornos borrosos eran indistinguibles. La puerta del cenador se abrió y un príncipe fornido entró tan tranquilo. El hombre con el que había estado Aldrik la víspera entró con él, el presidente del Senado. El príncipe Baldair miró hacia el otro extremo del espacio, a Aldrik y luego a Vhalla.

—No sabía que tuvieras compañía, hermano. —Una sonrisa lenta se desplegó por su rostro.

—Baldair, creo que ya hemos hablado, largo y tendido, de que no se me debe molestar cuando estoy en mi jardín. —La voz de Aldrik sonó seca y tensa.

Vhalla se perdió el incómodo intercambio entre los príncipes porque la intensa mirada del senador había hecho que un escalofrío bajara por su columna. El hombre mayor guiñó los ojos en su dirección y una sonrisilla de satisfacción se dibujó en las comisuras de su boca. El senador la había reconocido.

—Supongo que ahora entiendo por qué. —Baldair se rio—. Por favor, perdóname, señorita… —El presidente del Senado no fue el único en reconocer a la aprendiza de la biblioteca—. Eres la chica de la biblioteca, ¡la torpe! Vhalla, ¿no es así?

—S… sí. —No pudo evitar tartamudear mientras el príncipe cruzaba hasta ellos, tomaba su mano y la besaba.

Se había acordado de ella, aunque Vhalla hubiese deseado que fuese por algo más que por su torpeza. El príncipe tenía una sonrisa radiante y Vhalla se relajó bajo sus ojos azul hielo. Sus recuerdos del resplandor que rodeaba al príncipe Rompecorazones no le hacían justicia.

—No esperaba que el príncipe recordara mi nombre —murmuró en respuesta.

—¡No! —exclamó él—. Una chica tan bonita como tú no debe olvidarse nunca. Y si estás en el jardín, estoy seguro de que mi hermano no ha olvidado tu nombre ni una sola vez. —Le dio un empujoncito a Aldrik medio en broma.

Él se limitó a mirar a su hermano, clavado a su asiento. Vhalla miró al príncipe mayor, confundida por su mirada ceñuda.

—Baldair, ¿qué quieres? —Vhalla casi podía ver la tensión en la mandíbula de Aldrik mientras forzaba a las palabras a salir por sus

labios.

—Disculpad a vuestro hermano, príncipe. —El senador hizo una pequeña reverencia—. Ha llegado un pájaro esta mañana. El frente oriental de las fuerzas del Sur se ha venido abajo en su ataque. El clan de Houl presiona ahora por el Este. Pensé que era un tema urgente para el consejo de guerra.

—Un mensajero hubiese sido suficiente. —Aldrik se puso en pie y fulminó a su hermano con la mirada.

Vhalla también se levantó, rígida. Todos los demás estaban de pie y no quería destacar más de lo que lo hacía ya.

—Mis disculpas más sinceras por haber interrumpido vuestra comida. —Nada en las palabras del senador sonó a disculpa mientras sus ojos evaluaban la caja a medio consumir. Aldrik siguió la dirección de su mirada.

Vhalla cruzó las manos delante de ella y se agarró los dedos con los nudillos blancos para evitar retorcérselos con nerviosismo. Cuando apartó la vista del senador y de su hermano, los ojos de Aldrik lucían mucho más suaves, pero los restos de preocupación entre sus cejas no tranquilizaron a Vhalla en absoluto.

—No ha sido nada —repuso Aldrik, su voz desprovista de toda emoción.

Vhalla sabía que no podía admitir que tenía ninguna relación con ella. Él era el príncipe heredero… ¿cómo iba a querer que nadie supiera que había pasado tiempo con alguien de tan baja cuna? Vhalla se miró los pies. Jamás podría ser alguien para él.

—Mis disculpas a ti también, Vhalla… —El senador alargó el final de su nombre, a la espera de que ella llenara el espacio vacío.

—Yarl —aportó, por pura obligación.

—Vhalla Yarl —repitió el senador, pensativo.

Si Vhalla hubiera podido arrancar su nombre de la mente y de la lengua del hombre, lo habría hecho.

—Acudiré a su consejo de guerra en un momento, senador Egmun. —Debieron de ser imaginaciones de Vhalla, porque le pareció que Aldrik daba medio paso entre ella y el senador.

—Yo la acompañaré a la puerta. —El príncipe Baldair sonrió y le ofreció a Vhalla el brazo. La joven miró el apéndice antes de girarse hacia Aldrik. Su rostro lucía pétreo otra vez—. Tú tienes asuntos más urgentes de los que ocuparte, hermano.

—En efecto. —El príncipe heredero dio media vuelta y a Vhalla no le quedó más opción que aceptar el brazo del príncipe dorado.

El presidente del Senado, Egmun; Vhalla tomó nota mental del nombre. Aldrik salió del cenador en primer lugar y ni siquiera se volvió para mirarla. Los dos hombres empezaron a hablar a medio camino de la verja, pero Vhalla solo oyó el viento mientras su príncipe la dejaba atrás con su hermano.

CAPÍTULO 18

Si Vhalla tuviese que contar las razones para que la acompañara el príncipe Baldair, utilizaría cero dedos. Aun así, caminó con él por el jardín y salieron por la verja. Iba apoyada en el pliegue de su brazo y Vhalla se percató de que, a pesar de su tamaño, no era tan cálido como su hermano.

Echó un rápido vistazo hacia el pasillo por el que habían girado Aldrik y el senador. No se les veía por ninguna parte. Ni siquiera se oía el leve eco de su voz. Para aumentar su incomodidad, el príncipe Baldair la condujo en dirección contraria. La opulencia era la misma que la última vez que había pasado por ahí con Aldrik, pero los sirvientes debían de estar ignorando sus labores de limpieza debido al festival, porque hoy no brillaba con la misma intensidad.

—Bueno —dijo por fin el príncipe. Su voz era más aguda que la de Aldrik, menos áspera, aunque era un sonido rico y profundo; casi como una canción—. ¿Cómo acaba alguien como tú en el jardín de mi hermano?

—¿Alguien como yo? —preguntó Vhalla con cuidado. Sabía muy bien a lo que se refería, pero quizá podría evitar responder a su pregunta si la volvía en su contra.

—Una aprendiza de bibliotecaria. —Baldair sonrió. Se pasó una mano por el rubio pelo ondulado que le llegaba a las orejas. Su respuesta fácil le indicó a Vhalla que se había dado cuenta de sus esfuerzos por esquivar su interrogatorio.

—Yo… —Vhalla clavó la vista en las finas ranuras entre las baldosas de mármol a sus pies. Deseó ser lo bastante pequeña como para colarse por una y caer hasta el centro de la tierra. En su mente traicionera resonaron las palabras de Sareem: *Mientes fatal*.

—No te está chantajeando ni nada, ¿verdad? —Había una preocupación genuina en su voz.

—¿Qué? —Vhalla levantó la vista hacia el príncipe, perpleja—. No, por supuesto que no.

—Bueno, sé que no estabas disfrutando de su compañía. —El príncipe Baldair soltó una sonora carcajada, como si hubiera hecho una broma divertidísima.

Vhalla frunció el ceño. Aldrik no querría que revelara que ambos disfrutaban de la compañía del otro, o al menos que ella disfrutaba de la suya. Pero se sintió extraña ahí, de pie, sin defenderlo ante un insulto descarado.

—Creo que tiene una mente asombrosamente avispada —contestó Vhalla con delicadeza. El príncipe Baldair la miró de soslayo.

—Puede que esa sea una de las cosas más agradables que he oído decir a un trabajador o un sirviente sobre mi hermano en toda mi vida. Veamos, he oído «egocéntrico», «un real incordio», que tiene la cabeza metida en una variedad de sitios que no creo que sean anatómicamente posibles… —El príncipe volvió a reírse.

Vhalla sintió que todo su cuerpo se ponía tenso.

—Dudo de que esa gente se tomara el tiempo de intentar comprenderlo —farfulló. El príncipe Baldair dejó de reírse y la miró con expresión extraña.

—Eres muy educada, Vhalla —comentó con una risita suave—. Bien, muy bien, no te presionaré para que seas nada más que una niña buena… por ahora —añadió con un guiño.

Las mejillas de Vhalla se negaban a enfriarse. Parecía que al joven príncipe le encantaba bromear.

—¿Cómo está el frente? —preguntó, loca por encontrar un cambio de tema que no le revelara demasiado al príncipe Rompecorazones.

—Más o menos como dijo mi padre. La capital norteña se resiste a caer. Unos cuantos clanes aún aguantan, aunque los derrotaremos antes o después. —Hablaba de ello con la misma naturalidad que si hablase del tiempo.

—¿Es grave lo que ha pasado? —preguntó Vhalla, al tiempo que miraba hacia atrás. Hacía mucho que habían pasado la entrada a las dependencias de servicio, y la tensión de Vhalla se fue diluyendo poco a poco debido a su curiosidad por las altísimas paredes de reluciente oro y piedra tallada a su alrededor.

—¿Lo que ha pasado? —repitió. El príncipe Baldair estiró el brazo cuando ella se distrajo un momento para inspeccionar un fresco. El

príncipe permaneció lo bastante cerca como para mantener el contacto; Vhalla no se había dado cuenta de cuán cerca.

—El consejo de guerra… —Se giró y a punto estuvo de darse de bruces con su ancho y musculoso pecho.

—Oh, eso. —El joven príncipe se rio—. Estoy seguro de que todo se arreglará. No me cabe duda de que mi padre quiere asegurarse de que Aldrik entienda todo lo que ha sucedido para cuando regrese al frente.

Vhalla se detuvo. Todo se detuvo. Su respiración y los latidos de su corazón eran lo único que se movía en el mundo entero. Mientras se concentraba en algún punto a lo lejos, se le pasó por alto la mirada inquisitiva del joven rubio. Era como si Vhalla pudiese ver el momento en que Aldrik se marcharía. Volvería a la guerra.

—¿Vhalla? —El príncipe dorado se volvió hacia ella. Mucho más extrovertido que su hermano, cerró sus manos callosas sobre los hombros de la joven y los cubrió del todo.

Vhalla levantó la cabeza de golpe hacia el apuesto hombre que ocupaba ahora su campo de visión, el trance roto. Le costó formar las palabras, pero él parecía contento de esperar.

—Perdón. —Vhalla sacudió la cabeza y apretó los ojos un instante. ¿Cómo no se había dado cuenta de eso, antes de sentir este horror devastador ante la idea de que el príncipe se marchara? ¿Cómo se habían apoderado de ella estas emociones?—. Solo… he sentido un mareo repentino.

—¿Un mareo? —El príncipe emitió un ruidito suave en la parte de atrás de la garganta—. Vaya, eso no podemos tolerarlo.

Con una risa y un movimiento sorprendentemente elegante para una montaña de hombre semejante, levantó la enjuta figura de Vhalla por los aires con facilidad. Vhalla se ruborizó sin remedio. Movió sus manos con torpeza, sin saber dónde ponerlas, mientras todo su costado quedaba pegado al pecho del príncipe.

—¡Estoy bien!

—Tonterías. He interrumpido tu comida. Estoy seguro de que cualquier mareo se debe a eso. Permíteme que lo remedie. —El príncipe sonrió, y Vhalla se quedó ahí plantada, impotente, entre sus brazos.

Vhalla se distrajo de su incómoda posición cuando entraron en un atrio central con una preciosa cúpula con vidrieras policromadas. El

sol, en su cénit, proyectaba un caleidoscopio de colores. Una escalera dorada giraba en torno al patio con varios rellanos que se bifurcaban en distintos pisos. En el suelo había un mosaico del palacio realizado con teselas diminutas.

Vhalla levantó la vista maravillada mientras el príncipe la llevaba en brazos por el centro. Contempló un mapa del mundo representado en centelleantes amarillos. A un lado del grueso de las tierras del imperio aparecía un continente con forma de medialuna; unas islas barrera pintadas de esmeralda salpicaban el espacio entre las dos masas de tierra. Los océanos estaban representados en azul zafiro y Vhalla vio indicios de tierra por los bordes de la cúpula, tierras de las que no había oído hablar jamás y que se preguntaba si existían siquiera.

—Es asombroso, ¿verdad? —preguntó el príncipe. Vhalla ni siquiera se había dado cuenta de que habían dejado de andar.

—Lo es —reconoció, relajada, ahora que empezaba a sentirse cómoda en sus brazos.

—Mi padre se despierta cada día y ve su imperio brillar sobre él —caviló el príncipe, sorprendentemente elocuente.

—No puedo ni imaginar cómo deber ser eso —susurró Vhalla.

—Pues pregúntaselo a mi hermano. —Baldair se rio y continuó por un pasillo tapizado con una mullida alfombra blanca.

La mente de Vhalla empezó a bajar en espiral por una cascada de pensamientos relacionados con la sugerencia del príncipe. Aldrik sería el emperador. Después de haber pasado tanto tiempo aprendiendo a conocer al hombre, eso parecía imposible de repente. Su profesor, su amigo, el hombre al que había llegado a…

Baldair la depositó con suavidad en el suelo delante de una puerta lo bastante grande como para que pasaran por ella dos personas lado a lado.

—¿Dónde estamos? —No había nada que interrumpiera las paredes blancas y los techos dorados abovedados de ese pasillo en particular, excepto por la puerta delante de la que estaban y un espejo en el otro extremo.

—En mis aposentos —repuso el príncipe.

—¿Qué? —Vhalla casi se salió del pellejo—. Príncipe, no creo que esto sea aprop…

La puerta se abrió bajo sus grandes manos y la luz inundó el

pasillo. Vhalla parpadeó mientras sus ojos se adaptaban al resplandor. Una curiosidad hipnótica la hizo entrar en la habitación.

Las ventanas más grandes que había visto en la vida dominaban toda la pared opuesta a la puerta. El príncipe había dicho que eran sus aposentos, pero Vhalla no veía una cama por ninguna parte. Sin embargo, sí vio dos zonas de estar separadas, una mesa dispuesta para seis comensales, un aparador bien abastecido de bebidas a la derecha, instrumentos, tableros de carcivi, dardos, un arpa, un laúd y multitud de formas de entretenimiento más.

—¿Qué opinas? —El príncipe se apoyó contra el marco de la puerta.

—Es… —No había palabras para describirlo—. ¿Aquí es donde vivís? —Vhalla tenía la sensación de que debía ser tabú que estuviese en ese espacio, y que si tocaba cualquier cosa estallaría en llamas bajo las yemas de sus dedos.

—¿Dónde viviría, si no? —El príncipe se rio y tiró de una cuerda al lado del aparador.

—¿Dónde está la cama? —Vhalla intentó contar cuántas de sus habitaciones cabrían en la sala de entretenimiento principal del príncipe. Perdió la cuenta cuando iba por quince.

—Por esa puerta. —Baldair señaló hacia ella.

—¿Hay más? —Trató de pensar en la longitud del pasillo por el que acababan de llegar y en cuánto más podía haber oculto tras las otras puertas.

—Sí, bastante más. —Asintió. Cruzó hacia ella y la evaluó con las manos en las caderas y una sonrisa pícara entre la pelusilla de sus mejillas—. ¿Quieres ver mi cama?

Vhalla volvía a sentir las mejillas ardientes y abrió y cerró la boca como un pez que intenta respirar fuera del agua. Ese hombre la sobrepasaba y no tenía ninguna esperanza de escapar.

En el momento en que apareció un sirviente a la puerta de la habitación y los ojos del príncipe se alejaron de ella, Vhalla rezó una oración a la Madre.

—¿Príncipe? —El hombre hizo una profunda reverencia. Vhalla miró de reojo la cuerda de la que había tirado.

—Comida para dos, por favor —solicitó el príncipe Baldair.

—¿Qué os gustaría? —El sirviente no se atrevía a levantar los ojos siquiera, y Vhalla se dio cuenta de lo atrevida que se había vuelto ella

en presencia de la realeza.

—Cualquier cosa. —El príncipe le indicó que podía retirarse con un gesto de la mano y el hombre retrocedió con otra reverencia antes de desaparecer por el pasillo.

Antes de que Vhalla pudiera objetar, el príncipe la tenía sentada en una mullida silla en un extremo de una larga mesa de comedor que parecía perfectamente proporcionada en su rincón de la enorme habitación. El príncipe optó por la silla al lado de la de ella, en lugar de por la del otro extremo. A Vhalla nunca le habían servido la comida y no sabía qué hacer ni qué decir cuando los sirvientes empezaron a llenar la mesa a su alrededor. La culpabilidad hormigueó por el fondo de su garganta y se mordió el labio, incapaz de mirarlos a los ojos.

—Sé por qué estabas con mi hermano hoy —dijo el príncipe Baldair por fin, cuando los ayudantes se marcharon.

Vhalla lo miró boquiabierta, la comida colgada del tenedor delante de ella.

Una risa retumbante resonó en el pecho del príncipe al ver su expresión.

—Hubo una carta.

—¿Qué decía la carta? —preguntó Vhalla con cautela, al tiempo que dejaba la comida de vuelta en el plato. Aldrik se había mostrado muy firme en que su padre no supiera de ella. ¿No estaba manteniendo su magia en secreto porque se preocupaba por ella?

Vhalla se distrajo al ver cómo sujetaba el príncipe el tenedor y el cuchillo. Tenía un utensilio en cada mano, el índice estirado por la parte superior. Comparado con cómo estaba cortando ella su carne, con un tenedor clavado en vertical y sujeto con el puño cerrado, se sintió como una bárbara del Continente de la Medialuna.

—Los clérigos informaron que el personal de la biblioteca había sido crucial para salvarle la vida. Vi que tú eras lista desde el momento en que te conocí. Fuiste tú, ¿verdad, Vhalla? —Lo dijo como una pregunta, pero el príncipe Baldair sonreía con conocimiento de causa.

Vhalla dejó de masticar. No tenía ni idea de qué decir. El príncipe se echó a reír y acudió en su rescate.

—Lo sabía. Bueno, eso lo explica pues. Incluso el zopenco de mi hermano tendría que mostrar algo de agradecimiento a alguien que

ayudó a salvar su vida. Eso sí, no puedo decir que me sorprenda que haya tardado tanto en rebajarse a hacerlo.

Vhalla cruzó las manos en el regazo por encima de la servilleta, la cual había colocado ahí solo después de ver al príncipe hacer lo mismo. El centro de la carne estaba rosáceo y se preguntó si sería segura de comer. Cavilar sobre la comida era mejor que hablar con el príncipe sobre su hermano. Toqueteó uno de los muchos tenedores y lo empujó hacia arriba por la mesa. *¿Por qué necesitaba nadie más de un tenedor?*

Un suave sonido meditabundo provino de su izquierda y la sacó de su introspección continua. Baldair había apoyado el codo en la mesa, la barbilla en la palma de su mano. La miraba con expresión pensativa. Vhalla quería decir algo, pero estaba luchando una batalla perdida con los ojos cerúleos que tenía delante.

—No eres como la mayoría, ¿verdad? —La voz del príncipe Baldair sonó más suave que antes, las bromas y la frivolidad ausentes.

—¿La mayoría? —repitió, preparada para recibir un comentario sobre loros.

—No eres la primera plebeya a la que invito a comer. —Baldair se inclinó hacia atrás, la comida olvidada—. Entran aquí, se muestran extasiadas por mis aposentos, sueltan todo tipo de alabanzas sobre la comida, hacen todo lo posible por flirtear conmigo. Y al final de todo ello, están panza arriba y desnudas en la cama.

Vhalla lo miró estupefacta. Este príncipe no se parecía en nada al otro. Se puso de pie y dejó que su servilleta cayera al suelo sin pensarlo.

Una mano firme se cerró alrededor de su muñeca.

—No te preocupes —ronroneó el príncipe—. Sé que no eres así y *jamás* forzaría a una mujer a hacer nada que no quisiera o pidiera.

Vhalla relajó el brazo, aunque él siguió sujetándola en el sitio. Su dominio sobre ella era distinto al de su hermano. Donde Aldrik podía hipnotizarla con una sola mirada, el príncipe Baldair la cautivaba con palabras amables y manos suaves.

—Entonces, ¿qué queréis de mí? —preguntó Vhalla. Si sabía que no iba a caer entre sus sábanas, tenía poco sentido que se quedara ahí más tiempo.

—Tengo una idea. —Por fin le soltó la muñeca, pero ella no se movió.

—¿Qué es? —A juzgar por la expresión del príncipe, era posible que ella no quisiera saberlo.

—Aunque mi padre quiere que la herida de mi hermano no se conozca y Aldrik jamás admitiría necesitar ayuda, salvar la vida del príncipe heredero no debería quedar sin recompensa. Y un almuerzo no es en absoluto suficiente compensación. —El príncipe sonrió—. Así que dime, ¿qué es lo que desea tu corazón, mi pequeña aprendiza de bibliotecaria? Soy un príncipe y casi cualquier cosa está a mi alcance.

Vhalla cruzó las manos delante de ella y apretó las yemas de sus dedos. ¿Qué deseaba su corazón? Después de Sareem, después de Aldrik, las cosas ya no cuadraban en su corazón.

—Nada —repuso con un gesto negativo de la cabeza. Hizo ademán de dirigirse hacia la puerta otra vez, como si conociera el camino de salida.

—Debes de querer algo. —El hombre de pelo dorado se apresuró a colocarse a su lado.

Vhalla levantó la vista hacia su cara. Algo en sus ojos le indicó que solo se estaba haciendo el tonto.

—Nada que vos podáis darme —susurró Vhalla, pensando en la noticia de que Aldrik se iba a marchar. Si pudiese tener un deseo, sería que el príncipe heredero se quedara en el Sur. *Aquí estaría a salvo*, susurraban los rápidos latidos de su corazón. Estaría cerca de ella. Vhalla cerró los ojos con fuerza.

—La gala —dijo el príncipe de repente.

—¿Qué? —Esperó a que le diera una explicación.

—Al final del Festival del Sol, hay una gala en el Salón de Baile de los Espejos —empezó el príncipe.

Vhalla conocía su existencia. Tenía amigos que habían trabajado en la gala a lo largo de los años. Era una celebración reservada solo a la nobleza.

—Ven a la gala mañana.

—¿Qué? —Esa parecía la única palabra que su lengua era capaz de formar.

—Piénsalo. La mejor comida, música, entretenimiento. —Agarró sus dos manos entre las suyas y Vhalla lo siguió cuando retrocedió un paso de vuelta a la habitación—. Te conseguiré un vestido adecuado. ¡Y los bailes!

La hizo girar en un círculo por debajo de su brazo. Vhalla se

tropezó y se tambaleó. Con una carcajada, el príncipe la atrapó con ambas manos y Vhalla se encontró apretada contra él por segunda vez en un día.

—Bueno, podemos trabajar en el baile. —El príncipe Baldair la sonrió desde lo alto.

—No puedo ir a la gala. —Sacudió la cabeza, al tiempo que intentaba encontrar huesos en sus piernas otra vez.

—¿Por qué no? —El príncipe no parecía darse por vencido. Vhalla se soltó de su agarre, frustrada.

—Porque no pertenezco allí. —Se agarró los codos y abrazó su cuerpo—. Los aprendices no deben mezclarse con la nobleza.

—Tampoco perteneces al jardín de mi hermano —replicó el príncipe con un encogimiento de hombros. Vhalla deseó haber evitado fruncir los labios—. Es peligroso y tiene mucha labia. No le des la oportunidad de enredarte en ninguna trama, Vhalla.

—Me gustaría regresar a las dependencias de servicio —dijo con una firmeza serena que no sabía que su voz era capaz de expresar.

El príncipe la miró durante un momento largo. Había implicado que Aldrik la enredaría en una trama, pero Vhalla no sentía más que escepticismo por el hombre que tenía delante. Se resistió a retorcerse las manos, a duras penas, pero no le gustó el brillo sabihondo de sus ojos.

—Te daré un nombre falso —dijo Baldair al cabo de unos instantes. Vhalla no podía creer que siguiera insistiendo en ese plan descabellado—. Nadie sabrá quién eres debajo del maquillaje, el vestido y el peinado. —Vhalla movió los pies, incómoda, y se preparó para rechazar la oferta por segunda vez—. Es probable que sea la última noche antes de que mi hermano y yo regresemos al frente —reveló el príncipe, y eso hizo añicos la determinación de Vhalla.

La última noche antes de que Aldrik se marchase era mañana en la gala. Miró hacia el otro lado de la habitación mientras le daba vuelta a esa información en la cabeza. Ahí terminaba, ese era todo el tiempo que tendrían para estar juntos. Sin importar cuántas ganas tenía de rechazar la oferta del príncipe que tenía delante, una pregunta seguía ahí: ¿Y si no volvía a tener una oportunidad de ver a Aldrik?

—¿Estáis seguro de que no será un problema? —le preguntó por fin al príncipe que aún esperaba.

—Nadie tendrá ni idea de quién eres. —Baldair asintió—. A menos

que creas que mi hermano se chivará.

Vhalla miró con recelo al príncipe y habría podido jurar que lo oyó reírse.

—¿Y si alguien se enterase? —Cambió el peso con nerviosismo de un pie al otro.

—No se enterará nadie. —No era la respuesta que quería, pero era lo mejor que iba a obtener.

—Muy bien. Si deseáis ofrecerme esto como agradecimiento secreto, príncipe, lo aceptaré. —Vhalla le dedicó un asentimiento decidido.

El príncipe sonrió y Vhalla se dio cuenta de que, mientras que las sonrisas de Aldrik eran pequeñas y solían ser solo una ligera curva de las comisuras de sus labios, las del príncipe Rompecorazones se movían en una simetría preciosa.

—Entonces… —el príncipe extendió una mano hacia ella—, primero debemos bailar.

CAPÍTULO 19

Vhalla no tuvo tiempo de objetar antes de que el príncipe medio tirara de ella, medio la levantara en volandas para llevarla al centro de la habitación. Quedó claro de inmediato, con el primer giro, que no tenía ni idea de lo que estaba haciendo. Su pie aterrizó sobre los dedos del pie del príncipe, que se echó a reír y le aseguró que sus *piececillos delicados* no podían hacerle daño.

Al principio, a Vhalla no le gustó nada bailar. Era incómodo y la hacía sentir ignorante, una emoción que solía odiar y evitaba a toda costa. Pero el príncipe era un instructor sorprendentemente amable y alentador.

—Tienes que relajarte —le dijo con dulzura. Vhalla era muy consciente de la palma de su mano sobre su cadera.

—Repetidme por qué estamos haciendo esto —balbuceó.

—¿Qué crees que hace la gente en una gala? —Con un movimiento de la cabeza, retiró un bucle rubio que le llegaba hasta la barbilla.

—¿Cómo voy a saberlo yo? —Vhalla estaba concentrada con terquedad en su juego de pies; la conversación era secundaria.

—Bailamos. —El príncipe se rio, dio un paso atrás y la hizo girar de nuevo. Esta vez, Vhalla comprendió que cuando él estiraba el brazo significaba que debía girar y, aunque no fue un movimiento demasiado grácil, al menos no se tropezó—. Ya le estás pillando el tranquillo.

—Apenas —musitó, los ojos aún fijos en sus pies.

Una vez que aprendió un paso irritante en el que se suponía que debían deslizarse por el suelo la una en brazos del otro, pasaron a un baile de estilo grupal que a los pies de Vhalla les resultó mucho más fácil. Había crecido asistiendo a festivales de la cosecha en un pueblo cercano y todos los plebeyos conocían los cuatro sencillos pasos que eran una variante de este baile.

El príncipe elogió su rápido aprendizaje y Vhalla ocultó la fuente de su habilidad detrás de una pequeña sonrisa. Después de eso, al príncipe Rompecorazones empezó a resultarle más fácil obtener sonrisas de ella.

Si Vhalla lo hacía bien, él le daba un apretoncito en la mano. Cuando la joven por fin levantó la vista de sus movimientos aleatorios, se vio recompensada con un guiño. Poco a poco, bajo la mano experta del príncipe y sus ánimos entusiastas, Vhalla comenzó a divertirse.

Era un tipo de diversión diferente que el que sentía cuando estaba cerca de Aldrik. A esta sensación le faltaban la tensión o el nerviosismo que amenazaban con brotar a través de su piel cuando estaba con Aldrik. Esto era más simple. Era como si el príncipe dorado llevara todas sus emociones a la vista y sus ojos cerúleos no prometieran nada más que la verdad. Vhalla trastabilló cuando sus labios rozaron su mejilla.

—Eres preciosa, ¿sabes? —susurró el príncipe, pensativo.

—No es verdad. —Vhalla apartó la mirada, pero su proximidad no hizo nada por disimular su rubor acalorado.

—Lo eres y quiero que todo el mundo lo vea en la gala. —Deslizó las manos por los antebrazos de Vhalla y luego se apartó con otro apretón de sus dedos.

El corazón de Vhalla latía un poco más deprisa de lo normal a causa del baile.

El príncipe tiró de la cuerda de otra campana al lado de la puerta y, un momento después, llegó un sirviente. Baldair le dio una serie de órdenes en voz baja que no significaron nada para Vhalla. Al percibir que esa conversación no era asunto de ella, deambuló hacia las enormes ventanas que ocupaban la pared opuesta.

La vista era magnífica. El sol del atardecer parecía haber incendiado el mundo y casi podía sentir la alegría palpable de cada pendón del festival que danzaba con la brisa en la ciudad a sus pies. Los banderines y serpentinas que colgaban de ventanas y sobre los tejados hacían centellear la capital.

Vhalla soltó un suspiro melancólico.

—¿Qué pasa?

No había oído al príncipe regresar a su lado.

—Nada. —Vhalla se alejó un cuarto de paso, abrumada por su repentina aparición al final de sus pensamientos.

—Ah, Vhalla —murmuró, pensativo—. Sé que cuando una mujer dice *nada* siempre es *algo*.

—No quiero que el festival termine —confesó en voz baja.

—¿Y eso por qué? —Había un destello de comprensión en sus ojos.

—No hay una razón concreta. —Vhalla sacudió la cabeza y la breve imagen de Aldrik se esfumó.

—El festival es un tiempo mágico —reconoció el príncipe Baldair, mientras seguía la dirección de su mirada hacia la ciudad—. ¿Sabes algo sobre magia, Vhalla?

Levantó la vista sorprendida, y los ojos de ambos se cruzaron de nuevo. La boca del príncipe se curvó en una sonrisa que la hizo sentirse inquieta. Baldair sabía algo; había sumado dos más dos con demasiada facilidad para su gusto. A Vhalla empezaron a fallarle las palabras y solo la salvó la puerta al abrirse.

El príncipe Baldair no preguntó nada más sobre la magia durante el resto de la tarde, y Vhalla se olvidó enseguida de que hubiese dicho nada al respecto cuando un pequeño séquito de sirvientes entró en la habitación con rollos de seda, terciopelo, cachemira, gasa, pieles y telas que no hubiese sabido nombrar. Una vez más, Vhalla procuró mantener la cabeza agachada, aunque no tuvo mucho éxito y su curiosidad tomó el control de sus actos.

Al final del séquito, un hombre rollizo y medio calvo entró como si el palacio entero fuese de su propiedad. El príncipe se lo presentó como Chater. Vhalla le estrechó la mano, aturdida; era la mano de un hombre que era el fundador de la tienda de ropa más famosa de todo el Sur. Él la miró de arriba abajo.

Antes de que Vhalla pudiese preguntar nada, las telas por las que se le caía la baba hacía unos segundos las estaba sujetando contra su piel para evaluar su cutis. Vhalla se quedó ahí plantada, como tonta, un modelo viviente para los hombres que la rodeaban y parloteaban sobre la gala. Fue la seda lila que pusieron contra su mejilla la que por fin la sacó de su aturdimiento.

—Negro —soltó Vhalla de repente, sin darse cuenta de que acababa de interrumpir al famoso diseñador que estaba de pie delante de ella.

—¿Perdón? —El rechoncho hombre se calló de sopetón ante su repentino comentario.

—Quiero algo negro. —Vhalla siguió el pensamiento que la había

poseído hasta su conclusión lógica.

—Mi señora, el negro no es un color habitual para una gala. —Chater frunció el ceño.

Vhalla juntó los dedos y se hurgó en las uñas. Ella no era una dama, ni una señora. Aunque se había quitado su túnica de aprendiza para el festival, estaba segura de que Chater también lo sabía.

—Bueno, supongo que si es inapropiado… —farfulló. Vhalla apartó la mirada y se preguntó si Aldrik iría de negro. No podía imaginárselo vestido como un pavo real, aunque fuese una gala.

—Sin embargo, los morados… Son muy orientales y tu cutis… Eres del Este, ¿verdad? —Chater empezó a rebuscar otra vez entre los rollos de tela.

—Deje que se ponga lo que quiera —dijo el príncipe Baldair de repente.

—Príncipe…

—Será una noche especial y estoy seguro de que esta dama tiene alguien a quien quiere impresionar. —Los ojos cerúleos del príncipe se posaron en los de Vhalla, que solo pudo tragar saliva.

—Bueno, tendré que conseguir más tela —dijo Chater algo nervioso, consciente de que sus interlocutores tenían alguna especie de comunicación silenciosa.

Los ojos de Vhalla siguieron al hombre cuando salió de la habitación, hasta que la forma musculosa del príncipe se interpuso en su campo de visión.

—Vhalla —dijo Baldair con suavidad.

—¿Príncipe? —susurró ella. Igual que la vez anterior, la palma de la mano del príncipe estaba sobre su mejilla antes de que ella fuese consciente del movimiento de su brazo siquiera.

—Chater tiene razón. Sí que es inusual para una gala —comentó con amabilidad.

—¿Cuán inusual es el negro? —Vhalla no se apartó del contacto del príncipe.

—Muy. —Vhalla fue vagamente consciente de que Baldair deslizaba el pulgar por su mejilla mientras hablaba—. Vhalla, eres una chica muy guapa, ¿sabes? No hace falta que hagas algo inusual para que se fijen en ti. Muchos hombres buenos repararán en ti sin hacer eso; los hombres que quieres que se fijen en ti. De hecho, estoy seguro de que hay hombres buenos que ya se han fijado en ti.

—N… no es eso —su voz vaciló. Vhalla pugnó por encontrar una explicación.

—Te lo demostraré. —El príncipe de pelo dorado esbozó una sonrisa alentadora—. Puedes ir de negro, pero yo seré el que te demuestre lo asombrosa que eres.

El diseñador regresó y Vhalla se puso roja como un tomate cuando el príncipe no hizo ni ademán de retirar las manos de su persona. La joven dio un casto paso atrás. Chater ni se inmutó por lo que había visto y siguió hablando de siluetas y faldas. Vhalla se encontró más centrada en las sonrisas facilonas del príncipe y en las cosas que decía durante el proceso, que en el diseño en sí. ¿Qué hombres creía que iban a fijarse en ella?

Cuando Chater se marchó, el cielo estaba en llamas y Vhalla no tenía muy claro qué vestido habían diseñado para ella.

—Ahora, recuerda, Vhalla —dijo el príncipe Baldair al tiempo que le ofrecía el codo. Ella lo aceptó y se dirigieron hacia la puerta—. Acude a la entrada de servicio mañana al mediodía. Tendré a alguien ahí listo para que te ayude a prepararte.

—Príncipe, no es necesario —dijo, y negó con la cabeza.

—¡Desde luego que lo es! —El príncipe se rio bajito—. No creerás que te voy a meter en un vestido Chater y voy a dejar que tu pelo y tu maquillaje no reciban la atención debida, ¿verdad?

—No, claro que no… —La mano libre de Vhalla voló hacia su cabeza, palpó la maraña encrespada que era su pelo.

—No te agobies, estarás preciosa. —El príncipe sonrió, su mano sobre el picaporte de la puerta—. Solo recuerda guardarme un baile cuando todos los hombres de la corte estén suplicando ser tu pareja.

—Dudo de que eso vaya a suceder —comentó Vhalla con una carcajada, y levantó la vista hacia su compañero con una sonrisa fácil.

—Entonces, ¿tendré un baile? —insistió el príncipe Baldair cuando salieron al pasillo.

—Ya habéis tenido uno. —Vhalla apretó los labios en una leve sonrisa.

—¿Otro? —Se inclinó para acercarse a ella.

—¿Cómo podría negarme? —cedió con una risa ligera. Empezaba a acostumbrarse más a su proximidad y a su naturaleza casual.

El príncipe dejó de andar y los ojos de Vhalla volaron hacia delante. Ahí, de pie en el pasillo, a menos de cinco pasos de ellos vio

una silueta alta que la hizo quedarse boquiabierta. Sintió que el bíceps del príncipe Baldair se tensaba debajo de su mano y la atrapaba contra él. Los ojos de Aldrik saltaron de ella al hombre de pelo dorado que iba a su lado.

—Hola, hermano —saludó el príncipe Baldair con dulzura.

Unos ojos color ébano taladraron a Vhalla. Si Aldrik había oído a su hermano, no hubo más reacción que un ligero fruncimiento debajo de un ojo. De repente, Vhalla se sintió muy pequeña, lo bastante pequeña como para caerse de la tierra. Era incómodo. Doloroso incluso.

—¿Cómo fue el consejo de guerra? —El príncipe dorado parecía tan contento, ajeno a la tensión que resonaba entre su acompañante y su hermano.

—Bien. —La voz de Aldrik atrajo los cobardes ojos de Vhalla de vuelta a él. La palabra sonó tan fría como seca.

Vhalla abrió la boca para hablar, pero no había nada que pudiese decir, no delante del príncipe Baldair.

—Estoy impaciente por marchar al Norte otra vez en cuanto esta tontería de festival haya terminado. —Las palabras del mayor de los príncipes quedaron subrayadas por el portazo que dio y las risas de su hermano pequeño.

Vhalla no debía de haber pillado el chiste, porque no tenía ningunas ganas de reír. Si lo intentaba, tal vez acabara por vomitar.

Con un beso sobre una mejilla insensible, el príncipe Baldair la dejó a la entrada de las dependencias de servicio.

Una agonía. Su sangre había sido drenada y sustituida por algo frío y doloroso. Vhalla corrió por los pasillos y cuando llegó a su puerta, la cerró tan fuerte como pudo, lo cual no la hizo sentir mejor en absoluto. Se tiró sobre la cama y echó mano de su almohada a toda prisa para ahogar un grito.

No quería más príncipes. Había terminado con la nobleza, y lo último que quería hacer era asistir a esa absurda gala. Vhalla rodó sobre la espalda, le ardían los ojos con algo parecido a la ira. Todo el mundo tenía razón. El príncipe Baldair era el mejor de los dos. Era amable, considerado, alegre y fácil de entender.

Pero no tenía el mismo ingenio que su hermano. No tenía el mismo don de palabra ni la misma gracia al moverse. No podía dominar una habitación del mismo modo. Y desde luego que no tenía el pelo negro

como el carbón, ni le llegaba a los hombros, ni gozaba de unos pómulos maravillosamente pronunciados.

Vhalla gimió. Era tonta. Mezclarse con príncipes solo conducía al dolor. Había terminado.

Una llamada a la puerta hizo que se pusiera en pie.

—Un momento —dijo Vhalla, y se pasó las palmas de las manos por la cara. Estaba contenta de que no se le hubiese escapado ninguna lágrima, aunque tampoco sabía lo que eso habría significado. De todos modos, estaba segura de que tenía los ojos rojos. La persona volvió a llamar, y cada golpecito le provocó un ligero cosquilleo doloroso entre las sienes. Abrió la puerta de malos modos.

—¿Qué?

—Tenemos que hablar. —Roan entró sin pedir permiso.

—Roan, no es buen… —empezó a suspirar Vhalla cuando la chica rubia se giró hacia ella.

—¿No es buen momento? ¿Demasiado ocupada confraternizando con el príncipe dorado? —Roan le apuntaba a la cara con un dedo.

—¿Qué? —El miedo se coló en el corazón de Vhalla a cada latido.

—Los sirvientes están todos histéricos con el tema. Una chica de la biblioteca con el príncipe Rompecorazones, en su habitación, comiendo su comida. —Roan cruzó los brazos—. ¿Creías que no se iba a enterar nadie?

—No. Pero te lo puedo explicar.

—A mí no tienes que explicarme nada. —Roan negó con la cabeza y el movimiento hizo que sus rizos botaran en todas direcciones—. Es a Sareem al que tendrás que explicárselo. —Vhalla cerró su boca abierta por un momento. ¿Tenía Roan los ojos rojos?—. Vhalla, ¿se te ha ocurrido siquiera pensar en cómo le va a sentar todo esto? ¿Que salgas por ahí con un príncipe? Es un hombre y está loco por ti. Hizo un esfuerzo enorme. Planeó un día entero solo para ti. Organizó comida y entretenimiento y ¿ahora compartes tu tiempo con otro hombre? ¿Con un príncipe conocido por sus conquistas en la cama? ¿Cómo crees que se va a sentir Sareem con todo eso?

Vhalla dejó los brazos flácidos a los lados y sus hombros cayeron un poco. ¿Un esfuerzo enorme? ¿Planeado un día entero? Se llevó la palma de una mano a la frente al recordar un par de oscuros ojos acusadores. ¿Era eso lo que pensaba Aldrik? Gimió por preguntárselo siquiera. Y si eso era lo que había pensado Aldrik, ¿significaba que el

príncipe heredero estaba celoso por su hermano y por ella?

—Veo que ahora tienes el suficiente sentido común como para sentirte mal. —Roan levantó las manos por los aires. Vhalla jamás había visto a su amiga tan enfadada—. En serio, es un buen hombre. No iba a decir nada, pero ahora, después de hoy…

—¿Qué? ¿Qué pasa? —Vhalla no estaba segura de si estaba preparada para más.

—No sé en qué estás metida ahora mismo ni por qué, pero hoy he pillado a Sareem en la sección de misterios. En un día de festival, por voluntad propia —bufó Roan—. ¿Sabes lo que estaba haciendo ahí?

—¿Qué? —preguntó Vhalla con cautela.

—Estaba leyendo libros sobre magia —espetó Roan en tono cortante—. Algo sobre la Erradicación. No sé, parecía muy ansioso… demasiado ansioso. Sareem siempre ha estado en el lado correcto de las cosas. Siempre he sabido que tú eras curiosa. La primera en hacer cualquier cosa por adquirir conocimientos. Lo toleré igual que os he tolerado a ti y a él. Pero esto, esto no lo puedo tolerar. No permitiré que lo enredes con temas mágicos solo por tu propia curiosidad.

Vhalla miró a su amiga pasmada y se preguntó si alguna vez había visto de verdad a la mujer que tenía delante. Roan, su amiga, la chica junto a la que había crecido hasta hacerse mujeres, la persona con la que había compartido sus secretos. ¿Cuándo se habían vuelto tan diferentes?

—¿Qué tiene de malo la magia? —Las palabras defensivas se le escaparon en cuanto las pensó.

—¿Que qué tiene de malo la magia? —Roan dio un paso atrás, como amenazada.

—En serio, ¿qué tiene de malo? —insistió Vhalla, y dio un paso al frente—. ¿Alguna vez has leído acerca de ella? ¿Alguna vez te has tomado el tiempo de aprender sobre ella? ¿Alguna vez has hablado con un hechicero sin tener la mente cerrada por el miedo?

—¿Por qué habría de hacer nada de eso? —Roan cuadró los hombros y plantó los pies—. No es algo con lo que se molestaría la gente buena; creía que lo sabías. Tu padre luchó en la Guerra de las Cavernas de Cristal.

—Esa guerra no fue culpa de la magia. Si hubieras leído… —empezó Vhalla.

—No me lo puedo creer —la interrumpió Roan con brusquedad—.

¿Qué te ha pasado? Pensé que éramos iguales. Te dejé tener a Sareem porque eso es lo que hacen las amigas. Pensé que lo tratarías bien. Dejé pasar que me mentiste acerca de ti y de él, pero estaba a gusto porque quería que él fuese feliz.

—¿Qué? —murmuró Vhalla—. ¿Me *dejaste* tener a Sareem? —El enfado repentino de Roan, sus miradas a lo largo de las últimas semanas, la sensación de traición… todo adquirió una nueva perspectiva—. Te gusta Sareem.

—¿Qué? —Fue el turno de Roan de mostrarse consternada.

—Tú, tú estás enamorada de Sareem. —No era una pregunta. Roan la fulminó con la mirada. ¿Cómo no lo había visto antes? Vhalla se rio de sí misma.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó Roan a la defensiva, sin negar la acusación que había salido a la luz.

—Es gracioso porque deberías haberlo reclamado tú. Yo no lo *quiero*, no como amante.

—¿Qué? ¿Cómo podrías no quererlo? Entonces, ¿por qué? —Roan estaba atónita—. ¿Qué es lo que quieres, entonces? —El enfado y la frustración de la rubia se convirtieron en confusión—. ¿Tus libros? ¿Al príncipe Rompecorazones?

—No —dijo Vhalla con suavidad—, quiero un lugar que tú apenas te atreves a susurrar. Quiero la valentía para no solo leer, sino para hacer. Quiero a un hombre, no a un chico de biblioteca. Un hombre que es alto e ingenioso y sabe más sobre el mundo de lo que tú jamás te atreverías a soñar.

»Así que escúchame, voy a entrar en ese mundo y no me importa si tú y tu mente estrecha no podéis ser parte de él. Ve a El Bollo Dorado mañana, cuando la luna haya subido un tercio por el cielo. Reúnete con Sareem ahí en mi lugar. Dile que lo quieres, dile que yo no, e id a vivir vuestras vidas. —Vhalla sintió un dolor en el estómago, pero no estaba segura de qué era. Si era por sus duras palabras o por la verdad aún más dura de la que surgían. Había querido a estas personas y ellas la habían atacado sin preguntarle lo que significaban los cambios de su vida, sin preguntarle por la verdad. Vhalla nunca había conocido el dolor del rechazo de este modo y todo lo que hacía era darle ganas de rechazarlos a ellos de un modo igualmente frío a cambio.

—¿En qué estás enredada? —susurró Roan. Su ira y su frustración se habían trocado en una compasión que irritaba a Vhalla

sobremanera.

—Solo estoy aprendiendo dónde se supone que debo estar. —Esa fue su única respuesta, porque era la verdad.

—Vhalla, escucha, yo…

—Creo que deberías irte, Roan. —Vhalla señaló hacia la puerta que sostenía abierta antes de que la otra chica pudiese terminar su frase.

—Si estás metida en algún lío, podemos ayudarte. —Roan se detuvo en el umbral.

—No necesito vuestra ayuda —repuso Vhalla con frialdad.

Roan la miró a los ojos y se quedaron ahí durante un largo instante. En todas sus riñas anteriores, este sería el momento en que una de ellas sonreiría, haría una broma y las dos se reirían. Este sería el momento en que se abrazarían y se dejarían caer en la cama para hablar de lo estúpidas que eran y luego compartirían cotilleos antes de ir corriendo a cenar.

El sol bajó más por el cielo. Vhalla no estaba dispuesta a ser esa chica más. Al parecer, Roan tampoco.

En cuanto la puerta se cerró, Vhalla corrió a la pequeña abertura que era su ventana para engullir bocanadas enteras de brisa nocturna. Al día siguiente, hablaría con el maestro antes de ir a la gala. Vhalla miró al horizonte y se preguntó si podría tener una ventana igual de grande que la de Larel en la Torre.

CAPÍTULO 20

Fue fácil despertarse y prepararse a la mañana siguiente. En realidad, Vhalla no había dormido. Su mente se había pasado la noche entera procesando todo lo ocurrido. Las cosas se estaban moviendo más deprisa que una avalancha y le daba la sensación de que su única opción era correr *con* el suelo que se movía bajo sus pies… o ser arrastrada por él.

El maestro saldría más o menos ahora de camino a la biblioteca. Incluso durante el Festival del Sol, alguien tenía que cuidar de los libros, y si la mayoría de los aprendices estaba por ahí celebrando, entonces la tarea recaía en el maestro.

Vhalla tiró del dobladillo de su camisa mientras recorría los pasillos en su mayoría desiertos en dirección a una de las plantas mejores del palacio. La conversación tendría que ser corta y directa.

En cuanto llegó, encontró el valor para llamar a la puerta de la habitación de Mohned. Esperó a que contestara, cambiando el peso de un pie a otro y retorciéndose las manos hasta que oyó el suave sonido de unos pies arrastrados por el suelo justo antes de que se abriera la puerta. La figura encorvada y avejentada del maestro estaba envuelta en una bata carmesí.

—¿Vhalla? —Mohned se recolocó las gafas.

—Maestro, tengo que hablar con usted —se apresuró a decir, antes de perder su determinación y toda esperanza con ella.

—Muy bien. —El maestro dio un paso a un lado para invitarla a entrar.

Vhalla llevaba ya siete años trabajando con el maestro, pero cada vez que entraba en su habitación volvía a sentir la misma sensación de asombro. Su tiempo con los príncipes había reducido un pelín esa estupefacción, pero aún se sintió maravillada al mirar las estanterías que discurrían por toda una pared. Cada lomo encuadernado en cuero

parecía mirarla, como traicionados por lo que estaba a punto de hacer.

—¿Qué necesitas, Vhalla? —El maestro ocupó una de las tres sillas alrededor de una pequeña mesa, e hizo un gesto hacia la que tenía enfrente.

—Yo, bueno. —Se sentó con sumo cuidado, como si la silla estuviese hecha de clavos—. Maestro, le agradezco muchísimo todo lo que ha hecho por mí a lo largo de estos años.

—De nada. —La barba del maestro se plegó alrededor de su sonrisa añosa.

—Pero, verá, yo… —Vhalla miró los ojos blancuzcos del hombre que se había ocupado de ella desde que puso el pie en el palacio por primera vez. Iba a traicionar todo lo que había hecho jamás por ella. Él le había dado todo lo que tenía, y ahora le iba a decir que se marchaba—. No puedo.

—¿Qué es lo que no puedes hacer? —preguntó el maestro con amabilidad cuando Vhalla se quedó sin palabras.

—No puedo seguir en la biblioteca —susurró Vhalla. No vio reacción alguna cuando la confesión salió por sus labios y cruzó el punto de no retorno. El silencio del maestro la sumió al instante en un frenesí de miedo y culpabilidad—. Maestro, querría seguir ahí. Quiero decir, parte de mí querría. Pero, verá, hay esta otra parte. Hay una parte de mí que nunca supe que tenía… y puede, puede que sea algo especial. Maestro Mohned, desearía poder tener ambas cosas, pero no creo que pueda y no creo que pueda continuar siendo aprendiza en la biblioteca.

—Lo sé, Vhalla —le dijo con suavidad, interrumpiendo así sus divagaciones.

—¿Lo sabe? —farfulló, sorprendida.

—Así es. —El maestro asintió.

—No, maestro, esto no es…

—Eres una Caminante del Viento —dijo el maestro sin más.

A Vhalla se le comprimió el pecho. De repente, se sentía desnuda y expuesta, como si le hubiesen quitado todo lo que sabía.

—M… maestro, eso es… —No podía negarlo y el maestro no se lo pidió.

—El príncipe acudió a mí. —El maestro Mohned se echó atrás en su silla—. Hace pocos meses acudió a mí y preguntó por ti, por tu nombre.

—¿El príncipe Aldrik? —susurró.

—El mismo. —Mohned asintió—. Acudió a mí porque creía que yo podía ayudarlo.

—¿Cómo? —¿Por qué no le había dicho el príncipe que había compartido su secreto con alguien de fuera de la Torre?

—Bueno, cuando era joven, más o menos de tu edad, me embarqué en cierto tipo de investigación —empezó Mohned—. Escribí libros, aunque muchos han sido confiscados desde entonces, si es que aún existen siquiera.

—¿Libros sobre qué? —Algo estaba a punto de encajar en su sitio.

—Sobre Caminantes del Viento —dijo Mohned tan tranquilo.

—*Los Caminantes del Viento del Este* —murmuró Vhalla—. ¿De verdad fue usted el que lo escribió?

—En efecto. —El maestro asintió de nuevo.

A Vhalla le daba vueltas la cabeza. Su mundo había entrado de repente en un terreno surrealista que tenía menos sentido a cada minuto que pasaba. Era un mundo en el que no todos los de la biblioteca tenían miedo de quién era, de lo que era. El maestro sabía lo suficiente sobre su magia como para escribir libros sobre ella, lo suficiente como para que un príncipe hablara con él en persona. Se había quedado tan atónita que ni siquiera tuvo tiempo de enfadarse o de sentirse traicionada por el maestro por no habérselo contado antes.

—Vhalla, ¿sabes de dónde soy? —preguntó el maestro. La joven negó con la cabeza—. Soy de Norin.

—¿Del Oeste? —señaló como una tonta. El maestro se rio.

—Sé que no has olvidado tus lecciones de geografía solo por haber tenido uno o dos días libres en el trabajo. Sí, soy occidental. —Vhalla nunca había visto el pelo del maestro Mohned de ningún color que no fuese blanco. Sus ojos estaban blancuzcos por la edad y su piel estaba pálida y cenicienta por muchos años de vida en el interior. Podía haber sido originario de cualquier sitio.

—Nací en Norin, en el seno de una familia pobre que vivía en la periferia de la ciudad, y no en la periferia buena, dicho sea de paso. Supongo que mi infancia no hubiese sido muy distinta a la tuya, de haber vivido en el campo. Pero estaba en la ciudad, y la ciudad es un sitio duro en el que crecer.

Cuando Vhalla asintió para mostrar su comprensión, el maestro continuó.

—Mi padre era un guardia y mi madre era doncella en las cocinas del castillo de Norin. Mis padres no tenían grandes perspectivas, pero siempre ponían comida en la mesa y encendían un fuego en la chimenea. También eran conscientes del valor de la alfabetización para prosperar en la vida. Así que, una primavera, mi padre me dijo que me iba a llevar con él al trabajo. Había un hombre que quería enseñarme las letras.

El maestro se movió en su asiento y recolocó sus vestiduras antes de continuar.

—Lo que empezó como una lección ocasional enseguida se convirtió en práctica diaria. Pero pronto me di cuenta de que esas lecciones no eran gratuitas.

Mohned miraba a través de ella mientras relataba su historia.

Vhalla pensó en sus propios padres. Si su madre no le hubiese enseñado a leer, Vhalla tenía serias dudas de que sus padres hubiesen podido pagar a un tutor.

—No quería ser una carga para mi familia, así que comencé a ayudar a mi padre y a la guardia a ganar pequeñas cantidades de dinero en unos sitios y otros. Era solo un niño, más pequeño que tú cuando te uniste a nosotros, pero los otros guardias eran lo bastante amables para no anotarlo todo en los libros de contabilidad. —Mohned se acarició la barba durante un momento—. Con el tiempo, mi padre me empezó a contar historias extrañas de camino a casa. Eran historias de una tierra lejana, al Este, y de gente que podía controlar el viento, como nuestros propios hechiceros controlaban las llamas. Durante un tiempo, pensé que mi padre se estaba inventando las historias para entretenerme.

»Pero un día, cuando estaba repartiendo la comida, lo encontré sentado a la puerta de una celda en lo más profundo de las mazmorras. —Mohned soltó un suspiro suave—. En la celda había un anciano, encorvado y frágil. Tenía una barba larga y el pelo sin cortar. Jamás había visto el sol. Sus padres fueron apresados cuando eran jóvenes y él había nacido en cautividad.

—Un Caminante del Viento —susurró Vhalla apenas sin aliento. Mohned asintió.

—El último Caminante del Viento —la corrigió Mohned—. Desde aquel día, empecé a colarme en las mazmorras en mi tiempo libre —continuó Mohned—. Robaba plomo y trozos de papel de mis clases de

escritura y tomaba notas sobre lo que decía. Algunos días eran mejores que otros. Los hombres no están hechos para vivir en jaulas, Vhalla; el encierro le hace cosas a la mente que son distintas a cualquier otra penuria. Pero registré sus palabras de manera fiel, incluidas sus locuras. Para mi proyecto final con mi profesor, recopilé las historias y los conocimientos que el Caminante del Viento me había aportado y lo convertí en un libro titulado *Los Caminantes del Viento del Este*.

Vhalla se miró el regazo, sin saber muy bien cómo procesar todo aquello. Había unas fuerzas en funcionamiento que ella apenas comprendía. Hombres y mujeres esclavizados en las profundidades del Oeste. Los negros ojos occidentales de Aldrik centellearon en su mente.

—Traté de advertirte. —Los hombros del maestro se encorvaron más y sus ojos parecían apagados—. Vi tus crecientes distracciones. Sabía que el príncipe había confirmado lo que eras.

—Maestro —susurró Vhalla, a punto de pronunciar unas palabras que rayaban en la traición—, ¿es tan peligroso como dicen?

La miró durante un rato largo mientras acariciaba su barba, sumido en sus pensamientos. Vhalla tragó saliva y se preguntó si de verdad quería la respuesta a su pregunta. Cerró los puños para evitar que temblaran y para no retorcerse las manos.

—Supongo que depende de quién haga esa pregunta —dijo el maestro al fin.

—*Yo* la hago —insistió Vhalla—. Sé lo que dicen de él. Sé que dicen que tiene mucha labia y que lo llaman Señor del Fuego, que sus ojos refulgen rojos cuando está enfadado. Sé que puede ser desconsiderado cuando se trata de algo que quiere. Pero no lo es, también es… diferente.

—Creo… —el maestro le regaló una mirada cansada—, que ya conoces la respuesta a tu pregunta.

—Quiero unirme a la Torre. —Vhalla por fin encontró el valor para decirlo en voz alta.

—Eso creía. —El maestro asintió y después negó con la cabeza. Vhalla intentó encontrarles un sentido a esos dos movimientos contradictorios—. Debí contarte todo esto antes. Perdóname por ser un anciano egoísta, Vhalla, pero supongo que no quería verte marchar. —Ella le sonrió con dulzura, como si eso fuese a molestarla

jamás—. Veía muchas oportunidades para ti en la biblioteca. Quería que me sustituyeras algún día.

Vhalla contuvo la respiración emocionada. Hubo un tiempo en que ese hubiese sido su sueño. Pero sus sueños habían cambiado.

—Gracias, maestro —dijo Vhalla con dulzura—. Desearía haber podido ser eso para usted.

—No. Estás destinada a hacer cosas mucho más grandes. —El maestro empezó a levantarse con esfuerzo y Vhalla hizo otro tanto, consciente de que su conversación había llegado a su final natural.

Le habría gustado que se le ocurriese algo más que decir, sobrepasada por un abrumador deseo de continuar su charla de cualquier forma posible. Tenía que haber más cosas de las que hablar, cosas que ella necesitaba decirle al maestro y cosas que él necesitaba decirle a ella. Quizá pudieran pedir un desayuno ligero y rememorar los últimos años. Vhalla pensó, frenética, en algo para alargar la conversación. En la periferia de sus pensamientos estaba la temible idea de que acababa de poner en marcha el cambio.

—Es el último día del festival —señaló el maestro con amabilidad, ajeno a la lucha interna de Vhalla—. Me pondré en contacto con el ministro de Hechicería mañana. Nadie piensa trabajar hoy.

—Es justo —aceptó Vhalla con un asentimiento. Una mano nudosa se cerró en torno a su hombro.

—Yo no estaría tan asustado si fuese tú. —El maestro no era tan ajeno a su situación como ella creía—. Creo que tu sombra está cuidando de ti.

—¿Mi sombra? —susurró Vhalla. El maestro se limitó a sonreír.

—Y Vhalla —continuó, sin más explicación—. Has sido como una hija para mí todos estos años. No creas que puedes marcharte sin la intención de visitarme a menudo.

—Por supuesto que no, maestro. —A Vhalla le escocían los ojos de repente.

—Te diré una cosa más. —El maestro se detuvo ante la puerta—. El prisionero me dijo que era una pena que el Este y el Oeste no hubiesen podido trabajar juntos. Dijo «El fuego necesita nuestro aire para vivir. El aire alimenta el fuego, lo aviva, y lo hace arder más brillante y caliente de lo que jamás podría hacer él solo. Pero demasiado aire lo extinguirá por completo, igual que demasiadas llamas consumirán todo el aire. Juntos son mucho más grandes que la

suma de sus partes, pero igual de peligrosos para la existencia del otro».

CAPÍTULO 21

Vhalla desayunó sola. Sareem no estaba por ninguna parte, lo cual era más cómodo que las miradas y el tratamiento silencioso de Roan. La rubia se sentó con Cadance y dejó que la niña parloteara como si ella estuviese interesada en la actividad interior de la mente de una niña de doce años. Vhalla las miró de vez en cuando, pero Roan no la miró a los ojos en ningún momento.

Era mejor así. Puede que Roan no lo entendiese ahora, pero Vhalla estaba fuera de su vida. Después de haberse enterado de que Sareem había estado consultando libros sobre Erradicación, no tenía ninguna duda de que los dos pasarían a vivir sus pequeñas vidas normales y felices lo más lejos posible de la magia y de ella misma. Vhalla dejó su bandeja y la comida casi intacta en la ventanilla de recepción. Echó una última ojeada a Roan.

Aun así, a pesar de todo, Vhalla deseaba haber podido despedirse de su amiga. De repente, Roan miró en su dirección y Vhalla se apresuró a salir al pasillo antes de que pudiera producirse cualquier intercambio.

Discúlpate con Roan después de llegar a un acuerdo con la Torre, decidió Vhalla. Después de que la sorpresa inicial perdiera fuelle y la gente hubiese tenido tiempo de asimilar su transición, buscaría a Roan a solas y le explicaría todo. Se disculparía con su amiga por los secretos y las palabras duras.

Tal vez, pensó Vhalla mientras se paraba a contemplar el sol naciente por una ventana, incluso le hablaría a su amiga del príncipe. Aldrik ya estaría en el Norte para entonces y quién sabía cuándo volvería, si acaso volvía. Sintió como si la hubiesen apuñalado en el estómago con una daga fría como el hielo. La última vez que había ido a la guerra, casi había muerto. Vhalla cerró los puños en torno a la pechera de su camisa.

Esos pensamientos la hicieron caminar aún más deprisa hacia la entrada de servicio que conectaba con los pasillos reales. Tenía que verlo esta noche. Tenía que decirle que había decidido unirse a la Torre. Tenía que darle las gracias por haberla ayudado durante todas las semanas que habían estado juntos. Vhalla se apoyó en una pared para sujetarse. Tenía que decirle cómo se sentía, fuera lo que fuere.

Vhalla inclinó la cabeza hacia atrás y respiró hondo, despacio. Necesitaba decirle demasiadas cosas. Solo podía rezar por encontrar el tiempo necesario para decírselas todas.

Menos de una hora más tarde, hicieron pasar a Vhalla a toda prisa por la pequeña puerta que se fundía de manera imperceptible con la pared de detrás.

El sirviente que la esperaba hablaba poco y cerró con llave el pasillo detrás de ellos antes de conducirla por un corredor que le resultaba vagamente familiar. Vhalla no dijo nada mientras se preguntaba, escéptica, si esta sería una de las personas que había extendido rumores sobre ella y el príncipe Rompecorazones.

El hombre giró en dirección contraria a los aposentos del príncipe y subió por unas estrechas escaleras laterales. Vhalla se preguntó si Aldrik estaría justo al otro lado, fuera de su alcance, preparándose también para la gala. Esos pensamientos, y cualquier otro, se perdieron cuando la hicieron pasar a una habitación de invitados.

Aunque no era tan lujosa como los aposentos del príncipe, Vhalla se quedó embelesada por la gran zona de estar con su dormitorio adyacente. Conectado a este había un cuarto de baño privado. Las manos de Vhalla tocaron cada centímetro de mármol blanco, porcelana y oro que tenía a su alcance. Era una verificación física de que el esplendor que tenía delante no era un sueño magnífico. Sus dedos se demoraron sobre dos palancas doradas conectadas a sus correspondientes grifos de agua fría y caliente.

Vhalla las giró y admiró la magia de tener agua a voluntad. Los baños de los sirvientes y del personal tenían agua corriente, pero salía a la temperatura que tocase ese día. A veces solo había grandes barriles para llenar cuencos más pequeños con los que lavarse con una esponja.

—¡Auch! —Vhalla retiró a toda velocidad la mano del agua humeante.

—Cuidado, mi señora —dijo una joven sirvienta desde el umbral

de la puerta. Vhalla se enderezó y miró a las dos sombras silenciosas que habían tomado el relevo de sus cuidados. Se le había puesto la piel rosa, pero no era una quemadura grave.

—No soy una señora —dijo Vhalla en voz baja, mientras abría y cerraba sus dedos cosquillosos.

—Lo sabemos —repuso una chica de piel más oscura que estaba claro que procedía de las regiones más septentrionales del Oeste—. ¿Quieres ayuda para lavarte?

—No, puedo hacerlo sola. —Vhalla sacudió la cabeza y apartó la mirada, avergonzada.

Vhalla llenó su propio baño y se desnudó… después de que las sirvientas salieran de la habitación. Se preguntó si era habitual que la realeza y la nobleza tuviesen ayuda mientras se bañaban. En las salas de baño de servicio, todo el mundo se bañaba junto, o sea que no era la idea de que pudiesen mirarla lo que la tenía cavilando. Era más bien la idea de que la nobleza no fuese capaz de hacerlo por su cuenta.

Se preguntó si Aldrik necesitaba ayuda mientras se bañaba. Vhalla se rio en voz alta e hizo burbujas en el agua con sus carcajadas de diversión. *No*, decidió, *Aldrik seguro que no necesitaba ayuda para bañarse*.

Cuando terminó, las sirvientas le proporcionaron toallas. La tela estaba perfumada, y Vhalla olía después a flores y a jabones dulces. Se puso una bata de seda y se sentó en una silla en el centro de la sala mientras se secaba con la toalla.

La sirvienta de piel más oscura empezó a retorcer y tirar del pelo de Vhalla, sacudiendo el exceso de agua de manera vigorosa. La mujer oriental empezó a limar las uñas de Vhalla, que se las miró desilusionada. De verdad que debería dejar de hurgar en sus uñas cuando estaba nerviosa.

—¿Por qué estáis haciendo esto? —preguntó Vhalla al cabo de un rato, incapaz de soportar el silencio ya más.

—Porque eres una dama noble de una misteriosa tierra extranjera. —La sirvienta oriental le sonrió. La de detrás de ella resopló divertida y Vhalla puso los ojos en blanco.

—Sabéis quién soy —dijo Vhalla, sin tener muy claro qué era lo que la hacía estar tan decidida a averiguar la respuesta.

—Bueno, por eso te estamos ayudando —caviló la mujer que tenía

los dedos metidos en el pelo de Vhalla. La joven intentó girarse para mirar a la persona que había hablado, pero tuvo que quedarse inmóvil cuando su pelo se enganchó en algo—. No te muevas, idiota. —La sirvienta suspiró—. Escucha, aunque no nos hubiesen ordenado que te ayudáramos, no nos importaría hacerlo.

—Mmmm. —La sirvienta del Este había pasado ahora a los pies de Vhalla, que se preguntó por qué necesitaba que le hicieran también la pedicura. ¿No llevaría los pies dentro de zapatos?—. Preguntamos por ahí después de que hicieran venir a Chater. El príncipe Rompecorazones ha recibido a muchas damas para comer y, bueno, ya sabes para qué más.

Vhalla se movió incómoda en su asiento al recibir una miradita significativa por parte de la sirvienta. Todos creían que se había acostado con el príncipe. Todos ellos daban por sentado que se había arrastrado hasta su cama. Vhalla frunció el ceño. Incluso Roan debía haber pensado lo mismo.

—No me acosté con él —dijo Vhalla a la defensiva.

—No tienes por qué ser tan modesta con nosotras. Llevamos aquí desde los diez años. —La mujer estaba enrollando el pelo de Vhalla en extrañas bobinas tubulares.

—No lo hice —insistió Vhalla.

—Bueno, pues si no lo hiciste, esto es aún más peculiar —continuó la sirvienta del Este—. El príncipe Baldair nunca ha ordenado que una de sus plebeyas fuese preparada para una función formal. Todo queda siempre dentro del dormitorio, escondido entre las almohadas. Tú eres la primera a la que saca en público.

—Pero, yo, esto no es… —Vhalla deseó tener algo con lo que suavizar su garganta seca. ¿Ella y el príncipe Baldair? ¿Había más en aquello de lo que había pensado?

—Así que queremos enseñarles a todos esos nobles esnobs que nosotras somos igual de buenas que ellos. —La mujer que había estado trabajando en el pelo de Vhalla fue ahora hacia un armario grande. Abrió las puertas de par en par y Vhalla vio una única prenda: un largo vestido negro con la parte de arriba ceñida, unas manguitas muy cortas y una falda interminable.

—¿Eso es mío? —Vhalla apenas oyó sus propias palabras. El asombro sonó como un coro en sus oídos.

—Un original de Chater —afirmó la chica con un asentimiento.

Vhalla no dijo nada durante el proceso de meterse en el vestido. Sus costillas quedaron estrujadas dentro de la prenda más frustrante que había visto en su vida. Se ataba a la espalda y se apretaba para realzar su figura. Las sirvientas la llamaron un corsé, pero a Vhalla se le ocurría un puñado de palabras más coloridas que podría utilizar.

Maquillaron su cara y aplicaron loción a todo su cuerpo. Vhalla era como una muñeca viviente e igual de impotente. Así que se quedó sentada, la mayor parte del tiempo en silencio, y permitió que las sirvientas cumplieran con su cometido.

El vestido le quedaba como un guante. El corsé era de seda con las mangas y la falda de terciopelo. Vhalla deslizó las manos sin disimulo por la tela. Era suavísima al tacto, como suponía que serían las nubes.

Cuando las chicas retiraron el último rulo de su pelo, el sol ya estaba muy bajo en el cielo. Retocaron sus rizos con una varilla calentada sobre unas brasas, después de asegurarle repetidas veces que no quemaría su pelo. Escéptica ante el vapor y el olor que emanaba de su pelo cuando enroscaban los rizos alrededor de la vara, Vhalla las dejó hacer.

Al cabo de un rato, las sirvientas dieron un paso atrás y evaluaron su trabajo. Retocaron una cosilla aquí y otra allá antes de reevaluarlo. Con un asentimiento final, la pusieron en pie.

—¿Estás lista? —La joven oriental la ayudó a meter los pies en unos zapatos de tacón. Los tobillos de Vhalla se bambolearon inestables.

—¿Lo estoy? —preguntó Vhalla, agradecida de que la joven no la hubiese soltado todavía.

—Hay un espejo detrás de ti —le dijo la sirvienta con una pequeña sonrisa. Había una expresión melancólica y anhelante en sus mejillas, y Vhalla sintió una punzada de culpabilidad por tener esta oportunidad. Se giró hacia el espejo. Incómoda con sus tacones altos, tropezó con su propia falda y no cayó hacia delante porque la sirvienta oriental estaba ahí para sujetarla. La joven se rio a carcajadas.

—Tendrás que trabajar en eso, señorita dama.

Vhalla ni siquiera oyó su broma. Desde el espejo, la miraba una mujer a la que no reconocía. A su pelo encrespado e indomable lo habían rizado y caía sobre sus hombros casi en tirabuzones. Con el vestido negro, su piel de tono ámbar parecía brillar casi dorada. El

avellana de sus ojos lucía iluminado por un toque de sombra de ojos ahumado, recalcado por una línea oscura. Vhalla dio otro paso hacia el espejo.

No era como el espejo de mano que tenía en la habitación. No tenía que mover la cabeza de un lado a otro para intentar ver toda su cara. De hecho, podía ver su cuerpo entero, y Vhalla se contempló atónita. Sus brazos eran flacuchos y su pecho no era gran cosa, ni siquiera con la ayuda del corsé, pero su cintura era pequeña y su cuello lucía largo y regio. Parecía…

Vhalla no podía ni pensar en ello.

—Estás preciosa. —La mujer que la había peinado le aportó la palabra.

—Gracias —susurró Vhalla. No había nada más que pudiera decir, pero no era suficiente en absoluto para lo que esas personas habían hecho por ella. Parecía una dama, una dama de verdad.

—Practiquemos a andar con esos zapatos antes de que te entreguemos a las hienas de la sociedad educada. —La chica del Este la tomó de la mano y empezó a conducirla por la habitación.

Vhalla paseó por la habitación de invitados, de la mano de cada una de las jóvenes sirvientas. Como un niño que aprende a dar sus primeros pasos, fue un proceso lento, pero al final Vhalla le pilló el tranquillo. Cuando por fin llamaron a un sirviente para que la acompañara a la gala, Vhalla no se había tropezado en más de cincuenta pasos.

—¿Me acompañará el príncipe Baldair al entrar? —le preguntó al sirviente que la guiaba por un pequeño pasillo lateral.

—El príncipe ya está saludando a los asistentes a la gala. —El sirviente mantuvo la vista al frente.

—¿Llego tarde? —Vhalla se preguntó si sus prácticas con los tacones la habrían metido en un lío.

—No, mi señora, llegas puntual —respondió el sirviente.

Vhalla se preguntó cómo podía llegar puntual si el príncipe ya estaba recibiendo a otros invitados. Sin embargo, se guardó sus preguntas ignorantes para sí misma.

Al final, el corredor se fusionaba con uno de los pasillos principales del palacio. En un extremo, había dos puertas abiertas de par en par. Vhalla vio las legendarias y centelleantes lámparas de araña del Salón de los Espejos, que colgaban del techo delante de la entrada al salón

de baile desde el segundo piso. El sirviente que la acompañaba asintió en dirección a otro hombre situado ante la puerta antes de dar media vuelta sin decir ni una palabra.

—Espera, ¿a dónde vas? —preguntó Vhalla, consciente de repente de lo sola que estaba.

—No creerías que iba a entrar contigo, ¿verdad? —El hombre se giró con una risita—. Buena suerte, *lady* de la Gente Común.

Vhalla se quedó ahí parada con cara de tonta, mientras observaba al hombre alejarse. Escuchó los sonidos que llegaban a través de las puertas. Sonaba como si la mitad de la ciudad estuviese en ese brillante y misterioso salón de baile. Vhalla miró hacia el otro lado del pasillo. Unas cuantas personas iban hacia allí, pero nada le impediría dar media vuelta y correr de regreso a su habitación.

Dio un paso atrás y miró hacia el pasillo por el que había desaparecido el sirviente. *Ella no era esta persona*. No era una dama de una tierra lejana. Era Vhalla Yarl, la hija del granjero que nadie esperaba que fuese capaz de leer o escribir. Sus pies se detuvieron.

Eso no era todo lo que era. Vhalla volvió a girarse hacia el salón y fue hacia las puertas antes de que le fallara la determinación. Ya tenía secretos. Era la primera Caminante del Viento. Ella era algo que el príncipe heredero había afirmado que protegería. Los pies de Vhalla se pararon al borde de la luz, en el umbral de la puerta. Todavía no sabía en qué estaba a punto de florecer, pero era mucho más que una chica de la biblioteca.

—¿Estás lista? —preguntó el sirviente con amabilidad.

—Sí. No. —Vhalla tragó saliva y asintió—. Sí.

—Escucha el nombre que digo. —El hombre dio un paso hacia la luz y respiró hondo—. Les presento a Lady Rose.

Vhalla salió a la luz y casi quedó cegada por ella. Si un solo espejo de cuerpo entero había sido abrumador, las paredes del Salón de los Espejos fueron suficientes para marearla. Una larga escalinata sería el primer desafío para sus pies, pero Vhalla empezó a descender tratando de mantener una sonrisa dibujada en la cara.

La sala quedó reducida a susurros amortiguados, aunque la música ambiental continuó. La gente estaba multiplicada por las paredes reflectantes y Vhalla empezó a sentir que su determinación menguaba bajo tantos ojos escrutadores. ¿Por qué habría elegido Baldair el nombre de Rose? Estaba claro que era un nombre falso. ¿Quién podía

llamarse como una flor?

Caminó despacio, decidida a no caerse, mientras deslizaba los ojos por toda la sala y trataba de discernir las palabas susurradas por la multitud.

Vhalla se dio cuenta enseguida de que no estaban murmurando sobre el nombre. Daba la impresión de que todos los colores del vitral de la biblioteca habían cobrado vida. Tonos vistosos salpicaban la gran extensión de la pista de baile que esperaba a sus pies. El azul sureño parecía ser el tono preferido, con unos cuantos rojos del Oeste; había incluso morados del Este por ahí desperdigados. No había más colores oscuros.

Vhalla escudriñó a la multitud de manera casi frenética hasta que sus ojos se posaron en un estrado de mármol blanco en el extremo opuesto a las escaleras. Allí, de pie con la familia real, había un príncipe, su príncipe. Aunque el resto de la familia real llevaba sedas doradas y blancas, él iba vestido todo de negro, como si fuese la contrapartida que esperaba a su propio vestido.

Aldrik estaba estupefacto. Ni siquiera se había dado cuenta de que se había quedado boquiabierto, o no le importaba. Vhalla sonrió de oreja a oreja al ver sus ojos abiertos como platos mientras se dirigía hacia la familia real. El príncipe heredero la miró embobado todo el camino.

CAPÍTULO 22

Toda la sala quedó en el olvido. La alta sociedad podía ahorrarse sus juicios y burlas, porque no afectarían a Vhalla esta noche. Durante varios pasos largos, la única persona a la que vio fue a él. El único juicio que importaba era el suyo… y era una sensación asombrosa. Ese ardiente par de ojos oscuros se alimentaban voraces de cada uno de sus movimientos.

Sola, se acercó al estrado y se detuvo a ras de suelo. Vhalla intentó hacer una genuflexión con gracia, justo como le había enseñado Baldair. No tenía ninguna duda de que un solo día de entrenamiento no la convertiría en un elegante cisne de la alta sociedad, pero al menos no cayó de bruces. Eso le valía. Vhalla empezó a recitar un mantra en su cabeza para superar aquella noche: *sonríe, gracia, pose, flota, sonríe*.

—Bienvenida a nuestra gala, Lady Rose —tronó el emperador con calidez, *de un modo muy parecido al del príncipe Baldair*, pensó divertida. Vhalla intentó encontrar a Aldrik en ese hombre musculoso y curtido. Trató de imaginar al emperador Solaris sin esa barba corta sobre la mandíbula, en un intento por encontrar alguno de los despampanantes rasgos del mayor de los príncipes—. Esperamos que disfrutes de las celebraciones.

—Gracias, mi señor. —Vhalla mantuvo la vista baja. Acababa de aprender a hablar con príncipes. La idea de intercambiar unas palabras con el emperador en persona seguía siendo abrumadora.

—Baldair —interrumpió la voz de la emperatriz—, creía que me habías dicho que a esta la habías invitado tú mismo.

—Así es —anunció Baldair lo bastante alto como para ganarse unas cuantas miradas no tan sutiles de un grupo de damas a la derecha de Vhalla.

—¿Y no le informaste sobre lo que es apropiado llevar a una gala?

—dijo la emperatriz con la nariz levantada y tono de superioridad. Nada de lo que dijo sonó a Aldrik—. Lady Rose, mi hijo está bien versado en modas, deberías haber hecho caso de sus consejos.

Vhalla abrió la boca, sin saber muy bien qué decir. Los susurros recomenzaron a su alrededor y a ella se le había quedado la lengua pastosa y entumecida. Unos ojos cerúleos la taladraron con la mirada.

—Yo creo que está despampanante —dijo Aldrik al fin, y su voz tuvo un efecto calmante para los nervios chisporroteantes de Vhalla. Sus ojos se cruzaron y la comisura de su boca se curvó un poco hacia arriba mientras la miraba. Vhalla bajó la vista otra vez para ocultar su rubor.

—Oh, madre mía. —La emperatriz se volvió hacia el emperador para hablarle en un susurro—. ¿Ves? Aldrik es una mala influencia. La gente empezará a pensar que ese tipo de atuendo es aceptable.

—Bueno, relajémonos y disfrutemos de nuestra velada. —El emperador se quitó de encima a su mujer, así como a Vhalla, con un gesto casual de la mano.

Contenta de no ser más el centro de atención, Vhalla huyó deprisa hacia el borde del salón. La gente se abrió para dejarla pasar, pero nadie se dirigió a ella directamente. Vhalla se arriesgó a girarse otra vez hacia Aldrik, que estaba saludando al invitado que había sido anunciado a continuación.

Parecía aislado otra vez y sonaba seco, pero ella saboreó la imagen de su rostro en su mente, y repasó esa expresión atónita una y otra vez. Si Vhalla volviera a su habitación ahora mismo, la noche ya hubiese sido un éxito. A medida que el cielo se oscurecía en el exterior, fueron entrando poco a poco más miembros de mayor rango de la sociedad. Vhalla fingió interesarse por sus saludos a la familia real, pero en realidad era una excusa para mirar a Aldrik.

Llevaba una larga chaqueta negra cruzada que le llegaba justo por encima de las rodillas, con una raja por detrás para facilitarle el movimiento. Estaba desabrochada en la parte superior, lo cual dejaba un triángulo perfecto para revelar una camisa de cuello blanco con una ancha corbata negra, todo ello remetido en un chaleco bajo la chaqueta.

No era del todo como las chorreras que llevaban al cuello algunos de los hombres, pero sí que tenía algo de volumen. La chaqueta llevaba soles bordados en negro que captaban la luz a la perfección

cuando se movía. Unos cordones dorados decoraban sus puños y sus brazos. En la parte de abajo, vestía unos pantalones negros (Vhalla empezaba a sospechar que, de hecho, no tenía ropa de otro color) con más hilo dorado por los lados. Había sustituido sus botas normales por un par de zapatos de baile negros muy lustrosos. El pelo de Aldrik estaba igual que siempre, salvo por una diadema dorada de diseño sencillo: una simple banda rectangular que rodeaba su frente.

Vhalla encontró que prefería mil veces su estilo a los colores y la pompa de todos los demás. Incluso el príncipe Baldair llevaba volantes que sobresalían por sus mangas y asomaban por los bordes de su chaqueta, volantes que botaban cada vez que se movía. Los estilos sureños le daban a Vhalla ganas de reír.

De vez en cuando, Aldrik miraba en su dirección. Ella le regalaba una pequeña sonrisa en respuesta y disfrutaba de la oscuridad ardiente de sus ojos. Una vez intercambiadas todas las formalidades y cuando la mayor parte de la lista de invitados estaba presente, el emperador dio comienzo formalmente a la gala.

Los trovadores hicieron una pausa, ajustaron sus instrumentos y comenzaron una canción nueva. Vhalla intentó contar el ritmo como le había indicado el príncipe dorado, pero los aspectos técnicos de la música se le escapaban. En vez de eso, se limitó a tararear al son de la parte instrumental de una balada sureña clásica y dio golpecitos con un pie en el suelo mientras la pista de baile se llenaba. Ni siquiera se había dado cuenta de que la familia real había bajado de su pedestal hasta que el príncipe Baldair estaba a su lado.

—Mi señora, más hermosa que la flor que le da nombre, ¿me concedes el honor de este baile? —El príncipe puso todo su encanto en juego mientras le hacía una media reverencia. Vhalla parpadeó ante la idea de que un príncipe se inclinara ante ella, pero él se limitó a mirarla expectante durante su silencio.

—¿El primer baile? —bufó, nerviosa.

Sin embargo, consciente de repente de la cantidad de ojos que estaban puestos en ella, Vhalla se apresuró a asentir. Era solo lo esperado cuando un príncipe te invitaba a bailar.

—Por supuesto, príncipe.

Vhalla hizo una genuflexión y una mano callosa tiró de ella hasta la pista. Era el baile que él le había enseñado, tres pasos y repetir. Vhalla hizo todo lo posible por recordar los pasos, pero sus pies

hicieron poco más que arrastrarse por el suelo tras el príncipe.

Por fortuna, el príncipe Baldair tenía años de entrenamiento y era un bailarín consumado que la guio con soltura, serpenteando entre los otros bailarines mientras giraban por la pista. Su destreza compensó los pies torpes de Vhalla, hasta el punto que sintió que sabía bailar incluso. Las manos del príncipe eran suaves y amables mientras la guiaba, con sus brazos atentos para evitar que cayera.

—¿Qué estáis haciendo? —susurró Vhalla.

—Me prometiste un baile. —Le lanzó una sonrisa arrebatadora.

—Sí, pero nos está mirando todo el mundo. —Vhalla echó un vistazo por encima de los hombros del príncipe, en dirección a la gente alineada al borde de la pista de baile.

—¿Qué podrían hacer, si no? —Baldair se rio y extendió el brazo. Vhalla giró como se esperaba antes de que él la atrajera de vuelta contra su cuerpo. Olía a algo cálido, como vainilla, y Vhalla se preguntó si él podía oler los dulces perfumes que las sirvientas le habían aplicado detrás de las orejas. No quedó duda alguna cuando se inclinó hacia ella y su aliento revolvió el pelo por encima de su oreja —. Entrar en esta gala vestida de negro, te convertía en «esa dama extraña que no sabía nada». ¿Bailar con el príncipe Rompecorazones el primer baile de la noche? Eso te convierte en una mujer oscura y misteriosa a la que todo el mundo quiere conocer.

El príncipe se apartó un poco y Vhalla levantó la vista hacia él, al tiempo que dejaba que el resto de la sala se disolviera por un momento. Sus pies se movían sin pensar y ella se limitó a observar al hombre que la guiaba por la pista.

Si tuviese más tiempo para conocer al hombre conocido como el Rompecorazones, ¿qué descubriría?

—Sonríe, Vhalla. Estás impresionante cuando lo haces —la animó el príncipe con su propia sonrisa, y Vhalla se relajó debajo de sus manos.

Bailaron el resto de esa canción y la mitad de la siguiente antes de que tocaran el hombro del príncipe.

—Príncipe, ¿puedo tomar el relevo? —Un caballero hizo una pequeña reverencia.

El príncipe Baldair la acercó mucho a su lado y se inclinó hacia ella de manera dramática, como si estuviera compartiendo un secreto íntimo.

—Te lo dije —le susurró al oído. Luego continuó en voz más alta —. Claro que puede, señor, pero solo en tanto y en cuanto no le vea hacer el tonto, en cuyo caso tendré que reclamar a la dama otra vez. —Ambos hombres rieron y Vhalla pasó a brazos del recién llegado.

Bailó con tres hombres más a los que no había visto nunca, todos bastante agradables y que elogiaron su atuendo. Parecían fascinados con quién era y de dónde procedía; al parecer, trataban de achacar la elección del color a alguna extraña diferencia cultural del extranjero. Ella respondió con la mayor vaguedad posible y procuró mantener la fachada. Por una noche, podía ser esa dama misteriosa.

Cuatro canciones más tarde, la banda comenzó un gran baile grupal en el que la gente se emparejaba de manera aleatoria antes de girar, hacer una pirueta, bailar unos pasos e intercambiar parejas. Después de las dos primeras parejas, Vhalla se encontró de frente con el presidente electo del Senado.

—*Lady* Rose. —Egmun sonrió cuando las palmas de sus manos y sus antebrazos entraron en contacto. Giraron uno alrededor de otro—. ¿O debería llamarte Vhalla Yarl?

El hombre agarró su mano y tiró de ella con brusquedad. Vhalla dio un gritito de sorpresa, pero todo lo demás pasó a segundo plano cuando el hombre se inclinó hacia ella. Estaba atrapada entre el decoro y un deseo sincero de apartar al hombre de un empujón. Fuerte.

—Mírate, jugando a ser toda una dama. Pero los dos sabemos quién eres en realidad. —El hombre la sujetaba demasiado cerca y Vhalla necesitaba aire—. Solo una aprendiza de bibliotecaria, una plebeya de baja cuna y sin título alguno. Aunque, claro —le sonrió con suficiencia mientras entrelazaban los brazos—, no eres solo una aprendiza, eres una aprendiza que come a escondidas con el príncipe heredero a pesar de sus limitaciones emocionales.

—No sé de qué está hablando. —Vhalla miró de reojo a las demás parejas que bailaban a su alrededor y rezó por que nadie los oyera.

—Oh, no te hagas la ignorante conmigo. Dime, ¿es *Lady Rose* la mascota del príncipe Baldair y Vhalla Yarl la del príncipe Aldrik? —Vhalla se quedó boquiabierta—. Apenas he visto al príncipe heredero con una mujer, y lo conozco desde hace unos cuantos años más que tú. ¿Eres alguien especial? Dime, ¿por fin tiene el príncipe Aldrik otra amante?

Las mejillas se Vhalla se ruborizaron a pesar de todos sus esfuerzos en contra, y el senador observó cada tono creciente de rojo con un brillo peligroso en los ojos. Vhalla respiró hondo, sacudió la cabeza y echó mano de todas sus menguantes reservas de valor.

—Por favor, perdóneme, senador, creo que me he acalorado en exceso con tanto bailar —anunció Vhalla con valor.

—Desde luego. —El senador la soltó, excepto la mano. Vhalla tuvo que reprimir una mueca cuando los labios del hombre rozaron su palma—. Tal vez quieras salir a los jardines en busca de algo de aire. He oído que los que van vestidos de negro prefieren la oscuridad.

La música cambió y las parejas también. Vhalla salió de entre la masa de bailarines y no pudo evitar mirar atrás. Egmun sonreía y había seguido bailando como si no hubiese ocurrido nada. Vhalla se dirigió al porche que daba a los jardines de agua. Sintió un par de ojos sobre la espalda y se le pusieron de punta los pelos de la nuca. Se giró, pero no pudo encontrar la mirada de nadie a quien achacarle la sensación. Cruzó las manos y empezó a retorcerse los dedos mientras se abría paso entre la multitud y salía a la noche casi despoblada.

Los jardines de agua dispuestos en varias terrazas tenían una grandiosidad que jamás había visto, con anchas estructuras semicirculares que se solapaban a distintos intervalos de altura. La pared de cada una era de fino mármol blanco y el agua contenida en su interior estaba impoluta y quieta, por lo que reflejaba el cielo nocturno como un espejo. Unas escaleras de mármol bajaban desde el porche y dibujaban un camino serpenteante entre la intensa negrura del agua. Habían colocado pequeños parterres circulares a intervalos variados a lo largo de su perezoso recorrido, antes de que volviera hacia atrás de nuevo por el otro lado del porche.

Vhalla cerró las manos en torno a la barandilla y aspiró una profunda bocanada de aire nocturno limpio. ¡Cómo se atrevía ese hombre a hablar de Aldrik y de ella de ese modo! No era como si fuesen… Vhalla miró hacia los jardines con un pequeño suspiro. ¿Qué eran en realidad? Algo se movió en la oscuridad, fue solo un momento, antes de apoyarse otra vez contra un árbol. Vhalla empezó a bajar las escaleras sin mirar atrás.

Las estrellas en lo alto se extendían por todas partes a su alrededor mientras caminaba hacia ese pequeño oasis de agua y verdor. Subió a la plataforma, el vestido recogido en una mano y con cuidado de no

tropezar. Esbozó una leve sonrisa. Esto era para lo que había ido ahí esta noche.

Aldrik se separó del tronco del árbol.

—¿Qué estás haciendo aquí? —La pregunta llevaba un leve dejo acusador, pero no había agresividad en la voz del príncipe.

—Me invitó tu hermano. —Vhalla se adentró en las sombras del follaje. Aldrik resopló, disgustado.

—Oh, una mujer acude a la llamada de mi hermano. —Dio un paso para alejarse de ella—. Ya he oído todas las variantes de eso en mi vida.

—No vine por él —susurró Vhalla con suavidad. Los jardines estaban rodeados por un alto muro del palacio que bloqueaba la mayor parte de los vientos de la montaña. El príncipe la oyó sin ningún problema y su retirada se frenó—. Vine a verte a ti.

—¿A mí? —La miró incrédulo.

—Sí, a ti. —Vhalla se rio bajito. Le dolía el pecho y no podía decidir si era de alegría o porque se le había roto el corazón—. Y tú estás aquí fuera tratando de saltarte la fiesta.

—No podía soportar verlos a todos, a mi hermano, bailando contigo —dijo a la defensiva.

—Bueno, ¿y por qué no me lo pediste tú? —Vhalla ladeó la cabeza en ademán coqueto.

—Muy bien. Vhalla Yarl, ¿me concede este baile?

Alargó las manos hacia ella y Vhalla cruzó la distancia que los separaba. La mano derecha de Aldrik se posó con timidez sobre la cadera de Vhalla y la mano derecha de la joven se asentó en la izquierda del príncipe. Luego colocó la mano libre sobre el hombro de él y, de un modo muy tenue, escucharon el eco de la música por encima del agua. Aldrik dio el primer paso.

Era un baile lento, con pasos deliberados. Aldrik no tenía la misma gracia que su hermano, pero tampoco la necesitaba. Vhalla sentía sus movimientos a través de las palmas de sus manos, los cambios en su cintura, la cercanía de esta dirección o esa otra. Bailaron al son de una tenue melodía que les llegaba por encima del agua, entre los estanques llenos de estrellas, con los cielos iluminándolos desde lo alto. Vhalla cerró los ojos y sintió a Aldrik con cada sentido que poseía.

El príncipe giró y la acercó a él medio paso. Ella se dejó llevar un

paso entero. Era imposible no moverse sin tocarse por alguna parte. Cada roce de tela o giro de la cabeza la hacía sentir un escalofrío. Cuando la mano del príncipe se movió de su cintura a la zona de sus riñones, a Vhalla se le puso la carne de gallina a lo largo de los brazos. Levantó la vista hacia él y sus ojos conectaron. El silencio no era incómodo ni estresante; hablaba de manera más elocuente entre ellos de lo que jamás habían sido capaces de expresar con palabras.

La canción se acabó, pero él no la soltó. Vhalla giró la cabeza, agarró las costuras de la chaqueta de él y apoyó la mejilla izquierda sobre su pecho. Aldrik se puso tenso un momento y Vhalla contuvo la respiración, a la espera de que la apartara. Pero el príncipe se limitó a soltar su mano y deslizó los dedos por su brazo hasta su hombro, antes de dejarla descansar junto a su mano derecha sobre los riñones de Vhalla. La piel de Aldrik estaba templada, casi caliente, y Vhalla sentía el contorno de su mano incluso a través del corsé y del vestido. Vhalla movió su mano libre al otro hombro de Aldrik y se quedaron ahí juntos, en silencio, durante largo rato. El príncipe apoyó la mejilla en la frente de Vhalla y respiró hondo. Vhalla deseó con toda su alma que el mundo se parara, de modo que pudiera quedarse en ese momento para toda la eternidad.

En esos instantes fugaces, las complejidades de los títulos y de quiénes eran se difuminaron en una emoción más básica. Vhalla lo quería, lo *necesitaba*. A ese hombre al que consideraban poco más que un monstruo seco y oscuro, ese hombre que de algún modo la había reclamado sin haberla tocado en realidad hasta esa noche.

—Vhalla. —Los ojos de la joven aletearon y se cerraron al oírle decir su nombre—. Primero el chico de la biblioteca, luego Baldair… Los envidio.

—¿Por qué? —Necesitaba oír la respuesta.

—Porque parecen no tener ningún problema en encontrar razones para estar contigo. Y yo… —Una risa grave resonó a través del pecho del príncipe heredero, directa al oído que ella tenía apretado contra él —. A mí me cuesta encontrar una razón y, cuando estoy contigo, me sigue costando.

Había algo extraño en su voz. Llevaba un toque ahumado apenas perceptible que le provocó a Vhalla un intenso calor en la boca del estómago. Apretó las manos sobre su ropa.

—No debería costarte nada en este mundo. Eres el príncipe

heredero —murmuró en el fresco aire nocturno.

—Puede que sea príncipe —dijo, y sus labios rozaron la oreja de Vhalla con suavidad—, pero lo cambiaría todo por ser un hombre normal y corriente, aunque solo fuese por esta noche.

Los labios del príncipe hicieron temblar las rodillas de Vhalla, que movió un poco la cabeza para levantar la vista hacia él. Aldrik tenía una expresión inusual y sombría. Vhalla deseó disponer de años con él para oír sus historias, para hablar de sus penas y alegrías, para continuar disfrutando de tardes lentas en su compañía, para dilucidar la extraña pugna que había entre ellos y era al mismo tiempo irresistible e innegable. Pero un reloj descontaba los minutos en el fondo de su mente. El amanecer llegaría demasiado pronto.

—¿De verdad te marchas? —susurró sin apenas voz. Aldrik suspiró y apartó la mirada. Vhalla levantó la mano para apoyarla en su mejilla; luego giró su cara otra vez hacia ella. Él no se resistió y ella estudió su expresión dolida.

—No sé la hora exacta, pero sí. Pronto —confesó Aldrik con una voz profunda.

Vhalla se mordió el labio de abajo y deslizó la mano por su cara. Las yemas de sus dedos rozaron sus pómulos angulosos, sus cejas y su frente. Luego hizo una pausa, antes de llegar a la corona dorada que no era más que una barrera entre ellos.

—Entonces, por una noche, si yo puedo fingir que soy una dama de noble cuna… —Agarró la diadema con suavidad y la levantó de su frente con las yemas de los dedos. Aldrik se tensó un poco cuando la dejó caer al suelo—, ¿puedes tú fingir que eres un plebeyo?

Vhalla no estaba segura de lo que pretendía implicar con eso, pero Aldrik abrió los ojos como platos, sus labios se entreabrieron por la sorpresa. Todo lo que sabía era que si se iba a marchar, no quería que lo hiciera sin haber experimentado su cercanía y su calor.

—Temo que si te vas… —Se le quebró la voz y recordó una noche lluviosa que parecía haber sucedido hacía una eternidad.

Aldrik levantó la mano hacia su mejilla y deslizó los dedos con suavidad por su cara, como si estuviese preocupado por que ella pudiera venirse abajo en cualquier momento. Su pulgar rozó sus labios durante un breve instante y su brazo se apretó en torno a su cintura, eliminando la escasa distancia que quedaba entre ellos. Vhalla lo sintió a lo largo de todo el cuerpo; su calor, su presencia la envolvió.

—Vhalla —susurró Aldrik con una voz tan oscura como la medianoche. Sus narices casi se tocaban.

—Aldrik —murmuró ella, como si su nombre fuese una plegaria. Ninguna palabra había sabido jamás tan dulce en su lengua.

Mientras Vhalla sentía el aliento cálido de Aldrik sobre la cara, el príncipe se quedó parado y giró la cabeza hacia la ciudad. Su expresión cambió de manera drástica. Vhalla miró en la misma dirección, frustrada y perpleja.

La primera explosión atronadora resonó en la noche clara y su onda expansiva recorrió la capital del imperio.

CAPÍTULO 23

Un segundo antes del estallido, Aldrik giró el cuerpo de manera que su espalda quedara hacia la explosión. Su mano se enterró en el pelo de Vhalla y la apretó contra su pecho para protegerla. Ella se aferró a él, temblorosa. Sus oídos aún no habían dejado de pitar cuando la segunda explosión rodó por la ladera de la montaña y los brazos de Aldrik la abrazaron aún más fuerte. Vhalla exclamó su miedo contra su pecho ante el sonido que había aturdido su mente. Por un momento, hubo silencio y Vhalla trató de recuperar la respiración. Sin embargo, la quietud fue efímera, pues un sonido que aumentaba poco a poco subió flotando desde la ciudad a sus pies.

Gritos, chillidos y alaridos ascendieron por la ladera de la montaña y Vhalla se tapó los oídos con las manos. Aldrik siguió abrazándola con fuerza mientras recuperaba un tembloroso control.

—¿Q… qué? —preguntó, frenética. Se había quedado sin palabras, sin pensamientos, ante el creciente pánico. Aldrik aflojó las manos para girarse hacia atrás. Vhalla se movió un poco para poder seguir la dirección de su mirada.

Un incendio ya empezaba a extenderse por la ciudad, saltando de casa a casa. El humo comenzó a tapar las estrellas y a envolver la ciudad en una hedionda neblina anaranjada.

Vhalla se separó un paso de él, en dirección a la escena.

—¿Dónde…? —balbuceó— ¿Dónde es eso? —Tenía el cerebro embarullado por el ruido y el *shock*.

—Vhalla, tienes que volver al palacio. *Ahora*. —El tono de Aldrik fue imperioso y la agarró de los antebrazos para impedir que se alejara de él.

Ella opuso resistencia a sus tirones, los ojos clavados en la escena. Algo encajó en su mente.

—Vhalla. —Aldrik se puso delante de ella, una mano en su mejilla

—. Movilizarán a los guardias. Yo mismo iré a ayudar —dijo, en un intento de tranquilizarla, pero su voz sonó tensa, asustada—. Pero *necesito* que vuelvas al palacio, donde estarás a salvo.

Vhalla dio un paso a un lado y volvió a mirar la escena. Sus ojos se abrieron de par en par cuando su cerebro volvió a la vida. Aspiró una bocanada de aire temblorosa.

—R… Roan. Sareem.

—¿Qué? —Vhalla apenas oyó la pregunta de Aldrik. Sonaba muy lejos. Señaló hacia el lugar de la explosión.

—Ahí es donde está la plaza del sol y la luna, ¿verdad? —preguntó, su voz más aguda por el miedo.

—No lo sé, Vhalla. —Aldrik trató de agarrar su mano otra vez.

—Lo es. —Volvió a mirar y no había ninguna duda—. ¡Roan, Sareem! ¡Aldrik, mis amigos están ahí!

—Igual que la mitad de los plebeyos de la ciudad. Ahora, *vuelve al palacio* —espetó, cortante, y agarró su muñeca con fuerza.

—¡No! —gritó, y arrancó la mano de su agarre—. ¡No! Necesitan mi ayuda. —Vhalla se giró y sintió un aire caliente que se elevaba hacia el cielo, cargado del olor a fuego. Recordó su enfrentamiento con Roan, cuando le contó los planes de Sareem de encontrarse con ella en la pastelería próxima a la plaza. Vhalla no había anulado la cita con Sareem, y Roan seguro que había acudido a reclamar al hombre que amaba. Se le comprimió el pecho. No se había disculpado con ninguno de los dos. Ni siquiera había tenido ocasión de explicar lo que le estaba pasando.

Sin pensarlo dos veces, Vhalla echó a correr, haciendo caso omiso de los gritos del príncipe a su espalda. Sus elegantes zapatos de tacón enseguida quedaron tirados en el mármol a su espalda y Vhalla corrió a toda velocidad sobre sus pies descalzos. Una de las terrazas sobresalía por encima de la muralla y ella esprintó a través del agua poco profunda, mientras su falda se empapaba a toda prisa y empezaba a pesar. Oyó un chapoteo y miró atrás para ver que Aldrik la perseguía.

—¡Vhalla! ¡Para! ¡No vas a poder ayudarlos! —gritó.

Pero no estaba dispuesta a entrar en razón. Todo lo que llenaba sus oídos era el sonido de los gritos. Todo lo que llenaba su nariz era el olor a humo y a muerte. Todo lo que llenaba sus ojos era un infierno ardiente que se cerraba sobre dos personas que había conocido

durante media vida. Amigos a los que había apartado de su lado como una tonta.

Vhalla llegó hasta la muralla y se izó sobre ella. Por el otro lado era mucho más alta, más alta incluso que las estanterías de la Biblioteca Imperial. Miró abajo un momento, dubitativa.

—Vhalla, puede que ni siquiera estén ahí —le dijo Aldrik al alcanzarla. Respiraba con bastante facilidad, mientras que ella resollaba.

Vhalla empezó a desgarrar los bajos de su falda, cortando una franja entre sus pantorrillas y sus rodillas.

—Estaban ahí —insistió.

—Eso no lo sabes. Baja de ahí.

—¡Sareem me hubiera esperado toda la noche! —Se atragantó con un sollozo de culpabilidad mientras miraba al cielo. La hora a la que habían quedado ya había pasado. Si se hubiese limitado a decirle la verdad, tal vez Roan y él habrían pasado la noche en el palacio como tantas veces habían hecho los tres juntos. Abrumada por la culpa y la aflicción, Vhalla saltó por el otro lado de la muralla.

El aire silbó en torno a sus orejas y alrededor de ella, y zarandeó lo que quedaba de su falda de acá para allá. Vhalla se preparó para el impacto, pero aterrizó en cuclillas con suavidad.

—¡Vhalla! —gritó Aldrik desde la parte de arriba de la muralla.

Levantó la vista hacia él con una expresión de disculpa antes de zambullirse en el caos de las calles.

Aunque había vivido casi toda su vida adulta en la capital, Vhalla había pasado la mayor parte del tiempo en el palacio. Las callejuelas podían ser liosas, laberínticas incluso, en el mejor de los días, pero ahora parecían pasadizos a través de los horrores del más allá para los pecadores. La gente empujaba contra ella sin miramientos, todo el mundo huía del lugar al que ella quería llegar. Algunos tenían el cuerpo cubierto de quemaduras, la ropa colgando en retales harapientos. Otros tenían heridas abiertas de las que manaba sangre en abundancia.

Vhalla pisó sobre algo caliente y blando que hizo un ruido mojado entre los dedos de sus pies. Bajó la vista horrorizada, solo para toparse con los restos de un hombre al que la estampida de gente había pisoteado hasta la muerte. Tenía el cráneo hundido y los huesos hechos añicos sobre la calzada. Incapaz de soportar la imagen ni un

segundo más, Vhalla se metió a toda prisa en un callejón sin salida y vomitó. Gritó cuando vio sus pies ensangrentados, y vomitó otra vez.

Una tercera explosión resonó por la ciudad. Vhalla dio un grito y se dejó caer de rodillas, las manos sobre las orejas. Esta vez estaba mucho más cerca y pudo oír las casas gemir a su alrededor cuando la tierra tembló con la fuerza de la explosión.

—¡Vhalla! ¡Vuelve aquí! —resonó una voz de hombre. Vhalla miró arriba y vio a Aldrik sobre la muralla del palacio. Había corrido paralelo a ella en su descenso hacia la ciudad, pero la muralla giraba ahora en dirección contraria.

Vhalla apretó las rodillas contra el pecho y tembló, con su mente embotada por un momento. El grito de una mujer atravesó el aire y trajo a Vhalla de vuelta al mundo real. Roan y Sareem seguían ahí fuera. Se enderezó y volvió a mirar a Aldrik con expresión de disculpa.

—¡Serás estúpida! —rugió él. Y saltó de la muralla.

Primero aterrizó sobre un tejado de paja no demasiado más abajo, corrió hasta una casa de una sola planta que bordeaba el callejón de Vhalla y rodó por el tejado hasta agarrarse del borde y descolgarse por un lado. Se soltó y aterrizó con bastante suavidad antes de dirigirse hacia ella a paso airado. Vhalla casi podía sentir su ira palpable cuando la agarró del brazo.

—Tú. Estás. Completamente. Loca —escupió con los dientes apretados mientras la sacudía un poco.

—¡Nadie te ha pedido que vinieras! —Se lo quitó de encima y dio un paso atrás.

—¡Debes considerarme un desalmado si de verdad creías que me quedaría de brazos cruzados y dejaría que fueses tan tranquila en busca de tu muerte! —le gritó, aunque entre tanto caos ella seguía sin oírlo apenas.

—¿Me vas a obligar a volver al castillo? —preguntó Vhalla, lista para dar media vuelta y echar a correr otra vez.

—Debería —replicó cortante—. Pero ya veo que tu único deseo es ser una mártir y, como no hay nadie más aquí para evitarlo, la tarea me toca a mí. Así que adelante, guíame. —Vhalla lo miró, atónita—. ¡Vamos! —gruñó él.

Vhalla echó a correr con Aldrik pegado a los talones.

De vuelta en el caos, nadie pareció notar, o a nadie le importó, que el príncipe heredero estuviese entre ellos. Vhalla vio a mujeres con

bebés apretados contra el pecho, pugnando por escapar de los horrores más abajo. Vio a un anciano simplemente sentado en un escalón, a la espera de que el destino se lo llevara.

Poco a poco, la muchedumbre empezó a despejarse y la temperatura subió.

—Vhalla. —Se giró hacia atrás. Aldrik se quitó la chaqueta y se la dio. Ella lo miró sin entender—. Para el calor, y algo de protección contra las llamas. —Vhalla miró el resplandor naranja delante de ellos y aceptó su chaqueta con un asentimiento. Aldrik puso los ojos en blanco y se quitó los zapatos y los calcetines.

—¿No los necesitas? —preguntó Vhalla, mientras se ponía las prendas a toda prisa. Los zapatos le quedaban enormes, incluso con los cordones apretados lo más fuerte posible, pero eran mejor que nada.

—Recuerda quién soy antes de hacer preguntas estúpidas. —Aldrik enrolló sus mangas y se quedó ahí plantado, descalzo, con los pantalones negros, su camisa blanca, el chaleco y la corbata. Vhalla podría haberse reído ante esa imagen, si el mundo no hubiera estado llegando a su fin a su alrededor.

Vhalla se giró hacia la calle que tenían por delante. Pronto, empezaron a cruzarse con más cuerpos muertos que personas vivas. El olor de la carne quemada atacó sus sentidos. Después de haber pasado por al lado de seis casas en llamas, el olor la forzó a parar y a vomitar otra vez. Aldrik le puso una mano en la espalda y ella le lanzó una mirada débil.

—Yo ya no lo huelo —le explicó él. Su rostro había adoptado una quietud aterradora, mientras que Vhalla tenía la sensación de estar perdiéndose poco a poco en la locura. Aunque ya no tenía otra elección más que seguir adelante.

El fuego chisporroteaba y crepitaba a su alrededor, y oyó un edificio desplomarse cerca de allí. La plaza ya no estaba lejos. Según avanzaban, Aldrik utilizó su magia para controlar llamas menores, para extinguir fuegos con un movimiento de brazos, y así fue despejando un camino.

Vhalla se paró en seco.

Decenas de cuerpos cubrían el suelo de la plaza. Hombres, mujeres, niños… todos desperdigados con sus restos retorcidos en posiciones antinaturales, los rostros congelados en una expresión de

horror incluso en la muerte. Algunos de los cadáveres ardían, otros estaban sumergidos en charcos de su propia sangre. Habían saltado por los aires, extremidades retorcidas en todas direcciones, otras desconectadas de sus anteriores dueños.

—Por la Madre… —Vhalla se llevó la mano a la boca y un pánico renovado palpitó a través de sus venas. La calle de El Bollo Dorado estaba a la izquierda. Al principio, trató de pisar con cuidado por encima de los cuerpos, pero al final se limitó a correr por arriba de ellos, un horror cada vez más intenso en su estómago con cada cosa blanda sobre la que aterrizaban sus pies. Estaba llorando. A pesar del calor y de las llamas, gruesos lagrimones rodaban por su cara.

Y entonces estaba cayendo.

Tropezó con un brazo, o una pierna, o sus zapatos demasiado grandes. Aterrizó sobre el cuerpo de una mujer, justo delante de la cara de una niña con un pedazo de madera clavado en el cráneo, un ojo vidrioso abierto hacia ella.

Vhalla dio un grito y trató de apartarse, pero por todas partes a su alrededor no veía más que muerte. Una carnicería. Dos manos fuertes la ayudaron a levantarse.

—Ya no está lejos, ¿no? —preguntó Aldrik, de un modo casi mecánico. Vhalla negó con la cabeza—. Pues vamos. —La empujó con suavidad y Vhalla encontró sus pies de nuevo.

Dobló la esquina y echó a correr como si le fuera la vida en ello. La mitad de El Bollo Dorado se había desplomado, el resto estaba envuelto en llamas. El edificio de al lado había quedado reducido a escombros y un pequeño cráter en medio de la calle sugería que ese había sido el epicentro de una de las explosiones.

—*¡Sareem!* —Vhalla hizo bocina con las manos antes de gritar histérica—. *¡Roan!*

Su voz empezó a sonar más áspera después de gritar tres veces más. Escudriñó los cuerpos en el suelo, al tiempo que los giraba o trataba de imaginar cómo podían haber sido sus caras. Cerca del patio exterior, movió a un hombre gordo y vio una mata de pelo familiar debajo, rubio y corto.

—¡Aldrik! —gritó frenética—. ¡Aldrik, ayúdame! —El príncipe llegó a su lado en un instante y tiró del hombre gordo para quitarlo de encima de Roan. Vhalla miró a su amiga. Estaba magullada y rota, pero de una pieza. Vhalla acercó la oreja al pecho de la joven.

—¡Respira! —gritó Vhalla—. Tenemos que encontrar a Sareem.

Vhalla miró a su alrededor; si Roan estaba ahí, Sareem tenía que estar cerca. Empezó a mover más cuerpos, cada vez más cerca de la antigua pastelería. Tiraba de los escombros y dejaba huellas ensangrentadas detrás de ella, aunque ya no estaba segura de si la sangre era suya o de otros. Aldrik controló el infierno cercano y mantuvo el fuego a raya mientras ella buscaba. Larel había dicho que los Portadores de Fuego no sentían el calor, así que las gotas de sudor que rodaban por sus sienes solo podían explicarse por el esfuerzo.

—Vhalla —dijo con voz débil, mientras miraba a su alrededor.

—Está aquí en alguna parte —suplicó ella, más al universo que a su compañero, rezando por no estar equivocada.

—Vhalla. —La voz de Aldrik sonó más severa.

—Sé que está aquí. No dejaría a Roan sola, y me estaba esperando a mí. —Su voz sonaba frenética mientras levantaba una roca y la echaba a un lado—. Yo… nunca le dije que no iba a venir. Él creía que todavía iba a acudir a la cita.

—¡Vhalla! —gritó Aldrik.

Vhalla dio un alarido.

Debajo de la roca había una cara… media cara… que había conocido desde que era una niña. Una cara que le había hecho reír, que la había cuidado, que había sido un amigo… familia casi. Vhalla cayó de rodillas sobre el cuerpo de Sareem, quemado y destrozado por los escombros. Sus hombros se sacudían por los sollozos.

—Sareem, Sareem, lo siento, *lo siento muchísimo*. —Puso una mano sobre la mejilla que no estaba aplastada y supurante—. Yo… —Hipó, la nariz llena de mocos—. No quería que pasara esto. Oh, Madre, n… n… nunca más te ocultaré nada, Sareem. ¿Ves, ves? He venido, así que ahora despierta, Sareem. Por favor, *por favor*. —Le dolía el estómago de tanto llorar y tenía los hombros agarrotados, como si todas las pesadillas que había tenido en la vida amenazaran con destrozar su cuerpo. Vhalla se echó atrás sobre los pies, sin importarle sobre qué o quién se sentaba, y miró impotente a Aldrik.

—Aldrik, ¿cómo lo salvo? —preguntó, las mejillas empapadas de lágrimas y cubiertas de hollín.

—Vhalla —dijo él en voz muy baja. Dio un paso hacia ella.

—¿Cómo lo salvo? —Se frotó la nariz con el dorso de la mano.

—No puedes hacerlo. —Cada palabra iba cargada de una infinita

ternura cargada de aflicción.

—A ti te salvé. —Aspiró una temblorosa bocanada de aire—. ¿Cómo lo salvo a él?

—No funciona así. —Se arrodilló al lado de ella, puso una mano sobre su espalda—. Esto no puedes arreglarlo.

—Entonces, ¿por qué tengo magia? —le gritó al príncipe mientras sus lágrimas se abrían paso hacia el exterior otra vez. Aldrik extendió sus dedos sobre su espalda.

—Porque… —dijo muy bajito, la voz estresada y tensa. Aldrik miró por encima de su hombro, con cuidado de mover solo los ojos y no toda la cabeza—. Tienes que agacharte.

Vhalla hipó. Mientras las palabras se registraban en su cerebro como algo sin sentido alguno, la mano de Aldrik la estaba empujando a la fuerza contra la carnicería que era el cuerpo de su amigo. Aldrik también se agachó, justo cuando un zumbido silencioso cortaba el aire por encima de sus cabezas.

El príncipe se quitó de su espalda y se levantó, con sus manos envueltas en llamas. Y Vhalla oyó la risa de una mujer.

CAPÍTULO 24

Vhalla se giró para mirar a su atacante. Los adornos plateados de los brazos de la mujer centelleaban a la luz del fuego. Llevaba una armadura básica de cuero cubierta por una extraña prenda de ropa por encima de sus hombros y de su pecho, como un pendón rectangular con un agujero cortado en el centro para la cabeza. Bordadas en él había unas palabras en un idioma que Vhalla no había visto nunca. Ciñéndole el talle, la mujer tenía un cinturón ancho del que colgaba la vaina vacía de una espada.

—Vaya, vaya, esto facilita mucho las cosas —dijo la mujer, su voz apenas audible desde detrás de la máscara sin rostro. Si la piel verde no era suficiente, el acento era prueba de que se trataba de una de las malabaristas—. Nunca esperé que el poderoso príncipe heredero Aldrik acudiera corriendo él solito. Es muy noble para ser un hombre que prende fuego a bebés en sus camas.

La mujer caminó un poco alrededor de ellos. A la espalda de la pareja no había más que escombros, a un lado ardía un infierno, y delante de ellos estaba una norteña con una espada en la mano. Vhalla no sabía nada de combates, pero tuvo claro que la cosa no pintaba bien.

Aldrik estaba callado. Se irguió en toda su altura, tenso, los puños cerrados con fuerza y el fuego crepitando y chisporroteando a su alrededor. Subía por sus brazos y chamuscaba la parte de abajo de sus mangas enrolladas.

—Vhalla —dijo el príncipe con voz ruda. La otra mujer arqueó una ceja y miró a la joven—. ¡Vete! Sal de aquí.

—¿Qué pasa con Roan? —preguntó con voz débil.

—*Vete*, es una orden. —Aunque las llamas ardían furiosas a su alrededor, Vhalla sintió frío de repente.

—Es de mala educación marcharse de una fiesta pronto —aportó la

mujer.

—Vaya, aquí estaba yo tratando de ahorrarte el bochorno de morir una muerte patética con público. —Aldrik atacó.

La mujer gruñó y columpió la espada por el aire.

Aldrik dio un paso a un lado y la norteña se agachó por debajo de su puñetazo llameante. Luego giró y cambió el peso para dar una estocada ascendente. Aldrik dio un salto atrás, la punta de la espada no lo alcanzó por un pelo. La mujer continuó su ataque con un espadazo de revés en dirección al hombro contrario de Aldrik, que giró en redondo y la agarró por el brazo que sujetaba el arma. Las llamas ardieron con intensidad, luego subieron lamiendo la piel de la mujer.

Al principio, Vhalla creyó que era inmune a las llamas, pero mientras observaba la piel cambiar de color delante de sus ojos, se dio cuenta de que el verde era en realidad una pintura resistente al fuego. Observó horrorizada cuando la máscara de la mujer salió volando durante un giro en el que su espada conectó con el costado de Aldrik. El príncipe soltó un grito, perdió el equilibrio y se tambaleó hacia atrás. Vhalla pugnó por encontrar sus pies y desenredarse de los escombros.

—¡Vhalla, *vete*! —masculló Aldrik con voz gutural.

Cuando la mujer levantó el brazo de la espada de nuevo, Aldrik se estiró hacia ella para agarrar la oscura piel desnuda con sus manos. El fuego se extendió por su piel y la mujer dio un alarido cuando esta empezó a ondular y burbujear por efecto del calor. Su agonía aumentó hasta un grito tortuoso, libre ahora del obstáculo de su máscara. Dejó caer la espada. Se retorció y luchó con su mano libre, pero Aldrik se mantuvo firme.

Se levantó despacio y soltó la mano derecha del brazo de la mujer, que casi se había quemado hasta el hueso. Luego aprovechó su estado de *shock* y apretó la palma de la mano contra la cara de la norteña, cuyo cuerpo sufrió un espasmo. Se sacudió y contorsionó mientras las llamas lamían alrededor de sus ojos para hacerlos hervir dentro de sus cuencas. Su garganta se hinchó con el fuego interno y por fin se quedó inerte. Aldrik tiró el cadáver chamuscado a un lado y miró a Vhalla.

La joven miraba la escena horrorizada. Tenía las manos sobre las orejas, en un intento por bloquear el eco de los últimos sonidos desesperados de la norteña antes de su muerte. Contempló el cadáver

carbonizado. ¿Eso era contra lo que luchaban en el Norte? Vale, su piel había sido un poco más oscura que la de un occidental, y su pelo había sido un poco más rizado que el de un sureño, pero había sido humana. No había sido ni más ni menos que Vhalla. Y Aldrik la había matado.

Levantó la mirada hacia el hombre que le había salvado la vida pero que también había quemado a una persona viva. Había matado a esta mujer y a innumerables más. Aldrik dio un paso adelante y Vhalla dio un paso atrás. Tragó saliva. ¿Por qué estaban luchando contra esa gente, para empezar a hablar?

Aldrik se rio sin ningún humor.

—¿Qué creías que era? —escupió—. ¿Creías que iba a la guerra y leía libros? —Vhalla dio otro paso atrás—. Te has lanzado a tumba abierta a mi infierno diario. ¿No sería más adecuado que las armas de muerte y tortura no pudiesen hablar? —Vhalla se forzó a no temblar mientras lo observaba. Aldrik la miraba furioso; el naranja del fuego se reflejaba en los espejos negros de sus ojos.

Con toda la valentía que pudo reunir, Vhalla cruzó la distancia entre ellos. Aldrik se enderezó y bajó la vista hacia ella, imponente. Vhalla tragó saliva y trató de reunir sus últimos resquicios de confianza. Habría tiempo más tarde para preguntarle sobre las razones reales detrás de la guerra. Pero ahora, tenían que volver a casa.

Agarró su mano, al tiempo que rezaba para que no estallara en llamas al tocarla. No lo hizo.

—Deja de ser tan tonto, Aldrik. Vámonos. —La expresión del príncipe apenas se suavizó, pero fue más que suficiente para que Vhalla supiera que había dejado clara su posición. Fuera lo que fuere este hombre, no era un monstruo. Vhalla dio un paso atrás, se giró para agarrar a Roan y emprender el sórdido trayecto de vuelta a casa.

Con una nitidez asombrosa, Vhalla oyó el nítido chasquido de la cuerda de un arco perforando el aire. Se movió por instinto para ponerse delante de su príncipe.

Luego gritó, un sonido peor que cualquiera que hubiese hecho nunca, cuando la flecha se clavó en su hombro.

—*¡Vhalla!* —rugió Aldrik mientras ella caía de rodillas.

Boqueaba en busca de aire. Boqueaba por hacer algún sonido. El dolor abrasaba cada nervio de su cuerpo, cada sinapsis de su mente. Agarrotó sus músculos y la forzó a parpadear para eliminar la

mareante negrura de los bordes de su visión. Las manos de Aldrik la sujetaban, pero su atención estaba en otro sitio. Vhalla giró la cabeza para intentar ver lo que veía él. Sin embargo, en cuanto se topó con la imagen de la flecha que sobresalía de su cuerpo, tuvo que hacer un esfuerzo supremo por mantener la conciencia.

—Vaya, vaya, ¿no es encantador? —Vhalla inclinó la cabeza para mirar por encima de su otro hombro y encontrar la fuente de esa voz. Su visión empezaba a estrecharse y se concentró en enfocar los ojos.

Había tres.

—Son los malabaristas —murmuró.

—No hables —le susurró Aldrik con voz ronca, y su pulgar acarició su hombro mientras la sujetaba.

—Cuidado, les… les falta… —Se esforzó en contar—. Aún les faltan dos.

Aldrik la miró y luego otra vez a la gente.

—¿No creéis que es encantador? —preguntó un hombre.

—Desde luego que lo es —llegó la voz nasal de una mujer.

—El noble príncipe que defiende a la damisela. ¿Quién podía imaginar que el Señor del Fuego era capaz de eso? —comentó el hombre con sarcasmo.

Vhalla oyó el silbido de metal contra metal cuando desenvainaron una espada. Se dio cuenta de que esa gente de verdad quería matarlos. Sintió la sangre que la empapaba ya hasta la cintura. No estaba en posición de correr ya más; si Aldrik cargaba con ella, solo lo lastraría.

—Aldrik —susurró. No se movió, pero Vhalla sabía que la había oído—. Vete, vete y déjame. —De hecho, era culpa de ella que Aldrik estuviese ahí para empezar. Lo último que podía hacer en su vida era asegurarse de que el heredero al trono no muriera a causa de su propia testarudez. Vhalla cerró los ojos y agachó la cabeza.

—No —contestó con una voz suave y baja.

—Tu vida vale mucho más que la mía. Es la vida que en parte te di, ¿no? —Esbozó una leve sonrisa mientras oía pisadas y el crujir de cuerpos al otro lado de la calle. Aldrik no dijo nada—. Debería tener algo que decir sobre si la tiras por la borda o no. Así que vete. —Los dedos de Aldrik se apretaron en torno a sus brazos y Vhalla estaba bastante segura de que le dejaría moratones.

—¿Sabes?, creíamos que era mentira que estuvieras vivo. —Era la voz del hombre otra vez. Aldrik seguía sin moverse—. Nuestro líder

elaboró el veneno que impregnaba esa daga. Una gotita debería haber matado a un gran gato noru, y oí que a ti te clavaron toda la maldita cosa en el costado.

La respiración de Aldrik se volvió trabajosa. Vhalla estaba confundida por la mención de una daga.

—Aunque, claro, también esperábamos que si el veneno no te mataba, la vergüenza de que te hubiera apuñalado por la espalda uno de los hombres de tu querido y dulce hermano sería suficiente.

Aldrik se puso de pie y ella osciló sin su sujeción. *Sí*, pensó Vhalla con debilidad, *vete*. Vhalla se enderezó un poco con el brazo ileso y se giró para sentarse sobre los escombros de manera que pudiera mirar a sus atacantes. Por desgracia, Aldrik no había huido. Estaba ahí plantado, con los puños envueltos en llamas otra vez.

Una de las mujeres se rio.

—Sigue herido. Mirad, es posible que esa patética chispita sea todo lo que logre invocar. —Esa mujer sujetaba un arco y Vhalla rezó por ser capaz de mantener los ojos abiertos el tiempo suficiente para contemplar cómo ardía su cara—. Venga, terminemos con esto ya. —Cargó una flecha.

El hombre sujetaba su espada con ambas manos y la otra mujer hizo otro tanto. Aldrik dio unos cuantos pasos hacia ellos y a Vhalla se le retorció el estómago de la agonía. No iba a huir. Los otros tres avanzaron despacio.

—Cuidado, tal vez sea una bestia con las garras cortadas, pero sigue siendo una bestia —advirtió el hombre.

—Si sigue siendo una bestia, ¿podemos afeitarlo cuando acabemos y llevar su pellejo como una segunda piel? —preguntó la voz nasal.

—Yo preferiría colgar su piel de mi arco y agitarla como una bandera —señaló la arquera, y miró de reojo a sus camaradas.

Eso fue todo lo que hizo falta para que Aldrik aprovechara su oportunidad. Se abalanzó sobre ella, agarró su arco y prendió de inmediato tanto la mano como el arma. No obstante, el hombre estaba sobre él en un santiamén y Aldrik se vio forzado a soltar su agarre para esquivar el ataque. Movió los dedos por el aire para crear una cortina de llamas, y el impulso del hombre le hizo adentrarse en ella. La espadachina corrió alrededor de la cortina y atacó desde el lado. Aldrik giró el cuerpo y bajó el codo con fuerza contra la parte posterior del cuello de la mujer, que se tambaleó hacia atrás. De un

modo horrible, Aldrik era como una canción de muerte y llamas.

—Bastardo —gruñó el hombre cuando volvió a la vertical. Columpió la espada en un gran arco. Aldrik dio un paso atrás, pero se encontró con el golpe de la arquera, que estrelló los restos de su arco contra la parte de atrás de su cabeza. Aldrik dio un grito y cayó de rodillas. Vhalla sintió que se le paraba el corazón.

El hombre se cernió sobre él con una sonrisa satisfecha, preparado para asestarle el golpe final. Aldrik alargó una mano y agarró el tobillo del hombre. Las llamas subieron ardientes por el lado del cuerpo y ni siquiera la pintura pudo proteger su piel. Aldrik rodó para quitarse del camino del violento ataque de la espada y recuperó la vertical otra vez. Vhalla pudo ver que ya estaba agotado, su posición un poco encorvada.

La arquera se abalanzó sobre él, pero Aldrik la esquivó con facilidad y respondió con un puñetazo en el estómago. Sin embargo, ya no había llamas. La mujer de la espada giró en redondo. Aldrik se dejó caer sobre una rodilla y alargó la mano antes de soltar un grito de angustia. Su mano voló hacia su cadera, donde Vhalla había visto un punto negro en su magia hacía unos meses.

El hombre soltó una risa sombría. Vhalla miró al norteño, horrorizada. La mitad de su ropa se había quemado y, con ella, grandes franjas de piel. Parecía un cadáver que hubiese retornado a la vida.

—¿Veis? —masculló con voz ronca—. Le está fallando la magia.

Aldrik fulminó a los norteños con la mirada. Tenía el pelo desgreñado, pegado al rostro empapado de sudor. Su cara se retorcía de dolor, pero seguía orgulloso y desafiante. Las manos del príncipe heredero apretaban su cadera mientras levantaba la mirada, con la espada del hombre pegada al cuello.

—Y así es como muere un príncipe. —El hombre se rio con desdén y echó la espada atrás.

Vhalla abrió la boca para gritar.

—¡Espera! —exclamó la arquera, al tiempo que se quitaba la máscara—. Tengo una idea mejor. —Llevaba una sonrisa maliciosa dibujada en la cara.

—Solo matémosle y terminemos con esto —murmuró la mujer de la voz nasal, que todavía trataba de recuperar la respiración.

—La muerte no es divertida sin dolor —musitó la arquera en tono

siniestro.

—No gritaré. —Aldrik se rio sin humor alguno—. Sin importar lo que hagáis, no gritaré, ni suplicaré, así que será muy aburrido.

Vhalla estudió al príncipe. Su postura era relajada y su voz sonó calmada. Había incluso una especie de invitación en su tono grave. Por mucho que quisiera creer que estaba de farol, la pequeña sonrisa de suficiencia le indicaba lo contrario. Sintió una punzada de dolor, y no por la flecha que sobresalía de su hombro. Aldrik había aceptado su propia muerte y estaba preparado para recibirla en ese momento. A Vhalla se le quedó el aire atascado en la garganta.

—No he dicho que quisiese hacerte gritar *a ti*. —La arquera se giró y miró a Vhalla.

La joven se enderezó lo mejor que pudo y retrocedió por instinto ante su atacante, haciendo caso omiso de las punzadas de dolor de su hombro herido.

—A ti no te pongo en duda, príncipe. Estoy segura de que tu umbral del dolor es muy alto, pero existen muchos tipos diferentes de dolor, ¿no crees? —Esa sádica casi ronroneaba, sus ojos esmeraldas centelleaban—. Me pregunto si el de ella será igual de alto. —Con una sonrisa fría, la mujer fue hacia Vhalla.

Vhalla miró a Aldrik, impotente, antes de levantar la vista hacia la norteña que estaba a punto de decidir su sino.

La mujer agarró el astil de la flecha que sobresalía del hombro de Vhalla y tiró hacia arriba para arrastrar a la chica hasta que estuvo en pie. Vhalla tembló por el dolor y el esfuerzo de reprimir sus gritos. No quería morir así, y no quería dar a esa gente la satisfacción de su angustia. Sin soltar la flecha, la mujer arrastró a Vhalla hacia donde estaba arrodillado Aldrik, cuyos ojos mostraban una mezcla atormentada de furia y aflicción.

El pie de Vhalla se enganchó en un cascote y la joven tropezó. La caída arrancó la flecha, plumas y todo, a través de su hombro. Vhalla dio un grito mientras se retorcía de dolor entre los escombros y los restos humanos que cubrían el suelo. Aldrik hizo un amago de ponerse en pie de un salto, pero el hombre apretó más la espada contra su cuello.

—Abajo —gruñó, como si Aldrik fuese un perro.

—Vamos, chica, aún no hemos terminado. —La mujer la agarró del pelo y la arrastró el resto del camino. La dejó caer a un brazo de

distancia de Aldrik, aunque parecía medio mundo mientras Vhalla lo miraba inexpresiva, destrozada al ver la aflicción en sus preciosos ojos oscuros.

La mujer tiró de Vhalla para colocarla en una posición sentada y sacó una flecha de su aljaba.

—Dime, príncipe, ¿qué es lo que te gusta de ella? —La voz de la arquera sonaba ronca.

—No me gusta nada, en realidad; es solo una prostituta barata que encontré —se forzó a decir Aldrik con la voz neutra.

—¿Ah, sí? Lleva una ropa muy elegante para ser una prostituta barata. ¿Te gusta su cara? —La mujer deslizó la punta de la flecha por la mejilla de Vhalla, dejando una rezumante línea roja a su paso.

Vhalla hizo una mueca leve, mientras le temblaba el labio de abajo.

—¿Por qué manchar tu arma con su sangre? —intentó Aldrik, al tiempo que procuraba apartar la mirada del modo lo más casual posible.

—Tiene una figura bonita. ¿Qué tal sus pechos? —Aparecieron dos cortes más en su cuerpo y Vhalla sintió lágrimas en sus mejillas.

—Basta ya —dijo Aldrik en voz baja, los ojos otra vez sobre Vhalla.

—¿Basta? ¿No dices que es solo una prostituta? —se burló la mujer —. ¿Y las piernas? ¿Quieres verlas? —la mujer levantó el faldón de la chaqueta de Aldrik y la falda andrajosa de Vhalla con la flecha. Le hizo una incisión profunda por el camino.

—¡Basta ya! —gritó Aldrik.

Vhalla lo miró y vio el pánico en sus ojos. La mujer había ganado. La norteña también lo sabía. Se echó a reír y soltó a Vhalla. La aprendiza de bibliotecaria rota cayó al suelo.

Vhalla miró el mundo sin fuerza alguna. Sería una tortura para Aldrik verla morir. Lo matarían a él después. Las muertes de Aldrik, de Sareem y de Roan serían todas culpa de ella.

—No lo matéis —susurró.

La risa de la mujer se acalló y se inclinó sobre Vhalla.

—¿Qué has dicho, pequeño pedazo de mierda? No te he oído bien —escupió con desdén.

—No lo matéis —repitió Vhalla. No apartó los ojos de Aldrik en ningún momento—. Hacedme lo que queráis a mí, pero no lo matéis, por favor. —Vhalla hizo un esfuerzo por sentarse. La mujer se rio otra

vez.

—Tú no eres nada —se burló—. Eres menos que nada. Solo has sido algo durante un rato porque era divertido hacerte daño.

—Y ya no es divertido —dijo el hombre, al tiempo que levantaba la espada.

—No —susurró Vhalla.

Aldrik la miró, inmóvil. No intentó correr ni huir. Se limitó a mirarla.

—¡Esto acaba ahora! —El hombre bajó la espada sobre la cabeza de Aldrik.

—*¡No!* —gritó Vhalla. En menos de un segundo, el único sonido que llenaba sus oídos era el viento de la espada del hombre al cortar por el aire.

CAPÍTULO 25

Vhalla se movió sobre el suelo de piedra agrietada e irregular y gritó de dolor. Notaba el hombro hinchado y caliente; los movimientos más simples eran una agonía. Trató de enderezarse un poco, pero cayó de vuelta al suelo con un golpe sordo. Tenía sangre seca y humo pegados a los ojos; intentar retirarlos con las manos fue inútil, pues también estaban manchadas.

La habitación era un simple cuadrado y el aire estaba cargado con el hedor a excrementos y a cuerpos. Una pared tenía un portal grande con una enorme puerta de hierro hecha de barrotes entrelazados, cerrada con un candado más grande que sus puños. Vio las hombreras de la armadura de dos guardias de palacio a ambos lados.

—¿Hola? —Poco más que un sonido seco y rasposo salió por su garganta.

Los guardias se giraron y miraron a través de los barrotes. Uno tenía un lunar grande y feo en la mejilla izquierda. El otro tenía unas paletas que le hacían parecer una rata.

—Oh, está despierta —dijo el del lunar—. Más vale que des el aviso. —El hombre rata salió corriendo.

—¿Dónde? ¿Dónde estoy? —preguntó Vhalla, tratando de encontrarle un sentido a su entorno.

—¿A ti qué te parece? En una celda. —El hombre se hurgó en la nariz y le tiró la cosecha.

—¿Por qué? —A Vhalla le dolía la cabeza y el pálpito caliente de su hombro tampoco ayudaba.

—Oh, muy lista. Ya veo que intentas hacerte la inocente desde el principio. —El hombre del lunar sacudió la cabeza—. El Senado no se lo tragará.

Vhalla suspiró y volvió a apoyar la cabeza en el suelo. Cerró los ojos. Ese hombre era frustrante y no de la manera encantadora que

lograba Aldrik. *Aldrik*. Vhalla abrió los ojos a medida que la noche reaparecía en su mente: Roan, Sareem, la mujer, la flecha, Aldrik de rodillas con una espada al cuello, el hombre que levantaba el arma para asestar el golpe final. Después… nada. Ya no tenía más recuerdos.

—¡Señor, señor! —El hombre del lunar se giró hacia ella con una ligera irritación—. El príncipe heredero. —Intentó sentarse. Quería ponerse en pie, pero acabó más bien arrastrándose hacia los barrotes. Se agarró a ellos como apoyo. Notaba todo el cuerpo tan exhausto que apenas podía moverse—. El príncipe Aldrik, él, ¿dónde está?

—¿Por qué quieres saberlo? ¿Pretendes atentar contra su vida otra vez? —El hombre la miró, inquisitivo.

—¿Qué? —exclamó, escandalizada—. ¡No! ¡Solo quiero saber si está bien!

—Por lo que yo sé, el príncipe está vivo y en buen estado.

Vhalla soltó un gran suspiro y apoyó la frente contra un barrote. Lo notó frío contra su piel acalorada. Aldrik estaba vivo y a salvo. Ella debió desmayarse y él los derrotó de alguna manera.

—Gracias a la Madre —murmuró Vhalla antes de que se le escapara un sonido estrangulado ante el recuerdo de sus amigos que no lo habían logrado. Su momento fue interrumpido por el repiqueteo de dos pares de botas por el pasillo.

—Sí, acaba de despertar. —Era el hombre rata de antes. Vhalla trató de escuchar con atención para intentar discernir las otras pisadas. Resonaban con fuerza. No era su príncipe. Aldrik vendría pronto. Él arreglaría esto y Vhalla podría salir de ahí. Levantó la vista cuando los hombres se detuvieron delante de su celda. Cualquiera, se quedaría con cualquier otra persona por encima de la que apareció ante su puerta.

Egmun le sonrió con deleite desde lo alto y a Vhalla se le agrió la sangre. Llevaba su cadena senatorial dorada sobre una túnica azul.

—Bueno, no puedo decir que me sorprenda demasiado verte aquí. —Quitó una pelusa de su manga con despreocupación. Vhalla lo miró inexpresiva—. Era solo una cuestión de tiempo. —El hombre perdió interés en su ropa y se acercó a la puerta de su celda, sus palabras tan lentas y deliberadas como sus movimientos—. Vosotros los plebeyos os sentís tan atraídos por el glamur de la vida noble como… como una polilla a una *llama* —dijo con una sonrisa malvada—. Es una pena que

a menudo os acerquéis tanto como para quemaros.

Vhalla no pudo evitar fruncir el ceño mientras hablaba. Empezaba a detestar todo de ese hombre, y cada vez que abría la boca, lograba recordarle por qué. Era listo y Vhalla se dio cuenta enseguida de que eso lo hacía peligroso.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó. Trató de que su voz sonara lo más serena posible, de no demostrar miedo ni pánico.

—Oh, *yo* no quiero nada de ti. La verdad es que solo querría que te arrastraras de vuelta debajo de la roca de la que saliste y no volvieses a salir jamás. Pero, bueno, esa posibilidad te la has complicado tu solita al atacar al príncipe heredero. —Levantó las manos por los aires antes de dejarlas caer—. Ahora, tendremos que asegurarnos de que recibas el castigo adecuado por tus transgresiones.

—¿Qué? —Vhalla levantó la voz con brusquedad—. Yo no…

—¿Lo niegas? —bufó el senador—. Tendrás que cantar una canción diferente antes del juicio.

—Pero yo *no hice nada* —repitió Vhalla.

—Guardias —suspiró Egmun—. Creo que quizá nuestra prisionera necesite que le refresquen un poco la memoria.

Rata y Lunar intercambiaron una mirada que a Vhalla le costó interpretar, antes de dirigirse hacia la puerta de la celda. En cuanto la puerta se abrió y los dos hombres con armadura entraron, Vhalla supo que no había sido una mirada buena. Puso toda la distancia que permitía la celda entre ella y los hombres, haciendo caso omiso del aullante dolor de su hombro.

Esos hombres estaban ahí para protegerla. Sin embargo, la miraron desde lo alto con el mismo desprecio con el que la había mirado la norteña.

—No —gimoteó Vhalla por instinto.

—¿Aún lo niegas? —caviló el senador, mientras se apoyaba en la pared a su espalda.

Lunar oyó una orden en la voz de Egmun que Vhalla no había percibido y cerró el puño alrededor de su pelo. La chica gritó de dolor y agarró las muñecas tensas del hombre mientras él prácticamente la levantaba en volandas. El hombre la tiró contra la pared y la parte de atrás de su cabeza impactó con fuerza contra ella.

Vhalla se desplomó, al tiempo que parpadeaba para eliminar las estrellas que habían brotado en su visión borrosa. Lunar estaba sobre

ella otra vez antes de que tuviera tiempo de decidir cuál de las cuatro copias de él era la verdadera. Su bota conectó con su estómago, una y otra vez. Vhalla intentó levantar la mano para apartarlas con una ráfaga de viento mágico, pero no notó hechicería alguna crepitando bajo las yemas de sus dedos. No tuvo tiempo de asustarse siquiera antes de que Lunar estampara un pie sobre el apéndice. Sus huesos crujieron y Vhalla ni siquiera sintió el siguiente golpe contra las costillas. Solo sentía la tierra y la gravilla que cubría el suelo presionadas contra su mejilla.

—¿Lo recuerdas ahora? —preguntó Egmun.

—¿Por qué? —boqueó. *¿Por qué estaban haciendo esto?*

Rata la agarró de la parte de delante del vestido. El sonido de las costuras al reventarse mientras estampaba un puño contra su cara fue más sonoro que sus gritos pidiendo ayuda. La prenda solo pudo resistir dos golpes antes de desgarrarse entera y Vhalla cayó al suelo de un modo muy poco digno, tapada solo por su ropa interior.

Para cuando terminaron su paliza, apenas estaba consciente. Existía en una porción tan diminuta de su mente que el mundo exterior era solo tangible a través de ecos. Aun así, de alguna manera, sus palabras crueles lograron llegar a su psique fracturada.

—Ya es suficiente, creo. Por desgracia, no podemos tomarnos la justicia del imperio por nuestra mano. —Egmun fue hasta la entrada de la celda—. Recuerda esto. Porque yo lo haré. Así es como te veré siempre… basura despreciable.

Vhalla levantó la vista hacia el hombre, parpadeando, inmóvil, impávida. En sus libros, el odio siempre era descrito como fuego, como un infierno ardiente e incontrolable. Este odio, sin embargo, parecía hielo. Entumecía su empatía y afilaba su determinación a sobrevivir a toda costa, aunque solo fuese para fastidiarle la vida a ese hombre.

Egmun respiró hondo, como si pudiese sentir las dagas con las que ella lo estaba despellejando en su mente.

—Ahora, vístete. —Le tiró un saco de yute encima y salió de la celda.

Las piernas y los brazos de Vhalla apenas obedecían sus demandas de movimiento, y sentarse fue una agonía. Multitud de dolores fantasma consecuencia de su caída se filtraron desde sus huesos fracturados y sus tejidos desgarrados. El saco que le habían arrojado

tenía unas rajas cortadas para los brazos y la cabeza, y Vhalla reptó dentro de él con toda la dignidad que pudo reunir.

Había soportado cosas peores. La antigua aprendiza de bibliotecaria se puso en pie a duras penas. Había sobrevivido a una caída desde las torres del palacio y a un ataque de guerreros del Norte. Le temblaban las piernas de dolor y miedo mientras se recordaba esos datos y se giraba hacia los tres hombres.

Lunar la agarró y tiró de ella hacia delante. Vhalla se tropezó y gritó, y se odió al instante por hacerlo. Los odiaba a ellos y odiaba su cuerpo traicionero por sentir el dolor que le habían causado. La mano del hombre se hincó en su hombro y Vhalla sintió líquido resbalando por su espalda. Rata llegó con unos grilletes y ató sus manos y sus pies juntos. Las últimas conexiones con su cordura se estaban rompiendo, y sonaron como una risa rasposa.

—Como si pudiera correr. —Le lanzó una sonrisa desquiciada a Egmun.

Este repentino contraste emocional casi pareció sacudir el aplomo perfecto del senador. Estiró bien su túnica y no dijo nada antes de echar a andar por el pasillo. Rata y Lunar la llevaban casi en volandas mientras la sujetaban en pie uno de cada brazo.

Después de un corto tramo de escaleras ascendentes, Egmun se separó de ellos. Recorrieron el resto del trayecto en silencio. Una sensación fría entumecía sus extremidades y se extendía hacia el interior de su cuerpo. *Sareem estaba muerto*. La sangre que manaba de su propia cabeza le recordó la cara destrozada de su amigo. Era probable que Roan también lo estuviera. De algún modo, el príncipe había sobrevivido, pero Vhalla esperaba que la culpara, con razón, de todo lo que no debería haber tenido que sufrir. El péndulo de sus emociones se columpió de manera marcada hacia la culpabilidad. Era su culpa. Todo era su culpa. De repente, se estaba riendo otra vez.

¿Por qué perder toda su vida le resultaba tan *gracioso*?

—Cállate —bufó Rata, y le dio una bofetada.

Su locura la abandonó y se quedó colgada medio inerte entre las manos de los guardias. Empezó a gotear sangre de su barbilla, que se sumó al rastro que ya estaba dejando en las escaleras por las que subían. Abrieron una puerta y la tiraron dentro de una sala muy iluminada. Cayó al suelo con un estrépito de cadenas muy poco elegante y esperó a que sus ojos se adaptaran a la luz.

La habían lanzado dentro de una jaula cuadrada soldada a la pared detrás de ella. Rata y Lunar se apostaron a la izquierda y a la derecha de la puerta para montar guardia. No había más entradas visibles a esa parte de la habitación, a su prisión temporal.

Al fondo a su izquierda, había una puerta diferente y unos asientos vacíos. A la derecha, la miraban trece personas, con Egmun en el centro. Los senadores se habían colocado con un orden perfecto en dos filas. Delante de ellos, en el suelo del centro de la habitación, había un estrado que representaba un sol dorado. Enfrente de él había una zona elevada con tres asientos. No, no eran asientos; eran tronos.

En el trono más pequeño a la izquierda del emperador, estaba sentado el príncipe Baldair; era la primera vez que Vhalla lo veía sin una sonrisa en la cara. En el centro estaba el emperador, con su expresión indescifrable. A su derecha, había una cara que Vhalla conocía muy bien. Se tragó un sollozo de alivio al ver a Aldrik vivo. Cerró los ojos antes de que pudiera ver lo que fuese que había escrito en sus facciones. No lo quería ahí; no quería que la viera así. Ella, que había matado a sus amigos y había puesto en peligro su vida, no se merecía su mirada, ni siquiera si iba cargada de una ira justificada.

El emperador levantó un gran bastón y lo golpeó contra el suelo tres veces. El sonido del metal contra la piedra reverberó por la silenciosa sala.

—Yo, el emperador Solaris, en nombre de la Madre, convoco este juicio especial. ¿Presidente electo del Senado?

Egmun se puso en pie y Vhalla tuvo que hacer un esfuerzo por no gritarle las peores obscenidades que se le ocurrían.

—Vhalla Yarl, nosotros los miembros del Senado te acusamos de imprudencia, de poner en peligro a tus conciudadanos, de destrucción del mobiliario público, de hacerte pasar por un miembro de la nobleza, de herejía, asesinato y traición en un atentado contra la vida del príncipe heredero Aldrik.

Vhalla entreabrió los ojos y se arriesgó a mirar al hombre al que se decía que había intentado matar. Aldrik estaba inmóvil; bien podía haber estado tallado en piedra.

—¿Cómo te declaras?

El mundo de Vhalla se ralentizó mientras esperaba a que el príncipe hiciera algo. Quería que se pusiera en pie, que sonriese, que le dijese a Egmun que estaba equivocado. Pero Aldrik no hizo nada.

Vhalla sopesó la idea de declararse culpable. La matarían y todo esto acabaría. Todo el dolor en el que estaban sumidos su cuerpo y su mente desaparecería. No habría más elecciones, no más príncipes y no más senadores. Si tenía suerte, convertirían esta prisión temporal en su tumba, acabando con ella antes de tener que volver a la celda con Rata y Lunar. Vhalla cerró los ojos con un suspiro, luego aspiró una temblorosa bocanada de aire.

—Vhalla Yarl, ¿cómo te declaras? —repitió Egmun.

No. Vhalla se sentó más erguida, echó los hombros atrás a pesar del dolor de los grilletes alrededor de sus muñecas. Si iba a ser juzgada, entonces debía ser juzgada por aquellos a los que había hecho algún mal. Los ojos de Aldrik centelleaban con un infierno apenas reprimido. Soportaría su juicio, y el de Roan, y algún día el de Sareem. Puede que Vhalla hubiese sido una chica de biblioteca sobreprotegida y puede que fuese una hechicera aún por desarrollar, pero no permitiría que Egmun, ni nadie, la convirtiera en una cobarde.

—No culpable. —Su voz sonó ronca. Vhalla se giró hacia Egmun y la boca del hombre se crispó irritada—. Senadores, me declaro no culpable.

CAPÍTULO 26

El resto del primer día del juicio se empleó en detallar sus delitos y en explicar cómo se llegaría al veredicto final. Al día siguiente, empezarían a presentar pruebas, llevarían a gente para hablar en su defensa, testigos, y escucharían los testimonios del lado del Senado. Vhalla se preguntó si Aldrik testificaría en su favor; él era el único testigo de verdad en el que podía pensar. Al tercer día, Vhalla contestaría a sus preguntas y hablaría en su propia defensa. Después, el último día, ella no estaría presente hasta que llegaran a un veredicto.

—Vhalla Yarl, se ha determinado que Despertaste como hechicera hace varios meses —declaró Egmun. Vhalla sintió cómo se le caía la mandíbula al suelo—. Durante este tiempo, no te has unido a la Torre para tu entrenamiento y contención. Tampoco has sido Erradicada, lo cual ha permitido que tus poderes se desmadraran y se volviesen peligrosos.

»Al hacerlo, estos poderes han progresado tanto que han destruido la propiedad pública y es posible que hayan contribuido a la muerte de múltiples ciudadanos.

Un escalofrío bajó rodando por la columna de Vhalla. ¿La muerte de múltiples ciudadanos? ¿Había matado a alguien? La sangre resbalaba por su cuello desde la cabeza y rezumaba de la herida en su hombro mientras pugnaba por encontrar algún recuerdo que convirtiese en verdaderas las palabras del senador.

—Algunos también consideran que tus poderes son una forma de herejía contra la Madre —continuó Egmun.

—¡Hay una razón por la que los matamos a todos! —gritó un senador occidental—. Son retorcidos, malvados. ¡Dádsela a los Caballeros de Jadar; ellos sabrán qué hacer! —Se había puesto en pie, furioso con Vhalla.

Ella lo miró, aturdida.

—¡Silencio! —bramó la voz del emperador por toda la sala—. Presidente electo, por favor, continúe.

—Todo esto casi palidece en comparación con un atentado contra la vida del futuro emperador Solaris, un intento de asesinato de nuestro príncipe heredero Aldrik. —Egmun hizo una pequeña reverencia en dirección al príncipe.

La expresión del príncipe no cambió. Lo rodeaba un aura ardiente de dolor y furia, pero sus ojos lucían una frialdad contenida en los breves momentos en que se permitía mirar en dirección a Vhalla. Fuera cual fuere la verdad, él no creía realmente que ella hubiese tratado de hacerle daño.

Pero ¿qué había pasado? La estaban enjuiciando por una lista larguísima de delitos. Estos hombres y mujeres la miraban como si fuese un animal rabioso. El odio del que Vhalla estaba extrayendo fuerzas seguía fuerte, pero su columna era débil y empezó a encorvarse a medida que las lágrimas rodaban por sus mejillas.

Estaban hablando otra vez, discutían sobre esto o aquello, pero todo sonaba como un zumbido en los oídos embotados de Vhalla. Estaba cansada. Estaba claro que a esta gente no le importaba lo más mínimo lo que pudiera pasarle. No, sí les importaba, pero lo que les importaba era verla muerta.

Vhalla abrió los ojos y miró a Aldrik. Había girado un poco la cabeza para escuchar lo que fuese que estuvieran diciendo en esos momentos, pero no participaba.

Vhalla quería culparlo. De no haber sido por él, nada de esto habría sucedido. De no haber sido por él, sus poderes mágicos nunca se habrían Manifestado, jamás se habría visto involucrada con la Torre y seguiría siendo la feliz desconocedora del nombre de un senador.

Pero Vhalla no podía culparlo, porque había sido feliz. Por un momento pensó en la noche anterior, en los brazos de Aldrik alrededor de su cintura. El recuerdo era tan perfecto que casi la destrozó. Trató de conectar mentalmente con la conversación, pero parecía estar llegando ya a su fin.

—El juicio comenzará mañana al amanecer, pues. —El emperador la miró—. Ya hemos reunido a una lista de testigos y gente con la que hablar. ¿Hay alguien que la prisionera quisiera nombrar en su defensa? —El emperador ni siquiera utilizó su nombre.

—Mi… mi amiga. Estaba viva cuando la encontré. Se llama Roan. —Hubo un pequeño murmullo por los bancos de los senadores al oír eso—. ¿Es… está viva? Hace muchos años que me conoce. —En realidad, Vhalla quería conocer la respuesta a su pregunta más que solicitar que Roan declarara en su defensa. Su amiga, con razón, no tendría unas palabras demasiado cálidas sobre ella ahora mismo.

El emperador miró a su hijo pequeño.

—Me temo que no conozco el estado de esa chica —confesó Baldair.

A lo mejor Vhalla solo se había imaginado los latidos superficiales del corazón de Roan.

—Si esa Roan fuese incapaz de declarar, ¿hay alguien más? —preguntó el emperador.

Vhalla lo pensó un poco y se tragó más lágrimas cuando recordó a Sareem y el deslumbrante testimonio que hubiese dado en su defensa. Su cabeza se llenó de imágenes de su cuerpo destrozado.

—El maestro Mohned —graznó, mientras pugnaba por mantener a raya los sollozos que sacudían sus hombros. El maestro iría en su ayuda.

—Así se hará. —El emperador volvió a dar tres golpes con su bastón y se puso en pie. Los príncipes y los senadores siguieron su ejemplo.

Vhalla no intentó ponerse de pie otra vez. Miró al suelo. Rata y Lunar parecían contentos de ayudarla. La levantaron con tal brusquedad que un gritito de agonía brotó por sus labios. La cabeza de Vhalla cayó hacia delante y su pelo tapó su cara.

—Se levanta la sesión.

La realeza salió primero y luego los senadores empezaron a desfilar de uno en uno, mientras a Vhalla la arrastraban de vuelta a las celdas subterráneas.

Después de quitarle los grilletes, Lunar la tiró otra vez dentro de su celda con una risa ruda. Vhalla cayó al suelo como una muñeca de trapo y no se movió, toda su energía agotada. Oyó la puerta cerrarse de un golpe a su espalda. Tal vez su cuerpo no sobreviviera el tiempo suficiente para ver el final del juicio. La oscuridad que reptaba detrás de sus ojos tenía una pesadez que nunca antes había sentido. Su cuerpo no ansiaba dormir, *ansiaba la muerte*.

Justo cuando estaba cerrando los ojos, Vhalla oyó el eco de unas

botas que bajaban por las escaleras. Durante un momento agónico, pensó que Egmun había acudido otra vez para castigarla por haberse declarado inocente. Pero las pisadas eran aún más fuertes que las del senador. Demasiado pesadas para ser Aldrik, aunque algo en ellas le sonaba familiar. Vhalla oyó el tintineo de la armadura de los guardias cuando se llevaron el puño derecho al pecho en un saludo marcial.

—¿Príncipe? —dijeron Rata y Lunar al unísono. Vhalla giró la cabeza a duras penas. El príncipe Baldair estaba justo al otro lado de la puerta de su celda, con una gran caja en las manos. Todavía llevaba una mueca en la cara, el ceño crispado y fruncido.

—¿Qué ha sido ese patético despliegue, hombres? —preguntó. Su voz llevaba todos sus tonos melódicos normales pero nada de su alegría—. Se supone que debéis cuidar de nuestra prisionera; estaba diez veces peor en esa sala que cuando la traje aquí.

—Tr… trató de matar a vuestro hermano, e… el príncipe —intentó Rata.

—Todavía no la han encontrado culpable de nada y, hasta entonces, hay que mantenerla con vida y en *buen estado*. —El príncipe Baldair se giró hacia el hombre con una mirada furiosa.

—Está viva —ofreció Lunar. El príncipe suspiró.

—Voy a dar por sentado que nunca os han enseñado a curar heridas de guerra. Os enseñaré yo mismo. Abrid la puerta —exigió, lleno de aplomo regio.

—El senador Egmun nos dio instrucciones claras de… —empezó Lunar.

—Egmun es vuestro senador y yo soy vuestro príncipe. ¿De verdad tenemos que repasar el orden de la cadena de mando? —espetó Baldair.

—No, no, mi señor, claro que no. —Lunar buscó entre las llaves, abrió la puerta y la empujó para dejarlo pasar—. Tened cuidado, príncipe. Ya ha intentado matar a un miembro de la familia real.

El príncipe Baldair ignoró al guardia mientras entraba en la celda en penumbra. La única fuente de luz provenía de una antorcha en la pared del pasillo, así que su rostro estaba envuelto en sombras. Dejó la caja en el suelo con un discreto sonido metálico, no lejos de Vhalla.

—¿Puedes sentarte? —La voz del príncipe Baldair fue incluso más suave que su sonrisa cansada. Vhalla no dijo nada y se arrastró como pudo hasta quedar sentada, con solo unos suaves gemidos—. Bien —la

animó él y alargó la mano hacia su hombro.

Vhalla dio un respingo cuando las yemas de sus dedos rozaron apenas su piel.

—Vhalla, tengo que curar tus heridas bien o se infectarán.

Ella intentó quedarse quieta cuando alargó la mano otra vez hacia su hombro, pero su cuerpo entero no podía parar de temblar. Todo lo que Vhalla vio fue la mano de un hombre que se acercaba a ella en el mismo espacio oscuro y estrecho de antes. La energía que surcaba por sus músculos escapó de su control y apartó a Baldair de un manotazo.

—¡No me toques! —bufó, su cuerpo poseído por un intenso temblor. La mano del príncipe se paró en medio del aire—. Por favor… —Vhalla quiso venirse abajo entonces y suplicarle que la pusiera a salvo, pero quedó reducida a una piltrafa sollozante y escupió sangre por sus labios partidos.

—Vhalla —murmuró el príncipe Baldair en voz muy baja—. ¿Qué te ha pasado? —La miró bien y registró su cuerpo apaleado por primera vez.

La respiración de Vhalla era superficial y entrecortada, lo cual la tenía un poco mareada. Sus ojos pugnaban por enfocarse a través de la rabia que los cegaba, pero encontraron sus objetivos. Rata y Lunar dieron un paso atrás cuando la fuerza de su mirada se clavó en ellos.

El príncipe Baldair siguió la dirección de su mirada, y su cuerpo acumuló tensión como la cuerda del arco de un arquero. Respiró hondo antes de levantarse de un salto. El príncipe cruzó la corta distancia hasta la puerta de dos zancadas rápidas. Lunar y Rata se habían mostrado recelosos bajo la mirada furibunda de Vhalla, pero ahora el horror consumió sus rostros al ver al príncipe dirigirse a ellos hecho un basilisco. El príncipe Baldair puso una mano en la coraza de cada uno y los empujó contra la pared del fondo del pasillo.

—¿La habéis tocado? —rugió, inmovilizándolos al mismo tiempo en el sitio.

Los guardias parecían demasiado impactados para moverse mientras el musculoso cuerpo del príncipe los sujetaba sin problema.

—P… príncipe, n… nosotros… —tartamudeó Rata.

—Veréis, el senador… —intentó Lunar.

El príncipe Baldair sacudió la cabeza y se rio entre dientes.

—Estoy muy orgulloso de ser un hombre. Los hombres tenemos deberes, honores, en los que podemos basar nuestros actos y de los

que podemos enorgullecernos. —Levantó la vista para mirar a los guardias—. Maltratar a una mujer, maltratar a cualquier persona, es una violación de todas esas cosas. ¿Sabéis lo que les hago a los hombres que están bajo mi mando e ignoran sus deberes y su honor? —Los dos hombres lo contemplaron aterrados—. Hago que dejen de ser hombres, para que no nos puedan poner en mal lugar a los que sí lo somos.

—P… pero ella no es una persona. Es un bicho raro.

Vhalla por fin apartó la mirada. Rata no debería seguir siendo capaz de hacerle daño.

—¡Marchaos! ¡Fuera de mi vista! —rugió el príncipe Baldair. La ira en su voz resonó por todo el pasillo detrás de los dos guardias que huían a la carrera.

Con un suspiro, los observó marchar. El príncipe Baldair se volvió hacia ella y la miró desde lo alto con tristeza en sus grandes ojos, con una expresión como de disculpa. Toda su cara se rindió a la expresión. Vhalla clavó los ojos en el suelo. No quería su compasión.

—Lo siento. Son hombres de Egmun; él los recomendó. Debimos saber lo que harían. —Maldijo en voz baja y Vhalla lo miró con recelo —. Vhalla, sé que esto va a ser difícil, pero debo limpiar y vendar tus heridas. Lo siento pero no puedo hacerlo si no me dejas tocarte. —Vhalla bajó la vista de nuevo—. ¿Comprendes que morirás si dejamos que se infecten? —añadió.

—Lo sé. —Vhalla respiró hondo y reafirmó su determinación. Egmun había querido que se diera por vencida y se entregara—. Adelante.

El príncipe Baldair estudió a la mujer que tenía frente a él y le rindió un respeto subconsciente a la criatura que se abría paso con uñas y dientes desde el agujero oscuro al que no hacían más que tirarla. Con un gesto afirmativo, volvió a su caja, abrió el cierre y rebuscó entre el material que había solicitado a los clérigos. Cuando sus manos entraron en contacto con la piel de Vhalla, ella no movió ni un pelo. *Es el príncipe Baldair*, se dijo Vhalla, *él no me hará daño.*

—Yo fui el que te encontró. —El príncipe no levantó la vista al hablar—. Cuando se produjo el primer torbellino, acudí a la carrera. Esas cosas no suelen ocurrir así sin más. Si está pasando algo extraño, horrible y mágico, suelo encontrar a mi hermano por ahí cerca.

—¿Un torbellino? —preguntó Vhalla en voz baja. El príncipe

asintió.

—El viento era una locura. Dejó a esos norteños hechos pedazos; pedazos pequeños.

Vhalla lo miró, aturdida.

—Espera, ¿por eso…? —Empezaba a unir las piezas del puzle.

—¿De verdad no te acuerdas? —preguntó él, asombrado.

—No recuerdo nada —le dijo con total sinceridad.

—Vhalla, invocaste una tormenta de viento. Era casi tan grande como esa plaza entera —explicó el príncipe.

—¿De verdad le hice daño a Aldrik? —Estaba horrorizada.

El príncipe Baldair arqueó las cejas y las manos de Vhalla volaron hacia su boca cundo se dio cuenta de su error.

—¿Te permite llamarlo por su nombre? —El príncipe se rio bajito. Antes de que Vhalla pudiera decir nada, siguió hablando—. Aldrik resultó un poco magullado por alguna que otra cosa que volaba en el viento, creo que más de lo que me confesó después. Pero no te culpa. El viento no le hizo el mismo daño que a los norteños. —Vhalla soltó el aire contenido—. Solo pude llegar hasta ti cuando cesó el vendaval. —El príncipe se pasó una mano por el pelo—. Mi hermano estaba aferrado a ti con todas sus fuerzas. Como si fueses… no sé qué… —El príncipe Baldair se movió un poco, como si el recuerdo lo incomodara —. La boca abierta, los ojos como platos. —Baldair resumió la expresión que le estaba lanzando Vhalla a él en ese mismo instante—. Esa debió de ser también mi cara cuando lo vi aferrado a ti de ese modo.

Vhalla se miró las manos amoratadas y se preguntó si Aldrik querría volver a tocarla alguna vez.

—¿Por qué estás aquí? —El príncipe no había ido a contarle todo eso. Podía haberla atendido igual de bien cualquiera de los clérigos.

—Porque le debía un favor a mi hermano y él me pidió que hiciera esto —contestó Baldair con sinceridad. Vhalla frunció el ceño; era una carga para ellos. El príncipe sacudió la cabeza como si le hubiese leído los pensamientos—. Porque estaba preocupado por la mujer preciosa y encantadora con la que había bailado.

—¿Por qué no ha venido él? —Vhalla trató de evitar que el dolor se filtrara en su voz.

—Se está celebrando un consejo de guerra en estos mismos instantes, para hablar de la seguridad de la ciudad. Él tenía que asistir.

—Vhalla asintió sin decir nada—. El príncipe envolvió unas gasas limpias alrededor de la herida reciente de la parte de atrás de la cabeza de la joven—. ¿Por qué no te defendiste de ellos con tu magia?

—Lo intenté. —Se atragantó con nada en su garganta, abrumada de pronto. Se sentía más abandonada por su hechicería que por cualquier otra persona—. Pero mi magia… no es… no sé por qué no funcionó.

—No pasa nada, Vhalla. Ahora estarás a salvo —murmuró Baldair, consciente de que las palabras no arreglarían nada. El príncipe apartó un poco el saco para inspeccionar su hombro—. Esta es fea. Va a doler —dijo a modo de disculpa anticipada. Vhalla se rio y él la miró inquisitivo.

—¿Qué no duele? —preguntó ella con amargura. El príncipe volvió a fruncir el ceño.

—Túmbate —le pidió. Vhalla obedeció y contempló el techo mientras el príncipe encontraba una botella larga de líquido claro—. ¿Quieres algo para morder?

Vhalla negó con la cabeza.

Baldair retiró el corcho de la botella y vertió el contenido a través de la herida. Vhalla bufó y arqueó la espalda, luego se aferró a su ropa y se obligó a estarse quieta con respiraciones lentas y profundas.

—Eres mucho más dura de lo que aparentas. —El príncipe dejó la botella a un lado.

—¿Lo soy? —preguntó, y volvió a contemplar el techo mientras él cambiaba la botella por un frasco de ungüento cremoso—. No me siento dura.

El príncipe se encogió de hombros y metió los dedos en el ungüento para aplicarlo con generosidad sobre la herida. Vhalla hizo una mueca al sentir la presión.

—Perdona —murmuró él.

—No pasa nada —murmuró ella—. Aldrik y tú. —Vhalla notó que el uso del nombre de Aldrik hizo que Baldair la mirara de una manera extraña—. ¿Os lleváis bien? —Hablar mantenía su mente lejos del dolor.

—Te… —El príncipe suspiró—. Tenemos una relación extraña. —Vhalla lo miró de reojo; eso ya lo había deducido ella solita. Antes de que pudiese hacer ningún comentario al respecto, el príncipe giró la conversación hacia ella—. ¿Y tú? Está claro que Aldrik y tú os

entendéis. ¿Cuál es vuestra relación, exactamente?

Vhalla se puso tensa, y no por los dedos que presionaban alrededor de su herida. Se quedó unos instantes con la mirada perdida. Lo gracioso era que Vhalla no sabía cómo clasificar su relación con el príncipe heredero.

—No lo sé —repuso con sinceridad.

El príncipe Baldair la miró mientras enhebraba una aguja antes de inclinarse sobre ella. Una cortina de pelo dorado cayó delante de la cara del príncipe y sus ojos no llevaban nada de la alegría que había visto en ellos antes. Vhalla no estaba segura de si alguna vez había conocido a este príncipe Baldair. Parecía exhausto.

—¿Eso es todo? ¿No lo sabes? —farfulló, al tiempo que suturaba la herida.

—Eso es todo. —Vhalla evitó encogerse de hombros—. ¿Con cuánta frecuencia sabes lo que está pensando tu hermano? —La comisura de la boca de Vhalla se curvó un poco hacia arriba y el príncipe se rio incluso.

—Sabía que ibas a ser divertida. —Le hizo un gesto para que se sentara y así poder suturar la parte de atrás.

—¿Cómo aprendiste a hacer esto? —preguntó Vhalla, a la que la conversación le estaba resultando más fácil de lo esperado, dadas las circunstancias. Había algo en el príncipe Baldair, la misma sensación de comodidad que había sentido en sus aposentos.

—Mi hermano jugaba con libros de hechizos, yo jugaba con espadas. Los unos te hacen cortes con las hojas, las otras te cortan dedos. Vi a los clérigos tantas veces que aprendí lo básico. —Baldair sujetó el brazo de Vhalla hacia delante y vendó la herida para protegerla—. Ten cuidado. No te abras los puntos.

—Eso díselo a mis guardias —masculló.

El príncipe ni siquiera intentó disimular la mueca. Sacó un paño y otro gran odre de cuero del fondo de la caja. Mojó el paño y se lo dio a Vhalla.

—Toma, solo es agua. —Bebió un sorbito como para animarla. Vhalla no creía que fuese a perder tanto el tiempo en curarla si pensaba envenenarla. Tomó el paño y se limpió la cara. Hizo una pausa para contemplar la mezcla de negro y rojo que lo manchó al instante.

—Debo parecerme a la muerte personificada —caviló mientras

miraba el trapo sucio.

—Peor que la muerte. —Ni siquiera intentó halagarla—. Después de verte en esa sala, mi hermano rompió un espejo y un jarrón y prendió fuego a una silla de camino a las salas del consejo. Me faltó tiempo para ir en busca de la caja de un clérigo.

Vhalla se rio un poco y sonrió por primera vez en lo que le parecían semanas. El príncipe sacó una crema diferente y deslizó el pulgar por la mejilla de la chica. Vhalla se puso un poco tensa, pero ya no encontraba incómodo su contacto, al menos a este nivel limitado.

—Eso es. Estás más guapa cuando sonríes. —El príncipe reflejó la expresión de ella en su propia cara, pero el momento fue efímero. Vhalla no tenía ningún motivo para estar contenta.

—Me van a ejecutar, ¿verdad? —preguntó con serenidad. La sonrisa del príncipe se esfumó.

—Lo van a intentar —repuso con un gesto afirmativo. Vhalla lo respetó más por no mentirle.

—¿Por qué?

—No lo sé. Egmun ya lo estaba exigiendo antes de que Aldrik te hubiese traído de vuelta siquiera al palacio.

Vhalla se distrajo un momento al imaginar los brazos de Aldrik a su alrededor. El príncipe Baldair recogió su caja y le dejó el odre de agua, un puñado de paños limpios, el frasco de crema que había usado en su cara y un pequeño vial de jarabe verdoso. Vhalla devolvió su atención a él cuando se levantó.

—Supongo que habrá más partes de ti que querrás lavar sin mí aquí. El ungüento puedes usarlo sobre cualquier otro corte. —El príncipe señaló hacia las cosas que dejaba.

Vhalla miró de reojo el corte que subía por su muslo y desparecía bajo el traje de arpillera y asintió.

—Gracias —dijo con sinceridad.

—El líquido verde, Sueño Profundo, aliviará el dolor y te ayudará a dormir.

Vhalla lo miró dubitativa; no estaba segura de querer estar en un estado de somnolencia medio drogada en compañía de Rata y Lunar.

—Por favor, no te vayas —suplicó en voz baja.

—En realidad, no debería estar aquí. —Suspiró y recogió la caja.

—Entonces, enciérrame y llévate la llave. Devuélvesela a Lunar mañana —suplicó—. Así no podrán llegar a mí. Si tengo que estar

aquí con ellos toda la noche, me… —Un escalofrío la recorrió de arriba abajo.

—¿Lunar? —preguntó el príncipe. Vhalla se llevó un dedo a la mejilla, donde Lunar tenía su desafortunado rasgo distintivo—. Ah. —El príncipe Baldair sopesó su petición durante un momento y luego cerró la puerta con la llave que Lunar había dejado en la cerradura antes. Se la enseñó a Vhalla antes de guardarla en el bolsillo de su chaqueta. La joven asintió.

—Príncipe —se apresuró a decir. Él la miró—. Dile a Aldrik…

El príncipe miró pasillo abajo. ¿Que le dijera a Aldrik qué? Vhalla no había pensado tan allá. ¿Que nunca olvidaría su baile, durante todo el tiempo que le quedara de vida? ¿Que disfrutaba de su compañía más de lo que jamás hubiese esperado? ¿Que todavía tenía que dilucidar todos los complejos sentimientos que lo rodeaban? Al final, solo podía esperar que lo supiera.

—Por favor, dile «gracias» y «lo siento». —El príncipe le lanzó una mirada de extrañeza y asintió—. Y gracias a ti también, príncipe Baldair, por la razón que sea que hayas hecho esto.

—Ten cuidado —la advirtió el príncipe dorado—. Pareces una chica dulce, Vhalla. Está claro que hay algo mágico en ti y, aunque en realidad no lo entiendo todo, sí entiendo que Aldrik tiene fuego en las venas.

—Es un Portador de Fuego —explicó Vhalla, sin ninguna necesidad. El príncipe se rio bajito.

—Ya sé cómo lo llaman. —El príncipe sacudió la cabeza y apartó la mirada—. No quiero verte mezclada en el mundo oscuro de mi hermano y que sufras dolor de nuevo. Eso es todo.

No estaba interesado en darle la oportunidad de formular una respuesta. El príncipe se marchó con la llave y Vhalla oyó que sus pisadas desaparecían por el pasillo. Un estremecimiento frío atravesó su cuerpo.

Se quedó sola con sus pensamientos y los demonios que vivían en ellos. El recuerdo de Sareem volvió a ella y Vhalla hizo un fútil intento de reprimir sus sollozos con la palma de una mano sobre la boca. Era inútil y enseguida se vino abajo. Su llanto resonó por los pasillos. Cada vez que parpadeaba, veía su rostro, su rostro retorcido y roto, mirándola con el único ojo bueno que le quedaba.

Tranquila porque el príncipe se había llevado la llave, echó mano

del vial de líquido verde y bebió un buen trago. Antes de que regresaran Lunar y Rata, usó un poco más de agua y los paños para terminar de limpiarse, por poco sentido que tuviera, mientras hacía un esfuerzo por contener las lágrimas. Vhalla aplicó crema sobre todas las heridas superficiales que encontró y luego se tumbó.

Estaba exhausta y la poción hizo efecto enseguida. Sus gimoteos pronto dieron paso al silencio y Vhalla se quedó dormida en el suelo de piedra sin problema.

CAPÍTULO 27

Sorprendentemente, Vhalla durmió bastante bien. El agotamiento extremo hacía maravillas en la capacidad para dormir toda la noche del tirón, sin importar las condiciones. Al sentarse, notó que le palpitaba la cabeza y se frotó las articulaciones para eliminar algo de su rigidez.

Utilizó uno de los paños húmedos que había dejado el príncipe para refrescarse la cara, aunque no la dejase más limpia. Vhalla miró de reojo a la entrada de la celda y vio el hombro de un guardia ahí apostado. Supuso que sería Lunar. Volvió a tumbarse y cerró los ojos, pues no quería que se percataran de que se había despertado. Las pisadas de otra persona se acercaron por el pasillo.

—¿A ti también te han mandado aquí? —No era la voz de Lunar.

—Como si él fuese a separarnos. —No era Rata—. Menuda historia más loca, ¿verdad?

Vhalla se sentó, confundida.

—¿Quién está ahí? —preguntó, y dos caras nuevas se giraron hacia ella.

—Soy Craig —dijo un sureño que parecía más o menos de la edad de Aldrik.

—Daniel. —Un oriental. Algo en sus ojos relajados y juveniles hizo que Vhalla se sintiera un pelín más cómoda.

—¿Qué ha pasado con Lu… los otros guardias? —preguntó. Los hombres intercambiaron una mirada.

—Ayer por la noche, el príncipe heredero los descubrió robando de las arcas. Los mató en el sitio. —Craig pareció estremecerse. Vhalla abrió los ojos como platos, atónita—. En cierto modo, es una locura. Sabía que tenía temperamento, pero se requiere una ira especial para matar a dos de tus propios hombres así sin más.

—Baja la voz —bufó Daniel—. Lo último que quieres es atraer su

cólera sobre nosotros.

Vhalla los miró en un silencio pasmado. Rata y Lunar… Aldrik los había matado. Recordó cómo se había derretido la cara de la norteña, pero encontró su estómago extrañamente calmado.

Cuando por fin se le hizo un nudo no fue por la idea de sus muertes, sino más bien por la razón probable tras ellas. Aparte de lo que la gente creyera sobre él, Aldrik no mataría sin motivo; Vhalla no estaba dispuesta a creer nada distinto sobre él. Y solo se le ocurría un motivo.

—¿De verdad provocaste esa tormenta de viento? —preguntó Daniel, sacándola de sus pensamientos turbulentos.

—N… no estoy segura —repuso, sin saber muy bien cómo interpretar la expresión del hombre.

—¡Fue enorme! —Daniel abrió mucho los ojos y Vhalla se sintió un poco inquieta. ¿Era amigo o enemigo?

—En teoría, no deberías sonar tan emocionado. —Craig le dio un puñetazo en la cabeza a su compañero.

—Si lo hizo, eso la convierte en una Caminante del Viento. No entiendes lo que eso significa. —Daniel se frotó la coronilla con una sonrisa.

Vhalla se acercó un poco a los barrotes.

—Lees demasiados libros. —Craig puso los ojos en blanco.

—¡Y tú no lees ninguno! —Daniel se rio.

—¿Sabes cosas sobre los Caminantes del Viento? —preguntó Vhalla con timidez.

—No hasta hace poco —confesó Daniel, girándose hacia ella otra vez.

—No hasta ayer por la noche, quieres decir. —Craig volvió a poner los ojos en blanco—. Lo destinan aquí e intenta convertirse en experto en magia de un día para otro.

—Al menos tengo interés. —Daniel se encogió de hombros.

Vhalla los miró dubitativa. Justo entonces, la puerta del final del pasillo se abrió y su cabeza se vio invadida por el pánico en cuanto escuchó las pisadas. Ambos guardias se cuadraron al instante.

—Senador —saludó Daniel. Craig guardó silencio pero imitó los movimientos de Daniel. Vhalla fulminó con la mirada a Egmun. Sintió hasta el último moratón mientras el hombre estudiaba su cuerpo con mirada lasciva.

—¿Dónde están los guardias que tiene asignados? —preguntó Egmun.

—Nosotros somos los guardias que tiene asignados, señor. —Tanto Craig como Daniel seguían fijos en su saludo marcial. Egmun se frotó las sienes con un suspiro.

—Me doy cuenta de que sus estándares para los guardias son increíblemente bajos, pero al menos esperaba que pudierais leer el puesto que tenéis asignado.

Los dos hombres intercambiaron una mirada.

—Este es el puesto que tenemos asignado, señor —afirmó Daniel con confianza.

La boca de Vhalla se curvó en una sonrisilla de suficiencia al ver la expresión perpleja e iracunda que cruzó la cara de Egmun.

—¿Dónde están Salvis y Wer? —exigió saber el senador. Vhalla trató de adivinar cuál de los dos sería Lunar.

—Están muertos, señor —contestó Daniel.

Egmun perdió la compostura por la sorpresa durante un instante, y a Vhalla le entraron ganas de reír.

—*¿Muertos?* —repitió.

—Loro —musitó Vhalla en voz baja.

—¿Cómo? —Egmun rechinaba los dientes.

—Los encontraron robando de las arcas —aportó Craig—. Justicia imperial.

Egmun hizo una pausa y se rio.

—Oh, claro, ¿cómo no? —Sus ojos se posaron en Vhalla, que se alegró de que existieran esos barrotes para mantener al senador lejos de ella—. Claro que sí… —Egmun se rio entre dientes y dio media vuelta—. Su juicio empieza pronto. Aseguraos de que llegue puntual. —Egmun se alejó por el pasillo, su túnica esmeralda ondeando a su alrededor.

Vhalla soltó el aire.

—Parece tan agradable como una comadreja rabiosa en un saco de víboras —comentó Craig, inexpresivo.

—¡Craig! —bufó Daniel, pero no le llevó la contraria.

Con ese comentario, esos dos guardias se volvieron aceptables. Vhalla recordó que el príncipe Baldair había mencionado algo sobre que los guardias anteriores eran hombres de Egmun. Si eso fuese cierto, ¿de quién eran estos hombres? ¿Qué suerte la aguardaba?

Vhalla se puso en pie con esfuerzo.

Daniel rebuscó la llave correcta y abrió la puerta. Ella los miró expectante.

—Creo que se supone que debéis esposarme. —Vhalla extendió las muñecas hacia ellos, con la esperanza de que achacaran todas las lesiones pintadas sobre sus brazos a los norteños.

—¿Ah, sí? —dudó Daniel.

—¿E… eso creo? —Craig se apresuró a agarrar unos grilletes que colgaban de la pared. Esta vez solo se los pusieron en las muñecas.

—Parece absurdo —caviló Daniel mientras echaban a andar por el pasillo—. Eres una hechicera, ¿verdad? ¿De qué sirve esposarte?

—¡Daniel! —se quejó Craig—. Mejor no darle ideas a una persona que va a ser juzgada por traición, ¿no crees?

Vhalla movió un poco las manos; el tipo tenía cierta razón. Se arriesgó a probar su magia y se le escaparon unas lagrimillas de alivio cuando sintió un leve parpadeo en torno a sus dedos. Saber que estaba regresando redujo en parte su resentimiento por su ausencia para ayudarla contra Rata y Lunar.

Daniel hizo ademán de agarrarla del brazo.

—¡No! —exclamó, y se apartó espantada para adoptar al instante una actitud defensiva. El hombre dio un salto atrás, sobresaltado—. Quiero decir, no huiré. Por favor, dejadme andar sola.

El trayecto hasta la sala fue lento debido a su loca determinación de hacerlo sin ayuda. En su mente, Vhalla lo transformó de un tema paranoico ante la posibilidad de que le hiciesen daño a un tema de orgullo. Quería demostrarle a Egmun que podía entrar ahí sobre sus propios pies.

Abrieron la puerta y dio la impresión de que aún era temprano. Los tronos estaban desocupados y habían llegado solo la mitad de los senadores, más o menos. La miraron con un amplio abanico de emociones, desde horror e ira, hasta fascinación y escepticismo. Vhalla fue hasta el borde de su jaula, lo más erguida que pudo.

A medida que la sala se fue llenando de gente, también empezó a llenarse de luz. Una gran ventana circular en lo alto dejaba entrar el sol de la mañana. En algunos casos, los senadores ingresaban junto con otras personas a las que instalaban en los bancos de al lado de la puerta antes de ocupar sus propios asientos. Vhalla intentó ver si reconocía a alguien, pero no sintió ni un destello de esperanza hasta

que el ministro Victor tomó asiento. El hombre captó su mirada y asintió de un modo casi imperceptible.

Cuando el último senador se había instalado en su asiento, se abrieron las puertas de la sala y entraron los tres hombres de la realeza. Todos llevaban chaqueta blanca; el emperador y el príncipe más joven enfundados en pantalones azul claro, mientras que Aldrik los llevaba negros. Estaba claro que todos habían hecho concesiones.

Sobre la frente del emperador estaba la llameante corona del sol, cada una de sus puntas era una espada de luz dorada que subía hacia los cielos. Vhalla se preguntó qué aspecto tendría sobre la cabeza de Aldrik. Eso la llevó a recordar que, si conseguía sobrevivir a este juicio, algún día lo averiguaría. Algo muy profundo en su interior, debajo de los trozos fracturados de quien era ahora, sintió anhelo al pensarlo.

—Se abre la sesión de esta corte suprema. Vhalla Yarl será juzgada por los delitos de imprudencia, puesta en peligro, herejía, destrucción de bienes públicos, asesinato y traición. La prisionera se ha declarado no culpable. A continuación, vamos a escuchar a personas que hablarán en nombre del Senado y de la prisionera. Se comprometen a que sus testimonios sean veraces, so pena de que la Madre los fulmine con su justicia divina. —El emperador se acomodó en su trono. Los príncipes también se sentaron, lo que impulsó al resto de la sala a sentarse a su vez.

A Vhalla le dolían los hombros de sujetar en alto sus grilletes, así que decidió sentarse también. Miró al otro lado de la sala en dirección a Aldrik. Llevaba dibujada en la cara una expresión desprovista de emoción, igual que el día anterior. No parecía un hombre que hubiese creado una destrucción sin sentido entre sus deberes oficiales. No parecía un hombre que hubiese matado a dos guardias la noche anterior. Parecía casi aburrido.

Deslizó los ojos hacia ella un momento, pero apartó la mirada rápidamente, tras apretar la boca en una línea fina. Vhalla tragó saliva. ¿Estaría enfadado con ella?

Egmun le indicó al primer testigo que se levantara. Era una mujer sureña con una constitución del montón y un aspecto anodino. Vhalla trató de pensar si la había visto alguna vez, pero no lo recordaba.

—Gracias por venir aquí hoy —empezó Egmun—. Soy consciente de que es probable que recordar esto sea un gran trauma para usted,

pero tendré que hacerle unas cuantas preguntas sobre lo ocurrido hace dos noches. —La mujer miraba con temor a la gente poderosa que la rodeaba—. No esté asustada, no es a usted a quien estamos juzgando. Diga la verdad ante su emperador y la Madre en lo alto, eso es todo lo que le pedimos. —La mujer asintió—. Cuéntenos, ¿qué vio esa noche?

—Uhm, bueno, mi, emperador, príncipes, lores y damas. —La mujer hizo una pequeña genuflexión—. Como sa'en, primero hubo la explosión y yo traté d'huir. Pa'ece que to' el mundo en la ciuda' quería escapar. —El corazón de Vhalla empezó a latir más fuerte al recordar su esprint frenético entre las masas—. Y asín vi qu'el príncipe iba corriendo.

—¿Vio al príncipe entre la multitud? —preguntó Egmun.

—Yo corría tanto que n'hice reverencia ni na'. —Hizo otra genuflexión en dirección a Aldrik—. Sin ofender, milord.

—Estoy seguro de que el príncipe no se ofendió.

Vhalla se sintió ofendida en nombre de Aldrik porque Egmun pretendiera hablar por él. Si a Aldrik le molestaron las palabras de Egmun, su rostro no lo reflejó.

—¿Está segura de que era el príncipe? —preguntó Egmun. La mujer asintió a toda prisa.

—Notándolo porque corría *hacia'l* fuego, no pa'l otro la'o. E iba to' de negro, como suele, con ropa 'legante, así que supe qu'era'l príncipe.

Aldrik se movió en su trono, y Vhalla percibió el movimiento al instante, después de que hubiese estado tan quieto todo el rato. El príncipe apoyó la mejilla en su puño y se echó hacia atrás en el trono al tiempo que separaba un poco las rodillas.

—Senador —dijo Aldrik arrastrando la palabra—. Ya he reconocido que estuve ahí. Por divertido que pueda ser oír mi historia repetida en boca de una plebeya, apenas parece una manera relevante de pasar el tiempo.

Algunos de los otros senadores se rieron incómodos. Egmun se limitó a esbozar una sonrisa fría.

—Príncipe, solo trataba de establecer que la mujer, en efecto, estaba ahí y que, por tanto, su testimonio es fiable —explicó Egmun. Luego se volvió hacia la testigo para continuar con su interrogatorio —. Buena señora, cuando vio al príncipe, ¿estaba solo? —La mujer negó con la cabeza—. ¿Con quién estaba?

—La seguía a ella. —La mujer levantó un dedo despacio para

señalar a Vhalla.

—Como pueden ver, colegas senadores, he llamado a esta testigo para dar cuenta de la intención maliciosa y la herejía de la prisionera. —Egmun se giró hacia ella y Vhalla frunció el ceño—. ¿Por qué, si no, iba un príncipe a seguir a una chica anodina de baja cuna hacia el *corazón* del peligro? ¿Por qué se dirigiría ella ahí, si no era para matarlo? —Egmun miró al emperador y a los senadores, levantando las manos de manera dramática—. Porque lo había hechizado con su magia. Puso a nuestro príncipe en un trance del que ni siquiera él era consciente y lo llevó a su guarida para acabar con él. Por lo que sabemos, tramó todo esto con los norteños. —Vhalla agarró los barrotes de la jaula con fuerza, haciendo caso omiso del dolor que la tensión de sus músculos le provocaba en el hombro—. Por sí sola, una magia que hechiza a los hombres y les roba su voluntad debería ser punible con la muerte. No hay ningún otro…

—¡Yo no hice tal cosa! —exclamó Vhalla.

—¡La prisionera guardará silencio! —bramó el emperador, estrellando su bastón contra el suelo con un estrépito considerable.

Vhalla se echó atrás y dejó caer la cabeza.

Egmun podía tomar cualquier cosa que dijese la gente y convertirlo en lo que él quisiera. Cuando terminó con la testigo, tenía al Senado entero comiendo de su mano. Vhalla estaba casi segura de que podía afirmar que ella tenía una segunda cabeza que brotaba de su ombligo y sorbía las almas de la gente a través de sus narices, y ellos lo creerían a pies juntillas. Levantó la cabeza un centímetro para mirar a Aldrik a través de la cortina de su pelo.

El príncipe bostezaba de vez en cuando y hacía ostentación de parecer aburrido con todo el procedimiento. Vhalla se preguntó si le estaría resultando difícil soportarlo. Era insultante decir que alguien como ella podía darle órdenes de cualquier manera, igual que era insultante implicar que ella podría afectarlo como maestro hechicero que era. Y luego estaba el resto de las mentiras. Vhalla apretó la frente contra los barrotes cuando Egmun llamó a su segundo testigo.

Ese segundo testigo era un hombre, un constructor, que decía que las casas desplomadas mostraban daños achacables al viento, no a una explosión. Que, de lo contrario, era probable que hoy siguieran en pie. La tercera era una mujer cuya hija había muerto en la plaza, y Egmun comentó que quizá su hija había sobrevivido a la explosión pero que

después el viento la había matado.

—El ministro de Hechicería, Victor Anzbel —llamó Egmun.

El ministro ocupó el estrado. Tenía un puño sobre la cadera y se mostraba relajado.

—Hacía tiempo que no te veía, Egmun. —Victor sonrió. El senador lo miró con desdén.

—Esta no es una ocasión social, ministro. Tenemos asuntos serios de los que hablar —dijo Egmun muy tieso.

—Ya lo veo. Y yo me pregunto muy *en serio* por qué has encerrado a una de las aprendizas más prometedoras que la Torre ha recibido nunca como si no fuese más que una delincuente común.

Egmun arqueó las cejas.

Vhalla trató de disimular su sorpresa. ¿Era oficialmente una aprendiza de la Torre? Miró de reojo a Aldrik. Se había iluminado una chispa en sus ojos, dirigida a Egmun. Aquello lo divertía.

—¿Una aprendiza de la Torre? —Egmun parecía tener las mismas preguntas que ella—. No hay ningún reg… —El senador rebuscaba entre varios papeles que tenía sobre una pequeña mesa cercana cuando el ministro lo interrumpió.

—Por supuesto que no los hay. Todavía no se ha hecho público. Estábamos esperando hasta después del festival para anunciarlo. La joven tenía amigos en la biblioteca y queríamos que disfrutaran de las celebraciones. Parecía un momento inoportuno hacerlo durante las fiestas —explicó Victor tan tranquilo.

Vhalla parpadeó.

—Si ha ocurrido todo esto, ¿dónde están los documentos? —preguntó Egmun a toda prisa.

—Oh, mis disculpas, senador. —Victor rebuscó en su bolsa y extrajo un papel de aspecto oficial. Fue hacia el hombre y Egmun se reunió con él al pie de las escaleras que conducían a los asientos senatoriales—. Deberías encontrar todo en orden.

Egmun echó un vistazo al pergamino con el ceño fruncido.

—Esto lleva el sello del príncipe —gruñó Egmun.

—Desde luego que sí —confirmó Victor como quien no quiere la cosa—. Es muy activo en la Torre, como sabes.

Vhalla miró hacia Aldrik y vio que una sonrisilla de suficiencia curvaba las comisuras de su boca. Su confianza le quedaba como hecha a medida.

—Y del Maestro de los Tomos… —El papel temblaba como una hoja de otoño en las manos de Egmun.

Vhalla parpadeó, perpleja. ¿Llevaba la marca de Mohned?

—Senadores, creo que encontrarán todas las firmas necesarias, incluidas la mía y la de Vhalla.

¿Su firma estaba en ese papel? La habían falsificado, y sospechaba que sabía quién había sido. El maestro no lo hubiese hecho, aunque supiera que ese era su deseo, y Victor no conocía su letra.

Aldrik permitió que sus ojos se cruzaran durante un instante, y Vhalla lo supo. Con esa mirada sombría, él le estaba pidiendo que guardara silencio. Vhalla cerró los ojos un par de segundos y luego volvió a mirarlo, con la esperanza de que la comprendiera. Aunque no le había llegado a comunicar al príncipe su decisión final, tenía que suponer que, de algún modo, la conocía. Vhalla se preguntó si la firma de Mohned también habría sido falsificada, o si el maestro también estaría manipulando la verdad en su beneficio.

—De hecho, habíamos empezado a trabajar con ella; hubiese sido una irresponsabilidad no hacerlo. Ha pasado bastante tiempo en la Torre desde su Despertar. Tiene incluso una mentora. —Victor extrajo otro papel y Vhalla se dio cuenta de que Larel también estaba luchando por ella. Era un alivio ver que Egmun no era el único que podía pintar ilusiones con palabras.

—Si tan controlada estaba por la Torre, entonces ¿qué pasó la Noche de Fuego y Viento? —preguntó Egmun con brusquedad, su irritación bien patente ya.

—Cada persona se Manifiesta de manera diferente. No ha habido una Caminante del Viento en casi ciento cincuenta años. Solo podemos actuar según los conocimientos de los que disponemos —dijo Victor con tono casual.

—Esa actitud tan laxa puede haber conseguido que muriera gente —escupió Egmun.

—Estoy convencido de que el príncipe estaba haciendo todo lo posible por mantener un ojo puesto en nuestra prometedora aprendiza y todos los que la rodeaban. Solo podemos hacer ajustes sobre la marcha. Pero como punto de referencia, ¿se ha confirmado alguna muerte a causa del ciclón? —preguntó Victor.

Egmun hizo una pausa.

—Más bien al contrario —llegó una voz anciana y sabia desde la

parte de atrás de la sala. Todos los ojos giraron hacia ahí y Vhalla sonrió; Mohned había acudido—. Perdonen mi tardanza, buenas damas y lores del Senado, excelencias del imperio. —Caminó despacio hasta el borde del público sentado a la izquierda. El maestro se colocó detrás de la pequeña verja que separaba esa zona del estrado central de los testigos.

—Debe hablar solo un testigo cada vez —lo regañó Egmun, mientras le lanzaba a Mohned una mirada asesina.

—A mí me gustaría oír lo que tiene que decir, presidente electo —apuntó una senadora oriental desde su asiento.

Mohned se giró hacia el emperador.

—¿Si me lo permitís, alteza?

El emperador miró al Senado y recibió varios gestos de aprobación, así que asintió en dirección a Mohned. El maestro cruzó la verja para situarse de pie en el estrado al lado de Victor. Vhalla lo miró; estaba encorvado y aparentaba todos los años que tenía.

—Por favor, explique lo que quería decir —solicitó la senadora, robándole algo de control a Egmun.

—Acabo de llegar de ver a los clérigos. Por desgracia, uno de mis aprendices murió en la explosión.

—*Sareem* —Vhalla susurró su nombre en voz baja, y el rostro de su amigo empañó su visión un instante. ¿Tendría ocasión de llorarlo? ¿O se reuniría pronto con él en los mundos del Padre, en el más allá?

—Pero otra aprendiza estaba con él. El nombre de la chica es Roan.

—¿Está Roan viva, maestro? —preguntó Vhalla, desesperada.

El emperador dejó pasar su interrupción, para enfado de Egmun. El maestro asintió.

—Los clérigos dicen que, con el tiempo, se repondrá.

Vhalla ni siquiera intentó esconder sus lágrimas de alegría.

—Me alegro muchísimo —murmuró con voz ronca.

—Bueno, esto es muy conmovedor, pero no veo por qué es relevante. —Egmun trataba de recuperar el control de la situación.

—Roan, mi aprendiza, fue descubierta justo al lado del epicentro de la tormenta de viento —señaló el maestro—. Me han dicho que la tormenta tenía tal fuerza que destrozó a los norteños atacantes y derribó edificios enteros. Si la chica estaba justo al lado, ¿no hubiese resultado dañada igualmente?

Un murmullo se extendió entre los senadores. Egmun miró a su alrededor, la cara retorcida de rabia.

—Ahora que lo mencionas… —Baldair se unió a la conversación mientras se frotaba la barbilla, pensativo—. Ninguno de los cuerpos se movió, ni los muertos ni los vivos. El viento apenas pareció tocarlos. Seguían tirados por la calle. Imagino que un viento semejante los habría hecho volar por los aires.

El murmullo era cada vez más fuerte y, por primera vez, Vhalla respiró con un poco más de facilidad. No solo porque parecía que el control de Egmun estaba vacilando, sino porque se dio cuenta de que no había hecho daño a nadie, excepto a los norteños que habían intentado matarlos a Aldrik y a ella.

Egmun bajó las escaleras a paso airado y subió al estrado, el puño cerrado en torno al papel que le había entregado Victor.

—¿Es esta su firma, maestro? —Plantó el papel delante de la cara de Mohned, con lo que lo forzó a dar un paso atrás para intentar leerlo —. Dígame, ¿se había decidido ya que Vhalla Yarl se uniera a la Torre? —El senador dio otro paso agresivo hacia delante para plantar tanto el puño como el papel debajo de la nariz de Mohned.

—Deje que lo lea. —Mohned dio otro paso atrás y los bajos de sus vestiduras se engancharon en el pequeño reborde que rodeaban el círculo interno del estrado con forma de sol. El cuerpo viejo y frágil del maestro empezó a ladearse y Egmun no movió ni un músculo para estabilizar al anciano. Victor estaba demasiado lejos y Vhalla vio cómo ocurría todo, como diez segundos más despacio que todos los demás. El maestro no podía recuperar el equilibrio y, agitando los brazos por los aires, empezó a caer hacia atrás.

—¡Maestro! —gritó Vhalla y proyectó una mano entre los barrotes. Las cadenas de sus esposas entrechocaron con estrépito. Notó un cosquilleo en las yemas de los dedos. Su magia todavía parecía agotada y apenas reaccionó, pero se había recuperado lo suficiente como para obedecer su orden.

La caída del maestro se ralentizó con un aleteo de sus vestiduras y el viento lo depositó con suavidad en el suelo. Mohned giró la cabeza y sonrió a Vhalla mientras el resto de la sala se quedaba sentada en medio de un silencio pasmado.

Vhalla aspiró una bocanada de aire tembloroso y Victor ayudó al maestro Mohned a ponerse otra vez de pie con cuidado.

—Gracias, Vhalla —dijo con amabilidad, mientras colocaba bien los pies en el suelo.

Vhalla tuvo justo el tiempo suficiente de soltar un pequeño suspiro de alivio antes de que la sala se sumiera en el caos.

CAPÍTULO 28

—¡Guardias! —gritó Egmun.

Vhalla miró a Craig y a Daniel. Estaban paralizados en el sitio, y la extraña sensación de asombro en el rostro de Daniel mientras la miraba le indicó a Vhalla que su quietud no era del todo achacable al miedo.

—*¡Guardias!* —bramó Egmun, y los hombres se pusieron en marcha. La empujaron al suelo con brusquedad, las espadas desenvainadas, con la punta apretada contra la parte de atrás del cuello de Vhalla.

—¡Calma! —gritó Victor, con las manos en alto.

—¡Es un monstruo! —chilló un senador.

—¡No estamos seguros aquí! —aulló otro.

—Vhalla nunca haría daño a nadie —intentó el maestro.

—Esto no es natural —gritó un hombre.

—Serás estúpido, es asombroso —llegó una voz solitaria, aunque una o dos más musitaron opiniones similares.

Los gritos y las discusiones se volvieron más acalorados, y Vhalla sintió las botas de los guardias sobre su espalda. Había cometido un error. Sin pensarlo ni planearlo, había utilizado su magia delante de todo el mundo. Vhalla pugnó por girar la cabeza para ver lo que estaba pasando, muy consciente de que cualquier movimiento repentino podía ser permanentemente perjudicial para su salud.

—Deberíamos matarla ahora —bramó un hombre.

—¿Cómo podemos matar semejante poder? —espetó una mujer de vuelta—. ¡Es útil!

—¡Lo más importante de un poder es cómo lo utiliza esa persona! —intentó decir Victor, aunque Vhalla no estaba muy segura de que lo oyera nadie—. ¡Vhalla puede hacer grandes cosas!

El emperador empezó a golpear en el suelo con su bastón.

—Nos arrepentiremos del día de hoy si la dejamos salir de aquí con vida —dijo un senador.

—¡Matadla ahora! —chilló otro.

Vhalla contempló la escena: la mayoría de los senadores estaban de pie. Algunos discutían con otros, algunos increpaban a Victor en el estrado a sus pies. Egmun estaba quieto y en silencio, con una sonrisa malvada desplegada por la cara. Había ganado. Había demostrado que Vhalla no tenía ningún control sobre un poder diferente y aterrador.

—*¡Silencio!* —rugió el emperador, y toda la sala se sumió en un mutismo sorprendido. De golpe, todo el mundo se dio cuenta de que habían perdido los papeles. El emperador se puso en pie y descendió de la plataforma real. Mohned, Victor y Egmun se separaron con una inclinación de cabeza cuando el emperador pasó entremedias de ellos, con toda su atención puesta en Vhalla.

La aprendiza giró la cabeza un pelín; tenía un ojo aplastado y cerrado contra el suelo, y el otro cubierto en parte por su pelo. El emperador se arrodilló delante de ella al otro lado de los barrotes y apoyó una mano en su rodilla levantada. La miró con curiosidad.

—Dejad que se siente —ordenó.

Vhalla notó cómo Craig y Daniel retiraban los pies de su espalda. Se levantó despacio, las espadas de los guardias todavía apuntadas hacia su cuello. Vhalla se arriesgó a retirar el pelo de sus ojos.

—Mi señor, no creo que… —empezó el presidente del Senado.

—Silencio, Egmun. —El emperador levantó una mano. El hombre más poderoso del reino observó a Vhalla durante largo rato. Sus ojos azules parecían buscar algo en ella. Al final, Vhalla bajó la vista hacia sus manos, cruzadas en su regazo, sin saber qué era lo que el emperador quería ver.

—¿Podrías derribarme donde estoy ahora mismo?

—¿Mi señor? —Vhalla no podía creer lo que estaba oyendo. ¿Era un truco? ¿O una prueba?

—Estás esposada, con espadas al cuello, detrás de unos barrotes. Aun así, ¿podrías derribarme? —Aunque los ojos del emperador no se parecían en nada a los de Aldrik, Vhalla vio una intensidad familiar en ellos, y eso la hizo pensar bien su respuesta.

—Nunca he pensado en hacer algo así, y mi magia parece estar un poco rara ahora mismo, pero supongo que podría —contestó con sinceridad. El emperador asintió.

—¿Intentaste matar a mi hijo?

Vhalla lo miró a los ojos.

—No. —La voz de Vhalla sonó pequeña, pero fuerte, como un estoque de elaborada manufactura—. Lo único que querría en mi vida es salvar a vuestro hijo.

Recordó a Aldrik arrodillado, de un modo muy parecido a como estaba ella ahora, con espadas sobre el cuello. Esa imagen la sacudió de dentro hacia fuera y alimentó su determinación. Incluso bajo la mirada escrutadora del emperador, no apartó los ojos. En ese preciso momento, Vhalla no tenía nada que ocultar.

El emperador asintió.

—Quitadle las esposas. —Se puso en pie y Daniel se apresuró a envainar la espada para manipular las cerraduras en sus muñecas.

—Mi señor, deberíamos considerar… —empezó a protestar Egmun.

—Egmun, si esta chica hubiese querido matar a alguno de nosotros, podría haberlo hecho. Ya lo hubiera hecho. —Esa certeza pareció alterar a algunos senadores en la misma medida que calmaba a otros.

Una vez retirados los grilletes, Vhalla se puso de pie con piernas de cervatillo tembloroso y se frotó las muñecas con suavidad. Aunque todavía estuviera en una prisión, se sintió algo mejor sin estar esposada y encadenada.

El emperador no le había quitado el ojo de encima.

—Vhalla Yarl. —Vhalla levantó la vista. Era la primera vez que el emperador empleaba su nombre—. ¿Alguna vez has conspirado para dañar a mi imperio?

—No, por supuesto que no —respondió con franqueza.

—¿Conspiraste con los norteños en la Noche de Fuego y Viento? —preguntó, su mirada penetrante aún sobre ella.

Vhalla se quedó boquiabierta.

—¡No! —espetó, cortante, sin importarle con quién estaba hablando—. Mataron a mi amigo, amenazaron mi hogar, y… —Se calló a media frase y el emperador arqueó las cejas. Los ojos de Vhalla volaron hacia Aldrik—. Y… —repitió. ¿Cuánto querría Aldrik que dijera?—. Hicieron algo imperdonable.

—¿Qué paso esa noche? —preguntó el emperador.

—Yo estaba en la gala —empezó Vhalla—. Estaba… ahí cuando se produjo la explosión. Vi dónde había ocurrido. Mis amigos estaban

cerca del lugar; tenía que ir a ayudarlos. Así que corrí por la ciudad hasta encontrarlos. Entonces los norteños estaban sobre mí y… y… —Le estaba costando dejar a Aldrik fuera de la historia—. Pensé que seguirían haciendo daño a la gente. Me iban a matar y yo solo quería que murieran.

—¿Y el príncipe heredero?

Vhalla maldijo para sus adentros. Por supuesto que no iban a olvidarse de él con facilidad. Vhalla respiró hondo y por fin apartó la mirada.

—Él…

¿Él, qué? ¿Había sido una figura que la había apoyado y guiado desde el verano? ¿Una que la inspiraba? ¿Era alguien que le daba tantas ganas de sonreír como de patear algo? Vhalla deslizó los ojos hacia los senadores, que parecían pendientes de todas y cada una de sus palabras.

—Él es mucho mejor persona de lo que he escuchado decir. Vale mucho más que la gran mayoría de la gente en esta sala, y no solo debido a la corona que lleva sobre la cabeza. —Devolvió la vista al emperador—. Él quería ayudar. Si soy culpable de algo, es de haberlo puesto en una posición en la que se sintió obligado a hacerlo.

La sala se sumió en un silencio pasmado. Ni siquiera Egmun parecía poder encontrar algo que comentar. Vhalla no estaba segura de si se había condenado a sí misma, o de si Aldrik se pondría furioso por ello, pero no se arrepentía de sus palabras. Al final, bajó la vista y cerró los puños en torno a su saco.

Sin decir una palabra más, el emperador apartó por fin la mirada, dio media vuelta y regresó a su trono. Vhalla sentía los ojos de todos los presentes sobre ella, pero los suyos buscaron la mirada de uno solo.

Aldrik no se movió. Le ocultó sus emociones incluso a ella. Vhalla suspiró y bajó la vista de nuevo. Era inútil. Todo lo que creía saber acerca de ella y del príncipe estaba equivocado. Si no, ¿por qué no la defendía?

—Creo que tenemos suficiente información para tomar una decisión. ¿Tienes algo más que decir en tu defensa, Vhalla Yarl?

Vhalla negó con la cabeza sin mirar arriba otra vez.

—Propongo que pronunciemos nuestro veredicto mañana. Nuestro imperio está en guerra y tiene asuntos pendientes más importantes

que este. ¿Hay alguna objeción? —Como era natural, nadie alzó la voz para hablar en contra del emperador—. Guardias, llevaos a la prisionera.

Vhalla dio media vuelta y Craig abrió la puerta. La joven siguió a Daniel fuera, sin mirar atrás ni un instante. Recorrieron el trayecto de vuelta a su prisión en silencio, pero no hicieron ningún amago de volver a esposarla.

Dentro de la celda, las paredes se cerraron sobre ella. Vhalla se sentó al lado de la puerta, de espaldas a los barrotes para evitar dar la impresión de que quería hablar. Apoyó la cabeza contra un barrote con suavidad; la presión contra la parte de atrás de la cabeza fue un dolor bienvenido.

Suspiró y cerró los ojos. Tendría que soportar otro día de espera… y luego, su destino. Al menos saldría de ahí pronto. El final del juicio parecía haber girado a su favor, pero la cosa había empezado muy mal. Los gritos de la gente pidiendo su muerte resonaban en sus oídos.

A la mañana siguiente, Vhalla se despertó con la misma luz tenue en la celda y se preguntó qué hora sería. Se frotó los ojos y parpadeó para eliminar el sueño. La noche anterior la habían alimentado, pero habían sido solo restos de pan. Su estómago, sin embargo, no estaba demasiado dolorido debido a su costumbre de comer poco en cualquier caso.

El saco empezaba a picar y tenía unos deseos inmensos de darse un baño y cambiarse. Aunque volvieran a meterla dentro de algo de yute, quería deshacerse de este. Un gran suspiro alivió parte del estrés y trató de mantener a raya los recuerdos que amenazaban con terminar con su cordura. Para sobrevivir, tenía que compartimentar y encerrar bajo llave algunos pensamientos.

—Oh, estás despierta. —Daniel la había oído—. ¿Quieres desayunar?

Vhalla asintió.

—Iré a ver qué puedo encontrar —dijo Craig antes de alejarse corriendo.

—¿Qué hora es? —preguntó Vhalla, al tiempo que se acercaba más a los barrotes.

—Calculo que una o dos horas después del amanecer. —Daniel se giró y se arrodilló delante de ella.

—¿Han empezado? —Vhalla no tuvo que aclarar a qué se refería.

Daniel asintió.

—Sí, hace no mucho rato. No tengo ni idea de cómo va la cosa —dijo con tono de disculpa.

—No te preocupes. —Vhalla jugueteó con los hilos sueltos de su saco. Se le había quitado un poco el hambre al pensar en los hombres y mujeres reunidos en esa sala.

Craig regresó con un panecillo y un puñado de uvas.

—Es todo lo que he podido conseguir; al parecer, no tenían pensado darte nada de comer. —Le pasó las cosas a través de los barrotes y Vhalla empezó a dar mordisquitos a la comida.

—No me sorprendería que Egmun les dijera que parte de mis poderes consistían en no tener que comer —musitó con amargura, segura de que el hombre estaría contando más mentiras sobre ella en esos mismos momentos. Ambos hombres se rieron bajito y ella se forzó a tragarse el último pedazo de pan.

—Hoy vamos a llevarte a la Capilla del Amanecer —anunció Daniel. Vhalla lo miró con curiosidad—. Baldair nos dijo que, por lo general, los prisioneros quieren rezar antes de su veredicto. Para pedirle justicia y sabiduría a la Madre. O la absolución de sus delitos.

Vhalla nunca había sido una persona demasiado espiritual, pero aprovecharía cualquier excusa para salir de su jaula. La Capilla del Amanecer era el lugar de culto oficial para la familia imperial y para la capital. Era uno de los lugares públicos más altos en el palacio. Para llegar a la capilla, la gente común utilizaba una escalera exterior no lejos del Escenario Soleado. Era donde ordenaban a las Matriarcas de la Madre y donde se celebraban las mayorías de edad, las bodas y otras ceremonias religiosas de la familia imperial.

El día siguió su curso. Vhalla inspeccionó sus heridas y las encontró rojas e hinchadas, pero no peor. Lo que empezaba a volverla loca, sin embargo, era no saber. Si pudiese salir de su cuerpo, como había insinuado Aldrik una vez que podía hacer, entonces quizá pudiera ir a escuchar lo que se decía en la sala. Pero la idea de quedarse atascada fuera de su cuerpo otra vez la mantuvo firmemente anclada en el sitio, haciendo poco más que rodar piedrecitas por el suelo de un lado para otro.

—Vámonos —dijo Craig por fin. Vhalla se levantó y se pasó una mano por el pelo, aunque sus dedos se engancharon en nudos casi de inmediato—. No te voy a poner los grilletes, así que, por favor, no

intentes escapar.

—Lo prometo —aceptó, sin estar muy segura de si esos guardias eran de una inteligencia excepcional o de una estupidez extraordinaria por confiar en ella. Fuera cual fuere el caso, se alegró de que lo hicieran y de que le permitieran caminar en silencio entre ambos.

No había hecho casi nada en todo el día, pero Vhalla encontró el trayecto agotador. El camino era subterráneo, por escaleras en penumbra y pasillos llenos de telarañas. No se cruzaron con nadie más, lo cual la llevó a pensar que su celda estaba en algún lugar de retención temporal y no en el laberinto de mazmorras que se rumoreaba que existía debajo del palacio.

Al final, llegaron a una puerta bastante anodina. Había un sol ardiente sobre ella, fabricado en bronce pero deslustrado por el paso de los años. La puerta protestó ante los intentos de Daniel por abrirla, y solo empezó a moverse cuando el guardia la empujó con el hombro.

—¿Estás seguro de que es por aquí? —preguntó Daniel, y tosió una bocanada de polvo.

—Es lo que me dijo el príncipe. —Craig se encogió de hombros—. A lo mejor ha pasado un tiempo desde que la última persona utilizó esta entrada.

—Ha pasado mucho tiempo —masculló Daniel.

Vhalla dio gracias por que Craig hubiese pensado en agarrar una antorcha hacía un rato. Durante un breve instante, el corazón de Vhalla se aceleró al darse cuenta de que estaba muy lejos de cualquier otra persona, sola con dos guardias. No obstante, cuando las tenues luces de la capilla empezaron a colarse por la puerta, su respiración se relajó.

Entraron en una pequeña sala adyacente a la capilla que Vhalla no había visto nunca. Tenía un altar grande sobre el cual había una escultura de la diosa con los brazos estirados hacia delante. Estaba envuelta en llamas portadoras de vida y tenía una expresión firme pero amable en la cara. Sobre el altar había una serie de artículos rituales: un espejo dorado con un soporte de mármol blanco, una daga de acero y velas blancas y negras. Había solo cuatro reclinatorios, cuyos almohadones lucían viejos y desgastados. A Vhalla le dio la impresión de que los almohadones habían sido blancos alguna vez, pero ahora estaban raídos y grisáceos por el polvo.

Había otra puerta que Vhalla dio por sentado que conducía a la

parte central de la capilla. Parecía estar en mejores condiciones, además de estar reforzada con hierro y un candado dorado. Daniel se quitó las botas antes de entrar en el lugar sagrado y probar la otra puerta. Esa tampoco se movió, pero sí se oyó el revelador sonido metálico de un pestillo cerrado.

—Supongo que esperaremos fuera de aquí, pues. —Se encogió de hombros mientras se volvía a poner los zapatos—. Es el único acceso, así que sabemos que no puedes escapar.

—Te daremos privacidad para tus rezos —ofreció Craig.

Vhalla les dedicó a ambos una pequeña sonrisa. No podían darle gran cosa, pero lo que podían se lo daban. Con un asentimiento, se marcharon y la dejaron sola.

No le habían proporcionado zapatos, así que no tuvo que descalzarse antes de entrar en suelo sagrado, aunque deseó tener algo con lo que lavarse los pies y las manos. Fue hasta uno de los almohadones y se sentó sin ninguna energía. Contempló las llamas danzarinas que envolvían la escultura de la Madre. Era hipnótico y, aunque no era lo mismo que rezar, había algo pacífico en ello. Las Matriarcas decían que la Madre cuidaba de todos sus hijos; Vhalla se preguntó si a ella la habían perdido u olvidado. Una madre ya la había abandonado; quizás ese fuese su destino, sin más.

Las esculturas se convertían en relieves por las paredes exteriores. Cada uno contaba una historia de la Madre Sol y su eterno baile con el Padre Luna. La Madre creando el mundo; el falso hijo de ambos, el dragón del caos; cómo dividían el mundo para que el desorden no afectara a sus verdaderos hijos, la humanidad. Vhalla conocía todas las historias. Cada leyenda era un recuerdo de un libro que había leído en ese adorado asiento en la ventana. Le empezaron a escocer los ojos.

Entonces se abrió la puerta de la capilla, despacio y en silencio, y Vhalla se apresuró a secarse las mejillas y giró sobre sí misma. Una figura envuelta en granate entró por la puerta. Las Matriarcas de la Madre vestían de rojo oscuro para simbolizar la luz poniente del sol, una señal de que su vigilia duraría hasta el final de sus días. La puerta se cerró en silencio y la Matriarca la cerró con llave otra vez.

—Matriarca —empezó Vhalla, dubitativa—, he venido a decir mis oraciones antes de enfrentarme a mi destino —intentó explicar, preocupada por que creyera que estaba donde no debía estar.

Dos manos subieron para retirar la capucha hacia atrás.

—Lo sé —dijo una profunda voz masculina.

—¿Aldrik? —se sorprendió Vhalla.

El borde del cuello de su chaqueta asomaba por la parte de arriba de la gran capucha, y llevaba su corona dorada.

—No hables demasiado alto. —Miró a su alrededor antes de acercarse a ella a toda prisa. Aldrik se arrodilló en un almohadón enfrente de ella—. ¿Estás bien?

—¿Aparte de lo obvio? —Vhalla esbozó una sonrisa débil. Aldrik frunció el ceño.

—Esto no es un juego, Vhalla —la regañó con dulzura.

—¿Ah, no? Lo siento, pensé que sí. No sé tú, pero me he estado divirtiendo un montón. —Vhalla no estaba de humor para que le hablaran en ese tono.

Aldrik la miró con el ceño fruncido mientras sopesaba sus palabras.

—¿Tus nuevos guardias te tratan bien? —preguntó al cabo de unos instantes.

Eso confirmaba los temores de Vhalla. No era más que una cosita rota para él. Inspiró de manera brusca al sentir la ira bullendo en su interior. Nada podía compararse con el odio que inundaba su estómago al pensar en Rata y en Lunar. Recordar los ojos de Egmun sobre ella le daba ganas de morirse. Cada emoción negativa se intensificó al pensar en Roan y en Sareem, en la culpabilidad que la había estado torturando desde que se separó de ellos antes de que murieran… o de que casi muriera en el caso de Roan. Sintió ira incluso contra el maestro y el príncipe por haberse confabulado a sus espaldas, y una punzada de frustración la atravesó de arriba abajo. Cada mínima cosa por la que Vhalla podía sentirse enfadada salió a la luz entonces como consecuencia de su miedo y su vergüenza.

—¿Y a ti qué te importa? —le escupió al príncipe. Aldrik parpadeó como si lo hubiese abofeteado—. Has actuado a mis espaldas; te has convertido en el titiritero de mi vida; me has mentido; me tiraste de un tejado; me enseñaste sin ningún orden ni método; falsificaste mi firma. —Era inútil, y las lágrimas salieron en cascada—. ¡Ni siquiera has hablado en mi defensa!

Aldrik la agarró de los brazos con violencia y Vhalla se retorció frenética.

—¡No me toques! —chilló, espantada. Aldrik la soltó, una

expresión consternada y dolida en la cara. Vhalla se abrazó y notó cómo todas sus emociones brotaban por sus ojos—. N… no soy más que una cosa lastimosa para ti, *basura despreciable*, ¿por qué querrías tocarme? —Vhalla apretó los ojos con fuerza y se hizo un sollozante ovillo ahí sentada.

Cuando Aldrik por fin se movió, a Vhalla le dolía el estómago de tanto llorar. Esperaba que se marchase; quería que la odiara, para poder validar el odio que sentía en su interior. Sin embargo, no se marchó. El odio habría sido más fácil de gestionar que la frustración y el dolor que rebosaban en su rosto.

El príncipe abrió y cerró la boca, pero su labia le falló. Frustrado, agarró el almohadón que tenía al lado y se levantó al tiempo que se medio giraba y lo tiraba contra la pared. No llegó nunca, pues antes se incineró envuelto en llamas. Aldrik se quedó de espaldas a ella, jadeando con suavidad.

—Yo —su voz sonó grave y desgarrada—, no soy un buen hombre. Tal vez nunca lo haya sido. En esa farsa de juicio, lo más duro fue oír cómo malgastabas palabras para defenderme cuando todo lo que quería era que te defendieras a ti misma.

»Yo hubiese dejado que la ciudad ardiera de no haber sido por ti. —Se rio, y fue un sonido seco y medio desquiciado, desprovisto de su habitual tono aterciopelado. Vhalla pugnó por creerle—. No estaba en situación de abandonar el palacio, herido como estoy, así que me habría quedado sentado en el lugar más seguro que pudiese encontrar para esperar el desenlace. —Se giró hacia Vhalla y buscó sus ojos—. ¿Eso te sorprende? ¿No estás disgustada con tu príncipe?

»Habría estado tan contento de contemplar cómo las llamas consumían la mitad de la maldita ciudad para purgar su inmundicia, aunque eso significase sacrificar a los buenos por el camino. ¡Esos son mis súbditos! ¡Personas a las que he jurado proteger! —Levantó las manos por los aires—. Tienes razón sobre todo ello. Te quería a ti. En el mismo momento en que averigüé lo que eras, te quería como un trofeo más para poner sobre mi balda. Y tú, Vhalla, me lo pusiste muy fácil, no me costó nada manipularte para ir justo donde quería que fueras. Tú, con tu inocencia transparente.

—Para —susurró. Sus palabras dolían.

—Como una tonta ignorante, confiaste en mí y no cuestionaste jamás mi guía, ¡a pesar de conocer mi reputación! —Vhalla apartó la

mirada; no quería oír más—. Tienes razón, lo tenía todo organizado. El maestro lo supo en cuanto le conté mis sospechas, pero él no haría nada contra la voluntad del príncipe heredero, ni siquiera para advertirte. El ministro de Hechicería no sabía lo que tenía en ti, ¡te hubiese dejado marchar! Así que me tocó a mí asegurarme de que cayeras y Despertaras a tus poderes. Tal vez hubieses acudido al maestro en algún momento, pero ¿todas esas *elecciones* que creías tener? ¡Ese papel fue firmado cuando todavía te estabas recuperando de tu caída! El maestro sabía que ya estabas perdida para él, aunque tú misma aún no lo supieras. Todo lo que tuve que hacer fue seguir empujándote hacia delante, ser el profesor que te guiaba y te cuidaba, ¡y habría tenido tu magia para hacer todo lo que mi voluntad deseara!

—Aldrik, por favor… —suplicó Vhalla. Se atragantó con sus propias lágrimas.

—Y entonces… —Su voz se suavizó de manera notable. Sus hombros se hundieron y dejó caer los brazos flácidos a los lados—. Entonces me di cuenta de que solo quería estar contigo. Mis días eran mejores cuando tú estabas en ellos. Tu forma de pensar me entretenía y cautivaba. Era emocionante ver cómo descubrías la magia. Tenías una esperanza loca en la hechicería que yo no he sentido en casi una década. Empecé a encontrar excusas para llevarte conmigo, no porque *necesitaras* mis enseñanzas, sino porque… porque quería verte. Estaba impaciente por que llegara el momento de nuestros encuentros y… así, sin más, Vhalla, tu opinión empezó a contar para el príncipe heredero del imperio. Me importabas por quien eras, no por tu magia ni por lo que unos cuantos textos polvorientos digan sobre lo que los Caminantes del Viento podrían o no podrían ser capaces de hacer.

Vhalla parpadeó en su dirección. Se había quedado sin palabras.

—Quería tu perdón, como si esa aceptación inocente pudiese absolverme de toda la sangre que mancha mis manos. Quería verte en buen estado y contenta. Quería verte florecer, y quería solo un pedacito para mí: saber que, contigo, había hecho algo bueno. —Cerró los puños—. Y quería con toda mi alma mantenerte alejada del dolor.

»Sabía que la mejor manera de hacerlo sería salir de tu vida y, por la Madre, lo intenté. Pero seguía siendo demasiado egoísta para tolerar a ese chico de la biblioteca. Debí animarte a estar con él. Y después, a pesar de mis esfuerzos, mi hermano tuvo que meter baza… solo para torturarme. Y tú te pusiste ese maldito vestido. —Aldrik

cayó de rodillas delante de ella, los puños en el suelo y la cabeza agachada. Respiró hondo, y fue una inspiración un pelín temblorosa.

La cabeza de Vhalla daba vueltas como loca mientras procuraba asimilarlo todo.

—Hoy he hablado en tu favor —confesó. A Vhalla le dio un vuelco al corazón—. Antes de esto guardé silencio *no* porque no me importase, sino porque… porque no soy un buen hombre, Vhalla. Mis palabras tienen más probabilidades de condenarte que de salvarte. Hay gente en este mundo, en esa sala, que te haría daño solo por afán de hacerme daño a mí.

Dejó caer la cabeza otra vez, y unos cuantos mechones escaparon del peinado perfecto que llevaba siempre.

—Hay gente que ya lo ha hecho. —Dio un puñetazo al suelo con tanta fuerza que Vhalla dio un respingo y supo, sin lugar a dudas, que Aldrik tendría los nudillos ensangrentados. Si lo estaban, el dolor no fue nada para el príncipe, que siguió ahí arrodillado con rigidez.

Vhalla había dejado de llorar, y aprovechó el momento para secarse las mejillas con las palmas de las manos. Aldrik no se movía; apenas parecía respirar. Vhalla respiró hondo y se frotó la nariz.

Le importaba a Aldrik. Pero no tenía la energía suficiente para procesar el cómo o el por qué.

—¿De verdad estaban esos guardias robando dinero del imperio? —preguntó Vhalla, y encontró que en su voz había una serenidad sorprendente.

Aldrik se sentó otra vez. Sus nudillos, en efecto, estaban ensangrentados.

—No —respondió Aldrik sin tapujos. Vhalla cerró los ojos y volvió a respirar hondo.

—Aldrik —dijo con voz débil—. ¿Qué quieres de mí en realidad? ¿Qué soy para ti? ¿Soy una conquista? ¿Un trofeo? ¿Un proyecto? ¿Una diversión? ¿Una herramienta?

Aldrik tenía que decírselo ya. Seguir haciendo conjeturas la destrozaría, y la ristra de confesiones del príncipe estaba demasiado embarullada para que su cerebro exhausto pudiera descifrarlas. No significarían nada hasta que no supiera esto.

—Tú —empezó Aldrik, pero luego se calló.

Vhalla buscó en su cara, trataba de comprender todas las emociones complejas que levitaban sobre sus labios. Aldrik apartó la

mirada con un pequeño suspiro, pero devolvió los ojos a ella con una suavidad que no habían mostrado desde hacía tiempo.

—Eres una querida amiga íntima. Valga lo que valiere mi estúpida amistad regia.

Vhalla esbozó una leve sonrisa. Alargó la mano hacia él y el cuerpo de Aldrik se puso rígido.

—Vale mucho —susurró.

Apenas parecía respirar mientras ella se inclinaba hacia él para remeter los mechones entre el resto de su pelo. Aldrik levantó la mano para agarrar la de Vhalla con suavidad.

—No lo hagas —protestó ella con una vocecilla.

Esta vez, el príncipe impidió que retirara la mano; su agarre era firme aunque no doloroso.

—¿Por qué?

—Porque y… yo… —A Vhalla le temblaba el labio de abajo y le ardían las mejillas.

—Serás tonta —murmuró—. Como si algo pudiera hacer que no quisiese tocarte.

Vhalla se puso tensa pero permitió que su suave caricia borrara los restos de los maltratos de Rata y Lunar y las palabras de Egmun. Había algo terapéutico en la piel de Aldrik. No importaba lo que el mundo pudiese hacerle a Vhalla, el calor del príncipe siempre perduraba.

—Mi magia —dijo Vhalla después de un momento largo y tras sentir un cosquilleo eléctrico bajo las yemas de los dedos—. ¿Está… rota?

—¿Rota? —preguntó Aldrik. Hablar de magia pareció relajarlo.

—La he notado rara desde que desperté —explicó.

—Ah. —Aldrik sacudió la cabeza—. No, no está rota. Lo más probable es que estés agotada por el esfuerzo realizado. Es asombroso que no la agotases por completo; entonces sí que tendrías problemas.

—Todo es un problema, ¿verdad? —Soltó una risita suave y fue recompensada con una pequeña sonrisa por parte de él. Vhalla respiró hondo e hizo acopio de valor—. Aldrik, necesito tu sinceridad. No me importa la reputación que puedas tener. Quiero que seas franco conmigo. —Hizo una pausa y tragó saliva con esfuerzo—. Durante el tiempo que me quede de vida.

—La tendrás —le aseguró el príncipe heredero con un

asentimiento—. No temas, Vhalla, no permitiré que te maten. —Había hecho dos promesas peligrosas de una sola tacada, pero algo en su voz le dijo a Vhalla que estaba dispuesto a esforzarse mucho por mantener ambas. Aldrik le dio un apretoncito en la mano—. Debería volver ahí. El descanso para comer debe de estar a punto de terminar y, después de mi testimonio, estoy seguro de que querrán que me explique.

Vhalla se aferró a su mano como si su vida dependiera de ella, y sintió cómo unas lágrimas protestaban por su partida. Aldrik se quedó muy quieto. Incluso después de sus confesiones, después de la ira, después de todas las cosas por las que había pasado Vhalla, Aldrik seguía ahí. Aldrik, su príncipe, bueno o malo, seguía con ella. Los dos se miraron, a la espera de que el otro diese el primer paso. Vhalla habría dado cualquier cosa por que el tiempo se detuviese.

—Por favor, no te vayas —susurró con una voz apenas audible—. No quiero enfrentarme a su veredicto sola. —Le temblaban los hombros y pugnó por mantener las lágrimas a raya. A medida que pasaban los minutos, Vhalla se dio cuenta, con un horror estremecedor, de que la idea de morir la aterraba.

—Vhalla —murmuró Aldrik—. Nunca estás sola. Yo estaré ahí. —Tomó la mano de la joven y la colocó sobre su cadera. Su cuerpo estaba aún más caliente que sus manos—. No olvides nunca que estamos Vinculados.

Vhalla recordaba bien ese oscuro y feo punto negro del día que habían estado en el jardín. Miró allí donde su mano descansaba ahora, sobre el costado del príncipe.

—Encararemos esto juntos. —El tono de Aldrik era sincero y serio. Vhalla buscó confirmación y consuelo y él se los proporcionó en abundancia solo con sus ojos. Una vez más, Vhalla se dejó caer de manera desvergonzada en esas profundidades oscuras antes de que Aldrik se levantara para marcharse.

CAPÍTULO 29

Si Craig y Daniel habían oído algo, no dieron indicación alguna cuando se reunió con ellos poco después. También tuvieron la decencia de no hacer ningún comentario acerca de sus ojos rojos e hinchados. Mientras seguía a los dos guardias, Vhalla repasó la surrealista conversación que había mantenido con Aldrik.

El príncipe era un enigma perpetuo.

Le había dicho que era su amigo. Vhalla se preguntó qué le habrían enseñado exactamente como significado de amistad. Con él, las líneas entre la verdad y las mentiras eran borrosas y la vida de Vhalla no había mejorado, precisamente, desde que él había entrado en ella.

Cuando Craig y Daniel la volvieron a encerrar en su celda, Vhalla retomó su asiento al lado de la puerta. *Aldrik*, pensó, sin atreverse a decir su nombre en voz alta. Pasara lo que pasare, no lograba arrepentirse de haber conocido al príncipe oscuro.

«Amigos, ¿eh?», murmuró, al tiempo que recordaba cómo la había abrazado debajo de las estrellas. Vhalla abrió los ojos antes de que su cerebro la traicionara.

La puerta del final del pasillo se abrió de golpe y Vhalla oyó unos piececillos que corrían hacia ellos. Se giró para ver llegar a la carrera a un niño vestido con una anodina túnica gris de sirviente.

—Se solicita la presencia de la prisionera.

Craig y Daniel intercambiaron una mirada antes de volverse hacia ella. Vhalla asintió y se puso de pie; era la hora. Abrieron la puerta y ella caminó sin grilletes hasta la sala. Sin importar lo que pasase, Vhalla encontró alivio en la idea de que esa sería la última vez que haría ese trayecto. La puerta se abrió ante ella y Vhalla se zambulló en la luz; tuvo que guiñar los ojos mientras se acostumbraban al sol de última hora de la tarde.

El Senado estaba ahí, ya sentado. Algunos la miraban con ira, otros la contemplaban con calma. Vhalla trató de determinar si los senadores que habían pedido su muerte estaban enfadados o contentos. No logró dilucidarlo. Egmun estaba sentado en el centro y la miraba de manera extraña. Los ojos del hombre la incomodaban. Se le puso la carne de gallina y apartó la mirada.

La familia real estaba sentada en sus respectivos tronos. El príncipe Baldair parecía algo consternado, mientras el emperador daba golpes con su bastón otra vez. Vhalla, sin embargo, apenas lo oyó mientras sus ojos se cruzaban con los de Aldrik. El príncipe heredero tenía una expresión torturada en el rostro y se apresuró a apartar la vista cuando vio que ella lo miraba. A Vhalla se le puso el estómago del revés.

—Vhalla Yarl. —El emperador se puso en pie—. Después de mucha deliberación y revisión de las pruebas —Vhalla se dio cuenta de que echaba una breve mirada a su hijo mayor—, este alto tribunal ha llegado a un veredicto. Presidente electo.

Egmun se levantó. Sujetaba un gran pergamino ante él para leerlo.

—Vhalla Yarl, en este día, doscientos treinta y cuatro años después del nacimiento del primer Solaris, has sido juzgada por tus delitos contra la gente del gran imperio Solaris.

Vhalla cambió el peso de un pie al otro y forzó a sus manos a permanecer a los lados.

—Por el delito de imprudencia, te encontramos culpable.

Vhalla resopló por la nariz.

—Por el delito de poner en peligro a tus conciudadanos, te encontramos culpable.

Vhalla agarró los laterales de su saco de yute.

—Por el delito de hacerte pasar por un miembro de la nobleza, te encontramos culpable.

Vhalla miró de soslayo a Baldair. Estaba claro que no había ofrecido demasiada defensa por su papel en ese delito en particular.

—Por el delito de destrucción de propiedad pública, te encontramos culpable.

Empezó a sentirse mareada.

Egmun continuó leyendo mientras la miraban desde lo alto.

—Por el delito de herejía, te encontramos *no* culpable.

Era un comienzo.

—Por el delito de asesinato, te encontramos no culpable.

Vhalla agarró los barrotes y respiró despacio.

—Por el delito de traición —los ojos de Egmun saltaron hacia los suyos por un breve instante—, te encontramos no culpable.

Vhalla apoyó la cabeza en el frío hierro de su jaula. Quería sentirse aliviada, pero algo en los ojos dolidos de Aldrik la advertía de lo contrario.

—Para expiar tus culpas, es deseo del Senado, del pueblo, que seas reclutada para el ejército y apliques tus habilidades a la guerra en el Norte.

Vhalla parpadeó. La iban a convertir en soldado. Ella no sabía nada sobre luchar; enviarla ahí sería una sentencia de muerte. Abrió los ojos como platos; ese era el objetivo. Fuera como fuere, vencerían. Si Vhalla tenía éxito, ellos se atribuirían la gloria; si no, los norteños les harían el favor de matarla.

—Se te considerará propiedad del imperio hasta que acabe la guerra y serás enviada al frente en el plazo de una semana —continuó Egmun.

—Pero no sé nada sobre combatir —dijo en tono sumiso. El presidente electo la miró despacio.

—Nos han asegurado que tus poderes son especiales, que no tienen parangón. Si ese es el caso, estoy seguro de que aprenderás deprisa —le dijo Egmun con desdén.

Vhalla miró a su alrededor, empezaba a ponerse frenética; Aldrik agarraba su trono con tal fuerza que le temblaban las manos.

—Si se descubre que desobedeces una orden imperial, que participas en alguna actividad que implique traición a la corona, o si huyes de tu deber, serás ejecutada por las llamas justicieras del líder de la Legión Negra —Egmun hizo una pausa con una sonrisa siniestra en dirección a Vhalla—, el príncipe heredero Aldrik.

Vhalla se quedó boquiabierta.

La expresión del Aldrik no había cambiado. Vhalla miró después al príncipe Baldair, que miraba furibundo a su hermano. Vhalla se giró hacia los otros senadores, pero como era de esperar, vio poco amor por su parte.

—Esta es la voluntad del Senado en nombre del pueblo. —Egmun enrolló el pergamino y empezó a bajar las escaleras. Sus pisadas resonaban como un martillo contra el cerebro de Vhalla.

Se sentía aturdida; no la condenaban a muerte, pero esto era casi lo mismo.

Cuando Egmun estaba a medio camino del emperador y empezaba ya a subir a la plataforma imperial, Vhalla se permitió mirar a Aldrik. El príncipe se movió en el trono y, por un breve instante, se puso una mano en la cadera. El mensaje estaba claro.

Pasara lo que pasare, él no podía matarla debido a su Vínculo.

Esta era una orden tan peligrosa para él como para ella. No estaba segura de si la alegraba o la torturaba saber dónde lo colocaba a él. Si le ordenaban que la matara y se negaba a hacerlo, Vhalla no tenía ninguna duda de que estos mismos senadores se volverían contra él. Vhalla agarró los barrotes con fuerza y apenas pudo reprimir un grito. No tenían ni idea de la verdadera gravedad de lo que habían hecho.

Egmun le entregó el pergamino al emperador y regresó despacio a su asiento.

—Vhalla Yarl, ante la Luz de la Madre, he oído tus delitos, tus pruebas y la voluntad del pueblo con respecto a tu destino. Encuentro que este es un castigo justo y razonable para las ofensas que has cometido contra el imperio. —Un sirviente se acercó con un pequeño bol de cera caliente y un gran sello de metal sobre una bandeja. El emperador vertió el líquido fundido sobre el pergamino y apretó el sello contra el papel que contenía el futuro de Vhalla—. Así ha sido escrito y así se hará.

—Guardias, devolvedla al palacio y al cuidado de la Torre —dijo Egmun con una sonrisa feliz.

Craig y Daniel sacaron a Vhalla de la sala, y ni siquiera tuvo la oportunidad de ver a Aldrik una vez más. En lugar de volver a su celda, se encaminaron hacia arriba.

Ascendieron por un pasadizo interior, las piedras de la pared y del suelo poco a poco más pulidas y dispuestas con más cuidado. Las antorchas alineadas por las paredes aparecían ya con más frecuencia y el pasillo empezó a estar bañado en más luz que oscuridad. Después de una serie de puertas, llegaron a un arco que daba a un pasillo más grande donde los esperaba una chica, con las manos cruzadas delante de ella.

—¿Larel? —parpadeó Vhalla.

La mujer occidental esbozó una leve sonrisa al tiempo que se volvía hacia Craig y Daniel.

—Yo me ocuparé de ella desde aquí. Soy su escolta hasta la Torre —informó Larel a los acompañantes de Vhalla. Los hombres asintieron.

—La dejaremos en tus manos, entonces —dijo Craig. Vhalla se giró hacia ellos.

—Gracias por vuestra amabilidad —les dijo de corazón.

—Cuídate, señorita Caminante del Viento —añadió Daniel con una sonrisa triste pero genuina—. Tal vez te veamos durante la marcha al Norte.

—¿Estaréis ahí? —preguntó Vhalla mientras Larel la tomaba de la mano con suavidad.

—Así es —afirmó Craig con un gesto afirmativo.

Vhalla abrió la boca, pero no había tiempo de decir nada más. Les dedicó a sus guardias un asentimiento de reconocimiento más antes de dejar que Larel se la llevara. Vhalla nunca había estado más preparada para irse de un sitio en toda su vida. Su cabeza todavía daba vueltas por el veredicto.

Larel la condujo en silencio y con eficiencia por los pasillos del castillo. Serpentearon por los muchos corredores y por diversos pasillos secundarios para evitar cruzarse con nadie. Al cabo de un rato, llegaron a un gran cuadro del Padre. Lo habían representado apoyado contra un montón de escombros, la vista perdida en un punto de luz lejano en el cielo. Larel lo apartó a un lado y le hizo un gesto a Vhalla para que pasara.

Vhalla supo de inmediato que estaba en la Torre, pues las velas y antorchas habían sido sustituidas por orbes de llamas. Una oleada de emoción la recorrió de arriba abajo y se apoyó contra la piedra para intentar recuperar la respiración. Todavía no lo había asimilado todo. Larel le puso una mano en el hombro con suavidad.

—Tu habitación no está lejos —dijo con dulzura, centrada en una tarea cada vez.

—¿Mi habitación? —repitió.

—Y tu chaqueta negra —confirmó como quien no quiere la cosa.

Vhalla la siguió aturdida hacia las escaleras principales, que giraban hacia la izquierda y luego seguían hacia arriba. Pasaron por la puerta que Vhalla sabía que daba a la habitación en la que se había curado, pero ahora siguieron su ascenso. Unas pocas puertas más allá, llegaron a una que tenía el mismo aspecto que todas las demás, salvo

por una única placa de acero en el centro. Deslizó la mano sobre ella, palpó las letras grabadas sobre su superficie: *Vhalla Yarl*. Larel sacó una llave maestra y la abrió.

La habitación era una mejora notable con respecto a sus aposentos previos. Tenía un mobiliario estándar similar. Había un armario de un tamaño decente, un espejo, una mesa y una silla. Nada de esto llamó su atención.

Vhalla se acercó, en cambio, a una gran ventana que iba de suelo a techo. La abrió y salió a un pequeño balcón, poco más que un alféizar de ventana con una barandilla. Era la primera vez que salía al exterior en días y el aire fresco y seco la recibió como a una vieja amiga.

—¿De verdad es mi habitación? —preguntó, maravillada. Larel asintió.

—El ministro pensó que, dada tu Afinidad, una habitación como esta sería buena para ti.

Vhalla se preguntó cuántos aprendices más en la Torre, en todo el palacio, tenían una habitación con acceso al exterior, por pequeño y limitado que fuese.

Volvió adentro. Al abrir el armario, encontró toda su ropa colgada y ordenada.

—Traje tus cosas —explicó Larel.

Vhalla se fijó en un baúl que le resultaba familiar debajo de la cama. El resto de sus exiguas pertenencias estaban organizadas con pulcritud al pie del armario. Vhalla se mordió el labio cuando vio el grueso fajo de notas, ordenadas y bien atadas con hilo de bramante. Miró a Larel.

—No las he leído —dijo con suavidad—. Tu correspondencia con el príncipe no es asunto mío.

—¿Cómo supiste que eran de él? —preguntó Vhalla como una tonta.

—Hace mucho tiempo que conozco al príncipe. Es un Portador de Fuego talentoso y poderoso. Le cuesta hacer cualquier cosa sin dejar una pequeña traza de magia sobre ella. Es lo bastante tenue como para que la mayoría de las personas con magia no la detecten, pero… —Se encogió de hombros, sin terminar la frase.

Vhalla deslizó los dedos por encima de los papeles con nostalgia. Ojalá pudiese volver a aquellos días.

—¿Has oído el veredicto? —preguntó Vhalla, al tiempo que

cerraba el armario.

—No, el ministro solo me dijo que ahora formas parte de la Torre.

—Me encontraron no culpable de la mitad… de la mitad más grave de mis delitos. Pero por lo que sí me encontraron culpable… me han condenado a unirme al ejército. Ahora soy propiedad del imperio. Partiré con los soldados en cuanto vuelvan a la lucha. —Habló en tono sereno e inexpresivo, pues el aturdimiento todavía no se le había pasado.

—*¿Propiedad?* —exclamó Larel, espantada. Vhalla se limitó a asentir—. ¿Sabes algo sobre combatir? —Vhalla negó con la cabeza—. ¿Alguna vez has peleado con alguien en toda tu vida? —Vhalla volvió a negar con la cabeza—. Quieren que te maten. —Larel fue lo bastante valiente como para decirlo en voz alta.

—Sí, creo que ese es el plan —admitió Vhalla con voz débil.

—He oído que partirán pronto. —Larel se dejó caer en la única silla de la habitación y se tomó un momento para asimilar la noticia.

—Bueno, puedes quedarte con mi habitación cuando muera —comentó Vhalla en tono agorero. Tampoco era como si se mereciera una habitación tan agradable como esa.

—No vas a morir —anunció Larel con convicción—. Te curaremos y entonces, cuando partáis, te entrenarás con las legiones. Hablaré con el príncipe Aldrik y con la mayor Reale.

—¿La mayor Reale? —Vhalla tragó saliva. Quería compartir la determinación de la mujer, pero eso significaría que todo lo que le estaba ocurriendo era real.

—La mayor Reale es una de las líderes de la Legión Negra bajo las órdenes del príncipe Aldrik y el mayor en jefe Jax, aunque creo que Jax todavía está en el frente. La mayor Reale está aquí y partirá de vuelta con las tropas. Tardaréis dos o tres meses en llegar al Norte —explicó Larel—. Solo tardaron un mes en llegar hasta aquí, pero los hombres no iban tan cargados y tenían bastantes caballos. Esta vez, habrá reclutas nuevos, así que irán a pie. También habrá caballos de carga que tendrán que transportar mucho peso, y carros con víveres y otros suministros. Y he oído que el ejército parará en la Encrucijada para recibir soldados adicionales desde el Oeste. Ahí también ganarás algo de tiempo. Y todo ese tiempo lo aprovecharás para entrenar.

A medida que Larel le explicaba la situación, su confianza se iba volviendo contagiosa. Parecía menos imposible y un pelín probable

que Vhalla pudiese aprender lo suficiente para mantenerse con vida. Es decir, hasta que el recuerdo de los norteños con toda su determinación implacable volvió a ella. Vhalla se mordió el labio; era imposible pensar que sería capaz de hacer nada.

—Ven, hablaremos de esto más tarde. —Larel se levantó, como si percibiera el cambio en su determinación—. Deja que te enseñe los baños. Estoy segura de que te gustaría asearte.

Vhalla asintió. Había poco que le apeteciera más en ese momento que darse un baño. Tal vez pudiera frotarse tanto la piel como para arrancársela y encontrar a una persona nueva debajo.

Igual que todo lo demás en la Torre, los baños eran una mejora significativa con respecto a los que usaban los sirvientes. Era un baño común, no como la lujosa sala privada que había utilizado para bañarse antes de la gala, pero aquí también había grifos de agua fría y agua caliente, dos en cada uno de los diez cubículos que estaban listos para que la gente se aseara antes de meterse a remojo en una piscina humeante que ocupaba el tercio posterior de la sala.

Vhalla no había querido ni tocar su ropa limpia, de lo sucia que se sentía. Larel había sido muy amable de aceptar llevársela hasta ahí y justo la estaba dejando en una zona amplia para cambiarse que contaba con un gran espejo. Vhalla se detuvo un momento y se miró por primera vez en casi cuatro días.

Su pelo parecía una telaraña, con zonas apelmazadas y mechones que sobresalían en cualquier ángulo. De hecho, debía de estar al menos medio palmo más corto a causa de los nudos. Tenía la cara cubierta de manchurrones de sangre, hollín y maquillaje corrido. Sus ojos lucían cansados y afligidos, y sus mejillas, más chupadas de lo que las recordaba. Vhalla deslizó un dedo por el corte que discurría desde un ojo morado hasta el labio partido, y empezó a reírse.

—¿Vhalla? —preguntó Larel con dulzura; su preocupación era evidente.

—Estoy hecha un desastre. No me extraña que a los senadores no les costara verme como a una asesina demente. —Vhalla siguió riéndose, una risa que resonó a través de la impotencia vacía que encontraba en su interior.

—Necesito ver tus heridas, Vhalla. —Larel juntó las yemas de sus dedos—. Iré en busca de los ungüentos necesarios una vez que vea cómo están.

Vhalla se quedó parada un momento mientras la otra mujer se mantenía expectante. Se dio cuenta de que Larel le estaba pidiendo que se desvistiera.

Con un suspiro, Vhalla se quitó el saco por encima de la cabeza. Le temblaban las manos cuando el aire golpeó su piel, y Vhalla se forzó a ser valiente. Con un gruñido enfadado, tiró el saco de yute y su ropa interior a un rincón.

—Quémalo todo, Larel —ladró, con un tono oscuro en la voz que le sonó embriagador y casi dulce en su dejo áspero.

Larel asintió y, con un solo vistazo, una llama naranja consumió las prendas hasta que no quedó nada más que una pequeña mancha negra sobre las baldosas.

La mujer occidental se volvió hacia ella y dio la impresión de estar haciendo una lista mental. Estudió el hombro de Vhalla, tras retirar las vendas que la chica no había movido. A continuación, pasó a su cabeza, donde también quitó la gasa sucia. Vhalla vio los efectos de los maltratos de Rata y de Lunar: los moratones de su abdomen, sus brazos, sus piernas. Larel le ahorró los mimos inútiles o la ira sin sentido, y no hizo ningún comentario sobre la paliza.

—Muy bien, no tienen demasiado mal aspecto… físicamente, al menos —añadió, considerada, después de girar otra vez alrededor de Vhalla—. Iré a buscar unas cuantas cosas y volveré enseguida. Adelante, empieza a bañarte. Les pedí a las otras chicas que no vinieran por aquí durante un rato, así que deberías tener privacidad.

Vhalla se sentó en uno de los cubículos y abrió el agua caliente. Se echó el cubo por encima en el mismo momento en que terminó de llenarse. El agua abrasaba, y Vhalla respiró hondo antes de repetir el proceso. En cualquier caso, encontraba que no podía quemar lo suficiente y, después del cuarto cubo, su piel estaba rosa y un pelín humeante.

Frotó una pastilla de jabón hasta que hizo espuma y, tras encontrar una pequeña piedra pómez, hizo debido uso de ella. Aplicó toda la presión que pudo. Al principio, era para la gruesa capa de mugre, pero cada vez que paraba, la idea de la paliza de Rata y de Lunar la consumía. Al cabo de un rato, tenía la piel cubierta de manchas escocidas, casi en carne viva, donde antes había habido moratones. Vhalla tiró la piedra lejos antes de que pudiera seguir haciéndose daño.

Volvió a echarse agua por encima y decidió centrarse en su pelo. Lo enjabonó con dedos delicados, frotando bien los nudos e hincando incluso las uñas en su cuero cabelludo. El agua salía roja de tanta sangre seca, así que Vhalla se lavó el pelo de nuevo. Después del tercer lavado, encontró un pequeño cepillo e intentó peinar esa maraña imposible.

Fue un proceso lento. Cada vez que aplicaba el cepillo a su pelo, encontraba un nudo. Vhalla empezó por la coronilla y fue bajando. Más o menos a la mitad, los nudos empezaron a amontonarse unos sobre otros y no lograba meter el peine. Intentó cepillarlo desde abajo, con muy poco éxito. Probó por el lado izquierdo, luego por el derecho, pero no tuvo suerte.

Al final, tiró el cepillo contra la pared y enterró la cara en las manos. No quería llorar más; estaba harta de sentirse débil y triste. Estaba harta de sentirse impotente, harta de luchar y harta de sentir como si el mundo se hubiese vuelto en su contra. Se puso de pie y volvió al espejo. Contempló la masa de nudos a mitad de su pelo.

Un destello plateado captó su atención y Vhalla agarró una cuchilla, luego un puñado de pelo. Respiró hondo. El enredado mechón mojado que cayó al suelo fue una de las cosas más beneficiosas psicológicamente que había hecho en mucho tiempo. Vhalla agarró el siguiente puñado de pelo y la cuchilla pasó a través con facilidad; luego el siguiente, y el siguiente.

Se lo cortaría todo. Cortaría la ira, el dolor y la frustración. Cortaría y cortaría hasta que quedara esculpida en algo mejor, algo más fuerte. Querían matarla, así que esta Vhalla moriría, decidió, y una nueva Vhalla resurgiría de sus cenizas.

—¿Vhalla? —La voz suave de Larel rompió el silencio. Vhalla se preguntó por qué sus hombros no dejaban de temblar.

—Era una maraña imposible. Además, tampoco me gustaba demasiado. —Vhalla miró el montón de pelo en el suelo y se encogió de hombros, como si le diera igual la longitud que había llevado siempre sobre la cabeza. Sus dedos pasaban con facilidad ahora por el pelo que le quedaba, lo bastante corto como para que se le viese la nuca.

—Siéntate —le indicó Larel, al tiempo que le hacía un gesto hacia la banqueta del cubículo y ella tomaba la navaja recta. Larel procedió a darle un toque más pulcro a sus trasquilones—. ¿Quieres flequillo?

—Larel señaló hacia su propia frente, al pelo que colgaba justo delante de sus ojos.

Vhalla se encogió de hombros.

—Cualquier cosa me parece perfecta. —Ya no le importaba demasiado; la parte curativa de su corte de pelo había terminado.

Larel lo evaluó durante un momento y luego trabajó con el pelo de alrededor de la cara de la joven. Vhalla pensó que tal vez debería estar nerviosa por que alguien sujetara un cuchillo tan cerca de sus ojos, pero se sentía muy tranquila en compañía de Larel. La mujer de piel oscura dio un tajo adicional que le dejó un gracioso flequillo casi sobre el ojo derecho. Luego empezó a retocar su trabajo.

—Ya está. —Larel dio un paso atrás—. Ven aquí y mírate.

Larel le tendió la mano y la condujo con ternura hasta el espejo. Vhalla no reconoció a la persona que la miraba desde el otro lado. Piel apagada y ojos apáticos que tenían una peligrosa cualidad penetrante en ellos. Se llevó los dedos al pelo. Vhalla nunca lo había llevado tan corto y no estaba muy segura de quién era con un corte tan severo.

—Gracias. —Vhalla no sabía qué más decir.

—De nada. —Larel sonrió con amabilidad y le puso una toalla grande alrededor de los hombros. Parecía seda después del saco de yute.

La mujer le dijo que se sentara de nuevo en la pequeña banqueta y empezó a aplicar ungüentos sobre sus heridas. También le dio una botella de líquido para beber que creó un fuego momentáneo en sus venas. El hombro requirió algo más de atención.

—¿Quién te lo cosió? —preguntó Larel mientras alargaba la mano hacia un pequeño frasco de pasta blanca.

—El príncipe Baldair —repuso Vhalla.

—¿El príncipe Baldair? —repitió Larel, las cejas arqueadas—. Vaya, eso suena como una buena historia.

—Dijo que su hermano le había reclamado un favor —explicó Vhalla repitiendo sus palabras, aunque se calló el comentario de Baldair cuando dijo que además quería hacerlo por sus propias razones.

—Esos dos… Uno de ellos siempre le está reclamando alguna deuda al otro. —Larel chasqueó la lengua y sacudió la cabeza.

Vhalla decidió dejarlo pasar.

Sopesó su propia relación con el príncipe heredero. ¿Le debía

también alguna cosa? ¿Podía ser que él le debiera algo a ella? Cualquiera de las dos ideas la hacía sentir incómoda. No le gustaba la sensación de llevar la cuenta de esas cosas. Ella haría casi lo que fuera por Aldrik, *sin importar si se lo debía o no*.

Larel terminó de ponerle ungüentos y vendas nuevas sobre las heridas, aunque después de inspeccionar la cabeza de Vhalla, optó por dejarla al aire. Vhalla se vistió despacio, regodeándose en su ropa limpia.

La mujer morena le tendió una tela negra. Vhalla miró la prenda que colgaba de su mano durante unos segundos largos. Esta era quien era ahora. La tomó, estudió la negra chaqueta corta. Tenía las mangas un poco más largas que la de Larel, justo por encima de los codos, pero tenía el mismo cuello alto y terminaba a la altura de su cintura.

Vhalla metió un brazo y luego el otro, y se la colocó bien con ambas manos. Se miró al espejo, contempló a la nueva persona que la miraba desde él.

Una hechicera con cicatrices de guerra, amigos perdidos y las manos manchadas de sangre era la persona que ocupaba ahora el espejo. Los rostros asustados de los senadores volvieron a su mente con una claridad muy vívida. La estaban enviando a la guerra, así que iría y se convertiría en alguien a quien tendrían buenas razones para temer.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, lo diré otra vez: gracias a todas las personas mencionadas en mi dedicatoria y a todos los demás que me apoyaron desde el mismísimo principio. No tenía ni idea de en lo que iba a convertirse *El despertar de la bruja de aire* y me alegro muchísimo de que no me permitieseis darme por vencida antes de tiempo.

Michelle Madow, gracias por tu apoyo sin fin. Has sido irremplazable en mi viaje por el mundo editorial y de verdad que no sé dónde estaría sin ti. Todas tus críticas constructivas y tu percepción me hicieron esforzarme más y me convirtieron en una escritora mejor, cosas que no tenías por qué hacer, aparte de porque eres una amiga increíble. Tus correcciones, comentarios y revisiones fueron extraordinarios para mí y este libro no sería lo que es sin ti.

Mi editora, Monica Wanat. Desde el momento en que te conocí supe que ese sería el comienzo de una relación maravillosa. Tú recortaste palabras que yo ni siquiera creía que tuviesen que ser recortadas, y gracias a ello mejoraste la historia. Gracias por ayudarme a corregir mis defectos y a pulir mi obra.

Mi artista de la portada, Merilliza Chan, tú hiciste saltar por los aires todas mis expectativas y me diste algo que no hubiese podido conceptualizar ni en mis sueños más locos. La gente dice «No juzgues un libro por su portada», pero con la portada que tú has creado ¡espero que lo hagan! Tú lograste que Vhalla cobrara vida de una manera que yo no podía conseguir. Por ello, te estaré eternamente agradecida y apenas puedo contener mi emoción por la siguiente cubierta de la saga.

Jessica, sin ti ahí, es posible que este libro ni siquiera existiese. Fuisteis tú y todas nuestras conversaciones e interminables trayectos en coche llenos de charla sobre libros y una música realmente épica los que me devolvieron la pasión por la escritura. Espero que sepas el papel tan importante que has desempeñado en mi vida y lo asombrosa que eres como amiga. Gracias por recordarme que fuera paciente y

torturara a mis personajes.

Katie, ¿dónde estaría si no te tuviese para emocionarnos con las cosas más frikis? En un lugar muy triste, ahí es donde estaría. Tu entusiasmo me mantuvo activa mucho después de que el glamur inicial de escribir estas palabras se diluyera. De no haber sido por ti, tal vez nunca habría encontrado el valor para continuar adelante. Tú me inspiraste más de lo que imaginas en la escritura.

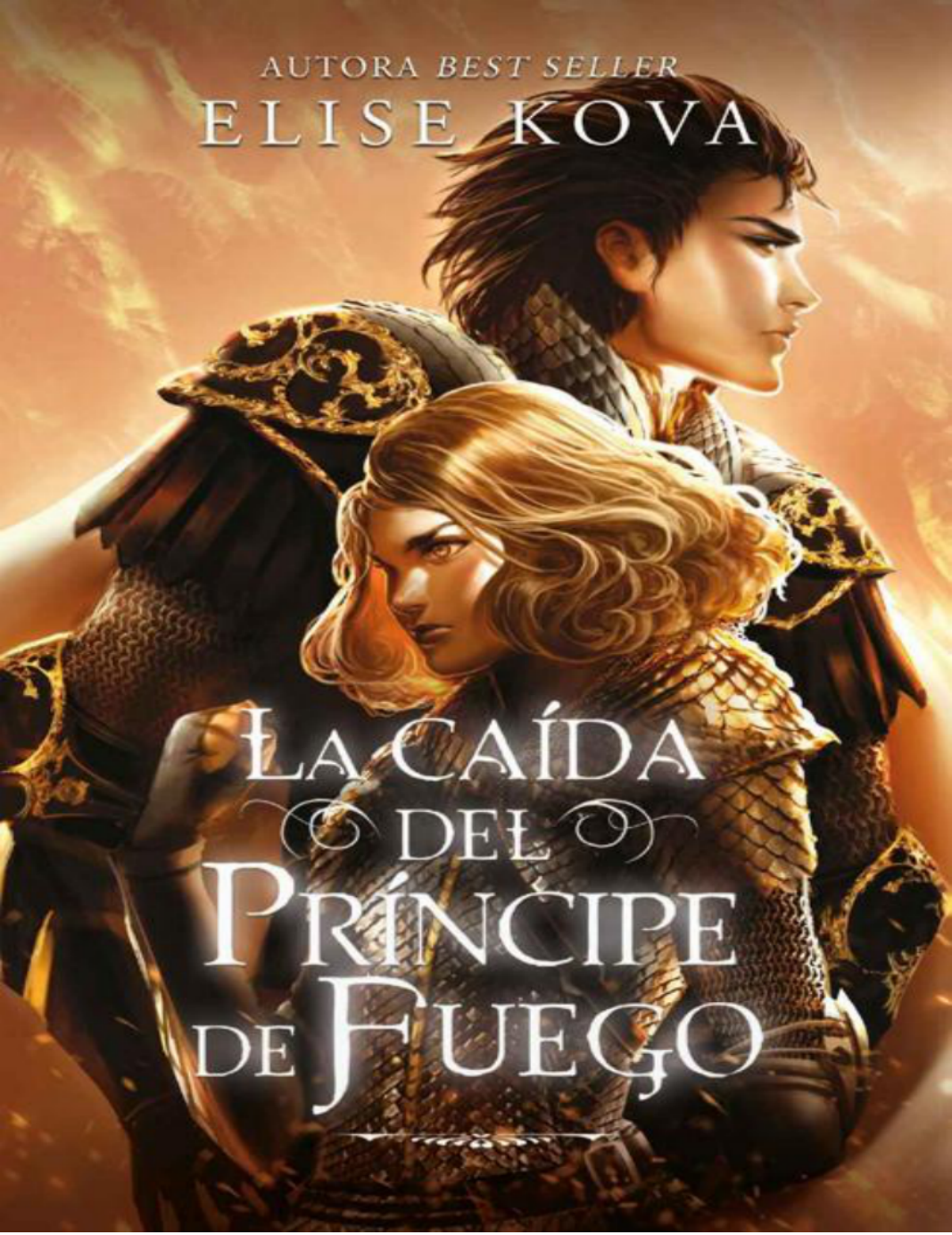
Dorothea, Pete y Tom, mis comidas con vosotros tres fueron esenciales para que me organizara y mantuviera la cabeza en orden durante un proceso abrumador. Espero devolveros el favor a medida que vaya acumulando algo de experiencia.

Mi hermana Meredith, la otra mitad de mí, mi «gemela nocturna», gracias por tu confianza, tu amor y tu pragmatismo. Siempre estás ahí cuando más te necesito y siempre has sido una fuerza que alimenta todo lo que es positivo en mi vida. Eres la persona que me enseñó la verdadera profundidad del amor familiar e inspiró las relaciones de esta historia.

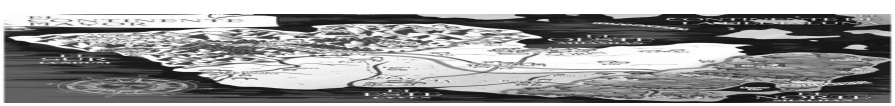
Mis padres, Madeline y Vince, no tengo las palabras suficientes para daros las gracias. No solo por vuestro apoyo mientras escribía este libro y vuestras opiniones sobre mis borradores, sino por todo lo que habéis hecho siempre por mí como persona. No soy perfecta, y siempre tendré más que aprender y en lo que crecer, pero no sería ni la mitad de la mujer que soy hoy sin vosotros dos. Espero que disfrutéis de todas las revisiones de este volumen de *El despertar de la bruja de aire* y de los que están por venir.

Table of Contents

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
AGRADECIMIENTOS


AUTORA BEST SELLER
ELISE KOVA
LA CAÍDA DEL PRÍNCIPE DE FUEGO

AUTORA BEST SELLER
ELISE KOVA
LA CAÍDA
DEL
PRÍNCIPE
DE FUEGO



ELISE KOVA

La caída del Príncipe de Fuego

VOLUMEN dos

Argentina · Chile · Colombia · España

Estados Unidos · México · Perú · Uruguay

Título original: *Fire Falling*

Editor original: Silver Wing Press

Traducción: Guiomar Manso de Zuñiga Spottorno

1.ª edición: enero 2023

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright* , bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

© 2015 *by* Elise Kova

All Rights Reserved

© de la traducción 2023 *by* Guiomar Manso de Zuñiga Spottorno

© 2023 *by* Ediciones Urano, S.A.U.

Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid

www.umbrieleditores.com

ISBN: 978-84-19413-24-6

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

Para mis mayores fans:

Mamá, Papá y Mer.

Las personas a las que les debo todo. Literal.

CAPÍTULO

1

El mundo era un infierno.

Humo espeso. Cenizas. Calor abrasador.

Vhalla corría entre figuras oscuras. Más y más deprisa, corría a través de la noche, de una escena horripilante a la siguiente, como si corriera hacia el fin del mismísimo mundo. Las personas oscuras y sin rostro empezaban a cerrarse a su alrededor, la estorbaban, la asfixiaban.

Las lágrimas ya rodaban por sus mejillas cuando estiró una mano para empujar a la primera figura. La aparición soltó un grito desgarrador antes de quedar hecha pedazos y disolverse en un humo tipo viento. Las yemas de los dedos de Vhalla se apoyaron en la siguiente. Otro grito. Vhalla no quería seguir adelante, pero su corazón tamborileaba dos únicas palabras: más deprisa, más deprisa, más deprisa.

Así que Vhalla corrió. Corrió y cada aparición sombría con la que entraba en contacto se disolvía en la oscuridad que se cerraba poco a poco sobre ella. Nada podía impedir los gritos moribundos de las personas de sombras,

gritos que reverberaban en el alma de la joven… ni las palmas de sus manos apretadas sobre las orejas, ni siquiera sus propios gritos.

Y de repente, silencio.

Vhalla bajó las manos despacio, abrió un ojo, luego el otro. No había nada detrás de ella, nada a su lado; el camino que tenía delante estaba iluminado por una última llama titilante que consumía un edificio que se había desplomado. Atraídos por una fuerza invisible, sus pies se arrastraron centímetro a centímetro hacia los escombros. Ya llegaba demasiado tarde. Siempre llegaba tarde, todas las noches.

Vhalla empezó a retirar los escombros, un bloque grande tras otro. Las llamas lamían sus manos, pero no la quemaban. Ni siquiera las notaba calientes. Él estaba al fondo, esperándola, y Vhalla estrechó entre sus brazos el maltrecho y ensangrentado cuerpo de su amigo muerto y lloró hasta tener la garganta en carne viva.

—Sareem —sollozó contra su hombro sanguinolento—. Te prometo que la siguiente vez seré más rápida. Por favor, no me esperes.

Las manos del joven cobraron vida de pronto y la agarraron de los brazos. Con una fuerza repentina, su amigo invirtió sus posiciones y la estampó contra el suelo. Su cadáver la apretó contra la calle de adoquines. La mitad de su cara no era más que una masa viscosa que goteaba sangre sobre el hombro de la chica.

—Vhalla —masculló. Parte de su mandíbula había desaparecido y el hueso restante se movía con una inclinación extraña—. ¿Por qué no viniste?

—¡Lo intenté! —chilló, suplicante—. ¡Lo siento, Sareem, lo siento!

—No estabas ahí. —El cadáver de su amigo se inclinó hacia delante, casi tocó su cara—. No estabas ahí y morí por tu culpa.

—¡Lo siento! —gritó Vhalla.

—Estabas con él. —Su agarre le estaba cortando la circulación y los dedos de Vhalla se quedaron insensibles—. ¡Estabas con él! —Sareem la sacudió —. ¿Dónde está ahora? ¿Dónde está ahora? —exigió saber su amigo de la infancia, mientras la sacudía como a una muñeca de trapo. Su cabeza rebotaba contra el suelo.

Vhalla forcejeó contra los brazos que la agarraban cuando la sacudieron otra vez.

—¡No, no! ¡Intenté salvarte! —sollozó.

—¡Vhalla, despierta! —le ordenó una voz diferente, y Vhalla abrió los ojos rápidamente.

Las palmas de las manos de Larel resbalaban arriba y abajo por los brazos de la joven. Sus oscuros ojos occidentales estaban cargados de preocupación. Vhalla parpadeó al mirarla, al sustituir la imagen de su amigo muerto. El recuerdo de Sareem hizo que se le revolviera el estómago y rodó hacia el lado de la cama para vomitar en una bacinilla muy bien colocada.

—Esta es la tercera noche seguida —dijo una voz desde la puerta. La misma voz que había oído las dos noches anteriores.

Vhalla levantó la vista al tiempo que se secaba la saliva de la barbilla. Había un hechicero en la puerta, y no parecía precisamente contento.

—Dale un poco de cuartel. —Larel tampoco sonaba contenta.

—Dame a mí un poco de cuartel. —La persona bostezó, pero hizo caso del tono de advertencia de Larel y lanzó una mirada significativa en dirección a Vhalla antes de dar un sonoro portazo para recalcar su partida.

Vhalla tosió una última vez, su estabilidad mental y física más recuperadas cuanto más se alejaba del sueño. Se incorporó hasta quedar sentada, se frotó los ojos con las palmas de las manos y parpadeó para eliminar los últimos restos de la visión.

—Vhalla —susurró Larel con dulzura, y puso una mano sobre la coronilla de la joven. La otra mujer se sentó en la cama y la abrazó.

—Estoy bien. De verdad. Estoy bien —murmuró Vhalla contra el suave consuelo de su amiga.

—Me quedaré contigo.

—No, no puedes quedarte todas las noches. —Vhalla negó con la cabeza, pero no se quitó de encima la mano consoladora que acariciaba su maraña enredada de pelo castaño.

—¿Quién lo dice? —La mujer adoptó su posición entre Vhalla y la

pared. La cama era demasiado estrecha para las dos, pero Vhalla estaba demasiado agotada para protestar.

Se quedaron tumbadas frente a frente, las manos juntas y apretadas. Vhalla guiñó los ojos en la oscuridad y aprovechó la luz de la luna para distinguir la cara de Larel. La mujer la estaba mirando.Como Portadora de Fuego, Larel podía conjurar una llama y proporcionarles luz con solo un pensamiento, pero no lo hizo.

—Larel —gimoteó Vhalla con suavidad.

—Deberías dormir un poco. —Larel era consciente del inminente colapso de Vhalla solo por el tono de su voz.

—Mañana es el último día. —Después del sueño, sus emociones eran como una avalancha que bajaba a toda velocidad hacia el borde de un precipicio. Vhalla no podía hacer nada más que soportarlo. No había sido capaz de hacer absolutamente nada desde su juicio hacía cinco días.

—Lo es, y la mayor Reale solo te hará trabajar más duro. —La voz de Larel era una extensión de su determinación, tan inamovible como una montaña. Ella era el único pilar que le quedaba a Vhalla.

—¿De qué servirá? —susurró Vhalla con labios temblorosos—. Estaré muerta en el momento en que entremos en combate de verdad. —Al principio, Vhalla había fantaseado con lo que encontraría en el Norte, en la tierra destrozada por la guerra a donde le habían ordenado ir como recluta del imperio. Pero las pesadillas y la culpa habían corroído su determinación hasta que ya no quedaba más que una cáscara hueca.

—No es verdad —insistió Larel.

—¡Apenas puedo hacer nada! —Su voz sonaba patética, incluso a sus propios oídos, pero a Vhalla ya no le importaba nada de eso. Había hecho acopio de una falsa fuerza para soportar su juicio, pero había desaparecido toda.

—Calla —le ordenó Larel. El tema ya no estaba abierto a discusión—. *Debes* dormir.

Vhalla apretó los labios.

—¿Me despertarás? —preguntó al final.

—Sí —repuso Larel, como hacía cada noche.

—No sé cómo voy a dormir sin ti durante la marcha al Norte —murmuró Vhalla con suavidad.

—No te preocupes por eso ahora. Solo descansa.

Larel besó los nudillos de Vhalla con ternura y Vhalla por fin cedió cerrando los ojos.

Durmió poco, pero al menos lo hizo. Larel solo tuvo que despertar a Vhalla una vez más, lo cual era una mejora con respecto a las cuatro noches anteriores.

A la luz del día, Larel tenía la cortesía de no mencionar los miedos nocturnos de Vhalla. Cuando llegaba el amanecer, se iba del cuarto de Vhalla en silencio y dejaba que la joven oriental se vistiera y se preparara para el día.

Vhalla notaba todo el cuerpo rígido y dolorido, lo que hizo que vestirse le costara el doble de tiempo de lo normal. Rotó los hombros e inclinó la cabeza a un lado y otro mientras se ponía su túnica negra. Su reflejo captó su atención: unos ojos de color marrón oscuro salpicados de dorado asomaban desde una cara macilenta y demacrada, acentuados por oscuros círculos. Incluso el habitual moreno oriental de su piel se había vuelto ceniciento. Vhalla levantó una mano hacia su pelo corto mientras recordaba la tarde después de su veredicto, cuando se lo había cortado todo.

«Lo odio», había declarado Vhalla, sin tener muy claro si le estaba hablando a su pelo o a su reflejo entero.

Sus pies la llevaron contra la corriente de gente que se dirigía a las cocinas. No tenía hambre. No creía que fuese a ser capaz de comer ni un bocado ese día. Solo le quedaba un día antes de partir y alejarse de todo lo que había conocido jamás. Su apetito, que ya de por sí solía ser escaso, se había encogido para dejar solo un agujero duro como una roca.

Entró en las salas de entrenamiento de la Torre, que ocupaban el centro de un piso entero. La sala circular estaba rodeada de un muro bajo que actuaba como barrera para espectadores y aprendices que esperaban su turno.

Ya había una mujer en la sala, detrás de un escritorio alto.

—Mayor —saludó Vhalla al entrar.

—Yarl. —La mayor Reale era una mujer sureña que estaba hecha de acero y cuya actitud era igual de cálida. Llevaba un parche de metal sobre el ojo izquierdo, fundido directamente al hueso—. Llegas pronto.

—Estaba impaciente por entrenar —replicó Vhalla con tono sarcástico, un tono que empezaba a colarse siempre entre sus palabras. No sabía de dónde provenía, y estaba demasiado cansada para que le importase.

—Bueno, pues hoy no vas a trabajar conmigo. —La mayor levantó la vista un segundo antes de volver a marcar los papeles que tenía sobre el escritorio.

—¿No? —Vhalla no sabía dónde más podría ir. No podía salir de la Torre por orden del Senado. Seguiría siendo propiedad de la corona hasta que terminara la guerra en el Norte… o hasta que muriera.

—El ministro quiere verte.

Vhalla sabía reconocer cuándo la estaban mandando a retirarse,y la mayor Reale no era precisamente la más amistosa de las mujeres con la que estar.

Con el desayuno en pleno apogeo, el pasillo de la Torre estaba desierto. La mayoría de los residentes estaban apelotonados en las cocinas unos cuantos pisos más arriba. Cuando pasó por delante del comedor, el ruido llegó hasta ella, pero Vhalla estaba demasiado aturdida para oír nada.

Más allá de su dormitorio y casi en la cima de la Torre estaban la oficina y las dependencias del ministro de Hechicería. Todas las demás puertas de la Torre tenían delante una placa con el nombre de su ocupante, pero la que tenía ahora frente a ella mostraba el símbolo de la Torre de los Hechiceros labrado en plata. Un dragón enroscado sobre sí mismo y cortado en dos: la luna rota.

Vhalla levantó la vista.

Había una puerta más, justo visible en la curva del pasillo en pendiente. No tenía marca alguna y, aunque nadie podía confirmarlo con certeza, Vhalla sospechaba a quién pertenecía. No había visto ni tenido noticias de su fantasma desde hacía días y no tenía forma de ponerse en contacto con él, sin importar en qué medida se lo pidiera

el lado menos sensato de su ser. Vhalla tragó saliva y llamó a la puerta que tenía delante, antes de que la idea de seguir hasta la siguiente pudiera apoderarse de ella.

—Un momento —dijo una voz desde dentro. La puerta se abrió un instante después y la recibió un hombre del Sur con el pelo corto y rubio y ojos color azul hielo; la perilla que rodeaba su boca se curvó en una sonrisa—. Vhalla, pasa, pasa —la instó el ministro Victor.

La hizo pasar a la lujosa oficina, que rezumaba un nivel de riqueza al que Vhalla todavía no estaba acostumbrada. La mullida alfombra cerúlea bajo sus botas le recordó a la Biblioteca Imperial de un modo físicamente doloroso. Vhalla se apresuró a sentarse en una de las tres sillas situadas delante del escritorio.

—Justo estaba terminando de desayunar. ¿Tienes hambre? —El ministro le hizo un gesto hacia un plato lleno de un surtido de masas.

—No. —Vhalla negó con la cabeza, cruzó las manos y se retorció los dedos.

—¿No? —El ministro ladeó la cabeza—. No puede haberte dado tiempo de comer.

—No tengo hambre.

—Vamos, Vhalla —la regañó en tono familiar—. Tienes que conservar tus fuerzas.

Vhalla miró la magdalena que le ofrecía. Su educación ganó la partida y Vhalla hizo caso del hombre que era su superior. Le dio un mordisquito sin mucho entusiasmo, pero eso pareció ser suficiente para el ministro.

—Así que mañana es el día —comentó lo obvio.

—Lo es. —Vhalla asintió.

—Me gustaría hablar de un par de cosillas contigo, antes de que te marches. —Vhalla continuó jugueteando con su comida mientras el hombre hablaba—. En primer lugar, quiero que sepas que nadie en la Torre tiene nada contra ti. —Vhalla lucía unos cuantos moratones del entrenamiento con la mayor Reale que podrían indicar otra cosa, pero ocupó su boca con la magdalena—. He informado a toda la Legión Negra de que deben tenerte bajo vigilancia constante y deben defenderte en todo momento —continuó Victor—. Como primera

Caminante del Viento en casi ciento cincuenta años, me gustaría verte vivir el tiempo suficiente para estudiar en la Torre.

—¿Ha informado al Senado de esta decisión? Estoy bastante segura de que quieren verme muerta —repuso Vhalla en tono inexpresivo.

—El rencor no te queda bien. —El ministro se echó atrás en su silla y juntó los dedos delante de él.

—Perdón —farfulló Vhalla, una disculpa poco entusiasta, luego devolvió con discreción la magdalena medio comida al plato del ministro.

—Tienes que volver con vida, Vhalla. —El ministro Victor la miró pensativo—. Necesito que creas que serás capaz de hacerlo.

Vhalla no sabía cómo podían esperar que se mantuviera con vida si apenas era capaz de hacer nada con la magia. *Madre* , apenas lograba cerrar los ojos durante más de unos minutos sin que una multitud de horrores la atormentaran.

—Vale. —Vhalla fingió estar de acuerdo. El ministro se limitó a suspirar al oír su respuesta.

—¿Te ayudaría que le diera un propósito a tus días? —El ministro Victor se inclinó hacia delante y apoyó los codos en la mesa, como si fuese a contarle un gran secreto—. Hay algo que necesito… y que solo tú, como Caminante del Viento, puedes encontrar.

Por instinto, Vhalla se sentó más erguida.

—¿Qué? —preguntó por fin, cuando las palabras del ministro quedaron flotando en el aire.

—Hay algo muy poderoso oculto en el Norte. Cuanto más tiempo pase ahí, hay más posibilidades de que caiga en manos equivocadas o sea utilizado contra nuestras fuerzas, si los clanes norteños descubren el significado de lo que poseen.

Vhalla se preguntó cómo se suponía que iba a ayudarla eso.

—¿Qué es? —preguntó, pues la curiosidad ganó la guerra de sus emociones.

—Es un arma antigua, de un tiempo muy diferente, un tiempo en el que la magia era más salvaje y más divina. —El ministro hizo una

pausa y rumió un poco sus siguientes palabras—. Es un hacha que se dice que es capaz de cortar cualquier cosa, incluso un alma.

—¿Por qué existiría algo así? —A Vhalla le costaba encontrar una razón válida.

—Bueno, los últimos registros que se tienen al respecto podrían ser tanto realidad como ficción. —El ministro se frotó la perilla pensativo.

—¿Cómo está tan seguro de que es real?

—Sé de muy buena fuente que lo es. —El ministro volvió al tema—: Necesito que la encuentres y la traigas aquí de vuelta. —Dio unos golpecitos en el escritorio.

—Pero si es tan peligrosa… —caviló Vhalla en voz alta. Le daba la impresión de que le faltaba una parte importante de la información, pero el ministro no parecía interesado en aportársela.

—Como he dicho, queremos evitar que caiga en las manos equivocadas. Más allá de eso, el que la tenga sería *casi invencible* . —El ministro Victor dejó las palabras ahí colgadas y Vhalla era lo bastante lista como para atar los cabos sueltos de lo que estaba diciéndole. Si el que la tuviera fuese casi invencible y ella lograse encontrarla, entonces quizás consiguiera salir del Norte con vida—. ¿Me ayudarás con esto, Vhalla?

La joven dudó durante un último y largo instante. Miró a los ojos color azul hielo del ministro, los ojos del hombre que la había raptado cuando se vieron por primera vez. Pero también eran los ojos de un hombre que la había acogido, la había curado y la había protegido cuando el mundo estaba dispuesto a hacerla pedazos miembro a miembro. La Torre era un lugar misterioso, pero Vhalla sabía reconocer la sinceridad cuando la veía.

—Por supuesto, ministro —dijo Vhalla, obediente.

La Torre cuidaba de su gente.

CAPÍTULO 2

Vhalla no durmió esa noche. Se quedó despierta, luchando durante

las horas inquietas con un libro que se dio cuenta enseguida de que no podría terminar. Lo cerró con un suspiro suave y lo guardó en su armario cuando el cielo empezó a clarear.

Dos grandes hojas de cristal hacían las veces tanto de ventanas como de puertas y daban a la estrecha franja de piedra con barandilla que le servía de segunda puerta al mundo; lo que, siendo generoso, podría llamarse un balcón. Los primeros indicios de un invierno malo se colaban en la ciudad al final de cada brisa. Vhalla dejó que el frío entumeciera sus mejillas mientras observaba cómo la línea del horizonte se volvía poco a poco color carmesí con el despertar de la Madre Sol.

Una llamada a su puerta atrajo la atención de Vhalla hacia el interior. Larel le había dicho que le llevaría su armadura y la ayudaría a ponérsela por primera vez. Así que Vhalla respiró hondo y trató de reunir las briznas de valor que había recopilado durante la víspera.

El aire desapareció de sus pulmones con un leve ruido atragantado al ver a la persona que la esperaba.

Tenía el pelo tan negro como la medianoche, los ojos labrados en una oscuridad penetrante, posados sobre unos pómulos altos cincelados en una impoluta piel de alabastro. Llevaba ropa de elegante confección, sin una sola puntada fuera de sitio, planchada a la perfección. Era lo contrario a la joven mujer desaliñada cuya ropa colgaba más flácida a cada día que pasaba. Aunque era de esperar, puesto que se trataba del príncipe heredero.

Vhalla se quedó plantada delante de él sin saber qué hacer, y él parecía igual de perdido que ella al verla. Ninguno de los dos dijo nada.

Vhalla se dio cuenta de pronto, muy cohibida, de que esta era la primera vez que la veía desde que se había cortado el pelo. Tuviese el pelo corto o largo, ¿podía él soportar siquiera volver a verla?

—Tengo tu armadura. —La voz del príncipe resonó con suavidad a través de la mente inquieta de Vhalla.

La joven oyó la petición en esa afirmación y se apartó a un lado para que él pudiera maniobrar con el pequeño maniquí de madera sobre el que llevaba su armadura. Entró con él en la habitación.

El sonido de la puerta al cerrarse detrás de él le provocó a Vhalla un escalofrío de nerviosismo por la columna. La última vez que había

estado a solas con el príncipe había sido el día de su veredicto. La última vez que lo había visto, dos guardias armados la estaban escoltando fuera de la sala del tribunal, después de que leyeran su sentencia, una sentencia que le daba al príncipe la potestad de matarla si desobedecía.

Pero Aldrik no la mataría. La forma en la que la miraba revelaba esa certeza. No podía matarla, si la fuerza mágica… el Vínculo… entre ellos era real.

—¿Dónde está Larel? —Vhalla sintió ganas de estrellar la cabeza contra la pared. *¿Eso era lo que decidía decir?*

—Pensé que podría ayudarte yo. —Era incómodo. Todo entre ellos parecía incómodo. Daba la impresión de que habían pasado cinco años, no cinco días.

Todo había cambiado.

—No puedo negarle nada, mi príncipe. —Vhalla se retorció las manos con nerviosismo.

En lugar de la habitual regañina del príncipe por su tic, el joven tomó sus dedos entre los suyos.

—¿Por qué tanta formalidad? —preguntó con voz dulce mientras deslizaba los guantes en las manos de Vhalla.

—Porque… —Las palabras se atascaron en su garganta.

—Sabes que Aldrik es suficiente y que puedes tutearme —le recordó el príncipe.

Vhalla asintió sin decir nada, pues aún trataba de deshacer el nudo de sílabas enmarañadas detrás de sus labios. Con los dos guantes ya puestos, Aldrik le pasó una túnica de cota de malla. Tenía mangas largas, que se extendían hasta la parte superior de sus guantes, y Vhalla se sorprendió de ver que tenía una capucha hecha con pequeños eslabones. Su pelo llegaba justo por encima de donde se arremolinaba en la parte de atrás de su cuello. El peso de la mirada del príncipe atrajo sus ojos hacia los suyos y la mano de Vhalla cayó de donde jugueteaba con las puntas de su pelo.

—Has hecho que te cortaran el pelo. —Las manos de Aldrik se quedaron un momento quietas sobre la armadura.

—Me lo corté yo —lo corrigió, los ojos perdidos en una esquina de la habitación. Le daba la sensación de estar en el juicio otra vez.

—Me gusta —dijo Aldrik después de lo que pareció una eternidad.

—¿Sí? —Se quedó boquiabierta por la sorpresa.

—Largo o corto… te sienta bien.

El príncipe se encogió de hombros y Vhalla no mencionó que se acababa de contradecir. Notaba un revoltijo de sensaciones en su interior y, de repente, tenía ganas de llorar. *¿Le gustaba su pelo?* ¿Qué quedaba en ella para que le gustara a nadie?

La armadura que se enfundó estaba hecha de pequeñas escamas de acero negro. Colgaba hasta la mitad del muslo y tenía unas hombreras que solo entorpecían sus movimientos un pelín. Su corazón latía desbocado, lleno de emociones encontradas, mientras observaba los largos dedos del príncipe demostrar dónde estaban los cierres de la parte delantera.

—Y después solo quedan las grebas y los guanteletes. —Aldrik hizo un gesto hacia las piezas restantes sobre el maniquí. Vhalla asintió en silencio. El príncipe se quedó quieto durante un momento largo antes de dirigirse a la puerta—. Yo también tengo que prepararme.

—Aldrik. —La mano ligeramente temblorosa de Vhalla agarró la manga de su chaqueta antes de que ella se diera cuenta de que se había movido siquiera.

—¿Vhalla? —El príncipe se detuvo al instante, la miró a los ojos.

—No puedo —susurró ella.

Un fogonazo de dolor cruzó el rostro del príncipe al percatarse de lo que significaban esas palabras.

—Sí puedes. —Aldrik se dio la vuelta despacio, como si ella fuese un animal salvaje que podría asustarse en cualquier momento. Una mano cálida se cerró en torno a la de Vhalla; fue un contacto delicado que parecía llevar el peso del mundo entero en él.

—To… todo se me da fatal y yo…

—¿Recuerdas lo que te dije? —le preguntó Aldrik, como si percibiera que las emociones estuviesen a punto de sobrepasarla—. ¿El último

día de tu juicio?

—Sí. —Vhalla recordaba la palma de su mano apretada contra el costado del príncipe, sobre un punto que había sido una herida mortal no hacía más de un año, cuando Aldrik había irrumpido a caballo en su vida durante una tormenta eléctrica. Hubiese muerto a consecuencia de esa herida si ella no lo hubiese salvado con su magia, formando sin querer el Vínculo mágico que ahora vivía entre ellos.

—Vhalla, yo… —Una puerta se cerró de golpe en el pasillo y el sonido de las ruidosas pisadas de alguien con armadura se perdieron por el pasillo. Aldrik clavó los ojos en la puerta durante unos segundos—. Tengo que irme. —Vhalla asintió—. Te veré mañana cuando iniciemos la marcha. —*¿A quién de los dos quería tranquilizar?* Vhalla asintió de nuevo—. Tenemos mucho tiempo antes de llegar al Norte. Me aseguraré personalmente de que estés preparada —juró el príncipe, con lo que aceptaba hacerse responsable de ella.

—Gracias. —Solo esa palabra no parecía suficiente, pero era todo lo que tenía para ofrecerle y Aldrik la aceptó antes de escabullirse en silencio.

Vhalla se quedó ahí de pie unos segundos mientras trataba de calmar la tempestad que soplaba dentro de su pecho. Tan preparada como lo estaría nunca, agarró la pequeña bolsa donde le habían dicho que empacara sus efectos personales. En un rincón de su armario estaban las notas de Aldrik, el brazalete de Larel y tres cartas dirigidas a su viejo maestro en la biblioteca, a su amiga Roan y a su padre. Vhalla le había hablado a Fritz, el bibliotecario *de facto* , y a su amigo Grahm, de su existencia. Si ocurriera lo peor, esas cartas se enviarían.

Sus ojos se posaron en el espejo otra vez y Vhalla dedicó un minuto a mirar su imagen. No reconocía a la mujer que le devolvía la mirada: ojos vacíos y pelo desgreñado enmarcados por armadura negra. Era la imagen de una guerrera y una hechicera.

Respiró hondo y salió al pasillo sin mirar atrás. Ni siquiera se molestó en cerrar la puerta. La rampa en espiral estaba llena de gente, pero nadie parecía interesado en hablar y solo el coro de armaduras llenaba el aire. Las armaduras de los demás eran similares a la suya, pero no parecían ni la mitad de refinadas. Vhalla tomó nota de los pequeños adornos dorados en la parte de delante de su acero. Algunos de los otros parecieron darse cuenta también del detalle, pero no dijeron nada.

El pasillo terminaba en un gran vestíbulo al pie de la Torre, la única entrada pública. Vhalla se apoyó contra la pared exterior sin hablar con nadie. La Torre, en general, había sido amable con ella, pero solo había tenido dos amigos de verdad ahí, y todavía estaban dormidos en sus camas.

Vhalla sintió una punzada de soledad. La sala estaba llena del estereotípico pelo color negro y piel aceitunada del Oeste, el tono ámbar y los anodinos rasgos marrones del Este, y la piel pálida con el pelo color dorado de la gente del Sur. Eran todas combinaciones de ojos y pelo que conocía bien, pero aun así nadie le resultaba familiar.

Algunos de los soldados charlaban con nerviosismo. Otros estaban demasiado tranquilos como para que esta fuese su primera vez. Aunque Aldrik hubiese dicho otra cosa, Vhalla estaba sola. Se miró las puntas de los pies… ella traía muerte y destrucción; *era mejor así* .

Por encima de su autocompasión, Vhalla oyó una voz familiar.

—¿Ves? Te dije que no llegaríamos tarde —estaba diciendo un hombre.

—Lo hubiésemos hecho de no haberte arrastrado fuera de la cama —repuso una mujer.

—Pues ya puedes dejar de arrastrarme.

Vhalla levantó la cabeza de golpe para ver a Larel conducir a Fritz hasta la sala, una mano cerrada con fuerza sobre su brazo. Vhalla abrió los ojos como platos. Iban vestidos de un modo muy parecido a todos los demás, completamente enfundados en armadura.

—¿Fritz, Larel? —los llamó con timidez.

—¡Vhal! —El hombre sureño de alocado pelo rubio la saludó con la mano entusiasmado antes de pasar por al lado de Larel y dejar a la mujer para que lo siguiera con calma.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —preguntó Vhalla estupefacta, mientras ellos dejaban sus mochilas en el suelo.

—¿No es obvio? —respondió él, al tiempo que trataba de alisar sus rebeldes rizos—. Vamos contigo.

—Pero ninguno de los dos estáis en la milicia —objetó.

—Somos nuevos reclutas. —Fritz sonrió de oreja a oreja.

Vhalla se giró hacia Larel para encontrarle algún sentido a aquello.

—No creerías que iba a dejar que mi primera aprendiza se fuese corriendo a la guerra sin mí, ¿verdad? —La regañó Larel con tono bromista, sin mencionar por qué había sido el príncipe y no ella el que le llevara la armadura hacía un rato—. ¿Qué tipo de mentora crees que soy? —Cruzó los brazos delante del pecho.

—N… no podéis. —A Vhalla se le aceleró el corazón. Puso las manos sobre los hombros de Fritz y vio cómo la miraban otro par de ojos azules sureños. Los ojos de un hombre con el que había crecido, que había sido un gran amigo; los ojos que ahora pertenecían a un hombre muerto—. No puedo permitir que nadie más muera por mi culpa. —Vhalla centró todos sus esfuerzos en evitar que se le quebrara la voz.

—No nos trates como si fuésemos niños. —Larel puso los ojos en blanco y Fritz agarró las manos de Vhalla.

—No es tarea tuya protegernos. Sabemos lo que estamos haciendo. —Le dio un apretoncito en los dedos. Vhalla sintió que la impotencia aumentaba en su interior.

—Sois unos idiotas —murmuró. Fritz se echó a reír.

—Me han llamado cosas peores. —Sonrió—. ¿Larel?

—Mucho peores —confirmó la occidental con una sonrisa irónica.

—Por cierto, ¡estás fantástica, Vhal! —Fritz estiró los brazos de Vhalla a los lados para inspeccionar su armadura—. No me sorprende que seas nuestra Caminante del Viento.

Vhalla dejó que Fritz hiciese todo lo que quisiera mientras Larel tarareaba y sonreía. Estas habían sido las únicas personas que la habían hecho sentir algo humana en los últimos días y, aunque aún estaba anonadada por verlos con armadura, una pequeña parte egoísta de ella se alegraba en secreto. Vhalla miró a Larel por el rabillo del ojo mientras respondía las preguntas de Fritz sin demasiado entusiasmo.

El sureño sobreexcitado se calló cuando la sala se sumió en un silencio expectante. La mayor Reale entró en el vestíbulo, también vestida de negro con una capa color obsidiana ondeando a su espalda; tenía una luna rota bordada en plateado sobre ella. Vhalla hizo un saludo marcial junto con el resto de la sala: llevó sus puños al pecho, los

nudillos juntos, y giró una mano hacia abajo, la otra hacia arriba, aún conectadas por las muñecas para imitar el símbolo.

La luna era el punto en el que se encontraban el día y la noche, luz en la oscuridad donde no pertenecía. Dentro de ella, se decía que el Padre había atrapado a una criatura de puro caos. La luna rota de la Torre representaba fuerza, que los que llevasen la marca tendrían una magia lo bastante fuerte como para perforar los cielos y poner fin a lo que los dioses habían empezado hacía una eternidad.

Vhalla había estado demasiado cansada desde que se había unido a la Torre como para pensar en el símbolo más allá de aprender su significado. No obstante, cuanto más pensaba en él, mejor parecía encajar con ella. Había algo roto y áspero en ella, algo mancillado y, sin embargo, al mismo tiempo, esos pedazos irregulares eran la creación de algo temible. Se había querido convertir en alguien que el Senado temiera. *¿Por qué no hacer añicos el cielo?*

—Vaya grupo lamentable que tengo el gran honor de liderar a la guerra. —La mayor miró a su alrededor—. ¿Quién de los presentes marcha hoy hacia la gloria?

La sala estalló en un grito instantáneo de afirmación.

—Salid de mi vista —gruñó la mujer, lo cual silenció al instante a los alegres soldados. La mayor acabó con su determinación con una rápida mirada de su ojo bueno—. Los héroes no tienen cabida a mis órdenes. La mayoría de vosotros marcha hacia una muerte ingrata. Vuestros camaradas vestidos de plateado os temerán, os odiarán, harán caso omiso de vuestros logros y reclamarán para sí vuestras victorias.

La mente de Vhalla derivó hacia el Senado y le pareció que las palabras de la mujer podrían aplicarse a personas muy diferentes.

—Pero aquellos de vosotros que no sois del todo estúpidos… —Los picó la mayor Reale con una sonrisa salvaje en los labios—…, aquellos de vosotros que podáis enfrentaros a nuestro enemigo con la misma crueldad, la misma astucia y la misma destreza que ellos, tal vez veáis el final de esta guerra. Así que manteneos a mi lado, manteneos al lado de vuestros hermanos y hermanas de negro. Marchamos hacia el horizonte de la victoria, y quienquiera que no vea el camino hacia allí debería marcharse ahora.

La mayor salió de la Torre sin mirar atrás para comprobar si alguien la seguía.

Lo hacían todos.

Cuando la luz del sol golpeó la cara de Vhalla, miró atrás y arriba hacia la Torre, que proyectaba una sombra oscura hasta fusionarse con el castillo en la ladera de la montaña.

Su hogar . Este palacio magnífico había sido su hogar desde los once años. Había llegado ahí como hija de un granjero y ahora partía como soldado. Vhalla se echó el petate al hombro y agarró las correas de cuero con fuerza. Intentó hacer un ovillo con los nervios, los miedos y las inseguridades y luego los guardó en algún agujero oscuro en lo más profundo de su ser.

Caminaron por un sendero interior hasta las cuadras. Nadie dijo ni una palabra. Los sonidos del palacio al despertar y el estrépito metálico de la armadura de la Legión Negra se unieron pronto a la sinfonía de los caballos y los hombres más abajo.

Las cuadras superaban su imaginación más fantasiosa. Cientos de personas llenaban cada espacio posible. Cada una iba enfundada en armadura plateada. Algunos estaban pertrechando a los corceles, otros preparando carros.

Su asombro se cortó en seco cuando la mayor ladró una orden y envió a Vhalla a un establo en un lado. No había esperado tener su propia montura. El caballo de Vhalla era un semental casi negro con una mancha blanca en la frente. Acarició su cuello y el animal sacudió una crin oscura en dramática protesta. *Un poco de fuego en la bestia me iría bien* , decidió. Un mozo de cuadra joven, apenas un chiquillo, se apresuró a ensillar al caballo y a ponerle la cabezada, pero se mantuvo a buena distancia de ella. Vhalla oía el eco de una voz en su interior que quería tranquilizar al niño, que estaba claro que le tenía miedo, pero no pudo encontrar fuerzas para consolar a nadie más. Se sentía demasiado oscura por dentro como para sonreír siquiera, así que no fue ninguna sorpresa cuando el chico casi se muere del susto cuando le habló.

—¿Cómo se llama?

—Es… es nuevo. Hasta esta semana no lo había visto. No creo que tenga nombre. —El chico terminó de preparar al caballo y de enganchar una pequeña alforja a cada lado de la silla. Una llevaba raciones; las escasas posesiones de Vhalla cupieron en la otra y sobró algo de espacio.

Vhalla fue hasta la parte delantera del caballo y lo miró unos

instantes.

«Relámpago», decidió. No era un nombre demasiado original, pero necesitaba un nombre y Relámpago era tan bueno como cualquier otro. Un relámpago era fuego en el firmamento, un relámpago era brillante, un relámpago era rápido y un relámpago cortaba los cielos.

Metió el pie izquierdo en el estribo y pasó la pierna derecha por encima con facilidad antes de agarrar las riendas. A Vhalla nunca le habían enseñado a montar bien, pero su familia siempre tenía un caballo o dos en la granja. Desde pequeña había montado a horcajadas, así que estar sentada en una silla le parecía una postura natural. Miró a los otros reclutas a su alrededor; para muchos de ellos no era algo tan natural.

Agarró las riendas en una mano, apretó los talones contra los flancos del animal y lo sacó de la cuadra. Su armadura tintineó mientras encontraba el ritmo del caballo. Vhalla se dirigió a donde la mayor empezaba a formar la fila.

—Mayor —se presentó.

—Da gusto ver que sabes lo que hay que hacer con un caballo. —La mayor evaluó a Vhalla, desde sus pies en los estribos hasta su agarre sobre las riendas—. Te quedarás cerca del centro Yarl, a mi derecha. —Luego se dirigió a Fritz y a Larel por sus apellidos—. Charem a tu lado, luego Neiress. Y después, todos aquellos en los que pueda confiar para no morir en la primera oportunidad en una escaramuza irán en la parte exterior y atrás.

Vhalla colocó a su caballo en fila con espacio suficiente a ambos lados. Hubo una pequeña conmoción detrás de ella y Vhalla se giró en la montura. Las gigantescas puertas ceremoniales del palacio se abrieron con el chirrido y el estrépito metálico de una gran cadena, y la familia imperial salió al sol matinal.

El príncipe Baldair llevaba su habitual armadura dorada, que brillaba cegadora a la luz del sol. El emperador llevaba un atuendo similar, con una gran coraza, solo que todo de blanco. Aldrik marcaba un claro contraste. Llevaba una armadura de escamas negras que cubría su cuerpo entero, parecida a la de Vhalla. Amarradas sobre las escamas llevaba unas grandes placas negras ribeteadas de dorado que iban de sus manos a sus codos, de los pies a las rodillas, y sobre los hombros y la parte superior del pecho. Los tres llevaban yelmos remetidos debajo de los brazos, además de largas capas blancas que aleteaban alrededor

de sus pantorrillas.

No se parecía en nada al príncipe que había visto hacía apenas unas horas, pero seguía resultándole muy familiar.

A los otros miembros de la familia real les llevaron sus caballos, pero nadie parecía interesado en llevarle a Aldrik el suyo. Fue hasta el enorme animal, que no hacía más que manotear, lo calmó con una mano y lo sacó de su cuadra.

La llegada de Larel y Fritz interrumpió la mirada contemplativa de Vhalla.

—Charem, a la derecha de Yarl. Neiress, a continuación —ladró la mayor, y Fritz y Larel se colocaron en sus sitios alrededor de Vhalla.

—Estás sujetando las riendas demasiado tensas —le dijo Vhalla en voz baja a Larel por encima de Fritz. La mujer parecía tener problemas para controlar a su caballo y le lanzó a Vhalla una mirada de agradecimiento. Aunque esta preferiría verlos a salvo en la Torre, se alegraba de tener a sus amigos cerca.

Empezó a notar miradas extrañas de los otros soldados a medida que más de ellos se colocaban en fila. Había una división clara entre los que iban vestidos de plata y blanco y los que iban de plata y negro. No iba a tener demasiados amigos durante esa marcha.

Se hizo el silencio detrás de ella y la mayor se giró. Aldrik, sentado sobre su gran caballo de batalla, cruzaba la brecha en dirección a la mayor Reale.

—Mi príncipe. —La mayor inclinó la cabeza.

—Mayor Reale. —La voz de Aldrik sonaba seca—. ¿Cuántos tenemos? —Sus ojos se deslizaron sobre los reclutas.

—Casi cincuenta —informó la mayor, lo cual confirmaba las sospechas de Vhalla de que ellos formaban el grupo más pequeño.

—Entonces, quiero que casi cincuenta regresen a casa. —El príncipe tomó las riendas en sus manos al tiempo que la mayor asentía. Luego condujo a su caballo entre las filas, en dirección a la parte de delante, aunque dedicó un segundo a mirar a Vhalla. Sus ojos conectaron, la cara de Aldrik se relajó un pelín y un remolino de emociones encontradas se acumuló detrás de su mirada.

Vhalla endureció sus ojos todo lo que pudo y le dedicó un leve asentimiento. Aldrik apretó los talones contra los flancos de su caballo y partió al trote hasta la cabecera del grupo.

El tiempo para la tristeza y la compasión había terminado. La chica que había llegado al palacio con once años y había vivido su vida en la biblioteca estaba muerta; la habían matado los senadores que siempre le habían enseñado que juraban protegerla. La mujer sentada a caballo ahora mismo tenía que encontrar un corazón tallado en acero negro. Tenía que sobrevivir a esto, aunque solo fuese para fastidiar al mundo.

Las tropas estaban en sus puestos y los hombres y mujeres se movían inquietos en sus sillas. Vhalla agarró las riendas con fuerza. *Puedo hacerlo* , se dijo por encima de las mentiras mentales de que sus rodillas no estaban temblando en los estribos.

—¡Que abran las puertas! —bramó el emperador.

Las verjas inferiores empezaron a moverse con un sonoro chirrido y se abrieron para la horda de guerreros que aguardaba tras ellas. El emperador encabezaba la marcha a medida que los soldados salían a la ciudad de montaña con un retumbar atronador. En alguna parte más adelante, empezaron a gritar, un alarido informe de sed de sangre, miedo, victoria y esperanza.

Vhalla no hizo ni un solo ruido.

CAPÍTULO 3

El estruendo de los cascos de los caballos sobre las calles adoquinadas llenó sus oídos. Fijaron un ritmo fuerte a través de la ciudad y entre el gentío ahí reunido. Más de una persona observó pasar a la Legión Negra con curiosidad mórbida o miedo, y Vhalla tuvo que hacer un esfuerzo para no prestar atención a las masas.

Sin embargo, a pesar de sus esfuerzos, sus ojos la traicionaron y Vhalla se encontró con una mezcla de horror, miedo e ira. Hechiceros. Eran criaturas indeseadas y parias y, por lo que respectaba a mucha de esa gente, había excedido sus límites en el momento en que salieron de la Torre. Más de una vez, alguien fue tan atrevido como para tirarles

algo, aunque solían fallar y darle a alguno de los soldados con pica delante de ellos o a un arquero detrás. La Legión Negra era mucho más pequeña que los otros grupos.

Por los crecientes daños de la ciudad, Vhalla se dio cuenta de que estaban cerca de la plaza de la Luna y el Sol. Habían pasado solo unos días desde la ya famosa Noche de Fuego y Viento, y la mayoría de las cosas estaban todavía por reparar. La culpabilidad bulló en el interior de la joven hasta niveles casi insostenibles.

Cuando llegaron a la muralla inferior de la ciudad, las casas se volvieron más bajas, menos opulentas. Estas hacían que la muralla pareciese aún más impresionante. La primera línea de defensa de la capital era una estructura inmensa que utilizaba los elementos naturales y la piedra de la montaña. El puente levadizo de la puerta principal ya lo estaban bajando para que los soldados pudieran salir de la ciudad.

—¡Juntad bien a los caballos! —gritó la mayor Reale desde la izquierda.

Vhalla acercó a su caballo al centro de la columna y pasaron a través de la puerta. La ciudad continuaba más allá de la muralla, al otro lado del foso, un foso que permanecería seco durante los meses de invierno. La ladera de la montaña hasta el valle en lo bajo estaba ocupada por casas aún más pobres.

Al cabo de un rato, la calle por la que avanzaban desembocó en la Gran Vía Imperial, una carretera que discurría desde la frontera del imperio en el Norte hasta el mar en el Sur. El batallón giró a la izquierda y emprendió rumbo hacia elnoroeste. Las losas de piedra dispuestas en el suelo hacían que el camino fuese lo bastante ancho como para que el batallón entero pudiese marchar lado a lado en filas de entre once y quince hombres.

Cuando llegaron al bosque, un cuerno emitió una llamada larga y grave. Los soldados ralentizaron el paso y los líderes ordenaron un cambio en la formación.

La mayor Reale agitó un brazo hacia la derecha.

—Abrid paso —ordenó, y ellos obedecieron.

Vhalla fijó la vista al frente; el ejército entero siguió avanzando al tiempo que dejaban un agujero en el centro. Aldrik, a la izquierda de su padre, frenó un poco a su caballo y los soldados siguieron adelante

pasando a su alrededor. A continuación, el emperador detuvo a su montura y por último lo hizo el príncipe dorado. La familia imperial ocupó sus puestos entre los soldados.

El príncipe Baldair se quedó de la mitad hacia delante, con todos los soldados que llevaban espadas. El emperador cabalgaba detrás de él, entre las picas. Unas cuantas filas detrás estaban Vhalla y el príncipe heredero, que ahora ocupaba el espacio entre ella y la mayor. Su caballo de batalla era un animal enorme, y la cintura de Vhalla quedaba a la misma altura que la rodilla de Aldrik.

Vhalla levantó la vista hacia él y lo sorprendió mirándola. Le dedicó una leve inclinación con la cabeza.

—Mi príncipe —dijo con tono respetuoso. Él apenas asintió y se volvió otra vez hacia la mayor. Vhalla miró hacia delante. Quería creer que había sido pura suerte cómo había acabado la formación, pero era demasiado lista para eso. El hombre a su izquierda no dejaba nada librado al azar.

En verdad, estaba segura de que ese era el lugar más seguro de todo el ejército: cerca del centro y al lado de uno de los hechiceros más poderosos del mundo. Vhalla se dijo que el alivio era la razón del calor que relajó sus hombros ante la idea de que él estaría cerca de ella.

Las legiones habían ralentizado el paso a poco más que una marcha animosa y se recogieron los estandartes. El tiempo para la pompa había terminado y todo el mundo parecía resignado a emprender el largo viaje al Norte. La guerra se disputaba ya desde hacía cuatro años, y la victoria estaba a un invierno de distancia; al menos eso era lo que había dicho el emperador.

Vhalla miró detrás de ella; entre las dos legiones de atrás, iban carros de suministros. Parecían muchas cosas para una victoria que se suponía que solo costaría unos pocos meses más. Se preguntó si el emperador habría sido del todo sincero en sus cálculos de tiempo.

El bosque se volvió más denso y pronto dejó de haber casas. En ocasiones veían senderos dejados por los animales o estrechos caminos para los cazadores, pero había poco más. Los árboles fracturaban la luz de la Madre Sol, por lo que la carretera se veía moteada. El murmullo de las conversaciones pronto llenó el aire y el trayecto prosiguió de manera bastante pacífica.

No obstante, Vhalla no sabía si podía sentirse en paz, no sabía si podía

quedarse ahí sentada tan contenta charlando de nimiedades. Cada movimiento de su armadura le recordaba por qué estaba ahí. Ahora era soldado, *propiedad de la corona* .

—¿Hace cuánto tiempo que no salías de la ciudad? —preguntó Fritz. El sureño tenía otros planes y no la dejaría ir sentada en silencio y rumiar su mala suerte.

—Hace tiempo —repuso Vhalla al cabo de un instante.

—¿En serio? —Parecía sorprendido de verdad—. ¿Cuántas veces vas a casa?

—La última vez que fui a casa… —Las palabras de Vhalla se perdieron en el aire mientras pensaba en una granja en medio de un campo de trigo dorado. Le había enviado una carta a su padre hacía solo unos días, tratando de ponerse en contacto con él antes de que pudieran llegarle los rumores. La idea le hizo un nudo en la garganta, como si de algún modo hubiese mancillado los recuerdos felices de su familia con su hechicería y sus delitos—. Por mi mayoría de edad, creo.

—¿Qué? —Fritz estaba escandalizado—. ¿A los quince años? ¿Han pasado tres años desde la última vez que fuiste a tu casa? Mi madre y mis hermanas me despellejarían vivo si no volviese a casa en tres años. —Fritz se rio con su risa contagiosa. Vhalla esbozó una sonrisa.

—Sí, ya habías mencionado una vez que tenías hermanas… ¿Cuántas? —Como hija única, a veces se preguntaba cómo sería tener un hermano.

—Cuatro —aportó Larel desde la derecha de Fritz. Parecía mucho más cómoda sobre su caballo ahora que apenas se movía—. Deberías verlas a todas juntas. Gracias a la Madre que no son todas hechiceras, porque si no sería la familia Charem contra el mundo.

—¿Las has conocido? —le impulsó a preguntar su curiosidad.

—Las vi una vez. —Larel asintió.

—¿Hace cuánto tiempo que os conocéis?

Los dos intercambiaron miradas antes de volverse hacia Vhalla otra vez.

—Siete años —dijo Larel.

—Ocho años —declaró Fritz.

Los dos se miraron ceñudos.

—No, fue hace siete. Llegaste al año siguiente a mi mayoría de edad —insistió Larel, mientras contaba con los dedos.

—No, ocho. Justo cumplí trece años —objetó Fritz.

—Exacto, cumpliste trece años, pero después de conocernos.

—Me recordáis a un viejo amigo y a mí —caviló Vhalla en voz baja.

—¿Quién? —preguntó Fritz, ajeno a la tristeza que impregnaba sus palabras.

—Se llamaba Sareem. —Jugueteó con la crin de Relámpago.

—¿Está en palacio? —Fritz ladeó la cabeza.

—Murió en la Noche de Fuego y Viento. —Vhalla se vio golpeada de repente por sus visiones nocturnas del cuerpo magullado y roto de su amigo. *Era culpa suya* . Había sido demasiado lenta y él la había estado esperando.

—Lo siento, Vhal. ¿Era alguien especial? —preguntó Fritz, sacando a Vhalla de su autoinfligido maltrato mental.

—Era un buen amigo… especial, como un hermano. —Vhalla sacudió la cabeza para quitarse las imágenes de la mente, y sintió que otros ojos se posaban en ella desde su izquierda. Su cordura no podría soportar otra pregunta sobre Sareem, así que decidió tomar las riendas de la conversación—. ¿Cuánto tiempo vamos a cabalgar hoy?

—Otras dos o tres horas —dijo una voz, oscura como la medianoche. Vhalla se giró y levantó la vista hacia el príncipe heredero.

—¿Solo?

Aldrik asintió.

—Un batallón de este tamaño tardará un buen rato en detenerse y montar un campamento. No queremos hacerlo en la oscuridad.

Vhalla asintió y apartó la mirada antes de quedarse demasiado cautivada por él. Fritz y Larel empezaron a charlar entre ellos, pero Vhalla se excluyó de la conversación. Se sentía exhausta y pasó el

resto del día un poco embotada.

Cuando el sol había recorrido dos tercios de su camino por el cielo, la trompeta sonó dos veces con la orden de detener la marcha.

—Acampad al lado izquierdo —ladró la mayor Reale, y la Legión Negra acató su orden.

Aldrik se apartó un poco y echó pie a tierra entre la Legión Negra y los soldados con picas. La tienda de su padre se erigió en el centro de la legión de delante, y a la de Aldrik la levantaron al borde.

Los soldados más expertos que sabían lo que había que hacer empezaron a montar tiendas de campaña. Las tiendas de los miembros de la familia imperial eran bastante más grandes, cuadradas, con un tejado piramidal. Grupos enteros de personas acudieron a la carrera para ayudar a cada miembro a instalar su residencia temporal.

Era agradable no estar sentado en la montura. Vhalla estiró las piernas e ignoró sus músculos rígidos y doloridos mientras ataba a Relámpago a una rama baja. En cualquier caso, sospechaba que el caballo era lo bastante listo como para no escapar.

—Vhalla, tú y yo compartimos tienda —le dijo Larel, que se dirigía hacia ella con un fardo de lona en las manos.

La invadió una sensación de alivio mientras desenganchaba su saco de dormir de la silla de Relámpago. *Larel estaba con ella* . Se sentía culpable por que la mujer hubiese tenido que convertirse en su cuidadora, pero Vhalla estaba demasiado exhausta mental y físicamente como para malgastar mucha energía en una culpa tan pequeña.

Los soldados veteranos agarraron efectos personales de sus alforjas, como mantas y pequeñas almohadas, y se pusieron cómodos en sus estrechos habitáculos. Algunos la miraban con curiosidad, otros con ambivalencia, que era mejor que las dos o tres miradas de animadversión que recibió incluso dentro de la Legión Negra.

Larel clavó dos postes en el suelo, con un trozo de lona colgado entre ambos. El resultado fue una simple tienda triangular. La privacidad vino en forma de dos solapas por delante y por detrás que podían atarse para mantenerlas cerradas. El espacio era apenas lo bastante grande para sus dos sacos de dormir.

—La cena estará lista pronto —anunció Larel cuando terminaron de

instalarse.

—¿Qué hay para cenar? —Vhalla siguió a la mujer occidental cuando se dirigió hacia las hogueras.

—Lo que sea que los cazadores puedan encontrar deprisa —contestó Larel.

Esa noche parecían ser unos ciervos, liebres y faisanes que ya goteaban grasa en las hogueras sobre las que giraban en sus espetones. Vhalla recibió un trozo de carne directamente en la palma de la mano. Pensó en la comida que había compartido con el príncipe Baldair en su mesa formal. ¿Estaría él también comiendo con los dedos ahora mismo?

—No está mal —caviló Vhalla mientras mordisqueaba una esquina de la carne con poco entusiasmo.

—Siempre he oído que el Bosque del Sur es el tramo más fácil de la marcha. —Larel arrancó una tira de carne con los dientes y masticó con voracidad—. Los soldados dicen que el Páramo Occidental lo compensa en dificultad y, si metemos mano en nuestras raciones ahora, jamás lograríamos cruzar el desierto.

De repente, todo el mundo estaba en pie y hacía el saludo de la Legión Negra. Vhalla fue más lenta a la hora de llevarse los puños al pecho. El príncipe heredero fue hasta el círculo, las manos cruzadas a la espalda en una pose autoritaria. Después de un largo momento de evaluación, asintió y la compañía se relajó. Aldrik fue hasta uno de los extremos y se sentó al lado de una mujer a la que Vhalla no había visto nunca.

Tenía la piel de un moreno oscuro, el pelo con la misma textura de los norteños, y Vhalla se sintió incómoda al instante. Se llevó las yemas de los dedos a la mejilla para tocar la tenue línea roja de la piel recién curada, mientras recordaba la Noche de Fuego y Viento. El pelo de la mujer se rizaba como sacacorchos en todas direcciones, aunque llevaba un pañuelo rojo alrededor de la frente que lo retiraba de su cara. Tenía rasgos angulosos y unos impresionantes ojos verdes. Sin tener en cuenta la inquietud de Vhalla, la mujer era guapa.

Observó el extraño intercambio a medida que el tono acuoso del cielo se volvía negro como el carbón. Aldrik estaba sentado con una rodilla flexionada, un brazo apoyado en ella. Se había quitado la capa y parecía muy cómodo, ahí sentado con su armadura. La mujer estaba riendo y Vhalla vio incluso cómo una leve sonrisa asomaba a los

labios de Aldrik de vez en cuando. Era una sonrisa que Vhalla solo le había visto dedicarle a ella.

—¿Quién es ella? —Vhalla habló para no oír en el viento el susurro de la risa ahumada del príncipe con la otra mujer.

—¿Quién? —Larel intentó guiñar los ojos por encima de la hoguera.

—La mujer con la que está hablando el príncipe. Nunca la había visto. —Si la mujer había estado en la Torre, era asombroso que a Vhalla se le hubiese escapado. Su mero aspecto la hacía sentir inquieta.

—Ah, esa. —Dio la impresión de que Larel la veía bien por fin—. Fritz, ¿tú la conoces?

—¿A ella? —Fritz la miró también, pero sacudió la cabeza—. No estoy seguro. Creo que oí algo de que iban a traer a gente nueva con conocimientos sobre el Norte.

—¿Creéis que podemos confiar en ella? —preguntó Vhalla, incapaz de quitarse de encima la sensación de inquietud.

—Al parecer, el príncipe sí se fía —repuso Larel con un encogimiento de hombros.

Vhalla devolvió su atención a los susodichos. Su conversación parecía haber cambiado a algo más acalorado y discutían por turnos. Aldrik se movió un poco y, como si hubiese percibido que lo miraba, sus ojos oscuros la sorprendieron *in fraganti* . Vhalla se apresuró a apartar la vista.

Durante el resto de la cena, hizo hincapié en evitar mirarlo y mordisqueó la carne. Seguro que era una discusión sobre el Norte, si esa era la razón de que esa mujer viajase con ellos. Aunque las sonrisas casuales y las actitudes relajadas hacían que pareciese que la guerra no era el tema de su conversación.

—Come, Vhalla —la regañó Larel—. Necesitarás todas tus energías.

Vhalla se obligó a tragar la mitad de la comida como si fuese medicina. Su deseo de interacción social se había volatilizado, así que se levantó.

—Me voy a dormir —les anunció a sus amigos.

—Sí, mañana nos espera un largo camino —convino Larel.

—Os veré por la mañana —se despidió Fritz con una sonrisa.

Vhalla dio media vuelta y se alejó. No estaba cansada para nada.

CAPÍTULO 4

Estaba atrapada en el laberinto de sus pesadillas. Cada figura de sombras se agrietaba y se convertía en niebla que se disipaba en cuanto la tocaba. Corrió por al lado de todas ellas. Sentía el viento rugir en el límite de su conciencia. Vhalla corría gritando entre la oscuridad y el fuego.

Dos brazos la incorporaron y la sacudieron para despertarla.

Vhalla forcejeó de inmediato para intentar soltarse del agarre de la otra persona. Tenía la frente perlada de sudor, la ropa casi empapada. El viento aullaba entre las montañas como heraldo de una inminente tormenta.

—Vhalla, *para* . —Larel tiró de Vhalla hacia ella y apretó la cara de la chica contra su propio pecho para protegerla del mundo—. Estás bien, no pasa nada. Estoy aquí contigo.

Vhalla tiritaba, abrazada a Larel como todas las otras noches que se había despertado así. Su manta parecía menos enredada en sus piernas, dado que la mujer podía despertarla de sus pesadillas nocturnas más deprisa cuando estaba a su alcance. Enterró la cara contra el cuerpo de la occidental mientras se recordaba que la persona a la que abrazaba no era el cuerpo destrozado de su amigo muerto.

—Perdón —musitó Vhalla cuando por fin estuvo lista para enfrentarse al mundo otra vez.

—No tienes nada por lo que disculparte —la tranquilizó Larel, de tal modo que Vhalla le creyó.

Como el amanecer ya estaba próximo, decidieron no volver a dormir. Se ayudaron la una a la otra a ponerse la armadura antes de desmontar la tienda. Vhalla notaba la piel caliente y fría al mismo tiempo. Era como si todavía pudiese sentir el calor de la pesadilla, el frío de los gritos en la oscuridad. Si no lograba sobrevivir sola a una noche, ¿cómo iba a sobrevivir a la guerra?

—¿Quieres hablar de ello? —le preguntó Larel. No era la primera vez que la mujer le hacía esa pregunta.

—No —repuso Vhalla, pues no tenía ningún interés en compartir la oscuridad que bullía en su interior, tan agorera como las nubes de tormenta que se cernían sobre el horizonte del amanecer.

—Buenos días —dijo una voz desconocida, que interrumpió cualquier otra pregunta por parte de Larel.

Vhalla podría haberle dado las gracias a la persona, de no ser por la cara que acompañaba a la voz. Hizo una pausa a medio doblar la lona de la tienda y se topó con unos ojos esmeraldas que brillaban con intensidad a la luz de la primera hora de la mañana.

—Buenos días —saludó Vhalla en voz baja. Ver a esa mujer y a sus rasgos norteños tan cerca después de sus pesadillas inquietó a Vhalla al instante.

—Buenos días —respondió Larel con educación—. ¿Podemos ayudarte?

—Vhalla Yarl, la Caminante del Viento. —No era una pregunta e hizo que Vhalla sintiera algo de ansiedad—. No sé lo que esperaba a raíz de las historias, pero seguro que no eras tú —comentó con una risa.

—¿Y tú eres? —preguntó Larel.

—Oh, ¿dónde están mis buenos modales? Elecia. —Extendió la mano en dirección a Larel, luego a Vhalla. Esta última la estrechó después de un breve momento de vacilación—. Dime, ¿de verdad provocaste esa tormenta de viento de la que todo el mundo me habla? Da la impresión de que una simple brisa podría hacerte caer. —Elecia se echó a reír y, a pesar de ser un sonido dulce, hizo que a Vhalla le rechinaran los dientes.

—Sí, fui yo. Pregunta a cualquiera de los senadores. Sé de uno o dos que estarían encantados de proporcionarte un recuento colorido de aquella noche. —Vhalla le dio la espalda a la mujer para atar su saco de dormir a la montura de Relámpago. No le importaba si estaba siendo maleducada. Esa mujer era la última persona con la que querría hablar de la Noche de Fuego y Viento.

—Bueno, supongo que ya lo veremos —dijo con alegría—. El príncipe heredero me ha pedido que te diera un mensaje.

Vhalla hizo una pausa. ¿Aldrik le enviaba un mensaje por medio de esta mujer? Apenas parecía más mayor que la propia Vhalla.

—Te va a ayudar con tu entrenamiento. Empezáis esta tarde. —Vhalla consiguió morderse la lengua y asentir en dirección a la mujer—. Excelente. —La mujer dio una palmada—. Muy bien. Entonces, os veré más tarde señoritas. —Y se marchó antes de que ninguna de las dos tuviese ocasión de responder.

Vhalla cerró los ojos con fuerza y se tragó las náuseas que le había producido ver a esa mujer. Estaba molesta consigo misma.

—Voy a llevar esto al carro —anunció, tras agarrar los palos de la tienda—. Necesito dar un paseo.

Larel asintió en silencio y recogió la lona, que llevó a sus alforjas después de repetir el proceso con su saco de dormir.

Vhalla respiró hondo varias veces y se recordó que no tenía ninguna razón para estar enfadada. Era probable que Aldrik estuviese ocupado, y la noche anterior había estado hablando con Elecia. Mencionó esto y le pidió un favor, se explicó Vhalla en su mente. Debería estar contenta, entusiasmada incluso por entrenar con Aldrik. Sin embargo, las palabras de la mujer resonaban en su cabeza. *Os veré más tarde* . ¿Significaba eso que Elecia también estaría ahí? ¿O era solo una forma coloquial de despedirse? Para empezar, ¿por qué hablaba siquiera de una manera tan casual con Aldrik?

Vhalla esperó en fila ante el carro para devolver los palos de la tienda. El sol ya casi había salido y había espantado a las nubes de tormenta en el proceso. Supuso que las tropas se pondrían en marcha pronto.

—Gracias —le farfulló al hombre que cargaba el carro. Vhalla dio media vuelta y chocó con un hombre grande de pelo castaño claro—. Perdón —musitó, aunque mantuvo la cabeza gacha. Esquivó al hombre para volver a su sección del campamento cuando una mano grande se cerró sobre su hombro.

—Vaya, vaya, ¿te crees muy especial, *armadura negra* ? —preguntó con desdén, y tiró de ella hacia atrás. Vhalla se tambaleó.

—Te he pedido perdón. —Levantó la mirada hacia el hombre. Esta no era la mañana ideal para poner a prueba su paciencia.

—¿En serio? No te he oído. —Se agachó hacia ella.

—Lo siento —se forzó a decir, con los dientes apretados. No quería montar una escena delante del pequeño grupo que empezaba a acumularse a su alrededor.

—Para empezar ya es bastante malo que tengamos que lidiar con la Legión Negra —refunfuñó el hombre—. ¿Ahora también tenemos que soportar tonterías de chiquillas?

Vhalla frunció el ceño.

Un brazo con armadura pasó alrededor de su cuello y Vhalla parpadeó sorprendida.

—Vamos, vamos, no te lo tomes como algo personal, Vhalla. Este Grun no ha comido todavía y por la mañana siempre está muy cascarrabias —dijo Daniel con una sonrisa.

—Venga, Grun. —Craig apareció al otro lado del hombre—. Metamos algo de comida en esa gran barriga tuya.

Vhalla no había visto a los dos soldados desde su juicio. Habían sido sus guardias cuando la tenían detenida; *los buenos* . Daniel era oriental como ella, piel color ámbar y pelo moreno oscuro por todo el cuerpo. El pelo ondulado y rubio de Craig, junto con su cutis más pálido, lo marcaba como sureño. A Vhalla le habían gustado los dos de inmediato y esta mañana había una razón más para añadir a esa lista creciente.

—¿Quieres desayunar con nosotros, Vhalla? —preguntó Daniel.

—No estoy segura de que sea tan buena idea. —Echó un vistazo hacia el hombretón que Craig se estaba llevando del lugar.

—¡Tonterías! —exclamó Craig, y casi sin darse cuenta la estaban llevando hacia la parte delantera de la tropa.

—¿Qué estáis haciendo vosotros dos aquí? —le preguntó Vhalla a Daniel cuando retiró el brazo de sus hombros. Craig se llevó a ese mamotreto de hombre bien lejos antes de reunirse con ellos otra vez.

—Somos soldados. —Daniel se rio, y el movimiento hizo ondular el pelo que casi le llegaba a los hombros—. Yo diría que este es nuestro sitio mucho más que el tuyo, señorita Caminante del Viento.

—¿No sois guardias de palacio? —preguntó con una sorpresa genuina.

Daniel negó con la cabeza y levantó su brazo. Uno de sus guanteletes estaba chapado en oro, y el metal del antebrazo captó el destello del sol de la mañana.

—Somos de la Guardia Dorada —explicó.

Vhalla ya había oído del escuadrón personal del príncipe Baldair; se rumoreaba que eran los mejores entre los mejores, con solo los más sofisticados lores y damas en sus filas.

Mientras ella observaba su brazo, él la miró a ella.

—Me gusta tu pelo; te queda muy bien.

Vhalla levantó una mano hacia las puntas irregulares de su pelo, que apenas tocaban la capucha de cota de malla de su armadura. Tenía el pelo espantoso. Vhalla frunció el ceño cuando le plantaron un trozo de carne fría en la palma de la mano. Estaba un poco chamuscada por un lado y las grasas naturales se habían coagulado en una capa gelatinosa que retiró y dejó caer al suelo mientras se sentaban alrededor de los restos aún humeantes de una fogata.

—No creo que a la gente le guste que esté aquí. —Otros soldados le lanzaban miradas, pero ninguno era lo bastante valiente para acercarse a ella con dos de los miembros del escuadrón de élite del príncipe Baldair a su lado.

—¿No crees que esa es parte de la diversión? —preguntó Craig con una leve sonrisa.

Vhalla negó con la cabeza.

—Además, tenemos un aspecto *muy exótico* con nuestra amiga de la Legión Negra. —Daniel dio un bocado grande a su carne.

—¿De dónde sois? —preguntó Vhalla, que solo daba mordisquitos a la suya.

—De la capital —dijo Craig, lo cual era de esperar.

—De Cyven —anunció Daniel.

—¿De dónde en Cyven? —Vhalla tenía un interés sincero por cualquiera que fuese del Este.

—La mayoría de la gente no la conoce. Es una ciudad pequeña. —Daniel se rio cuando vio cómo lo miraba Vhalla con los ojos guiñados

—. Se llama Paca.

—¿Paca? —exclamó.

—¿La conoces? —Daniel arqueó las cejas.

—Yo soy de Leoul.

—*No* . —Parecía tan emocionado como se sentía ella.

—¡Sí! ¡Sí! Iba al Festival del Sol de Paca todos los años con mis padres. —Vhalla sintió una punzada dulce de nostalgia.

—¿Con la anciana que vendía las nueces garrapiñadas? —preguntó incrédulo.

—¿Y el hombre que nunca dejaba de cantar? —afirmó Vhalla.

—*¡Oh Paaaaaaaca, no desaparezcas nunca!* —Daniel se llevó una mano al pecho mientras cantaba a voz en grito. Luego los dos se echaron a reír a carcajadas—. ¡Es verdad que la conoces! —Le regaló una sonrisa radiante que fue demasiado contagiosa como para no devolvérsela.

—Oh, qué adorable. Por fin tienes a alguien que comprende tu amor por los animales de granja —comentó Craig en broma, pero ellos hicieron caso omiso de su comentario. Toda la atención de Daniel estaba puesta en Vhalla.

—La granja de mi familia está como a medio día a caballo de la posada Caldero Humeante. Nos quedábamos a dormir ahí durante el festival —explicó.

—Yo conocía a la familia que regentaba la posada. De hecho, trabajaba ahí a veces cuando mi padre no necesitaba ayuda en los campos. Me pregunto si nos vimos alguna vez. —Daniel lo pensó muy en serio.

—¿Quién sabe? —Vhalla se encogió de hombros y ocupó la boca con un trozo de carne. No recordaba a ningún niño en particular, pero no quería desilusionar a Daniel. Era agradable tener una conexión con casa.

—Preparaos para partir —bramó el príncipe Baldair mientras caminaba entre las tropas.

—Debería irme. —Vhalla se puso de pie y le pasó su desayuno casi íntegro a un ansioso Craig.

—¿Por qué no montas con nosotros hoy? —la invitó Daniel.

—No creo que me lo permitan —repuso Vhalla dubitativa.

—Solo son estrictos con la formación en público. Ahora ya no les importará. —Craig ya se había comido la mitad de la porción de Vhalla.

La joven abrió la boca para contestar, pero oyó unas pisadas tronar en el suelo a su espalda.

—Estás lejos de casa.

—Mi príncipe. —Vhalla se giró hacia el príncipe Baldair e hizo una reverencia. Su presencia le resultaba incómoda. Al principio, no había sido para ella nada más que el príncipe Rompecorazones, un hombre directamente salido de los cuentos de los sirvientes. Un hombre al que solo había conocido un día en la biblioteca por pura casualidad. Luego, se había convertido para ella en el hermano de Aldrik y su conspirador para colarse en la gala que cerraba el último Festival del Sol. Esa también había sido la Noche de Fuego y Viento. La última vez que había visto al príncipe Baldair, él le había curado las heridas por orden de Aldrik. *¿Qué pensaría de ella ahora?* —. Estaba a punto de volver.

—Baldair. —Daniel se puso de pie al tiempo que se limpiaba las palmas de las manos en los pantalones, sorprendentemente relajado en presencia de su príncipe y comandante—. ¿Sería un problema si Vhalla cabalgase con nosotros hoy?

—Sabes bien que será un problema con los otros soldados si ella está por aquí. —Baldair se rio, como si la idea fuese más divertida que desalentadora—. Pero a mí no me importa, si sus superiores no ponen objeciones. —El príncipe le dedicó a Vhalla una sonrisa mientras hacía una pausa en la palabra *superiores* .

—Ya veremos… —Vhalla evitó su mirada presuntuosa.

—Uno de los dos acompañadla de vuelta, ¿vale? No quiero problemas ya al primer día —les indicó el príncipe, lo bastante perspicaz para darse cuenta de las tensiones que provocaba la presencia de Vhalla.

—Iré yo —se ofreció Daniel al instante.

—Excelente. —El príncipe Baldair asintió y se alejó.

—¿Vamos? —Daniel dio un paso hacia la Legión Negra.

—Te veré luego, señorita Caminante del Viento —se despidió Craig con una sonrisa.

—Cuídate, Craig. —Vhalla le hizo un gesto de despedida con la mano y echó a andar al lado de Daniel.

El campamento estaba casi desmontado del todo mientras volvían atrás. Los restos de las hogueras bien apagados y los soldados empezaban a montarse en sus caballos. El corto trayecto estuvo lleno de cómo la familia de él cultivaba patatas y la de ella trigo, y los procesos necesarios para cada uno. A pesar de las circunstancias en las que se habían conocido, Vhalla sintió una conexión inmediata con su compatriota del Este.

Cuando llegaron a donde estaba la Legión Negra, Vhalla vio que la tienda de Aldrik estaba ya casi cargada por completo en el carro con el resto de los artículos imperiales, pero no vio al hombre por ninguna parte.

—No dejes que los otros soldados te molesten —dijo Daniel al pararse —. No son mala gente, son solo… —hizo una pausa y levantó la vista a los cielos en busca de inspiración— … un poco estúpidos.

Vhalla sonrió.

—¡Vhal! —Fritz llegó a la carrera—. Te estábamos buscando. —Casi derrapó al parar en seco para mirar a su escolta de arriba abajo.

—Fritz, este es Daniel. Daniel, Fritz —los presentó.

Daniel le tendió la mano para saludar.

—¡Más te vale ser agradable con nuestra Vhal! —lo advirtió Fritz, haciendo caso omiso de la mano que le ofrecía Daniel para apuntar con un dedo hacia su cara.

—Vaya, no me avisaste de que tuvieras guardaespaldas. —Daniel se rio, retiró la mano de Fritz de su cara y se la estrechó—. Tienes mi palabra: solo amabilidad y cuidado por mi parte. —La larga llamada de un cuerno resonó a través del bosque y los últimos soldados ocuparon sus puestos como una gran migración—. *Ups* , tengo que volver. ¡Ven a montar con nosotros si puedes! —le gritó Daniel, que ya había echado a correr hacia la parte de delante del grupo.

—Es *mono* —murmuró Fritz, embelesado.

—¡Fritz! —lo regañó Vhalla.

—¿Qué? No me digas que no te has dado cuenta. —Fritz puso los ojos en blanco.

En verdad, no; Vhalla no se había fijado. Corrió hasta Relámpago para encontrar a Larel ya a caballo y esperando al lado de la montura de Fritz.

—Perdón —se disculpó.

—Una vez más, Vhalla, no tienes nada por lo que disculparte. —Larel esbozó una sonrisa radiante—. Pareces más animada.

Vhalla se subió en Relámpago con un asentimiento mientras disimulaba una sonrisa culpable. *En efecto* , se había divertido.

Resultó ser justo como habían dicho Craig y Daniel. El batallón era una masa poco estructurada en ese momento, comparado con las filas ordenadas y la meticulosa colocación del día anterior. No obstante, Fritz, Larel y ella acabaron ocupando más o menos el mismo sitio en la fila. Sus dos compañeros se sumieron de inmediato en una discusión acalorada que arrastraban desde el desayuno y Vhalla conectaba y desconectaba de la conversación, mientras pensaba en la oferta de Daniel y Craig.

Hasta que Aldrik se movió en su montura no se dio cuenta siquiera de que estaba ahí.

Vhalla se giró hacia él y se quedó boquiabierta.

—Tu… *pelo* . —Fue un pensamiento que escapó como sonido. El pelo negro como el carbón del príncipe caía lacio y perfectamente liso alrededor de su cara. Tenía el flequillo largo, un pelín más corto por delante, pero caía por debajo de sus cejas, con capas irregulares de un lado al otro. Eran elementos de un Aldrik que Vhalla no había tenido ni idea de que existiese siquiera, muy diferente a como solía llevar el pelo en el palacio.

Él la miró un momento y una irritación momentánea frunció su ceño.

—No creerías que me iba a tomar el tiempo de arreglarme el pelo en medio de una guerra, ¿verdad? —El tono ligero de Aldrik delató su diversión y puso a Vhalla de inmediato bajo su hechizo.

—Bueno, puede que me guste —caviló Vhalla. La sonrisa reservada de Aldrik animaba al atrevimiento.

El príncipe hizo una breve pausa, sus labios entreabiertos. Vhalla lo miró a los ojos color ébano, pero él miró al frente al instante, como si no supiese qué hacer al ser el único objeto de su atención.

—Supongo que Elecia te ha dado mi mensaje, ¿no?

Vhalla recuperó la seriedad enseguida al oír el nombre de la mujer.

—Así es. ¿Entrenamiento?

—La mayor Reale dijo que había empezado a trabajar contigo, pero que aún te queda mucho por aprender. Preferiría supervisar tus progresos en persona.

De haberle dicho esas palabras a cualquier otro, era probable que hubiesen inspirado miedo, pero para Vhalla eran casi un consuelo.

—Por supuesto, mi titiritero. —La intención de Vhalla había sido referirse a sus viejos miedos con un comentario ligero, así que le sorprendió ver a Aldrik mirarla con gran intensidad.

—Si quieres que salga de tu vida, lo único que tienes que hacer es decirlo. —No hubo ninguna levedad en su declaración.

Vhalla apartó la mirada a toda velocidad, para salvarlos de cualquier falta de decoro y ocultar el rubor que había trepado hasta sus mejillas ante las aparentes atenciones del príncipe heredero.

—Creo —comentó con voz suave—, que me gusta jugar con fuego.

Aldrik le dedicó una mirada larga. Vhalla no podía descifrar su expresión sin girar la cabeza, pero lo que sí pudo ver era confuso e hizo que su estómago burbujeara.

CAPÍTULO 5

No mucho después de que las tropas se detuvieran esa tarde, Elecia llegó hasta la tienda de Vhalla y Larel, casi terminada de montar. Fritz se puso de pie en donde justo acababa de desenrollar su esterilla y su

saco de dormir.

La imagen de la mujer aún le ponía a Vhalla los pelos de punta. Una advertencia fantasma.

—Vhalla, Larel, Fritz —dijo con una sonrisa, ajena a la incomodidad de Vhalla—. El príncipe espera, y preferiría no perderme el primer turno de la cena.

—¿Adónde vamos? —preguntó Vhalla, la última en echar a andar detrás de Elecia.

—Lo bastante lejos como para que no nos molesten. —Ya estaban a medio camino del borde del campamento.

—Bueno, ¿de dónde eres? —preguntó Larel, para entablar conversación.

—De Norin. —Elecia ni siquiera miró atrás para dar su respuesta.

—*Fiarum Evantes* —dijo Larel con tono reverente.

Vhalla levantó la vista hacia su amiga, sorprendida. Jamás había oído a nadie hablar nada más que el sureño común. Las viejas lenguas eran un recuerdo que se estaba perdiendo a causa del avance del Imperio Solaris. Solo podía asumir que las palabras de Larel habían sido en el idioma de Mhashan, el viejo reino del Oeste.

—*Kotun un Nox* —respondió Elecia. Su tono había cambiado a un registro más profundo, menos altivo que el acento arrogante que había usado hasta entonces.

—Norin es una ciudad preciosa —comentó Larel con educación, en referencia a la capital del Oeste.

—Lo es. —Elecia asintió.

Vhalla empezó a sentir que su inquietud se diluía. No tenía ninguna razón para desconfiar de Elecia. De hecho, tenía un montón de razones para confiar en ella. Estaba claro que Aldrik lo hacía, y eso debería ser razón más que suficiente para Vhalla. Además, era de Norin, lo cual la hacía occidental y no norteña como había sospechado Vhalla al principio. Respiró hondo antes de hablar.

—Yo soy de…

—De Leoul, en Cyven —dijo la mujer de pelo rizado, interrumpiendo

a Vhalla con una mirada de soslayo.

—Sí. —Vhalla frunció un poco el ceño y su inquietud volvió—. ¿Cómo lo has sabido?

—Mi trabajo es saber, Vhalla Yarl —repuso Elecia de forma engreída.

Fritz entrelazó un brazo con Vhalla en ademán protector, como si hubiese percibido la inquietud que la invadía. Vhalla acababa de darse cuenta de que estaban muy solos con Elecia. Y aunque la otra mujer dijese ser del Oeste y hablara en la lengua antigua, tenía un aspecto tan norteño que Vhalla se sentía más incómoda de lo que quería admitir.

De no haber estado Fritz y Larel con ella, quizás hubiese perdido los nervios.

—Ya era hora —resonó la voz de Aldrik desde el otro lado de un pequeño claro. Estaba apoyado contra un árbol, los brazos cruzados delante del pecho—. Gracias por traerlos, Elecia. Ya te puedes ir.

Vhalla se preguntó por un momento por qué no los había acompañado hasta ahí el propio Aldrik. ¿Eran secretas estas reuniones?

—Noup —casi canturreó Elecia—. No soy tu chica de los recados. Quiero quedarme.

—Vale. —Aldrik puso los ojos en blanco, resignado.

Vhalla juntó las manos y se retorció los dedos. Elecia acababa de llevarle la contraria al príncipe de manera abierta, pública y engreída… y él la había dejado. Cuando Elecia se puso a la izquierda de Aldrik, Vhalla se dio cuenta de que la mujer actuaba del mismo modo en que lo hacía ella misma en compañía del príncipe. Vhalla se mordió el labio; a lo mejor Aldrik tenía más confianza con Elecia de la que tenía con ella.

—Vhalla. —La voz de Aldrik llamó su atención—. Quiero que veas hacia qué estás trabajando. Reale me ha informado de que todavía no has dominado lo básico.

Vhalla asintió e hizo caso omiso de la carcajada desdeñosa de Elecia.

—Larel, Fritz, me gustaría que os emparejarais para una demostración —ordenó Aldrik.

—¿Y yo qué? —gimoteó Elecia.

—Tú ni siquiera deberías estar aquí. —Aldrik la miró ceñudo y la mujer se rio. El sonido le puso a Vhalla la carne de gallina—. También quiero ver en qué punto estáis vosotros dos, así que nos os lisiéis ni os matéis, pero tampoco os reprimáis.

Larel y Fritz asintieron, al tiempo que se ponían serios.

—Empezad a mi señal. Y evitad poneros en ridículo. —Aldrik levantó una mano.

Fritz y Larel se separaron unos pasos y adoptaron posiciones de pelea muy diferentes. Fritz se mantenía más erguido, las piernas más separadas y las manos abiertas y más bajas, cerca del abdomen. Larel había flexionado las rodillas, los puños cerca de la cara, lista para saltar.

Aldrik bajó la mano y Larel atacó antes de que Vhalla pudiera parpadear siquiera. Echó un puño hacia atrás, como si fuese a dar un gancho de derecha, pero en el último momento, bajó el hombro para lanzar un *uppercut* de izquierda. Fritz levantó la palma de la mano abierta para crear un escudo de hielo, que chisporroteó y se hizo añicos cuando el puño de Larel, ahora envuelto en llamas, impactó contra él.

Fritz proyectó su otra mano hacia delante contra el hombro de Larel. La mujer soltó una exclamación ahogada al sentir que se le congelaba una parte, pero dio un paso atrás y el hielo se convirtió enseguida en un charco alrededor de sus pies. Larel no tuvo tiempo de recuperar la respiración antes de que Fritz atacara de nuevo. Hizo un gesto brusco con la muñeca y, de repente, tenía una daga de hielo en la mano. Larel desvió el golpe levantando el brazo, y la daga se hizo pedazos contra su guantelete.

Luego se puso en cuclillas y barrió con una pierna por el suelo para impactar contra el tobillo de Fritz y hacerlo caer hacia atrás. Larel cargó el brazo, el puño envuelto en llamas, y le infundió todo su impulso. Fritz movió las manos como para bloquearlo, pero fue demasiado lento.

Vhalla se llevó las manos a la boca mientras reprimía un grito, temerosa por su amigo.

El puño de Larel se estrelló contra la cara de Fritz justo cuando su cuerpo se disolvía en una nube de humo. La mujer occidental se giró

con un quejido gutural. Vhalla captó un cambio en la luz detrás de ella. Hubo un fogonazo de hielo y Fritz reapareció ante ellos con una daga de hielo apretada contra el cuello de Larel.

—¡Siempre igual! —Larel levantó las manos por los aires y Fritz retrocedió con una sonrisa. Tiró el afiladísimo carámbano a un lado—. ¡Siempre igual! —se quejó la mujer otra vez, dando un par de pisotones al suelo en señal de frustración.

Vhalla los miraba asombrada.

—El ministro me habló de ti —comentó Aldrik, al tiempo que daba un paso hacia Fritz—. Un ilusionista de gran talento.

—No sé si tengo talento —dijo con timidez, mientras se frotaba la parte de atrás del cuello.

—¿Qué… qué ha sido eso? —balbuceó Vhalla alucinada cuando su lengua empezó a trabajar de nuevo.

—¡Es como un conejito recién nacido! —Se rio Elecia como una tonta en dirección a Aldrik, como si Vhalla ni siquiera estuviese ahí—. Nunca ha visto ilusiones.

Aldrik le lanzó a la mujer una mirada significativa antes de volverse hacia Vhalla otra vez, su expresión más relajada.

—Fritz, ¿quieres explicárselo tú? —le dijo al hombre del Sur, aunque no apartó los ojos de Vhalla.

—Las afinidades de agua pueden usar la humedad del aire para distorsionar la luz, para crear pantallas de humo, nieblas —empezó Fritz, al que se veía claramente incómodo con tanto elogio y tanta atención.

—E ilusiones, si el hechicero tiene la habilidad suficiente. —Aldrik hizo un gesto hacia Fritz para dirigir la mirada de Vhalla de vuelta a su amigo.

Fritz agitó una mano por el aire a modo de demostración, y se formó una imagen idéntica de él a su lado.

Vhalla soltó una exclamación suave y dio un paso hacia la aparición. Se parecía a Fritz en todos los aspectos. Vhalla levantó una mano y nadie la detuvo. La ilusión se disipó bajo las yemas de sus dedos convertida en poco más que una nubecilla de vapor.

Vhalla abrió los ojos como platos.

Ya no estaba de pie en ese claro del bosque, sino que vivía una pesadilla andante. Sus sueños retorcidos se fusionaron con la realidad ante ella y los horribles recuerdos que había borrado de su conciencia. Había viento, había fuego, había muerte, y había sangre salpicada por sus brazos y su cara mientras observaba cuerpos hechos trizas por las ráfagas aullantes. Había sido su deseo. Había querido que murieran. Los había querido más que muertos, había querido que los norteños *sufrieran* .

Vhalla dio un paso atrás, negando con la cabeza. *Ella no era así* .

—No —susurró. Alguien dio un paso hacia ella, pero lo único que veía eran sombras de sus sueños. Sombras que hacía trizas al tocar—. No te acerques más —advirtió, temblorosa. Vhalla se llevó las manos a las orejas, los gritos de la gente a la que había asesinado llenaron su conciencia. Se dio cuenta con una claridad horrible de qué era lo que la había estado atormentando, la sangre en sus manos que había estado ignorando.

Se sentía mareada. Sus piernas cedieron debajo de ella y su cuerpo se desplomó.

—Vhalla, ¿qué pasa? —preguntó Fritz, su voz lejana.

—Marchaos —jadeó. No deberían estar cerca de ella. En la periferia de su conciencia abrumada por la culpa, oía un viento rugir. Vhalla se agarró la cabeza más fuerte. Había tenido la intención de matar a esos norteños en la Noche de Fuego y Viento, pero no había sabido lo que significaba *matar*.

Dos manos fuertes la agarraron por la cintura y ella se revolvió, sacudiendo la cabeza y retorciendo el cuerpo. Vhalla trató de quitarse a la persona de encima con una ráfaga fuerte, pero no pareció sentirla siquiera.

—Vhalla. —La voz de Aldrik sonó fuerte y serena, cortó a través del estruendo del caos en su cabeza—. Para. Respira —le indicó, y ella se forzó a obedecer. La voz del príncipe resonó por encima de la tormenta que arreciaba en su interior—. Abre los ojos.

Vhalla abrió un ojo despacio, luego el otro. Aunque era casi de noche, el mundo tenía como un resplandor turbio. Aldrik estaba rodeado de la llama dorada, casi blanca, con la que ya le había visto alguna vez antes. Ardía con más brillo que cualquiera de los otros ahí reunidos.

Vhalla pugnó por que su vista volviera a la normalidad y sus ojos aletearon y se cerraron.

—Mírame. —Aldrik la sacudió.

Vhalla abrió los ojos y se concentró en la cara del hombre, hasta que fue recuperando poco a poco el control de su vista mágica. Respiraba de manera entrecortada y le temblaban las manos. La preocupación estaba grabada a fuego en el ceño fruncido de Aldrik.

—Que la Madre me salve, de verdad los maté —exclamó Vhalla espantada.

Aldrik se quedó boquiabierto un momento, pero se recuperó enseguida y relajó su agarre sobre sus muñecas. Se puso de pie y ayudó a Vhalla a levantarse. Cuando parecía poder mantenerse en pie por sí sola, por fin la soltó y dio un paso atrás.

—Fritz, llévala de vuelta al campamento —ordenó con tono seco.

—¿Es buena idea que yo…? —Fritz sonaba inseguro.

—*No* pongas a prueba mi paciencia, Charem —gruñó Aldrik, en plena encarnación del Señor del Fuego.

Eso fue todo lo que necesitó Fritz para ponerse en funcionamiento. Corrió hasta ella y se detuvo un momento.

—¿Puedes andar? Quiero decir, ¿necesitas ayuda?

Vhalla negó con la cabeza.

—Puedo hacerlo.

Elecia se acercó a Aldrik. Le habló en voz baja, pero lo bastante alta para que Vhalla pudiera oírla.

—No está preparada. Tienes que olvidarte de esto ahora; no hay nada que puedas hacer por ella.

—Neiress. —Aldrik ignoró a Elecia y ladró el apellido de Larel—. Me vendría bien disputar una ronda, si tienes ganas.

—Sería un honor para mí, mi príncipe. —Larel hizo una reverencia.

Fritz apartó la atención de Vhalla de la escena al tirar de ella hacia el bosque que estaba entre ellos y el campamento. Vhalla se giró hacia

atrás cuando una furia de llamas brotó en la oscuridad cada vez más cerrada. Elecia estaba apoyada contra un árbol. Las llamas iluminaron su rostro y deslizó un pulgar por sus labios, pensativa. Vhalla se giró hacia delante, aliviada de que la mujer no los estuviese siguiendo después de que Aldrik la hubiese hecho marchar.

Fritz y Vhalla caminaron en un silencio incómodo mientras los sonidos de la armadura al entrechocar y los fogonazos de llamas empezaban a perderse detrás de ellos y a fusionarse con los crecientes ruidos del campamento. Vhalla clavó los ojos en el suelo y dejó que él la guiara de la mano. Iba rumiando sus palabras, tratando de encontrar algún tipo de explicación.

—Vhalla, de verdad que lo siento *muchísimo* y no sé qué hice, pero no tenía la intención de disgustarte. —Fritz rompió el silencio y fue como si una presa se hubiese roto—. Pensé que sería interesante que lo vieras, y no sé si se enredó con tu magia o algo, pero prometo que no volveré a hacerlo nunca.

—No es tu culpa. —Sacudió la cabeza con un sentimiento de culpabilidad—. Me recordó a algo… No podías haberlo sabido. Por favor, no te sientas mal. En realidad, fue alucinante.

—Si quieres hablar de ello… —se ofreció, y volvió a su lado cuando retomaron la marcha.

—No. —Zanjó el tema con brusquedad.

Fritz la acompañó todo el camino, hasta la mismísima tienda de campaña. Cuando Vhalla insistió en que no tenía hambre, Fritz se fue a cenar con la promesa de guardarle una ración. Vhalla no estaba segura de que fuese a tener éxito, pero estaba demasiado cansada como para que le importara. Apenas encontró la energía necesaria para quitarse la armadura antes de desplomarse en su saco de dormir.

A pesar de estar abrumada y al borde del agotamiento, no consiguió dormir. Observó cómo las sombras de las hogueras danzaban sobre las paredes de su tienda. Cerró los ojos unos minutos, pero cada vez que lo hacía un nuevo horror la aguardaba. Vhalla no estaba segura de cuánto tiempo había pasado, pero la llegada de Larel fue un alivio.

—Bienvenida —susurró Vhalla.

—¿Estás despierta?

—No puedo dormir —explicó Vhalla, aunque era obvio.

—Tienes que intentarlo —le ordenó Larel con dulzura mientras dejaba su armadura al pie de su esterilla.

—¿Qué tal fue el resto del entrenamiento? —preguntó Vhalla para cambiar de tema.

—Cuando el príncipe entra en liza, tu recuerdo siempre perdura. —Larel se frotó el hombro de manera ostentosa mientras se colaba debajo de su manta.

El silencio se asentó pesado entre ellas y ahogó las palabras que necesitaban decirse. Duró tanto que Vhalla estaba segura de que Larel se había quedado dormida. Sin embargo, su compañera respiró hondo.

—Vhalla.

—¿Sí? —susurró esta de vuelta.

—Sé que no es asunto mío… —El comienzo dubitativo de Larel hizo que a Vhalla se le acelerase el corazón—. Pero sabes que le importas, ¿verdad?

Vhalla contempló el contorno borroso de Larel en la oscuridad. Se movió y volvió a sentir esa sensación extraña en el estómago. Supuso que sería porque no había comido nada.

—Es un amigo —le confesó por primera vez a alguien. Vhalla recordó la noche en la capilla y su mente también la traicionó inundándola de recuerdos de un baile en los jardines de agua del palacio en la noche de la gala. Todo parecía un sueño desde el lugar en el que estaba ahora.

—¿Un amigo? —Larel caviló sobre la noción en voz alta.

—Un amigo *cercano* … —Vhalla sintió la extraña necesidad de precisarlo.

Larel chasqueó la lengua pero se reprimió de comentar nada más.

Vhalla se hizo un ovillo con un suspiro y por fin cerró los ojos. Los horrores no fueron a su encuentro, sino que había un príncipe con una diadema dorada pintado en sus recuerdos.

CAPÍTULO

6

–Vhal… Vhal. —Fritz la meneó con suavidad.

—¿Qué? —Vhalla bostezó.

—Tienes que comer algo.

Otra vez lo mismo .

—No tengo hambre. —Se frotó los ojos con el cuero suave que cubría las palmas de sus manos. Habían pasado tres días desde la noche del bosque, y nadie había vuelto a mencionar la posibilidad de entrenar. Hacía que Vhalla se sintiera aún más deficiente, rota.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste? —Ahora también insistía Larel.

—Yo… —Vhalla hizo un esfuerzo por contestar a la pregunta con sinceridad—. Desayuné ayer, y cené la noche anterior.

—¿A eso le llamas comer? —Fritz negó con la cabeza—. Esos fueron apenas tentempiés.

—Déjalo ya. —La irritación afloró en su voz.

—Vhalla —dijo una voz severa a su izquierda.

La aprensión la invadió al oír su voz. Aldrik apenas le había dirigido la palabra desde la noche en que Vhalla se había venido abajo, y ella no había tenido el valor de decirle nada a él. Estaba muy bien imaginar que podía cortarse el pelo y convertirse en alguien fuerte, en el monstruo que el Senado tenía todo el derecho del mundo a temer. Pero en cuanto se dio cuenta de la bestia que era, se había desmoronado. Era débil, así que tenía sentido que él no quisiera tener nada que ver con ella.

—Ya eres un riesgo para todo el mundo al no tener destreza en combate y no tener el control de tu magia. Lo menos que puedes hacer es mantener tu cuerpo en buenas condiciones, y para ello tienes que comer. —La miró durante unos segundos eternos—. Y dormir —añadió el príncipe, como si acabase de percatarse por primera vez de las sombras oscuras bajo sus ojos.

Con un suspiro, Vhalla agarró la carne que le ofrecía Fritz y le dio un

mordisco. Estaba fría, viscosa e insípida. La comida de la marcha había perdido enseguida su novedad y ahora era solo otro recordatorio de dónde estaba, de *quién* era.

—Cómetelo todo —le dijo Aldrik con sequedad—. Será más elegante que te lo comas tú sola a que uno de nosotros la forcemos a presión por tu garganta.

Vhalla dio mordisquitos pequeños, pero consiguió comérselo todo… y mantenerlo dentro. La comida cayó como una piedra en su estómago y amenazaba con salir de vuelta al exterior con el meneo del caballo.

Como para empeorar su mal humor, Elecia apareció de la nada y consiguió meterse entre Aldrik y ella.

—¡Buenos días! —saludó con alegría.

Aldrik le dedicó un asentimiento. Fritz y Larel la saludaron con educación. Vhalla siguió mirando la carretera que tenían delante.

—Venga mujer, no seas maleducada —dijo Elecia con una sonrisa condescendiente.

—Hola. —Vhalla ni siquiera la miró.

—Madre mía, alguien se ha levantado con el pie izquierdo. —Elecia se rio y plantó una mano sobre el hombro de Vhalla—. ¡No estés tan seria! —Elecia sonrió, pero Vhalla siguió ignorándola—. O sí. —La mujer se encogió de hombros y se giró hacia Aldrik—. No sé si lo sabes, pero hace poco he empezado a estudiar remedios para los bloqueadores de Canales mágicos…

Vhalla se vio obligada a pasar las siguientes dos horas escuchando a Elecia y a Aldrik hablar sobre las propiedades de los Canales y cómo podrían alterarse o bloquearse. La conversación tenía lugar por encima de la cabeza de Vhalla, así que intentó ignorarlos. La irritaba; *ellos* la irritaban de un modo irracional. Esta mujer, a la que apenas conocía, mantenía una conversación con Aldrik que hacía que Vhalla se sintiese estúpida.

Al final, su frustración sin sentido se apoderó de ella y se giró para interrumpir la conversación.

—Bueno, ¿cuándo vamos a entrenar otra vez? —preguntó, con más convicción de la que sentía. Sus cuatro compañeros la miraron pasmados.

—¿Entrenar? —Elecia se rio—. ¿Por qué querrías entrenar?

—Porque voy a la guerra —repuso Vhalla en tono cortante.

—Pero la última vez…

—¿Estás segura de que te sientes con ganas? —interrumpió Larel a Elecia.

—¿Es buena idea? —intervino Fritz, dubitativo.

—Puedo hacerlo. —Vhalla asintió para sí misma—. Lo haré. —Se volvió hacia Aldrik y escudriñó su silencio en busca de ánimos, de aprobación… de *algo* .

—Muy bien —aceptó el príncipe después de lo que pareció una eternidad—. Tenemos que trabajar primero en tu Canalización, así que nos centraremos en eso esta noche.

—¿Canalización? —repitió Vhalla.

—Espera, ¿pretendes decirme que ni siquiera sabe cómo Canalizar? —Elecia miró de Vhalla a Aldrik—. Tienes tus esperanzas puestas en ella y ni siquiera…

—No es decisión tuya —ladró Aldrik con brusquedad.

Vhalla estaba contenta por las veces que estaban interrumpiendo a Elecia. El sentimiento no era compartido y la mujer ajustó su pañuelo rojo antes de alejarse de ellos indignada.

—¿Qué es Canalizar? —se forzó Vhalla a preguntar. Se odiaba por no saberlo, pero no preguntar solo exacerbaría el problema. Aldrik lo había mencionado de pasada hacía unos meses, pero nunca se había molestado en explicárselo.

—Es la forma en que un hechicero utiliza su magia —empezó Fritz.

—Yo puedo usar mi magia —replicó Vhalla a la defensiva, con voz cansada.

—Sí, puedes pero… —Fritz hizo girar las riendas en torno a sus dedos —… pero no bien.

Sus palabras fueron como una puñalada en el estómago. Incluso él la veía como una inútil. Vhalla se tragó esa certeza y la forzó a alejarse de sus ojos, donde podría notarse.

—Piensa en ello del siguiente modo —empezó Larel con amabilidad—. Tienes una jarra y un vaso. Tienes que meter el agua de la jarra en el vaso. Una forma de hacerlo es sumergir el vaso en la jarra, pero eso es sucio y quizás no quepa bien y demás.

—Así que mejor viertes el agua desde la jarra —terminó Vhalla con el razonamiento lógico. Larel asintió y sonrió. Era una imagen bienvenida que le dio a Vhalla algo de consuelo.

—Exacto, podemos sumergirnos en nuestra magia para conseguir cosas por capricho, como has estado haciendo tú. Pero es agotador, difícil y, por lo general, irregular. Por eso abrimos un Canal para que fluya… para que se vierta… con facilidad en nuestro interior —terminó Larel.

—Y por eso, esta noche vas a trabajar conmigo —anunció Aldrik, lo bastante alto como para llamar la atención de la mayor Reale.

—Gracias, mi príncipe —farfulló Vhalla.

—Confío en que no me decepcionarás.

Después de esa declaración, un silencio frío envolvió al hombre, de costumbre cálido, durante el resto del día. Nunca habían tenido una oportunidad de charlar, no de verdad, así que Vhalla se sorprendió de lo mucho que le molestaba su silencio. Era como un peso sobre sus hombros, hasta que Aldrik apareció esa tarde al lado de la tienda que compartía con Larel.

—¿Estás lista? —preguntó el príncipe.

Vhalla asintió en silencio.

—¿Voy a buscar la cena de Vhalla? —preguntó Larel con una mirada considerada entre sus incómodos acompañantes.

—No es necesario; yo me aseguraré de que coma —repuso Aldrik con un tono especialmente cortante. Vhalla se concentró en el polvo que ensuciaba la punta de sus botas—. Vamos.

La tienda de Vhalla y Larel no estaba lejos de la de Aldrik. Los demás hechiceros tuvieron la decencia de reprimir sus miradas, pero unos pocos miraron con curiosidad a la mujer nueva que seguía al príncipe. Detrás de ella, Vhalla oyó susurros y distinguió las palabras «Caminante del Viento» más de una vez. Parecía ser la explicación que asignaban de inmediato cuando algo diferente o especial ocurría cerca

de ella. Era una buena excusa para evitar rumores de nada inapropiado, razonó Vhalla, aunque aun así la atención la hizo sentir incómoda.

Aldrik agachó la cabeza para pasar por debajo de la solapa y entró en el resplandor anaranjado de la tienda. Vhalla hizo una pausa y se dijo que no había ninguna razón para estar nerviosa. Solo estaba a punto de entrar en las dependencias personales del príncipe heredero del reino, por muy improvisadas que fuesen. Se apretó los dedos con fuerza, hizo acopio de determinación y entró detrás de él.

La tienda parecía más espaciosa en el interior. A la izquierda de la entrada, había pieles y mantas gruesas apiladas sobre juncos cortados para fabricar una especie de jergón. Sus noches de insomnio debían de estar empezando a cobrarse factura porque la mera imagen le pareció extrañamente tentadora. Alrededor del perímetro, colgaban finos discos, y unas llamas ardían de manera imposible sobre sus braseros. A la derecha, habían desenrollado sobre el suelo crudo una alfombra grande y de lo más elegante, con unos cuantos almohadones y una mesita baja sobre ella.

Aldrik había ido al otro extremo de la estancia para quitarse las grebas y los guanteletes.

—¿Me ayudas con la armadura? —le preguntó a Vhalla con un tono casual que la tomó desprevenida.

—¿M… mi príncipe? —Vhalla se trabó con las palabras. Era como si en el mismo instante en que habían desaparecido de la vista estuviese en un mundo distinto con un hombre diferente.

—¿Desde cuándo eres tan formal en privado? —Aldrik arqueó una ceja—. ¿Algo de ayuda?

Dio media vuelta y levantó los brazos. Vhalla vio una pequeña unión en el lado izquierdo de la parte posterior de la armadura. Se apresuró a cruzar el espacio y empezó a desabrochar los cierres que había debajo.

—¿Cómo, *uhm* , cómo te la pones? —preguntó, desesperada por hablar para acallar el sonido de su propia sangre zumbando en sus oídos.

—Tengo ayuda. Un escudero —explicó, como si fuese lo más lógico. Los dedos torpes de Vhalla por fin abrieron el último cierre y él separó la coraza y se deslizó fuera de ella por el lateral. Aldrik dejó la armadura en el suelo y empezó a desabrochar las escamas imbricadas.

—Aldrik, ¿crees que esto es…? —Vhalla tragó saliva, dio un paso atrás y desvió la mirada.

—¿Crees que voy desnudo debajo de la armadura? —Una leve sonrisa curvó las comisuras de su boca mientras se quitaba esa capa de protección y dejaba solo la cota de malla debajo.

—Tu armadura es igual que la mía —comentó Vhalla, mientras inspeccionaba los finos eslabones con curiosidad.

—Por supuesto que lo es. —Aldrik se pasó una mano por el pelo y Vhalla observó cómo caía en cascada de vuelta a su lugar alrededor de sus dedos.

—¿Por qué? —Le daba la sensación de que se le estaba pasando por alto algo obvio.

—La hice yo. —Los ojos de Aldrik conectaron con los suyos y, entre su sorpresa y la mirada que le estaba lanzando, Vhalla no pudo encontrar las palabras.

—¿Por qué? —repitió, al tiempo que recordaba que Larel le había dicho una vez que los Portadores de Fuego a menudo eran joyeros o herreros debido a su habilidad para manejar las llamas a su antojo.

—¿Por qué? ¿Por qué fabrico mi propia armadura, mi lorito? —Aldrik tenía que saber que no solo preguntaba por qué él fabricaba *su propia* armadura—. Porque no le confío a ningún otro artesano algo tan importante como mi vida.

Había un significado oculto entre sus palabras y Vhalla se sintió abrumada al intentar comprender todas sus capas. Aldrik le ahorró la tarea al quitarse la última capa de su armadura… porque entonces se le quedó la mente en blanco. El príncipe llevaba una camisa blanca holgada, de manga larga, con varios botones abiertos en el cuello. Sobre las piernas llevaba un par de pantalones negros de buena confección que le quedaban bastante ceñidos. Era un atuendo más informal y ligero de lo que le había visto nunca, y solo verlo la hizo sonrojarse.

Si el príncipe se fijó en su modestia, fue lo bastante educado como para no decir nada. Aldrik se sentó en uno de los almohadones cerca de la mesita baja. Un papel captó su atención y soltó un suspiro suave.

—¿Qué pasa? —preguntó Vhalla, que todavía estaba de pie sin saber muy bien qué hacer.

—Oh, nada. Solo unas cosas que tengo que ver con mi padre. —Aldrik la miró—. Si quieres ponerte más cómoda —le ofreció, con un gesto hacia un asiento. Sus ojos se deslizaron otra vez hacia el papel y se pellizcó el puente de la nariz, pensativo.

Vhalla se retorció los dedos. Era una armadura; siempre que había estado con Aldrik había llevado menos ropa encima. Sin embargo, algo sobre quitarse *cualquier cosa* ahí, en su tienda, hacía que su corazón se acelerase. Con una respiración profunda, Vhalla se recordó que debía portarse como una adulta y dejar de actuar como una chiquilla emocionada. Al final, se decidió por un término medio: se quitó las botas y los guantes, así como las escamas imbricadas, pero se dejó puesta la cota de malla.

Se sentó en el almohadón de enfrente de él y cruzó las piernas. Los cojines eran cómodos, tan elegantes como la alfombra, de un tejido de nudo apretado que parecía algún tipo de seda.

—Oh, perdón. —Vhalla soltó el almohadón con una risita nerviosa cuando notó que Aldrik la miraba.

—¿Qué le pasa al almohadón? —preguntó Aldrik, mientras devolvía el papel al montón.

—Son muy bonitos —dijo con sinceridad.

—¿Eso crees? —Parecía sorprendido, como si se fijase en ellos por primera vez.

—Bueno, a mí me lo parecen. —Vhalla esbozó una leve sonrisa. Aldrik olvidaba con mucha facilidad que provenían de mundos diferentes.

—En cualquier caso —cesó en su propia inspección—: Canalización. Larel lo explicó bastante bien. Tienes que conectar con la fuente de tu poder, cosa que en tu caso debería resultarte fácil, dada tu Afinidad.

—Vale, ¿y cómo lo hago?

—Bueno, en cierto modo, depende de ti. Yo te ayudaré a entender lo básico, pero al final es tu conexión contigo misma y con el mundo. —Era una explicación críptica y Vhalla sintió cómo sus posibilidades de lograrlo menguaban para dar paso a la impotencia—. La mayoría de los hechiceros tienen un gatillo que abre y cierra su Canal. Suele ser algo físico. A muchos les resulta más fácil unirlo a un acto tangible.

—¿Cuál es el tuyo?

—La mayor me dijo que tienes vista mágica, ¿no? —Vhalla asintió; eso al menos podía hacerlo—. Muy bien. Observa.

Aldrik estiró las manos delante de ella, las palmas hacia arriba. Vhalla ajustó su vista y lo vio bañado en esas familiares llamas doradas. El príncipe cerró los puños y, de repente, el resplandor se extinguió por todo su cuerpo.

—¿Estás bien? —preguntó a toda prisa al ver su figura ahora apagada. Aldrik se rio entre dientes y asintió.

—He cerrado mi Canal. Sigue mirando. —Se relajó y abrió los dedos. Luego los cerró de golpe otra vez y las llamas blancas y doradas reaparecieron.

—Es magnífico —murmuró Vhalla, y se ganó una leve sonrisa con el cumplido. Vhalla bajó la vista de su cara e hizo una pausa—. Aldrik… —murmuró, cuando sus ojos se posaron en una mancha oscura. Ya la había visto antes en el jardín, antes de que supiera nada siquiera sobre la vista mágica. Vhalla alargó una mano para tocarlo, pero se detuvo a tiempo. No debería ser tan descarada; él seguía siendo el príncipe heredero.

Aldrik sabía qué era lo que había visto.

—El veneno se cristalizó y se arraigó tanto que no pude eliminarlo del todo. Esto fue lo mejor que pude hacer.

—No permite que tu Canal funcione bien, ¿verdad? —Vhalla frunció el ceño. Acababa de darse cuenta de lo que significaba esa mancha negra.

—Exacto… —La voz de Aldrik empezó a ponerse grave—. Por eso no pude protegerte como debería haberlo hecho aquella noche. —Aldrik hizo una pausa—. Vhalla, es mi culpa.

—¿El qué? —La aprensión deslizó sus dedos gélidos por su columna. Aldrik tomó la mano de Vhalla, que aún flotaba en el aire, entre las dos suyas.

—No deberías haber tenido que matarlos. Si yo hubiese sido más capaz, no te hubieras visto obligada a ello. —La emoción ardía detrás de los ojos del príncipe y la realidad golpeó a Vhalla más clara que el día. La Canalización era un proyecto secundario para él. Su objetivo principal era la Noche de Fuego y Viento. Estaba jugando a ser el titiritero de nuevo y estaba claro que Larel lo estaba ayudando.

—*No quiero hablar de eso* . Enséñame Canalización o hemos terminado. —Vhalla retiró la mano de malos modos.

—Tenía catorce años —empezó Aldrik, ignorándola. La boca de Vhalla seguía retorcida del enfado—. La primera vez que maté a un hombre. —El rostro de Vhalla se relajó—. En retrospectiva, ni siquiera tenía una buena razón para matarlo.

Vhalla se acercó más, la voz de Aldrik tenue, sus ojos vidriosos. Parecía estar mirando a través del mundo que los rodeaba.

—Me dijeron que era un mal hombre, que iba a hacer daño a mi familia y que su muerte nos haría más fuertes. —Aldrik se rio con amargura—. Como si la muerte hiciese más fuerte a nadie… —La presión de su mirada era como una losa sobre cada centímetro de la piel de Vhalla—. Jamás olvidaré que al final pidió misericordia de su príncipe. Pidió mi perdón y yo le di muerte. —Aldrik estaba muy quieto, pero sus ojos buscaron los de Vhalla, ansiaban algo.

—Aldrik —susurró Vhalla. No sabía qué podía ofrecerle—. Lo siento. —Ella inició el contacto ahora y tomó la mano de Aldrik en la suya. Él no la retiró.

—Después de aquello, matar se volvió más fácil. Pronto, olvidé sus rostros, sus gritos, sus historias. Se fundieron todos en una sola fosa común en mi mente, que se convirtió en una herida abierta en la que cae todo el que muere a mis manos. Pero jamás olvidé la cara de aquel primer hombre. He intentado tirarlo dentro de ese abismo vacío y quitármelo de la cabeza, pero *nunca* he podido olvidarlo.

Vhalla lo miró con una mezcla de horror y compasión. Apretó su mano y se sorprendió cuando sintió un apretón de vuelta.

—Te veo dar pasos por este camino y no quiero que te pierdas en esa oscuridad. —Se rio y mostró la tristeza más clara que Vhalla le había visto jamás—. Y lo que es peor, gracias a la extraordinaria sabiduría del Senado de la gente, no puedo protegerte de eso.

—Entonces, ¿qué hago? —Vhalla por fin buscó consejo para su culpa.

—No olvides nunca quién eres y no dejes que los muertos te definan. —Hablaba como si llevara varias semanas leyéndole los pensamientos —. Habla conmigo o con Fritz o con Larel. No creo que ninguno de nosotros estemos dispuestos a perderte a manos de tus demonios.

Vhalla lo miró; no quería pensar en la Noche de Fuego y Viento.

Quería que desapareciera de su mente. Él la había atraído con un engaño a su guarida y ahora era cautiva de sus miradas y su contacto. Vhalla cerró los ojos y respiró hondo.

—Todas las noches, los veo. Oigo sus gritos y siento su sangre en mis manos, en mi cara. —Se estremeció y retiró la mano de la de él para envolver los brazos a su alrededor—. Al principio no sabía lo que eran, pero esa noche, en el bosque, lo recordé. —Parecía tonto por su parte decir que había olvidado la primera vez que había matado a una persona, pero su mente había sido muy eficaz a la hora de apartarlo a un lado.

—Desearía poder ser mejor consuelo para ti —murmuró él con suavidad. Se inclinó hacia ella y, solo con las yemas de sus dedos, apartó unos mechones de pelo despeinados. Los dos parecieron contener la respiración cuando la piel de sus dedos rozó apenas la cara de Vhalla. Aldrik retiró la mano y cerró el puño.

—Lo eres —se apresuró a decir ella, lo cual le consiguió una mirada de sorpresa.

—¿Lo soy? —repitió él con escepticismo.

—Yo… —Vhalla se trastabilló con sus palabras—. Estoy… más contenta… contigo, cerca de ti. —Algo en Aldrik se suavizó, pero había una tristeza en el gesto que hizo que Vhalla se sintiese culpable por su confesión.

—En cualquier caso… —Ya estaba evitando otra vez sus atenciones—, mis oídos y mi puerta siempre estarán abiertos para ti.

—Gracias. —Vhalla se preguntó a cuántas personas les habría ofrecido eso. No creía que fuesen demasiadas.

—No obstante, por el momento, deberíamos asegurarnos de que aprendes a Canalizar. —Aldrik parecía tan incómodo como lo estaba ella y el momento… fuese lo que fuere… desapareció.

Se pusieron manos a la obra en lo que Vhalla descubrió que era una tarea aparentemente imposible de Canalizar. Vhalla vio sombras del fantasma con el que había intercambiado notas hacía meses, mientras Aldrik citaba el equivalente a varias enciclopedias de teoría de la magia con una facilidad pasmosa. Su elocuencia despertaba el intelecto de Vhalla y tentaba a su paladar mental con la necesidad de más información.

Pero el deseo de aprender y la ejecución práctica tenían mucho que ver con lo que él le había dicho hacía unos meses: era más difícil hacer que pensar. A cada intento, Aldrik le decía que «solo tenía que encontrar la magia en su interior» o «echar mano de su poder», pero Vhalla tenía la sensación de estar disparando a una diana desconocida en la oscuridad.

Para cuando Aldrik fue en busca de algo de cenar, Vhalla descubrió que estaba exhausta. Su conversación se volvió casual y Vhalla se relajó, tanto que se comió todo lo que tenía delante sin darse ni cuenta. Aldrik hizo que le doliera la tripa de tanto reírse cuando le contó la historia de cuando enseñó a su hermano pequeño a montar a caballo por primera vez. Vhalla le contó la primera vez que había ido a ayudar al campo pero había acabado solo jugando en el barro la mayor parte del día. Aldrik pareció encontrarlo tan sorprendente como divertido. Durante esa breve hora, los horrores que Vhalla había visto, los que había cometido, no parecieron importar.

Sin embargo, no podían escapar de la realidad durante demasiado tiempo. En cuanto terminaron de cenar, volvieron al tema de la Canalización.

—Me da la impresión de que esto es inútil —suspiró Vhalla, y dejó caer los brazos, derrotada. Los había estado agitando como una tonta en un intento por encontrar la «esencia del aire».

—Hay una cosa más que podríamos intentar, puesto que no dispones del lujo del tiempo —dijo Aldrik pensativo después de un largo silencio—. Pero no es un método convencional. De hecho, es más bien teórico.

—¿Oh? —Aldrik sabía muy bien qué decir para hacer que su curiosidad fuese insaciable.

—Tiene más que ver con el Vínculo que con la Canalización. —Se inclinó hacia delante—. ¿Tuviste ocasión de leer algo sobre los Vínculos antes de dejar la Torre?

—No encontré gran cosa —admitió.

—Eso es porque no hay gran cosa —afirmó Aldrik—. Los Vínculos ocurren con muy poca frecuencia y son difíciles de entender porque, según creen los mejores eruditos, consisten en la apertura literal de un conducto mágico entre dos personas. Tú abriste tu magia a mí para salvarme la vida.

Se empaparon de esas palabras durante unos instantes.

—Pero como suele decirse, las puertas y las verjas se abren desde los dos lados —terminó Aldrik, aliviando esa extraña tensión con la que flirteaban cada vez que estaban juntos.

—Espera. —Vhalla parpadeó—. ¿Estás diciendo que tengo algo de tu magia en mí?

—No solo algo; puede ser un conducto entre nosotros.

—Eso es asombroso —susurró Vhalla.

—Por eso creo que tu magia no es tan eficaz contra mí como lo es contra otros. A mí no me golpeará tan fuerte. Nuestra propia magia no puede hacernos daño. —Aldrik negó con la cabeza—. Hay una serie de teorías interesantes que podríamos discutir y explorar en otro momento. Por el momento, vamos a intentar una Unión.

—¿Qué es una *Unión* ? —preguntó, arriesgándose a hacer otro comentario de loro.

—Es difícil de explicar. Piensa en el Vínculo como un Canal latente. Unirnos lo activará, ensanchará el Vínculo. —Aldrik se inclinó hacia ella y el corazón de Vhalla latió más fuerte—. Puede que ni siquiera funcione, pero para que tenga alguna oportunidad de hacerlo, no te resistas a mí.

Aunque Vhalla lo hubiese intentado, no hubiera podido. Estaba tan pasmada por las insinuaciones del príncipe, por los dedos que tocaron con suavidad sus sienes, que apenas podía hablar. Los ojos de Aldrik aletearon y se cerraron, respiró hondo. Vhalla se mordió el labio sin saber si se suponía que debía hacer lo mismo. Aunque si no lo hacía, pasaría el tiempo estudiando las facciones cinceladas de Aldrik a la luz del fuego… y podría morirse de la vergüenza si la sorprendía.

Así que también cerró los ojos.

Al principio, no hubo nada. Vhalla oía su propia respiración y sentía las manos de Aldrik sobre ella. Las yemas de sus dedos se calentaron y entonces, a lo lejos, oyó su corazón latir. No, pensó, no era su corazón, *era el de él* . Su reacción inicial fue asustarse ante la sensación de otro corazón latiendo dentro de su pecho, pero Vhalla se forzó a quedarse quieta y conservar la calma. Pronto, el coro de sonidos se extendió a la respiración de Aldrik, superpuesta sobre los sonidos de su propio cuerpo. El estruendo alcanzó un *crescendo* que amenazaba con

consumir su conciencia. Pero Vhalla recordó las palabras del príncipe y se entregó a ello, *a él* , y dejó que la ola se estrellara sobre ella.

Había una sola inspiración, una espiración, un latido entre ambos.

Vhalla se derritió en el extraño calor de su existencia en común y cedió los últimos de sus sentidos físicos. Era distinto de cualquier cosa que hubiese experimentado hasta entonces. Como vida y muerte todo empaquetado en un momento de belleza. Intentó encontrar dónde terminaba su propio ser, encontrar dónde empezaba él, pero no había finales ni principios en ninguna parte. Eran infinitos.

Ella sentía lo que él sentía, y él pensaba lo que ella pensaba.

De repente, notó que una brisa cálida soplaba sobre su ser metafísico. Era fuerte. Algo que había conocido desde que nació, algo que había conocido toda su vida, sin haber tenido nunca palabras de verdad para ello antes. Cuando Aldrik abrió su Canal, el de ella se abrió a su lado en toda su brillantez.

Vhalla sintió cómo él se apartaba de ella y, en su mente, protestó. Había una seguridad ahí, una tranquilidad, una compasión, y más cosas a las que no se atrevía a dar palabras. Fue una partida suave, pero una partida de todos modos. Vhalla soltó un leve suspiro al tiempo que sus párpados aleteaban antes de abrirse. Aldrik la estaba mirando y su pecho se expandía despacio con cada inspiración profunda.

Durante mucho tiempo, se quedaron ahí sentados, quietos. El cuerpo de Vhalla parecía el mismo, pero todo había cambiado. Las manos del príncipe se apartaron despacio de su cara y la última conexión fue a través de la mirada.

—Vhalla, yo… —musitó Aldrik con la lengua pastosa.

Una especie de locura se apoderó de ella y agarró las manos del príncipe.

—Aldrik —susurró, aferrada a él con desesperación. Vhalla buscó algo que validara lo que había encontrado durante su breve periodo de existencia compartida.

Aldrik la miraba y, mucho antes de que retirara las manos de las de ella, Vhalla vio un momento de pánico, *un momento de deseo* … y Aldrik se retiró mentalmente. Vhalla se dio cuenta de que tal vez el príncipe ya no fuese capaz de ocultarle nada nunca más en la

oscuridad de sus ojos, pues ella lo había visto todo como si estuviese mirando a un espejo. No estaba segura de si esta Unión era una bendición o una maldición.

—Creo que hemos conseguido suficiente por esta noche. —Aldrik apartó la mirada y se sentó más erguido, más compuesto.

—Aldrik —susurró Vhalla. Incluso esta mínima retirada le dolía más de lo que debería. Vhalla lo sintió como si le arrancaran un pedazo de dentro.

—Todo lo que tienes que hacer es repetir ese proceso, lo que sentiste. Creo que eso lo puedes averiguar por ti misma. —Aldrik seguía sin querer mirarla.

—*Aldrik* —suplicó Vhalla.

—También puedes pedirle ayuda a Larel. Solo elige un movimiento y repítelo como tu Canal. Repite la acción cada vez que lo intentes, para que cuando lo logres, empieces a asociar el acto con ese gatillo.

Aldrik se volvió hacia la mesa y recuperó el pergamino que había estado leyendo antes. Vhalla no estaba segura de qué había hecho mal, pero Aldrik se había cerrado por completo a ella. Había sido él el que había sugerido lo de la Unión; ¿de qué tenía tanto miedo de repente? Suspiró y se puso en pie.

Aldrik no la miró mientras se volvía a poner la armadura. Era un trayecto corto, pero lo último que quería era salir de la tienda de campaña de un hombre, de la tienda del príncipe heredero, menos vestida que cuando entró. Él no dijo nada.

—Bueno —dijo Vhalla dubitativa—, gracias. —Un toque de amargura se coló en su voz. Aldrik no se movió cuando ella dio media vuelta para marcharse.

—Ya te llamaré —dijo Aldrik de pronto, justo cuando Vhalla estaba a punto de retirar la solapa de la tienda.

—¿Qué? —Vhalla se giró, el corazón acelerado por la esperanza.

—Trabaja en tu Canalización, la necesitarás para lo que te voy a pedir —dijo Aldrik, y ahora sí que se giró hacia ella—. Empezaremos cuando esté satisfecho con tu progreso.

Vhalla asintió y miró sus ojos reservados durante unos segundos

largos. Las vio ahí todavía, su confusión y su agitación. *Pero ¿agitación por qué?* Esa era una pregunta para la que aún no tenía respuesta.

—Muy bien. Buenas noches, Aldrik. —Vhalla abrió la solapa de la tienda y salió por ella.

—Buenas noches, Vhalla.

CAPÍTULO 7

El día había amanecido cubierto y caluroso. Había una brisa seca, pero ofrecía poco respiro del agobiante calor. Era el tipo de día en el que uno no aspiraba a nada más que a encontrar un rincón fresco y con sombra en el que refugiarse. Pero el sol seguía proyectando su calor implacable sobre los hombros de la joven.

Estaba de pie delante de una tumba, en el centro de un jardín cubierto por cristal. Muchas de las plantas se habían cultivado de manera artística y la mayoría se aferraba a la vida a pesar de la temperatura. Las flores carmesíes que rodeaban el monumento esculpido delante de ella, sin embargo, estaban marchitas y arrugadas. No era la primera vez que la joven había estado en este jardín de los muertos.

La tumba delante de ella tenía forma de obelisco. Sentado sobre él había una figura de mujer. Tenía el pelo largo y liso como una tabla, casi hasta la cintura, y un rostro amable aunque severo tallado en el impecable mármol. Detrás de ella había un sol color oro y rubí que proyectaba un resplandor rojizo sobre el suelo a sus pies.

Vhalla estiró una mano y tocó las letras familiares, como si hacerlo pudiese conectarla con su madre muerta. No notó nada más que piedra debajo de los dedos. Suspiró y cambió el peso de pie. Odiaba con toda su alma estar ahí.

—Deja de moverte tanto —llegó una voz fuerte desde su lado. Giró la cara hacia arriba, pero el sol envolvía al hombre que se alzaba por encima de ella.

Vhalla se giró y entreabrió los ojos. Tenía el dorso de la mano apoyado contra la frente y contempló la lona que se iluminaba poco a poco por encima de ella. Era un sueño extraño que se desarrollaba más como un recuerdo largo tiempo olvidado. Vhalla lo repasó de

nuevo y, a pesar de la nostalgia abrumadora, nada parecía familiar al revisarlo por segunda vez. Estaba demasiado cansada para prestar demasiada atención al sueño, así que puso manos a la obra con sus quehaceres mañaneros.

Unión , así era como lo había llamado Aldrik. Vhalla jugueteó con su desayuno, aunque intentó forzarse a comer. Todavía no entendía el ensanchamiento del Vínculo, como lo había explicado Aldrik, pero estaba claro que había sido algo significativo. El fantasma del príncipe todavía estaba sobre ella. Todavía sentía la caricia de su esencia en los huesos. Vhalla se miró las manos. Aprender a Canalizar parecía muy poco importante en comparación.

—¿Cómo os fue ayer por la noche? —preguntó Fritz cuando se reunió con ella y con Larel.

—¿Qué? —Vhalla salió de golpe de su ensimismamiento.

Estaba claro que Larel también estaba interesada. No había preguntado la noche anterior cuando Vhalla regresó, exhausta y con ojos soñolientos, y llevaba muy callada toda la mañana.

—Con el príncipe. —Fritz bajó la voz—. ¿Ya entiendes un poco más sobre cómo Canalizar?

—Eso creo. —Vhalla asintió.

—¡Bien, bien! —Fritz esbozó una sonrisa radiante—. Lo aprenderás en unas cuantas semanas, estoy seguro.

Vhalla sintió cómo la magia crepitaba alrededor de sus dedos. No necesitaba unas semanas, podría hacerlo ahora mismo. Su cuerpo lo sabía. En cualquier caso, no tuvo ocasión de corregir a Fritz pues justo entonces sonaron los cuernos para que todo el mundo volviera a ocupar sus puestos en la marcha.

Los soldados se movían ahora más despacio. Una semana de marcha había empezado a cobrarse su peaje sobre los reclutas nuevos. Vhalla misma tenía las piernas rígidas y rozadas por la silla de montar. No tenía ni idea de cómo aguantaban los hombres y mujeres que iban a pie. ¿Cómo iban a luchar cuando llegasen al Norte?

Aldrik también fue más lento esa mañana y las tropas estaban casi en marcha cuando llegó a caballo desde el lateral. Incluso con toda su voluminosa armadura, seguía mostrando una figura imponente sobre su caballo de batalla. A Vhalla se le aceleró el corazón y, como si lo

hubiese percibido, los ojos de Aldrik encontraron los de ella. La tensión se palpaba entre ellos, incluso con una docena de personas en el medio.

Aldrik tiró con fuerza de sus riendas y dio media vuelta a su caballo para avanzar por fuera del grueso de las tropas hasta un par de filas por detrás de Vhalla. Ella observó al príncipe hasta que lo vio colocarse al lado de Elecia, pero apartó la vista en cuanto vio que se enfrascaba al instante en una conversación apasionante. Notó una emoción fea en su interior, una a la que no estaba acostumbrada y no sabía cómo combatir.

—Voy a marchar al frente del grupo —anunció.

—¿Por qué? —Fritz parecía sorprendido por su repentina declaración.

—Tengo unos amigos ahí —farfulló Vhalla.

—Tienes amigos aquí —objetó Fritz, que no parecía entender nada.

Vhalla no estaba segura de si podía, o debía, explicárselo. Por el rabillo del ojo, Vhalla vio cómo Larel miraba con disimulo hacia donde estaban Aldrik y Elecia. La occidental era demasiado observadora para su propio bien.

—No es que hayas hecho nada mal, Fritz. —Vhalla encontró la fuerza para sonreír y agarrarle el brazo a modo de consuelo—. Solo quiero ver a unas personas.

No hubo más protestas por parte de Fritz y Larel. Mientras Vhalla cortaba entre las filas de hombres, se aseguró de cruzar una mirada con Aldrik. No era bonito de reconocer, pero quería que la viese alejarse y sintiera esa misma horrible emoción que él había provocado en ella.

La Guardia Dorada no era difícil de encontrar: un grupo de tres personas que rodeaban al príncipe más joven con brazales bañados en oro. Marchaban en el centro de las fuerzas y Vhalla vaciló un instante al percatarse de las miradas de animadversión que le lanzaban los soldados de los alrededores. Estaba a punto de dar media vuelta al oír los primeros susurros, pero justo entonces Daniel se giró hacia ella.

—¡Vhalla! —exclamó, y casi se dislocó el brazo para hacerle gestos de que se reuniera con ellos. Los soldados se abrieron sobresaltados y Vhalla no tuvo otra opción que hacerle caso—. No te esperábamos. —Daniel le sonrió y Vhalla se sintió más a gusto al instante.

—En absoluto. —Las palabras del príncipe Baldair la desinflaron.

—Espero que no sea un problema. —Vhalla bajó los ojos.

Daniel mantuvo la boca cerrada en deferencia al príncipe.

—Oh, no te preocupes tanto. —El príncipe restó importancia a sus inseguridades con una sonora risotada—. Ya dije que no pasaba nada.

—Puede que esta sea la primera vez que un hechicero que no sea Jax haya cabalgado con la Guardia Dorada —comentó Craig.

Vhalla no tuvo problema en creerlo, teniendo en cuenta las miradas que le lanzaban los otros soldados.

—Vhalla, esta es Raylynn. —Daniel hizo un gesto hacia una mujer que cabalgaba a la derecha de Baldair. Tenía el pelo largo y rubio, del color de las sureñas, pero liso, como sería el de una occidental, y su piel tenía un tono aceitunado.

—Es un placer conocerte —dijo Vhalla con educación.

La mujer la miró pensativa durante un largo instante. Tenía los ojos parecidos a los de Aldrik, según pudo ver Vhalla: negros y penetrantes. Confirmaron las sospechas de Vhalla de que había sangre occidental en las venas de la mujer, si es que su piel bronceada no era prueba suficiente. Y cortaron con facilidad a través de ella.

—Eres la Caminante del Viento. —Era la segunda vez que pronunciaban la frase sin tono de interrogación.

—Así es —afirmó Vhalla.

—Ray, sé buena. —Daniel maniobró a su caballo para pegarlo bien al de Vhalla. Raylynn le lanzó a Vhalla una última mirada evaluadora antes de soltar una ristra de palabras susurradas al príncipe. Daniel impidió que Vhalla pudiera poner la oreja—. Ray suele mostrarse escéptica con cualquier recién llegado a nuestro pequeño grupo —susurró.

Vhalla tensó las riendas, lista para dar media vuelta a Relámpago y volver a su puesto en la fila. Un guantelete dorado se apresuró a posarse sobre su mano. Vhalla levantó la vista hacia Daniel, confundida y frustrada.

—No te vayas. Creo que le vendrá bien.

—¿El qué? —Vhalla aspiró una bocanada de aire llena de aprensión.

—Necesita tener un poco de interacción con alguien más allá de la Guardia Dorada. Y si consigues que te acepte, será otra prueba de que no eres el monstruo que creen que eres. —La declaración del guardia llegó al alma de Vhalla, y su expresión debió dejarlo claro—. Yo… —Daniel se quedó sin palabras. Los dos se quedaron mudos cuando la ola de sinceridad brutal se estrelló contra ellos. Ese momento de franqueza la había dejado noqueada y Vhalla agradeció las patas fuertes del corcel debajo de ella—. No debí decir eso.

—Necesitaba oírlo. —Se sentía abrumada por su sinceridad; era contagiosa y Vhalla quería rodearse de ella.

Daniel se dio cuenta de que todavía tenía la mano sobre la de ella y la retiró a toda velocidad. A juzgar por las miradas de soslayo por parte de Craig y Baldair, había sido el último en percatarse.

Vhalla relajó las manos sobre las riendas.

—Bueno, creía que la Guardia Dorada tenía más miembros que solo tres.

—Somos cinco en total —explicó Daniel, que parecía muy aliviado por poder cambiar de tema.

—Los otros dos están en las primeras filas —aportó Craig—. El mayor en jefe Jax Wendyl y lord Erion Le'Dan.

—¿El mayor en jefe Jax? —Vhalla había oído ese nombre antes—. ¿De la Legión Negra? —El comentario de que él era el otro hechicero que cabalgaba con ellos tenía más sentido ahora.

—El mismo —confirmó Daniel con un asentimiento.

—Pero es hechicero —señaló Vhalla como una tonta.

—¿Qué? —exclamó el príncipe Baldair—. ¿Me lo ha ocultado todo este tiempo? —Daniel y Craig estallaron en carcajadas e incluso Vhalla esbozó una sonrisita avergonzada—. En efecto, es hechicero. —El príncipe asintió, mirando hacia el norte—. Pero también es un buen hombre. —El príncipe dorado se volvió hacia ella y la miró por encima de Craig y Daniel—. Descubrirás que solo me rodeo de hombres buenos, Vhalla. —Raylynn soltó un bufido—. Y mujeres. —El príncipe Baldair se rio y se giró hacia la espadachina.

Vhalla pasó el resto del día aprendiendo cosas sobre la historia de la Guardia Dorada. El príncipe Baldair la había instaurado de niño con lord Erion Le'Dan, aunque en aquel momento había sido más bien una broma entre jóvenes. Pero cuando empezó la guerra del Norte, recurrió a su amigo para sobrevivir en el frente. Poco a poco, añadieron a más hombres y mujeres, los que se consideraban más diestros y útiles.

Daniel había sido el añadido más reciente, después de que asumiera el mando durante una batalla cuando nadie más estaba dispuesto a hacerlo, librándolos de una derrota brutal en el Norte y salvando la vida del príncipe en el proceso. Vhalla no tenía ni idea de que el oriental con el que había estado reflexionando sobre el cultivo de patatas y charlando sobre el festival de Paca fuera un lord. Daniel mismo parecía incómodo con la idea y le aseguró que no debía tratarlo con ningún tipo de deferencia.

Vhalla no se había percatado de cuánto tiempo había pasado hasta que sonaron los cuernos para detener la marcha. Daniel también se rio y dijo que se le había pasado el tiempo volando. Invitó a Vhalla a cenar, pero esta declinó la oferta, pues se sentía culpable por haber dejado todo el día solos a Larel y a Fritz. Antes de irse, Daniel la invitó a cabalgar con él alguna otra vez y, al recordar a Aldrik y a Elecia juntos, Vhalla no pudo rechazar la invitación de plano.

—Hoy hemos averiguado unas cuantas cosas sobre Elecia —comentó Fritz mientras terminaban de montar sus tiendas de campaña.

—¿El qué? —Vhalla no estaba segura de querer saberlo.

Larel tenía un brillo de advertencia en los ojos.

—Hemos hablado con los soldados de a pie —continuó Fritz, sin darse cuenta de la aprensión de las dos damas—. Y al parecer ya habían visto a Elecia antes.

—¿Ah, sí? —preguntó Vhalla.

—Uno decía que ha estado en el palacio varias veces desde que el príncipe era un hombre joven —explicó Fritz.

Vhalla no sabía por qué ese hecho la llenaba de semejante inquietud.

—Como si los soldados rasos supieran nada —farfulló Larel, mientras terminaba de instalar su esterilla y su saco de dormir.

—Sí, pero tienes que admitir que Elecia y…

—¿Y quién? —terminó la mujer en sí, y los tres se giraron sorprendidos.

—Y, uhm… —Fritz era un ratón en la trampa de un gato jubiloso.

—Y el príncipe —terminó Larel sin asomo de miedo.

Vhalla tuvo que reconocer que Elecia solo se mostró sorprendida por un momento. Eso sí, tomó nota mental de que la mención directa de una conexión entre Elecia y Aldrik dejó a la mujer sin palabras por un instante.

—Hablando del príncipe, ha dicho que os entrenará esta noche. —Sus ojos se posaron sobre Vhalla, y lo decían todo sin necesidad de decir nada—. Así que terminemos de una vez con esta catástrofe.

Durante el trayecto para reunirse con Aldrik en el bosque, Vhalla caviló sobre él y sobre Elecia. La gente ya estaba cuchicheando. ¿Y si era *verdad* que había habido alguna historia entre ellos? ¿Y si Larel estaba equivocada y no eran solo chismorreos de campamento? Su mente dio una y mil vueltas a esas ideas, y solo se detuvo cuando Aldrik empezó a hablar.

—Vuestras noches serán mitad entrenamiento de vuestros cuerpos físicos y mitad entrenamiento de vuestra destreza mágica —declaró, mientras caminaba en torno a Vhalla, Larel y Fritz—. Si tenéis alguna esperanza de conseguir llegar al Norte y luego salir de ahí con vida, necesitaréis cada minuto de entrenamiento que pueda proporcionaros. —Elecia rondaba por un lado, exenta de las palabras de Aldrik—. Si replicáis u os negáis a hacer algo, puede que me replantee mi amabilidad de ser vuestro maestro.

Utilizó la voz de un príncipe, no la del Aldrik que ella conocía. Vhalla miró de reojo a Fritz y se preguntó si era solo por la presencia del sureño. Larel era amiga de Aldrik; Elecia claramente tenía algún tipo de conexión; y Vhalla era…

¿Qué era?

Esa pregunta resonaba en su mente cuando empezaron su entrenamiento físico. De hecho, dio vueltas por su cabeza hasta que

tuvo que concentrarse solo en no marearse de tanto correr y saltar. Aldrik se negó a dejar que se quitaran la armadura; su entrenamiento físico lo requería, había dicho. Fritz fue el primero en desplomarse, con lo que se ganó la ira del príncipe.

—Charem, levántate. —Aldrik suspiró, apoyado contra un árbol—. ¿O preferirías que los clanes del Norte te arrancaran extremidad a extremidad? ¿O quizás un gato Noru?

Fritz se levantó a duras penas. Vhalla y Larel esperaban resollando. Larel estaba en mucha mejor forma física que Vhalla, que tenía la sensación de estar a punto de desmayarse en cualquier momento.

—Muy bien, sigamos. —Aldrik intercambió una mirada con Elecia—. Elecia, Vhalla, emparejaos.

—*¿Qué?* —exclamaron las dos mujeres al unísono.

—Es una orden. —Aldrik se apartó del árbol y fulminó a Elecia con la mirada—. Confío en ti para que impartas tus conocimientos y destrezas.

La mujer de piel oscura puso los ojos en blanco, pero no objetó por segunda vez. Aldrik ni siquiera miró a Vhalla, con lo que no le daba ni voz ni voto. Vhalla decidió que debía haber hecho algo terrible para ofender al príncipe, aunque fuera lo que fuese, se le escapaba. Lo único que se le ocurría era la Unión, pero eso había sido idea de él. Y de todas las palabras que Vhalla podría utilizar para describir lo que había sucedido entre ellos la noche anterior, ninguna sería negativa.

—Larel, ¿puedes decirme cómo lucha un Portador de Fuego? —preguntó Aldrik.

—En combate mano a mano con algún ataque ocasional de largo alcance —repuso Larel.

—¿Y los Corredores de Agua? —El príncipe asintió y se giró hacia Fritz.

—Una mezcla de ataques congeladores ofensivos e ilusiones defensivas. —Fritz sonó como si repitiera las palabras de un libro de texto.

—¿Y los Rompedores de Tierra? —Aldrik se giró hacia Elecia.

—Magia muy defensiva, piel de piedra impenetrable a los ataques con

espadas y cuchillos y a la mayoría de los ataques de hielo o fuego, combinado con destreza en armas. —La mujer apoyó las manos en los muslos y Vhalla se fijó en que las ranuras de las grebas de la mujer no eran decorativas. Se le había pasado por alto antes, pero Elecia tenía también dos espadas cortas amarradas a las piernas.

—En cuanto a los Caminantes del Viento… —La voz del príncipe vaciló un poco cuando se giró hacia Vhalla. La joven tenía el pecho en tensión, a la espera de que terminara su reflexión—. Ya lo averiguaremos.

Pasaron el resto de la noche repasando los puñetazos básicos y las formas de esquivarlos. Elecia parecía igual de disgustada por tener que ayudar a Vhalla que esta por tener que entrenar con ella. La mujer se mostraba seca y se limitaba a comentarios cortos, pero a pesar de los labios fruncidos y las miradas de desaprobación, Vhalla estaba aprendiendo.

Estaba claro que la mujer de pelo rizado tenía experiencia en combate. Se movía con ligereza, con agilidad, y ni siquiera había sudado. Jamás cometía un error y no se quedó sin respiración en ningún momento.

Todo en ella parecía irritar a Vhalla.

Era el turno de Vhalla de practicar sus ataques y el de Elecia de esquivar y desviar. Elecia encontraba que todo era divertido. Tenía esa forma de ser irritante que la hacía parecer mejor que todos los demás. Acaparaba el tiempo y la atención de Aldrik. Sus movimientos eran impecables. Tenía un desparpajo elegante ante todo lo que se le ponía por delante, algo que Vhalla solo había visto exudar a los miembros de la realeza. Vhalla falló su siguiente golpe y Elecia le dio un pequeño empujón en el hombro que había quedado desprotegido. Vhalla dio un paso atrás y miró a Elecia con ojos nuevos.

Parpadeó, sorprendida de no haber atado cabos antes. No tenía ninguna prueba, pero algo en su interior le decía que estaba en lo cierto. Los rumores de que la mujer hubiese estado en el palacio, su actitud casual en compañía de la realeza… Todo tenía sentido. Solo personas que vivían rodeadas de riqueza y opulencia actuaban como lo hacía Elecia. Como si el mundo fuese un juguete para su entretenimiento.

—¿Qué pasa? —preguntó Elecia—. ¿Ya te rindes?

Vhalla volvió a su ataque.

—Elecia. —Le lanzó un puñetazo que la mujer esquivó sin problema —. Dime… ¿cuántos años… tenías… cuando fuiste… al palacio… por primera vez? —Sus palabras iban recalcadas por sus puños.

Elecia dio un paso atrás e hizo una pausa.

—¿De qué estás hablando? —preguntó, una ceja arqueada.

—¿Fue para una gala? ¿O acudieron tu padre o tu madre en misión oficial?

Elecia abrió mucho los ojos y Vhalla retomó su ataque. La mujer tardó en recuperarse y, de repente, sus bloqueos eran desmañados.

—¿Dormías en una suite de invitados? —Vhalla lanzó un gancho de derecha—. ¿O se quedó tu familia en algún otro sitio en la parte alta de la ciudad?

Una expresión de irritación frunció los labios de la mujer.

—No sé de qué estás hablando.

—Mientes fatal —escupió Vhalla de vuelta. Elecia la miró escandalizada.

—¿Y tú qué, *Vhalla Yarl* ? ¿Cómo es que alguien como tú, poco más que una mísera plebeya, ha llamado la atención del príncipe heredero? ¡Una donnadie como tú confraternizando con él!

Eso llamó la atención de Aldrik, que se apresuró a acercarse desde donde estaban entrenando Larel y Fritz.

—Tienes que saber que no te mereces ni…

Vhalla se lanzó a por ella con un grito para que Elecia no pudiese decir ni una palabra hiriente más. La mujer esquivó su ataque con facilidad y le dio un puñetazo en el estómago. El brazo fue como si una roca se hundiera en su abdomen y Vhalla boqueó en busca de aire en lugar de soltar un chillido.

—¡Elecia! —gritó Aldrik mientras Vhalla se doblaba por la cintura, tosiendo agarrada a su estómago. El príncipe se apresuró a cruzar el espacio que aún lo separaba de las dos mujeres.

—¿Crees que *eso* …? —Elecia señaló con un dedo en dirección a Vhalla— ¿… será algo alguna vez? —Echó la cabeza atrás y se rio.

—Elecia, *para ya* —gruñó Aldrik.

—Oh, sí, defiende a tu mascota —se burló ella. Larel y Fritz observaban la escena alucinados.

—Elecia —masculló Aldrik con los dientes apretados, los puños cerrados.

—¿Por fin vas a pelear conmigo? Estaba impaciente por tener un desafío de verdad —dijo la mujer de piel oscura al tiempo que levantaba los puños—. Ha pasado muchísimo tiempo desde que disputáramos una ronda.

Vhalla consiguió enderezarse un poco, las manos aún plantadas sobre el estómago que sufría espasmos dolorosos.

Aldrik fue hasta Elecia a paso airado y la agarró del cuello de la armadura. Tiró de ella con fuerza hasta tenerla bien cerca y poder plantar la cara justo delante de la de la mujer.

—Si quieres que entrene contigo como un adulto, actuar como una chiquilla petulante no va a dar resultado, *«Cía»* .

Elecia lo apartó de un empujón con el ceño fruncido y sacudió la cabeza.

—Perfecto —dijo, con un destello ruin en los ojos—. Sigue jugando tus jueguecitos con ellos, Aldrik —escupió de vuelta. Vhalla notó cómo se le abría la boca, escandalizada al oír el tono con el que pronunció el nombre de Aldrik—. Pero te repito una vez más, que esa zorra de baja cuna no se merece ni un ápice de lo que le das. —Elecia dio media vuelta y se alejó por el bosque armando una escandalera. Los arbustos y los árboles se encogieron a su paso antes de volver a desenroscarse, aún más frondosos y espinosos que antes.

Aldrik suspiró y se pellizcó el puente de la nariz. Se tomó un momento antes de girarse hacia Vhalla y arrodillarse delante de ella.

—¿Estás bien?

La joven asintió, aunque notaba el estómago como si lo hubiesen vuelto del revés. Fritz y Larel se quedaron a poca distancia de ellos sin saber muy bien qué hacer.

—Déjame verlo. —El príncipe alargó la mano y Vhalla retiró la suya. Solo enderezar la espalda ya le dolía—. Quítate la armadura —le

ordenó Aldrik, y Vhalla empezó a manipular los cierres de la parte frontal con dedos temblorosos—. Espera —le dijo él con suavidad y empezó a ayudarla desde abajo. Vhalla encorvó los hombros y dejó que el pelo cayera por delante de su cara para ocultar su vergüenza.

Aldrik la ayudó a quitarse la coraza de placas; algunas de las pequeñas escamas estaban abolladas en la zona del abdomen. Aldrik soltó un suspiro audible.

—La arreglaré esta noche. No te preocupes, estará lista por la mañana.

Vhalla bajó la vista hacia la cota de malla; no parecía haber sufrido daños. Hubo un momento de silencio y una suave brisa nocturna revolvió su pelo. Aldrik alargó un brazo y le puso una mano sobre el hombro.

—Elecia es… —Suspiró de nuevo—. No hagas caso de lo que dice.

Vhalla asintió en silencio. Era una idea estupenda, pero una vez que se dicen algunas cosas, ya no pueden dejar de oírse nunca, y el breve intercambio ya se estaba repitiendo en su cabeza.

Aldrik asintió a su vez antes de ponerse de pie y girarse hacia Larel y Fritz, mudos de consternación.

—Larel, llévala de vuelta a vuestra tienda. A lo mejor tienes que quemar alguno de esos arbustos alterados para poder pasar. —Echó un vistazo hacia el camino que había seguido Elecia—. Fritz, ven conmigo. Estoy seguro de que Vhalla tiene algún grado de hemorragia interna después de un golpe así, y no voy a permitir que monte a caballo mañana sin darle una poción esta noche.

Los dos asintieron y Larel deslizó el brazo de Vhalla alrededor de su cuello para ayudarla a levantarse.

—No es tan grave —insistió Vhalla en voz baja, sin querer montar más numerito del que había montado ya.

—No es ninguna vergüenza aceptar ayuda. Esta marcha es demasiado larga como para justificar hacerse la dura ahora —le dijo Larel con severidad, aunque con tono amable.

—Escúchala, Vhalla. Tiene la cabeza bien amueblada sobre los hombros. —Aldrik señaló a Larel, y Vhalla vio cómo el rostro de la mujer occidental se iluminaba con una leve sonrisa—. Vamos, Fritz —ordenó con tono apremiante, y los dos se alejaron en dirección

contraria.

Como había dicho Aldrik, tuvieron que quemar los arbustos en algunas zonas, pues tenían unas ramas casi tan gruesas como la muñeca de Vhalla y bloqueaban la ruta más directa de vuelta al campamento. Larel empleó intensos fogonazos para incinerarlos y despejar un camino.

—¿Los Rompedores de Tierra pueden alterar árboles y plantas? —preguntó Vhalla.

—Algunos sí —afirmó Larel.

No volvieron a hablar durante el resto del camino hasta su tienda. Larel se ofreció a ayudar a Vhalla a ponerse la ropa de cama, pero esta insistió en que podía hacerlo sola. Las palabras de Elecia no hacían más que repetirse en su cabeza. La conversación había producido demasiada información para analizarla ahora. Un desagradable cardenal morado ya había empezado a formarse en su estómago.

Vhalla apenas había terminado de ponerse un camisón de manga larga cuando se oyeron unos golpecitos en el poste de la tienda.

—¿Vhal? ¿Larel? —dijo Fritz con voz tentativa.

—Pasa, Fritz —le dijo Vhalla, y el joven asomó la cabeza al interior. Larel se movió un poco hacia un lado para hacerle sitio y que pudiese sentarse. Casi no había espacio para los tres.

—Toma, el príncipe me dijo que te diera esto. —Le entregó a Vhalla un pequeño vial de madera.

—Gracias —murmuró. Lo tomó de sus manos y se lo bebió de un trago. Reconoció la sensación ardiente de esta poción en particular e hizo una ligera mueca. Empezaba a sospechar que los clérigos lo curaban todo con ese único líquido mágico—. Siento daros problemas.

—No pasa nada —la consoló Larel—. Tampoco es que haya sido culpa tuya.

—Pero ¿qué pasó, exactamente? —preguntó Fritz. Larel le dio un codazo en el costado.

—No es asunto nuestro —lo regañó. Vhalla se retorció los dedos.

—Vale, vale. Espero que te pongas bien pronto. —Alargó la mano,

revolvió el pelo de Vhalla en un gesto afectuoso, y giró sobre las rodillas para salir gateando de la tienda.

—Espera —lo detuvo Vhalla. Notaba una sensación revuelta en el estómago, pero creía que tenía más que ver con los nervios—. Espera —repitió otra vez mientras Fritz volvía a sentarse. Vhalla se pasó el vial de una mano a otra sin saber muy bien cómo expresar lo que quería decir, pero Fritz y Larel ya habían demostrado ser amables y leales. Respiró hondo.

—Vhalla, no tienes por qué… —Larel parecía percibir su agitación.

—Estamos Vinculados —dijo Vhalla sin rodeos para quitárselo de encima antes de perder el coraje.

Sus dos amigos la miraron confundidos y sorprendidos.

—Espera, ¿qué? —En ese momento, Fritz tenía cara de tonto.

—¿Tú y…? —susurró Larel, aunque su voz la abandonó antes de poder terminar la frase siquiera.

—Aldrik. —Vhalla maldijo en voz alta—. *El príncipe* . —Sacudió la cabeza; ya era demasiado tarde y estaba metida hasta el cuello—. Aldrik y yo estamos Vinculados. —Vhalla apartó la vista de ellos. Apenas comprendía lo que significaba ese Vínculo, así que cómo iban a reaccionar ellos era una incógnita. Los dos la miraron boquiabiertos, enmudecidos por la sorpresa—. Bueno, decid algo —suspiró.

—¿Estás segura? —preguntó Larel.

—Muy segura —afirmó, al tiempo que recordaba su lección de Canalización.

—¿Lo sabe él? —murmuró Fritz, todavía pasmado. Larel le dio un pequeño golpe en la nuca.

—Por supuesto que lo sabe —lo regañó.

—¿Cómo? —La mujer occidental le lanzó a Fritz una mirada significativa al oír su pregunta—. Ya sé cómo; sé cómo funcionan los Vínculos *en teoría* . Pero ¿cómo has acabado Vinculada con el príncipe precisamente?

—Ni siquiera yo lo entiendo del todo. —Vhalla recordó una noche en la biblioteca, una noche que parecía haber sucedido hacía una

eternidad—. Fue cuando volvió.

—¿Del frente? ¿En verano? —Larel parecía estar encajando ya las piezas. Vhalla asintió.

—Estaba trabajando en la biblioteca y… —Vhalla hizo una pausa y decidió obviar el hecho de que creía que estaba salvando a un príncipe diferente—. Quería salvarlo, quería dar cualquier cosa por salvarlo. Me dijo que escribí magia, o que hice recipientes… o algo así. Algo de lo que hice abrió un conducto y se produjo un Vínculo. —Se movió un poco en un intento por no dejar que la conversación que ella misma había iniciado la hiciese sentir incómoda.

—Es asombroso —murmuró Fritz.

—Así que… esa es la razón de que las cosas sean diferentes entre nosotros. —Ya no estaba segura de por qué les había confiado esto a sus amigos.

—¿Qué se siente al estar Vinculado? —preguntó Fritz.

—No sabría decirte —confesó Vhalla—. Nunca he conocido la magia sin estar Vinculada. Así que para mí es normal.

—Te Manifestaste deprisa —señaló Larel—. Incluso el ministro se sorprendió, pero tendría sentido si tuvieses un Vínculo con alguien como el príncipe Aldrik.

—También fue como… —Vhalla dudó sobre si debía compartir con ellos lo de la noche anterior, pero ya había ido demasiado lejos como para callarse—. Durante nuestra lección de Canalización, me enseñó cómo Canalizar.

—Bueno, por supuesto. —Estaba claro que Fritz no lo había entendido.

—No. —Vhalla negó con la cabeza—. Me *enseñó* . Mientras estábamos Unidos.

Si Vhalla no había entendido la trascendencia de la Unión antes, desde luego que la entendió entonces. Fritz y Larel la miraron con una combinación de sorpresa, asombro y, lo que era aún más inquietante, un poco de miedo. Vhalla juntó las manos y se las retorció con fuerza.

—¿Es… *posible* ? —preguntó Fritz al cabo de unos segundos.

—¿Supongo? Solo sé lo que me dijo Aldrik. —Los ojos de Vhalla saltaban de uno a otra, desesperada por incitar algo más de conversación para que dejasen de mirarla como si le hubiese salido otra cabeza—. ¿Qué significa?

—Yo solo he leído sobre ello. —Pedirle a Fritz que recitara cosas de libros tenía el mismo efecto que sobre Vhalla. Su cerebro empezaba a funcionar de nuevo—. La literatura sobre los Vínculos es muy escasa porque la mayoría de la gente que lo intenta fracasa, y una persona muere en el proceso. Pero una Unión se supone que es un estado de conciencia y percepción fusionadas.

—Eso suena más o menos correcto. —Vhalla asintió a modo de confirmación.

—No puedo creer que hiciera algo así. —Fritz se acarició la pelusilla de la mandíbula—. Se supone que es un proceso arriesgado.

—¿Arriesgado? —Vhalla estaba cansada de que su vida estuviese hecha de riesgos sobre riesgos.

—Una vez más, solo he leído sobre ello… Pero si el Vínculo no es sólido, completo, si las dos personas Vinculadas no son compatibles, o si… —Hizo una pausa para censurarse—. Bueno, hay más cosas que pueden ayudar o perjudicar, pero he oído que una persona podría llegar a perderse en la otra. Acabas con una persona descerebrada mientras la otra se vuelve loca debido a todo el ruido que oye en su cabeza.

Vhalla los miró alucinada y luego se echó a reír.

—Los riesgos son algo que el príncipe no tiene reparo alguno en correr —les aseguró. Parecía una afirmación que resumía bien toda su relación.

—¿Por qué nos has contado esto? —preguntó Larel—. No creo que el príncipe se alegre demasiado de saberlo.

La verdad era que Vhalla no había pensado en eso.

—Porque los dos sois mis amigos. Confío en vosotros y quiero que sepáis que así es. ¿Para qué son los amigos si no puedes compartir los secretos con ellos?

—No se lo diré a nadie. —Fritz la agarró de la mano y ella sonrió a sus ojos amables.

—Sabes que tienes mi silencio —juró Larel.

—Aunque sí eres consciente de que te voy a estar haciendo preguntas al respecto, ¿verdad? —Fritz le regaló esa sonrisa bobalicona suya llena de dientes. Vhalla no pudo evitar devolverle la sonrisa.

—Contestaré lo mejor que pueda —le prometió Vhalla—. Hablar de ello puede que incluso sea agradable.

Fritz se marchó poco después. Les dio un abrazo fuerte tanto a Vhalla como a Larel, y Vhalla deseó que pudiera quedarse con ellas. De un modo un poco egoísta, quería pasar la noche acurrucada entre él y Larel. Pero no dijo nada. En el mejor de los casos, lo despertaría cuando se debatiese en sus pesadillas.

CAPÍTULO 8

Fritz le devolvió a Vhalla su armadura a la mañana siguiente, lo cual la dejó confundida y dubitativa una vez más. El príncipe era una criatura extraña. En ocasiones, daba la impresión de preocuparse por ella por encima de todo lo demás, como cuando Elecia le había dado ese golpe bajo. En otras, como durante la cabalgata del día entero, parecía como si no quisiese tenerla ni cerca.

Si estaba intentando evitarla, estaba abocado al fracaso. Aldrik la veía cada noche cuando entrenaban juntos y quizás ese hecho lo frustrara, porque el príncipe machacaba a sus tres pupilos hasta dejarlos con un nivel de agotamiento que Vhalla no había conocido nunca. El segundo día de entrenamiento fue más duro que el primero, y el tercero más duro que el segundo. A la cuarta mañana, Vhalla estaba segura de que no podría levantarse de la cama y casi llegó tarde antes de dejarse convencer de subirse a su caballo.

Aldrik tuvo el suficiente sentido común como para no emparejar a Vhalla y Elecia otra vez; de hecho, las mantenía en extremos opuestos de los campos de entrenamiento improvisados en los que trabajaban. Vhalla estaba agradecida de tener la ocasión de entrenar con Fritz, pero sentía lástima por Larel, que ahora tenía que soportar las pullas y las burlas de la otra mujer occidental. Si Aldrik estaba molesto con Elecia, no lo demostraba. Seguía cabalgando a su lado durante el día y nunca la echaba de los entrenamientos.

En general, toda la situación hacía que Vhalla se sintiera peor. Aún recordaba lo que había dicho Elecia acerca de sus orígenes, sus preguntas sobre por qué Aldrik pasaba tiempo con ella. Hacía que Vhalla dudara de todo y luego se sintiese culpable por cuestionar a Aldrik, después de todo lo que él había hecho por ella. Pero no sabía cómo sentirse, y Aldrik no la estaba ayudando a dilucidarlo.

Así que había tomado la costumbre de marchar con la Guardia Dorada. Daniel y Craig siempre la recibían con los brazos abiertos, e incluso el príncipe Baldair parecía más divertido que molesto por la persistencia de Vhalla a su alrededor. Raylynn empezaba a ablandarse incluso. Y Vhalla se sumió en una rutina extraña; no la llamaría «pacífica», pero con el tiempo todo se volvió más fácil. Incluso sus sueños habían empezado a perder su intensidad.

O eso había pensado.

Un mes después de haber emprendido la marcha, Vhalla se despertó una noche tiritando y temblando, a pesar de las temperaturas cada vez más cálidas a medida que las tropas se acercaban al Páramo Occidental. El miedo se abría paso a través de ella con uñas y dientes, pero, de algún modo, había conseguido no despertar a Larel. Vhalla aspiró grandes bocanadas de aire y se miró las muñecas.

El sueño había sido igual de vívido que sus recuerdos de la Noche de Fuego y Viento. Su mente le decía que había sentido esos sentimientos antes. Los ruidos, olores y sensaciones eran todos familiares. Y aun así, Vhalla nunca había visto o hecho nada como eso.

Había estado de pie en una habitación opulenta y oscura, con una penumbra opresiva. Una tormenta arreciaba contra las ventanas de cristal y ella había estado empapada. Como tiritaba, Vhalla se había agarrado los brazos para protegerse del frío fantasmal. Y entonces había utilizado un cuchillo contra sí misma.

Vhalla se miró los antebrazos de nuevo.

La sangre carmesí que había manchado la piel pálida y la alfombra blanca no era lo más prominente en su recuerdo. Era el miedo, la culpabilidad abrumadora que había sentido y, en particular, cuando había visto sus ojos en el reflejo de la hoja… *no habían sido sus ojos* .

Vhalla se tapó la cara con las palmas de las manos. *Solo era un sueño* , se repitió una y otra vez. Pero aún sentía el cuchillo cortar su piel pálida. Aún veía a la doncella del palacio entrar a la carrera, horrorizada y desesperada.

Vhalla se levantó de un salto y salió de la tienda de inmediato.

Aún quedaba por lo menos una hora para el amanecer y el mundo seguía oscuro. Vhalla corrió a través del campamento silencioso, descalza y con la ropa empapada de sudor. Su corazón latía a toda velocidad y su mente no le permitía calmarse, no hasta que supiera que él estaba bien. No le importaba si Aldrik todavía estaba enfadado con ella. *Tenía que verlo* .

Llamar al poste de la tienda del príncipe heredero antes del amanecer tenía que ser absurdo, pero eso no la detuvo. Vhalla cruzó las manos y se retorció los dedos en la eternidad que pareció transcurrir mientras esperaba.

—¿Mi príncipe? —Su voz sonó forzada por la tensión. Vhalla reprimió un gemido—. *¿Aldrik?*

Para su alivio, oyó un ligero frufrú en el interior de la tienda. La lona se movió mientras se soltaban las ataduras desde el interior. Aldrik abrió la solapa enfadado. Con la otra mano, tiró del faldón de una camisa para colocarla mejor sobre su pecho.

—¿Vhalla? —Se frotó el sueño de los ojos como si no creyese lo que estaba viendo, y su enfado desapareció de un plumazo.

Vhalla sintió que algo se rompía en su interior por el alivio, y se tapó la boca con las manos para ahogar un gritito. Aldrik echó una sola mirada a su rostro demudado por el pánico y, tras un rápido vistazo para asegurarse de que no había observadores indeseados, la agarró de la mano y tiró de ella para meterla en la tienda de campaña.

En cuanto soltó la gruesa solapa de lona, se sumieron en una oscuridad casi absoluta. Vhalla parpadeó a la tenue luz. La cama de Aldrik era un batiburrillo de mantas; su mesa llena de papeles y botellas vacías.

Aldrik se apresuró a dar la vuelta a su alrededor y puso las manos sobre sus hombros. La miró con atención de la cabeza a los pies.

—¿Qué pasa? —Su voz sonaba tensa—. ¿Estás herida? —Aldrik puso una mano sobre la frente de Vhalla y la deslizó por su cara para levantarle la barbilla y que la joven lo mirara.

La sensación de alivio era todavía demasiado fuerte como para sentirse avergonzada.

—Estoy bien —consiguió decir con voz débil. Vhalla levantó las manos y agarró las dos muñecas del príncipe. Soltó un ruido a medio camino entre una risa y un suspiro cuando vio que las mangas de su camisa no mostraban rastro alguno de sangre—. Estoy bien —murmuró de nuevo—. Creí que estabas…

—¿Que estaba qué? —Quedaba claro que Aldrik estaba confundido, pero no hizo nada por apartarse de ella.

—No importa. —Vhalla se rio incómoda—. Ha sido un sueño. Algo malo… creí que estabas herido. Pero ha sido solo un sueño.

Aldrik hizo una pausa antes de mover las manos para ponerlas a ambos lados de la cara de Vhalla. Deslizó los pulgares por sus mejillas empapadas de lágrimas, y ella disfrutó de la sensación de sus ojos sobre ella en lo que parecía una eternidad.

—Estoy bien —susurró Aldrik—. Mira, estoy bien.

La ternura del príncipe le provocó a Vhalla un hipido en la garganta y apretó las manos sobre sus antebrazos.

—Tenía miedo —admitió. Los ojos de Aldrik se abrieron como platos —. Creía… —Vhalla se atragantó con sus propias palabras.

—¿Qué? ¿Qué es lo que creías?

Vhalla observó sus ojos inquisitivos.

—Nada —dijo, y sacudió la cabeza—. No importa, estás bien.

—Vhalla —insistió él, y las manos que aún tenía sobre su cara le impidieron apartar la mirada.

—Tenía miedo de haberte perdido. —Las palabras fueron como una flecha al corazón del silencio que había estado aflorando entre ellos. Y las palabras, como las flechas, una vez soltadas, no podían retirarse. Vhalla le había confesado a él lo mismo que a sí misma. La verdad de su reconocimiento se asentó poco a poco en la mente de ambos. Vhalla notó que le temblaba la barbilla—. Lo siento, no debería haberte molestado.

Soltó los brazos del príncipe y dio un paso atrás para marcharse. Le ardían las orejas de la vergüenza y agachó la cabeza. ¿Qué mosca la había picado? *¿Por qué había ido ahí?* El príncipe había dejado claro durante días que ella había hecho algo para ofenderlo. Que no quería

su presencia.

Aldrik cerró la distancia que los separaba. Se inclinó un poco hacia delante, pasó un brazo alrededor de la cintura de Vhalla y el otro alrededor de sus hombros. Vhalla soltó una exclamación ahogada cuando se encontró con la cara pegada al pecho del príncipe.

Aldrik la mantuvo así abrazada y respiró hondo varias veces. Vhalla sintió como el pecho del príncipe se movía debajo de su mejilla, y oyó cómo su corazón latía a toda velocidad. Dubitativa, levantó las manos y agarró la parte de atrás de la camisa de Aldrik. Él no se apartó.

—Ya te dije, mujer tonta —susurró Aldrik, y su aliento borró su vergüenza abrasadora—. Que tienes que decirme si quieres perderme.

Vhalla apretó los brazos a su alrededor y cerró los ojos. El contacto con Aldrik la calmó y sintió que los latidos de su corazón se apaciguaban junto con los de él. La mano de Aldrik se movió y Vhalla sintió cómo sus dedos se relajaban en su enredado pelo mañanero.

—Creí que estabas herida. —Aldrik soltó una risa seca—. Acababa de… —Parecía que le faltaban las palabras—. Yo tuve mi propio sueño, supongo.

Vhalla respiró hondo. Aldrik olía a humo, sudor, metal, cuero y a algo inequívocamente suyo. Vhalla sintió cómo sacudía la cabeza, pero continuaron ahí de pie en silencio. Lo notaba cálido a través de la tela fina de su camisa, y se acurrucó aún más contra él.

No estaba segura de cuánto tiempo permanecieron así, pero al final sintió que los brazos de Aldrik se aflojaban a su alrededor. Quiso protestar, pero en vez de hacerlo relajó su propio agarre. Aldrik se enderezó, pero mantuvo un brazo en torno a su cintura. Su otra mano se enroscó detrás del cuello de la joven.

—Esta noche, ven a verme.

Vhalla notó cómo las yemas de los dedos del príncipe apretaban la parte de atrás de su cuello.

—¿Esta noche? —Sus palabras salieron como un gritito, su garganta seca de repente.

De pronto, Aldrik se mostró tan sorprendido como ella. Sus ojos perdieron algo de su intensidad a causa de la sorpresa y la confusión, como si su boca hubiese hablado antes de que su cerebro pudiese

procesar lo que le acababa de pedirle a Vhalla.

—Ya te dije que había cosas que quería trabajar contigo.

—Cierto. —Vhalla asintió. Aldrik había estado tan distante que casi había olvidado que le había dicho eso.

—Deberías irte —murmuró el príncipe mientras sus manos se relajaban sobre ella. Dio un paso atrás—. Antes de que se despierte mucha gente.

—Una vez más, siento haberte molestado —dijo Vhalla en voz baja, a medida que el *shock* por sus acciones empezaba a calar.

—No pasa nada —dijo él con amabilidad—. Podemos hablar de ello más tarde. —Aldrik se acercó a la solapa de la tienda y se asomó con cuidado—. Parece que está todo despejado. —Dio un paso a un lado y ella salió al exterior.

Vhalla oyó que la lona se cerraba de golpe detrás de ella y echó a andar sin mirar atrás. Había unas cuantas personas más por ahí pululando, pero ninguna le prestó atención. El cielo estaba pintado de naranjas y azules; se acercaba el amanecer.

Se puso la armadura fuera de la tienda para no despertar a Larel. Le hormigueaba la piel cuando deslizó la cota de malla sobre su ropa de lana y Vhalla se recordó que debía seguir respirando. Un simple sueño la había sumido en un pánico ciego que la había impulsado a ir corriendo en busca del príncipe heredero.

¿Por qué?

Sus dedos vacilaron sobre los enganches de su armadura. El recuerdo de su baile en la gala volvió a ella con una claridad impactante. Aldrik también la había sujetado entre sus brazos entonces y, al igual que esta mañana, ella no había querido que aquello terminara nunca. Apretó una mano sobre sus ojos y bloqueó el amanecer con un gemido sordo.

No procedía de ninguna parte y *no era nadie* . No se le había perdido nada pasando tiempo con el príncipe heredero, el hombre que sería su futuro emperador. Él no tenía tiempo que perder con gente como ella. Las palabras de Elecia se cimentaron con más fuerza aún en su conciencia.

—¿Vhalla?

Ni siquiera había oído a Larel levantarse.

—Buenos días. —Vhalla terminó de vestirse deprisa.

—¿Estás bien?

Era irritante cómo a Larel no se le pasaba nada por alto.

—Sí, muy bien. —Vhalla empezó a desmontar la tienda de campaña.

—¿Has tenido otra pesadilla?

—Basta, Larel. —Vhalla suspiró y se enderezó. La mujer occidental se quedó callada. Vhalla debería haber hecho lo mismo, pero tenía una sensación dolorosa en el estómago que infundía bilis a su sangre—. ¿Por qué no paras de incordiarme? No es asunto tuyo lo que sueñe o deje de soñar, lo que coma o deje de comer. —El rostro de Larel permaneció inexpresivo—. Solo déjame en paz por una vez. —Vhalla agarró su petate y se marchó airada, dejándole el resto de la tienda a Larel.

Se odiaba por esas palabras. No era culpa de Larel. La clase social en la que había nacido Vhalla, la Noche de Fuego y Viento, la confusa actitud cálida y fría del príncipe hacia ella… Larel no tenía el control de nada de eso. Vhalla solo había pagado sus frustraciones con alguien que no se lo esperaba.

Ese día, marchó sola. Encontró un rincón cualquiera donde colocarse entre las tropas, lejos de Elecia, Aldrik, Fritz, Larel y la Guardia Dorada. Fritz se dio cuenta al instante y estaba a punto de guiar a su caballo hacia ahí cuando Larel lo detuvo. Enseguida se enzarzaron en una discusión acalorada que Vhalla trató de ignorar. Estaba claro que hablaban de ella.

Cuando la marcha terminó ese día, Vhalla se había imaginado cada posible cosa que Larel, Fritz y Aldrik podían haber dicho sobre ella. Algunas de las cosas se sentía culpable por pensar siquiera que las dirían, pero de algún modo, seguía pareciendo plausible. Encorvó los hombros y dejó caer la cabeza. De repente, se sentía cansadísima.

—Vhalla. —Levantó la cabeza a toda velocidad para mirar al príncipe oscuro que se había materializado a su lado—. Cuando todo el mundo esté instalado, ven y empezaremos a trabajar.

Seguía sin especificar de qué trabajo se trataba y Vhalla se sintió extraña bajo sus ojos escrutadores. Después de deambular por el

campamento a la espera de que Larel y Fritz desaparecieran antes de quitarse la armadura para evitar confrontaciones incómodas, Vhalla por fin arrastró los pies hasta la tienda de Aldrik. Acudió con la misma ropa de lana que había llevado esa mañana, la misma que llevaba desde hacía días.

La solapa de la tienda de campaña estaba abierta y Vhalla se detuvo con educación a la entrada.

—¿Mi príncipe? —preguntó en voz baja—. ¿Llego demasiado pronto?

Aldrik estaba sentado ante la mesita baja, anotando algo en un papel que tenía delante. Su armadura descansaba sobre su soporte al otro lado de la entrada y él iba vestido con pantalones de color marrón y una camisa blanca de algodón.

—No, está bien, Vhalla. —La miró un segundo—. Ciérrala detrás de ti. —Hizo un gesto hacia un cordón en el interior que sujetaba la solapa a un lado. Vhalla obedeció.

Se sintió asaltada de inmediato por el recuerdo de la última vez que había estado ahí, así que se apresuró a cruzar el espacio y se situó sobre un almohadón enfrente del príncipe. Ladeó la cabeza y lo evaluó, tratando de averiguar qué había distinto en él.

—¿Qué pasa? —preguntó Aldrik sin levantar la cabeza de lo que fuese que estuviera haciendo.

—No llevas nada negro —dijo Vhalla al darse cuenta.

Aldrik hizo una pausa para mirar su ropa.

—Supongo que no. —Terminó lo que estaba haciendo y dobló el papel dos veces antes de dejarlo a un lado.

—Es raro —dijo ella, pensativa.

—¿Lo es? —Aldrik apoyó un codo en la mesa, la mejilla en su puño.

—Siempre vas de negro —explicó Vhalla.

—No es verdad. —Aldrik negó con la cabeza.

—Sí que lo es —insistió ella.

—Voy de negro en público.

—¿Por qué?

—Quizás te lo cuente, si tú me cuentas qué nubarrón ronda por encima de tu cabeza. —Estaba claro que su día enfurruñada no se le había pasado por alto.

—Preferiría no hablar de ello —musitó.

—Y yo preferiría que lo hicieras. —Se inclinó hacia delante—. ¿Ha sido por ese sueño?

—¿Por qué está todo el mundo tan obsesionado con mis sueños? —Vhalla se hizo más pequeña.

—Porque nos preocupamos por ti —explicó Aldrik.

—¿Nos? —repitió ella.

—Fritz, Larel y yo.

—¿Por qué…? —*¿Por qué insistía en preocuparse por ella?* —. Bueno, pues deberíais dejar de hacerlo.

—Eso no es…

—Creía que había venido aquí a trabajar en algo contigo. —Vhalla se levantó de golpe—. No voy a hacer esto otra vez, Aldrik. No seré tu proyecto.

—Sí, sí, por supuesto, *milady* . —Aldrik agitó una mano por el aire.

—No me trates con condescendencia. —Ese apelativo le tocó la fibra sensible.

—¿Acaso no eres una dama?

—Soy una *mujer* —lo corrigió Vhalla al tiempo que ponía los ojos en blanco—. Pero no soy una *dama* .

—Vale, mi princesa, entonces. —Esbozó una sonrisilla de suficiencia.

—Detente —lo advirtió Vhalla.

—¿Por qué, mi reina?

Vhalla ya había oído bastante y estaba a medio camino de la salida cuando Aldrik la agarró de la muñeca. Vhalla no se molestó en darse

la vuelta para mirarlo.

—Son solo palabras. —El timbre de la voz del príncipe se había vuelto grave y profundo.

—*No* lo son. —Vhalla pensó en todos los lores y damas que había visto en el palacio, en lo distinta que se había sentido la noche de la gala. Los títulos eran más que solo palabras. Eran muros y barreras y parapetos para elevar a algunos y mantener a otros fuera.

—Mírame —le ordenó el príncipe, y ella obedeció—. Podría darte cualquiera de ellos.

—La cosa no funciona así.

—Sí que lo hace. —Vhalla cometió el error de mirarlo y los ojos serios de Aldrik la consumieron entera—. Un día, seré emperador. Podría convertirte en lo que tú quisieras.

—¿Por qué? —susurró Vhalla.

—Porque… —Se quedó sin palabras unos instantes. Después, el príncipe hizo algo que tenía reputación de evitar: la miró a los ojos y le mostró la verdad desde la que hablaba—. Lo haría *porque* eso te agradaría.

Vhalla se giró hacia él y lo observó con escepticismo. Abrió la boca y luego volvió a cerrarla, sin saber muy bien cómo contestar. No sabía si era tan valiente como para ser tan atrevida.

Aldrik relajó la mano sobre su muñeca y la deslizó hacia la mano de Vhalla.

—Me he dado cuenta de algo esta mañana, a lo largo de los últimos días —murmuró Aldrik—. Soy un príncipe mimado. No importa lo injusto que pueda ser, no encajo bien que se me niegue algo que quiero, aunque sea algo que vaya en mi contra. Te he hecho daño, te he puesto en peligro, y seguiré pidiéndote muchas cosas más cuanto más tiempo pases cerca de mí. Aun a sabiendas de esto, parece que te quiero aún más cerca, a pesar de que el sentido común me dice lo contrario.

—Aldrik. —A Vhalla le fallaron todas las palabras, excepto su nombre.

—Me pediste que fuese sincero; pues ahí está. —Ahora fue el turno del príncipe de escudriñar la expresión de Vhalla para ver su reacción.

Vhalla estaba mareada y lo único que consiguió hacer fue asentir una vez. Aldrik la condujo de vuelta a la pequeña zona de estar y se sentó a su lado. Vhalla sentía el calor de la piel del príncipe bajo las yemas de sus dedos, y no hizo nada por romper el contacto.

—Así que si se trata de mis sentimientos, confía en mí por encima de lo que digan los demás.

—Por encima de lo que diga Elecia, quieres decir. —Vhalla no pensaba dejar nada al azar.

—Por encima de Elecia.

—Entonces, ¿no estás enfadado conmigo? —Si estaban despejando el aire entre ellos, Vhalla quería sacarse todo de encima.

—En lo más mínimo. —El pulgar de Aldrik se deslizó por el dorso de su mano—. Si acaso, tú deberías estar enfadada conmigo… —Suspiró y se pasó una mano por el pelo.

—Dejémoslo en tablas. —Vhalla no quería dar más vueltas a las tensiones. Ya había hecho lo suficiente de eso todo el día, y se sentía más cómoda ahora que sabía más o menos cuál era su lugar con respecto a Aldrik—. Bueno, ¿en qué se supone que estamos trabajando?

Aldrik compartió una breve sonrisa con ella antes de que su expresión se volviera sombría enseguida.

—Tengo un plan para conquistar el Norte. —Clavó los ojos en ella—. Pero te voy a necesitar.

—¿Qué podría hacer yo? —No había aprendido a dominar ningún tipo de combate.

—Dependerá de lo bien que consigas aprender Proyección. Creo que yo puedo verte cuando estás Proyectada debido a nuestro Vínculo, pero nadie más debería ser capaz de hacerlo. Si puedes Proyectar, podrías infiltrarte en el bastión norteño sin que te detecten. Podrías descubrir sus pasadizos secretos y averiguar sus puntos débiles. La información que podrías darme quizás sirviese para que cayesen en una sola noche.

Vhalla se sintió incómoda con la idea al instante.

—Pero la última vez que lo hice me quedé atascada.

—Yo te ayudaré, estaré aquí. —Aldrik le apretó la mano con suavidad—. Si quieres, podemos empezar a practicar esta misma noche.

Después de un poco de debate interno, Vhalla por fin se decidió.

—Lo haré. —Tal vez esa fuese la única cosa que pudiera hacer para dar significado a haber sido reclutada para el ejército—. ¿Qué tengo que hacer?

—Bueno, ¿has trabajado en la Canalización? —Aldrik por fin se enderezó y retiró la mano. La distancia que él había estado manteniendo entre ellos no llegó corriendo para llenar el espacio. No daba la sensación de que tuviese ninguna intención de que esa fuera la última vez que se tocaran.

—No demasiado. —Vhalla apartó la mirada.

—Tampoco he visto que utilizaras magia cuando entrenamos. —Aldrik le lanzó una mirada cómplice—. Bueno, pues practiquemos eso primero.

Vhalla asintió y pensó en la última vez que habían trabajado juntos. Era un recuerdo fácil de invocar, dado el impacto que la Unión había tenido sobre ella. Vhalla extendió las manos y se concentró en ellas. Había visto a Aldrik repetir ese movimiento infinidad de veces.

Apretó los puños y sintió una oleada de poder. Era la misma sensación que él le había impartido durante su Unión, e hizo que Vhalla se preguntase por qué había tenido tanto miedo de intentarlo. Sus ojos volaron hacia el príncipe.

—Creo que lo he hecho.

—¿En serio? —Parecía tanto sorprendido como escéptico.

—Compruébalo —sugirió ella. Aldrik la miró de reojo.

—No puedo.

—¿Qué?

—No puedo utilizar la vista mágica. —Aldrik parecía avergonzado de admitirlo.

Vhalla lo miró pasmada. *¿Aldrik no podía hacer algo?* Y lo que era más destacable, no podía hacer algo que ella sí. No quiso mirarla a los ojos y Vhalla se borró esa expresión de la cara. Él no había hecho más que

ayudarla cuando no tenía ni idea de lo que era la magia. No podía ponerlo en evidencia ahora.

—Bueno, asumamos que yo sí tengo algo de vista mágica. —Vhalla le dedicó una pequeña sonrisa.

—¿De verdad?

—Tengo un profesor excelente. —Le regaló una sonrisa de oreja a oreja y la boca de él se curvó hacia arriba en respuesta antes de poder pensárselo mejor.

—¿Te acuerdas de cómo Proyectar?

—Vagamente —confesó. Recordaba haber querido estar cerca de él cuando el emperador había regresado a la capital, y recordó cómo había estirado su mente hacia ese jardín de rosas. En aquel momento había pensado que había sido un sueño, pero quizás tuviese más sentido como una Proyección.

—Intenta repetir ese proceso.

Vhalla asintió, al tiempo que trataba de que la confianza del príncipe en ella diera vida a su intento. *Visualiza* , se ordenó a sí misma. En el ojo de su mente, el espacio que los rodeaba empezó a reconstruirse con una claridad de una nitidez mágica.

Vhalla permitió que el mundo se ralentizara y se aquietara. Más lejos, necesitaba estirarse más lejos. Ahora que era capaz de mantener abierto un Canal, a Vhalla le resultaba más fácil construir un mundo mágico por el que caminar. Ella era el aire, y este la llamaba sin descanso y le pedía que llenara el espacio. Pronto, desapareció todo el sonido y se puso de pie.

Sus sentidos volvieron en tromba a ella, pero ahora eran distintos. Oía a través de la sensación del aire al moverse; veía por cómo las rutilantes corrientes de aire giraban en torno a los objetos. Vhalla observó cómo su cuerpo se quedaba flácido.

Aldrik atrapó su forma física y la movió para que descansara entre sus brazos. Una sonrisa curvó sus labios al verla.

—Excelente —exclamó.

¿Puedes verme? , preguntó Vhalla. Él asintió.

—Prueba con andar.

Vhalla giró en el sitio. Cruzar la tienda fue fácil y los ojos del príncipe la siguieron todo el rato. Fue hasta la armadura y alargó una mano. Vhalla la estudió dubitativa.

¿Qué aspecto tengo? Se preguntó si el aspecto fantasmagórico de su mano era igual para él.

—Borroso, como si estuvieses metida en una neblina. Como un espejismo en el desierto —repuso Aldrik.

Vhalla intentó tocar el metal, pero descubrió que su mano pasaba a través. *No puedo tocar cosas* , comentó.

—Intenta usar tu magia —sugirió él.

Vhalla estiró la mano para tratar de manipular el viento a su alrededor. De repente, era resbaladizo e informe, como un recipiente lleno de serpientes y aceite. Vhalla exigió que la obedeciera y se concentró aún más.

—Vhalla, para —le advirtió Aldrik.

Ella ni lo miró. Trató de respirar hondo, para sentir el aire, pero descubrió que no podía hacerlo en esa forma. Tendría que limitarse a forzarlo. Se sumergió más profundo en su Canal e insistió en que la armadura se moviese. Su vista cambió y el mundo parpadeó entre la luz y la oscuridad.

¿Aldrik? , llamó.

—¡Vhalla, para! —Sonaba distante y muy alejado.

¡Aldrik! , gritó. Vhalla estaba inmersa en un mundo de luz cegadora.

—Vhalla. —La voz de Aldrik sonaba muy débil—. Vuelve conmigo. —Vhalla giró en ese vacío blanco pero no lograba encontrar dónde estaba él—. Escucha, busca los latidos de tu corazón. Busca los míos. Vuelve. —Sonaba nervioso, lo cual solo consiguió que ella se sintiese aún más consternada.

¿Aldrik?, dijo en el vacío. No obtuvo respuesta. Vhalla cerró los ojos, solo para encontrar más luz. Escuchó, pero no había nada. Caminó un poco, pero no lograba hacer que apareciese nada delante de ella. El tiempo parecía haberse detenido y no estaba segura de cuánto llevaba

caminando. Al final, se sentó y se limitó a escuchar.

Despacio, muy despacio, empezó a oír un tamborileo lejano. Era un ritmo familiar, y la llamaba. Vhalla dejó que fluyera hasta ella, que resonase por todos los rincones de su conciencia. Fue una transición lenta, mientras el mundo se sumía poco a poco en negrura.

Sus párpados aletearon y abrió los ojos. El rostro de Aldrik la miraba desde lo alto y soltó una suave risa de alivio. Por segunda vez en el día se encontró apretada contra su pecho. Vhalla suspiró con suavidad. Era una tendencia con la que podría aprender a vivir.

—Me has vuelto a asustar —musitó él—. Es la última vez que hacemos eso.

—No —protestó Vhalla mientras sacudía la cabeza—. Hallaré la forma de hacerlo. Solo necesito más práctica. Esta vez me he forzado demasiado.

Aldrik la miró con atención y ella bostezó. De repente, se sentía exhausta. No hizo ademán de levantarse y él no hizo ademán de quitársela de encima. Los párpados de Vhalla se cerraron despacio.

—Descansa —le indicó el príncipe. Vhalla se movió un poco, una oreja contra su pecho.

—¿Aldrik? —empezó, con otro bostezo.

—¿Vhalla?

Hizo un esfuerzo por encontrar las palabras correctas.

—*Esta* es una idea realmente espantosa.

Vhalla notó que se ponía rígido un momento, pero luego soltó un leve suspiro.

—Lo sé. —Su voz sonó apenas audible—. Lo sé. Ahora descansa.

Vhalla sintió que su conciencia la abandonaba poco a poco mientras la envolvía un calor cómodo que solo él podía exudar.

CAPÍTULO

9

Vhalla era una de esas personas que siempre tenía frío. Con una pequeña cantidad de grasa corporal, seguramente debido a sus irregulares hábitos alimentarios cuando estaba absorta en algo, solía ser la primera en quejarse del frío. Hacía mucho que lo había aceptado como parte de lo que le había tocado vivir y vestía con la ropa más caliente posible para compensarlo.

Sin embargo, en ese momento sentía un agradable calorcillo. Era una sensación surrealista y, en su neblina medio adormilada, se removió un poco para pegarse más al origen del calor. Ese origen también se removió antes de acomodarse otra vez. La sensación desconocida le devolvió a Vhalla la conciencia de sí misma. Su cerebro estaba embotado por el sueño y pugnó por encontrar sentido a la situación.

Los latidos del corazón de Aldrik fueron lo primero que oyó. Lentos y fuertes contra su oreja derecha. Lo segundo fue una pluma rascar sobre un pergamino. Vhalla entreabrió los ojos y vio que descansaba en el pliegue del brazo izquierdo de Aldrik, que estaba enroscado alrededor de su costado. Estaba medio recostada en su regazo mientras él estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas, el brazo derecho estirado por encima de ella mientras marcaba pergaminos sobre la mesa.

Los eventos anteriores volvieron a ella en fragmentos, recalcados por un bostezo.

—Te has despertado. —Aldrik dejó la pluma sobre la mesa y se pasó una mano por el pelo—. ¿Cómo te encuentras?

—Cansada —repuso, un poco grogui.

—Sí, ya me he dado cuenta. —Su tono sonó neutro, pero su postura no mostraba hastío alguno—. Estoy casi seguro de que agotaste la mayor parte de tu magia y caíste dentro de tu Canal.

Vhalla tomó nota mental de preguntarle a él, a Fritz o a Larel sobre eso más tarde, cuando no tuviese tanto sueño.

—¿Qué hora es?

Aldrik se movió y alargó una mano hacia el borde de la mesa. Tenía pergaminos desperdigados por toda la superficie, con todo tipo de garabatos sobre ellos. Aldrik apartó unas cuantas hojas y un destello de plata captó la atención de Vhalla.

—A ver… las ocho y media —repuso, tras consultar el reloj de bolsillo.

—¿Puedo verlo? —Vhalla extendió la mano.

El príncipe la miró con curiosidad pero se lo dio. Vhalla hizo girar el reloj entre sus dedos. La parte de atrás estaba pulida como un espejo y la esfera mostraba el sol ardiente del imperio. Los dispositivos horarios eran escasos, porque los que comprendían su extraño mecanismo eran muy pocos. Vhalla miró más allá de su reflejo en el cristal que cubría la esfera de obsidiana y alabastro del reloj.

—Es precioso.

—Gracias —repuso Aldrik un poco incómodo.

—Nunca había tenido uno en la mano —caviló Vhalla en voz alta. Los pocos relojes que había visto en su vida eran grandes, como el del mostrador central de la biblioteca—. Es como tener el tiempo en la mano, ¿verdad?

—Supongo.

—Desearía poder hacer que se detuviera —murmuró.

Las manos de Aldrik se cerraron sobre las suyas y cerraron la tapa delantera.

—Si pudieras, ¿qué harías?

Vhalla notó el aliento de Aldrik caliente contra sus mejillas y era muy consciente de lo cerca que estaban. El príncipe la sujetaba con un brazo, su otra mano sujetaba las dos de ella, el costado de Vhalla apretado contra su pecho. *¿Qué estaban haciendo?*

—Yo… —Se perdería en esos ojos negros si no tenía cuidado. Vhalla se enderezó y se apartó un poco de él—. ¿En qué estás trabajando?

—¿Esto? —Aldrik hizo un gesto hacia el pergamino, lo cual le permitió salvarlos a ambos de sí mismos—. Es la emocionante tarea de comprobar nuestros víveres y asegurarnos de que tenemos todo lo

necesario para llegar hasta la Encrucijada. Además, había un par de informes disciplinarios; los reviso para mi padre. —Hizo una pausa y Vhalla siguió la dirección de su mirada hasta una hoja de papel llena a rebosar de su escritura inclinada—. También empecé a tomar algunas notas sobre nuestro Vínculo.

—¿Sobre nosotros? —Vhalla echó un vistazo al papel.

—No hay demasiada información sobre los Vínculos. Quería llevar un registro que pudiera consultar más adelante si ocurre algo raro.

Vhalla se mordió el labio. No estaba muy segura de cómo se sentía acerca de que sus experiencias con Aldrik pudiera leerlas otra persona.

—Supongo que tiene sentido. Si necesitas que yo te explique algo, dímelo —se ofreció Vhalla, y él asintió—. ¿Tu hermano te ayuda con las otras cosas?

—¿Baldair? —Aldrik se retiró el pelo de la cara con ambas manos. Por un momento se pareció al hombre que había conocido en el palacio; al menos hasta que el pelo desgreñado volvió a caer alrededor de su cara —. No le tiene demasiada afición a los asuntos oficiales. —La voz de Aldrik sonó fría.

—Dijo que tenéis una relación extraña. —Aldrik arqueó una ceja al oír ese comentario—. Cuando vino a mi celda, durante el juicio.

—¿Eso dijo? —Aldrik soltó una risa sombría—. Es una manera de describirlo, sí.

—No os lleváis bien. —Vhalla no necesitaba tener hermanos para darse cuenta de eso.

—Nuestra relación funciona cuando necesitamos que lo haga, como necesitamos que lo haga. Por lo general, nos soportamos. —Sus palabras y su tono reservado dejaban claro que Vhalla no iba a sacarle nada más. La joven bostezó otra vez, en contra de su voluntad.

—Debería irme, supongo. —Apartó la mirada. En verdad, no tenía ningún interés en marcharse.

—Aún no has cenado. —El sentimiento parecía mutuo—. Puedo conseguirnos algo de comida para los dos.

—Genial. —No le costó nada aceptar.

Aldrik se levantó y se estiró. Agarró su cota de malla de donde estaba colgada de un gancho al lado del resto de su armadura y se la pasó por encima de la cabeza.

Vhalla se echó hacia atrás, pendiente de la sutil gracia de sus movimientos.

—¿De verdad es necesario llevar cota de malla en el campamento?

Aldrik hizo una pausa y una expresión dolida cruzó su rostro.

—El cuidado nunca es demasiado —murmuró. Su actitud volvió a su estado anterior antes de que Vhalla pudiese decir nada al respecto—. Espera aquí. Vuelvo enseguida. —Vhalla asintió y él se coló por la solapa de la tienda.

Vhalla se dejó caer sobre los cojines desperdigados por la alfombra. Toda la tarde, el día anterior, habían sido completamente surrealistas, y Vhalla no quería que terminara. Aldrik la quería más cerca, o eso había dicho. Eso le provocaba mariposas en el estómago en la misma medida que alarmas en su cabeza.

Gimió y se tapó los ojos con el dorso del antebrazo. Lo inteligente sería poner fin a aquello en ese instante, fuera lo que fuese *aquello* . Sería mejor disculparse, rechazar la cena, marcharse y evitar que ocurriera nada más. Vhalla bajó el brazo, echó la cabeza atrás y observó cómo las llamas titilaban en uno de los braseros colgantes. Eso hubiese sido lo inteligente, pero lo que hizo en realidad fue quedarse ahí tumbada hasta que Aldrik regresó.

—Vaya, se te ve muy cómoda. —Aldrik llevaba una sonrisa perezosa en la cara.

—No he tenido una almohada de verdad con la que dormir desde hace más de un mes —le recordó, al tiempo que se sentaba.

—Pues llévate una de estas. —Se encogió de hombros mientras dejaba un saquito en la mesa.

—No puedo llevarme tu almohada. —Vhalla aceptó el panecillo que le ofrecía.

—¿Por qué no?

—Oh, sí, por cierto, el príncipe heredero Aldrik me ha dado una almohada. ¿Eso te parece normal? —Vhalla puso los ojos en blanco.

—He oído que está de moda entregar regalos a las damas en el Este. ¿Pretendes decirme que mis fuentes se equivocan? —Aldrik sonrió.

—Oh, cómo te atreves.

Vhalla agarró una de las almohadas en cuestión y se la tiró a Aldrik a la cara. Le dio de lleno y el príncipe la miró pasmado. Por un momento, Vhalla sintió que los nervios se apoderaban de ella.

—Acabas de atacar al príncipe heredero. —La miraba ceñudo, pero Vhalla vio el destello revelador de la picardía en sus ojos—. Vhalla, creo que eso viola los términos de tu libertad condicional.

—¿Oh, en serio? Dime, ¿qué me harás? —Vhalla hizo todo lo posible por imitar una de sus típicas sonrisillas de suficiencia, y se vio recompensada cuando ese destello se convirtió en fuego en los ojos de Aldrik.

—Se me ocurren *unas cuantas cosas* que podría hacerte. —Su voz sonó ahumada y sensual, y Vhalla notó el rubor que trepaba por sus mejillas.

Sin tener una buena respuesta para eso, le dio un mordisco a su pan y llenó el silencio masticando. El príncipe se rio bajito y negó con la cabeza. Vhalla se terminó el panecillo y él le pasó un odre de agua. Antes de beber, la joven se limpió la boca con el dorso de la mano en consideración al príncipe.

—En realidad, no te pareces en nada a lo que decían de ti —caviló. Aldrik levantó una ceja para instarla a continuar. Vhalla agarró uno de los trozos más pequeños de carne de la bolsa y masticó pensativa—. Todo el mundo, cualquiera que hablase de ti. Eran todo advertencia y cautela. —Vhalla inclinó la cabeza hacia atrás mientras recordaba—. Cuando comí con tu hermano, dijo que me estaba salvando de ti, que tú me comerías viva. —Soltó una risita acompañada de una sonrisa, pero se borró de su cara enseguida cuando lo vio ponerse tenso.

—Estoy seguro de que mi hermano estaría más que contento de salvar a cualquier persona de mí. —Aldrik cerró un puño.

—No les creo. —Vhalla esperaba que al menos eso fuese obvio.

—Lo sé. —La voz de Aldrik sonó tenue y evitó mirarla a los ojos—. Pero tienen razón, ¿sabes? No soy una buena persona con la que estar.

Vhalla frunció el ceño y se tragó a toda velocidad lo que le quedaba

de comida. Se acercó más a él y se inclinó para plantar la cara delante de la suya. Lo miró pensativa.

—Basta ya de eso, ¿vale? —susurró—. No me voy a ir a ninguna parte, a menos que tú me lo pidas.

Los labios de Aldrik se entreabrieron un poco, la mandíbula floja de repente.

—Es tarde.

—Lo es —convino ella.

El silencio que se extendió sobre ellos era una mezcla extraña de comodidad y dolor. Vhalla descubrió que su corazón intentaba por todos los medios salírsele del pecho. Dubitativa, alargó la mano. Las yemas de sus dedos rozaron con suavidad los nudillos de Aldrik, que le sostuvo la mirada mientras ella cerraba los dedos alrededor de los de él.

—Deberías irte —musitó el príncipe. Había una tensión en su voz que Vhalla no había oído nunca.

—*Debería* —admitió.

Ninguno de los dos se movió.

—Vhalla —susurró Aldrik. El nombre sonó tenso contra sus labios, y Vhalla descubrió que una parte de ella se deleitaba en el sonido.

—¿Aldrik? —repuso en el mismo tono.

El príncipe le apretó la mano con fuerza durante un momento y Vhalla contuvo la respiración, pero a medida que aflojaba su agarre, sintió cómo la locura que se había apoderado de ellos en ese breve intercambio se disipaba en el aire.

—Mañana marcharé contigo —prometió Aldrik—. No cabalgues con nadie más. Quédate conmigo.

Vhalla asintió.

—Lo haré. Lo prometo.

Aldrik la ayudó a levantarse y ella se quedó ahí delante de él, los dedos aún envueltos en los suyos. Despacio, Aldrik levantó los nudillos de Vhalla hacia su cara y apretó los labios con suavidad contra ellos.

Su boca era suave y el calor de su aliento le provocó a la joven un leve escalofrío.

Vhalla se puso las botas y cruzó los pocos pasos que la separaban de la entrada de la tienda. Ahí se detuvo un momento para darse la vuelta.

—Aldrik, mañana… —Vhalla se calló, las palabras pegadas a la parte de dentro de su garganta; tragó saliva para liberarlas—. ¿Todo esto será un sueño? —Aldrik frunció el ceño un instante—. La próxima vez que nos veamos, ¿será como si nada de esto hubiese ocurrido?

—Por supuesto —dijo en un tono de lo más desenfadado. Vhalla notó cómo se le comprimía el pecho. Aldrik cruzó la distancia que los separaba, deslizó una mano por debajo de la oreja de Vhalla y cerró los dedos por detrás de su cuello. Se inclinó hacia ella, y Vhalla vio un destello de diversión en sus ojos—. Para *todos los demás* , por supuesto que así será.

—¿Y para nosotros? —Vhalla no sabía cómo se había colado ese tono suplicante en su voz.

—Para nosotros, será cuestión de esperar cuatro días más hasta que practiquemos nuestra Proyección otra vez.

La joven esbozó una leve sonrisa de alivio, con la esperanza de estar entendiendo bien el significado de sus palabras.

—Hasta entonces.

—Hasta entonces. —El príncipe se enderezó y retiró la solapa de la tienda para permitir a Vhalla desaparecer en la noche fresca.

Tenía el estómago lleno de mariposas y tuvo que reprimir un extraño ruido de júbilo mientras regresaba a su propia tienda de campaña. Nunca había sentido nada igual, y pensó que le gustaban las burbujas que provocaba en su sangre. Cuatro días más; era mucho mejor que un mes. Vhalla puso una mano sobre la otra y aún sintió unos labios fantasmales sobre su piel.

Aldrik había tenido razón, era tarde. La mayoría de las hogueras ardían bajas y estaban situadas hacia el centro del campamento; por los bordes había pocas personas. Consiguió alejarse lo suficiente de la tienda de Aldrik antes de que alguien se percatara de su presencia, y ahí ya podía deberse a muchos motivos. El silencio de la noche empezó a calmarla a medida que se acercaba más a su tienda a cada paso que daba. Tenía que disculparse con Larel.

La mujer estaba hecha un ovillo en su saco de dormir y no se movió mientras Vhalla se cambiaba en silencio. Notó el aire fresco contra la piel desnuda mientras desenvolvía las vendas que había empezado a llevar alrededor de los senos para evitar el roce con su armadura. La mente de Vhalla voló al instante de vuelta al calor del príncipe y eso le provocó un escalofrío de otro tipo. Suspiró mientras se colaba bajo la lana rasposa de su manta.

Vhalla había estado contenta de retrasar su conversación con Larel hasta la mañana siguiente, pero la mujer occidental solo había fingido dormir y Vhalla se encontró enseguida atrapada en una batalla de miradas. Larel la observaba con atención y dejó que el silencio se alargara hasta que quedó claro que estaba esperando que Vhalla tomara la iniciativa.

—Siento haberte hecho montar la tienda sola hoy. —A Vhalla le ardían las orejas de la vergüenza.

—*Eso* no ha sido ningún problema.

Eso no lo había sido, pero cómo había actuado Vhalla antes sí.

—También siento haberte hablado como lo hice. —Hizo todo lo posible por sostenerle la mirada a Larel, pero la vergüenza acabó por ganarle la batalla y Vhalla apartó la vista—. No lo decía en serio. Solo estaba… exhausta y… —Vhalla tragó saliva para ganar algo de tiempo —. Larel, eres mi amiga. Jamás hubiese podido hacer esto sin ti. No hubiese sobrevivido tanto tiempo sin ti.

A Vhalla se le quebró la voz de la emoción. Era verdad. Si no fuese por todo lo que había hecho Larel y por lo que seguía haciendo por ella, Vhalla hubiese estado sola. Vale, Aldrik la estaba ayudando y podía producirle a Vhalla alegría en la misma medida que frustración. Pero las cosas eran extrañas con él, debido a las dudas de ambos y a las expectativas del resto del mundo. En comparación, la relación que Larel había entablado con Vhalla era de lo más sencilla.

La mano de Larel se cerró con fuerza en torno a la de Vhalla.

—No le des más vueltas al tema —dijo Larel al cabo de unos segundos —. Te perdono. —Vhalla aspiró una bocanada de aire temblorosa, aferrada a la mano de Larel—. Eres más que una protegida para mí, ¿sabes? Eres una amiga muy querida. —La mujer occidental deslizó una mano por el pelo de Vhalla con cariño—. No tengo demasiados amigos.

—Yo tampoco los he tenido nunca —admitió Vhalla con una leve risa.

—Aldrik fue uno de mis primeros amigos. —El nombre del príncipe en boca de cualquiera siempre llamaba la atención de Vhalla, y Larel lo decía con más soltura aún que ella misma—. Tú compartiste tu secreto sobre el príncipe. Yo compartiré el mío.

—No tienes por qué. —Vhalla notaba un aura desconocida alrededor de Larel, un aura de incomodidad.

—Lo sé. —La mujer sonrió—. Pero quiero que sepas que confío en ti como tú confías en mí. —Larel se movió un poco, su mirada se tornó distante—. Supongo que nada tendrá sentido a menos que empiece por el principio. Provengo de una familia muy pobre de un pueblo llamado Qui.

—No lo conozco —confesó Vhalla.

—No tendrías por qué, a no ser que hubieses estudiado minería occidental. Qui es un pueblo que está más o menos a medio camino de Norin. Al menos, si tomases las rutas antiguas, antes de que construyeran la Gran Vía Imperial. Por aquel entonces, mucha gente paraba ahí para reponer suministros o para dejar descansar a sus caballos.

Larel rodó sobre la espalda, sus dedos entrelazados flojos con los de Vhalla.

—Es un pueblo más lleno de mierda que una empanada de ternera. —La mujer mostraba un sarcasmo muy poco propio de ella—. Mi padre era un minero que nunca hizo nada con su vida aparte de convertir el alcohol en pis. Mi madre era una mujer rota y creo que lo único que podía hacer era mirar al vacío, sobre todo después de que mi padre le pegara.

Vhalla parpadeó, sumida en el silencio.

—Ahí no había dinero, ni futuro, ni alegría. Que la Madre me perdone, odiaba esa chabola que llamaban «hogar». Un día, cuando tenía cinco años, o seis quizás, mi padre trajo a casa a un hombre que no había visto nunca. Dijo que el hombre nos daría todo el dinero que necesitáramos y que todo lo que tenía que hacer era ser buena y hacer lo que me dijeran.

Larel apoyó el antebrazo sobre su frente, los ojos perdidos en algo mucho más allá de la lona por encima de ellas.

—No lo comprendí hasta que estuve a solas con ese hombre. Grité, chillé, lloré, pero no vino nadie. En ese momento, solo quería verlos a todos muertos. —Larel suspiró con suavidad. Vhalla apenas podía procesar lo que la mujer estaba insinuando—. Me encontraron sentada entre los restos cenicientos de la casa. No creo que derramara ni una sola lágrima. —Se giró hacia Vhalla otra vez—. Ahí fue cuando me Manifesté. Era solo una niña, y una hechicera para más *inri* . Así que me entregaron a las minas. Todos los días me bajaban a un agujero. Cavé *y cavé* . O hacía fuegos, derretía cosas, o lo que fuese que pudiera hacer.

—Lo siento —susurró Vhalla. Esas palabras no parecían ni acercarse a servir para nada.

—Aquella era una vida diferente, Vhalla. —Larel se encogió de hombros—. En verdad, las minas me pagaban un cobre por cada día que trabajaba. Era suficiente para pagarme la cena, y dormía en casetas de suministros. —Larel volvió a tumbarse bocarriba, los ojos repletos de recuerdos—. Luego, un día, pasó por ahí una compañía imperial. El emperador en persona iba con ellos e hicieron una parada para dejar descansar a sus monturas y reabastecerse de víveres. Jamás había visto nada tan asombroso como los carruajes dorados y los caballos cubiertos de cueros teñidos.

»El emperador dijo que quería hacer una visita a las minas. Se dirigían a Norin, pero el emperador Solaris sabía que nuestra mina era una de las vetas de plata principales del Oeste y fue lo bastante amable como para al menos fingir interés. Aldrik iba con él.

Vhalla hizo un esfuerzo por imaginar el aspecto que tendría Aldrik de niño, sin su presencia y actitud de adulto.

—Tenía doce años y era un príncipe abnegado, incluso entonces. Siguió a su padre por las minas, diligente y obediente, pero aún era un niño y acabó por irse por ahí él solo… bueno, con un guardia. Aunque nadie en el Oeste le haría daño jamás. Después de todo, él es uno de los nuestros. Vi cómo encendía unos cuantos fuegos para jugar. Nunca había visto a otra persona como yo.

Larel se rio bajito.

—Yo no era más que una chiquilla mugrienta, Vhalla. No pintaba nada acercándome al príncipe heredero. Pero él me sonrió con amabilidad y dejó que le enseñase lo que podía hacer. Me dijo que había un sitio en el castillo, una torre, donde las personas como

nosotros eran especiales, donde no tendría que vivir en la oscuridad. Recuerdo haber llorado. Lloraba porque sonaba perfecto, lloraba porque sabía que jamás iría allí.

»Me miró con expresión confusa. No entendía por qué no. Su guardia se lo explicó y Aldrik se limitó a decir que él me llevaría. —Larel jugueteó con su manta—. Me llevó ante su padre y le dijo, delante de todos los presentes, que iba a volver con ellos para unirme a la Torre. Al principio, el capataz se negó. Dijo que era propiedad de las minas, pero Aldrik no quiso saber nada del tema. Al final, me compraron con siete monedas de oro y un «gracias» imperial. Tenía once años cuando por fin abandoné ese pueblo y jamás he vuelto.

Vhalla la miró pasmada, pero Larel parecía haber llegado solo a la mitad de su historia.

—Me uní a la caravana imperial hasta Norin y luego de vuelta al palacio del Sur. Aldrik y yo fuimos inseparables durante todo el trayecto. Éramos niños y, bueno, los niños no entienden el mundo y todas las razones que mantienen a la gente separada. Desde el primer momento, no quiso que lo llamara «príncipe», dijo que lo hacía sentir extraño. Estuve más que contenta de hacerle caso. Cuando llegué a la Torre, insistió en que entrenáramos juntos. El ministro Egmun no…

—¿Egmun? —la interrumpió Vhalla consternada.

Larel se dio cuenta de que había algo ahí, en el tono de Vhalla.

—Egmun fue el ministro de Hechicería antes que Victor.

Vhalla se incorporó.

—*No* , ¿te refieres al mismo presidente electo del Senado Egmun?

Tenía que ser un error.

—Sí, dejó su posición de ministro para unirse al Senado —explicó Larel.

—Él… él… —Vhalla estaba furiosa y solo alcanzaba a balbucear al recordar al hombre que trató de someterla a golpes a una sumisión que significaría aceptar la muerte como una alternativa al dolor.

Larel dejó que las palabras de Vhalla se perdieran en el aire.

—He oído que Egmun ha cambiado mucho durante su transición a

senador.

—Perdona, continúa. —Vhalla sacudió la cabeza para quitarse el recuerdo del senador a quien consideraba la personificación del mal.

—En cualquier caso, no les parecía apropiado que entrenara con el príncipe heredero, pero Aldrik es Aldrik. Así que entrenamos juntos de todos modos. Cada día que pasaba con él era mejor que el anterior. Incluso las veces que estaba enfadado o triste, simplemente disfrutaba de estar con él, de verlo…

Larel dejó la frase flotar envuelta en nostalgia, con una sonrisa tierna y triste. Vhalla abrió los ojos como platos.

—¿Estabas enamorada de él?

Tendría sentido que lo hubiese estado. Él la había salvado, le había dado una vida nueva y se había quedado a su lado mientras le enseñaba un asombroso mundo nuevo. ¿Quién no podría enamorarse de alguien en esas circunstancias cuando además era tan asombroso como lo era Aldrik?

—Bueno… —Incluso a la tenue luz, Larel tenía las mejillas un poco arreboladas. Vhalla nunca la había visto sonrojarse antes y sintió un nudo en el estómago—. Hubo un verano… Él acababa de cumplir catorce años y yo tenía trece. Era esa edad en la que empiezas a preguntarte por primera vez lo que es el amor. Tuvimos nuestro momento. Él fue el primer chico al que besé. —Vhalla movió sus mantas un poco—. Pero se desvaneció tan deprisa como había llegado. Los dos nos dimos cuenta de que éramos solo niños jugando al amor y descartamos la idea con buen humor.

Larel suspiró con suavidad.

—Justo al principio de la Guerra de las Cavernas de Cristal, él se sumió en un agujero muy oscuro. Intenté llegar hasta él, pero me rechazó. Tuvimos una pelea y los dos dijimos cosas de las que luego nos arrepentimos. —Parecía dolida—. Yo era orgullosa y él me había hecho daño, así que me marché. Sabía que me necesitaba, que necesitaba a alguien, más que nunca… pero me alejé de él. —Los ojos de Larel volvían a estar sobre Vhalla y la neblina del pasado dio la impresión de difuminarse por un instante—. Prometí entonces que jamás abandonaría a alguien necesitado, si volvía a tener la ocasión. Jamás ignoraría a un amigo debido a las tonterías que el dolor pudiese impulsarle a hacer.

Vhalla se dio cuenta enseguida de que se refería a ella.

—Después de aquello, durante muchos años, las cosas fueron incómodas y frías entre nosotros. —Larel había vuelto a su historia—. Pero el tiempo cura todas las heridas y recuperamos nuestra amistad. Nunca volverá a ser lo que era, pero lo que teníamos había creado unos cimientos fuertes. Él sabe que puede confiar en mí de manera implícita y yo sé que puedo confiar en él.

El silencio llenó el aire mientras Vhalla digería la historia de Larel. La hacía sentir pesada y le había hecho un nudo en el estómago. Sentía pena por su amiga; también alegría y emoción y un poco de celos. Se sintió como una niña cuando se preguntó cómo sería besar al príncipe, así que se guardó sus preguntas para sí misma.

—O sea que por eso eres mi mentora. —Vhalla veía ahora las cosas con una nueva luz.

—Sí. Durante tu Despertar, Aldrik se mostraba obsesivo en su preocupación por ti. Prácticamente teníamos que llevárnoslo a la fuerza. Quería evaluar a toda persona a la que se le permitiera verte siquiera, no digamos ya tocarte. Como Victor no hacía más que apartarlo de ahí, me nombró a mí para el puesto. Me pidió un favor. Claro que ahora sé por qué estaba tan frenético… si estáis Vinculados.

Vhalla retorció las mantas entre sus dedos. No era la primera vez que le habían dicho que el príncipe había pedido algún favor por ella. La joven ladeó la cabeza.

—¿Qué pasa con el Vínculo?

—Ya sabes cómo se crea un Vínculo —dijo Larel con delicadeza—. Los dos sois parte el uno del otro. Hay registros de personas que se volvieron locas al perder a sus Vínculos. Hay quien tiene la teoría de que, según la profundidad del Vínculo, si uno muriera, el otro también lo haría.

Vhalla se enderezó y apoyó la frente en la palma de su mano. *O sea que para él era una cuestión de supervivencia.*

—Me mantiene a salvo porque si no lo hace…

—Te mantiene a salvo porque *quiere* mantenerte a salvo —la interrumpió Larel.

Larel pasó un brazo por los hombros de su amiga y envolvió a Vhalla

en su seguridad cálida antes de seguir hablando con voz triste y sincera.

—Aldrik ha pasado por muchas cosas, gran parte de las cuales nunca me ha contado siquiera. Pero he visto los bordes de la oscuridad con la que carga. No creo que se preocupe lo más mínimo por su cordura o por su mortalidad. No quiere que mueras porque teme que eso significaría que tendría que vivir sin ti.

Larel acarició la parte de arriba de la cabeza de Vhalla.

—Escúchame bien. Hace doce años que lo conozco. Y muchos de esos años los pasé, me atrevería a decir, como su mejor amiga. Conozco a Aldrik… al bueno y al malo. —Larel suspiró—. No quiero decir nada que no haya dicho él mismo, pero le *importas* , Vhalla. De un modo que no he visto que le importara nadie nunca.

Vhalla cerró los ojos con fuerza e imaginó que estaba de vuelta en el palacio. Allá donde las cosas eran seguras y fáciles.

—Gracias por contarme todo esto, Larel.

—Dulce Vhalla, sabes que siempre estaré aquí para ti.

Larel le dio un apretón fuerte y Vhalla durmió tranquila por primera vez en lo que parecían años.

CAPÍTULO 10

A la mañana siguiente, Aldrik cumplió su promesa y cabalgó al lado de Vhalla. El día se les pasó volando de una conversación a otra, casi exclusivamente entre ellos. Él le preguntó por su vida en el Este, por su familia, por su granja. Vhalla le sonsacó conocimientos mágicos que no tenía otra forma de aprender. El hombre era casi una biblioteca andante.

Tampoco quedaba ni rastro de tensión entre Fritz, Larel y ella. Fritz se había dado cuenta rápido de que, fuera lo que fuese lo que había pasado, estaba resuelto, y el sureño tenía el suficiente sentido común como para no hurgar en la herida. Armada con sus amigos a su lado y tranquila en la certeza de la estabilidad de su relación con Aldrik, Vhalla ignoró a Elecia durante su entrenamiento, para gran frustración

de la otra mujer.

Vhalla empleó su Canalización con libertad, para sorpresa de todos excepto Aldrik. Como era de esperar, Fritz y Larel le dieron ánimos. Elecia, por su parte, se mostró claramente perturbada y la evitó durante los siguientes tres días.

Vhalla estaba asombrada ante lo fácil que le resultaba controlar su poder después de esos primeros días de Canalizar sin vacilación ni miedo. Respaldada por sus amigos y por Aldrik, Vhalla se encontró disfrutando por fin de su magia. El viento se deslizaba con facilidad entre sus dedos, se plegaba a su voluntad, y Vhalla estaba superando a toda velocidad las introducciones básicas a la magia que Aldrik le había dado hacía meses. Estaba descubriendo que la magia era como la poesía. Una vez que entendías la lógica, la métrica, el ritmo que había detrás de ella, podías embellecerla y hacerla tuya.

A la tercera noche, montó la tienda que compartía con Larel usando solo su magia. Ahí fue la primera vez que Vhalla sintió que otros ojos estaban pendientes de ella, de su magia, ojos que no eran intimidantes ni asustadizos. La Legión Negra empezó a prestar atención a su Caminante del Viento una vez más, no por la Noche de Fuego y Viento, sino por las pequeñas hazañas diarias que era capaz de realizar. Era un empujón de confianza para Vhalla, uno que además le hacía bastante bien a su cordura.

Estaba tan eufórica con todo ello que cuando Aldrik la emparejó con Elecia durante su entrenamiento (a petición de la otra mujer) Vhalla ni parpadeó. Aceptó sin problema la presencia de la otra mujer frente a ella. Si se trataba de una verdadera competición por la atención de Aldrik, era una que estaba ganando Vhalla. El príncipe heredero había cabalgado a su lado sin descanso, y al día siguiente volverían a practicar la Proyección.

Aldrik había estado concentrado en trabajar más hacia un combate cuerpo a cuerpo y Vhalla estaba contenta de poder complacerlo. La mujer de aspecto norteño necesitaba que alguien la apeara de su alto caballo y esta noche era la noche *de Vhalla* , se dijo a sí misma. Se había ido sintiendo más fuerte a cada semana que pasaba, menos dolorida, más capaz.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto, Yarl? —Elecia sonrió con suficiencia y sus ojos saltaron un instante hacia Aldrik.

—Es solo un combate de práctica, ¿no? —Vhalla se colocó en su

posición de pelea preferida, con un brazo arriba y el otro a la altura del pecho.

—Oh, por supuesto. —Elecia cerró el puño de la mano derecha y plantó la izquierda encima de él.

Vhalla cerró los puños y también le dio la bienvenida a su magia.

—¿A tu señal o a la mía?

—A la mía. No quiero que hagas trampa. —Elecia le dio a su voz un tono sarcástico, pero Vhalla sabía que era un velo fino para la sinceridad y entornó un poco los ojos.

Elecia se movió y Vhalla se lanzó a la ofensiva de inmediato.

La mujer de piel oscura la esquivó y se agachó con destreza. Logró evitar por poco los ganchos y puñetazos de Vhalla, pero esos golpes estaban fallando por un margen más estrecho de lo esperado.

Vhalla respiró hondo y se concentró. Empezó a sentir las ondulaciones en las corrientes de aire cuando los músculos de la otra mujer se tensaban y palpitaban antes de lanzar una patada o un puñetazo. El cuerpo de Vhalla sabía antes de que sus ojos pudieran ver. Su corazón empezó a acelerarse. Podía hacerlo: *podía pelear* .

Un pulso empezó a llenar los oídos de Vhalla y se permitió fiarse del instinto. Vhalla se movía como el viento: rápida y precisa. Sus manos se columpiaban en arcos exactos y daban en el blanco casi todas las veces. La ofensiva constante empezó a asustar a Elecia, y el miedo hizo que empezara a ser descuidada. Vhalla no oía nada más que esos latidos.

Elecia le lanzó un puñetazo a la cara. A sabiendas de que llegaba, Vhalla lo esquivó en el último segundo. Cerró la mano alrededor de la muñeca de Elecia y saboreó la mirada de sorpresa absoluta cuando le quitó a la otra mujer los pies de debajo del cuerpo de una patada. Elecia cayó de rodillas y Vhalla fue a por la cara de la mujer con su mano libre y la plantó sobre la boca de Elecia.

Los ojos de la mujer morena se abrieron como platos del terror.

—Basta ya —ladró Aldrik desde su derecha—. Vhalla, *suéltala* .

Los latidos en los oídos de Vhalla empezaron a amainar; fue casi como salir de un trance. Como si viese a la mujer por primera vez, Vhalla se

apresuró a retirar la mano y miró el apéndice que había encontrado una mente propia.

—En el nombre de la Madre, ¿qué ha sido eso? —exclamó Elecia, mientras se levantaba de un salto.

—Solo una pelea de entrenamiento —dijo Vhalla sin más. No estaba dispuesta a dejar que la conmoción le diera a Elecia vía libre para ignorar el hecho de que la había vencido—. Una pelea en la que has sido derrotada.

—Cierto —farfulló Elecia. Sus ojos volaron hacia Aldrik—. Derrotada por un estilo de pelea que me resulta muy *muy familiar* .

—Creo que ya basta por esta noche. —El tono de Aldrik lo decía todo: no quería más discusiones sobre el tema.

—¿Por qué? —Elecia dio un paso adelante—. ¿Para que puedas seguir entrenándola en secreto? —*¿Era dolor eso que oía en la voz de la otra mujer?*—. ¿Qué hacéis esas noches que la haces ir a tu tienda?

—Eso no es asunto tuyo. —Vhalla no había oído nunca a Aldrik hablarle a Elecia en un tono tan cortante.

—Sí que lo es, porque eres mi…

—Vete ya, Elecia. —Aldrik se pellizcó el puente de la nariz con un suspiro.

¿Él era su qué? Vhalla quería gritar la pregunta, pero apenas encontraba el aire suficiente para respirar durante todo el intercambio.

—Muy bien, Aldrik. Si quieres entrenarla en secreto, adelante. Pero no creas que el favoritismo que muestras por esa plebeya de baja cuna pasará desapercibido o quedará sin cuestionar. —Ahí estaba Elecia lanzando insultos otra vez, y Vhalla deseó tomárselos con un poco más de suavidad, en lugar de que aún le parecieran como dagas clavadas en el estómago.

—Volved todos al campamento —ordenó Aldrik, mientras Elecia se marchaba furiosa.

—Aldrik —dijo Vhalla en voz baja mientras Fritz y Larel se adelantaban unos pasos.

—¿Dónde has aprendido a hacer eso? —El príncipe la miraba desde lo alto.

—¿Dónde más podría haber aprendido? —No entendía por qué era la destinataria de su disgusto—. Tú, Elecia, Larel, Fritz, la mayor Reale. Sabes muy bien quién me ha enseñado. Los conoces a todos.

—La forma en que te movías. Ninguno de *ellos* ha podido enseñarte eso. —Sonaba muy serio.

—Bueno, tengo un buen profesor. —Vhalla hizo un intento de sonreír, pero lo abandonó enseguida.

Los ojos de Aldrik lucían oscuros, con una tempestad de emociones, ninguna de ellas buena.

—Era más que eso, Vhalla —insistió.

—No sé qué más crees que he hecho. —Vhalla dio un paso atrás y cruzó los brazos—. Por si no lo recuerdas, mi vida ya no es mía desde hace varias semanas. Soy *propiedad* de la corona, mi príncipe.

—¿Eso es todo? ¿Solo estás aquí porque eres propiedad de la corona? ¿No hay nada más? —Aldrik dio dos pasos para acortar el espacio entre ambos.

—¿Qué más podría haber? —*¿Por qué más podría estar de camino a la guerra?*

Los ojos de Aldrik se abrieron un pelín y Vhalla se dio cuenta de que no estaban hablando de su presencia en el ejército ni para combatir. Aldrik pasó por su lado hecho un basilisco y su hombro golpeó el de Vhalla con suavidad.

—Aldrik, sabes que no me refería a eso —le gritó Vhalla a su espalda.

El príncipe se quedó inmóvil y giró la cabeza hacia ella. *¿Era reconocimiento eso que veía en la cara de Aldrik?* ¿Estaba impresionado por que ella se diese cuenta de los cambios sutiles en su conversación?

El momento fue fugaz y Aldrik la dejó ahí plantada sin decir ni una palabra más.

Vhalla quería gritar. El viento hormigueaba bajo la palma de su mano en respuesta a su frustración. Por primera vez, se planteó huir y abandonar su deber.

Más tarde, en su tienda, se desahogó con Larel sobre todo ello.

—¡Ni siquiera sé lo que hice! —La otra mujer se quedó callada—. Pensé que se alegraría de que no fuese una inútil total.

—Nunca fuiste una inútil —la corrigió Larel, aunque eso no ayudaba.

—¡Vencí a Elecia! —Vhalla se dejó caer hacia atrás sobre la esterilla —. Pensé que estaría orgulloso.

Larel hizo una larga pausa, tumbada sobre el costado al lado de Vhalla. Ahora colocaban sus esterillas pegadas la una a la otra para dejar más espacio para la armadura y el resto de sus cosas en la pequeña tienda de campaña. Parecía un uso del espacio mucho mejor, y Vhalla ya había derribado cualquier barrera al contacto con todas las noches que había pasado temblando y llorando en brazos de Larel.

—La manera en que peleaste, Vhalla —empezó Larel con tacto.

—¿Tú también? —gimió la joven.

—Bueno, te movías de un modo muy distinto a cualquier otro día —señaló Larel—. ¿Qué pasó?

—Llevamos *semanas* entrenando —dijo Vhalla con énfasis—. Espero estar mejorando.

—Ni Fritz ni yo pudimos vencer a Elecia.

—Pero vosotros dos no estabais disputando un enfrentamiento de verdad. —Vhalla se giró sobre el costado para mirar a Larel.

—Sí lo hacíamos. —Larel asintió—. ¿Cómo lo has hecho?

Vhalla hizo una pausa y trató de dejar su actitud defensiva a un lado para pensar.

—No lo sé, solo me moví.

—¿Solo te moviste? —Larel olvidó su escepticismo en cuanto vio la cara de Vhalla.

—No lo pensé —añadió Vhalla con suavidad, tratando de analizar lo que había sucedido—. Era como si mi cuerpo supiese lo que debía hacer, y solo tuviera que confiar en él.

—Luchaste como Aldrik. —Larel continuó antes de que Vhalla pudiese

comentar que el príncipe la había estado entrenando—. No, Vhalla, luchaste *exactamente* como Aldrik.

—Pero…

Larel sacudió la cabeza.

—Podías haber sido su espejo. He entrenado con el príncipe las veces suficientes como para saber cómo se mueve. Incluso la forma en que girabas los pies, Vhalla. Y después, cuando agarraste la cara de Elecia… Así es como Aldrik ejecuta a sus enemigos.

Vhalla recordó a la norteña de la Noche de Fuego y Viento, la que había matado Aldrik delante de ella. Había agarrado la cara de la espadachina y la había quemado de dentro hacia afuera. Vhalla se estremeció.

—No sé cómo…

—Yo apostaría por la Unión. —Larel había llegado a la conclusión obvia.

—Tengo que ir a hablar con él. —Un brazo alrededor de sus hombros impidió que Vhalla se levantara a toda prisa.

—Mañana —le dijo Larel pensativa—. Creo que Aldrik se sorprendió mucho con este giro de los acontecimientos. Dale algo de espacio para calmarse y procesarlo.

Vhalla frunció el ceño pero hizo caso a su amiga. Larel daba los mejores consejos y tenía la sabiduría de años con Aldrik detrás de ella. Además, tampoco quedaba tanto tiempo para el amanecer.

Sin embargo, cuando este llegó, Aldrik no estaba por ninguna parte. Vhalla escudriñó las hogueras, las tiendas que se estaban desmontando, pero no pudo encontrar su alta sombra en ningún sitio. No lo vio hasta que ella estaba ocupando su puesto al lado de Fritz y Larel.

El príncipe hizo caso omiso del espacio que Vhalla le había dejado, el espacio que había llenado en los últimos días, y fue directo al lado de Elecia. Vhalla se despidió de Fritz y de Larel y avanzó a trote ligero hasta la cabecera del grupo. Los cambios de humor y las incómodas distancias de Aldrik empezaban a agotar la paciencia de Vhalla. No le importaba que de día su cercanía tuviese que ser un secreto; lo que fuese que significara siquiera esa cercanía. Pero estaba cansada de que

todo lo hiciesen en *sus* términos y lo que él necesitaba.

—Vaya, mirad a quién tenemos aquí. —Craig fue el primero en percatarse de su presencia y Daniel sonrió de oreja a oreja al verla acercarse—. Creíamos que nos habías abandonado, señorita Caminante del Viento.

—¿A mis chicos de oro favoritos? —Vhalla se quitó de encima la tensión de la Legión Negra con unas risas, al tiempo que se colocaba entre Craig y Daniel—. ¿Cómo podría abandonaros jamás?

—Buenos días, Vhalla. —El príncipe Baldair le sonrió desde el otro lado de Daniel.

—Buenos días, príncipe. —Vhalla bajó los ojos en ademán respetuoso. Cuando los volvió a levantar, su mirada se cruzó con la de Raylynn y la mujer sureña le dedicó un asentimiento escueto. Las cosas habían mejorado de manera drástica entre ellas—. ¿Qué tal están las espadas hoy?

—Tan afiladas como siempre —anunció Craig con orgullo—. Sobre todo esta de aquí. —Señaló hacia Daniel y el oriental se vio abrumado por una repentina modestia—. Lleva invicto en el *ring* desde hace dos semanas ya.

—¿El *ring* ? —preguntó Vhalla—. ¿En combates de entrenamiento?

—Debemos mantener nuestros reflejos vivos. —Baldair la miró de soslayo—. Seguro que en la Legión Negra también practicáis de algún modo, ¿no?

—Sí. —Vhalla se pasó las riendas de una mano a otra, un poco incómoda.

—Es extraño imaginarte combatiendo —caviló Daniel en voz alta—. No quiero decir que no podrías o que no deberías. Durante el juicio, no parecías una combatiente —añadió a toda prisa.

—No lo era. —Vhalla contempló el horizonte desierto. Había elegido el día perfecto para cabalgar a la cabecera del ejército. Los últimos restos de arbustos y hierbas del bosque se estaban disolviendo para dar paso a las arenas del Páramo Occidental. La Gran Vía Imperial cortaba a través de las pálidas dunas amarillas como una serpiente de alabastro, y no había nada más hasta donde alcanzaba la vista.

—¿Entrenarías conmigo? —Daniel ladeó la cabeza—. Nunca he tenido

demasiada oportunidad de entrenar con hechiceros; Jax suele estar ocupado con la Legión Negra. Me encantaría practicar un poco. —Sonrió mientras retiraba su pelo empapado de sudor de su cara.

—Claro. —Vhalla asintió y ajustó la capucha de cota de malla que le había hecho Aldrik, de modo que tapara el sol de sus mejillas.

—Cuando paremos, entonces. —Daniel parecía emocionado de verdad.

Como resultado de su decisión de participar en ese combate de entrenamiento, la charla se centró en la historia de la Legión Negra y la Torre de los Hechiceros. No fue ninguna sorpresa descubrir que la brecha entre los hechiceros y los Comunes era profunda, y lo que Craig y Daniel decían acerca de que era peor en el ejército resultó ser cierto. Cuando las tropas se pararon al final del día, los espadachines observaron a Vhalla con cautela al ver que se demoraba entre ellos. Había cabalgado con Craig y Daniel las veces suficientes como para no recibir ya miradas ni susurros, pero quedarse con ellos después de llegar a su destino parecía como cruzar una nueva línea.

—¿Estás seguro de que quieres hacer esto? —Vhalla terminó de atar a su caballo.

—Sí, Danny, ¿estás seguro de que quieres hacer esto? —Raylynn le lanzó a Vhalla una mirada de soslayo. Puede que las cosas hubiesen mejorado entre ellas, pero era una mejoría marginal.

—Sí, lo estoy. —Daniel se rio—. Sé que Vhalla no me hará daño.

Estaba claro que Raylynn no compartía el mismo sentimiento, pero Vhalla encontró que la confianza de Daniel era refrescante. El hombre parecía darle siempre el beneficio de la duda, confiar en ella sin necesidad de tener una razón para hacerlo. Era algo que se había convertido enseguida en una sensación extraña desde que se había revelado como hechicera.

El enfrentamiento entre Vhalla y Daniel llamó la atención de más de uno, y los otros soldados empezaron a reunirse a su alrededor para mirar con curiosidad a la hechicera con armadura negra frente a un guardia dorado.

—Una ronda suave, ¿te parece? —Daniel desenvainó su espada. Era un arma preciosa, con un pomo dorado con forma de trigo. Vhalla la había admirado en muchas ocasiones mientras hablaban de sus casas en el Este—. ¿Hasta que se rinda uno?

—Hasta rendirse. —Vhalla asintió y cerró los puños. Estaba casi mareada de poder. Los vientos del desierto eran rápidos, sin nada que los bloqueara, y fuertes.

—Craig, si haces los honores. —Daniel miró a su amigo.

—A mi señal. —Craig se puso entre ambos y levantó una mano—. ¡Adelante! —Bajó la mano por el aire y dio un salto atrás al mismo tiempo.

Vhalla actuó al sentir el aliento de Craig e iba un paso entero por delante de Daniel para cuando Craig empezó a moverse siquiera. Cruzó un brazo por delante de su pecho y envió una ráfaga de aire arenoso a la cara de Daniel. Este, hay que reconocérselo, no dudó ni un instante por un ataque tan nimio y dio la vuelta a la espada en la palma de su mano para dar un golpe de revés.

Vhalla se agachó por debajo de la hoja y giró en torno a Daniel como una bailarina. Plantó una mano contra el centro de la espalda del guardia y lo hizo caer con una ráfaga de viento. Estaba decepcionada; se había esperado mayor desafío de un miembro tan estimado de la guardia del príncipe Baldair.

Pero Daniel estaba preparado para demostrarle cómo se había ganado su brazal de oro. Al caer, clavó la espada en la arena y giró alrededor de ella para barrerle los pies. En su sorpresa, Vhalla apenas tuvo tiempo de recuperarse y, cuando lo hizo, encontró la punta de una espada en su cuello.

—No eres mala —jadeó Daniel.

—Tú tampoco —repuso ella con una sonrisa irónica.

La cara de Daniel se iluminó con una amplia sonrisa, como si ahora compartiesen un secreto demencial. Vhalla nunca lo hubiese imaginado, pero había algo en entrenar de ese modo con una persona que era casi íntimo.

El momento quedó arruinado enseguida con la llegada de un hombre que salió de entre los mirones.

—*Por la Madre* , ¿qué crees que estás haciendo, lord Taffl?

Vhalla reconoció al enorme mamotreto de hombre. Era el que se había encarado con ella al principio de la marcha. Al que Daniel y Craig se habían llevado para que dejara de acosarla.

—Practicar un poco. —Daniel le hablaba a Grun, pero sin quitarle el ojo de encima a Vhalla mientras la ayudaba a ponerse en pie.

—¿Con *eso* ? —Grun la señaló.

—La *dama* fue muy amable de aceptar proporcionarme algo de experiencia contra una hechicera —replicó Daniel molesto.

Nadie dijo nada y el entorno se sumió en un silencio inquietante mientras todos los presentes parecían contener la respiración. Todos parecían igual de temerosos de lo que podría ocurrir cuando la tensión estallara entre los dos hombres, incluida Vhalla.

—Creo que debería marcharme.

—Vhalla, no… —Daniel se giró hacia ella a toda velocidad.

—No, sí que debería. Es probable que Larel esté montando la tienda sin mí. —Vhalla sonrió en un intento de venderle esa excusa tan pobre.

—Yo también quiero practicar contra una hechicera —declaró Grun antes de que Vhalla pudiese salir del *ring* improvisado—. Pelea conmigo.

Vhalla lo miró con cautela. No creía ni por un momento que el hombre la hubiese aceptado de repente, pero quizás pudiese demostrarle que no era peligrosa, que no pretendía hacerle ningún daño.

—Muy bien —aceptó, antes de que Daniel pudiera objetar.

—Vhalla, no tienes por qué hacerlo. —El hombre del Este se acercó a ella y bajó la voz—. No te sientas presionada a hacer esto.

—No pasa nada. —Sacudió la cabeza mientras susurraba—. A lo mejor es bueno demostrarle cómo soy.

—Bueno…

—¿Habéis terminado de susurraros palabras bonitas? —preguntó Grun con sequedad, al tiempo que desenvainaba su espada frente a Vhalla.

Daniel se apartó a toda prisa, sus movimientos entrecortados y nerviosos. ¿Era el calor del desierto o era rubor eso que teñía sus mejillas? Daniel levantó la mano; su señal para empezar a luchar sería cuando la bajase.

Vhalla se fijo en el pelo castaño oscuro del guardia cuando su mano cortó por el aire, en que sus ojos avellana saltaban hacia ella.

Distraída, Vhalla no oyó a Grun moverse hasta que estaba sobre ella. Se giró en el último segundo en un débil intento por esquivarlo. El hombre estrelló el pomo de su espada contra la mejilla de Vhalla de un golpe de revés que la lanzó volando a la arena.

—¡Grun! —gritaron a la vez Daniel y Craig.

—Solo un entrenamiento. —Esa montaña de hombre se echó a reír—. Si quiere rendirse, puede.

Vhalla tosió sangre sobre la arena. Tenía el labio partido y notaba la cara ya hinchada. Parpadeó para eliminar las estrellitas de su vista mientras trataba de volver a ponerse en pie.

La bota de Grun conectó con su costado y la patada reverberó por toda la armadura. Vhalla rodó por la arena y todo el aire salió de golpe de sus pulmones. Se hizo un ovillo y notó unos golpes fantasmales atacar su cuerpo. Boqueando, intentó quitarse de la cabeza el recuerdo del ataque de Rata y Lunar.

—¿De verdad esto es todo lo que hay? —Grun se rio y animó a algunos de los mirones a vitorear—. ¿Esta es la temible Caminante del Viento?

—Vhalla, ríndete. —Daniel corrió a su lado.

—No me toques —bufó Vhalla mientras estiraba una mano delante de ella. Algo en sus ojos paralizó a Daniel en el sitio y Vhalla se puso en pie a duras penas. Se giró hacia Grun. Ya sentía el viento a su espalda. Se le aceleró el corazón solo con mirarlo.

—Oh, ¿todavía te quedan ganas de pelea? —Grun se rio. Vhalla no se movió—. Bueno, al menos nuestra Legión Negra sirve como saco de boxeo. Deberíamos darle las gracias al Señor del Fuego por la única cosa que nos ha dado jamás.

—*Retira eso.* —Vhalla apenas podía oírse a sí misma por encima de los desbocados latidos en sus oídos.

—¿O qu…? —Grun no terminó su frase antes de que el puño de Vhalla conectara con su cara.

El hombre era como una roca y Vhalla sintió cómo se sacudían todos

los huesos de su brazo y hasta el hombro cuando le dio el puñetazo. Le dolía la mano, pero la ignoró. Aterrizó deprisa de su golpe con salto y retrocedió con agilidad.

Grun soltó un grito de rabia y columpió su espada hacia ella.

—¿Por qué me odias? ¿Por qué nos odias? —gritó Vhalla, mientras su cuerpo esquivaba con facilidad los espadazos del hombretón.

—¡Porque sois abominaciones! —gritó Grun, al tiempo que intentaba agarrarla de la armadura.

Vhalla era demasiado rápida para él y apartó su mano de un golpe al tiempo que giraba hacia uno de sus costados.

—¡Somos vuestros camaradas! ¡No queremos enfrentarnos a vosotros!

—¡Lo dice la mujer que mató a ni se sabe cuántas personas en la Noche de Fuego y Viento! —Grun levantó su espada por encima de la cabeza de Vhalla y la bajó contra su hombro. El estrépito de metal contra metal fue sonoro e hizo que a Vhalla le pitaran los oídos mientras caía al suelo.

Creen que soy una asesina.

—Yo no los maté —susurró Vhalla.

—¡Mentirosa! —Grun levantó la espada otra vez—. ¡Tendrían que haberte matado esa noche! —El Goliat arremetió, directo a por la cabeza de la joven.

Vhalla miró la espada mientras el mundo se sumía en el caos ante las intenciones claramente asesinas de Grun. Aquello no era una pelea de entrenamiento; el hombre tenía intención de que fuese una ejecución.

Vhalla levantó la mano y el viento arrancó la espada de Grun de sus dedos y la hizo volar lejos. El destello del metal desapareció en la arena. Hizo un gesto brusco con la palma de la mano por delante de su cuerpo y una segunda ráfaga tiró a Grun de lado sobre la arena. Cuando Vhalla se puso de pie, presionó con una mano hacia abajo, lo cual sujetó al hombre en el suelo a pesar de su forcejeo.

—No soy vuestra enemiga —susurró Vhalla con una calma inquietante en la voz—. Así que no puedo morir hoy. *No moriré* hasta que veáis la verdad.

—¿Qué está pasando aquí? —bramó una voz. El príncipe Baldair se abrió paso entre la multitud ahí reunida, Raylynn a su lado.

Vhalla relajó la mano y dejó que Grun se levantara de un salto.

—¡Ella me ha atacado! —El hombre la acusó al instante ante el príncipe.

—¡Mentiroso! —gritó Daniel—. Mi príncipe, Vhalla fue muy amable al ofrecerse a entrenar y Grun se aprovechó de la situación. Ha intentado matarla.

Grun le lanzó al lord del Este dagas con la mirada.

—Ha sido solo un entrenamiento —lo contradijo Grun con una risotada de una fuerza irritante—. Ella fue la primera en dar un puñetazo. Mirad mi cara.

Era verdad que un moratón empezaba a aflorar en la cara de Grun, donde Vhalla le había pegado, pero ella podía saborear la sangre si se chupaba los labios.

—Es un monstruo —continuó Grun—, y si hubiese podido, me hubiera matado. Ha sido en defensa propia.

Vhalla vio sombras del Senado cuando unos cuantos soldados empezaron a asentir.

—¡Eso no es verdad! —Daniel desenvainó su espada, su voz áspera—. Sigue mintiendo y te cortaré la lengua.

—Defiende a tu bicho raro. —Grun hizo ademán de desenvainar su propia espada, olvidando que Vhalla lo había desarmado por completo.

—¡Basta! —bramó el príncipe Baldair. Los hombres echaban chispas pero se callaron. El príncipe se volvió hacia Vhalla—. ¿Tienes algo que decir en tu defensa?

Vhalla miró los insondables ojos azules del príncipe mientras sopesaba su pregunta. Le palpitaba el costado donde le había dado la patada Grun, donde la habían pateado Rata y Lunar. Apretó los puños y dejó escapar su Canal mágico… y con él, sus ganas de pelea.

—No.

—¿No? —El príncipe estaba sorprendido.

—He aprendido que el imperio… —Vhalla se giró para mirar a los soldados—… que la *gente* no tiene ningún interés en la verdad. —Vhalla le sostuvo la mirada al príncipe Baldair con frialdad—. Soy propiedad de la corona, y la propiedad no replica.

El rencor la sorprendió incluso a ella misma, y todo el mundo se quedó ahí plantado en un silencio agobiante. Era la primera vez que lo había dicho en un lugar público, la primera vez que había asumido su nueva identidad. Pensarían lo que quisieran de ella; las palabras no cambiarían su realidad. Así que ¿para qué luchar una batalla perdida? Ya tenía bastante con preocuparse de sobrevivir.

—Ven conmigo, hechicera. —Estaba claro que al príncipe le había ofendido su franqueza—. Grun, Daniel, me encargaré de vosotros más tarde.

—Baldair… —Daniel dio medio paso entre Vhalla y el príncipe.

—¡Silencio, soldado!

Vhalla nunca había visto al príncipe Baldair tan rudo. Daniel la miró con impotencia mientras Vhalla seguía al príncipe hacia el campamento. Sabía que debería sentirse culpable, pero no lo hacía. Y su humor se fue agriando hasta el momento en que el príncipe Baldair la hizo entrar en su tienda.

Por dentro, esta no tenía nada que ver con la de Aldrik. Baldair tenía una mesa de verdad, con tres sillas a su alrededor. Un único brasero de bronce colgaba en el centro e iluminaba toda la estancia. La cama del príncipe era más grande, por razones que Vhalla podía imaginar sin problema, dada su reputación con las mujeres. De hecho, parecía tener un colchón de verdad. Se preguntó lo difícil que les resultaba a los caballos transportar todo aquello.

El príncipe cerró la solapa detrás de él e hizo un pequeño círculo alrededor de ella mientras la evaluaba de la cabeza a los pies.

—Siéntate. —Señaló hacia una de las sillas—. ¿O quizás prefieras que tire unos cuantos almohadones al suelo? —Vhalla abrió los ojos como platos al oír el significado implícito en sus palabras—. Pareces incómoda. —El príncipe hizo una pausa y sus ojos estudiaron los de la joven—. Hubiese imaginado que estarías más a gusto en la tienda de un príncipe. ¿O es solo en la de mi hermano?

—¿Qué quieres? —preguntó Vhalla.

—Hoy, lo he visto a él en ti. —Baldair guiñó los ojos, como si tratara de imaginarse a Aldrik superpuesto sobre ella—. La forma en que te movías, la forma en que te avivaste con la pelea. Dime, ¿es esa la única manera en que ha estado *dentro* de ti?

—No sé de qué estás hablando —bufó Vhalla.

—No recuerdo la última vez que vi a Aldrik con una mujer, al menos no con una que no le hubiese llevado o incluso entregado nuestro padre en un intento de encontrar una futura emperatriz. —Baldair dio un paso hacia ella. Vhalla no conocía a *este* príncipe. Había algo que lo estaba amargando. Hizo una mueca al hablar, como si se arrepintiera al instante de sus palabras.

—No digas ni una palabra más —lo advirtió Vhalla.

—¡Oh! ¿Creías que era una especie de modelo de pureza? Lo he visto matar a chicas más jóvenes que tú. Lo he visto dar palizas a mujeres para que se arrastrasen hasta su cama. —El príncipe Baldair frunció el ceño.

La tensión en los músculos de Vhalla se volvió tan grande que temía que fuese a partirle los huesos.

—Habla de él otra vez y te…

—¿Me qué? —La expresión del príncipe Baldair chocaba de un modo siniestro con su habitual fachada apuesta—. Recupera la compostura, Vhalla. ¿Has olvidado los términos de la sentencia del Senado? ¿Te has planteado que tus acciones podrían forzar su mano?

El horror la paralizó y sus manos se relajaron. Él no haría eso.

—¿Qué quieres de mí? —susurró.

El príncipe se inclinó hacia ella para susurrarle al oído.

—Sea lo que sea lo que tienes con él, *termínalo ya.* —Habló en voz baja y sonaba sincero y dolido—. Si no lo haces por tu bien, entonces hazlo por el suyo.

El pecho de Vhalla se comprimió, pero no tuvo ocasión de preguntarle a qué se refería. En el exterior de la tienda, se oyó el retumbar de un único caballo y el suave relincho de una parada abrupta.

El príncipe Baldair se enderezó justo cuando la solapa de la tienda se

abría con brusquedad. Vhalla se giró y una oleada de alivio se estrelló sobre ella al ver la oscura figura que entraba por la abertura.

—Ah, hermano. —El príncipe Baldair puso las manos sobre sus caderas—. Justo estábamos hablando de ti.

CAPÍTULO 11

Los ojos de Aldrik saltaron de Vhalla a su hermano. Vhalla le sostuvo la mirada y le suplicó en silencio que la sacara de ahí lo antes posible. Vio cómo controlaba sus emociones mientras cruzaba las manos detrás de la espalda.

—¿Qué está pasando aquí? —Su voz iba cargada de una quietud letal.

—Han encontrado a Vhalla en una pelea. —El príncipe Baldair miró de reojo a Vhalla—. Le estaba administrando disciplina.

Vhalla giró la cabeza a toda velocidad hacia el menor de los príncipes y lo fulminó con la mirada. *¿Así es como lo llamaba él?*

—Creo que la disciplina es asunto del líder del subordinado en cuestión. —Vhalla pudo oír la tensión bajo la voz fría de Aldrik.

—Por lo general, así es —admitió el príncipe Baldair—. Pero creo que su líder tiene una opinión bastante sesgada, ¿no crees?

—Baldair… —Aldrik ni siquiera intentó disimular la amenaza en las profundidades de su voz.

—Creo que estás confundiendo a la mujer, Aldrik. Los dos sabemos cómo deben satisfacerse las necesidades de un hombre, pero es demasiado joven para ti y tus juegos. —El príncipe Baldair cruzó los brazos delante del pecho.

Vhalla se reprimió de comentar que ella no era *mucho* más joven que el propio Baldair.

—¿Qué es esto? —Aldrik fue hasta su hermano y se paró justo donde podía mirarlo desde lo alto—. ¿Celos malentendidos? —preguntó Aldrik con desdén—. ¿Porque una mujer pueda preferirme a mí por encima de ti?

—No te tires flores —se burló el príncipe de ojos azules. Baldair se irguió en toda su altura, pero aun así se quedó un palmo por debajo de su hermano—. No se trata de mí o de ti; se trata de *ella* . —Deslizó los ojos hacia Vhalla—. Era amable, tímida y dulce la primera vez que la vi. Menos de un año contigo y mira lo que le has hecho, Aldrik. Va de negro…

—Baldair —gruñó Aldrik.

—… está peleando y le gusta hacerlo —continuó el príncipe más joven.

—¡Baldair! —Aldrik cerró el puño.

—¡Tiene las manos manchadas de sangre! —La cara del príncipe Baldair se giró de golpe hacia Aldrik otra vez—. ¿Tienes la audacia de no sentirte culpable? —Aldrik apretó la mandíbula, pero no dijo nada. Su hermano pequeño sacudió la cabeza—. Al menos sí lo haces. —Se giró otra vez hacia ella con una expresión apenada—. Vhalla, no lo necesitas a él para brillar. Intenté decírtelo antes de la gala. Sobre todo ahora, no tienes que forzarte a aguantar su presencia después de lo que ha…

Vhalla ya había oído suficiente. Dio los tres pasos que los separaban, levantó un brazo y estrelló la palma de su mano abierta con fuerza contra la cara del príncipe Baldair. A lo mejor él tenía razón en lo de que había cambiado mucho en esos últimos meses, porque sintió una enorme satisfacción. Si había cambiado, Vhalla decidió que era para mejor.

El príncipe se llevó la mano a la marca roja en su mejilla y la miró estupefacto, los ojos como platos. Incluso Aldrik se había quedado paralizado en un silencio boquiabierto.

—¡Basta! —Vhalla se trastabilló con sus propias palabras, las emociones a flor de piel—. No se te ocurra *jamás* hacerle sentir, o sugerir que debería sentirse, culpable por mí o en mi nombre. —Fulminó con la mirada al príncipe dorado—. Y no hagas como si de algún modo supieras… supieras cómo… —Vhalla sintió que se le retorcían las entrañas, las corrientes de su mente se enturbiaron—. Cómo yo, o cómo él… Cómo nosotros… —Notó que se le quebraba la voz; no quería hablar de esto ahí.

El príncipe Baldair se quedó de piedra.

Aldrik le lanzó una última mirada a su hermano antes de darle la

espalda para mirar a Vhalla. Puso una mano sobre su hombro, la otra con cuidado sobre su mejilla magullada. Aldrik levantó la cara de la joven hacia él y ella lo miró a los ojos temblorosa.

—Vhalla —susurró, y acarició su mejilla con el pulgar—. Está bien, ya basta. —Ella se relajó bajo la calidez familiar de su mirada, y Aldrik le dedicó una pequeña sonrisa que ella le devolvió con debilidad.

—Es verdad, ¿no? —murmuró el príncipe Baldair.

La mano de Aldrik resbaló de la cara de Vhalla, pero la izquierda permaneció sobre su hombro mientras se giraba para mirar a su hermano. El príncipe más joven tenía los ojos abiertos de par en par.

—Es verdad que te importa.

Vhalla sintió cómo Aldrik se ponía tenso ante esa afirmación, pero no hizo ningún gesto para apartarse; si acaso, su mano se apretó un poco. El corazón de Vhalla latía con fuerza. Estaba desesperada por salir de ahí, por alejarse lo más deprisa que pudiera. Por mucho que quisiera oír la verdad cruda de la respuesta ante esa acusación, no quería que fuese así.

—Y tú… —El príncipe Baldair la miraba a ella ahora.

Vhalla hizo acopio del poco valor que le quedaba para sostenerle la mirada sin vacilar. Lo logró bastante bien; de hecho, el príncipe fue el primero en apartar los ojos al tiempo que negaba con la cabeza. Caminó con pies de plomo hasta una silla y se dejó caer en ella. Apoyó la sien en las yemas de sus dedos, sin dejar de mirar a Aldrik incrédulo.

—Solo había pretendido ayudarla. Pensé que estabas… Aldrik, eres demasiado listo para esto.

—Lo sé —repuso Aldrik con voz queda. La tensión parecía haber desaparecido y la tristeza anegaba sus ojos a cambio.

—Y aquí estaba yo pensando… pensaba que tú… —El príncipe Baldair se rio y sacudió la cabeza de nuevo—. Oh, da igual.

—Príncipe Baldair. —Vhalla dio un paso adelante y la mano de Aldrik cayó de su hombro—. Lamento mis acciones de hoy. Sobre todo, lamento haberte pegado. —Respiró hondo—. Apreciaría que… no se utilizara como razón para acabar con mi vida.

El príncipe se echó a reír. Se puso una mano en el estómago y dejó que el ruido melódico rompiera la tensión en el aire.

—No, creo que más bien me lo merecía, ¿verdad? —Vhalla lo miró alucinada. El príncipe se giró hacia su hermano—. Lo de hoy no ha sido culpa suya, Aldrik. De hecho, creo que algo de lo que dijo quizás les haya llegado a los hombres. Hubieses estado orgulloso si la hubieses visto, creo. —El príncipe Baldair se recolocó para apoyar la mejilla en su mano—. Vhalla, te pido disculpas. Esa no ha sido una forma muy principesca de actuar.

Vhalla lo estudió con atención. En su conjunto, este hombre le había hecho más bien que mal, y había ganado puntos a su favor durante el juicio, puntos que estaba gastando ahora. Puede que fuese un bobo emotivo, pero Vhalla no estaba segura de que fuese malo.

—Te perdono, mi príncipe —dijo. Las palabras de Baldair aún dolían, pero Vhalla se las quitó de la cabeza, al menos por el momento.

Se volvió hacia Aldrik, su alto y maravilloso príncipe oscuro, y le regaló una sonrisa de alivio. Los ojos de él se posaron con dulzura en ella y dio la impresión de que la tensión que se había estado acumulando entre ellos estaba próxima a romperse. No era una sensación desagradable.

—¿Nos vamos? —preguntó Vhalla.

Él asintió y le lanzó una última mirada asesina a su hermano antes de salir de la tienda.

Vhalla hizo una breve pausa. Se giró hacia el príncipe rubio y lo miró con atención mientras él la observaba con curiosidad.

—Lo que querías de mí, me temo que no puedo dártelo. —Vhalla había llegado a aceptar que pasara lo que pasase, fueran lo que fuesen, ella no sería la que pusiera punto y final a lo que hubiese entre Aldrik y ella.

—Ve con cuidado, Vhalla —le advirtió Baldair—. Sé mucho más sobre mi hermano que tú. Aunque pueda parecer idiota. —Vhalla arqueó las cejas—. A veces *soy* idiota —se corrigió con una risita—. Pero soy exactamente lo que ves. Él no. Hay cosas sobre él que aún no sabes.

Vhalla retiró la solapa de la tienda. Aunque esas cosas existieran, Vhalla no iba a oírlas de boca de Baldair. Se las contaría Aldrik, cuando llegara el momento.

—Y Vhalla… —El príncipe se puso de pie—. Ven a montar con nosotros en la parte delantera. No dejes que esto te disuada.

—¿Por qué? —preguntó con escepticismo.

—Porque creo que es bueno para los hombres verte conmigo. —Baldair percibió su confusión y se explicó—. Eres un símbolo, Vhalla. Y a pesar de lo que algunos puedan hacerte creer, tienes más control sobre lo que simbolizas que nadie más.

—Yo no soy nadie —musitó. Oyó a Aldrik montarse en su caballo de batalla.

—Incluso algo muy pequeño puede proyectar una sombra grande cuando está cerca del sol.

Vhalla pensó en esas palabras durante un largo instante y observó el rostro del príncipe en busca de alguna señal de hipocresía. No encontró ninguna y lo dejó atrás antes de que tuviese ocasión de decir algo más que pudiese destrozar esa paz tan frágil. A pesar de todo lo que era el príncipe Baldair y todo lo que había sido, por alguna razón, no creía que fuese su enemigo.

Aldrik sacó un pie del estribo para que ella pudiera usarlo y le ofreció una mano para que se montase en su caballo. Vhalla se sonrojó cuando se colocó detrás de él en la montura. Apoyó las manos con suavidad sobre la cintura del príncipe para mantener el equilibrio.

—¿Dónde está Relámpago?

—El oriental de mi hermano lo montó de vuelta cuando fue en busca de Fritznangle.

Aldrik espoleó al caballo para que echara a andar. Vhalla notó el aire fresco y cálido sobre sus mejillas después de la agobiante atmósfera de la tienda de campaña.

—¿Daniel? —Aldrik asintió sin palabras—. ¿Es buena idea ir así montados? —preguntó Vhalla en voz baja al ver las miradas de los soldados.

—Quiero que te vean conmigo. —Respondió tan deprisa que no podía haber pensado sus palabras.

—¿Por qué? —murmuró.

—Porque quiero que sepan que si te vuelven a poner una mano encima, tendrán que lidiar directamente conmigo. —La voz de Aldrik sonó grave y ruda, y a Vhalla le dieron ganas de aferrarse a él y no soltarlo nunca.

Fueron directo a la tienda del príncipe. Los soldados de la Legión Negra que acababan de montarla empezaban a desperdigarse y todos la miraron con curiosidad cuando Aldrik la hizo pasar al interior. Alejarse de los ojos curiosos del mundo era un alivio, pero era igual de estresante que esos ojos curiosos vieran cómo el príncipe la guiaba con la palma de la mano en sus riñones.

En cuanto la solapa de la tienda se cerró, los braseros del perímetro se prendieron. Aldrik no parecía ni pensar cuando usaba su magia.

—Quítate esto, lo arreglaré. —El príncipe puso la palma de la mano sobre el hombro magullado de Vhalla.

Vhalla asintió y empezó a desabrochar la armadura de escamas mientras Aldrik hacía lo mismo con la suya. Se sentía cómoda y nerviosa al mismo tiempo. Aldrik tomó la armadura de sus manos mientras Vhalla se quitaba la cota de malla.

—Bueno, ¿qué pasó? —preguntó Aldrik.

—Verás… —Vhalla suspiró y le contó todo lo sucedido hasta acabar en la tienda de Baldair. Aldrik escuchó la historia entera en silencio.

—Entonces, ¿al final lo derrotaste?

—Así es. —Vhalla asintió.

—¿Cómo?

—Solo me moví… —No estaba segura de qué respuesta buscaba Aldrik con semejante pregunta.

—¿Como con Elecia? —Aldrik levantó la vista de su trabajo con las escamas. Su pulgar se deslizaba sobre el metal al rojo vivo.

—Sí… —Vhalla no dijo nada más, a la espera de que él rellenara los huecos en blanco. No lo hizo y la frustración se apoderó de ella—. No puedes seguir haciendo esto.

—¿Seguir haciendo qué? —Parecía sorprendido por el tono de Vhalla.

—No puedes seguir haciendo preguntas crípticas y luego alejarte

furioso para enfurruñarte el día entero sin darme unas respuestas que sé que tienes. —Vhalla no era nadie, y aun así le hacía exigencias sin ningún miedo al príncipe heredero.

Aldrik se limitó a suspirar y a permitírselo.

—Muy bien, mujer testaruda. —Dejó la armadura ya reparada a un lado—. ¿No te extraña que de repente seas capaz de derrotar a soldados con *años* de experiencia?

—Hemos estado entrenando. —Era una excusa muy cutre cuando Vhalla se paró de verdad a pensarla.

—Eras torpe, en el mejor de los casos. —Cuando Aldrik se mostraba sincero, no se guardaba nada—. Empezaba a temer por lo que tendríamos que hacer para mantenerte con vida una vez que llegásemos al Norte.

—Entonces, ¿qué ocurrió? —inquirió Vhalla.

—Luchas igual que yo. —Aldrik la miró a los ojos.

—Por supuesto que lo hago.

—No, Vhalla. —Sacudió la cabeza—. Luchas *exactamente* igual que yo.

—¿Por qué? —susurró.

—Solo puedo suponer que es por la Unión —caviló Aldrik.

—Pero ya no estamos Unidos. —Tampoco lo habían vuelto a intentar desde aquella primera noche hacía semanas ya.

—No, pero el Vínculo se ensanchó, nuestras mentes… —Aldrik hizo una pausa y cerró los ojos con un suspiro suave—. Nuestras mentes estuvieron unidas. Fue algo imprudente que hice, dado lo poco que se sabe sobre sus efectos.

—Bueno, entonces… —dudó un instante mientras sus palabras trataban de encontrar el origen de la incomodidad del príncipe—. ¿Por qué no lo cerramos?

—Aunque pudiésemos, no lo haría.

—Pero… —Parecía estar causándole tanta angustia que *¿por qué no cerrarlo?*

—Porque ahora tengo cierta seguridad de que saldrás de esta guerra con vida.

Vhalla, impactada por ese comentario, se quedó callada. No pudo soportar el peso de los ojos de Aldrik y se enzarzó en una rápida batalla de miradas con su mesa.

—Lo sé —empezó su confesión—. Larel me habló de los Vínculos. Sé que si muero, tú morirás también.

—Esa es solo una teoría. —Aldrik descartó esa idea con facilidad—. Y no de ningún erudito de renombre.

—Pero…

—Quiero que te preocupes por ti misma. —Aldrik percibió que aún se resistía un poco a la idea—. Vhalla, *por favor* , prométeme eso.

La luz del fuego era engañosa. Hacía que el hombre que era casi siete años mayor que ella no pareciese más que un chiquillo asustado. Vhalla se movió sin pensar y tomó la mano del príncipe. Aldrik apretó sus dedos con fuerza y ella borró todas las dudas de su mente.

—Te lo prometeré si tú prometes que vas a dejar de salir corriendo y de ocultarme estas cosas. No quiero sentir que me dejas al margen. —Vhalla había bajado la voz hasta que no fue más que un susurro y Aldrik asintió, lo cual le ahorró a ella tener que dar más explicaciones.

—Deberíamos practicar tu Proyección. —Eso los sacó de su trance.

—Oh, es verdad. —Vhalla se había olvidado por completo de que tenían planes para trabajar juntos esa noche.

—Dejemos la magia a un lado por el momento y veamos lo lejos que puedes ir. —Aldrik se puso delante de la mesa y recolocó sus papeles.

—Vale. —Vhalla cerró los ojos.

—¿No prefieres tumbarte primero? —Aldrik le recordó que su cuerpo físico se había quedado inerte la última vez. Agarró una de las almohadas y la apoyó contra su pierna.

Vhalla vaciló un instante, aunque la invitación estaba clara. El príncipe fingió concentrarse en sus papeles, claramente aprensivo sobre si Vhalla lo aceptaría o lo rechazaría. Para frustración de esta, las palabras de advertencia del príncipe Baldair resonaron en su

cabeza. Optó por tumbarse a toda prisa, la cabeza apoyada en la pierna de él; no estaba dispuesta a dejar que el joven príncipe y sus jueguecitos se interpusieran en su camino.

Vhalla se deslizó fuera de su cuerpo poco después de cerrar los ojos. Era surrealista ver su cuerpo físico tan quieto, como si apenas respirara. Aldrik la observó de cerca, pendiente de cualquier señal de problema.

Creo que es más fácil , dijo Vhalla con un pensamiento.

—Eso parece —convino él.

¿Puedes oírme aunque esté lejos?

—Esta es una forma de averiguarlo. Ve despacio —le advirtió, pero no le dijo que parase.

Vhalla pasó a través de la lona de la solapa de la tienda. Notó algo de resistencia, pero nada que no pudiera manejar. La gente deambulaba de una hoguera a la siguiente, pero nadie se fijó en ella.

¿Todavía me oyes?

—Sin problema. —Aldrik parecía emocionado por su progreso y la animó a seguir adelante.

Vhalla avanzó en línea recta y descubrió que solo era incómodo cuando alguien caminaba a través de ella. Notaba un escalofrío extraño y el mundo se desorientaba por un momento. Sin embargo, después de la tercera vez, Vhalla empezó a ajustar su magia de manera acorde y se recuperaba más deprisa.

—¿Estás bien?

Sí, he llegado al borde del campamento.

—Ve un poco más lejos.

Vhalla caminó por el desierto hasta que el sol se puso por el horizonte. Hablaba con Aldrik de manera regular, pero el Vínculo se mantuvo constante y fuerte. Para cuando regresó a su cuerpo, no había duda de que había empezado a dominar el arte de la Proyección.

Regresar fue fácil: aguzó el oído para escuchar el pulso que la había guiado de vuelta la primera vez y soltó su agarre mágico. No obstante, cuando sus párpados aletearon y sus ojos reales se abrieron, Vhalla

soltó un gemido suave por cómo daba vueltas el mundo.

Aldrik se movió, preocupado, y se inclinó sobre ella.

—¿Qué pasa?

—Creo que mi cerebro… solo es que está volviendo más despacio desde la distancia. —No estaba segura de si eso tenía sentido. Oyó un ruido rasposo y vio que Aldrik estaba tomando notas de nuevo. Vhalla intentó sentarse.

—Túmbate, Vhalla —la regañó. La joven volvió a su posición anterior y Aldrik deslizó la mano izquierda por su pelo con suavidad—. Eres asombrosa. —La voz del príncipe sonó ahumada, y se concentró en los papeles en lugar de en ella. Vhalla lo observó desde donde estaba, pero él parecía estar hablando más bien consigo mismo—. Por encima de todo lo demás, tú serás la clave para terminar esta guerra.

—¿Eso crees? —farfulló, cansada.

—Sí. —No había ni rastro de duda—. Ahora descansa.

Vhalla obedeció y cerró los ojos.

Las semanas pasaron casi sin darse cuenta, igual que resbalaba la arena por las dunas. El desierto era inhóspito y solitario, pero los días de Vhalla estaban llenos. Ya fuese por la petición de ella o por voluntad propia, Aldrik se recuperó pronto de la conmoción de los efectos de su Unión. En privado, la animaba a confiar a fondo en su Vínculo con él y le aseguró que no lo afectaba de ninguna manera.

Vhalla se mostraba cauta… al principio. Pero cuanto más permitía que ese pulso ocupara sus oídos, más fuerte y rápida se volvía. Era como si su cuerpo estuviese reaprendiendo lo que ya sabía, lo cual hacía cada movimiento más eficaz y más preciso.

Aldrik aún cabalgaba con Elecia algunos días, y Vhalla con la Guardia Dorada. El príncipe Baldair parecía contento con su presencia. Cuanto más tiempo pasaba Vhalla con el joven príncipe, más tiempo quería pasar con él en privado. Tenía muchas preguntas para sus mensajes crípticos y sus advertencias mal veladas. Quería poder preguntarle lo que sabía, lo que quería decir, pero su tiempo juntos nunca se extendía más allá de la marcha.

Vhalla pasaba las tardes sudando y empujando su cuerpo más allá de sus límites a petición del príncipe heredero. Estaba agradecida por la

mezcla de aliento amable pero también enérgico por parte de Aldrik y de sus amigos. Su cuerpo empezaba a rellenarse una vez más, y se le definieron músculos en sitios que no había sabido que pudieran.

El ambiente entre las tropas empezó a cambiar a medida que se acercaban a la Encrucijada. Había un alivio palpable entre los soldados, cansados por el viaje y quemados por el sol, ante la idea de estarse aproximando a un punto de descanso.

—¿Cuánto creéis que tardaremos todavía? —les preguntó Vhalla a sus compañeros.

—Quizás un día, tal vez dos —contestó Aldrik. Ahora estaba mucho más atento a ella.

—Una cama —musitó Fritz con nostalgia.

—Un baño —suspiró Vhalla con alegría al pensarlo—. Porque *sí* que va a haber agua en la Encrucijada, ¿verdad?

El ejército se había visto reducido a las raciones de agua para beber sacada de los pozos que bordeaban la Gran Vía Imperial a intervalos largos. Ninguno de ellos se había lavado desde hacía semanas y Vhalla no podía ni imaginar lo mal que debían oler todos para alguien que no estuviese acostumbrado al hedor.

—Por supuesto que habrá agua. —Larel se rio—. La Encrucijada en un lugar mágico, Vhalla. Es el centro del mundo.

—No veo el momento de llegar. —Estaba emocionada de verdad, después de haber pasado tanto tiempo en la carretera—. ¿Qué es lo primero que vais a hacer?

—Lo primero que voy a hacer yo es beber un Dragón Carmesí —anunció Fritz.

—Serás borracho —se burló Larel.

—¿Un qué? —preguntó Vhalla.

—Un Dragón Carmesí es una bebida —contestó Aldrik desde su izquierda—. Está hecha de alcohol especiado del Oeste, tiene un sabor intenso y es muy fuerte.

—Entonces, yo también quiero uno. —Le sonrió a Fritz y el sureño de pelo desgreñado se lanzó a planear una gran aventura para los tres.

Larel trató de rebajar sus sueños grandiosos y, en cuestión de minutos, ya estaban discutiendo sobre el tema.

—Vhalla —aprovechó para decir Aldrik en una voz destinada solo a ella. La joven levantó los ojos hacia él—. Hay algo que quiero decirte.

—¿Sí? —El tono de Aldrik hizo que se le acelerara el corazón.

—En la Encrucijada, tengo un… asunto del que ocuparme con Elecia.

Vhalla estaba más preocupada por la delicadeza con la que lo estaba diciendo que por las palabras en sí. *¿Qué era lo que lo incomodaba tanto?*

—¿Qué es?

—No tienes por qué preocuparte por ello. —La mirada de Aldrik lucía recelosa.

—Aldrik, me prometiste que…

—*Vhalla* —bufó, y ella se llevó una mano a la boca y se apresuró a mirar a su alrededor para ver si alguien se había dado cuenta de su desliz al olvidar su título—. Te lo contaré, te lo prometo. Pero solo cuando llegue el momento.

—¿Cuándo llegará el momento? —insistió.

—Cuando esté hecho y resuelto. —El tono del príncipe dejaba claro que no obtendría más información al respecto. Vhalla suspiró con suavidad—. Solo deberíamos tardar dos días, tres como mucho. Iré a buscarte después y te lo contaré todo.

—Muy bien. —Vhalla asintió y se plantó una cara valiente durante el resto del día. Sin embargo, las palabras del príncipe resonaban en su cabeza a cada paso y su eco se perdía en la noche.

CAPÍTULO 12

El día estaba pegajoso y Vhalla tenía el pelo pegado a la cara y al cuello del sudor cuando se quitó el yelmo. Levantó la vista hacia la densa cubierta de árboles por encima de su cabeza, nudosos y cargados de hojas

y enredaderas. Su mente se lamentó por todo el tiempo pasado desde la última vez que viera el cielo diáfano. Un pájaro voló entre el follaje antes de cruzar a través y perderse en los cielos por encima. Vhalla se encontró deseando poder hacer lo mismo.

El olor de las cenizas y el fuego llenaba su nariz, un olor demasiado familiar que apenas notaba ya. Devolvió los ojos a la tierra y los deslizó otra vez por la destrucción que había tenido lugar ahí. Estaban ejecutando a los últimos soldados. Tenía sangre salpicada por toda la armadura, sangre carmesí que se había vuelto oscura contra la negrura de las escamas y la coraza.

Vhalla se dio cuenta, vagamente, de que había algo extraño. Notaba que algo iba mal, pero no era capaz de identificarlo.

Volvió a su tienda de campaña. No, no era la suya, ¿o sí? Intentar pensar le resultaba demasiado difícil, como si estuviese luchando contra algo obvio.

En el interior, encontró la misma estancia familiar, con el suelo cubierto de cojines y una mesita baja, aunque esta vez estaba cerca de la cama. Una gran mesa rectangular y sillas dominaban el otro espacio. Estaba desordenado, con papeles desperdigados por el suelo. Vhalla se quitó sus grandes guanteletes y los dejó caer sin ningún cuidado.

Su respiración se volvió entrecortada y giró en redondo. Con una pasa da del brazo, barrió todos los papeles y documentos al suelo con un gruñi do. Estampó las manos sobre la mesa y sintió que le temblaban los hombros.

Esta ciudad no había formado parte de la milicia. Quizás se hubieran unido unos pocos a la resistencia, pero toda ella había sucumbido a las llamas y el acero. Clavó las uñas en la madera de la mesa mientras reprimía un grito de frustración. Nadie podía oír su dolor. No podía permitir que los soldados captaran ni un ápice de su agitación. Nunca podía.

Los ojos de los muertos perduraban en su memoria, sus súplicas, sus miradas asustadas mientras los rodeaba de llamas y los quemaba vivos. No se hacía más fácil con el tiempo. Los recuerdos nunca se volvían más ligeros de soportar.

Recuperó el control y empezó a quitarse la armadura. En realidad, necesitaba la ayuda de alguien para la coraza más grande, pero no le apetecía molestarse y optó por quemar a través de las hebillas de cuero ocultas bajo el metal. Ya lo arreglaría más tarde.

Si sus pecados fuesen tan fáciles de quitar como su armadura, tal vez pudiera dormir por las noches. Se frotó los ojos, cansada. Con un suspiro, empezó a hurgar en una bolsa oculta al lado de su cama en busca de lo único que podía borrar su dolor y ahogar los gritos. Una llamada a la entrada interrumpió sus acciones.

—Príncipe. —La voz era familiar, uno de los hombres de Baldair.

—Adelante. —Su voz sonó grave. Un hombre de pelo y ojos oscuros entró en la tienda y ella lo miró con cara de pocos amigos, poco interesada en tener compañía y rezando por que el hombre se diese cuenta de ello—. ¿Cómo puedo ayudarte? —preguntó con tono seco.

—Hoy. —El hombre dio un paso adelante, sus movimientos entrecortados. Vhalla se preguntó si había llegado a la botella antes que ella—. Hoy habéis liderado el asalto, ¿verdad? —El hombre seguía con la armadura puesta, cubierto de sangre y cenizas hasta los codos.

—Así es. —Ya estaba irritada por esa conversación. A pesar de lo que los soldados opinaran de ella, lo último que quería era revivir sus asesinatos —. Si no hay nada más… —Le dio la espalda al hombre y fingió estar interesada en recoger los papeles por ahí desperdigados. Solo esas pocas palabras que había dicho habían traído esos rostros horrorizados de vuelta a su mente.

—Hu… hubiese tenido veintidós años ahora —divagó el hombre—. Tenía el pelo oscuro, como nosotros. Era del Oeste.

Vhalla recogió una hoja y siguió ignorándolo; el hombre no parecía pescar la indirecta.

—Se casó cuando era joven, una novia del Norte. —Algo se retorció en su voz.

—Me temo que no sé de quién estás hablando —dijo, y devolvió un puñado de papeles a la mesa.

—De mi hijo. —El hombre soltó un grito retorcido y se abalanzó sobre ella. La daga se hundió en su costado, justo por encima de su cadera.

Se oyó el grito de un hombre que fue uno de los sonidos más espantosos que había oído Vhalla en toda su vida, y ella gritó con él. Empezó a luchar contra la prisión mental que la confinaba. No quería ver nada más.

Sintió el veneno, y una sensación enfermiza y mareante la invadió casi al instante. Miró al hombre conmocionada cuando él daba un paso atrás.

Alargó la mano hacia su cara y enseguida estuvo en llamas, sus rasgos contorsionados antes de quedar reducido a cenizas.

Los pies de Vhalla empezaron a trastabillarse y pronto cedieron. Apoyó una mano sobre la daga. Extraerla provocaría una hemorragia; dejarla dentro continuaría bombeando más de ese veneno abrasador a sus venas. Dio un grito y se apoyó en la mesa. Con la mano temblorosa, agarró la daga y tomó una decisión una décima de segundo antes de sacar la hoja de un tirón. Desgarró la carne otra vez cuando la extrajo de su costado.

Tenía la mano apretada contra la herida abierta cuando un soldado entró a la carrera. «Ya era hora» , querría haber dicho, pero tenía los dientes apretados con fuerza, la sangre empapaba ya la fina camisa que llevaba y resbalaba entre sus dedos. Se le empezó a nublar la vista y volcó su poder hacia el interior. Sintió cómo el fuego quemaba por sus venas en su intento de purgar el veneno.

Vhalla se despertó con un grito, una mano sobre la cadera. Apartó las mantas con brusquedad y se miró el cuerpo. Levantó su túnica, pero encontró solo piel suave e impoluta donde esperaba ver sangre. Se llevó una mano a la frente para secarse el sudor frío.

Estaba mareada. Su cerebro volvió poco a poco a su lugar mientras pugnaba por recuperar el aliento. Intentó decirse que no era más que un sueño, que había sido *solo* un sueño. Pero había sentido cada minuto de él. Había oído la voz de Aldrik.

De repente, el recuerdo de una noche lejana volvió a ella. Se preguntó cómo podía haberlo olvidado. Simplemente había desaparecido de su mente en el caos en el que se había convertido su vida.

En su mente resonaron las palabras del norteño durante la Noche de Fuego y Viento.

«Aunque, claro, también esperábamos que si el veneno no te mataba, la vergüenza de que te hubiera apuñalado por la espalda uno de los hombres de tu querido y dulce hermano sería suficiente».

No había tenido sentido. *No tenía sentido* , se recordó. Su mente había producido una explicación para aquel momento confuso y se la había representado. Vhalla pasó los brazos a su alrededor. La explicación alternativa era demasiado imposible. Al igual que en el último sueño

fracturado, sintió ganas de acudir a él. Cada latido de su corazón la obligó a pugnar con la distancia que los separaba.

—Vhalla, ¿qué pasa? —Larel se frotó los ojos soñolientos.

—Nada —jadeó.

—¿Vuelves a tener pesadillas? —La mujer occidental también se sentó.

—No. —Vhalla negó con la cabeza—. Ha sido un sueño. Pero no *ese* sueño. Solo una pesadilla cualquiera.

Empezó a ponerse la armadura, impaciente por empezar el día y quitarse de encima los restos de su visión.

Estaba tan aliviada de ver a Aldrik más tarde que ni siquiera se molestó cuando Elecia se acercó a ellos y se hizo hueco entre ambos. Ver al príncipe calmó sus nervios y miedos, y se reafirmó en su idea de que sus sueños no eran nada más que terrores nocturnos. Hablaron de una fiesta occidental de la cual no tenía idea y Vhalla saboreó el sonido de una de las escasas risas de Aldrik. Para irritación de Elecia, este hizo todo lo posible por incluir a Vhalla en su conversación.

—No has estado nunca en el Oeste, ¿verdad? —le preguntó Aldrik por delante de Elecia.

—No, nunca. —Vhalla negó con la cabeza.

—Es una pena que no podamos llegar hasta Norin —musitó, pensativo.

—Me gustaría verlo algún día. —Aldrik sonrió al oír la declaración de Vhalla—. ¿Cómo es Norin?

—Está asentado en… —empezó Elecia con arrogancia.

—El gran oasis al lado del mar Occidental —la interrumpió Vhalla—. La brisa marina ayuda a mantener la ciudad fresca a pesar del calor del desierto y el castillo de Norin es uno de los más viejos del mundo. O eso he leído. —Vhalla se regodeó en la mirada de orgullo satisfactorio que le estaba lanzando el príncipe.

—Bueno, gran parte de Norin es lo más viejo del mundo. Hay una razón para que tardara diez años en caer en manos del imperio. —Solo Elecia podía convertir una derrota en un motivo de orgullo y miró a

Vhalla por encima del hombro.

Esta última no le hizo ni caso, toda su atención estaba puesta solo en Aldrik. Su madre había vivido en ese castillo como princesa de Mhashan. *Él era un príncipe de dos mundos.*

—¿Cómo es la comida? —preguntó, dispuesta a mantenerse involucrada en la conversación.

—La comida occidental es más limpia que las cosas que tenéis en el Sur. Utilizamos menos mantequillas y aceites —proclamó Elecia con arrogancia.

Vhalla apenas pudo contenerse de poner los ojos en blanco.

—De hecho, hay un plato que creo que te gustaría —murmuró Aldrik —. Rallan las pieles de los limones y las confitan con azúcar.

—Oh, eso suena delicioso. —Vhalla esbozó una sonrisa cómplice al recordar la tarta de limón que habían compartido en el jardín de Aldrik.

—Quizás tengan en la Encrucijada. —El príncipe se quitó el yelmo un momento para pasarse una mano por el pelo. El sudor hacía que se le quedara pegado a la cabeza y Vhalla sopesó qué estilo le quedaba mejor.

—¿Y cómo es la comida del Este? —preguntó Elecia, interrumpiendo así a Vhalla en su admiración del príncipe.

—Es sencilla, supongo. —En verdad, la familia de Vhalla nunca había tenido dinero para alimentos caros o sofisticados—. Eso sí, jamás he comido un pan mejor que el de casa en la época de la cosecha. Aunque, bueno, pasé buena parte de mi infancia y adolescencia en el Sur.

—Oh, sí, como aprendiza de bibliotecaria —comentó Elecia como quien no quiere la cosa.

A Vhalla le irritaba que esta otra mujer supiera cosas de ella y nunca explicara por qué.

Abrió la boca para decir algo, pero justo entonces sonó un cuerno desde el extremo sur de la columna. Tan solo llevaban unas horas de marcha; no podía ser hora de parar ya. Todo el mundo se giró cuando el cuerno volvió a sonar en señal de advertencia.

Vhalla oyó a Aldrik maldecir de manera colorida antes de partir al galope y cruzar las filas a toda velocidad en dirección a su padre en la legión que iba por delante de ellos. Elecia elevó los ojos hacia el horizonte. Vhalla también miró.

—¿Qué pasa? —preguntó Vhalla, mientras trataba de discernir la razón para el repentino cambio de actitud.

—Parece una tormenta de arena. Que la Madre se apiade de nosotros. —La cabeza de Elecia se giró hacia delante y luego hacia atrás otra vez—. Hay demasiados soldados a pie… —farfulló. Giró la cabeza de golpe hacia la derecha—. ¡Larel! —la llamó Elecia, y Larel levantó la vista hacia ella—. ¿Cuánto queda para la primera muralla de la Encrucijada?

—Una hora al menos, apretando a los caballos —repuso Larel, mientras guiñaba los ojos y miraba atrás.

—¿Un pueblo más cercano? —Elecia agarró las riendas con fuerza.

—Ninguno que yo sepa. —Larel frunció el ceño, el rostro crispado.

—Tendremos que intentar llegar, entonces. —Elecia maldijo y salió pitando hacia donde estaba la familia imperial.

—¿Qué está pasando? —Vhalla no entendía nada.

—Es una tormenta de arena, Vhal. —Fritz miró otra vez atrás, dubitativo—. Todavía está lejos, pero no queremos vernos envueltos en una. Son temperamentales y rápidas. Si logramos encontrar refugio, puede que solo mate a unos pocos por asfixia. Aquí hay muchas cosas que el viento podría levantar y convertir en proyectiles de pesadilla.

—¿Tan malo es? —preguntó consternada.

—Los vientos del Oeste son conocidos por ser lo bastante fuertes como para arrancar árboles con raíces y todo y levantar por los aires a hombres hechos y derechos como si fuesen muñecas de trapo. Suelen soplar con los aires de verano. En invierno no son normales, y no estamos preparados —repuso Fritz muy serio.

Se giró en la montura y buscó el punto oscuro en el horizonte. *¿Puede que solo mate a unos pocos?* No le sonaba como un consuelo. Se preguntó si se estaba imaginando que crecía en el horizonte del sur. Sonó otro cuerno, una serie de toques seguidos, y otros repitieron su llamada. Aldrik y Elecia volvieron juntos.

—¡Vamos a la Encrucijada a toda velocidad! —gritó el príncipe, llamando la atención de todos los soldados de la Legión Negra—. No digáis ni una palabra más y estad atentos a las órdenes.

Dio la impresión de que todo el mundo entendía al instante lo que estaba pasando y las tropas aceleraron el paso. Pero con tantos soldados a pie, estaban muy limitados en velocidad. Vhalla se giró hacia atrás. Parecía que estaban consiguiendo alejarse de la tormenta, o no iba en su dirección.

Entonces el viento cambió.

Vhalla lo sintió ahí, la furiosa y violenta masa detrás de ellos. Era una furia como Vhalla no había sentido jamás. Era puro poder y viento que empujaba hacia delante para consumir hasta la última persona de sus fuerzas. Vhalla se giró de nuevo y la miró otra vez. No parecía haber crecido, pero sabía bien que no era así.

—¿Cuánto falta para la Encrucijada? —les preguntó en voz baja a Fritz y a Larel.

—No lo sé. Solo he pasado por aquí una vez —susurró Larel de vuelta, su voz apenas audible por encima de los cascos de los caballos sobre la carretera de piedra.

—¿Cuánto falta? —Vhalla lo intentó con Elecia. La mujer la miró con expresión irritada, pero Vhalla le sostuvo la mirada sin inmutarse. No pensaba tolerar sus tonterías.

—Un poco menos de treinta minutos, quizás —conjeturó Elecia.

Vhalla maldijo. No lo lograrían. *Lo percibía* .

—¡Mi príncipe! —gritó Vhalla. Aldrik la fulminó con la mirada por hablar fuera de lugar. Ella le hizo caso omiso—. No lo vamos a lograr si no vamos más deprisa.

La seriedad frunció el ceño del príncipe.

—¿Estás segura? —preguntó en tono sombrío.

Vhalla se quitó los guanteletes de un tirón y los metió a toda prisa en una alforja. Soltó las riendas por completo y cerró los puños. Luego los levantó en alto, cerró los ojos y abrió los dedos, sin importarle lo tonta que pudiera parecer. El viento empujó a través y alrededor de sus manos; sintió el poder de la tormenta al final de cada ráfaga.

Abrió los ojos de golpe.

—¡No lo lograremos!

Los ojos de Elecia saltaron de ella a Aldrik.

—Aldrik, no hay ninguna otra protección aparte de las murallas barrera de la Encrucijada. —La tensión hizo temblar la voz de Elecia.

Vhalla escudriñó el paisaje a su alrededor. Era verdad. Arena y más arena hasta donde alcanzaba la vista. Miró hacia atrás otra vez. El punto oscuro se había convertido en un muro en el horizonte.

—¡Maldita sea! —Aldrik espoleó a su caballo hacia delante otra vez y Vhalla lo vio correr de vuelta con su padre. Por un breve instante vio al emperador girarse hacia ella. El caballo de Aldrik aminoró el paso y las tropas pasaron por su lado mientras él regresaba a su puesto. Resonó otro cuerno, seguido de otro más.

El ejército imperial corría frenético por la Gran Vía Imperial. El retumbar de los caballos y el coro de las armaduras cortaba a través del sonido del viento, que aumentaba poco a poco. Vhalla miró atrás hacia las secciones de carros; esos caballos no podían acelerar más sin perder su carga. Los soldados de a pie ya empezaban a quedarse atrás, a medida que los que iban a caballo empezaban a dejarse llevar por el pánico y aceleraban el paso. Vhalla vio el rugiente muro detrás de ellos que ya bloqueaba el sol como un mal presagio.

Una certeza abrumadora palpitó a través de ella. Seguían sin poder lograrlo. Los caballos no podían dejar atrás a un viento así. Incluso para un solo jinete era un viento demasiado fuerte y rápido. Vhalla registró los rostros aterrados de las personas que estaban a su alrededor, las expresiones crispadas de sus amigos.

Ninguno de los soldados decía ni una sola palabra. Daba la impresión de que ella no era la única que se había percatado de la sombría realidad de su misión. No hacía falta tener magia para sentir las ráfagas de viento cada vez más intensas que empezaron a hacer tambalear a hombres y mujeres y vacilar a las monturas. Resonó un cuerno otra vez, un sonido entrecortado y frenético. Todo el mundo se giró hacia atrás; Vhalla tenía el corazón en la garganta.

Una furiosa masa giratoria de arena y muerte cortaba desde el suelo hasta el cielo. El viento aullaba y lo consumía todo a su paso. Sumió el mundo en oscuridad. Se extendía a ambos lados de ellos. La tormenta pretendía engullirlos enteros y estaba a punto de dar comienzo a su

festín con el último jinete de la fila.

Vhalla vio los rostros de todos los que la rodeaban mientras se enfrentaban a su propia mortalidad. Sus ojos volaron de vuelta, hasta que encontraron a Aldrik. Tenía una expresión atormentada de frustración y desesperación. Vhalla sintió que algo palpitaba frenéticamente a través de ella: *no lo dejaría morir* .

Como si percibiera la intensidad de su mirada, Aldrik giró la cabeza hacia ella a toda velocidad; algo en la cara de Vhalla le provocó al príncipe un ataque de pánico. Vhalla apenas vio sus labios moverse cuando empezó a decir algo, pero desvió a Relámpago hacia la derecha y cortó entre las legiones.

No podían hacer nada; ninguno de ellos podía hacer nada. Si no lo intentaba, todo habría terminado. Vhalla hincó los talones en los costados de Relámpago mientras galopaba entre expresiones de sorpresa en dirección al exterior de la columna. En alguna parte, alguien estaba gritando su nombre.

Vhalla no miró atrás.

El viento llenaba sus oídos, fluía a través de ella y, a pesar de todos sus miedos, no hizo nada por reprimirlo. Esta vez no sería como la última. Encontraría al viento y lo utilizaría para salvar, no para matar.

Vhalla golpeó al caballo con el sobrante de las riendas.

«Más deprisa», le pidió. «*¡Más deprisa!* », gritó, sin quitarle los ojos de encima a la tormenta de arena que avanzaba implacable hacia el final de la columna. Su corazón amenazaba con salírsele del pecho y Vhalla parpadeó para quitarse la arena de los ojos.

Los soldados de las legiones posteriores la miraron estupefactos mientras ella corría directo hacia la tormenta. Empezó a oír más gritos detrás de ella. Echó un vistazo hacia atrás y vio que la Legión Negra entera era un rugido que gritaba su nombre. Les dio la espalda otra vez; ya casi había llegado al final de las filas.

El viento azotaba su pelo y, pronto, Relámpago empezó a asustarse y a resistirse a sus intentos de avanzar. Vhalla maldijo al animal y le rogó que la llevara un poco más allá. Por medio de sus palabras o de los talones contra sus costados, Relámpago obedeció. Vhalla volvió hacia la carretera en cuanto la cola de la legión esprintó por su lado en dirección contraria. Sus expresiones horrorizadas fueron todo lo que pudieron ofrecerle.

Vhalla frenó en seco y desmontó con muy poca elegancia. Se tambaleó, pero se recuperó antes de caer. Giró a Relámpago hacia las tropas y le dio una palmada en la grupa. El caballo no necesitó más aliento que ese para huir de las violentas arenas. Los soldados siguieron adelante.

Vhalla soltó un pequeño suspiro de alivio. Necesitaban todas las oportunidades que pudieran. Si ella fracasaba, tenían que seguir corriendo. Al menos les conseguiría algo de tiempo. Vhalla dio media vuelta y levantó la vista hacia el titán de viento y arena.

Y se sintió muy pequeña.

Vhalla separó los pies y los plantó bien firmes en el suelo. Y se preparó para lo peor. Estiró las manos desnudas hacia el viento. Si era capaz de provocar una tormenta, tenía que ser capaz de terminar con una. Sintió el viento entre los dedos, sintió las corrientes, eran parte de ella… y responderían ante ella.

Nada podía haberla preparado para el impacto de la tormenta. Fue como si la tirasen de otro tejado y Vhalla sintió que sus hombros crujían por la presión. Dio la impresión de que el viento aplastaba todo su cuerpo, y empezaron a temblarle las rodillas.

Cerró los ojos y apretó los dientes. Había arena por todas partes a su alrededor, en su pelo, en sus oídos, en su nariz. Pero aquello terminaría ahí, con ella. Se inclinó hacia la tormenta y empujó hacia atrás con todas sus fuerzas. En el caos de la arena y el rugido del viento, no podía abrir los ojos. Vhalla trató de palpar a un lado para comprobar si había logrado detener o al menos ralentizar la tormenta, pero sus sentidos eran un batiburrillo, mezclados con el poder crudo del que estaba intentando tirar.

La primera vez que gritó fue cuando uno de sus dedos se retorció hacia atrás. El dolor repentino y agudo de sus huesos, que parecían estarse descoyuntando, le hizo perder la concentración. Sintió cómo el viento se colapsaba sobre ella y casi perdió el equilibrio. Vhalla obligó a sus piernas a enderezarse y apretó los dientes contra el dolor. Otro dedo se torció para atrás y luego un hombro amenazó con ceder.

Le temblaban las manos y se sentía al borde mismo del agotamiento. Y con un grito, hizo todo lo que Aldrik le había advertido que no hiciese desde su primerísima lección con él. Se zambulló en su Canal con el único pensamiento de que aquella tormenta acabara ahí, que no llegara hasta sus amigos. *Que no llegara hasta él* .

Los momentos siguientes fueron una extraña dicotomía de sentimientos, como si su cuerpo estuviera muriendo y su mente estuviese naciendo de nuevo. La luz abrasaba los bordes de sus ojos cerrados e inundaba sus sentidos. Con un *clic* casi audible, notó cómo conectaba con la tormenta a través de su Canal. Sintió cada matiz de ella, comprendió sus violentos vendavales. Ahora era suya, una extensión de su magia sobre la que tenía un frágil control.

Le costó un mundo mover los brazos y sintió que la conexión con su cuerpo físico titilaba. Gritó mentalmente por el esfuerzo de resistirse al fallo inminente de sus sistemas. *Un poco más* . Era tanto una oración como una forma de alentarse. *Un poco más* . Con los brazos abiertos a los lados, Vhalla respiró hondo y sintió cómo la arena llenaba sus pulmones. Dio un último empujón para hacer a la tormenta parte de ella. Luego vertió ese poder en su interior, lo empujó hacia el fondo de su Canal y lo asfixió.

Los vientos amainaron y el silencio llenó sus oídos. Sus piernas cedieron y cayó de rodillas, los brazos flácidos a los lados. Entreabrió los ojos y vio el cegador brillo del sol contra un cielo azul. Un pequeño sollozo escapó por su boca y tosió, los pulmones en llamas. Todavía había una especie de borrón de luz y oscuridad rondando por la periferia de su vista. Vhalla sintió cómo su hombro golpeaba la carretera de piedra, luego su sien… Y entonces el mundo se puso negro.

CAPÍTULO 13

Una única llama danzaba al lado de su cama y la luna se filtraba por unas cortinas desconocidas mientras Vhalla levitaba entre la conciencia y la inconsciencia. Se movía inquieta, en un intento por liberarse de la prisión del agotamiento y el estado crepuscular de los sueños.

La palma de una mano cálida tocó su mejilla, seguida del susurro de unas palabras tranquilizadoras. Vhalla se removió al oír el frufrú de la manta con la que la arropaban. Abrió los ojos una rendija.

La habitación se enfocó poco a poco. Vhalla no reconoció los elegantes adornos y la suntuosa decoración. Pero sí reconoció a la mujer que la cuidaba.

—Esto empieza a ser una costumbre —susurró con voz débil, y Larel casi se salió del pellejo del susto.

—Estás despierta —murmuró la mujer occidental con un suspiro de alivio—. Es *verdad* que empieza a ser una costumbre. A ver si dejas de darte estas palizas. —Larel había entendido bien el comentario, y se mostraba feliz con solo ver los ojos abiertos de Vhalla.

—¿Dónde estamos? —preguntó Vhalla entre ataque y ataque de tos. Notaba como si le hubiesen hecho trizas las entrañas.

—En la Encrucijada. —Larel sujetó un vaso de agua ante los labios resecos de su amiga.

—¿Lo logramos? —balbuceó sorprendida.

—Así es. —Larel pasó el vaso a las manos ansiosas de Vhalla y se levantó de donde estaba sentada al lado de la cama—. Y hay alguien que ha estado *muy* ansioso por verte.

Larel salió de la habitación sin mayor explicación, pero Vhalla no se sorprendió cuando un príncipe de pelo negro como el carbón se coló por la puerta en silencio poco después. Se giró y a Vhalla se le cortó la respiración. Llevaba el pelo bien peinado e iba vestido con ropa de gala, no con armadura. Era la viva imagen del príncipe que había conocido hacía meses. La viva imagen del príncipe que ella había arriesgado la vida por salvar.

—Vhalla… —murmuró Aldrik, la voz quebrada.

Vhalla vio unos círculos oscuros bajo sus ojos mientras se tambaleaba hacia ella. Se sentó más erguida, aunque hizo una leve mueca al sentir dolor en la espalda y en los hombros cuando dejó el vaso casi vacío en la mesilla de noche. Dos ojos color obsidiana la consumieron hambrientos, aunque sabía que estaba hecha un desastre.

Cuando Vhalla abrió la boca para hablar, el príncipe se dejó caer de rodillas al lado de su cama. Se quedó tan pasmada que no pudo decir ni una palabra, y Aldrik enterró la cara en los antebrazos. Observó cómo le temblaban los hombros durante un momento y oyó una respiración entrecortada. Incapaz de soportar su dolor sin sentido, Vhalla alargó una mano vendada y la puso sobre su pelo.

El príncipe levantó la cabeza a toda velocidad, sobresaltado por su contacto.

—¿Qué pasó? —susurró ella, incapaz de unir todos los cabos con cierta lógica.

—Eres una idiota descerebrada —soltó Aldrik de repente, y se puso en pie—. Te marchaste sin la orden de tus superiores. Ignoraste la llamada. Podrías haberte matado, chica estúpida.

Vhalla se encogió como si la hubiese abofeteado.

—Y detuviste la tormenta. —El príncipe se dejó caer sobre el borde de la cama. Sin vacilación, estiró un brazo y acarició la mejilla de Vhalla con ternura—. Y tú, estúpida, asombrosa y sorprendente mujer… tú nos salvaste a todos.

Vhalla soltó un pequeño sollozo de alivio. Esa verdad podía haberla deducido por su presencia ahí, pero oírle decirlo la hacía mucho más real. Dejó caer la cabeza y se tapó la boca con la palma de la mano para intentar contener sus emociones. Aldrik se movió y la envolvió entre sus brazos para estrecharla contra él. A Vhalla le dolía mover el cuerpo en algunos puntos, pero ignoró el dolor con facilidad mientras enterraba la cara en el hombro del príncipe.

—Estuviste maravillosa, Vhalla —murmuró él contra su pelo—. Y juro que, si vuelves a hacer algo así alguna vez… —Vhalla apartó la cabeza sorprendida, pero las manos de Aldrik se cerraron en torno a sus hombros—. Cuando partiste al galope, no pude seguirte; tampoco podía enviar a nadie a por ti. Debería haberlo hecho. Lo siento. Por todos los dioses, quería hacerlo… —Aldrik luchó por recuperar la compostura.

—Aldrik —dijo ella, y retiró las manos del príncipe de sus hombros para sujetarlas entre las suyas, reprimiendo a duras penas una pequeña mueca—. No quería que me siguieras. —Dubitativa, alargó una mano vendada y acarició la cara de Aldrik. No recordaba haber tocado su mejilla nunca, y se lamentó de inmediato de que su mano estuviese vendada. Vhalla le dedicó una pequeña sonrisa—. Quería mantenerte a salvo. Ese es mi trabajo, ¿no? Mantenerte con vida.

Aldrik soltó una risa y sacudió la cabeza. Se movió un poco y se inclinó hacia ella. Los dedos de Vhalla resbalaron de su cara para caer en las manos del príncipe. De repente se sentía mareada por estar tanto rato sentada, y acababa de percatarse de lo cerca que estaban.

—Vhalla —murmuró con suavidad, al tiempo que apretaba las manos—. Creí que no volvería a tener la oportunidad de verte, de hablar contigo. —Aldrik contempló sus dedos entrelazados; sus pulgares

acariciaron las vendas—. Creí que te marcharías y nunca… —Su voz se fue difuminando hasta ser apenas más que un susurro. Se atrevió a mirarla de nuevo y Vhalla sintió que algo revoloteaba frenético en su interior—. Creí que nunca tendría la oportunidad de decirte que…

Vhalla se inclinó más hacia él, saboreando cada palabra. Casi podía sentir el aliento de Aldrik sobre su cara cuando hablaba.

—Que yo… —Aldrik era de repente muy consciente de lo atenta que estaba, y sintió algo parecido al miedo al darse cuenta. Entreabrió los labios.

Vhalla contuvo la respiración.

Aldrik cerró la boca a toda prisa y apartó la mirada cuando oyó el retumbar de unas fuertes pisadas que se acercaban. Vhalla siguió la dirección de su mirada hacia el marco de la puerta.

—Vuelve a tumbarte —musitó Aldrik con resignación.

Vhalla obedeció y contempló el techo. Esperaba sentirse menos mareada pronto. Aldrik suspiró y se levantó, luego fue hacia un cofre de clérigo que descansaba abierto sobre un tocador cercano. Estaba sacando una botella llena de un jarabe claro cuando el príncipe dorado irrumpió en la habitación sin llamar a la puerta.

—¡Vhalla, la heroína! —exclamó entusiasmado—. ¡Me he enterado de que te has despertado!

—Las noticias vuelan demasiado deprisa —masculló Aldrik en voz baja.

—¿Cómo te encuentras? —El príncipe más joven se acercó a la cama haciendo caso omiso de su hermano.

—Cansada —dijo sin más, pero con sinceridad.

—Sí. —Aldrik cruzó la habitación para darle el vial y ella se lo bebió de un solo trago sin preguntar—. No debería recibir visitas ahora mismo.

—¡Oh! —El príncipe Baldair arqueó una ceja—. ¿Y *tú* qué eres?

Aldrik le lanzó a su hermano una mirada asesina.

—Chicos, no os peleéis —musitó Vhalla, que estaba demasiado cansada para sus tonterías. Aldrik parpadeó sorprendido y el príncipe

Baldair se rio entre dientes—. ¿Cómo puedo ayudarte, mi príncipe?

—Nuestro padre quiere invitarte a desayunar.

Vhalla estaba segura de que lo había oído mal.

—¿Por… por qué? —Miró a uno y a otro pasmada. La última vez que Vhalla había visto al emperador de cerca, la estaban juzgando por haber intentado acabar con la vida de su hijo. Vhalla buscó apoyo en Aldrik, pero él había adoptado esa mirada pétrea y distante que solía utilizar en presencia de su hermano.

—Seguro que es para darte las gracias —contestó el príncipe Baldair.

—Tiene que descansar —objetó Aldrik.

—También tendrá que comer, supongo —protestó el príncipe más joven.

—No estoy en un estado adecuado para ver a… —Vhalla hizo una pausa; no podía decir a la «realeza», visto que la mitad de la familia imperial estaba delante de ella—… para ver al emperador —terminó.

—Padre comprende tu situación. No te inquietes por el decoro —la tranquilizó el príncipe dorado con una sonrisa.

Vhalla jugueteó con las vendas alrededor de sus dedos.

—Supongo que no puedo rechazar la invitación de mi emperador —dijo en voz baja.

Aldrik la miró con una preocupación clara.

—Hablaré con mi padre.

—Es solo un desayuno. —Vhalla trataba de tranquilizarse más a sí misma que a ninguno de los otros. Aldrik la miró con impotencia y ella le dedicó una mirada de disculpa.

—¡Excelente! Dentro de una hora, entonces. —Baldair dio una palmada y se marchó.

Aldrik se movió y tiró de una cadenita que discurría de un botón a su bolsillo. Echó un vistazo al reloj de bolsillo plateado que Vhalla había admirado en más de una ocasión después de sus prácticas de Proyección.

—No deberías haber aceptado —refunfuñó y regresó a su posición anterior.

—Aldrik, ¿cuándo lo entenderás? —Vhalla hizo un esfuerzo por sentarse otra vez y apretó el talón de una mano contra su frente con un suspiro—. *Nunca* estoy en posición de negarle nada a tu familia.

—¿Qué? —Su confusión parecía sincera.

Vhalla esbozó una sonrisa cansada; era muy bonito lo ingenuo que era a veces.

—Yo no soy nada. No tengo ningún rango, ningún título. Es más, soy propiedad de la corona. Tú o cualquiera de tus familiares podríais ordenarme lo que quisierais y yo me vería forzada a complaceros.

Vhalla deslizó una mano por el antebrazo de Aldrik, pero él se apartó con brusquedad.

—¿Solo me complaces? —preguntó Aldrik con frialdad. Vhalla se rio.

—Por supuesto que no. Disfruto cuando estoy cerca de ti, cuando oigo tus pensamientos, cuando paso tiempo contigo. Eres una de las mejores cosas que me ha pasado jamás. —Vhalla le sonrió y vio cómo el príncipe se relajaba. ¿Cómo podía no haberse dado cuenta nunca de lo inseguro que era?—. Eres muy gracioso. ¿Que si hago las cosas por complacerte? Aldrik, yo… —Vhalla se interrumpió de golpe y se le borró la sonrisa al darse cuenta de algo—. Yo…

Te quiero .

Eso era lo que quería decir su mente, y la noción le golpeó más fuerte que la tormenta de arena.

—¿Tú? —Aldrik dejó que la palabra colgara entre los dos, expectante. Vhalla respiró hondo.

—Yo…

Era inútil; *ella* era inútil. Lo quería y ya no podía negarlo durante más tiempo. Una sola mirada había sido acicate suficiente para que corriera a una muerte probable con la idea de salvarlo. Y acababa de darse cuenta, acababa de darse cuenta de cuánto tiempo llevaba enamorándose sin remedio de este irritante y encantador enigma de hombre.

—Bueno, yo…

Vhalla miró a esos oscuros ojos negros. Todos los momentos compartidos con esos ojos volvieron a ella en tromba. Recordó una noche hacía una eternidad, cuando él la había atrapado solo con la mirada en la biblioteca y la había sacado de un sueño. Recordó mirar esos ojos mientras él la sujetaba entre sus brazos en la gala, cómo lo había deseado. Recordó despertarse y que esos ojos fuesen lo primero que veía, y no querer ver nada más cada vez que se levantara.

—Yo, de verdad, realmente…

Vhalla alargó la mano y rozó la mejilla de Aldrik con suavidad. El príncipe estaba más serio, su respiración más superficial. A Vhalla se le hizo un nudo en el estómago. Jamás podría, jamás tendría, *jamás debería* tener a este hombre. Y por una vez, Vhalla cedió ante las alarmas que sonaban en su mente.

—Me encanta ser alguien a quien consideras una amiga.

Aldrik sopesó sus palabras durante unos largos segundos. Entreabrió un poco los labios y sus ojos escudriñaron su cara. Vhalla no estaba segura de qué buscaba. Aldrik respiró hondo, abrió la boca. El corazón de Vhalla se saltó dos latidos. Pero el príncipe soltó el aire y evitó su mirada expectante.

—Deberías prepararte para el encuentro con mi padre —dijo con suavidad. Luego se puso de pie y recolocó su chaqueta cruzada sin molestarse en mirarla siquiera—. Volveré dentro de treinta minutos.

Vhalla trató de decir algo más, pero la puerta ya se había cerrado detrás de él. Aspiró una bocanada de aire temblorosa.

«Te quiero, Aldrik», susurró al aire silencioso. La siguiente respiración fue aún más temblorosa que la anterior, y la de después se quedó atascada en su garganta con un gimoteo dolido que solo pudo deshacer dando rienda suelta a las lágrimas.

Vhalla cerró los puños y enterró los ojos en ellos. Tenía que recuperar la compostura. Ese no era ni el lugar ni el momento para perder la cabeza por estar enamorada del príncipe heredero.

Primero, intentó negarlo. *Era imposible que fuese amor* . Ella casi había muerto y él la había abrazado y la había consolado. Solo se estaba aferrando a él porque estaba en un estado emotivo. Vhalla se rio con un hipido y un sonido rasposo. No estaba segura de si había amado

alguna vez antes, pero sabía que esto era amor.

Después intentó echarle la culpa al Vínculo o a la Unión. Estaba claro que las dos cosas los habían afectado a ambos de múltiples formas que apenas entendían. Estaban creando algo de la nada. Pero siempre había estado ahí, desde un principio.

No , por poco que supiese acerca del Vínculo a nivel académico, Vhalla estaba segura de qué sensación le transmitía. Sentía la extensión de su propio ser hacia Aldrik, la calma que su proximidad le aportaba por tener ese cuerpo cerca de ella otra vez. El Vínculo era una puerta, una ventana, un Canal; no los alteraba, solo les daba acceso a lo que había más allá en el otro. Dejaba que las verdades que trataban de mantener ocultas salieran a la luz.

Por último, lo intentó con la razón. Vhalla se dijo que aquello solo era consecuencia de pasar tanto tiempo con él durante la marcha. Incluso el príncipe Baldair había mencionado las *necesidades* naturales de uno. Lo veía todos los días, era su maestro, y era fácil desarrollar sentimientos por alguien en semejante posición. Vhalla se miró las palmas de las manos. *No era solo la marcha* .

Suspiró y se recostó contra la cama. No estaba segura de cuándo había sucedido. Cerró los ojos y dejó que los recuerdos la asaltasen en una dolorosa riada de sollozos callados; miró esos recuerdos de un modo que no los había observado nunca. ¿Había sido cuando Aldrik dejó caer esos papeles por todas partes, el día que ella se había quedado en ese jardín de rosas un minuto más de lo planeado, la disculpa de él? Quizás había sido cuando él había acudido corriendo a ella, dejando de lado cualquier deber oficial que hubiese tenido cuando su hermano y su padre volvieron al Sur. ¿Había sido el momento en que su corazón había revoloteado cuando él le confesó que quería verla otra vez? ¿O saber que él se había complicado la vida por ella? ¿Podría haber sido antes de saber quién era, cuando ella se deleitaba en la mente que escribía con esa preciosa escritura curva?

Se dio cuenta de que, fuera cuando fuese que había ocurrido, ya lo quería antes del momento en que Aldrik la vio con Sareem. Cuando su corazón se comprimió, preocupada por que pudiese pensar que estaba con otra persona. Lo había querido cuando había elegido llevar ese vestido negro a la gala, en lugar de uno de colores apropiados. Lo había querido cuando solo quería que él se quedara en el palacio y no fuese a la guerra nunca más.

Todo lo que había venido después no había sido más que negar las

evidencias.

Vhalla abrió los ojos y se puso una mano delante de la boca para ahogar las lágrimas. Ahora lo sabía. Sabía que estaba perdidamente enamorada de un hombre que acabaría por salir de su vida. Era una revelación devastadora. Aunque de algún modo consiguieran permanecer cerca el uno del otro y vivir ambos en el palacio, él sería emperador algún día. Se casaría con alguien adecuado para su posición y ella tendría que arrodillarse ante él y ante la mujer que sería su emperatriz y la madre de los hijos de Aldrik.

Él había dicho que los títulos no importaban, que podía darle lo que ella quisiera como príncipe o como emperador. Ella lo había creído porque quería. Quería pensar que podía ser simple y precioso. Vhalla nunca le había dicho por qué la habían herido tanto las palabras de Elecia. Que deseaba ser de la nobleza para que fuese aceptable a ojos de la sociedad que estuviese cerca de él. No solo como amiga, sino como amante. Si él lo hubiese sabido, era probable que nunca hubiese dicho nada sobre concederle el título que ella quisiera.

La puerta se abrió de repente. Se sobresaltó y giró la cabeza hacia la entrada a toda velocidad para toparse con Larel que sujetaba un pequeño fardo de ropa. Vhalla intentó sonreír, intentó ser fuerte, pero solo pudo desmoronarse de nuevo.

—Larel —musitó con la voz quebrada. La mujer corrió hasta ella, dejó la ropa en el pie de la cama y puso las manos sobre los hombros de la joven.

—Vhalla, ¿qué pasa? ¿Qué te duele? —Larel inspeccionó sus vendajes con ojo clínico.

Vhalla sacudió la cabeza y la dejó caer entre sus manos. No podía soportar esa preocupación; no podía soportar la vergüenza de por qué se estaba desmoronando.

—Vhalla, por favor —suplicó Larel.

—Lo quiero —susurró con una respiración entrecortada.

—¿Qué? —preguntó Larel, y se inclinó más hacia ella.

—Que quiero a Aldrik. —Vhalla escudriñó la expresión de la mujer en busca de algo, de cualquier cosa.

—Oh, Vhalla. —Larel la envolvió en un abrazo cálido. El gesto tiró por

los suelos su poco autocontrol y Vhalla sollozó con fuerza contra la camisa de Larel—. *Shh, shh* … ¿Qué es tan horrible de eso?

Larel se echó un poco atrás y levantó la cara de Vhalla para que la mirara.

—Porque… porque él jamás querrá a alguien como yo. Porque no soy lo bastante buena para merecer ni la mitad de lo que me ha dado. Porque, al final de todo, da igual lo que seamos, él se marchará. Porque creo que es maravilloso y todo lo que tendré jamás. Porque… —Vhalla aspiró una bocanada de aire temblorosa—. Porque no sé si alguna vez he amado así antes y me *aterra* .

Larel le dedicó una sonrisa amable y cansada. Deslizó la mano por el pelo de Vhalla y volvió a abrazarla. Acarició su espalda y Vhalla se permitió aceptar sin ninguna vergüenza todo el consuelo que la otra mujer le ofrecía y aún más. Al cabo de un rato, su pánico inicial, combinado con el miedo y la desesperación, amainaron y recuperó el control de sus lágrimas.

—Vhalla —dijo Larel al final—. No voy a decirte qué es lo mejor que puedes hacer. Ni siquiera puedo fingir saberlo. —Suspiró—. Sí te diré que una vez que algo se rompe con Aldrik, es muy difícil arreglarlo. —Había una tristeza sincera en la suavidad de la voz de Larel—. También te diré que tienes razón en lo de que probablemente sea imposible que seas nada permanente en su vida. Que si lo intentas, es igual de probable que vayas a acabar con el corazón roto. Tienes que decidir si merece la pena superar el miedo para vivir ese momento, dure lo que dure. Si él merece la pena.

Vhalla suspiró, se sentó y se frotó los ojos. Se preguntó cuándo se había vuelto Larel tan sabia y deseó que esa sabiduría hubiese entrado en su vida mucho antes que solo el pasado año.

—Para él, soy solo una… —Vhalla no estaba segura de qué era para el príncipe heredero. Era más que su súbdita. *Alumna* no parecía cubrir del todo el alcance de su relación. ¿Una amiga? Incluso eso parecía irrisorio; Vhalla no recordaba haber abrazado nunca a sus amigos como lo había abrazado a él—. Una… —Vhalla se quedó callada, no tenía una buena respuesta.

—Yo no diría *solo* nada de ti, Vhalla. Creo que eres mucho más de lo que te reconoces. Sobre todo para él. —Larel la miró a los ojos con serenidad. Cuando estuvo claro que no tenía más palabras que compartir, Larel cambió de postura y recogió la ropa—. Pronto vas a

ver al emperador. Pensé que querrías una muda de ropa. Espero haber elegido bien, la mitad no está seca todavía.

Vhalla observó la ropa que le había traído Larel. Pantalones ceñidos de cuero pardo con una túnica de lana gris, de manga larga. Olían al aire fresco de las mañanas y la falta de suciedad confirmaba que estaba recién lavada.

—¿Cómo lo has sabido?

—Aldrik vino a buscarme. —Larel le sonrió con dulzura y Vhalla soltó una risita débil—. ¿Quieres ayuda para cambiarte?

Vhalla negó con la cabeza.

—Comparado con algunas otras experiencias que he tenido cuando he usado toda esa magia, ahora no estoy tan mal. —De hecho, ya notaba los efectos de la poción que le había dado Aldrik. Larel asintió.

—Muy bien, te dejaré con ello entonces. Te recomendaría que te tomaras esto antes de partir. —Larel sacó un vial de líquido morado y lo dejó al lado del cofre de los artículos medicinales—. Servirá de analgésico y debería asentar tu cabeza, si lo necesitas.

—Gracias —le dijo Vhalla con sinceridad.

—Aparte de eso, Vhalla. Fritz y yo también nos alojamos en esta posada, así como tus amigos de la Guardia Dorada. Estaremos aquí cuando vuelvas. Buena suerte.

La mujer sonrió y se marchó. Vhalla se preguntó para qué le deseaba suerte en realidad.

Se vistió lo más deprisa posible, pero también fue una oportunidad para hacer un repaso del estado de su cuerpo. Tenía los hombros rígidos y los sentía hinchados; los codos también le recordaban la presión a la que los había sometido. Sus manos estaban en un estado bastante lamentable, pero el lado positivo era que no parecía haber nada roto sin remedio.

Había un espejo en la habitación que llamó la atención de Vhalla al instante. Era de cuerpo entero y se vio por primera vez en meses. Le había crecido el pelo, más o menos hasta los hombros, y caía ahora en ondas enredadas. Su rostro estaba más delgado y sus ojos parecían haberse hundido un poco en su cara; la sombra de sus cejas resaltaba las motas doradas de alrededor de sus pupilas. Unos músculos que ni

siquiera sabía que tenía empezaban a cobrar forma debajo de su piel tersa. Incluso vendada, tenía una apariencia fuerte y capaz, más confiada de lo que se sentía.

Aldrik volvió mientras evaluaba su estado. Una extraña mezcla de sensaciones lo invadió cuando la vio, y el corazón de Vhalla se aceleró al instante. Dio un paso hacia él, pero se tambaleó un poco al sentir el dolor de sus rodillas. Aldrik estaba ahí al instante y la sujetó de los brazos hasta que recuperó el equilibrio.

—Esta es una idea horrible. —Su voz sonó grave y retumbó por todo su pecho.

—Tengo muchas de esas, últimamente —admitió ella con suavidad. Vhalla recuperó el equilibrio y dio un paso atrás. Tenía miedo de lo que esos ojos oscuros pudieran ver si se quedaba demasiado cerca de él durante mucho tiempo—. ¿Vamos?

Aldrik frunció los labios para aspirar una bocanada de aire tentativa, pero no dijo nada.

El príncipe echó a andar primero, sujetó la puerta abierta para ella y la guio por un tramo corto de escaleras. Pasó un brazo por la cintura de Vhalla y sujetó una de sus manos mientras esta bajaba cojeando. Daniel, Craig, Fritz y Larel rondaban por un lujoso vestíbulo, y estaba claro que la esperaban a ella. Aldrik no se apresuró a retirar las manos de ella.

—Es verdad que estás viva —susurró Daniel, como si fuese un fantasma.

—¡Vhal! —Fritz lanzó los brazos alrededor de los hombros de la joven y casi la hizo caer.

—Fritznangle —le advirtió Aldrik, al tiempo que daba un paso hacia el sureño.

—¡Vhal, estuviste asombrosa! Fue como cuando la Madre desterró a la noche. ¡Una cosita diminuta contra esa enorme, inmensa, gigantesca tormenta! —Fritz parloteaba como un demente.

Otra persona salió de un rincón de la sala, alguien a quien Vhalla no había visto antes. Dos ojos esmeraldas evaluaron a Vhalla pensativos.

—Eres una de las personas más locas que he conocido en la vida. —Elecia plantó una mano sobre su cadera y cambió el peso para

tenderle la otra a Vhalla—. Y por eso, te debo la vida. —Vhalla alargó su propia mano vendada para estrechar la de Elecia—. Gracias, Vhalla Yarl. —Esas eran las palabras más sinceras que Vhalla le había oído expresar jamás.

Vhalla estaba un poco aturdida mientras se encaminaba hacia la puerta. Aldrik la abrió para ella y salieron al amanecer. El horizonte estaba pintado de rojo y envolvía en naranjas y rosas una plaza atestada de gente. Unos grandes edificios construidos en mármol y arenisca centelleaban a la tenue luz. En todos ellos, ondeaban estandartes de un tamaño proporcional; rojos y negros del Oeste, blancos y dorados del imperio. El suelo bajo sus pies era de piedra pulida, y Vhalla contempló el centro del mundo con asombro.

—Es ahí. —Aldrik señaló hacia un edificio al otro lado de la plaza con tres grandes ventanas circulares con cristales de colores en la fachada principal—. ¿Necesitas que te ayude?

—No. —Vhalla negó con la cabeza—. Solo saber que estás aquí es suficiente. —Dejó que Aldrik lo interpretase como quisiera.

Vhalla no había dado más que tres pasos cuando el primer miembro de la Legión Negra se fijó en ella. Se acercó y le dedicó el saludo de la Luna Rota. Eso inspiró al siguiente a acercarse y ofrecerle su agradecimiento y sus elogios. Sus ojos se cruzaron con los de Aldrik, confundida y asombrada a partes iguales. Él la cubrió de admiración silenciosa y Vhalla notó que se sonrojaba.

El trayecto fue lento porque los detenían a cada paso. La Legión Negra había estado esperando en la puerta, pero Vhalla se fijó en que la mayoría de las personas de la plaza eran soldados. Se detuvieron en medio de lo que estuviesen haciendo para mirarla.

Un hombre de alto rango desenvainó la espada que llevaba a la cadera. Vhalla miró a Aldrik con nerviosismo y recordó la última vez que se había encontrado con los espadachines. El hombre juntó los pies con un taconazo y se cuadró. Llevó su mano izquierda a la zona de sus riñones y levantó la espada por delante de su pecho y de su cara en un saludo prístino con la derecha.

Vhalla no estaba segura de qué quería de ella, así que dio otro paso incierto. Una mujer mayor repitió el gesto. Sin espada, se llevó el puño derecho al pecho a modo de saludo.

Vhalla dio otro paso. Dos soldados más se adelantaron para saludar.

A cada paso que daba, había otro, y otro, y otro más. Empezaron a bordear su camino, y mantenían sus saludos con actitud reverente incluso después de que pasara. Vhalla se giró para ver que toda la plaza, todos los hombres, mujeres, niños, soldados y ciudadanos varios le mostraban su propio despliegue de veneración.

—¿Siempre hacen esto para ti aquí? —le susurró Vhalla a Aldrik. Tanta atención la ponía nerviosa.

Aldrik la miró perplejo.

—Vhalla. —Aldrik se inclinó hacia su oído—. No me están saludando a mí. Te saludan *a ti* .

Nadie dijo ni una palabra. Se limitaron a mostrar su respeto en silencio, y su silencio hablaba tan alto en sus oídos que Vhalla tenía ganas de llorar. Por primera vez desde que se había convertido en hechicera, sentía que una masa la miraba con respeto, con veneración. Y por mucho que le doliera el cuerpo, se irguió todo lo que pudo.

El emperador y el príncipe Baldair esperaban en el exterior del edificio hacia el que la conducía Aldrik. El emperador Solaris contempló la escena con sus ojos azul océano, que luego posó en la mujer que guiaba su hijo mayor y a la que saludaban sus súbditos. Cruzó las manos a la espalda en una posición que a Vhalla le hizo recordar a Aldrik.

—Bueno, aquí tenemos a la heroína del momento. —El emperador habló lo bastante fuerte como para que lo oyera la mayor parte de la plaza.

Vhalla se arrodilló con torpeza, y sus rodillas crujieron, doloridas.

—Mi señor, gracias por vuestra invitación —dijo con respeto, al tiempo que bajaba los ojos.

—Levántate, Vhalla Yarl. Eres la salvadora más bienvenida de mi ejército —dijo el emperador con tono ligero.

Vhalla apoyó ambas manos sobre la rodilla que tenía levantada y se puso en pie a duras penas, con una mueca al oír los crujidos de sus piernas. Se sentía mucho más vieja que sus dieciocho años y podía sentir la tensión que irradiaba Aldrik al percibir dolor, aunque no movió ni un músculo. Vhalla estaba agradecida de que le dejara hacerlo sola delante de su padre y de todos los ahí congregados.

—Ven, deseo darte las gracias de manera formal. —El emperador dio un paso atrás y el príncipe Baldair sujetó la puerta abierta para ellos.

CAPÍTULO 14

El edificio en el que entró era como un pequeño palacio. Alabastro, mármol, plata, oro y gemas centelleaban por todas partes. A medida que salía el sol, este entraba a través de claraboyas abiertas en las paredes, lo cual daba nueva vida a la opulencia. El emperador la condujo a una salita de estar a un lado. Había sofás y una mesa para comer, enfrente de una mesa alta cubierta de papeles.

Para sorpresa de Vhalla, el emperador fue hacia la mesa que no tenía la comida. El príncipe Baldair fue a colocarse a la derecha de su padre, pero Aldrik se quedó cerca de ella. No se movió hasta que lo hizo ella, su sombra silenciosa.

—Me gustaría enseñarte algo. —El emperador Solaris le hizo un gesto para que se acercara.

Vhalla fue hacia la mesa y Aldrik se colocó a su otro lado, dejando su derecha libre para el emperador. Vhalla miró un gran mapa y el emperador señaló hacia un punto en la Gran Vía Imperial, justo al sur de la Encrucijada.

—Aquí es donde estábamos cuando la tormenta de arena nos alcanzó. —Los ojos de Vhalla de deslizaron de vuelta a la Encrucijada. *Habían estado muy cerca* . Como si le leyera los pensamientos, el emperador continuó—: Los hombres de la vanguardia de las tropas estaban a menos de cinco minutos de los muros de contención de tormentas.

Vhalla observó el mapa. Recordaba que la columna corría, pero muchísimos no lo hubiesen logrado.

—Dime. —El emperador se acarició la barba mientras la miraba con atención—. ¿Qué órdenes hubieses dado tú?

—¿Órdenes para qué? —preguntó, sin tener muy claro si entendía su pregunta.

—Si hubieses estado en mi posición, ¿qué hubieses ordenado?

Vhalla miró al hombre, luego otra vez al mapa. Respiró hondo, gesto que vino seguido de una tos irritante al sentir la arena en sus pulmones.

—Perdón —farfulló. Mantuvo la cara orientada hacia la mesa, luego ladeó la cabeza—. Hubiese dividido a las tropas.

—¿Dividido a las tropas? —Fue el príncipe Baldair el que lo preguntó. Vhalla asintió.

—Uno. —Señaló al príncipe más joven—. Dos. —Se giró hacia el emperador—. Tres. —Señaló a Aldrik—. Hubiese dividido a las tropas en tres grupos. Mantener la formación centralizada tenía sentido para una marcha; quizás incluso en situaciones de combate para mayor protección, pero para esto, hubiésemos estado jugando con las probabilidades.

—¿Con qué probabilidades? —El emperador apoyó las manos en la mesa. Vhalla se sentía muy bajita, pues el tablero de la mesa le llegaba a la cintura, en lugar de a las caderas o más abajo como a los hombres más altos.

—Con vuestras vidas —dijo como si tal cosa, sorprendida por la frialdad que la lógica infundía a su voz. El príncipe Baldair, de hecho, tenía una expresión un tanto horrorizada. Vhalla miró al emperador a los ojos—. Si los tres estuvieseis en el centro, os hubierais encontrado en el medio de la tormenta, con una distancia de poco más de una docena de caballos. Si uno hubiese muerto, hay muchas posibilidades de que lo que fuese que hubiera matado a esa persona matara también a todo el que estuviese cerca; cuanto mayor fuese la cercanía, mayores probabilidades de muerte. Si morís los tres, perdemos todos. Si el emperador y todos sus herederos desaparecieran de repente, este reino se encontraría con más de un frente de batalla.

El emperador se frotó la barbilla.

—Continúa.

—Los tres huiríais en direcciones diferentes con los jinetes más rápidos dispuestos a dar su vida por vosotros. Sería la mejor opción de supervivencia —explicó Vhalla con sencillez.

—Sabes que eso significa dejar atrás a la mitad de las tropas a pie. —El emperador la observó pensativo.

—Lo sé. —Vhalla asintió—. Quedarían a merced de la suerte. —La

palabra *suerte* sonaba mejor que *muerte* .

El menor de los príncipes parecía conmocionado, y Vhalla tendría que girarse para ver la expresión de Aldrik. El emperador se mostraba casi demasiado analítico en la forma que parecía sopesar sus palabras contra un recuento de bajas invisible. Vhalla cruzó las manos y empezó a retorcerse los dedos.

—Sí que tienes algo de inteligencia en esa cabecita tuya —comentó el emperador en tono ligero.

—Mi señor, si soy inteligente es porque habéis llenado vuestro castillo de buenos profesores. —Vhalla pensó en Mohned con un poco de nostalgia.

—Ah, Vhalla, no seas tan modesta. El conocimiento y el poder son una combinación peligrosa, y tú pareces tener de ambas en cantidad.

El emperador dio media vuelta e hizo un gesto hacia la mesa en la que habían dispuesto la comida.

Se sentaron todos por turnos. Aldrik sacó la silla para Vhalla, pero no le ofreció ni una mirada de pasada. Vhalla se preguntó qué era, exactamente, lo que había cambiado su actitud. Estaba claro que cualesquiera que fuesen sus preocupaciones las gestionaba con una contención calculada. Aldrik se sentó a su derecha, el príncipe Baldair a su izquierda, y el emperador enfrente de los tres.

Vhalla no había visto comida tan deliciosa ni una mesa tan llena de cubiertos de plata, copas y platos desde que había comido con el príncipe Baldair allá en el palacio. La comida estaba caliente y recién hecha, y Vhalla apenas logró contener un gruñido especialmente ruidoso de su estómago poniendo una mano sobre su abdomen. Tuvo cuidado de comer después de que los tres miembros de la realeza se hubiesen servido. La educación era una excusa estupenda. Vhalla no tenía ni idea de qué tenedores debía utilizar ni por qué empleaban uno distinto para cada plato, así que se limitó a imitar lo que hacían ellos.

—Esta es una situación de una peculiaridad increíble, ¿no crees, señorita Yarl? —empezó el emperador.

—Podéis llamarme Vhalla —dijo, sin saber muy bien si era una oferta apropiada, pero le parecía raro que los dos hijos del emperador la llamaran por su nombre de pila y el hombre que estaba por encima de ambos fuese más formal.

El emperador ignoró su comentario.

—No es normal que alguien a quien se ha juzgado por asesinato y traición esté sentada a la mesa del emperador solo un par de meses después.

—Hay muy pocas cosas en mi mundo ahora mismo que llamaría *normales* , mi señor. —Mordisqueó el pan, mientras su cerebro seguía obsesionado con el hecho de estar enamorada del príncipe heredero.

El emperador se rio.

—Aun así, rebotas y sales más fuerte. Supe que tenías fuerza en ti cuando te vi en esa jaula.

Vhalla continuó tratando de comer con educación, a pesar de sus dedos vendados. No quería pensar en su juicio. En realidad, ni siquiera quería estar sentada a esa mesa.

—Estoy dispuesto a perdonarte tus crímenes —caviló el emperador, antes de beber un sorbito de vino.

Vhalla lo miró alucinada. *¿Perdonarla?* Alguien tenía que pellizcarla porque debía de estar soñando.

—¿Mi señor?

—Te ganaste la confianza suficiente como para tener una segunda oportunidad al salvar la vida de un príncipe. Creo que por haber salvado potencialmente la vida de la familia imperial, quizás del emperador mismo, te merecerías un historial limpio. —El emperador llevaba una sonrisa debajo de su barba, pero sus ojos estaban desprovistos de ligereza alguna.

Vhalla lo pensó unos segundos. *¿Salvar la vida de un príncipe?* ¿Significaba eso que Aldrik le había contado lo que de verdad había ocurrido la Noche de Fuego y Viento? Se reprimió de girarse hacia el príncipe heredero.

—Gracias, mi señor. —Vhalla bajó la mirada.

—Pero verás, tengo las manos atadas. —El emperador masticó pensativo un pedazo de carne oscura antes de limpiarse la boca con la servilleta y seguir hablando—. El Senado, la voz del pueblo, decidió que tu servicio militar era el castigo merecido, y no querría traicionar la confianza de mis leales súbditos.

—Por supuesto que no… —dijo Vhalla medio embotada, mientras la palabra *perdón* resonaba una y otra vez en su cabeza.

—No te dejes engañar, Vhalla. Están más hambrientos que nunca, y si te perdonara ahora, esas mismas personas que te estaban saludando ahí afuera, se volverían en tu contra otra vez.

El emperador levantó la vista hacia ella. Por el rabillo del ojo, Vhalla pudo ver a Aldrik moverse incómodo en su silla.

—Pero si nos proporcionases la victoria. —El hombre se rio bajito—. Bueno, *eso* sí que sería algo merecedor de una recompensa.

—¿La victoria? No sé cómo podría… —Vhalla no encontraba las palabras. Su sentencia parecía estar aumentando, en lugar de disminuir. Antes se suponía que solo tendría que servir en la guerra; ¿ahora tenía que proporcionarles la victoria? *¿Habían pensado liberarla en algún momento?*

Los ojos azul hielo del emperador saltaron hacia Aldrik. El príncipe heredero bebió un trago muy largo de vino.

—Mi hijo me ha dicho que ha estado trabajando contigo en algo importante.

Vhalla no dijo nada por miedo a incriminarse a sí misma y a Aldrik en algo que este todavía no le había contado a su padre. Aunque había cosas que no podía imaginar que fuese a decirle jamás. A pesar de todas sus reticencias, echó una miradita al príncipe oscuro.

—Me dice que puedes entregarme el Norte con tus poderes de Caminante del Viento. —El emperador se inclinó hacia delante y apoyó los codos en la mesa.

—Todavía estoy aprendiendo la mayor parte de mis propias habilidades —dijo con cuidado, esquivando el tema.

—Eso me han contado. —El emperador le restó importancia a esas preocupaciones—. Aldrik me ha enviado informes detallados de vuestras investigaciones al respecto.

—Ya veo… —murmuró Vhalla, mientras miraba al hombre en cuestión con curiosidad. Aldrik no parecía dispuesto a dejar de ocupar su boca con su copa de vino.

Las notas que Aldrik había estado tomando sobre su Vínculo

destellaron en su mente. Había dicho que las iba a utilizar como referencia futura. Le había contado que tenía un plan para tomar el Norte usando su poder. *Entonces, ¿por qué se sentía de repente tan traicionada?*

—Aunque estoy muy impresionado con tus capacidades para controlar el viento y las tormentas, lo que más me intriga, Vhalla, es esta habilidad para llevar tu mente más allá de tu cuerpo. Parece demasiado asombroso para ser real. ¿Cuánta confianza tienes en tu control? —El emperador por fin había llegado a donde quería ir.

Vhalla tragó saliva con esfuerzo y alargó la mano hacia su vaso de agua; optó por dejar el alcohol al margen. Esta no era una llamada educada para agradecerle el haber salvado a su ejército. Esa era una excusa conveniente para sentarla ahí y formular su estrategia de batalla.

—Supongo que el príncipe heredero tendrá un mejor juicio de mi control, puesto que es mucho más experimentado que yo —musitó Vhalla, mientras apuñalaba algo de comida que tenía en el plato y masticaba durante el silencio subsiguiente.

—¿Crees que estará preparada? —El emperador se volvió hacia Aldrik.

Los ojos de Vhalla se deslizaron hacia arriba justo a tiempo de cruzarse con los del príncipe cuando se posaron en ella con expresión ceñuda.

—Creo que lo estará —repuso Aldrik, al tiempo que se giraba hacia su padre.

—Entonces, me gustaría ver una demostración antes de que partamos de la Encrucijada. —El emperador se echó atrás en su silla y cruzó las manos.

—¿Una demostración? ¿Por qué? —preguntó Aldrik, más atrevido de lo que Vhalla podría ser nunca.

—Necesito garantías. —El emperador no parecía contento por que su hijo lo cuestionara.

—Vistos los eventos más recientes, no estoy seguro de si, mágicamente, eso es… —empezó Aldrik.

—Tendréis vuestra demostración. —Vhalla se concentró en el emperador e ignoró a Aldrik y el hecho de que lo había interrumpido.

—*Ah* , ahí está el fuego que vi en el juicio. —El emperador sonrió. Vhalla miró de reojo a Aldrik, que apenas podía contener su frustración—. Te aguardan grandes oportunidades en el futuro, Vhalla Yarl. La obediencia se recompensa.

—Gracias, mi señor. —De repente, Vhalla se sentía ambivalente acerca de todo ello. Se sentía manipulada y engañada, pero no estaba segura de por quién.

Aldrik había sido sincero con ella acerca de sus reuniones. *Entonces, ¿por qué dolía tanto?* Vhalla se retorció los dedos en el regazo.

En cuanto retiraron la comida, Vhalla estaba ansiosa por marcharse.

—Por favor, excusadme, mis señores, me siento bastante cansada.

—Por supuesto. Recupérate deprisa, Vhalla Yarl. —El emperador y sus hijos también se levantaron—. Volveremos a reunirnos en unos días.

Vhalla asintió sin decir una palabra más, hizo una pequeña reverencia y se volvió hacia la puerta.

Sintió a Aldrik antes de que este se moviese siquiera.

—Me aseguraré de que vuelva a la posada —declaró el príncipe heredero.

—Aldrik, me gustaría que repasaras algunos de los planes para la asignación de las tropas nuevas. Llegarán en los próximos días, y tienes que encargarte también de tus asuntos con Elecia. —La voz del emperador sonó imperiosa.

Vhalla se irritó al oír el nombre de la otra mujer. Se le había olvidado por completo ese *asunto* de Aldrik.

—Será solo un momento —protestó el príncipe mayor.

—No será necesario, mi príncipe. El trayecto no es largo y no me importa hacerlo sola —lo contradijo Vhalla.

Los ojos de Aldrik se entornaron un poco en señal de confusión o agitación.

—La verdad es que preferiría no dejar nada al azar —dijo con tono tenso—. La Encrucijada puede estar llena de personajes desagradables.

—Mi hermano, siempre preocupado por el bienestar de sus súbditos.

—El príncipe Baldair se acercó a ella—. Por suerte, tienes dos hijos, padre. Estaré encantado de asegurarme de que nuestra pequeña Caminante del Viento llegue a casa sana y salva.

Vhalla levantó la vista hacia el príncipe dorado, confusa. Estaba segura de que acababa de decir que iría sola.

—Excelente sugerencia, Baldair. —El emperador fue hacia la mesa alta y le hizo un gesto a Aldrik para que lo siguiera—. Estoy impaciente por ver esa demostración, señorita Yarl —comentó el emperador antes de centrar su atención en los mapas y papeles desperdigados por su mesa.

Aldrik miró a Vhalla impotente, luego fulminó con la mirada a su hermano, pero acudió obediente al lado de su padre.

Vhalla sintió los ojos de Aldrik sobre ella cuando la mano de Baldair se posó con suavidad en su cadera para conducirla fuera de la habitación y al sol de la mañana.

—Por favor, retira tu mano de mi persona —le murmuró Vhalla al príncipe Rompecorazones.

Él le dedicó una sonrisa radiante.

—Vamos, vamos, sé más gentil —dijo en tono encantador—. La gente te está mirando. —El príncipe sonrió a varios soldados mientras empezaba a conducirla de vuelta por la plaza.

—Justo por eso —repuso ella. Que la gente los estuviese mirando era justo lo que le preocupaba.

—¡Oh! ¿No quieres que piensen que tienes una relación conmigo? —El príncipe Baldair devolvió un saludo con la mano—. ¿Solo con mi hermano?

Vhalla le lanzó una mirada asesina.

—Quítala —le advirtió, y aceleró el paso para cruzar la distancia más deprisa.

—No hasta que te des cuenta de que está jugando contigo. —Todo atisbo de broma, toda alegría había desaparecido de su voz, y la cara del Baldair se había puesto muy seria.

—Eso no es asunto tuyo —rebatió Vhalla.

—Creía que no. Creía que a lo mejor había cambiado. —El príncipe sujetó abierta la puerta de la posada para ella y Vhalla casi voló escaleras arriba—. Sin embargo, por lo que he visto, por *lo que he oído* , en este último día… ese no es el caso.

Vhalla se mordió la lengua y abrió su puerta con la esperanza de que Larel la estuviese esperando y la salvase. No lo estaba. El príncipe frenó la puerta con una mano antes de que se cerrase del todo. Vhalla se giró hacia él con brusquedad.

—Todavía me estoy recuperando, mi príncipe, y me gustaría descansar. Por favor, discúlpame —dijo, con los últimos retazos de educación que pudo reunir.

—Estoy intentando ayudar —objetó.

Vhalla vio preocupación grabada en su expresión dolida.

—¿Ah, sí? —Se le estaba agotando la paciencia—. ¿Igual que ayudaste la última vez que tuvimos una pequeña *charla* ?

—Todo lo que te dije entonces era verdad. —Algo en su tono le dio pausa a Vhalla, que osciló un poco sobre los pies—. Vhalla, siéntate, por favor. Mi hermano y mi padre me echarán la bronca de mi vida si te pasara algo malo mientras estás a mi cargo.

Vhalla se sentó con cuidado en la cama, se quitó las botas y se tumbó. Rodó sobre el costado, de espaldas al príncipe. En cuanto empezaba a relajarse, le dolía todo, aunque tampoco tuvo mucha oportunidad de hacerlo porque el príncipe giró en torno a la cama para sentarse en el borde, frente a ella. Vhalla lo miró ceñuda.

—Vhalla, por favor, escucha. Quiero decirte algo —imploró el príncipe Baldair. Vhalla suspiró.

—Si te escucho, ¿te marcharás?

Baldair asintió y Vhalla esperó, expectante.

—Mi hermano y yo nos llevamos tres años, que es una diferencia significativa cuando tienes cinco y ocho años, o doce y quince, pero desde los quince y dieciocho en adelante, la diferencia es cada vez menos significativa. —Vhalla se preguntó por qué la aburría con detalles triviales sobre sus cumpleaños—. No mucho después de mi ceremonia de mayoría de edad hubo un año en que mi hermano y yo decidimos embarcarnos en una *competición amistosa* .

—¿Competición amistosa? —Vhalla se preparó para lo que podría significar eso para estos hombres.

—Yo siempre he sido… encantador. —El príncipe Baldair le sonrió y Vhalla no se reprimió de poner los ojos en blanco. Al menos él se rio—. Mi hermano creció como un niño extraño y triste. Hubo un momento en que dio la impresión de tocar un nuevo fondo y simplemente se abandonó a la oscuridad y la distancia que lo rodeaba. Para ser sincero, creo que nunca ha salido de ahí.

A Vhalla le pareció interesante cómo las descripciones del príncipe Baldair y de Larel podían ser al mismo tiempo parecidas y diferentes.

—En algún momento, tuvimos una pelea, y en realidad no importa sobre qué fue. Él tenía dieciocho años y yo estaba en los exaltados quince. Le dije que no podía conseguir que una mujer lo mirase siquiera debido a cómo era. —Vhalla se quedó muy quieta y empezó a escuchar con interés—. Por la razón que sea, mi hermano aceptó el reto.

—¿El reto? —repitió con voz suave.

—Durante un año, teníamos el reto de ver quién de los dos conseguía que más mujeres aceptaran compartir su cama.

Vhalla abrió los ojos como platos.

—Eso es… horrible.

—Desde luego que no es lo peor que hemos hecho ninguno de los dos para pasar el rato. Tampoco es lo peor que unos príncipes jóvenes han hecho, o harán, jamás. —Vhalla vio la probable verdad de sus palabras con espanto—. Al principio, yo era el favorito para *pasar la noche* , pero subestimé a mi hermano. Una por una, como moscas en una telaraña, las mujeres empezaron a ofrecérsele a él. Yo no entendía nada y mi frustración aumentaba día a día. Cómo mi larguirucho y desgarbado hermano, cómo ese caparazón torpe y deprimente podía llevarme una ventaja clara.

—Vale, lo capto. —Vhalla enterró la cara en la almohada.

—No, todavía no hemos llegado al meollo de la cuestión. —Baldair tenía una expresión seria y Vhalla escuchó en silencio—. Creía que era solo porque él era el príncipe heredero, pero ese no era el caso, pues las damas parecían seguir llamando mucho después de que hubiese pasado su turno, siempre esperanzadas. Al final, descubrí que en

realidad no se las llevaba a la cama. Aceptaban hacerlo, lo cual, dado como habíamos formulado nuestra apuesta le daba la delantera. Pero en realidad nunca *tomó* a ninguna de ellas.

Vhalla frunció el ceño.

—¿Por qué no? —Por supuesto, estaba contenta de que Aldrik no se hubiese acostado con un batallón de mujeres, aunque reunirlas como ganado ya parecía bastante malo de por sí.

—Al final, se lo pregunté, un día en que me encaré con él acerca de los términos del reto. Jamás olvidaré lo que me dijo. —El príncipe Baldair apartó la mirada—. Me dijo que de lo que él disfrutaba era de la caza. Que ninguna de ellas era lo bastante buena para merecer que él la tocara. Que no tenía que matar a la presa para tener la satisfacción de haber ganado. Era divertido; era como un juego verlas caer. Durante los siguientes seis meses, observé cómo embaucaba con todo su arte a todas las mujeres disponibles con las que se encontraba. De algún modo, sabía lo que querían oír, cómo querían que las trataran, y lo hacía con una máscara de completa sinceridad. Tomaba cosas de ellas, pero no sus cuerpos. Su dignidad, su tiempo, sus sueños…

—Por favor, ya lo he entendido —murmuró Vhalla, y estaba demasiado cansada para ser tan fuerte como quería ser.

El príncipe Baldair suspiró al tiempo que estiraba un brazo para poner una mano grande sobre la cabeza de la joven. Vhalla se puso tensa ante ese contacto momentáneo pero poco familiar.

—Creí que tal vez había cambiado. —La voz del príncipe sonaba suave ahora—. Pero luego oí una conversación entre Aldrik y nuestro padre. Aldrik juró que él sería el que conseguiría que te comprometieras a obtener la victoria para nosotros. Que tú le obedecerías ciegamente a él por encima de todos los demás y que te tenía bajo sus órdenes sin dudarlo siquiera. Que la tormenta de arena era un ejemplo de esto. Y me di cuenta de que nunca cedería el control que tiene sobre la gente.

—Príncipe Baldair, estoy muy cansada —susurró Vhalla. Las notas sobre la mesa del emperador volvieron a su mente, la mención de los informes recibidos. ¿Había sido una marioneta para Aldrik y su padre durante todo este tiempo? ¿Le había pagado al mejor actor del mundo entero con sus emociones?

—Estoy de acuerdo con ellos… con Aldrik y con mi padre. Eres lista, Vhalla. Por favor, solo míralo por lo que es, ¿sí? —El príncipe Baldair

la miró con expresión inquisitiva.

Vhalla cerró los ojos. Lo único que quería era esconderse y desaparecer.

—Aprecio tu preocupación, mi príncipe. —Al final, eso fue todo lo que pudo decir. Él soltó un profundo suspiro.

—Descansa bien, Vhalla. —El príncipe Baldair se puso en pie.

Vhalla se fio solo de los sonidos para saber que se marchaba.

Se estremeció, a pesar de que la habitación estaba caliente. Cómo no, el día en que se daba cuenta de que estaba perdidamente enamorada de un hombre era también el día en que recibía pruebas adicionales de que era un imbécil retorcido. Al menos eso parecía, si podía fiarse de la palabra del príncipe Baldair como prueba. Vhalla se rio, luego tosió debido al estado de sus pulmones.

¿Acaso no le había advertido Aldrik acerca de todo esto? ¿No había dicho en múltiples ocasiones que no era un buen hombre? Vhalla suspiró de nuevo y se preguntó si era justo siquiera tenérselo en cuenta. Todos sus encuentros habían sido una excusa para poner a prueba sus habilidades. Era una tonta por haber pensado que significaban… que ella significaba… otra cosa. Vhalla aspiró una delicada bocanada de aire y pugnó con las lágrimas hasta que el agotamiento la reclamó.

CAPÍTULO 15

—Vhaaaaaaal… —canturreó Fritz con suavidad—. Vhaaaaaaallaaaaaaaaa.

Un dedo se clavó en su mejilla. Vhalla gimió y rodó en dirección contraria.

—Déjala dormir —lo regañó Larel.

—Pero lleva *todo el día* dormida y es nuestra primera noche de verdad en la Encrucijada —se quejó Fritz.

—Qué ruidosos sois los dos —maldijo Vhalla en voz baja.

—*Uno* de nosotros lo es —la corrigió Larel con tono ofendido.

—Vhal, ¿no quieres despertarte? —Fritz se metió en la cama con ella.

—No. —No tenía ganas de despertarse para nada. Después de Aldrik y el príncipe Baldair esa mañana, y las declaraciones y exigencias del emperador, estaba medio decidida a pasar el resto de su vida en la cama.

—¿Qué te pasa, Vhal? El mundo entero celebra tu existencia ahora mismo, tienes que celebrar con ellos. —Fritz la agarró con ambos brazos y la sentó.

Larel aprovechó la oportunidad de que Vhalla estuviese incorporada para hacerle tragar dos viales de elixir.

—Así que vamos a salir todos juntos. —Fritz gateó por encima de la cama y se plantó delante de ella.

—¿A salir?

—Tus amigos de la Guardia Dorada son los que le han dado la idea. —Larel se sentó en el borde de la cama. No era demasiado grande y estaban todos apiñados—. Van a salir a celebrar su primera noche entera en la Encrucijada. Al parecer va a haber no sé qué celebración en honor de la Caminante del Viento.

—¿En mi honor? —Vhalla parpadeó.

—Sí, en el tuyo. —Larel sonrió de oreja a oreja—. Has salvado cientos de vidas. Entiéndelo.

Vhalla asintió sin decir nada.

—Queremos que vengas. —Fritz la agarró de las manos.

—¿Queremos? —Vhalla miró a Larel. No podía imaginarla de fiesta por las calles.

—No tengo nada mejor que hacer. —La mujer se rio con alegría—. Y la Caminante del Viento a la que quieren honrar da la casualidad que es mi protegida. Sería una pena si no me tomara al menos una copa en su honor.

—¿Vendrás con nosotros? —insistió Fritz.

—Yo… —Vhalla suspiró y contempló el sol poniente a través de sus

cortinas. Pensó en Aldrik y en el emperador una vez más, conspirando en ese edificio con aspecto de palacio opulento. Una chispita de ira se avivó en su interior y agarró los dedos de Fritz—. Me encantaría.

—¿Estás segura de que te encuentras lo bastante bien? —Larel percibía que algo iba mal, pero parecía estar confundiendo las emociones desbocadas de Vhalla con respecto al príncipe por dolor físico causado por sus heridas.

—Me he encontrado peor. —Vhalla se plantó una sonrisa valiente en la cara—. ¿Quién sabe? Quizás tener compañía me haga bien.

Hubiese resultado más convincente de no haber acabado su declaración con un ataque de tos, pero Fritz era su campeón esa noche. Entrelazó el brazo con el de ella y la ayudó a salir al pasillo y a bajar las escaleras. Larel debía de estar de acuerdo con la evaluación porque no puso objeciones.

Una vez que su cuerpo estuvo en marcha, Vhalla descubrió que se encontraba mejor, lo cual demostraba que sus heridas eran superficiales. Suponía que no habrían forzado ninguna poción por su garganta mientras estaba inconsciente, pero ahora que los brebajes de los clérigos estaban funcionando, su cuerpo se estaba recuperando deprisa. Esta vez, no la esperaba nadie a las puertas de la posada, algo que agradeció. No quería más atención.

La Encrucijada era un lugar distinto de cualquiera que hubiese visto hasta entonces. La capital estaba llena de gente, pero no de este modo. Aquí, daba la impresión de que todas las personas de todos los tamaños, tonos y constituciones pululaban por las calles, y las calles estaban llenas de mercados tentadores que no parecían saber lo que significaba cerrar. Los tres bajaron por una estrecha calle lateral, siguiendo las instrucciones que Craig y Daniel le habían dado a Fritz.

El bar era ruidoso y los sonidos de hombres y mujeres cantando y hablando ahogaron todos los pensamientos y las dudas de Vhalla. Estaba en una tierra extranjera como una heroína famosa y, si había de creer a Fritz y a Larel, el origen de la alegría de toda esta gente era ella. Aunque eso fuese solo un poco cierto. Vhalla había jurado vivir a pesar del Senado y ahora juró ser feliz a pesar de los juegos que estuviese jugando la familia imperial.

—¡Eh, lo habéis conseguido! —Craig les hizo gestos con la mano para que se reuniesen con ellos.

Daniel se levantó de un salto en cuanto los vio y llegó hasta Vhalla de

una sola zancada.

—¿Cómo te encuentras?

—Mejor —respondió con sinceridad.

—No esperaba verte aquí. —De algún modo, consiguió meterse entre ella y Fritz.

—Bueno, Larel y Fritz me han dicho que esta es *mi* fiesta —dijo, con una arrogancia sarcástica.

—¡Es verdad que lo es! —Craig se rio con ganas. Se bebió de un trago el contenido de su jarra de metal y la estampó contra la mesa varias veces para llamar la atención de todo el bar. El sureño se subió a su silla de un salto y, por un momento, osciló de manera peligrosa. Raylynn se levantó al instante, lista para atraparlo—. ¡Buenas gentes, compañeros soldados! ¡Es un honor para nosotros beber esta noche con la Caminante del Viento en persona!

Vhalla se puso roja como un tomate cuando la sala se recuperó de su silencio estupefacto y estalló en vítores.

—Pero lamento decir ¡que todavía no tiene una copa! —Craig se rio de nuevo.

Como por arte de magia, tres jarras de formas y tamaños variados aparecieron delante de ella.

—Prueba esta. —Daniel plantó una cuarta jarra delante de ella. Era solo de la altura de su puño y contenía un líquido espeso con consistencia de jarabe.

—¿Qué es? —preguntó.

—Un Dragón Carmesí. —Daniel se dio unos golpecitos en la nariz—. El Oeste es conocido por ellos.

Vhalla reconoció el nombre y bebió un sorbito tímido. Estaba helado y quemó el fondo de su garganta. Parpadeó para eliminar las lágrimas y reprimió una tos.

—¿No eres bebedora? —Craig soltó una carcajada.

—¡Noup! —Vhalla bebió otro trago al instante.

El Dragón Carmesí desapareció y el alcohol de otras dos copas se

esfumó poco después. Daniel y ella se habían enfrascado en una discusión intensa acerca del peso de un cerdo de exhibición en uno de los famosos festivales de Paca. Vhalla se apoyó en la mesa para sujetarse mientras se giraba hacia él.

—No, *más de seiscientos* —insistió—. Lo juro. *Juro* que ese cerdo pesaba más de seiscientos kilos.

—Vhalla, leouliana loca. —Daniel se rio y bebió otro trago largo de su jarra. Vhalla observó cómo su nuez se movía al tragar—. Ningún cerdo pesa ni cerca de seiscientos kilos. —La señaló con un dedo.

—Ni se te ocurra señalarme así. —Agarró su dedo índice con un ataque de risa histérica—. Es *muy maleducado* .

—Suéltame, mujer. —Daniel intentó ponerse serio y Vhalla se rio por la forma en que fruncía los labios. Por alguna razón, todo era supergracioso en ese momento.

—Vale, vale. Pero estás equivocado y lo sabes. —Vhalla se echó hacia atrás en su silla.

—Vhalla, Daniel, nos vamos. —Craig la sacudió un poco del hombro.

Vhalla parpadeó y se preguntó cuándo se había puesto en pie el resto de la mesa. Acababa de empezar a hablar con Daniel.

—¿A dónde? —Su compatriota oriental estaba tan confuso como ella.

—¡A bailar! —Fritz giró sobre sí mismo.

Vhalla estalló en carcajadas incontrolables y casi derramó su copa número… algo, por todas partes.

—¿Quieres ir? —Larel se echó a reír. La mujer occidental estaba pendiente de Vhalla incluso cuando ella misma tenía las mejillas arreboladas. La hermana mayor que Vhalla no había tenido nunca.

—¡Por supuesto! —repuso Vhalla con alegría.

Intentó ponerse en pie de un salto y casi se cayó al suelo. Un brazo musculoso se deslizó a toda velocidad alrededor de su hombro y Vhalla miró a Daniel sorprendida. Era mucho más robusto de lo que parecía.

—Esta es una mala idea. —Aun así, el hombre se rio.

—Ya… ya lo verás, cuanto más tiempo pases conmigo: soy la reina de las malas ideas. —Vhalla apenas se reprimió de hacer algún comentario sobre el príncipe Aldrik.

Daniel la condujo afuera detrás de Fritz, Larel, Craig, Raylynn y unos cuantos más a los que ni siquiera podía nombrar.

El ambiente del salón de baile en el que acabaron era caluroso y ahumado. Aunque las grandes puertas de la planta baja estaban abiertas a las frescas brisas nocturnas, el vaho del sudor flotaba por toda la sala. Era un espacio de madera grande y diáfano con un escenario en una pared, una barra en la otra y bancos por todo el perímetro para descansar los pies cansados.

Vhalla se desplomó con un ataque de risa en uno de dichos bancos. La masa de gente seguía moviéndose al son de la música delante de ella. En alguna parte ahí adentro Fritz estaba quedando en ridículo con su tercer o cuarto chico, y Larel, Craig y Raylynn no estaban por ninguna parte. Los bailes occidentales tenían tambores ruidosos, cuernos de latón y una predilección por los ritmos fuertes. Como tales, los pasos eran más rápidos que la música de estilo sureño, y la gente se retorcía y contoneaba y daba patadas y giraban unos en torno a otros.

Daniel se dejó caer al lado de Vhalla, su muslo pegado al de ella, y se secó el sudor de la frente. Le pasó una jarra. Vhalla bebió un trago largo y lo miró.

—*¿Agua?* —frunció el ceño.

—Para tu cabeza, mañana. Empieza ahora —jadeó él.

—No quiero agua. —Le sacó la lengua y él se rio.

—Perfecto, pero luego no me vengas llorando por la mañana. —Le pasó su propia cerveza y Vhalla bebió un trago antes de devolvérsela.

—Hace calor. —Vhalla oscilaba adelante y atrás.

—¿Quieres salir a tomar el aire?

La joven asintió.

En lugar de conducirla afuera por las puertas principales, Daniel tomó una escalera lateral. Vhalla resbaló en uno de los escalones y él la atrapó al tiempo que los dos estallaban en carcajadas. Vhalla se apoyó contra la pared mientras trataba de controlar su risa.

—Vhalla, eres demasiado lista para ser tan estúpida cuando estás borracha —resolló Daniel entre risa y risa. Algo en su atolondramiento era contagioso y Vhalla resbaló hacia abajo por la pared. Daniel la agarró del brazo y tiró de ella hacia él—. Vamos, apenas hemos dado diez pasos.

El guardia la ayudó a subir las escaleras, que desembocaban en la azotea. No eran los únicos que habían tenido esa idea, y había unas cuantas personas más disfrutando del aire nocturno. Vhalla caminó hasta un rincón vacío del tejado y soltó una exclamación suave.

—Es precioso —susurró, sumida en un asombro brumoso. La Encrucijada estaba iluminada en el horizonte. Las ventanas rectangulares de los edificios cuadrados de tejados planos centelleaban contra la negrura del desierto. En algunas ventanas, vistosas cortinas rojas y granates teñían la luz; en otras, vidrieras de colores proyectaban sus dibujos sobre las calles y los edificios cercanos.

—Es la primera vez que vienes, ¿verdad? —Daniel se sentó en el pequeño muro que rodeaba el borde de la azotea. Vhalla también se sentó, antes de columpiar las piernas por encima del lado—. Vhalla, cuidado. —Daniel la agarró del brazo.

—Tonto. —Se rio. Osciló un poco y apoyó una mano en la arcilla pétrea para inclinarse hacia él—. Si caigo, no puedo hacerme daño. Bueno… no puedo *morir* . —Daniel ladeó la cabeza con curiosidad—. El fuego no puede herir a los Portadores de Fuego, el agua no puede herir a los Corredores de Agua, la tierra no puede herir a los Rompedores de Tierra, supongo… —Vhalla se encontró riendo otra vez, porque en realidad no tenía ni idea—. Pero el viento no puede matarme; me he caído de sitios más altos y he sobrevivido —empezó a divagar. Se giró hacia delante—. De hecho, así es como tuve mi Despertar. Un Despertar es cuando un hechicero conoce de verdad por primera vez todo el alcance de sus poderes. Antes de eso solo se Manifiestan aquí y allá, pero sin control. Esta es la segunda vez que un hombre me lleva a un tejado. Solo que la última vez Aldrik decidió empujarme de él. —Imitó el gesto de empujar a alguien con las manos y se echó a reír otra vez—. Por la Madre, me enfadé muchísimo con él. También quedé hecha un desastre. Eso sí, luego se disculpó con mucho énfasis. Aldrik es maravillosamente complejo. Tenía una razón para la mayor parte de ello, aunque siga siendo bastante horrible a pesar de saber la razón. Desearía que más gente hubiese visto su cara cuando se disculpó. ¡Parecía un niño pequeño! —Vhalla estalló en sonoras carcajadas. ¿No había estado enfadada con él hacía solo unas horas? Poco a poco, sus risitas se fueron apagando a medida que se

percató de la cara que ponía Daniel—. ¿Qué?

—Vhalla… —murmuró, al tiempo que se llevaba su pesada jarra a los labios—, has bebido demasiado. —Sonrió cansado y alargó la mano hacia ella. Puso la palma de su mano sobre la cabeza de Vhalla y acarició su pelo una vez—. No hables más de cosas así, no vayas a decir algo de lo que de verdad te arrepientas por la mañana.

Vhalla descubrió que aún tenía la jarra de agua en la mano, así que bebió un buen trago. Se encontró oscilando con suavidad a la brisa nocturna, o quizás fuese la sensación de la cerveza en su cabeza. Se inclinó hacia el lado y su sien encontró el hombro de Daniel. Se quedaron ahí sentados en silencio; él miraba hacia el tejado, ella hacia la ciudad.

—Tiene suerte —susurró Daniel.

—No me quiere —dijo Vhalla por primera vez en voz alta. El silencio de Daniel fue una invitación a que continuara—. Creo que soy una carga, o una herramienta, o una diversión. Nada más.

—Yo no lo creo —murmuró Daniel—. Lo he visto cuando está contigo. Todos lo hemos visto.

Vhalla se preguntó si se había imaginado que el espada se había inclinado hacia ella un pelín.

Respiró hondo y alargó la mano hacia su jarra de cerveza, el agua olvidada por un momento. Daniel la soltó.

—Me quiere para su padre, para su guerra, eso es todo.

—Entonces, es más tonto y más estúpido de lo que la gente cree. —Los dedos de Daniel rozaron los de ella cuando le devolvió la jarra.

—¿Tú tienes a alguien? —Vhalla ya estaba segura de que sabía que la respuesta no iba a ser afirmativa. Si era sincera, ya había empezado a darse cuenta de las miradas que le echaba su compatriota oriental cuando creía que ella no estaba prestando atención.

—La tenía. —Bebió un trago largo—. Volví de mi última expedición y descubrí que había decidido que «cuando termine la guerra» era demasiado tiempo para esperar.

—Lo siento. —Vhalla suspiró y aceptó su jarra otra vez.

—Lo estoy superando. —Se encogió de hombros. No sonaba convincente para nada

—¿Sabes lo que ayudará? —Vhalla volvió a columpiar las piernas hacia dentro y se puso de pie con un tambaleo y una risa—. Más alcohol, más baile. —Le ofreció las manos y Daniel se rio antes de resignarse a ella.

Los dos tenían algo de lo que huir, pensó Vhalla, o más bien *al guien* . Daniel huía de la mortaja de esa otra mujer y Vhalla huía de las dolorosas posibilidades que los rodeaban a Aldrik y a ella. Bajó las escaleras con determinación, la mano de Daniel envuelta en la suya mientras lo conducía otra vez a la planta baja. Esta noche, huirían juntos.

La primera parada fue el bar. Solo saber que estaba huyendo no la hacía tener mejor juicio. Levantó la mano por el aire y pidió dos vasos de chupito de un líquido que ardió todo el camino hasta su estómago.

Daniel tosió.

—¿Cómo estás bebiendo esto? —Estampó el vasito de vuelta en el mostrador.

—Tú también lo estás bebiendo —tosió Vhalla. Sintió cómo el alcohol se extendía por su organismo y osciló antes de echarse a reír otra vez —. Vamos.

Daniel le pagó al camarero y ya estaban de vuelta en la pista de baile. Daniel la agarró de las manos y la hizo dar tres vueltas sobre sí misma. Las entrañas de Vhalla burbujearon y ya se estaba riendo de nuevo. Vhalla se encontró sonriendo de oreja a oreja. Los dos eran unos bailarines espantosos, pero ella estaba completamente borracha de alcohol, de la multitud, del calor, de las dulces sonrisas de Daniel, de su admiración amable y de sus manos.

Al final, sus pies parecían a punto de caérsele del cuerpo y sus articulaciones gritaban en protesta de cualquier movimiento más. Vhalla interrumpió el baile poniendo las manos sobre los hombros de Daniel y se apoyó en él para no caer. Notó que su amigo le ponía las manos en las caderas.

—Estoy agotada —le gritó al oído para hacerse oír por encima de la música y del ruido de la gente.

—Gracias a la Madre, yo también. —Daniel se rio y la sacó de la pista

de baile. Caminaron hacia la entrada principal y se quedaron un poco cerca de la puerta.

—¿Dónde está todo el mundo? —La banda no dejaba de tocar en ningún momento, así que la pista de baile no dejaba de moverse. Los dos intentaron localizar al menos a una de las personas con las que habían llegado.

—¿Quién sabe? Conocen el camino de vuelta. —Daniel bostezó, luego dio media vuelta y salió a la calle a trompicones. Ahora fue su turno de casi desplomarse y Vhalla acudió a su lado a la carrera para pasar los brazos alrededor de su cintura. Él se agarró a ella y a punto estuvieron de caerse los dos.

—Est… estás borracho. —Vhalla le dio un puñetazo en el estómago.

—*Ugh* —gruñó él—. No hagas eso o vomitaré sobre tus zapatos.

—No sssse teo… curriría. —Se rio arrastrando las palabras. Pasó un brazo alrededor de la cintura de Daniel y él pasó el suyo alrededor de los hombros de Vhalla.

—¿Ahora quién es la borracha? —Daniel puso el pulgar a un lado de la boca de Vhalla y el índice al otro, y luego frunció sus labios para imitar el movimiento de la boca al hablar.

Vhalla se rio y apartó sus dedos de un manotazo.

—No te burles de mí —se quejó con un mohín.

—Mira, esa es una cara que haría añicos al más fuerte de los hombres —comentó con una sonrisa. Vhalla se fijó en que un lado de su boca subía más que el otro. No tenía la misma curva que la de Aldrik, pero había algo parecido y encantador en ella.

Se tambalearon por las calles, haciéndose rabiar el uno al otro mientras se agarraban de las paredes y las barandillas para mantenerse en pie. Al final, fue bastante milagroso que no acabaran perdidos sin remedio. Por el camino, pasaron por una fuente pública y Daniel insistió en que Vhalla bebiera todo lo posible.

—Ya no puedo beber más. —Se quedó tumbada en el suelo polvoriento, la cara empapada.

—Levántate del suelo. —Daniel se moría de risa.

—No, se está bien aquí. —Vhalla esbozó una sonrisa, interrumpida por un bostezo. La bruma de su cabeza empezaba a cambiar a agotamiento. Daniel le tendió la mano.

—Ya no queda demasiado, Vhalla. La cama es mejor que el suelo. Además, hay unas cuantas personas, a quienes tengo bastante miedo, que se enfadarían mucho si te dejara dormir en la calle.

Vhalla encontró sus pies otra vez y llegaron tambaleándose a la posada poco después. El vestíbulo principal estaba tranquilo y callado, y Daniel la ayudó a subir por las escaleras. Vhalla sufrió otro ataque de risa tonta y tuvo que apoyarse en la pared.

—Eres muy escandalosa —la regañó Daniel entre risas incontrolables.

—¡No, tú lo eres! —Vhalla se tapó la boca con una mano. Le dolían los costados de los moratones de tanto reírse.

Daniel le dedicó esa sonrisa encantadora suya. Su pelo colgaba desgreñado alrededor de su cara. Tenía un aspecto anodino, normal para un oriental, pero para Vhalla era guapo de una manera un poco nostálgica, y su voz, ajada por tantos años de gritar de un lado al otro de los campos de batalla y de entrenamiento, empezaba a sonar suave.

—Vamos, vete a la cama.

—Gracias, Daniel —susurró Vhalla, tras hacer una pausa delante de su puerta.

—¿Gracias por qué?

Incluso borracha, no era ninguna ingenua. Este era el momento en que otros hombres pedirían entrar en su habitación. Vhalla se apoyó en la puerta con una sonrisa sincera. La purpurina de la embriaguez se diluiría con el amanecer, pero el dulce rastro de la presencia de Daniel ya prometía perdurar.

—Hacía mucho tiempo que no me divertía tanto.

—Yo tampoco. —Daniel retrocedió unos pasos más—. Si necesitas cualquier cosa, estoy en el piso de arriba. Primera puerta a la derecha desde el rellano.

—Gracias. —Vhalla bostezó.

—Muy bien, a dormir, preciosa Caminante del Viento. —Le regaló una

sonrisa perezosa y ella le devolvió una igual antes de colarse en la oscura habitación.

Vhalla no tenía ganas ni de cambiarse. Fue directo hacia la cama, donde se desplomó sobre otro cuerpo comatoso que casi la hizo salirse del pellejo del susto.

—Bienvenida de vuelta, Vhalla —farfulló Larel, medio grogui.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Vhalla se relajó y se arrastró debajo de las mantas.

—Quería asegurarme de que volvías. —La occidental bostezó—. ¿Qué tal el resto de tu noche?

—Divertida. —Vhalla se acurrucó contra el calor familiar de Larel.

—¿Y Fritz? —Larel cerró los ojos.

—No lo sé —admitió Vhalla con sinceridad, y se preguntó si debería sentirse culpable.

—Es probable que todavía esté intentando ligarse a algún chico. —Larel se rio cansada. Sus palabras se arrastraban un poco… Vhalla no había sido la única en beber—. ¿Y Daniel?

—Sí, él me ha acompañado de vuelta. —Vhalla restregó la cara contra la almohada.

—No hizo nada inapropiado, ¿verdad?

Vhalla se echó a reír.

—No. De hecho, es maravilloso —reconoció con cierto complejo de traidora—. Debería estar con alguien como él… —Ahora que Vhalla lo pensaba, él sería una elección sensata para ella. Solo un poco por encima de ella en rango, oriental como ella, considerado, amable, apuesto. Se sentía extraña ahí cavilando sobre la creciente lista de razones por las que Daniel era una buena pareja para ella.

—¿Aldrik? —Solo con el nombre, la racionalización de Vhalla sobre Daniel y ella llegó a su fin.

—Lo quiero —suspiró. Lo quería tanto que le dolía el corazón solo de pensarlo. Una noche y demasiado alcohol no podían cambiar lo que había estado creciendo y desarrollándose durante meses, aunque tal vez fuese para mejor. Vhalla jugueteó con la manta—. ¿Qué sentías tú

por Aldrik?

—¿Que qué sentía? —Larel rodó para tumbarse de espalda—. Sentía que era una de las únicas personas que tenía de verdad en el mundo, alguien que de verdad se preocupaba por mí. Supongo que eso es por lo que lo llamé amor.

—¿Cómo te equivocas con el amor? —preguntó Vhalla. *A lo mejor ella también estaba equivocada…*

—Hay muchos tipos de amor —dijo Larel.

—¿Ah, sí?

—¿Quieres a Aldrik del mismo modo que quieres a tu padre? —La voz de Larel llevaba una sonrisa.

—¡La familia es diferente! —Vhalla le dio a la mujer un empujoncito en el hombro.

—Te quiero —dijo Larel con ternura. Vhalla se quedó muy quieta. La occidental se inclinó hacia ella y plantó un beso suave sobre la frente de su protegida—. No te quiero como a una amante. Pero te quiero entera y completamente de todos modos. —De repente, Vhalla tenía ganas de llorar—. Y quiero a Aldrik… pero como amigo; y no lo quería ni lo quiero entre mis sábanas. Cuando lo besaba, era extraño, incómodo; no había nada en ello más que un beso.

—Ya veo —farfulló Vhalla sobre otro bostezo. Se preguntó qué sentiría si besara a Aldrik.

—Vamos a dormir, Vhalla. Es tarde. —Larel se acercó un poco más antes de acomodarse.

Vhalla cerró los ojos. Imaginó que la respiración lenta y acompasada de Larel era la de Aldrik. Imaginó que era su calor el que irradiaba ahí cerca. Vhalla suspiró con suavidad. Notó un deseo que le hizo mover las piernas debajo de las mantas. No sabía si fue el alcohol o el agotamiento lo que la llevó a admitirlo, pero sabía sin lugar a dudas que quería al príncipe heredero como lo querría una mujer, una amante.

CAPÍTULO

16

En la habitación por lo demás oscura, una ranura de luz se colaba entre las cortinas e hizo que Vhalla parpadeara soñolienta y que su cabeza palpitara.

—Me encuentro mal —gimoteó.

—Bebiste demasiado —balbuceó Larel.

—Las dos, *callaos* —les ordenó una voz agónica.

Ambas mujeres se incorporaron de golpe ante el sonido de la voz masculina.

Vhalla se asomó por el borde de la cama para encontrar a un desaliñado Friz tirado en el suelo.

—¿Cuándo has llegado tú aquí? —Hizo una pausa—. *¿Por qué* estás aquí?

—Larel no estaba en nuestra habitación y me preocupé. Entonces me entró sueño. —Fritz gimió y rodó en dirección contraria a la luz—. Basta de hablar.

Justo cuando Vhalla iba a ceder a la idea de dormir el día entero, oyeron llamar a la puerta.

—Ojalá condenen a esa persona a la fogosa justicia de la Madre —escupió Fritz lleno de rencor.

—¿Vhalla? —Era Daniel.

Vhalla se levantó a duras penas y enderezó como pudo su ropa arrugada y con olor a alcohol. Larel y Fritz ya se habían desplomado otra vez cuando ella abrió la puerta. Daniel parecía en mejor estado, pero no por mucho. Tenía el pelo mojado, y Vhalla supuso que era probable que un baño también la ayudara a ella.

El hombre se rio entre dientes al verla.

—¿Todavía duermes? —comentó, cosa que era obvia.

—No, estoy practicando un antiguo ritual de la Torre —replicó, con una sonrisa cansada mientras se apoyaba contra la puerta. Vhalla miró la bandeja que sujetaba entre las manos—. ¿Vienes con regalos?

—Un par de cosillas. ¿Puedo pasar? —Daniel levantó un poco su oferta de comida, agua y algunos viales.

Vhalla asintió y dio un paso a un lado para que su compatriota oriental entrara en la oscura habitación. Larel y Fritz lo miraron con los ojos rojos y entornados, pero no cuestionaron su presencia.

—Ya había pensado que vosotros dos podíais estar aquí. —Sacudió la cabeza divertido—. Os he traído agua a todos y unas pociones que ayudarán con vuestras cabezas. Conseguí hacerme con unas cuantas antes de que desapareciesen todas.

—Y *man'nik*. —Larel ya estaba en pie, de camino hacia la bandeja. Agarró un panecillo humeante y le dio un bocado voraz.

—Eso. —Daniel ni siquiera intentó pronunciar el nombre de la comida occidental. Miró la expresión confusa de Vhalla—. Está relleno de carne.

—Come uno, Vhalla. —Larel le plantó uno en las manos y agarró el agua.

—Gracias, Daniel —dijo Vhalla con sinceridad, antes de engullir la poción y diluir el sabor con agua.

—Fue sugerencia mía salir ayer por la noche. —Sonrió mientras Fritz arrastraba sus pies hasta ahí—. Y ya me pareció que ninguno de vosotros estaba realmente acostumbrado a ese tipo de cosa.

—¿Y tú sí lo estás? —Fritz tomó su parte de los regalos de Daniel.

—En realidad, no. —Daniel se rio entre dientes—. Esta noche vamos a salir otra vez, pero en plan más tranquilo. Si queréis venir con nosotros, sois bienvenidos.

—Nada de alcohol —farfulló Larel.

—Nada de alcohol —confirmó él—. Volveré al atardecer. Hemos quedado abajo en el vestíbulo. —Daniel hizo ademán de ir hacia la puerta.

—¿A dónde vas ahora? —preguntó Vhalla. Daniel hizo una pausa, su

mirada inquisitiva.

—Había pensado ir al mercado principal.

—¿Puedo ir contigo? —No estaba segura de lo que se había apoderado de ella en ese momento.

—Me gustaría que vengas. —Daniel le lanzó una sonrisa radiante y Vhalla se encontró incapaz de no devolvérsela.

—Tengo que cambiarme… —Vhalla pellizcó su ropa arrugada y captó su propio olor. Se sintió tan sucia como olía después de tanto bailar la víspera—. Y bañarme.

—Esperaré abajo —dijo, mientras abría la puerta—. Tómate tu tiempo.

—Daniel, ¿eh? —Fritz asintió apreciativo.

—¿Qué? —Vhalla se sorprendió por lo defensiva que se sentía de pronto.

—Nada. Solo es una pena que no parezca interesado en los chicos. La marcha es larga. —Fritz se rio entre dientes.

—Oh, cállate. —Larel sacudió la cabeza en dirección a Fritz—. Tú ya tienes a alguien.

—¿Ah, sí? —Vhalla parpadeó confusa. El sureño había parecido muy decidido a encontrar hombres toda la noche.

—En realidad, no es… —Fritz estaba más incómodo de lo que Vhalla lo había visto nunca.

—Grahm, es Grahm. —Larel puso los ojos en blanco.

—¿Grahm? —Vhalla recordaba al hombre oriental sin el que rara vez se veía a Fritz en la Torre. Recordó cómo se sentaban muslo con muslo, los hombros pegados—. ¿Grahm y tú?

—No es nada oficial. No sé si… —El tono escarlata de las mejillas de Fritz le indicó a Vhalla todo lo que necesitaba saber. Lo que fuera que fuese «no oficial» entre ellos no seguiría así durante demasiado tiempo cuando Fritz regresara.

—Si vas a ir al mercado, necesitarás estas. —Larel dio unos golpecitos sobre tres monedas de oro en el tocador.

—¿De dónde ha salido eso? —Vhalla nunca había visto tanto dinero junto en toda su vida.

—La paga. —Fritz bostezó y se dirigió hacia la puerta.

—¿Paga? ¿Por hacer qué? —Vhalla no entendía nada.

—A los soldados les pagan. —Larel sonrió.

—Pero yo no soy soldado. —Vhalla se retorció los dedos—. Soy propiedad de la corona.

—Creo que salvar al ejército se merece tres monedas de oro. —Larel le dio unas palmaditas en el hombro y empujó a Vhalla hacia el cuarto de baño.

Era un cuarto de baño compartido para toda la planta, pero por suerte estaba vacío. La bañera tenía buen tamaño y Vhalla se tomó su tiempo. Alguien, sospechaba que Larel, la había bañado cuando estaba inconsciente, pero no podía compararse con lo limpia que se sentía cuando podía lavarse a fondo.

Cuando regresó a la habitación, Larel seguía ahí, esperando para echar un vistazo a sus heridas. Vhalla dudaba que pudiese haber bailado toda la noche si sus heridas revestían cualquier grado de gravedad, pero dejó hacer a Larel de todos modos. La occidental la ayudó a vestirse y luego utilizó magia de un modo que a Vhalla no se le había ocurrido nunca.

Deslizó las palmas de las manos por el pelo de Vhalla y el calor evaporó el agua en un instante. Larel le explicó que hacían falta muchos intentos hasta encontrar el equilibrio correcto de tensión y calor, pero era un truco útil cuando se dominaba. Al contemplar su pelo en el espejo, de repente suave y liso, Vhalla tuvo que estar de acuerdo.

Cuando llegó abajo, Daniel estaba sentado, escribiendo sin pausa a carboncillo en las páginas de un libro con tapas de cuero de aspecto ajado. Llevaba una bolsa de lona cruzada delante del pecho, bolsa en la que el libro desapareció al instante cuando la vio. Vhalla recolocó su mochila sobre sus hombros.

—Siento haberte hecho esperar —se disculpó.

—No pasa nada. —Daniel se levantó, al tiempo que negaba con la cabeza—. ¿Lista?

Vhalla asintió.

Las callejuelas de la Encrucijada eran completamente diferentes a la luz del día. La mayoría de las tiendas que habían cerrado al anochecer estaban ahora abiertas y animadas. Habían desplegado mesas con todo tipo de joyas, comida, recuerdos y baratijas. Vhalla se encontró ralentizando el paso cada par de mesas para inspeccionar algo que no había visto nunca.

—A este paso, no vamos a llegar nunca al mercado principal —se rio Daniel.

—¡Perdón! —exclamó, y corrió a reunirse con él—. Es que todo es tan *tan* diferente.

Vhalla hizo un esfuerzo por mantener el ritmo de Daniel y no quedarse atrás. Al cabo de un rato, su camino zigzagueante los llevó a una calle ancha: la Vía Este-Oeste. Vhalla soltó una exclamación ahogada al ver al enjambre de personas que pululaba por el mercado más grande del mundo. Todo era ajetreado, todo era colorido, todo era animado y todo parecía tener un precio.

La gente estaba apiñada y se abría paso a empujones para llegar a donde fuese que se dirigiera a continuación. Algunos llevaban grandes cestas sobre la cabeza, otros sostenían bandejas, y otros más tenían jaulas con bestias salvajes que Vhalla no había visto jamás. Un hombre empujó entre ellos y Vhalla se giró para buscar a Daniel pero la multitud ya lo había engullido.

Miró a derecha e izquierda, en un esfuerzo por ver a dónde había ido. Luego caminó más o menos hacia donde creía que podía estar.

—¿Daniel? —Unos cuantos transeúntes le lanzaron miradas de extrañeza, pero continuaron su camino—. ¡Daniel! —intentó, un poco más fuerte.

—¡Vhalla! —Una mano salió disparada hacia arriba al borde de la multitud—. Aquí. —Vhalla tuvo que saltar para ver dónde estaba; luego se abrió paso a empujones entre la masa para llegar hasta él. Daniel se rio—. Lo siento.

—No ha sido culpa tuya. —Vhalla negó con la cabeza.

—Miremos aquí dentro. —Sujetó a un lado una gruesa cortina que daba paso a una tienda de iluminación tenue.

Los ojos de Vhalla se adaptaron despacio a la luz. Una densa neblina con olor a especias y madera flotaba en el aire. Unas vitrinas de cristal bordeaban las paredes y unas pocas más estaban desperdigadas por el centro de la sala. Vhalla deslizó la mano por encima de ellas y contempló los tesoros del interior.

—*Irashi* , bienvenidos. —Una mujer joven con un vestido que enseñaba su generoso canalillo (enseñaba demasiado, para el gusto de Vhalla) fue hacia ellos. Tenía el pelo largo y liso. Llevaba la mitad suelto sobre sus hombros y por su espalda; la otra mitad estaba trenzado como una telaraña sobre ese.

»Bienvenidos a la mejor Tienda de Curiosidades de estas tierras. —Se apoyó contra una de las vitrinas y la piel bronceada de su pierna asomó por la raja de su vistoso vestido color rubí. Era un contraste asombroso—. ¿En qué puedo ayudaros hoy? —La mujer esbozó una leve sonrisa.

—Creo que solo estamos mirando. —Vhalla dio un paso hacia Daniel y en dirección contraria a la mujer. Él no parecía afectado, pero algo de esa mujer le ponía a Vhalla los pelos de punta.

—Nadie está «solo mirando». Todo el mundo desea. —La mujer cruzó los brazos debajo de sus pechos—. Decidme, ¿cuál es el vuestro?

—Siento decepcionarte. —Vhalla eludió la pregunta y miró a Daniel —. ¿Nos vamos? Tengo hambre. —Lo agarró del brazo y dio media vuelta para marcharse.

—¿No tienes ni una sola curiosidad, Vhalla Yarl? —Vhalla se paró en seco—. Sé que tus vientos no te dirán lo que las llamas me dirán a mí.

Daniel dio un paso al frente para interponer su cuerpo entre Vhalla y la mujer, un brazo estirado por delante de ella en ademán protector.

—¿Cómo sabes mi nombre? —susurró Vhalla consternada.

—Puedo saber muchos, y contar más, si lo deseas. —La mujer echó parte de su pelo sobre sus hombros—. El fuego quema todas las mentiras.

—Eres una hechicera —declaró Vhalla. Era como si pudiera ver la magia que irradiaba la mujer.

—Soy una Portadora de Fuego —afirmó la mujer con un asentimiento.

—¿Cómo te llamas? —Vhalla empujó el brazo de Daniel hacia abajo antes de dar un paso al frente.

—He tenido muchos nombres. Podría darte uno o podría dejar que eligieras uno tú misma. Entonces sería algo que solo tú y yo compartiríamos.

La mujer seguía apoyada contra una de las vitrinas.

—Dime el nombre por el que te gustaría que te llamara. Inventado o de otro tipo. —El instinto le decía a Vhalla que hiciese las menores elecciones posibles mientras interactuaba con esta mujer.

—Vi —dijo la occidental sin más—. ¿Os gustaría que os leyera vuestras curiosidades?

—¿Leer nuestras curiosidades? —preguntó Daniel.

—Soy una Portadora de Fuego. Las llamas y yo somos un solo ser, y con mis ojos puedo ver el futuro. Vosotros venís con curiosidades, *preguntas* , en vuestros corazones y yo os daré respuestas —declaró la mujer.

Vhalla era escéptica, pero la mujer *sí* que había sabido su nombre.

—Yo lo haré. —Se sentía muy valiente de pronto.

La mujer le regaló una sonrisa comprensiva.

—Debes elegir cuatro cosas: tres para quemar, una para sujetar. —La Portadora de Fuego hizo un gesto hacia las vitrinas que los rodeaban, y Vhalla lo entendió. Esas cosas no estaban en venta; la mujer era una pitonisa y estas eran las herramientas de su oficio. Vhalla empezó a pasear por el lugar, Daniel pegado a su hombro.

—¿Estás segura de que es buena idea? —le susurró directamente al oído para que la mujer no lo oyera. Su proximidad era cálida, comparada con el calor del día.

—Todo irá bien. ¿Por qué no vivir un poco? Estoy aquí y, de algún modo, supo mi nombre.

Vhalla estudió los extraños objetos. Había una cantidad imposible de baratijas repartidas por las vitrinas sin ningún orden aparente. Un frasco de plumas de escribir captó su atención. Vhalla alargó la mano y toqueteó unas y otras. Al final, seleccionó una pluma de plata y la

llevó al mostrador contra el que estaba apoyada la mujer.

A continuación, Vhalla se puso en marcha de nuevo. Un manojo de trigo (su *casa*) y un puñado de pétalos de rosa (una sensación diferente de casa) acabaron también en el mostrador. La última cosa, algo que sujetar, fue lo más difícil de encontrar y Vhalla pasó un tiempo exagerado deambulando de vitrina en vitrina, mirando unas cosas y otras.

Al final, lo que llamó su atención fue una elegante cadena de plata que colgaba del borde de un joyero medio cerrado. Vhalla deslizó la tapa de cristal para abrirla del todo y tiró con suavidad de la cadena. Era un reloj de bolsillo sencillo, de plata, diseñado para llevar colgado del cuello. Vhalla lo observó con atención. Los eslabones le resultaban extrañamente familiares. Se dio cuenta de que le recordaban al de Aldrik.

—Esto… esto es lo que sujetaré. —Vhalla volvió hacia la mujer.

—Un surtido interesante. —La Portadora de Fuego sonaba divertida—. Ven. —Vi llevó los artículos para quemar a una trastienda aún más ahumada. Se quitaron los zapatos al entrar, como si fuese un lugar sagrado. El suelo y las paredes estaban cubiertos de tapices y alfombras, lo cual hacía que la habitación pareciese muy pequeña e íntima. Cada uno ocupó un lugar a ambos lados de un pozo de fuego con rescoldos.

—¿Estás segura de que deseas que haya un observador? —preguntó, y le lanzó a Daniel una mirada significativa—. Leeré los futuros según los vea.

—Supongo que… —Vhalla levantó la vista hacia Daniel, dubitativa—. Si no te importa…

—Esperaré ahí fuera. —Daniel volvió a colarse por un lado de la gruesa cortina y Vhalla oyó cómo sus pisadas se alejaban.

La mujer se inclinó sobre el pozo de fuego y metió la mano en las ascuas al rojo vivo. Las levantó y luego las dejó caer, su resplandor naranja incandescente muy brillante a la tenue luz. Las llamas lamieron sus dedos y pronto sus brazos estuvieron cubiertos de hollín hasta los codos. La mujer alargó un brazo y marcó la cara de Vhalla con un pulgar.

—Vhalla Yarl, ave bendecida del Este. La que puede volar sin alas. El primer polluelo en volar de la jaula. El primero en regresar a nuestras

tierras.

La mujer se echó atrás. Agarró la pluma y la tiró dentro del pozo de fuego. Las llamas rugieron de un tono blanco. Vi agarró el trigo y lo añadió al fuego. El color cambió a naranja. Por último, los pétalos de rosa fueron sacrificados y el fuego cambió a un color carmesí antinatural, tan oscuro que casi era negro.

Vhalla contuvo la respiración cuando la mujer metió la cara en las llamas. Mirando hacia abajo, abrió los ojos al fuego y Vhalla soltó un suspiro entrecortado cuando vio que la Portadora de Fuego no se mostraba afectada en absoluto por el calor. Poco a poco, las llamas empezaron a menguar, dejando una ceniza de un tono morado claro en el fondo del pozo.

—El presente se quema y deja que el futuro surja de sus cenizas. —Vi se inclinó hacia delante, agarró un gran puñado de cenizas y las tiró al aire por encima de ellas. El fino polvo empezó a girar y a caer con suavidad, más ligero que la nieve. Se quedó flotando delante de ella, donde creó formas desconocidas antes de por fin asentarse en el suelo. Los ojos de Vi refulgían de un brillante tono rojo.

—Marcharás hacia la victoria, y se logrará sobre tus alas de plata. Pero los vientos de cambio que liberarás también harán añicos esa esperanza tierna sobre la que vuelas. *Perderás a tu centinela oscuro* —predijo la mujer.

Vhalla apretó el sencillo reloj de bolsillo, su corazón empezaba a acelerarse.

—Tendrás dos caminos delante de ti: noche y día. Ve al oeste durante la noche. Fúndete en la reconfortante oscuridad de un velo de oscuridad. Ahí encontrarás una felicidad familiar, si eres capaz de ignorar tu añoranza del sol. —Vi hizo una pausa. Miró la centelleante ceniza desperdigada por la habitación—. El otro camino quemará tus falsedades a la luz del amanecer. Poseerás tus deseos para que todo el mundo pueda verlos. Pero ten cuidado, pues el fuego que te expondrá dará a luz a un poder aún más grande que consumirá la tierra misma.

Se hizo el silencio en la habitación cuando el resto de la ceniza cayó al suelo. La respiración de Vhalla era superficial. Cada una de las palabras de la mujer parecía haber sido elegida para transmitir un significado exacto. Pero cuál era ese significado era algo que Vhalla todavía no tenía claro. Los ojos de Vi volvieron a su negro original poco a poco.

—Y ahora, el pago. —La mujer adoptó una posición más cómoda.

—Oh, es verdad. —Vhalla dejó su bolsa en el suelo e hizo ademán de sacar su oro.

—No quiero dinero —la detuvo Vi.

Vhalla hizo una pausa. Una sensación de inquietud serpenteó hacia el fondo de su cráneo.

—Entonces, ¿qué quieres?

—Ese reloj. —La occidental señaló hacia el reloj que sujetaba Vhalla.

—¿Este? —Vhalla lo levantó; pero si ya había sido de la mujer para empezar. Vi asintió—. Muy bien, por supuesto.

Vhalla se lo pasó. Nunca había esperado quedárselo, pero algo extraño hormigueó por sus dedos cuando se lo entregó. Le resultaba físicamente difícil verlo en las manos de la otra mujer.

—Nuestro actual negocio ha concluido.

Las dos se pusieron de pie y Vi sujetó abierta la cortina de la parte de atrás mientras Vhalla se ponía los zapatos.

—Haz caso de mis palabras, Vhalla Yarl.

Vhalla solo pudo asentir ante el mensaje críptico y volvió a la tienda en sí. Se limpió el hollín de la cara mientras trataba de dilucidar en qué medida le molestaban los presagios de la mujer. Vhalla le hizo un gesto afirmativo a Daniel y se marcharon en silencio, de vuelta al caos del mercado. De algún modo, Vhalla sintió el resplandor ardiente de la mirada de la mujer hasta la mitad de la calle.

Entrelazó el brazo con el de Daniel para evitar que los separaran otra vez. Además, él era estable y, para ser sincera, ella se sentía un poco temblorosa. Vhalla flexionó los dedos y lo agarró más fuerte.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Daniel en el tono más ligero posible.

—Ha sido una experiencia. —Vhalla intentó reírse. Notó que él no se había tragado su fachada valiente, pero no insistió con más preguntas sobre el tipo de experiencia que había sido.

Daniel se mostró alegre el resto del día. Le enseñó el mercado entero y dejó que caminara tan cerca de él como ella quisiera; ni la apartaba ni

tiraba de ella para acercarla más. Casi todo el rato iban agarrados del brazo por motivos prácticos, pero si era del todo sincera, Vhalla estaba disfrutando de poder estar físicamente cerca de alguien que no era confuso ni frustrante.

Se pararon en un puesto de comida y compraron bolas de arroz con verduras en su interior. Vhalla se rio cuando le dio a probar un bocado de su sabor y casi dejó caer la bola entera en su regazo. De postre, probaron un dulce cuadrado que tenía una extraña textura dura pero gelatinosa. Vhalla compró una caja pequeña para llevarles a Larel y a Fritz.

Cuando ese encuentro mañanero se fue difuminando, el día dio paso a una experiencia por lo general positiva en el mercado. Vhalla compró una botellita de perfume y una bola de popurrí para su bolsa en una tienda de aromas, con la idea de que podrían venirle bien durante el resto de su marcha por el desierto.

Pasaron por una tienda de dulces y encontraron las cáscaras de limón que había mencionado Aldrik. Vhalla compró dos bolsas; una para ella y otra para el príncipe. Él había sacado el tema y le había gustado la tarta de limón. Daniel compró una daga nueva que podía llevar en la pierna y unas espadas cortas que insistió en que eran muchísimo mejores que las suyas. Cuando Vhalla le dijo que ella no tenía armas, se mostró espantado y esa búsqueda ocupó el resto de su tarde.

Al final, Vhalla se decidió por una daga delgada, casi como una aguja, que medía un pelín menos que la longitud de su antebrazo. Venía con un vaina para llevarla en el brazo, el mango justo al lado de la muñeca. Daniel comentó que perdería mucha estabilidad y fuerza si elegía una opción tan pequeña, pero cuando Vhalla la enganchó a la cara inferior de su antebrazo y bajó la manga sobre ella, le gustó su elección de inmediato. Con una camisa normal, quedaba oculta a la perfección, y la empuñadura tenía justo la longitud suficiente para no impedir sus movimientos. Aun así, de un movimiento rápido ya la había desenvainado.

El día le costó casi todo el dinero que había llevado consigo, pero estarían en la Encrucijada solo unos días más y parecía que la mayor parte de las cosas ya se las habían resuelto.

Incluso fuera del mercado, mantuvo el brazo entrelazado con el de Daniel. El frío de la noche empezaba a notarse ya y él resultaba familiar y calentito. Vhalla sonrió mientras jugueteaba con la daga amarrada a su brazo izquierdo.

—No funciona como arma oculta si vas por ahí enseñándosela a todo el mundo —le regañó Daniel con una sonrisa.

—Tienes razón, supongo —convino ella con una risa. Él no había tocado la daga nueva que llevaba al muslo desde hacía horas.

Pasearon por el mercado y luego volvieron a la plaza central, donde la Vía Este-Oeste conectaba con la Gran Vía Imperial. Varios Portadores de Fuego iban de un lado para otro encendiendo los faroles y a Vhalla le pareció asombroso ver una sociedad que tenía a los hechiceros tan integrados de maneras útiles. Sonrió y sus ojos siguieron a uno sin ninguna razón en particular. El hombre fue hacia un edificio con grandes vidrieras circulares. Vhalla hizo una pausa y recolocó la bolsa sobre su hombro.

Aquello era mala idea . Estaba teniendo otro momento en el que necesitaba reconocerlo e impedirse a sí misma hacer lo que pensaba hacer. Vhalla respiró hondo.

—Yo… —Se detuvo, luego miró de Daniel al edificio—. Tengo que hacer una parada rápida. La posada está ahí mismo. Puedes ir yendo.

—De ninguna manera. No voy a dejarte caminar sola por la Encrucijada de noche —dijo en tono tajante—. Puede ser peligroso.

—Muy bien —suspiró ella con suavidad—. Entonces, ¿me esperas aquí fuera?

—Eso puedo hacerlo. —Había aprensión en sus ojos, pero Daniel evitó que se notara en sus palabras y le ahorró cualquier comentario.

Vhalla respiró hondo e hizo acopio de valor antes de dirigirse a las puertas delanteras. No estaba segura de si quería ver a Aldrik otra vez. *¿No estaba enfadada con él?* Pero en el fondo de todos sus sentimientos encontrados estaba la necesidad de verlo, de decir lo que había que decir: la verdad.

Una música suave, un sonido sureño, emanaba de una de las salas a un lado del vestíbulo principal. Vhalla miró dubitativa las puertas cerradas y los opulentos salones. Un hombre se aclaró la garganta desde detrás del mostrador de recepción.

—Tengo que hacerle una entrega al príncipe heredero —anunció Vhalla.

El hombre mayor flexionó sus dedos huesudos y la miró con

escepticismo.

—¿Qué puedes tener tú para él?

—Soy la Caminante del Viento —declaró, en un intento de usar sus credenciales para esquivar la pregunta.

—Eso es excelente, pero ¿qué es tan importante que el príncipe no ha dejado un mensaje?

Desinflada por que su plan no hubiese funcionado, Vhalla perdió su determinación y empezó a trabarse.

—Él… nosotros… Tenemos trabajo que hacer… para el emperador.

—Estoy seguro… —El hombre no le creía en absoluto—. Por desgracia, el príncipe ha pedido de manera explícita no ser molestado. Cuídate.

Vhalla suspiró con suavidad, resignada.

—¿Vhalla? —El príncipe Baldair se detuvo en un pasillo que unía el vestíbulo con otras habitaciones y fue hacia ella—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Mi príncipe, justo me iba a marchar. —Vhalla recordaba con gran claridad la última vez que el príncipe Baldair y ella habían hablado.

—Había solicitado ver al príncipe heredero —lo informó el traicionero conserje.

—Vhalla. —El príncipe dorado frunció el ceño, pero luego miró de reojo al hombre y se pensó mejor lo de continuar hablando—. La llevaré yo mismo.

—¿Ah, sí? —dijeron Vhalla y el hombre del mostrador al unísono.

—Se ha encerrado en sus habitaciones y no lo he visto ni una sola vez. La compañía es algo bueno, ¿no? —Baldair puso una mano sobre los riñones de Vhalla y prácticamente la empujó hacia arriba por una ancha escalera.

—¿De verdad me estás llevando a verlo? —preguntó Vhalla cuando llegaron al rellano del primer piso.

—Por supuesto que no, pero te voy a preguntar qué crees que estás haciendo aquí. —En privado, el príncipe abandonó todo el decoro.

—No es nada importante —musitó Vhalla. Ya se estaba cuestionando su misión.

—Creía que te había dicho que te mantuvieras alejada de él —masculló Baldair, el ceño fruncido.

—No es asunto tuyo. —Vhalla sacó la bolsa de dulces—. También quería darle esto.

—¿Cáscaras de limón confitadas? —El príncipe Baldair reconoció el emblema de la tienda de dulces—. Vhalla… —suspiró—, no sé qué tipo de relación crees que puedes tener con mi hermano…

—No quiero ninguna relación —dijo a la defensiva. Las palabras salieron por su boca antes de que pudiera pensarlas siquiera, alimentadas por el rencor.

—No, sí que la quieres. Te tiene bajo su hechizo —insistió el príncipe de pelo dorado.

—¿De qué estás hablando? —Vhalla retrocedió un paso.

—¿Por qué, si no, querría nadie estar con mi hermano?

La agarró de la muñeca y ella intentó marcharse.

—Suéltame.

—Estoy intentando ayudarte. —De algún modo, el príncipe Baldair consiguió sonar sincero.

—¡Suéltame! —Vhalla tiró contra su agarre firme.

—¿Qué es todo ese escándalo? —llamó una voz desde el final del pasillo. A Vhalla se le heló la sangre en las venas. Elecia, con una túnica de dormir suelta y nada más, estaba ahí plantada, descalza y con ojos soñolientos. Bostezó mientras se acercaba—. *¿Vhalla?* ¿Qué estás haciendo *tú* aquí?

—¡Nada! Estaba intentando irme. —Apretó las peladuras de limón contra su pecho y trató de darse la vuelta, pero el príncipe Baldair no soltó su muñeca.

—¿Sigues ahí dentro? ¿A estas horas? —La sorpresa del príncipe al ver a Elecia hizo que ignorara los tirones de Vhalla contra su agarre.

—Baldair, deja de ser un imbécil. Agarra a la chica y márchate —

espetó Elecia en tono cortante. Parecía exhausta. Agotada. De algún modo, incluso su pelo parecía menos lustroso de lo normal.

—¿Se puede saber qué habéis estado haciendo ahí los dos todo este rato? —inquirió el príncipe Baldair.

—¿No puedes satisfacer tu curiosidad tú solo? —preguntó Vhalla con voz débil, sin dejar de intentar soltarse.

—Hermano, por la Madre, juro que… —Una voz grave y ruda, como si le doliera hablar, pero aun así con un enfado muy evidente, llegó desde el fondo del pasillo. Elecia dio media vuelta y corrió de vuelta hacia Aldrik.

—Tienes que volver a la cama. —La mujer se plantó delante de él, la piel oscura de su mano en claro contraste con la piel pálida del pecho desnudo de él.

Vhalla abrió los ojos como platos al verlos. Elecia apenas vestida, cansada, su pelo hecho un desastre. Aldrik, tan cerca del sueño como lo había visto jamás… y medio vestido. Su pecho pálido y bien torneado hizo que se ruborizara. Aldrik no solo toleró el contacto; no parecía importarle la proximidad de Elecia, su caricia. El príncipe movió la mano para ponerla sobre el hombro de la mujer.

La bolsa de cáscaras de limón resbaló de la mano de Vhalla y cayó al suelo.

El ruido de la bolsa al caer y de los dulces al desperdigarse por el suelo silenció a todos los presentes. Los ojos de Aldrik fueron los últimos en encontrar a Vhalla, pero se cruzaron con los de la joven con una mezcla de sorpresa y confusión. Vhalla aspiró una bocanada de aire tembloroso.

No había nada que decir. El silencio se prolongó durante otro minuto doloroso. Justo antes de que estuviese a punto de romperse, Vhalla giró sobre los talones, arrancó la mano de los dedos flojos del príncipe Baldair y salió corriendo.

Esprintó escaleras abajo, salió por la puerta y llegó a la plaza. Echó la cabeza atrás y respiró hondo. El aire frío que golpeó sus pulmones la hizo atragantarse y Vhalla se dobló por la cintura. Los sollozos ya habían comenzado. Apretó los ojos con fuerza y sintió que temblaba todo su cuerpo.

Un par de manos tentativas se colocaron sobre sus hombros, aunque

esperaron un momento en el aire antes de hacer contacto.

—Vhalla —susurró Daniel.

La joven giró en redondo. Tenía las mejillas empapadas con su llanto apenas silenciado.

—Ya te lo dije, soy la reina de las malas ideas. —Vhalla probó con sonreír, pero el gesto fue consumido casi de inmediato por las lágrimas.

Daniel la atrajo hacia él y pasó los brazos con ternura alrededor de sus hombros. Le susurró palabras tranquilizadoras contra la coronilla mientras la abrazaba. Vhalla enterró la cara en su pecho, aferrada a su camisa. Sintió que sus rodillas cedían.

Daniel la sujetó. La abrazó sin decir nada, sin preguntar nada, mientras ella lloraba. A Vhalla no le importaba quién la viera. Detrás de sus párpados estaba la imagen singular de Aldrik con otra mujer. Una mujer que ella sabía que llevaba en el palacio desde hace algún tiempo, de alta cuna si todas sus sospechas eran correctas. Los dos eran adultos, de la edad adecuada y del origen correcto. Estaban juntos, interrumpidos por *algo* , en medio de la noche. Pensó en el pecho desnudo de Aldrik y eso removió algo en el interior de Vhalla que solo la hizo llorar con más ganas aún.

Vhalla se aferró a Daniel como si sus brazos fuesen lo último que mantenía su cordura en su sitio.

CAPÍTULO 17

El sol se estaba poniendo sobre los tejados de la Encrucijada. Vhalla levantó las manos hacia la cara de Aldrik. Este se inclinó hacia ella, tomó sus manos y besó las palmas con ternura. Ella le susurró algo y él le susurró de vuelta, las palabras que tanto había anhelado oír. Se acercó más a él, los labios de Aldrik se entreabrieron.

De pronto, Vhalla era una mera observadora. Los preciosos dedos largos de Elecia se deslizaban por el pálido contorno del rostro del príncipe. Se inclinaban el uno hacia el otro, y Vhalla dejó escapar un grito.

Boqueó en el aire nocturno y se despertó sobresaltada. Vhalla miró a

su alrededor, frenética, al tiempo que recordaba dónde estaba. Daniel estaba sumido en un sueño profundo en la butaca que antes había ocupado Larel. La occidental y Fritz todavía estaban cenando por ahí, ajenos a que el mundo de Vhalla acababa de hacerse añicos, y Daniel se había negado a dejarla sola. Vhalla se dejó caer sobre su almohada y se forzó a cerrar los ojos.

La siguiente vez, sus manos eran las de él. Las yemas de los dedos se deslizaron por una cara envuelta en oscuridad. Vhalla no distinguía los rasgos, pero sabía que no eran los suyos. ¿Serían los de Elecia? *Su mente divagó mientras estaba atrapada en la prisión del sueño. Su corazón latía a toda velocidad y sintió cómo la sangre cambiaba su foco de atención. Había un deseo carnal que quería atender .*

Vhalla rodó en la cama y abrió los ojos. Se topó con la pared. Gimoteó con suavidad y se tapó la cabeza con las mantas.

Corría por las calles de fuego y muerte. Los cuerpos ya estaban mutilados, sus extremidades arrancadas y sus cráneos destrozados desperdigados por el suelo. Vhalla esprintaba por las calles, a través de la gente hecha de sombras. Esta noche, esta noche sería lo bastante rápida, le decían sus pies, y permitió que el viento arreciara detrás de ella.

Vhalla se paró derrapando delante del edificio derruido y empezó a retirar los escombros frenética. Cada roca que movía aceleraba su corazón un poco más. Al final, vio una cara debajo de los restos. Vhalla hizo una pausa; se suponía que él no debía estar ahí. Retiró a toda prisa los escombros restantes y estrechó el cuerpo de Aldrik entre sus brazos, sollozando .

Se despertó por tercera vez, y luego una cuarta y una quinta. Su mente estaba demasiado bien armada con todo el material para las pesadillas. Daniel ya no estaba y oyó unas voces amortiguadas al otro lado de la puerta. Vhalla reconoció al instante una voz como la de Larel y esperó a que la mujer entrase en silencio en la habitación.

—Larel —susurró con voz débil al sentir que la cama se movía para acoger a la persona nueva.

—¿Qué ha pasado? —Larel deslizó las manos por el pelo de Vhalla con cariño.

—Aldrik… —Vhalla se atragantó con su nombre—. Él y Elecia… ellos…

—¿Ellos qué? —insistió Larel con ternura.

Vhalla le contó lo sucedido la noche anterior y Larel escuchó con atención. No dijo nada, ni bueno ni malo, se limitó a absorber toda la historia. Vhalla volvió a desmoronarse cuando le contó el momento en que había visto a Elecia y a Aldrik juntos.

—Sé que es noble. La forma en que actúa cuando está con él, cómo lo llama por su nombre… Hay algo ahí, Larel. Y yo… simplemente no quería verlo. —Vhalla sorbió por la nariz de manera ruidosa.

—Lo es —admitió Larel con voz suave.

—¿Es qué? —Vhalla se frotó los ojos.

—Es noble —confirmó Larel.

—¿Qué? —Vhalla se quedó muy quieta—. ¿Cómo puedes estar tan segura?

Larel suspiró y apartó la mirada. Fuera lo que fuese que iba a decirle, Vhalla sabía que no le iba a gustar.

—No empezó a venir hasta que Aldrik era más mayor. Durante los pocos años que estuvimos muy alejados. Pasaba mucho tiempo con ella, cuando estaba por ahí. No la recordé hasta que oí cómo la recibían aquí en la Encrucijada. Es una Ci'Dan, una familia noble del Oeste que tiene lazos con la corona. Nunca he estudiado historia en serio, eso es cosa de Fritz, pero siempre di por sentado que era una novia potencial, dada la edad de Aldrik cuando ella apareció.

—Lo sabías. —La traición era un veneno ardiente—. *¿Lo sabías y no me lo dijiste?*

—Vhalla, escucha —exigió Larel, mientras la inmovilizaba contra la cama con un brazo—. *Escucha* .

Vhalla dejó de forcejear, pero eso no reprimió la ira que palpitaba por sus venas. El mundo estaba decidido a mentirle y a engañarla; quizás el príncipe Baldair tenía razón.

—No te lo conté porque no creía… sigo sin creer… que tengas nada de lo que preocuparte.

—¿Cómo puedes decir eso? Es una mujer noble, hace años que lo conoce, *¡y los he visto juntos!*

—*Shhh* . —Larel trató de calmar la histeria de Vhalla—. Cuando estáis

juntos, Aldrik te busca a ti, solo a ti.

—Ha pasado mucho tiempo con ella.

—Cierto —aceptó Larel—. Pero jamás la ha mirado del modo en que te mira a ti. Jamás la ha tocado del modo que te toca a ti, Vhalla. A Aldrik le importas muchísimo, sé que es así.

—No sabes nada —farfulló Vhalla.

Larel se limitó a suspirar y frotó la espalda de Vhalla mientras la joven lloraba en silencio.

Más tarde, Vhalla se sorprendió mucho cuando un mensajero le llevó una citación imperial. Era una tarjeta doblada en tres y sellada con el sol ardiente del imperio con cera negra.

—¿Vas a abrirla? —preguntó Larel después de la décima vuelta de Vhalla alrededor de la habitación.

—Lo haré —dijo con una confianza falsa.

—¿Hoy? —Larel tuvo la audacia de tomarle el pelo.

Vhalla fulminó a la mujer con la mirada, pero Larel se mostró solo moderadamente arrepentida. La occidental no había cambiado su discurso de que Aldrik no tenía ningún interés en Elecia.

—Lo haré —repitió Vhalla, y puso un dedo sobre el sello. Respiró hondo y desdobló la nota antes de que sus manos la dejaran caer de tanto temblar—. *Se requiere tu presencia* —leyó en voz alta—. *Príncipe Aldrik C. Solaris* .

—¿Eso es todo? —Incluso Larel parecía sorprendida.

—Es mejor así. —Vhalla tiró la nota sobre su mochila y rebuscó entre la ropa que había tirada en el suelo y nunca había llegado hasta los cajones—. *Lo es* . Iré y le diré que lo sé todo.

—Vhalla —suspiró Larel.

—Podemos terminar con esta farsa y me limitaré a hacer lo que tengo que hacer para recuperar mi libertad —juró Vhalla mientras se ponía una camisa limpia y unos pantalones ceñidos.

Bajaron las escaleras en silencio. Larel la acompañó fuera de la posada y hasta el elegante hotel en el que se alojaba la familia imperial.

Vhalla dedicó el trayecto a intentar levantar los mejores escudos que pudo para su corazón. Imaginó que cada costilla era un muro con alambre de espino por la que no podía entrar ni salir nada. Haría lo que fuese que necesitaran Aldrik y el emperador y luego se marcharía. Ni siquiera quería hablar de lo que había visto. Después de todo, no era asunto suyo; era ella la que había invadido su privacidad.

Para cuando llegaron al centelleante edificio en la plaza principal, había escrito y ensayado tantas conversaciones en su cabeza que se sentía preparada para cualquier posible circunstancia. Pasara lo que pasase, mantendría la compostura y se marcharía lo más deprisa posible. Aun así, nada de eso impedía que su corazón amenazase con estallar de su jaula de púas cuando empujó la puerta, dejando a Larel atrás.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó muy estirada la mujer de detrás del mostrador.

—Tengo una cita con el príncipe heredero. —Vhalla no se permitió decir su nombre—. Vhalla Yarl, la Caminante del Viento.

La mujer sacó el mismo libro que el hombre la noche anterior y deslizó el dedo por las páginas.

—Ah, sí. Adelante. Primer piso, ala derecha —le indicó la mujer sin necesidad. Vhalla ya había empezado a subir las escaleras.

Cada paso coincidía con el fuerte pulso en sus oídos. Cada brizna de sentido común le gritaba que dejara un mensaje diciendo que se sentía mal, pero sabía que solo podría huir durante un tiempo. En cuatro días cabalgarían otra vez juntos, también con Elecia.

Vhalla hizo una pausa y respiró hondo, concentrada solo en el sonido del aire al moverse. *Podía hacerlo* .

Al llegar al rellano, se detuvo. Luego se sacudió la imagen de Elecia y Aldrik ahí de pie la noche anterior y fue hacia la puerta. Con los últimos restos de su determinación, llamó con suavidad.

Esperó durante un minuto tenso, del todo dispuesta a dar media vuelta y explicar que creía que Aldrik había salido. Pero el picaporte de la puerta giró y apareció Aldrik, recortado contra la luz coloreada de las grandes vidrieras circulares que dominaban la pared de enfrente de la puerta. Llevaba una chaqueta de cuero negro que le llegaba hasta las rodillas, con una única fila de botones dorados abiertos en la parte superior para revelar la camisa de algodón blanco que llevaba debajo.

Unos pantalones bien confeccionados caían rectos hasta sus *pies desnudos* , según constató Vhalla con curiosidad. Tenía el pelo bien peinado otra vez, y solo verlo fue doloroso porque ahora contrastaba de manera marcada con el hombre desaliñado que acababa de despertarse la víspera, probablemente de estar entre los brazos de su amante.

—Hola, Vhalla. —Parecía tan contento de verla como ella de verlo a él.

—Mi príncipe. —Vhalla apartó la mirada, incapaz de sostenérsela más.

—Pasa. —Aldrik dio un paso atrás y se giró.

Vhalla entró en la habitación y cerró la puerta con suavidad a su espalda.

El lugar era asombroso. Altos techos con mosaicos de historias clásicas junto con algunos personajes que Vhalla no había visto nunca. Había una gran zona de estar con dos divanes frente a un gran sofá, una mesa entre ellos. Un bar bien abastecido ocupaba la pared a la izquierda de la puerta, y Vhalla deseó al instante tener algo fuerte que beber. A la derecha, había una gran mesa con todo tipo de papeles y botellas descorchadas. A la izquierda de Vhalla había una pared con unas puertas correderas abiertas que daban paso a otra habitación con una gran cama cubierta de mantas y almohadas. Aunque quizás la característica más sorprendente era una ventana, una de las que había visto desde la plaza. Era lo bastante grande como para que hubiera almohadones apilados sobre el alféizar, y parecía que podían sentarse cuatro personas a gusto.

Vhalla dio otro paso tentativo, incómoda al instante por estar en el espacio personal del príncipe. No podía evitar mirar a la cama, preguntarse si Elecia la había compartido con él la noche anterior. Aldrik había cruzado hasta la mesa y estaba rebuscando entre sus papeles.

—Estás muy callada. —La miró por el rabillo del ojo.

—Lo siento —repuso ella, sin tener muy claro qué decir.

—Siéntate —ordenó con sequedad.

Vhalla vadeó por la tensión entre ellos, y casi se ahogó antes de conseguir sentarse en uno de los divanes. Aldrik encontró el papel que estaba buscando, lo dejó en la mesita baja delante del sofá y se sentó

enfrente de ella. Se miraron, a la espera de que el otro dijese la primera palabra. Vhalla tragó saliva.

—¿Esto es para la demostración? ¿Para tu padre? —*Trabajo* , tenía que centrarse en el trabajo.

—¿Para qué más podría ser? —musitó él, las palabras como agujas.

—Por supuesto —repuso Vhalla con una vocecilla pequeña.

—Mi padre querrá que juguemos a un juego de buscar un tesoro. —Aldrik observó el papel como si fuese la cosa más fascinante del mundo—. Basado en lo que le he dicho que eres capaz de hacer ya, primero hará que te Proyectes hasta una persona que te dirá un lugar y un artículo. Volverás a mí y, en función de esas instrucciones, me dirigirás hasta algo cuya naturaleza yo desconoceré al principio de la demostración.

—Parece bastante sencillo. —Vhalla asintió.

—¿Lo parece? —Aldrik arqueó una ceja en su dirección. Vhalla se movió, incómoda por su escepticismo.

—Hemos estado haciendo cosas así durante semanas.

—¿Qué es lo que hemos estado haciendo, exactamente, Vhalla? —La voz de Aldrik estaba desprovista de toda calidez familiar.

Vhalla no sabía cómo contestar. No le estaba preguntando sobre la Proyección, le preguntaba sobre el baile que los dos habían estado haciendo alrededor de algo que ambos habían tenido demasiado miedo de nombrar. Ahora, daba la impresión de que él la estaba acusando a ella.

—Da igual. —Aldrik se puso de pie—. No contestes. Ya lo sé.

—¿Qué? —Ella también se levantó—. ¿Qué es lo que crees que sabes?

—¿Crees que no iba a enterarme? —La fulminó con la mirada.

—¿Que no ibas a enterarte de qué? —La voz de Vhalla tenía un deje agudo por la tensión que le provocaban los ojos de Aldrik.

—No eres la primera que me ha utilizado para llegar hasta él. —Aldrik apartó la mirada asqueado.

—*¿De qué estás hablando?*

—De ti y Baldair.

Vhalla se quedó boquiabierta.

—¿Qué?

—Os encontré juntos ayer por la noche, tu mano en la suya. —Aldrik se irguió en toda su altura y su lenguaje corporal resultaba imponente.

—¿Mi mano en la suya? —lo increpó Vhalla—. ¿Te refieres a él aferrado a mi muñeca? ¿A él sujetándome para que me viese forzada a veros *a ti y a Elecia* ? —lo acusó, y señaló al príncipe heredero con un dedo.

—¿Elecia? —Aldrik parecía haber olvidado que la otra mujer había estado con él siquiera la noche anterior.

—¿Me lo ibas a decir siquiera? —A Vhalla le temblaba el labio de abajo, aunque se juró que no perdería la compostura, que no lloraría delante de él.

—¿Qué tiene que ver Elecia con todo esto? —La confusión soltó un poco los hombros del príncipe.

—No. —Vhalla negó con la cabeza—. Ya está bien, no puedo más. He terminado con esto. —Dio media vuelta y echó a andar hacia la puerta.

—¡Vhalla! —Fue Aldrik el que perdió un poco los papeles—. Me pediste que no hubiera secretos, me pediste la verdad, ¿y ahora me das la espalda? —Aldrik se rio, una risa lúgubre—. *Menuda* ironía.

—¿La verdad? —Vhalla se detuvo a solo diez pasos de la puerta. Debería marcharse, pero algo le hizo darse la vuelta. Lo miró, impotente. Todo sería mejor si él se limitara a admitirlo—. La verdad es… la verdad es… —Algo en su interior se rompió—. ¡La verdad es que cada vez que cierro los ojos lo único que veo es a ti y a ella! —La voz de Vhalla se quebró a medio camino y levantó los brazos por los aires en señal de derrota. Las lágrimas quemaban los bordes de sus ojos, pero sorbió por la nariz e hizo un esfuerzo por reprimirlas.

—¿Por qué? —Aldrik dio un paso hacia ella.

—Porque… ¡ya sabes por qué! —*¿De verdad la iba a obligar a decirlo?*

—¿Por qué habría de importarte Elecia si deseas a mi hermano? —Su

voz estaba perdiendo su filo cortante, sus preguntas empezaban a ser más exploratorias que mordaces.

—Aldrik. —Vhalla se tapó los ojos con la palma de una mano—. Eres un imbécil. —Le dedicó una risa derrotada—. No quiero a tu hermano, mi querido príncipe Aldrik C. Solaris. No todas las criaturas con pechos creen que el príncipe Baldair es un dios entre los hombres.

—Entonces, ¿por qué? ¿Por qué te importa? —Dio otro paso hacia ella. Vhalla abrió la boca, luego la cerró, se giró hacia la puerta—. Dímelo, ¿por qué importa Elecia? —Aldrik la agarró del codo para impedir que huyera de la habitación.

—¿Que qué importa ella? —Vhalla no estaba segura de haber conocido nunca a un hombre que pudiese ser tan asombrosamente inteligente acerca de casi todo pero aun así tan obtuso sobre la persona con quien se suponía que estaba más conectado que cualquier otra persona en el mundo entero. Se giró para encararse con él, al tiempo que daba un tirón brusco para soltar el brazo de su agarre—. Importa lo mismo que los títulos. Lo mismo que mi origen y el tuyo. Lo mismo que importa por qué tu hermano insiste en atormentarme con historias horribles sobre ti.

—¡Deja de evitar mi pregunta! —exigió él.

—¡No la estoy evitando! —El último resquicio de su determinación se hizo añicos y perdió el poco control que le quedaba. Las lágrimas iban a caer en cualquier momento, y si los dos se iban a romper, muy bien podían hacerse añicos—. *¡Te quiero, Aldrik!*

Su voz reverberó en las ondas expansivas que los sacudieron a ambos. Vhalla se plantó la palma de la mano delante de la boca. No había querido decir eso y ahora miraba al príncipe con los ojos muy abiertos. Observó su rostro con atención. Vio cómo las palabras se asentaban en su interior, la sorpresa que empezó en sus ojos, que arqueó sus cejas, que lo dejó boquiabierto.

El corazón de Vhalla latía desbocado y notó que un pequeño gemido trepaba por su garganta. Quería que él dijera algo, *cualquier cosa* . Si emitía su juicio, ella podría marcharse y por fin pasar página de todo lo que él era. Podría dejar atrás su pelo negro como el carbón y sus ojos oscuros. Podría dejar que su voz se diluyera en sus sueños y dejar que su figura ya no la atormentara durante el día.

La boca de Aldrik se cerró. Tragó saliva.

Vhalla ya no podía soportar ese silencio más y agarró el picaporte de la puerta como si fuese su único salvavidas. Se marcharía y dejaría que todo siguiera roto.

El príncipe, sin embargo, tenía otros planes y la frenó a tiempo.

—Aldrik, ¿qu…? —Vhalla se medio giró y él la hizo girar el resto el camino.

Las manos de Aldrik soltaron sus brazos y se cerraron sobre sus mejillas en un solo movimiento fluido. Vhalla tuvo apenas medio segundo para registrar cómo la cara del príncipe se acercaba a la suya. Aspiró una bocanada de aire brusca ante el *shock* de sentir los labios de él sobre los suyos. Su aroma, su respiración, el calor de las palmas de sus manos, la sensación de su boca… todo ello asaltó sus sentidos y Vhalla cerró los ojos para perderse en el beso.

CAPÍTULO 18

Vhalla suspiró con suavidad, su boca aún gloriosamente ocupada con la de él. Algo volvió a encajar en su sitio con un *clic* audible y, de repente, su cabeza silenció el ruido de los últimos meses. Las palmas de las manos del príncipe estaban calientes sobre sus mejillas, y frenaban las lágrimas que con tanta insistencia habían encontrado el camino al exterior hacía tan solo unos segundos. Notó que él se apartaba un poco, pero Vhalla se inclinó hacia delante para robar un momento más de sus labios. Abrió los ojos y conectó con los de él. A pesar de ser el que había iniciado el beso, parecía tan perplejo como ella.

Sin soltar la cara de Vhalla, Aldrik suspiró con suavidad y se inclinó hacia delante para apoyar la frente contra la de ella, sus narices casi en contacto.

—Dilo otra vez…

Vhalla cerró los ojos.

—Te quiero, Aldrik. —Decirlo en voz alta, decírselo a él, le provocó un estallido de chispas en el pecho.

Aldrik tiró de su cara otra vez hacia él y reclamó su boca de nuevo,

con pasión. Las manos de Vhalla cobraron vida propia, con el mismo fervor que las de él. Se apretaron contra su pecho, subieron hacia sus hombros. Vhalla enterró los dedos en su pelo, cerca de la nuca, ansiosa por deshacer su aspecto prístino. Arrastró las uñas por su cuero cabelludo y las manos de Aldrik cayeron a la cintura de Vhalla.

Aldrik tiró de ella para acercarla más a él y los brazos de Vhalla se doblaron. Notó cómo sus caderas se encontraban, cómo sus pechos rozaban contra la longitud cálida del cuerpo del príncipe. Vhalla se estremeció y él la abrazó más fuerte. La joven interrumpió el beso un momento para aspirar una temblorosa bocanada de aire. Justo cuando abría los ojos, la boca de Aldrik estaba otra vez sobre la suya y aniquiló todo pensamiento con solo su sabor, su contacto.

El tiempo que pasó entre ellos no fue, ni de lejos, suficiente antes de que Vhalla sintiera que el cuello de Aldrik empujaba contra sus dedos y sus labios se retiraban de su boca. Vhalla cedió con toda la elegancia que pudo, aunque apenas pudo reprimirse de aferrarse a él y reclamar su boca para siempre.

Aldrik la miró desde lo alto con una adoración perpleja. Vhalla nunca había visto rubor en sus mejillas, pero ahora lucían de un suave tono rosado que casi parecía saludable contra la palidez natural de su piel. Los labios de Aldrik se entreabrieron, resollando. Una mano se deslizó desde su cintura de vuelta a su cara, y acarició su mejilla con las yemas de los dedos.

—Aldrik —susurró Vhalla, los labios al rojo vivo. Todavía se sentía embriagada por su cercanía; sin embargo, sin la distracción inmediata de su boca, la confusión empezó a colarse otra vez en su cerebro—. ¿Qué pasa con Elecia? —susurró. Solo el nombre de la mujer hizo que las burbujitas felices de su estómago se asentaran.

—Ven —dijo Aldrik. La agarró de ambas manos y la condujo de vuelta al sofá. Esta vez, se sentaron juntos—. ¿Quién crees que es Elecia?

—No lo sé. —Vhalla no tenía ganas de jugar a juegos de adivinanzas, y sus teorías sobre Elecia eran tan interminables como la Gran Vía Imperial. Por fortuna, Aldrik no la hizo sufrir más.

—Elecia es mi prima.

—¿Qué? —preguntó Vhalla al tiempo que contenía la respiración.

Una sonrisa comprensiva curvó las comisuras de los labios de Aldrik al ver su sorpresa.

—Estoy seguro de que sabes que mi madre era una princesa occidental. Cuando el Oeste fue derrocado, su padre perdió su trono como rey, pero en un esfuerzo por que la transición fuese pacífica, su hijo mayor, mi tío Ophain, fue nombrado lord del Oeste. Mi tío tenía un hijo que luego se casó con una mujer norteña y tuvieron una hija.

—¿Elecia? —susurró Vhalla con los ojos como platos, a medida que su cerebro seguía el hilo de la historia. Esto lo explicaba todo sobre la mujer: su aspecto, su comportamiento, su actitud protectora hacia Aldrik. Ahora Vhalla lo entendía todo.

Aldrik asintió.

—Nació cuando yo tenía siete años. Hicimos un viaje al Oeste poco después, pero no era más que un bebé. No la conocí bien hasta que fuimos adultos —continuó.

Había un pitido en los oídos de Vhalla y el alivio hormigueaba por toda su piel. *Elecia no era su amante* . No era su prometida. Era un miembro de su familia.

—Creía que ya lo sabías.

—¿Cómo iba a saberlo? —preguntó Vhalla con un toque de desesperación. Había leído muchos libros, pero no era como si estudiase linajes de manera específica y pudiese haber recordado justo este detalle.

—Nos llamamos igual —dijo Aldrik como quien no quiere la cosa.

—¿Qué? —Vhalla lo miró como si estuviese loco.

—Ci'Dan, el apellido de mi madre.

La misteriosa «C» por fin tenía una explicación.

—Aldrik *Ci'Dan* Solaris —susurró Vhalla—. Entonces, ¿qué estaba haciendo en tu habitación… de noche? —Vhalla se reprimió de hacer ningún comentario sobre el estado muy muy casual de su ropa.

—Ah, eso. —Aldrik desvió la mirada—. No he dicho nada hasta ahora porque estaba preocupado por que no funcionase.

—¿El qué? —preguntó Vhalla, al tiempo que se preguntaba qué otra cosa obvia se le podía haber pasado por alto.

—Elecia es una Rompedora de Tierra. Tiene mucho talento en muchos

aspectos, pero tiene un don natural para la curación. Lee cuerpos como si fuesen libros abiertos. —Aldrik sonrió y se levantó—. Vhalla, mírame. —La joven frunció los labios, pero no vio nada distinto—. Con vista mágica.

Vhalla cambió su vista y vio una imagen que no había visto jamás. El cuerpo de Aldrik estaba envuelto en llamas blancas con toques dorados, tan brillantes que su piel misma refulgía un poco. Jamás lo había visto brillar con tal fuerza. Solo entonces se dio cuenta de la razón. El punto oscuro en su costado había desaparecido.

Vhalla se levantó de un salto, alargó la mano y la puso sobre la cadera de Aldrik. Cambió de vista una vez más y levantó los ojos hacia su cara. El príncipe no hacía más que sonreír ante la sorpresa de Vhalla.

—¿Est… estás curado? —preguntó con tono incierto.

—Lo estoy —confirmó con una sonrisa radiante—. Eso sí, fue un proceso largo. Ha costado casi dos días de su trabajo y del mío. Elecia no se ha movido de aquí durante ese tiempo.

Vhalla respiró despacio. Nunca había visto al príncipe sonreír tanto. La risa subió burbujeando desde su estómago y escapó por su boca en una melodía alegre. Desde que lo conocía, Aldrik había estado sufriendo a causa de esa herida. Había sido, de manera muy literal, un punto negro sobre él durante meses. Y ahora se había librado de él.

—Desearía haber podido ayudar —dijo en voz baja.

—No quería cansarte más de lo necesario —repuso él, mientras deslizaba con timidez los dedos por la mejilla de Vhalla. El contacto dejó una estela ardiente a su paso—. Sobre todo después de la tormenta de arena.

—La próxima vez, al menos dímelo —lo regañó con tono severo.

—Lo prometo —le aseguró Aldrik.

—Creía… —Vhalla sacudió la cabeza con una risita—. Creía que estabas con ella —confesó, y apartó la mirada.

—Y yo creía que todo era obvio para ti —dijo él con suavidad, asombrado por la confusión de la joven—. No solo en cuanto a Elecia, sino… —Aldrik se pasó una mano por el pelo y, al darse cuenta del desastre que ella había formado en la parte de atrás, esbozó una leve sonrisa—… con todo. Estaba seguro de que, con cómo actuaba solo

contigo, tenías que saberlo.

Vhalla se sonrojó y se miró los pies. Larel había intentado decírselo. Sería mentira si dijese que no había albergado esperanzas, pero estaba claro que nunca había creído que fuese verdad. Siempre había habido una explicación más probable y conveniente. Otra cosa cruzó su mente y sus ojos volaron de vuelta a los de Aldrik.

—Si estás curado, el Vínculo… ¿sigue ahí? —Sintió un pequeño arrebato de pánico. Aldrik se rio entre dientes.

—Sigue ahí. Mis más sinceras disculpas, Vhalla Yarl, pero por lo que sabe la comunidad académica de hechiceros, estamos Vinculados de por vida.

—Perdóname por no estar destrozada por la noticia. —Vhalla sonrió de oreja a oreja.

Él se rio otra vez y le dio un apretoncito suave en la mano.

Vhalla se echó atrás en el sofá con un suspiro de alivio. La pasada media hora la golpeó de sopetón y, de repente, se sentía exhausta. Aldrik volvió a su sitio al lado de ella, pasó un brazo por sus hombros, el costado pegado al de Vhalla, y ella se inclinó hacia él por instinto. Apoyó la cabeza en el hombro de su príncipe y se alegró de ver que no hizo nada por apartarse.

—Vhalla —susurró él con suavidad.

—¿Aldrik? —repuso ella mientras cerraba los ojos y se permitía disfrutar de su calor.

—¿Lo has dicho en serio? ¿O ha sido solo un arrebato momentáneo?

Vhalla se enderezó para mirarlo a la cara con atención.

—¿Qué?

—Antes. —Aldrik apartó la mirada—. Me dijiste que…, tus sentimientos…

Vhalla hizo una pausa, vacilante. *¿Le estaba dando la opción?* ¿Le estaba pidiendo que eligiera? Aldrik parecía incapaz de sostenerle la mirada, los ojos perdidos al otro lado de la habitación sobre nada en particular. Vhalla aspiró una bocanada de aire temblorosa. Alargó la mano, puso las yemas de los dedos debajo de la barbilla del príncipe

heredero y guio sus ojos de vuelta a los de ella.

—Aldrik, *no* fue un impulso. —Vhalla habló despacio, de manera deliberada—. Ni siquiera era la primera vez que lo decía en voz alta. —Sonrió con ternura al ver su sorpresa.

—¿Cuándo? —preguntó, pero sus labios apenas se movieron.

—¿Cuándo lo admití? Solo después de la tormenta de arena. ¿Cuándo ocurrió? Mucho antes. —Se encogió de hombros; era inútil intentar negarlo. Vhalla devolvió la mano a la de él y contempló sus dedos entrelazados. Solo esa imagen la llenaba de alegría.

—Lo intenté —suspiró él. La tristeza en su voz contrastaba de manera marcada con el tono de sus conversaciones anteriores—. No lo esperaba, después no quise que ocurriera. Traté de explicártelo el día del veredicto. Cualquier tipo de relación conmigo es peligrosa.

—No me importa. —Las palabras salieron por su boca antes de que tuviese tiempo de filtrarlas, pero cuando él sacudió la cabeza en su dirección, descubrió que no se arrepentía de ellas. Aldrik se rio con suavidad y se levantó.

—Eres una mujer bastante imposible.

—Le dijo la sartén al cazo. —Vhalla le dedicó una sonrisa sarcástica.

Se vio recompensada por el rico sonido de la risa de Aldrik mientras este la ayudaba a levantarse.

—Tengo algo de trabajo que hacer —explicó con expresión de disculpa.

—¿De qué tipo? —Vhalla lo hizo parar, pues no estaba dispuesta a marcharse todavía.

—Estrategia, planear cómo encajar a las tropas nuevas que van a llegar, dónde adquirir las raciones que quizás necesitemos —enumeró Aldrik.

—¿Podría ayudar en algo? —Vhalla se alegró de no haber pensado antes de hablar; de otro modo, quizás no lo hubiese hecho. Ofrecerle ayuda al príncipe heredero con asuntos de estado era demasiado atrevido, demasiado fuera de lugar. *Aunque, claro, también lo era besarlo* . Vhalla desplazó su peso de un pie al otro mientras observaba su cara de sorpresa.

—En realidad —caviló Aldrik en voz alta—, sí que podrías.

Aldrik la condujo hacia la mesa con entusiasmo. Desperdigó los papeles y empezó a hacerle un resumen de la situación. Vhalla se sorprendió de constatar lo agradable que era utilizar el cerebro otra vez. Llevaba meses ya fuera de su elemento, lejos de libros y conocimiento. Era como estirar un músculo que había estado languideciendo durante demasiado tiempo.

Aldrik hacía girar una pluma de cuervo con punta dorada entre sus dedos mientras hablaba, y Vhalla mordisqueaba, pensativa, el final de una pluma de sobra que había convertido en propia. Había descubierto que una ventaja de su intelecto era que podía concentrarse en lo que el príncipe estaba diciendo y en sus ágiles dedos al mismo tiempo. A Vhalla no se le pasaba nada por alto, ni sus conocimientos ni lo hábiles que eran sus largas manos.

—¿Cuántos kilos de carne ahumada nos está proporcionando el Oeste? —preguntó Aldrik desde el otro lado de la mesa.

—Unos doce mil quinientos —repuso Vhalla, al tiempo que anotaba a toda velocidad los números en una lista nueva como él le había enseñado.

—Eso no es suficiente —musitó—. Tendremos que pedirles más a los lores del Oeste.

Vhalla detuvo su pluma y miró al príncipe de pelo oscuro sumido en sus pensamientos. Casi podía oír las palabras resonar por su mente.

—Sé cómo podrías conseguir más.

—¿Qué? —Aldrik levantó la vista, sobresaltado.

Vhalla respiró hondo, con la esperanza de haber organizado sus pensamientos lo bastante bien.

—El Oeste vive de la caza menor y de la pesca en la costa, así como de importaciones del Este y del Sur. —Recordaba haber leído eso—. No puedes pedirles nada más a los lores y las damas tan adentro en el Páramo. Lo más probable es que ya estén preocupados por sobrevivir a las temporadas bajas del comercio.

—Entonces, ¿qué propones? —Aldrik apoyó los dedos en la mesa y la evaluó como un príncipe.

Vhalla vaciló, pero solo un instante. Sabía lo que había leído y lo que había vivido.

—En Paca, Cyven, se celebra todos los años un Festival del Sol con cerdos de exhibición. Se sacrifican poco después y se ahúman en invierno para venderse en la Encrucijada. Forma parte de una especie de migración de carne que sustenta al Oeste.

Los ojos de Aldrik centellearon cuando se dio cuenta de repente de a qué se refería.

—Si el imperio comprara más o menos el ochenta por ciento de este influjo en el mercado, es probable que ahí tuvieras la diferencia que necesitas para la guerra. Pero, para asegurarte de que los lores y las damas del Oeste no se preocupan por sus almacenes, deberías mandar a granjeros de vuelta al Este con órdenes de regresar con grano extra, y subvencionar el desplazamiento de los granjeros —terminó Vhalla.

—Sí —murmuró Aldrik, y una gran sonrisa se desplegó en sus labios —. Además, la doble ronda de negocio también debería ayudar a las economías tanto del Este como del Oeste.

Anotaba cosas a una velocidad endiablada. Luego dobló tres cartas rápidas y las selló con algo de cera caliente. Vhalla observó asombrada cómo se movía su sello dorado. *¿Acababa de hacer ella eso?*

—Debería enviar estas de inmediato. —Aldrik se encaminó hacia la puerta, pero hizo una breve pausa para mirarla con lo que Vhalla se atrevería a decir que era asombro—. Cuando vuelva, me gustaría discutir un par de ideas más contigo.

—Por supuesto, mi príncipe. —Su propia sonrisa rompió a través de su aturdimiento.

Aldrik volvió en tiempo récord y su silencioso trabajo previo se volvió de pronto muy charlatán. Vhalla se dio cuenta pronto de que el príncipe quería que ella lo pusiera a prueba. Oponerse a lo que decía el príncipe iba en contra de todo lo que le habían enseñado a Vhalla en la vida, pero Aldrik crecía con ello. No se guardaba nada y Vhalla tuvo que echar mano de todos los libros que nunca había leído sobre geografía, historia, economía y gentes del imperio para mantenerle el ritmo.

Era al mismo tiempo emocionante y agotador.

Vhalla se puso las manos en los riñones y se estiró. El sol empezaba a

bajar ya y convertía la habitación en un caleidoscopio de preciosos colores proyectados por el cristal.

—¿Alguna vez dejas de trabajar?

Aldrik le sonrió. No podía ocultar lo mucho que se estaba divirtiendo toda la tarde; Vhalla tampoco.

—Un imperio no se dirige solo. —Dio un par de golpecitos con la pluma en la mesa—. Y soy el triple de productivo contigo aquí, así que debo aprovechar la circunstancia al máximo. No tenía ni idea de que fueras una mujer de estado tan innata.

Vhalla se sonrojó.

—¿Tienes hambre? —Miró los cristales de colores un segundo antes de sacar su reloj de un bolsillo. El tiempo se le había pasado volando también a él.

—Un poco.

—¿Qué quieres tomar? Te conseguiré lo que te apetezca.

Aldrik agarró la chaqueta que había dejado tirada en el suelo en algún momento de la tarde y la deslizó por sus brazos.

—Cualquier cosa.

—Soy el *príncipe heredero* , ¿sabes? —Sonrió con suficiencia.

—Menudo abuso de poder —lo regañó en broma.

Aldrik se enderezó y terminó de abrochar los botones de su cuello.

—Hay que ver las cosas que hacemos por amor. —Se encogió de hombros y se pasó las manos por el pelo.

Vhalla abrió los ojos como platos y lo miró pasmada cuando él se giró otra vez hacia ella; todavía estaba intentando procesar sus palabras.

—Aldrik —susurró. Él hizo una pausa, dejó caer las manos a los lados.

—¿Comida?

—Sorpréndeme. —La comida era, de repente, lo último que tenía en la cabeza.

Aldrik asintió y salió con determinación de la habitación.

Vhalla contempló la llama de una vela sobre la mesa, sumida en sus pensamientos. Parecía irradiar la esencia del príncipe, cada parpadeo parecía el eco de las palabras de Aldrik. Vhalla alargó una mano y la deslizó por encima de la llama, distraída.

Aldrik regresó antes de lo esperado.

—La traerán en… —Sus palabras vacilaron—. ¿Qué estás haciendo?

—Oh, algo que los niños se retan a hacer. Bueno, niños que no sean Portadores de Fuego. —Vhalla se echó a reír, pero paró enseguida cuando vio que la expresión seria de Aldrik no había cambiado—. No duele —explicó, pensando que quizás no supiese lo que podían soportar los no Portadores de Fuego en cuestión de fuego.

—¿Estás segura? —Sus ojos saltaron hacia la mano de Vhalla.

Esta devolvió su atención al apéndice en cuestión y lo miró pasmada. Sus dedos llevaban toda la conversación justo sobre la llama, inmóviles desde el momento en que él la había sorprendido. Observó cómo el fuego titilaba sobre su piel como un simple calorcillo.

—¿Qué…? —susurró, confusa, y retiró la mano de la vela a toda prisa. Sus dedos ni siquiera estaban rojos. Aldrik cruzó la habitación para inspeccionar también la mano—. ¿Por qué no me he quemado?

—Es probable que se deba al Vínculo —susurró, al tiempo que agarraba a toda velocidad un pergamino en blanco en el que escribir —. Tú tienes algo de mi magia en ti y yo tengo algo de tu magia en mí, quizás más que *algo* después de la Unión. Yo no puedo quemarme con mis propias llamas, así que es lógico que esa protección se extienda también a ti.

—Mi viento nunca te ha afectado como a los demás. —Aldrik lo pensó un poco y Vhalla utilizó su expresión pausada como invitación para continuar hablando—. El torbellino de la Noche de Fuego y Viento.

Vhalla se sorprendió por la facilidad con la que pudo hablar del tristemente famoso suceso. Aunque todavía le dejaba un sabor amargo en la boca, el recordatorio de algo horrible. Pero ya no le repugnaba.

—¿Lo probamos? —sugirió—. Tu fuego es más fácil que mi viento.

Aldrik estiró un brazo con el puño cerrado, luego abrió este para

formar una chispa tenue, en su mayor parte roja con un toque anaranjado. Vhalla sabía que podía hacer que las llamas rodearan también su propia mano con la misma facilidad, pero en lugar de eso, las llamas permanecieron en la palma de la mano del príncipe. La miró con expresión incierta y Vhalla se dio cuenta de que la esperaba a ella.

Le entraron ganas de reír. ¿No era así siempre entre ellos? Él le ofrecía conocimiento, poder, deseo, en la palma de la mano, abierta justo delante de ella. Pero nunca daba un paso adelante, nunca se lo imponía. Durante toda su relación, él se dedicaba a esperar. Y todas las veces, ella aceptaba lo que le ofrecía.

Vhalla hundió los dedos con valentía en ese calor tentador. No era del todo igual que el viento, pero algo hormigueó en la periferia de sus sentidos, algo que solo podía describir como la esencia del fuego. Sonrió asombrada.

De repente, la mano de Aldrik se cerró en torno a la suya. Las lenguas de fuego serpentearon entre sus dedos, treparon ávidas por su brazo y chamuscaron su túnica. Tan de cerca, proyectaban un sobrecogedor surtido de rojos, naranjas y amarillos sobre el rostro anguloso del príncipe heredero, que levantó ahora su otra mano hacia la mejilla de Vhalla. El fuego centelleó debajo de su pulgar mientras lo deslizaba por la piel de la joven.

Los ojos de Vhalla aletearon antes de cerrarse, la magia de Aldrik rozó contra la suya como una invitación susurrada. Era una sensación extraña y placentera que enseguida la cautivó y la controló. Cedió a los ligeros tirones sobre su barbilla que la guiaban hacia delante y hacia arriba. Los labios de Aldrik rozaron los suyos y Vhalla inspiró de repente, respirando fuego imbuido con la esencia cruda del príncipe.

Una llamada a la puerta los separó del susto. Las llamas se esfumaron a toda velocidad.

—No te preocupes —susurró Aldrik—. Siempre soy una persona privada, así que nadie lo cuestiona cuando tengo razones para serlo. —El príncipe llevaba una sonrisa cómplice dibujada en la cara—. Déjalo ahí —le dijo a quien fuese que estuviera al otro lado de la puerta.

Vhalla deslizó los dedos por sus propios labios. Comida era lo último que tenía en la mente. Había encontrado un tipo de sustento diferente.

Aldrik empujó un carrito rodante con un verdadero festín y le hizo a

Vhalla gestos rápidos para que se acercara cuando captó su mirada hambrienta. Vhalla se percató del rubor instantáneo de sus mejillas, de cómo se acortaban sus respiraciones, y supo que si pusiera la palma de una mano sobre el pecho del príncipe, su corazón estaría latiendo a toda velocidad, tan deprisa como el de ella.

—Vamos a desperdiciar un montón de comida. —Con una risa alegre, Vhalla se alejó de ese momento de acaloramiento.

Acabaron juntando los dos divanes para crear una plataforma sobre la que cenar. Aldrik se sentó en un rincón del medio cuadrado que formaban los respaldos al juntarlos y Vhalla ocupó el otro. El príncipe describió los alimentos que los rodeaban con una precisión de experto, aportando además información sobre sus orígenes o la mejor manera de disfrutar de ellos. Hablaron de la etiqueta a la mesa y de las diferencias entre culturas.

—¿Te gusta más el Oeste o el Sur? —preguntó Vhalla entre bocado y bocado.

—¿En qué? ¿La comida? —Tomó una cucharada de arroz.

—En todo —especificó ella.

—Es una elección difícil. A los hechiceros sin duda los tratan mejor en el Oeste; como resultado, en general me quieren más aquí. Pero me crie en el Sur; mis lazos con el Oeste, en cambio, se han generado solo con visitas. El palacio es mi hogar. —Aldrik volvió la pregunta hacia ella—. ¿Y tú? ¿Este o Sur?

Vhalla masticó su comida un momento para darse tiempo de pensar.

—En realidad, no es demasiado difícil… estuve muy poco en el Este. —Vhalla bajó la vista hacia la comida; en momentos como ese, odiaba los recordatorios de quién era en realidad. Hacían añicos sus fantasías —. El palacio también es mi hogar en la mayoría de los aspectos.

—¿Cómo es el hogar de tu infancia? —Aldrik se estiró para tomar algo de una bandeja.

La idea de hogar tenía para ella una belleza de un tipo agridulce.

—Mi casa es un sitio pequeño. De piedra, con un tejado que estaba muy necesitado de un buen arreglo la última vez que estuve ahí. Tenemos un establo de madera para albergar a un caballo para el arado.

—Me gustaría verla —dijo, como quien no quiere la cosa. Vhalla no pudo reprimir una carcajada y Aldrik la miró con el ceño fruncido—. Es verdad.

—¿El príncipe heredero? ¿En Leoul? ¿En mi casa? —Vhalla volvió a reírse—. Mi padre podría desheredarme por dejar entrar a alguien como tú.

El resto de la conversación fue relajada y cómoda entre ellos. Charlaron, descansaron con comida a su alrededor en los divanes y la mesa, y hablaron hasta bien entrada la noche sobre todo y nada. Cuando estuvo claro que los dos estaban llenos, Aldrik se levantó para recoger los platos y Vhalla lo ayudó. Las viejas costumbres tardan en perderse; parecía raro ver al príncipe del reino recoger su propia comida cuando ella estaba ahí. Él insistió en que podía hacerlo solo; ella insistió en que lo ayudaría.

Vhalla esperaba a Aldrik cuando volvió de dejar el carrito en el pasillo para que lo recogiera el personal de servicio. En el exterior de la vidriera, el mundo estaba oscuro y Vhalla sabía que era tarde.

—Debería irme —susurró.

Aldrik la miró en silencio durante un momento largo. Tomó las dos manos de la joven en las suyas.

—Quédate.

—¿Aldrik? —preguntó Vhalla.

—Quédate aquí —insistió. Vhalla se mordió el labio, sin saber muy bien qué le estaba pidiendo—. Tengo espacio más que suficiente. Elecia dijo que los divanes son cómodos.

—¿Por qué?

—Porque te quiero cerca. No quiero que te vayas. —Su franqueza la tocó, y Vhalla sintió que su corazón adquiría la misma velocidad que antes.

—No debería. —Sus palabras sonaron débiles, ahogadas. *¿Le estaba pidiendo lo que creía que le estaba pidiendo?*

—Tienes razón. —Asintió, su voz suave y profunda—. ¿Lo harás?

Vhalla trató de encontrar razones para objetar. A Fritz y a Larel seguro

que no les importaba, y había poca gente más que pudiera percatarse de su ausencia. Aldrik no había mencionado de manera explícita que fuese a compartir su cama, pero ¿ocurriría? Vhalla tragó saliva. Si ocurría, *¿estaba preparada para ello?* Si no lo estaba, sabía que Aldrik no la forzaría a hacer nada que no quisiera. Todo el raciocinio de Vhalla le decía que aquella era una mala decisión.

Pero estaba demasiado abrumada por la proximidad de Aldrik.

—Lo haré. Me quedaré —susurró.

Él se rio con suavidad mientras negaba con la cabeza.

—Es la primera vez.

—¿El qué?

—La primera vez que le he pedido a una mujer que se quede conmigo sin tener ni idea de cómo respondería. —Aldrik la miró aliviado. Era algo extraño de decir, pero las palabras del príncipe Baldair volvieron a la cabeza de Vhalla. Sus historias sobre la cacería, sobre cómo su hermano sabía exactamente lo que ocurriría, exactamente lo que incluso ella haría. Aun así, daba la impresión de que el famoso príncipe y su discurso no habían calculado lo que estaba sucediendo entre ellos. Su propio alivio la inundó por dentro.

—¿Cuántas veces le has pedido a una mujer que se quede contigo? —se burló con dulzura.

—Bueno. —Aldrik no parecía encontrar las palabras—. ¿Antes de esta? No demasiadas que importaran lo más mínimo.

Vhalla notó un intenso rubor por todo el cuerpo. Dio medio paso hacia él para cerrar el espacio que los separaba. Aldrik inclinó la mejilla hacia los atrevidos dedos de ella, que dejaban trazos ligeros como una pluma por su pómulo pronunciado. Vhalla acarició su frente, bajó por su nariz, el borde de su mandíbula… quería recordar cada detalle con exactitud. Su pulgar rozó el borde de sus labios y notó que actuaba sin pensar.

Aldrik inclinó la cabeza para encontrarse con ella a medio camino para atraparla en un beso lento y determinado. Cada movimiento, cada breve apertura de su boca, hacía que Vhalla deseara más. Los dedos de Aldrik se enterraron en su pelo y sintió que tiraba de ella contra él. Vhalla suspiró con una relajación suave cuando sintió que la magia de Aldrik se deslizaba por encima de su piel una vez más.

El príncipe se apartó de repente.

Vhalla tragó saliva, parpadeó confundida.

—Aldrik… —Su voz sonó extraña en sus propios oídos, cambiada por el deseo.

—Te quiero, Vhalla —se forzó a decir Aldrik.

Vhalla echó la cabeza atrás sorprendida, los ojos como platos. Su corazón latía como un martillo mientras se repetía esas palabras en la mente.

—*¿Qué?* —Por alguna razón, había borrado de su conciencia la idea de que él pudiese tener los mismos sentimientos por ella que los que tenía ella por él.

—Te quiero —repitió, y un fuego decidido se iluminó en sus ojos—. Es una de las peores cosas que podría hacer jamás —confesó Aldrik—. Juro ante la Madre que he intentado no condenarte con ello, pero eres una presencia bastante persistente y preciosa en mi vida. Y por una vez, el príncipe de labia incorregible está cansado de fingir.

CAPÍTULO 19

Vhalla movió un montón de mantas a su alrededor. Tenía la cabeza embotada por el sueño y rodó hacia un lado. Unos dedos largos se deslizaron por su pelo, aunque se engancharon con suavidad en los nudos. Se acurrucó mejor en la almohada, sin abrir los ojos, y alargó las manos hacia Aldrik por debajo de las mantas. Sin embargo, aunque lo encontró, no pudo tocarlo.

—Buenos días. —Aldrik estaba sentado a su lado sobre las mantas. Estaba apoyado contra las almohadas y el cabecero de la cama, la rodilla más alejada de ella flexionada, una tabla con papeles apoyada en ella. Vhalla se fijó en que los dedos de su mano derecha ya estaban manchados de tinta, por lo que debía de llevar ya un rato trabajando.

—Buenos días, mi príncipe —le dijo con una sonrisa. Vhalla recordaba acurrucarse con él en los divanes para darse mil besos la noche anterior, pero no parecía capaz de recordar cómo habían llegado hasta la cama. No obstante, era una montaña de plumas en la que podía

hundirse, su ropa seguía en su sitio y no recordaba haber tomado nada que pudiese haberla hecho perder la cabeza, así que no estaba demasiado preocupada porque hubiese pasado nada inapropiado.

Vhalla se apoyó en los codos y se frotó los ojos. Las cortinas de la habitación adyacente estaban un pelín abiertas y el rayo de luz que cortaba a través del aire le indicó que hacía un rato que había amanecido.

—¿Qué hora es?

Aldrik se movió un poco. Solo llevaba una camisa de algodón, negra esta vez, y pantalones también negros. Vhalla caviló sobre cómo nunca lo había visto con nada menos que manga larga y pantalones largos, salvo la noche con Elecia. Aldrik sacó un reloj familiar del bolsillo.

—Las ocho y media pasadas. —Cerró el reloj con un *clic* y lo guardó de nuevo.

—Las ocho y media pasadas y estás levantado y trabajando. *Y* te has dado un baño. —Notó que tenía el pelo muy bien peinado—. ¿Acaso no duermes? —La almohada ahogó el final de sus palabras cuando volvió a caer sobre ella.

—Por lo general, no demasiado. —Su pluma arañó sobre el pergamino.

—¿Por lo general? —repitió, al tiempo que retorcía la cara para mirarlo desde debajo de las mantas.

—Ayer por la noche dormí bien.

—¿Cómo llegamos hasta la cama? —No pudo evitar preguntarlo.

—Te traje cuando vi que te habías dormido. Supongo que mi historia sobre el reino de Mhashan era *muy* aburrida. —Aldrik la miró por el rabillo del ojo. Vhalla soltó una risita culpable—. Aunque Elecia tenía razón —continuó—. No tengo queja de los divanes.

Vhalla rumió eso durante un segundo.

—Espera —exclamó—, ¿has dormido en los divanes? —Vhalla rodó sobre el costado para mirarlo bien.

—Por supuesto. —Frunció un poco el ceño—. No creerías que me iba

a colar en tu cama e iba a pasar la noche yaciendo contigo sin tu permiso, ¿verdad?

Vhalla lo miró estupefacta. Había dado por sentado que quedarse dormida en sus brazos después de besarse durante media noche sería permiso suficiente, pero tomó nota de la caballerosidad de su declaración. Sin embargo, toda ternura acerca del sentimiento fue sustituida enseguida por risas.

—¿Qué pasa? —le preguntó él con mirada inquisitiva.

—He echado al príncipe heredero de su cama. —Rodó sobre la espalda muerta de risa—. Oh, es una historia que me encantaría poder compartir con alguien.

Aldrik agarró las mantas y las tiró sobre la cara de Vhalla.

—Eres muy irritante por las mañanas —le dijo, con un toque de diversión.

Eso hizo que a Vhalla le diera otro ataque de risa tonta.

—Oh, cómo lo siento, poderoso Aldrik. —Se incorporó y se quitó las mantas de encima—. ¿Perturbo tu rutina? —Vhalla apoyó las manos en la cama entre ellos y se inclinó hacia el príncipe.

—Mucho. —Aldrik sonrió.

—Muy bien, entonces me iré enseguida.

Vhalla columpió los pies fuera de la cama. Oyó el frufrú de unos papeles antes de que Aldrik se estirara hacia ella y la agarrara de los hombros para tirar de ella y sentarla en su regazo. Se inclinó sobre ella y apretó los labios contra los suyos. Vhalla suspiró con suavidad. Podía acostumbrarse a despertarse de ese modo.

—No me he lavado la boca todavía. —Se apresuró a tapársela con la mano cuando él se apartó.

—Ya lo sé. Y sabe espantosa. La sala de baño está ahí. —Sonrió y señaló hacia una puerta adyacente.

Vhalla lo miró ceñuda mientras se levantaba. Nunca había conocido a un hombre que pudiese ser semejante imbécil al tiempo que seguía siendo tan apuesto. En cuanto cerró la puerta del cuarto de baño, Vhalla reprimió otro ataque de risa.

Todo lo que estaba pasando era una absoluta locura. Lo contenta que estaba era una absoluta locura. Vhalla tarareó mientras deslizaba la mano por la encimera oscura. Era de mármol negro y el grifo estaba bañado en oro. La bañera era lo bastante grande para que cuatro personas cupieran sentadas con comodidad, como una pequeña piscina tallada en piedra. Había también un vestidor adyacente con más ropa de la que jamás hubiese imaginado que Aldrik llevara consigo en el viaje. La habitación entera era tan opulenta como el edificio en sí, y Vhalla no podía creer que tuviera un lugar ahí.

Había unas cuantas botellitas sobre la encimera, entre ellas uno o dos elixires clericales casi vacíos. Vhalla caviló sobre cuál de ellas utilizaría Aldrik para su pelo, mientras olía varias que tenían un aroma fresco a eucalipto hasta localizar una con la que enjuagarse la boca. Vhalla se lavó la cara y pasó sus manos mojadas por su pelo. Se quedó un poco pegado hacia atrás por la humedad y ella se rio.

—Mira, soy tú. —Vhalla abrió la puerta. Aldrik la miró y volvió a sus papeles.

—Está espantoso —murmuró.

—Vamos, vamos, no seas desagradable contigo mismo. —Se rio alegre y se sentó enfrente de él sobre el borde de la cama—. Yo creo que a ti te queda muy bien. —Vhalla deslizó los dedos por su pelo para devolverlo a su habitual aspecto desaliñado. Aldrik la miró por encima de sus papeles, pero no dijo nada, aunque Vhalla podría haber jurado que había visto indicios de una sonrisa en su cara.

—Bueno, ¿qué vas a hacer hoy? —preguntó.

—No estoy segura. Supongo que volveré y… comprobaré qué van a hacer todos los demás. —Vhalla se encogió de hombros.

—¿Volverás esta noche? —Aldrik hizo una pausa, pendiente de su reacción.

—¿Esta noche? —No lo había pensado.

—Sí, mi loro. —Aldrik sonrió al verla fruncir el ceño—. Esta noche, ¿volverás?

Aldrik colocó sus papeles con cuidado sobre las almohadas que ella había ocupado hacía unos minutos. Devolvió la pluma al tintero sobre la mesilla.

—¿Quieres que venga? —Vhalla quería oír cómo lo decía directamente.

—Sí. —Aldrik asintió.

—Entonces, vendré.

—¿Tú quieres venir? —le devolvió la pregunta.

—Por supuesto que quiero. —Aldrik parecía aliviado por su respuesta —. Estar cerca de ti es…

Se oyó a alguien llamar con fuerza a la puerta; los dos miraron hacia la otra habitación. Vhalla se giró hacia él y vio una profunda arruga en la frente de Aldrik.

—¿Hermano? —bramó una voz desde el pasillo—. ¿Estás despierto?

—Quédate aquí —le dijo Aldrik en voz baja.

Vhalla asintió en silencio.

Aldrik columpió los pies por el borde de la cama y se levantó. Echó a andar hacia la puerta, pero hizo una breve pausa. Pasó la mano por detrás de la cabeza de Vhalla, se inclinó sobre ella y le dio un suave beso en la frente. Ella le regaló una sonrisa radiante y él le devolvió una cansada.

Cerró las puertas correderas de papel a su espalda al salir del cuarto. Vhalla se dejó caer en la cama con un suspiro satisfecho. Sería feliz si se quedaran para siempre en la Encrucijada. La guerra simplemente podía seguir su curso y el emperador podía volver al Sur a seguir gobernando. Sería feliz si Aldrik y ella pudiesen esconderse ahí para siempre.

Vhalla contuvo la respiración cuando oyó que la puerta se abría.

—Buenos días, hermano. —Vhalla oyó al príncipe Baldair entrar en la habitación mientras hablaba, aunque estaba bastante segura de que su hermano mayor no le había dado permiso para hacerlo.

—Baldair —lo saludó Aldrik con sequedad. Incluso a ella le costaba conciliar esa voz con el hombre que la había besado hacía tan solo unos instantes—. ¿A qué debo este… *placer?*

—No interrumpo nada, ¿verdad? —inquirió el hermano pequeño.

—Está claro que no. —Aldrik suspiró—. ¿Solo has venido a eso?

—Ah, no. Han llegado exploradores. Las fuerzas del Oeste se reunirán con nosotros en cuestión de una hora, dos como mucho. —Vhalla oyó cómo se acercaba la voz del príncipe Baldair.

—¿Ah, sí? Excelente. Tendré que prepararme para su llegada, entonces. —La voz de Aldrik también sonaba más fuerte.

Vhalla se sentó. *¿Debería esconderse?*

La sombra de Aldrik apareció al otro lado de las puertas talladas, bloqueando el paso de su hermano.

—Si me perdonas.

—Buenos días, Vhalla —llamó el príncipe Baldair.

A Vhalla se le paralizó el corazón. *Una noche* , se había permitido el lujo de hacer lo que quería una sola noche y el mundo no podía darle ni eso.

—Pareces bastante tonto gritándole a una habitación vacía —se burló Aldrik.

Vhalla se preguntó cómo mantenía la compostura tan bien.

—Tú sí que pareces tonto, hermano, por dejarte pescar por algo tan simple —replicó el príncipe Baldair—. Escogiste este lugar por su seguridad, por los registros que llevan de todo. —Su risa resonó desde el otro lado de las puertas y Vhalla hizo una mueca, al tiempo que se preguntaba cómo podía haber pensado alguna vez que era un sonido encantador—. Es asombroso que cometas un error tan tonto.

—¿Y cuál, si puede saberse, es ese error? —gruñó Aldrik.

El corazón de Vhalla latía a toda velocidad. No necesitaba verlo para saber que Aldrik tenía la mandíbula apretada, puede que incluso tuviese un puño cerrado; seguro que le estaba diciendo a su hermano exactamente lo que quería oír sin utilizar ni una sola palabra.

—Se registró la entrada de una tal señorita Vhalla Yarl ayer por la noche, pero nunca se registró su salida —proclamó Baldair casi triunfal. Vhalla tenía ganas de salir corriendo, pero su primera emoción fue una extraña curiosidad… el príncipe Baldair estaba vigilando a su hermano. Esa no era una información con la que podría

haberse cruzado de repente—. En serio, hermano, no es propio de ti; es muy descuidado por tu parte.

—A mí me parece que lo único descuidado son los registros de este lugar —intentó Aldrik.

Vhalla se preguntó si eso le sonaría más convincente a alguien que no fuese ella.

—¿Qué creéis que estáis haciendo los dos? —insistió el príncipe Baldair, que estaba claro que no se tragaba lo que le estaba contando su hermano.

—Nada de lo que tú tengas que preocuparte —gruñó Aldrik.

Vhalla se encogió un poco, consciente de lo que venía a continuación.

—¡Oh! ¿Ya no lo niegas? —El hermano de Aldrik lo había enroscado con sus propias palabras—. No te dejes engañar por él, Vhalla.

La joven de mordió el labio para evitar responder y poner al joven príncipe en su lugar.

—Basta ya. *Fuera, Baldair* . —Aldrik casi había perdido la paciencia.

—Muy bien, Aldrik, si quieres ser así. —Vhalla oyó cómo se alejaban las pisadas de las botas del príncipe dorado—. Pero deberías amañar el libro de registro antes de que Padre tenga ocasión de verlo.

—Gracias —dijo Aldrik a regañadientes.

Vhalla parpadeó. ¿Le estaba dando las gracias a su hermano después de todo eso? No podía imaginar la razón.

—Te veré dentro de una hora.

El ruido de la puerta al cerrarse señaló la partida del príncipe más joven.

Aldrik abrió las puertas correderas y Vhalla lo miró con impotencia. Él se dio cuenta de su expresión y se apresuró a cruzar la habitación para sentarse a su lado. Tomó las manos de Vhalla en las suyas.

—No pasa nada. —Se llevó los nudillos a los labios—. Todo irá bien.

—Pero… —protestó con vocecilla débil.

—Cambiaré el libro. No será ningún problema. —Aldrik le acarició la mejilla.

—¿Y tu hermano?

—No le hagas caso. —Aldrik suspiró.

—¿Por qué es así? —preguntó Vhalla, mientras dejaba que las caricias del príncipe la tranquilizaran.

—Es una larga historia entre nosotros. Pero ahora mismo, lo que tengo que hacer es cambiar ese libro, antes de que puedan llevárselo a mi padre.

A juzgar por la forma en que lo dijo, era una larga historia que ella no iba a oír.

—¿Qué pasaría si lo viese tu padre? —Vhalla sabía que el príncipe Baldair recibía a mujeres todo el rato. Aunque desde luego que no quería que pensaran en ella como en ese tipo de mujer, sobre todo por parte de Aldrik, parecía bastante injusto que un hermano pudiese llevar mujeres a sus habitaciones pero el otro no.

—No te preocupes por eso —dijo Aldrik con un suspiro.

—¿Qué pasaría? —insistió—. Aldrik, para de dejarme fuera. Aunque creas que es por mi propio bien.

Aldrik apartó la mirada.

—Tengo que prepararme para la llegada de las tropas.

—*¿Qué pasaría?* —espetó cortante. Aldrik se giró hacia ella sorprendido. Vhalla respiró hondo para tranquilizarse—. Solo dímelo.

—Después de dar mi testimonio en tu juicio, mi padre habló conmigo. —La voz del príncipe era apenas audible y no fue capaz de mirarla a los ojos—. Me preguntó si ibas a ser un problema.

—¿Un problema? —susurró Vhalla. Algo en el tono de Aldrik la ponía más nerviosa que todo el intercambio con el príncipe Baldair.

—Una… *distracción* de mis obligaciones. —Por fin se giró hacia ella—. Lo siento.

—¿Qué es lo que sientes? —Vhalla no lo entendía.

El príncipe se limitó a suspirar y apoyó la frente en la palma de su mano.

—Le dije a mi padre que te veía por lo que eras: una herramienta que necesitábamos y nada más; que te tenía en la palma de mi mano y que harías todo lo que yo te dijera. Que no era… que no éramos… más que un medio para un fin. —A Vhalla se le comprimió el pecho al oír la tensión en la voz de Aldrik—. Vhalla, yo no…

—Lo sé —lo interrumpió. Dolía saber que lo había dicho, pero sabía que él solo hacía lo que le parecía más apropiado. O al menos, eso esperaba. Aldrik la miró con escepticismo y ella le dio un suave apretón en la mano.

—Mi padre me dijo que esperaba que estuviese en lo cierto, porque demasiadas cosas recaían sobre mis hombros como para que el imperio agotara o invirtiera demasiado en una chica plebeya, sin importar lo especial que fuese su magia. —Aldrik puso los ojos en blanco ante esas declaraciones parafraseadas.

—Tu hermano estaba presente, ¿verdad? —Vhalla acababa de darse cuenta.

Aldrik hizo un leve gesto afirmativo.

Si no por tu bien, entonces por el suyo . Las palabras del príncipe Baldair se repitieron en su mente. *Te está utilizando, Vhalla* . Eso la hizo pensar. Era normal que Baldair hubiese visto todas las interacciones de Aldrik con ella con una luz muy diferente que ella, como objeto del afecto del príncipe heredero.

—¿Qué hará tu padre? Si…

—¿Si averiguara que has pasado la noche conmigo? —preguntó Aldrik —. ¿O que me he enamorado de esa chica plebeya especial? —Le sonrió con tristeza.

—¿Las dos? —Vhalla le recordó a sus entrañas que ahora no era el momento de estar revoloteando.

—De lo primero, quizás fuese capaz de librarme a base de labia. —Aldrik se pellizcó el puente de la nariz—. De lo segundo, no estoy tan seguro.

Vhalla se lo tomó como la verdad, aunque algo en la lejanía de la mirada de Aldrik le hizo sospechar que tenía alguna idea de lo que

ocurriría. Dejó caer el tema; tal vez algunas cosas era mejor no saberlas.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por hablar con sinceridad. —A Vhalla no se le había pasado por alto lo difícil que debía resultarle.

Aldrik se rio y sacudió la cabeza. Vhalla tiró de él para acercarlo, el príncipe cedió y se inclinó hacia delante. Sus labios conectaron por un momento, pero eso fue todo lo que hizo falta para tranquilizarla sobre casi todo lo que creía que sabía en el mundo.

—Tienes que ir a prepararte y amañar ese libro.

Vhalla se puso de pie, pero él la agarró de la muñeca.

—¿Vendrás de todos modos esta noche?

Ella parpadeó ante su pregunta. ¿Después de todo lo que acababa de decirle?

—No sé si sería muy… —empezó, muy consciente ahora de que no solo sería una mala idea, sino también una potencialmente peligrosa.

—Hay una entrada secreta —se apresuró a decir Aldrik.

Vhalla lo miró incrédula.

—Si había una entrada secreta, ¿cómo es que no la usé desde el principio?

—Porque tenía una razón para verte. —Una sonrisa taimada, medio torcida, tironeó de sus labios—. Porque no esperaba que te quedases a pasar la noche.

Vhalla se sonrojó y desvió la mirada de su apuesto rostro.

—Sigue siendo una mala decisión —susurró.

—Siempre lo será. —Aldrik se puso de pie y a Vhalla se le aceleró la respiración solo por su proximidad. El príncipe puso los dedos debajo de la barbilla de Vhalla y levantó su cara con suavidad—. Si quieres tomar la decisión *apropiada* y aceptada por todo el mundo, entonces márchate ahora, ten misericordia y termina con esto antes de que me

seduzcas más. Porque te prometo que esto no será fácil nunca, para ninguno de los dos, y me niego a quererte solo a medias.

Una vez más, Vhalla sintió que le ofrecía una elección. Los problemas no eran nada que no se hubiese dicho a sí misma antes. Los retos no eran nada que no se hubiese planteado ya. Aun así, oírle decirlo en voz alta lo hacía todo aún más aterrador. Él también parecía asustado, y si él estaba asustado, ella tenía todo el derecho a estarlo también. Pero al reconocerlo, Aldrik también le estaba diciendo que lucharía si ella lo hacía. Había mil cosas que querría contestarle.

—¿A qué hora? —Fueron las únicas palabras que salieron por su boca.

—¿A las seis? —El rostro de Aldrik encontró su sonrisa de nuevo y Vhalla sintió alegría al saber que ella había contribuido a ello.

—Perfecto.

Aldrik asintió y la condujo a la sala principal y detrás de la barra que ocupaba el espacio a la izquierda de la entrada. Fue hasta una estantería y tiró de una botella. Vhalla se sorprendió al ver que estaba conectada a una palanca de metal oculta. Se oyó un *clic* en alguna parte de la pared y Aldrik tiró de las baldas para revelar un pasadizo secreto. Mientras descendían el corto trayecto, una mota de luz apareció por encima de su hombro.

—¿Cómo supiste que existía esta entrada?

—No me gusta la sensación de poder quedarme atrapado en alguna parte. Nos alojamos en este hotel al principio de la guerra y he insistido en venir aquí siempre desde que el dueño me enseñó esto —explicó cuando llegaron a la planta baja—. A las seis —repitió.

Vhalla asintió.

—Sé puntual, soy el único que puede abrir esta puerta.

—Estaré aquí, lo prometo.

Aldrik apretó los labios contra su frente.

—Cuídate, no vaya a tener que quemar la Encrucijada entera en un ataque de ira.

Vhalla se rio bajito, muy consciente de que quizás no fuese del todo broma. Le sonrió de modo juguetón.

—Cuídate tú también, no vaya a tener que volar la Encrucijada por los aires en un ataque de ira. —Su descaro se vio recompensado con la risa de Aldrik y otro beso firme.

Aldrik apoyó la palma de la mano en la puerta y empujó. Vhalla se percató de que lo que había dicho Aldrik era muy cierto cuando vio que el metal donde debería haber una cerradura o un candado empezó a derretirse alrededor de su mano. El metal fundido se separó y la puerta se abrió despacio. Vhalla salió a la luz. No dijo nada y él asintió antes de cerrar la puerta, que tenía el mismo aspecto que la piedra de la pared exterior.

Vhalla esperó un momento, medio mareada por todo lo que había sucedido. Respiró hondo, dio media vuelta y echó a andar por las callejuelas de alrededor del edificio y de vuelta a la plaza principal. Llegada a cierto punto, se encontró incapaz de reprimir una risa atolondrada.

El vestíbulo de su hotel estaba tranquilo y Vhalla agradeció poder subir con discreción las escaleras y colarse en su habitación. Cerró la puerta, se giró y se apoyó en ella con un suspiro de felicidad. Si esto era un sueño, no quería despertarse nunca.

—Fritz, levanta; ha vuelto —murmuró Larel.

—¿Qué estáis haciendo vosotros aquí? —Vhalla parpadeó confusa en dirección a las dos personas que habían ocupado su cama.

—Fritz, *arriba* . —Larel le dio un empujón al hombre que dormía a su lado.

—Larel, nooo… —Fritz se tapó la cabeza con las mantas.

—*Ha vuelto* —bufó Larel.

De pronto, Fritz también estaba sentado muy tieso.

—Buenos días, Fritz, Larel —los saludó Vhalla como una niña a la que hubiesen sorprendido sus padres volviendo tarde a casa.

Fritz cruzó la habitación en un instante, le plantó las manos en los hombros.

—Ni buenos días ni nada. —La miró con los ojos entornados—. ¡Has estado fuera toda la noche! ¡Estábamos preocupados!

Bueno, eso explicaba por qué habían decidido ocupar su habitación.

—Lo siento —dijo con sinceridad.

—Ni siquiera podíamos preguntarle a nadie porque, bueno, no sabíamos si… —Fritz miró a Larel en busca de ayuda.

—Si te habías quedado con él —terminó Larel.

Fritz miró a la occidental con la boca abierta, pero luego se giró otra vez hacia Vhalla con un gesto afirmativo.

—*¿Y?* —preguntó Fritz.

Incluso Larel la examinaba con atención.

Vhalla suspiró. No era que hubiese planeado no decírselo nunca, ni que no hubiese esperado que lo averiguaran, pero daba la impresión de que medio mundo había descubierto su secreto en las primeras horas desde que ocurriera.

—Sí, me quedé con él.

Fritz dio un gritito. Parecía vibrar de la emoción.

—Cuenta… nos. *Todo* . —Fue haciendo paradas al hablar para convertir cada palabra en una exigencia.

—No tiene que contarnos *nada* —lo regañó Larel. Fritz gimoteó en su dirección.

—En primer lugar, siento haberos preocupado —se disculpó Vhalla—. Simplemente, fue algo que ocurrió… como es obvio. —El entusiasmo de Fritz devolvió la sensación atolondrada a su pecho—. Aunque no hay demasiado que contar. No hicimos… —Vhalla se sonrojó al darse cuenta de lo que pensaría todo el mundo—. Ni siquiera compartimos la cama. —Era verdad solo a medias. No habían compartido la cama toda la noche, pero sí que se había quedado dormida entre sus brazos y se había despertado con él sentado a su lado.

—¿Elecia? —preguntó Fritz. Vhalla negó con la cabeza.

—Elecia *Ci'Dan* es su prima medio norteña, medio occidental. Aldrik *Ci'Dan* Solaris —explicó Vhalla. Si su cara se había parecido en algo a la de ellos ante la revelación de ese hecho, no le extrañaba que Aldrik se hubiese divertido a su costa.

—Por supuesto —gimió Larel y escondió la cara en las manos—. Qué tontos somos.

—Entonces, si no compartisteis cama… ¿qué hicisteis? —Fritz parecía confundido de verdad.

—Hizo algo de magia —describió Vhalla de manera vaga.

—Eres adorable —dijo Larel con ternura, y se ganó una mirada de Fritz y Vhalla—. Vas a volver esta noche, ¿verdad?

—¿Cómo has…? —Vhalla se preguntó si la mujer era vidente.

—¿Vas a ir? —preguntó Fritz, pasmado. Vhalla solo pudo sonrojarse —. ¡Por la Madre, esta es la cosa más desquiciada que he oído en la vida! ¿El príncipe Aldrik? ¿El Señor del Fuego? ¿El príncipe negro? ¿Aquel cuyo buen humor es breve y cuya ira es larga?

—¿A dónde quieres ir a parar? —Vhalla lo miró con suspicacia.

—¡Está actuando como un hombre normal! —Fritz se echó a reír.

Incluso Larel encontró una sonrisa cómplice. Vhalla escondió la cara, avergonzada.

Vhalla evitó contarles demasiados detalles más. Ya había revelado sin querer más de lo que pretendía y quería que algunas cosas siguieran siendo privadas. Le ahorraron más preguntas y le hicieron compañía hasta que llenó su mochila con unas cuantas cosas para la noche.

Unas horas más tarde, Vhalla se deslizó por una callejuela lateral que salía de un camino para carros. Miró a su alrededor. No había ni un alma a la vista. Su corazón latía acelerado por los nervios y rezó por llegar lo bastante pronto como para que Aldrik no se hubiese marchado.

La entrada al pasadizo se abrió de pronto y Aldrik esbozó una sonrisa emocionada. Vhalla se coló dentro y él cerró la puerta antes de soldarla de nuevo. Vhalla puso las manos en las caderas de su príncipe e inclinó la cabeza hacia arriba. Él cedió a su deseo e inclinó la suya hacia abajo. Besarlo avivó un hambre que no había hecho más que aumentar a lo largo del día. Ahora que lo tenía, todo lo que quería era a él. Su deseo era insaciable.

El príncipe heredero suspiró con suavidad dentro de su boca, un sonido grave que retumbó en el fondo de la garganta de él y que ella

consumió con voracidad. Vhalla deslizó las manos hasta el cuello de Aldrik y él la abrazó con ansia. Vhalla trató de utilizar el calor de la pasión entre ellos para fusionar sus cuerpos desde las caderas hasta el pecho. Aldrik la abrazó más fuerte y las yemas de sus dedos se apretaron contra su túnica de lana como si quisiera perforarla en busca de su piel. Los labios de Vhalla se entreabrieron, pero él se apartó a toda prisa sacudiendo la cabeza.

—No podemos. —Su voz sonó deliciosamente pastosa, tanto que Vhalla solo quería estar aún más cerca de él—. Ahora mismo no. Quiero que conozcas a alguien.

La curiosidad de Vhalla ocultó el resentimiento por tener que interrumpir lo que habían empezado. Aldrik entrelazó los dedos con los de ella mientras subían las escaleras.

—Quiero que sepas —dijo en voz baja—, que confío en él por completo, así que no te asustes. Te lo hubiese dicho antes, pero su presencia ha sido una sorpresa también para mí.

Aldrik no le dio la oportunidad de preguntar de quién hablaba, pues justo entonces empujó el portal que daba acceso a su habitación.

Vhalla entró delante, dubitativa. Dejó su bolsa al lado de la puerta secreta mientras Aldrik lo volvía a colocar todo en su sitio. La joven miró por la habitación a su alrededor y sus ojos se toparon con un hombre sentado en el sofá del centro. Había papeles y cuadernos desplegados por la mesa, y Vhalla supo al instante qué diván había ocupado Aldrik por la pluma de punta dorada y el tintero que esperaban delante sin propietario.

El hombre se puso en pie y Vhalla cruzó las manos para retorcerse los dedos. Era igual de alto, o quizás incluso un poco más, que el propio Aldrik. Llevaba el pelo negro muy corto y parecía brotar un poco de punta en direcciones aleatorias. Tenía una barba oscura bien recortada que discurría por su mandíbula y subía por su barbilla hasta el labio de abajo. Sin embargo, no fue nada de eso lo que la sorprendió. Sus ojos eran como mirar a una imagen especular de otros muy familiares a los que tenía especial cariño. Aldrik caminaba detrás de ella y le puso una mano en los riñones para ayudarla a encontrar sus pies de nuevo. El hombre la estudió con mirada recelosa mientras giraba en torno a la barra y cruzaba la habitación hasta la zona de estar. Aldrik estiró una mano en dirección al hombre.

—Vhalla, te presento a Ophain Ci’Dan, hermano de mi madre y lord

del Oeste.

Vhalla miró de un hombre a otro. Aldrik mostraba una sonrisa relajada; el otro hombre continuaba evaluándola con interés.

—Vhalla Yarl —dijo el lord despacio, y Vhalla descubrió que su voz era de las más graves que había oído jamás—. Estaba impaciente por conocerte.

CAPÍTULO 20

Vhalla buscó aliento por parte de Aldrik y este le hizo un leve gesto afirmativo. El occidental le tendió una mano abierta y Vhalla trató de sonreír con educación cuando se la estrechó. La piel del lord estaba igual de caliente que la de su príncipe, y Vhalla se preguntó si era un atisbo del futuro de Aldrik. El hombre tenía algunas canas alrededor de las orejas, pero le daban un aspecto apuesto y señorial. Sus hombros eran más anchos y parecían tener más músculo.

—Milord, es un honor conocerlo. —Vhalla se dijo que no debía estar nerviosa.

El hombre asintió y se sentó en el sofá enfrente de ella con las piernas separadas, los brazos extendidos por el respaldo. Aldrik volvió al diván que había ocupado antes. Vhalla se sentó en el otro y cruzó las manos en el regazo en un intento por sentarse bien y no moverse nerviosa.

—No recuerdo ninguna otra vez en que una de las primeras palabras en salir por la boca de mi sobrino fuese el nombre de una dama. Combinado con oír el mismo nombre de boca del emperador y del otro príncipe, bueno, no hace falta decir que no tenía más opción que conocer a dicha mujer.

Vhalla no estaba segura de cómo sentirse al saber que era tema de tanta cháchara.

—Aunque, claro, aunque no hubiese sucedido nada de eso, hubiera insistido en conocerte de todos modos. —Lord Ophain apoyó los codos en sus rodillas, cruzó las manos entre ellas y se inclinó hacia delante —. Después de todo, eres la primera Caminante del Viento en el Oeste en más de cien años a la que no han traído encadenada.

—Bueno, no sé si estoy libre de cadenas. —Vhalla no pudo impedir que se le escapara ese comentario seco.

—¿Y eso? —preguntó. Incluso Aldrik parecía sentir curiosidad.

Vhalla miró al príncipe mientras hablaba, rezando por que no tergiversara sus palabras.

—Soy propiedad de la corona. Mis cadenas son invisibles, pero igual de pesadas.

Un fogonazo de dolor cruzó los ojos de Aldrik un instante, aunque no había ninguna hostilidad por la verdad que había expresado.

—Ya me habías dicho que tenía algo de fuego —le dijo Ophain a Aldrik con una leve risa antes de devolver la atención a ella—. Conozco las acusaciones contra tu persona. Y conozco la magia que posees. Pero lo que me gustaría conocer es a la mujer detrás de todo ello.

Vhalla se fijó en que había utilizado la palabra «acusaciones» en lugar de «crímenes» o «delitos».

—Bueno, nací en un pueblo del Este llamado Leoul. Está al oeste y un poco al sur de la capital de Cyven, Hastan. A unos tres días de viaje desde la frontera occidental, más o menos. —Vhalla nunca había hecho ese viaje en persona, pero había oído a los granjeros hablar de él—. Cuando tenía once años, mi padre me llevó a la capital y acabé trabajando en el palacio como aprendiza de bibliotecaria.

—Lo cual explica cómo pudiste entrar en contacto con un príncipe —caviló el lord.

Vhalla asintió, mientras abría y cerraba los dedos.

—Sí, milord, aunque fue todo bastante extraño y cuestión de suerte.

—No existe tal cosa como la suerte, Vhalla. —La joven lo instó a continuar con una mirada inquisitiva—. La Madre nos ha dado una línea que seguir hasta el final de nuestros días. Está llena de encuentros y despedidas, ninguno de los cuales se produce al azar. —Hizo una breve pausa antes de añadir—: Al menos, eso es lo que yo elijo creer.

Vhalla intentó decidir cuánto de esa curiosa declaración consideraba cierto.

—Ya veo, milord. —No sabía muy bien qué decir.

—Eres escéptica —comentó con una sonrisa.

—Hay muchísimas cosas que no entiendo; sería presuntuoso por mi parte descartar cualquiera de ellas de manera superficial —replicó Vhalla; una respuesta tanto verdadera como educada.

—Estoy seguro de que eres más sabia gracias a esa actitud. Sin embargo, puedo mostrarte pruebas de lo que digo, si las quieres. —Vhalla ladeó la cabeza y escuchó con atención—. Estoy convencido de que, si tales cosas no fuesen un hecho, entonces algunos Portadores de Fuego no podrían utilizar esas líneas para echar un vistazo al futuro de una persona.

—¿Los Portadores de Fuego *pueden* hacer eso? —intervino Vhalla con cierta ansiedad.

—Algunos —asintió lord Ophain.

—Muy pocos —se burló Aldrik—. La mayoría son charlatanes con tiendas de curiosidades llenas de trucos de salón con humo y espejos.

Ante eso, Vhalla decidió guardarse para sí misma el incidente con la Portadora de Fuego llamada Vi.

—Muy bien. Visto que mi sobrino parece dispuesto a descartar esa teoría. —El lord miró de uno a otro con expresión comprensiva—. Los lazos que Vinculan a dos personas están hechos de las mismas líneas rojas del destino.

Vhalla abrió los ojos como platos. Lord Ophain se permitió una sonrisa de satisfacción. A Vhalla se le aceleró el corazón y miró de reojo a Aldrik. Su príncipe se rio con suavidad y negó con la cabeza.

—No te preocupes, Vhalla. Confío en él —repitió Aldrik.

Vhalla miró sorprendida al príncipe y luego otra vez a lord Ophain. Que Aldrik le hubiese confiado la existencia del Vínculo que compartían lo decía todo sobre la relación que compartían los dos hombres. Vhalla empezó a sentir un afecto inmediato por el Lord del Oeste.

—No haber Despertado siquiera y aun así formar un Vínculo… —Lord Ophain se pasó una mano por la barbilla, pensativo—. Desde luego que eres una criatura curiosa. Estoy realmente impaciente por ver tu

demostración mañana.

—¿Es mañana? —le preguntó Vhalla a la habitación.

—Padre me lo dijo antes —confirmó Aldrik con un asentimiento.

—¿Se te ha ocurrido introducirla a los cristales para todo esto? —le preguntó lord Ophain a Aldrik.

—No, y no se te ocurra ni insinuárselo siquiera a mi padre —amenazó el príncipe—. Por lo que a él respecta, Vhalla no puede manejarlos sin riesgo de mácula, como cualquier otro hechicero.

—¿Y cómo has conseguido que crea eso? —El Lord del Oeste parecía impresionado.

—Le dije que lo intenté. —Aldrik se encogió de hombros—. Le he estado proporcionando notas cuidadosamente manipuladas basadas en mis propias observaciones para pintar la imagen que quiero que vea.

—Muy astuto —lo elogió lord Ophain.

Vhalla hizo caso omiso de la culpabilidad que sintió por haber sospechado alguna vez que Aldrik compartiría las intimidades de su Vínculo sin tener cuidado.

—Pero *sí puedo* manejarlas… —Vhalla estaba pensando en las piedras que el ministro Victor había empleado sobre ella cuando estaba recién Despertada. Habían funcionado con tal facilidad con su magia que había sido como si las hubiesen hecho en especial para ella.

Lord Ophain le sonrió a Aldrik de oreja a oreja; estaba claro que lo que acababa de admitir Vhalla lo llenaba de emoción.

El príncipe se pellizcó el puente de la nariz y suspiró.

—Vhalla, no repitas eso fuera de esta habitación.

—¿Por qué? —Vhalla ladeó la cabeza.

—¿Sabes cómo empezó la Guerra de las Cavernas de Cristal? —le preguntó lord Ophain.

—Bueno, mi padre era soldado durante la guerra… —Vhalla recordaba lo que él y su madre le habían contado. De repente, Aldrik parecía fascinado con un rincón de la habitación y empezó a evitar la conversación como si no estuviese ocurriendo—. Dijo que se debió a

que el caos encerrado en los cristales había escapado y había alterado el día y el orden de la Madre. Que estábamos luchando contra la oscuridad. Leí que también tuvo algo que ver con hechiceros que se habían enredado con fuerzas que no debían.

—Pero *¿por qué* se estaban enredando con esas fuerzas? ¿Qué los impulsó a estar ahí?

—¡Tío, basta ya! —Aldrik se había puesto en pie, los puños cerrados, y Vhalla podía sentir el poder que irradiaba.

—Aldrik, relájate. Sé cuándo no me incumbe a mí contar una historia. —La voz del hombre sonó severa, pero aun así tenía un poco de amabilidad en ella.

Aldrik siguió rígido durante un momento más antes de dejar caer las manos flácidas a los lados. Sus ojos lucían cansados y distantes cuando se dirigió a la barra medio enfurruñado.

—Hace mucho que las Cavernas de Cristal son un enigma misterioso —continuó lord Ophain, haciendo caso omiso de su temperamental sobrino—. Hay quien dice que son la puerta al reino oscuro que construyó el Padre para mantener a nuestro mundo separado. Otros dicen que es una solidificación de magia cruda de cuando los dioses crearon la vida. Sin importar lo que elijas creer, hay algo en las propiedades de las piedras que hay ahí que puede alterar las habilidades naturales de un hechicero. —El lord bebió un trago de su copa—. La guerra comenzó porque hubo personas que habían regresado a las Cavernas en otro intento fallido de reclamar sus poderes para su propia avaricia egoísta, poderes que tienen el potencial de corromper incluso a los hechiceros más fuertes, más deprisa que a un Común debido a los Canales mágicos de un hechicero.

—¿Qué tiene que ver eso conmigo? —Era una historia interesante, pero no entendía por qué era relevante.

—¿Por qué quería el Oeste tener Caminantes del Viento? —respondió lord Ophain con otra pregunta. Vhalla empezaba a ver de dónde provenía el estilo de enseñanza de Aldrik.

—¿Por su magia? —aventuró Vhalla dubitativa. Había leído un solo libro al respecto.

—Para acceder a las Cavernas. —El lord se echó hacia delante muy serio.

Aldrik acunaba una copa desde detrás de la barra, y aún los ignoraba de manera ostentosa.

—¿Por qué…? —La voz de Vhalla no era más que un susurro ya.

—Porque los Caminantes del Viento son los únicos, de todos los hechiceros o Comunes, que no pueden ser mancillados por los cristales. —Lord Ophain le dio por fin la respuesta que no había querido ver por sí sola.

—Entonces… —Vhalla miró a Aldrik y captó su mirada—. No quieres que tu padre lo sepa porque no quieres que tenga este poder.

—Que él lo tenga o no es irrelevante. —Aldrik apuró la copa antes de volver a su asiento—. No quiero que te utilice *nadie* .

El corazón de Vhalla ni siquiera pudo dar un brinco ante sus palabras, pues su mente pesaba demasiado. Vhalla tenía un poder que podía dar acceso a una magia antigua aún mayor que tenía la capacidad para corromper los corazones, las mentes y los cuerpos de los hombres. Vhalla se apretó las manos con suavidad. El ministro Victor le había pedido que le llevara un arma de cristal. Ahora sabía por qué, y por qué tenía que ser ella.

—Pero bueno, basta ya de historia y conjeturas agoreras. —Lord Ophain trató de disipar la nube que ahora flotaba sobre la habitación —. ¿Puedo ver una demostración de tus habilidades, en concreto de esto que he oído de la Proyección, antes de mañana?

Vhalla lo complació y se sintió mejor después. El asombro y la emoción que mostraba lord Ophain por su magia ayudaron a Vhalla a superar sus preocupaciones y miedos con respecto a las Cavernas de Cristal. La guerra había terminado y la gente había aprendido la lección en lo que a los cristales se refería. Y aunque Vhalla estaba de acuerdo con la decisión de Aldrik de mantener en secreto el hecho de que los cristales no la afectaban de un modo negativo, también decidió no preocuparse por ello.

Hablaron durante la cena y hasta bien entrada la noche. Vhalla empezó a contribuir más bostezos que palabras a la conversación, y Aldrik por fin se fijó en su adormilada acompañante.

—Deberías descansar.

—Oh, no, estoy bien. —Hubiese sido más convincente si no hubiese recalcado su declaración con un bostezo.

—Necesitas toda tu energía para mañana. —El príncipe se levantó y le tendió una mano—. Duerme un poco.

Por cómo había orientado el cuerpo, Vhalla se dio cuenta de que estaba a punto de conducirla al dormitorio.

—Podría volver a la posada —se apresuró a decir.

—No, te quiero aquí conmigo. —Hizo una pausa—. Si tú todavía quieres.

Vhalla sonrió con ternura ante su añadido; en cierto modo, era adorable observar a un miembro de la realeza, nacido y criado en ese ambiente, tratar de ser menos principesco.

—Por supuesto que quiero. —Vhalla le dio un apretoncito suave en la mano—. Yo dormiré aquí fuera esta noche.

—No. —Aldrik sacudió la cabeza—. Me quedaré despierto hasta tarde con mi tío. Hacía muchísimo tiempo que no lo veía. Usa la cama, estarás mucho más tranquila.

Vhalla asintió y Aldrik le soltó la mano, satisfecho de ver que no estaba a punto de marcharse. Vhalla se giró hacia lord Ophain mientras el príncipe iba a buscar su mochila detrás de la barra. El lord del Oeste esbozó una sonrisa comprensiva.

—Lord Ophain, ha sido un placer conocerlo —dijo Vhalla con sinceridad.

—Solo puedo decir lo mismo, Vhalla. Una *amiga* de Aldrik es amiga del Oeste. Te veré mañana.

Vhalla vio su sonrisilla y no pudo evitar sonrojarse. Deseosa de disimular su vergüenza, agarró su mochila de manos de Aldrik, les deseó buenas noches a ambos, y se deslizó por las puertas correderas de madera y papel para entrar en el oscuro dormitorio al otro lado. Una llama titilaba al lado de la cama y otra en el cuarto de baño; ambas flotaban sobre un platillo de metal colocado para tal propósito. Vhalla tomó nota mental de preguntarle algún día a Aldrik cómo dejaban los Portadores de Fuego sus llamas, pero por el momento estaba agradecida por la luz.

Consciente de que Aldrik se iba a tomar su tiempo, Vhalla decidió tomarse el suyo y disfrutar del lujo de su bañera. El agua salía ardiendo y Vhalla dejó que se filtrase en sus huesos. El calor la relajó

y evitó que la tensión de sus músculos se convirtiera en miedo y preocupación por la incógnita de lo que sería la inminente demostración del emperador.

Cuando por fin emergió, tenía arrugados los dedos de manos y pies. Se secó, se puso unas prendas de dormir básicas y arrastró los pies de vuelta al dormitorio. Unas luces tenues parpadeaban todavía al otro lado de las puertas correderas, que no hacían casi nada por bloquear la profunda resonancia de las palabras de Aldrik.

—¿Quieres otra? —preguntó, probablemente desde detrás de la barra, por la forma en que llegaba su voz.

—No, mañana tenemos un día largo por delante. Tú también deberías parar —le advirtió su tío.

—Solo una copita para dormir —le aseguró Aldrik.

—Ya habías superado esa copita hace dos. —Había un deje a regañina en la voz de lord Ophain que hizo a Vhalla sonreír un poco.

—No me eches la bronca por esto. —Vhalla oyó a Aldrik cruzar la habitación y el sonido de las patas de un mueble arañar el suelo cuando se dejó caer en él.

—Ya sabes que siempre lo hago. Y lo haré, sobre todo si tienes la mente embotada por el alcohol y no puedes rendir como debes mañana —le dijo el lord con severidad—. No creo que quieras ser la causa de que la demostración de Vhalla salga mal.

—*Jamás* haría nada que la ponga en peligro —se defendió Aldrik con brusquedad.

Vhalla se acercó un paso a las puertas, el corazón acelerado. Sabía que no debería estar escuchando, que era una invasión a su intimidad, pero no pudo evitar que sus pies la llevaran hasta las pantallas empapeladas y talladas.

—Suena como si ya lo hubieras hecho. —Las palabras de lord Ophain eran fuertes, pero su tono no.

—No te atrevas a decirme…

—¿Qué? —lo interrumpió el hombre—. ¿Que has anunciado a las claras tu relación con la mujer? ¿Ante tus hombres, tus líderes, incluso ante tu *padre* ? —Aldrik se quedó callado—. Mencionó el juicio en una

carta. Me pidió que viniera y te hiciese entrar en razón.

—Vaya, y yo que creía que le estabas haciendo una visita amistosa a tu querido sobrino. —Aldrik recalcó sus palabras dejando el vaso en la mesa con una fuerza un poco desmedida.

—Tu padre me llamó para que rechazara esto, pero tú me llamas en busca de mi consejo y mi aprobación. ¿Por qué, si no, la traerías ante mí del modo en que lo has hecho? —Lord Ophain había dado en el clavo.

—Bueno —preguntó Aldrik al final—, entonces, ¿cuál *es* tu consejo?

—Conviértela en custodia del Oeste. —A Vhalla se le cortó la respiración ante las palabras de lord Ophain—. Envíala de vuelta a Norin conmigo a estudiar en la Academia de Artes Arcanas. Ponla fuera del alcance de tu padre, y del tuyo.

—Eso sería lo más inteligente, ¿verdad? —suspiró Aldrik.

Vhalla se retorció los dedos tan fuerte que pensó que a lo mejor se le rompía alguno. Debería estar contenta. Que la enviaran a Norin a estudiar en una de las academias más antiguas del mundo, y aun así una academia para hechiceros, debería sonar como un sueño comparado con ir a la guerra.

Pero no sería al lado de Aldrik.

—Pero no vas a hacerlo, ¿verdad? —Lord Ophain había oído algo en las palabras de Aldrik que a Vhalla se le había pasado por alto. El tintineo del hielo en los vasos llenó el silencio—. ¿Qué es esta mujer para ti?

—*Vhalla* , la necesito de tantas maneras… Que la Madre se apiade de mí —gimió Aldrik—. La necesito como mi redención, necesito su amabilidad, necesito su perdón, necesito sus sonrisas, necesito su humanidad, necesito su ignorancia, necesito su inocencia y, sí… Madre Sol, *sí* , la necesito como un hombre.

A Vhalla le faltaba el aliento mientras se inclinaba más hacia la puerta. Su corazón amenazaba con latir más fuerte que las palabras suaves de Aldrik.

—La quieres.

No era una pregunta, pero Aldrik la contestó de todos modos.

—Más de lo que jamás creí posible.

—Aldrik —musitó el lord pensativo—. Estás metido en un buen lío, ¿no crees?

—No sé qué hacer. —Su voz sonó débil, comparada con su habitual contundencia.

—Ya conoces tu lugar en la vida, tu deber hacia tu gente. —A Vhalla no le gustó la dirección que había tomado lord Ophain con su lógica —. Algún día serás emperador y nadie será capaz de cuestionar tus decisiones. Nadie las *cuestionará* si creen que tu ley proviene de un lugar de honor, sensatez y compasión. La corona es una carga pesada y tendrás que hacer elecciones entre tus deseos y tu imperio.

—Ya lo sé, tío. —La voz de Aldrik sonó amortiguada durante un momento, cuando enterró la cara en las manos—. Pero no puedo.

Vhalla soltó un aire que no se había dado cuenta de que estaba reteniendo.

—Lo sé —dijo lord Ophain—. Me recuerdas muchísimo a tu padre.

—¿Qué? —La ira de Aldrik brotó al instante con ese comentario.

—Cálmate. —El lord de rio—. Tú nunca los viste juntos, pero él estaba loco por tu madre. Y, vale, ella era una princesa, pero la elección lógica hubiese sido una de tus tías más mayores. No debería mostrarse tan duro contigo porque no es como si él hubiese estado exento de perseguir un corazón robado.

Vhalla parpadeó. Nunca había oído nada sobre la madre de Aldrik. De hecho, debería alejarse de esa puerta ya mismo; estaba claro que era un encuentro privado.

El lord suspiró.

—Ella era demasiado joven; más joven que tú ahora…

—Basta —dijo Aldrik con suavidad. Se produjo una pausa larga.

—Tenemos un día movido por delante. —Sonó como si Ophain se pusiera de pie—. Y tú tienes a una mujer preciosa en tu cama —añadió con una risita cómplice.

Vhalla intentó reprimir su rubor.

—Y ahí seguirá sin mí. —Aldrik sonaba decidido, y Vhalla tuvo que reprimir ahora una desilusión muy poco propia de una dama.

—Tú y tus gestos de nobleza. Eres un príncipe, Aldrik, la gente espera que te diviertas cuando no mira nadie. —La voz del lord se fue perdiendo a medida que se dirigía a la puerta—. Es una verdadera pena que la sede del poder no permaneciera en el Oeste. Nuestra gente estaría encantada de aceptar a una mujer como ella como su princesa.

Vhalla trató de registrar lo que el hombre estaba sugiriendo, *lo que estaba diciendo a las claras.*

—Paso a paso… —La voz de Aldrik se difuminó mientras ella iba hacia la cama en silencio.

Vhalla colocó bien las mantas a su alrededor. Notaba la sangre en llamas de la vergüenza de haber escuchado una conversación que no estaba destinada a sus oídos, pero esa no era la única cosa que ardía en su interior. Ardía en deseos de tocarlo, de besarlo, de hacerle saber que sentía lo mismo por él y más, y que nunca iba a dejar que el mundo se lo quitara de sus manos ansiosas.

El sonido de madera contra madera llenó el silencio cuando la puerta se deslizó y se abrió. Vhalla se sentó.

—Estás despierta. —Aldrik tenía las mejillas un poco sonrosadas, los labios entreabiertos.

—Sí. —Toda la elocuencia abandonó a Vhalla cuando lo miró.

—Yo… —Aldrik miró de ella a la zona de estar en la habitación principal. Vhalla vio el dilema en su cara y le puso fin.

—Quédate conmigo.

—No debería. —Los ojos de Aldrik estaban ahora fijos solo en ella y le provocaban chispas por todo el pecho.

—¿No deberías? ¿Igual que no deberías tenerme en tu cama ahora mismo, o besarme, o quererme? No estoy… no estoy pidiéndote… —Vhalla agarró las mantas y se sonrojó, al tiempo que se forzaba a actuar como una mujer—. No te estoy pidiendo que me hagas el amor esta noche, pero quiero tenerte cerca.

Aldrik soltó un gran suspiro y Vhalla se preparó para verlo irse a la otra habitación, pero el príncipe cruzó hasta la cama y gateó por

encima de las sábanas hacia ella. Vhalla se sintió deliciosamente atrapada, inmovilizada contra las almohadas por una bestia depredadora.

Las luces se extinguieron por arte de magia mientras la besaba, su peso fue un ataque a sus sentidos. Vhalla deslizó una mano alrededor del cuello de Aldrik y sujetó su cara pegada a la suya. Sabía a licor dulce y a cada delicioso sueño oscuro que había tenido en la vida. Quería perderse en él, darle todo lo que tenía. Cuando se apartó, una infinidad de besos más tarde, a Vhalla no le pareció suficiente ni de lejos.

—Aldrik —suspiró sin aliento.

—No, no lo haré. Dijiste que esta noche no. —El príncipe le había leído la mente.

—Pero…

—No —repitió Aldrik. La agarró entre sus brazos y rodó sobre la espalda, tirando de ella para que quedase medio encima de él—. Además, no quiero que pienses que llevo mujeres a mi cama a la ligera.

—No tienes que preocuparte por eso. Ya lo sé. —Vhalla acarició su abdomen y, a través de la fina tela de su camisa, deslizó los dedos por las hendiduras de músculos cincelados por años de cumplir con su deber—. No me importa cuántas hayan sido. Solo quiero que estés aquí ahora.

—¿Cuántas crees que han sido? —Aldrik sonaba incluso divertido.

—Ya te he dicho que no me importa. —Se quedó quieta.

—*Ah-ah* , Vhalla. Yo soy casi el inventor de esquivar preguntas. Todavía tienes mucho que aprender. —Remetió un mechón de pelo detrás de la oreja de la joven.

—No lo sé —se rindió Vhalla. No quería ofenderlo con una cifra muy alejada de la realidad. Tenía seis años más que ella y, a juzgar por los comentarios de su hermano, había sido mucho más activo desde más temprana edad—. ¿Ocho? —Apostó a ciegas a un número, convencida de que sería demasiado poco, pues eso suponía menos de una al año desde la ceremonia de su mayoría de edad a los quince.

La risa de Aldrik resonó en la oscuridad.

—Tres.

—¿Tres? —repitió. Era más que su propio gran total de uno, pero eran muchas menos de las que había esperado.

—¿Esa es una repetición complacida, mi loro? —Apretó los labios contra la frente de ella.

—Supongo. —Se movió un poco más cerca de él—. Más que yo.

—Era de esperar.

—¿Qué significa eso? —bufó Vhalla, simulando estar ofendida.

—Utilicé tu falta de experiencia para desestabilizarte al principio, ¿recuerdas? —Deslizó la mano por su brazo para entrelazar los dedos con los de ella.

—Dos tampoco es una diferencia *tan* grande —musitó Vhalla, sin saber muy bien cómo aquello se había convertido en una competición.

—Dos. —Aldrik tardó demasiado en hacer la sencilla cuenta matemática—. ¿Quieres decir que ya has…?

Ahora fue el turno de Vhalla de reírse.

—El Este no tiene realmente vuestra noción sureña de la sangre virginal de una mujer. Sí, un hombre.

—Y aquí estaba yo creyendo que te estaba corrompiendo. —Vhalla oyó la sonrisa en su voz y deslizó la mano hacia la mejilla de Aldrik para palpar la curva de su boca.

—Estoy bastante segura de que eso es lo que estás haciendo —se burló con dulzura.

—Tienes razón —se burló él a su vez—, estoy aquí para darme un festín con tu corazón todavía palpitante.

—Si eso es todo lo que quieres, deberías saber que ya te lo entregué hace tiempo. —Vhalla se sintió desconcertada cuando notó que la sonrisa desaparecía de la cara de Aldrik—. ¿Qué?

—¿Cómo no te has dado cuenta todavía de que no soy digno de ti? —Agarró la mano de Vhalla y apretó los labios contra las yemas de sus dedos.

—¿Cómo no te has dado cuenta tú de que eres eso y más? —replicó ella.

Aldrik resopló divertido y le dio un apretoncito en la mano.

—Te quiero, Vhalla Yarl.

—Qué suerte para mí. —Bostezó—. Porque yo también te quiero, mi príncipe heredero.

El aliento de Aldrik revolvió un poco su pelo cuando Vhalla se apretó más contra él y el príncipe llenó sus sentidos mientras se quedaba dormida.

CAPÍTULO 21

Vhalla contempló el rostro de un hombre que le resultaba familiar de un modo doloroso y horrible, pero aun así era completamente diferente. Egmun llevaba el pelo muy corto, aunque las arrugas de sus patas de gallo eran más suaves, las líneas alrededor de su boca menos marcadas, y llevaba un indicio de pelusilla por la barbilla. La imagen del senador más joven sumió a Vhalla en una inquietud llena de rabia, la emoción enfrentada con lo que su ser onírico estaba sintiendo: una sensación de pacífica confianza.

Vhalla pugnó con la visión, forcejeó para escapar de ella, para apartar a Egmun de su lado. Tiró e hizo palanca y se retorció en su mente hasta que algo se fracturó a causa de su pánico crudo. De pronto, estaba fuera del cuerpo que había ocupado hasta entonces, lo que debería ser su cuerpo en cualquier otro sueño.

Aldrik parecía no tener más de quince años. Llevaba el pelo más largo, hasta los hombros, y recogido hacia atrás a la altura de la nuca. Un flequillo desaliñado enmarcaba su cara, y Vhalla lo contempló con una extraña mezcla de amor y miedo por el chico de ojos muy abiertos que estaba solo en ese lugar oscuro con un hombre al que ella odiaba más que a nada o a nadie.

La habitación estaba llena de una neblina que se fundía de manera agorera con la oscuridad y hacía que solo determinados detalles fuesen discernibles con facilidad. Una única llama parpadeaba en el cavernoso espacio y, estuviera donde estuviera, ni el techo ni las paredes eran visibles a la luz.

El suelo era de piedra, con incrustaciones de lo que parecía cristal centelleante. Vhalla trató de verlo mejor, pero una espesa niebla lo cubría cada vez que trataba de enfocar los ojos en él. Había unas marcas de aspecto extraño bajo sus pies que giraban en espiral hacia el centro, donde había un hombre arrodillado, con las manos atadas y los ojos vendados. Temblaba y tiritaba, la tela que cubría sus ojos estaba empapada de lágrimas.

—Príncipe Aldrik. —Egmun dio un paso al frente. Llevaba una chaqueta formal negra y pantalones oscuros; no había ni rastro de su cadena senatorial—. Algún día, serás emperador. ¿Sabes lo que eso significa?

—S… sí.

Vhalla se giró hacia el balbuceante chiquillo.

—Así que eres consciente de que la justicia dependerá de ti. —Egmun dio otro paso más y a Vhalla se le aceleró el corazón, con la sensación de estar atrapada sin salida. No quería estar ahí, no quería ver aquello—. El último deseo de tu madre fue que tu padre te ahorrara estos deberes durante todo el tiempo posible.

—¿De mi madre? —Vhalla vio un destello triste de esperanza en los ojos del chico al oír mencionar a la madre que jamás conoció.

—Pero pronto serás un hombre, ¿verdad? —preguntó Egmun con voz suave.

—Lo seré. —El príncipe niño respiró hondo, como para crecer en toda su altura en un momento.

—Es bastante injusto, ¿no crees? Que tu padre te trate como a un niño. —Vhalla observó al hombre sonreír y supo que este Aldrik todavía no había perfeccionado sus poderes de percepción y manipulación. Si ella podía ver a Egmun por lo que era en ese momento, no tenía ninguna duda de que el Aldrik adulto también podría—. ¿Estás preparado para ser el príncipe heredero que necesita este reino?

—Lo estoy —repuso Aldrik, aunque con dudas obvias. A pesar del frío del lugar, tenía la frente perlada de sudor.

—Entonces, príncipe, por la justicia, por la fuerza de Solaris, por el futuro de este imperio, mata a este hombre. —Egmun hincó de manera dramática una rodilla en tierra. Tiró de la cuerda que ataba una espada corta a su cinturón y le tendió el arma al niño, expectante.

Vhalla no estaba segura de si era su propio corazón el que galopaba desbocado o si era el del joven Aldrik.

—Pero…

—Este hombre le ha robado a tu familia; es un delito de traición. No es un hombre inocente —le aseguró Egmun.

—¿No debería mi padre…?

—Creía que eras un hombre y un príncipe. No te había tomado por alguien que se acobardara ante la justicia o el poder, príncipe Aldrik. —Dio la impresión de que Egmun estiraba sus brazos para sujetar la espada aún más lejos—. ¿Por qué estás aquí?

—Por mi padre, para conquistar el Norte —dijo Aldrik dubitativo. La guerra del Norte había empezado hacía tan solo cuatro años. Aldrik debería tener veinte años, no ser un chico joven.

—Con esto, todo se inclinará a tu favor. —Egmun esbozó una sonrisa alentadora y Vhalla pensó que le recordaba a una serpiente. Aldrik tomó la espada, vacilante.

No, *susurró ella en su mente. Como era de esperar, no podía hacer nada y nadie la oyó. Aldrik se giró hacia el hombre arrodillado.*

—M… mi príncipe, te… tened compasión, por favor. C… cortadme la mano por m… mi robo. P… pero perdonadme la vida. —Vhalla oyó la voz ruda del hombre a través de sus lágrimas. Aldrik se giró otra vez hacia Egmun.

—Ministro… —dijo con vocecilla débil.

—Los culpables te dirán cualquier cosa, mi príncipe, para salvar el pellejo. Esto también es una lección. —Egmun volvió a ponerse en pie; parecía estar conteniendo la respiración.

Aldrik desenvainó la espada y devolvió la vaina a las manos ansiosas de Egmun. La hoja rielaba como si desprendiera su propia luz.

¡Egmun, para!, *gritó Vhalla.*

—M… misericordia —suplicó el hombre. Aldrik miró a Egmun con impotencia.

—Mátalo, *Aldrik.*

Vhalla se quedó boquiabierta de la sorpresa al oír la repentina dureza en el tono de Egmun. Se le había acabado la paciencia por fin. Aldrik no pareció darse cuenta. Vhalla solo tuvo un momento para pensar qué, exactamente, era lo que tenía al senador tan ansioso antes de ver al chico apretar la mandíbula con una determinación sombría.

No. *Percibió el terror de Aldrik, su incertidumbre, su indefensión infantil, el implacable final de su inocencia… y se sintió al borde de las lágrimas.*

Aldrik levantó la espada en alto. Levitó solo un momento por encima de su cabeza. El joven príncipe observó al hombre indefenso delante de él, la vida que Vhalla sabía que estaba a punto de cortarse en seco. Vio el destello de la luz del fuego sobre la superficie de la espada cuando el chico la bajó con torpeza sobre la cabeza del hombre .

No, *repitió cuando vio al hombre estremecerse con violencia ante el golpe torpe y débil de Aldrik. El chico levantó la espada otra vez.*

¡No!, *gritó Vhalla cuando volvió a arremeter con el arma. La sangre salpicó su perfecto rostro juvenil. Aldrik levantó la espada de nuevo .*

—¡No! —gritó Vhalla, y se abalanzó hacia delante en dirección a una figura que desapareció cuando ella abrió los ojos.

Un brazo se envolvió alrededor de sus hombros, la sujetó con fuerza contra el pecho de un hombre, y una mano se cerró con firmeza sobre su boca. Su mente estaba confundida y volvió a gritar, el ruido amortiguado por los dedos que cubrían sus labios. Se retorció y pataleó para liberarse de las garras de esa persona, pensando de inmediato en Egmun, las mejillas empapadas de lágrimas.

—*Vhalla* . —Una voz hecha de medianoche en persona la tranquilizó desde atrás y cortó a través del caos de su cabeza—. Vhalla, para. Todo va bien. Soy yo.

Vhalla soltó un gemidito de alivio y respiró una vez hondo por la nariz. Luego otra. Hasta que Aldrik por fin retiró la mano de su boca, confiado en que no alertaría al mundo entero de su presencia en su cama. Mientras dormía, Vhalla había rodado sobre el costado y Aldrik se había enroscado detrás de ella. Ahora, la joven rodó hacia él.

—Aldrik —musitó con voz débil. Vhalla escudriñó su cara. Después de ver su ser más joven, de repente se le notaba cada año de su edad y

demasiados más. Vhalla reprimió un pequeño grito de alivio al ver sus mejillas limpias de sangre—. Aldrik —gimoteó, antes de usar el pecho del príncipe como escudo contra el mundo.

Los brazos del príncipe se cerraron a su alrededor y la besó en la coronilla.

—Estoy aquí. Estás a salvo. Ha sido solo un sueño. No es real —la tranquilizó, mientras deslizaba una mano arriba y abajo por su espalda.

—Sí lo es —balbuceó Vhalla entre sus respiraciones temblorosas y los restos de sus lágrimas. Ya no podía negarlo durante más tiempo. Los sueños anteriores habían estado demasiado enredados con la conciencia de Aldrik como para saberlo a ciencia cierta, pero ahora estaba segura.

—Vhalla, sé de un montón de poderes en este mundo… —Aldrik se echó atrás y deslizó un pulgar por las mejillas mojadas de la chica—. Sé de poderes para leer el futuro en llamas y cenizas. Sé de poderes para escuchar los ecos del pasado en las olas. Sé de poderes que pueden curar casi cualquier enfermedad. Sé de poderes para caminar fuera del propio cuerpo. —Aldrik le sonrió con dulzura—. Pero no sé de ningún poder de los sueños.

—Sí… *sí que era real* .

—*Shh* , lo que dices no tiene sentido. Respira hondo y duérmete otra vez. Apenas ha amanecido y mi padre no habló de hacer tu demostración hasta mediodía. —La besó con suavidad en la frente y la culpabilidad de Vhalla la hizo apartarse de él e incorporarse.

—No lo entiendes. Sí fue real. Mis sueños… no son… —Un escalofrío bajó por sus brazos—. No son siempre sueños.

—Ven, tienes frío —suspiró Aldrik—. ¿Qué es lo que crees que son? —Bostezó, luego parpadeó para despejarse del sueño y apoyó la cabeza en su codo.

Vhalla se relajó un poco. Volvió a tumbarse y se tapó con las mantas, pero evitó su abrazo.

—Son… —Vhalla suspiró, cerró los ojos y se preparó para lo que iba a decir—. Son tus recuerdos.

—¿Qué? —Aldrik la miró con atención renovada.

—Mis sueños, al menos a veces, son tus recuerdos. No sé cómo puede ser, ni por qué, ni cuándo van a suceder, pero es así. —Tragó saliva ante su silencio.

—¿Por qué crees eso? —preguntó, muy serio de repente.

—Porque no existe ninguna razón para que sueñe nada de lo que veo —susurró.

—Los sueños son cosas extrañas, Vhalla. ¿Quién sabe por qué soñamos lo que soñamos? —Aldrik volvió a tumbarse.

—No —espetó cortante. No la estaba tomando tan en serio como quería. Recordó un vívido sueño anterior—. El hombre que te apuñaló era uno de los guardias de tu hermano, era occidental y su hijo estaba en la ciudad que atacasteis.

Aldrik abrió los ojos como platos.

—¿Te lo ha contado Baldair?

—¡No! —Vhalla hizo un esfuerzo por que su cabeza no se convirtiese en un desastre emotivo—. ¡Aldrik, son mis sueños! En otro estabas en un jardín del Oeste con la escultura de una mujer sobre un obelisco con un sol dorado y rubí. Había un hombre que te dijo (a ti, qué ironía) que dejaras de moverte.

—La tumba de mi madre. —Los labios de Aldrik apenas se movieron. Sus ojos ardían de pronto con una intensidad oscura y la agarró de los hombros—. ¿Qué más? —exigió saber—. *¿Qué más has visto?* —Clavó los dedos en la piel de Vhalla.

Ella hizo un esfuerzo por recordar cualquier cosa excepto su sueño más reciente.

—A ti en la oscuridad, con otra mujer…

—Por la Madre… —Aldrik agachó la cabeza, avergonzado.

—Cuando… cuando Egmun te obligó a… —A Vhalla le costaba encontrar las palabras, aún horrorizada.

—¿Cuando hizo qué? —Aldrik tenía los dientes apretados—. *¿Cuando hizo qué?*

Por primera vez, Vhalla sintió una pequeña punzada de miedo al ver las manos temblorosas de Aldrik.

—Cuando… cuando te obligó a matar a ese hombre —susurró Vhalla sin apenas mover los labios. Aldrik la miró con los ojos entornados.

—¿Eso es todo? ¿Qué más sabes? Dímelo, Vhalla, y no me mientas. —Su voz sonó dura, desprovista de toda compasión.

—¡Jamás te he mentido!

—Por supuesto que no, solo has hurgado en mi cabeza —rabió.

—¡¿Cómo te atreves?! —Vhalla se soltó de su agarre, ofendida por su insinuación—. Acabo de darme cuenta de qué eran. Solo ahora, esta mañana, he sido capaz de separarme lo suficiente de ti en los recuerdos como para darme cuenta de lo que de verdad son. —Vhalla vio cómo reconocer esos hechos calmaron un poco la ira de Aldrik.

—¿Eso fue todo lo que viste? —repitió, más tranquilo.

—¿De ese sueño? Sí —suspiró—. Ni siquiera sé dónde ocurrió. Estaba todo oscuro.

El príncipe se sentó y apoyó la frente en la palma de su mano con un gran suspiro.

—Aldrik —susurró—. Hubo otro…

—Por los dioses, ¿qué? —masculló—. *Vhalla* —la instó con suavidad.

La joven se mordió el labio. No estaba segura de cómo formar las palabras. Algo sobre todo lo que habían dicho, su reciente sueño, la baja opinión que tenía de sí mismo, habían llevado ese recuerdo en particular a primera línea de su mente. Vhalla se sentó y tomó su mano con suavidad, luego la llevó a sus labios antes de hablar, para tranquilizarlo. Él la miró, y una mezcla de dolor, vergüenza e ira frunció su ceño. Vhalla suspiró y giró su mano de modo que la cara interna de su muñeca mirara hacia arriba. Con su mano libre, puso el índice justo debajo de la palma de la mano de Aldrik, lo deslizó hacia arriba por su antebrazo. La punta de su dedo enganchó la manga y la empujó hacia arriba para revelar el fantasma de una cicatriz que sabía que iba a encontrar ahí. Era tan tenue que contra la palidez de su piel era casi invisible, pero sabía dónde buscarla. Vhalla levantó la vista despacio hacia la de él.

El rostro de Aldrik perdió toda emoción, excepto el horror. Entreabrió los labios. Vhalla contuvo la respiración, dejó que el *shock* lo golpeara en silencio. Al cabo de unos segundos, Aldrik arrancó la mano de sus

dedos, como si ella hubiese cortado de verdad a lo largo de su antebrazo. Vhalla solo pudo mirarlo con tristeza antes de que los ojos de él se clavaran en ella el tiempo suficiente como para verse obligada a desviar la mirada.

El silencio se alargó una eternidad. La respiración de Aldrik sonaba áspera y se agarró el brazo que ella había tocado como si le doliera. Vhalla no se atrevió a mirarlo mientras aguardaba su veredicto.

—Nunca tuve la intención de violar tu intimidad —dijo con vocecilla débil. Queriendo o sin querer, daba la impresión de que ella había invadido sus espacios más privados y había robado cosas que no se daban gratis.

Aldrik no dijo nada mientras trataba de recuperar el control de su respiración, los ojos aún clavados en ella. Vhalla sintió cómo irradiaba poder; estaba enfadado, estaba dolido, y eso la hacía sentirse aún más horrible.

—Nunca quise esto. —Intentó explicarse—. Yo nunca lo hubiera hecho…

—Por supuesto que no —escupió él—. ¿Quién querría ver jamás las historias retorcidas y rotas que habitan en mi cabeza? Solo una persona en el mundo debería tener que soportarlas.

Eso atrajo los ojos de Vhalla de vuelta a él.

—Aldrik, no digas eso —susurró con suavidad, abrumada por la ira de su mirada, aunque vio que en realidad no iba dirigida a ella.

—¿Por qué no? —Soltó una risa seca—. ¿Cómo puedes decir eso? Ahora sabes lo que hay ahí. Peor aún, lo has vivido. Dime, Vhalla, ¿qué sientes al descubrir que tu príncipe es un cobarde? ¿Es débil? ¿Es miedoso? ¿Es malvado? ¿Es…?

—*Humano* —lo interrumpió ella con firmeza. Aldrik hizo una pausa—. Aldrik, no sé por qué… —Tomó su mano otra vez y bajó la vista hacia su brazo.

—No te lo voy a contar —dijo con brusquedad. Vhalla dio un respingo, sobresaltada; tampoco había pensado preguntárselo—. Maldita sea. —Aldrik volvió a arrancar la mano de la de ella, se levantó y empezó a caminar arriba y abajo—. Aunque no te lo cuente, cada vez que duermas es una ruleta rusa para ver si lo averiguas. —Luego escupió unas cuantas palabrotas.

Vhalla agarró la manta con fuerza; jamás lo había oído utilizar palabras tan vulgares.

—No le diría nada a…

—No lo sabe ni mi hermano, Vhalla. —Dio media vuelta—. Ni siquiera lo sabe Larel, y ella es la persona más parecida que he tenido en la vida a una verdadera amiga. Intenté decírselo una vez, y la cosa salió espantosamente mal.

Aldrik suspiró y se frotó los ojos con las palmas de las manos.

Vhalla había llegado a pensar que Aldrik era una de las personas más fuertes que conocía. Verlo tan cerca de romperse en mil pedazos la empujó a levantarse.

—Pon punto y final a la Unión. —Aldrik hizo una mueca, negó con la cabeza y se pellizcó el puente de la nariz—. Todo esto empezó después de la Unión —suplicó Vhalla—. Aldrik, por favor, no quiero hacerte daño. Quiero que cierres lo que abrimos.

—¡Y yo quiero que sobrevivas a esta guerra! —casi gritó.

Vhalla parpadeó mientras sus palabras escocían en los bordes de sus ojos. *Aun así.* Aun así, Aldrik seguía pendiente de su bienestar. Incluso cuando estaba sufriendo semejante dolor, incluso cuando ella le había robado una información íntima, se negaba a buscar alivio por el bien de ella.

—Por la Madre Sol, mujer —se quejó Aldrik. Cruzó la habitación y se plantó delante de ella. Soltó su tensión con un suspiro. Despacio, con suavidad, Aldrik le secó las mejillas—. ¿Por qué estás llorando?

Vhalla hipó.

—Porque es posible que seas la persona más asombrosa que he conocido en la vida.

—No lo soy. Si esto lo hubiese hecho cualquier otra persona distinta de ti, es probable que la hubiera matado en ese instante y quemado su cuerpo hasta que no quedara más que polvo —juró Aldrik en tono ominoso.

Vhalla sabía que no debería ser así, pero oírlo descrito de ese modo, llevó una pequeña sonrisa a sus labios. Aldrik suspiró.

—No sé si tendré ganas de hablar de estas cosas jamás.

—No pasa nada.

—Dímelo, de ahora en adelante, sea lo que sea. Cualquier cosa que veas, *necesito* saberlo —dijo muy serio.

—Lo prometo. —Vhalla asintió, aprensiva por lo que pudiera haber encerrado en los recuerdos del príncipe que tanto miedo le daba.

Aldrik suspiró y se apartó de ella.

—Vhalla, necesito algo de tiempo. —Se frotó los ojos cansado—. Entiendo que tú no has elegido esto. —Tragó saliva—. N… no estoy enfadado *contigo* por ello. No te culpo a ti. Pero esto… *esto* , dejar entrar aquí a alguien ya es mucho más de lo que estoy acostumbrado.

—No me había dado cuenta. —Vhalla se frotó los ojos y agachó la cabeza. Aldrik le dio unos golpecitos en la barbilla para llamar su atención.

—Bueno. Ha sido mejor que bueno. —Sacudió la cabeza—. No puedo ni… formar oraciones. Esto, tú y yo, verme empujado más allá del infierno personal que construí para mí mismo, ha sido bueno. Me he sentido más como un hombre en los últimos meses, semanas, en los últimos días contigo de lo que me había sentido en años. Como si pudiera disfrutar de las cosas sin… sentirme culpable. Bueno ni siquiera es la palabra adecuada para describirlo. Tú me has permitido ser la persona que siempre deseé poder ser y…

—Lo comprendo. —Vhalla le ahorró tener que hacer más esfuerzo—. Esperaré. Tómate tu tiempo.

—Solo necesito entender de verdad lo que es tener a alguien en quien… en quien confiar. —Aldrik evitó la mirada de la joven y frunció el ceño para sí mismo—. Alguien que conozca mis verdades más oscuras y no busque algo de mí ni intente utilizar nada de ello en mi contra.

Vhalla asintió. Respiró hondo para hacer acopio de coraje. Apretó las palmas de las manos contra los ojos unos instantes para reprimir más lágrimas de dolor y frustración. Queriendo o sin querer, ella le había hecho daño y eso hacía añicos su corazón. Y ahora tenía que dejarlo solo a petición suya; aunque necesitara tiempo, ella no lo encajó demasiado bien.

Mientras la conducía por el pasadizo, Aldrik iba encorvado, los ojos sombríos. Había una resignación triste entre ellos ante la supresión de algo que solo empezaba a florecer. Puede que estuviese moribunda, pero Vhalla se juró que no dejaría que la llama que ardía entre ellos se extinguiera.

Como si le leyese la mente, Aldrik se giró hacia ella.

—Gracias.

—¿Por qué? —Vhalla parpadeó confusa.

—Por no huir de mi lado después de… tener que experimentar todo eso. —Aldrik se frotó el antebrazo. Vhalla se preguntó si se daba cuenta siquiera de que lo estaba haciendo.

—Puede que no lo entienda todo —susurró, y se arriesgó a dar un paso hacia él—. Pero quien eras te ha hecho quien eres ahora. Desearía que no hubieses tenido que sufrir nunca, pero aceptaré tu pasado encantada si así puedo compartir tu presente.

Vhalla vio el principio de una sonrisa, pero el príncipe la abandonó enseguida. Tiró de ella para darle un fuerte abrazo y Vhalla oyó cómo su respiración temblaba. Antes de que pudiera perder la compostura, Aldrik dio media vuelta y empujó la puerta secreta.

—Vuelve a mediodía. Mi padre te estará esperando. —Su voz sonó distante.

—Te veré entonces —dijo Vhalla esperanzada.

Pero la puerta ya se había cerrado.

Larel y Fritz estaban jugando una partida de carcivi cuando Vhalla entró con paso vacilante y la mirada perdida en la planta baja de su posada. Les echó un solo vistazo, solo lo suficiente para darse cuenta de que estaban ahí, antes de arrastrar sus pies hacia las escaleras. Una silla arañó contra el suelo.

—Terminaremos luego —oyó decir a Larel. La mujer llegó al lado de Vhalla en un santiamén.

—Larel —susurró Vhalla con voz débil.

—¿Qué pasa? ¿Te duele algo? —Larel apoyó las manos con suavidad en los hombros temblorosos de Vhalla.

—Le he hecho daño, Larel. —La debilidad brotó de su interior y Vhalla se apoyó en su amiga otra vez para que la recompusiera a tiempo de encontrarse con el emperador.

CAPÍTULO 22

Vhalla abrió los ojos para toparse con las caras de asombro de miembros de la realeza, lores y damas. La única persona de la sala que no estaba impresionada era Aldrik. A pesar de que la demostración de Vhalla había sido mejor de lo que incluso ella misma había esperado, el príncipe mantuvo su expresión introspectiva y ambivalente. Sabía que él no podía demostrar el favor que le tenía delante de los nobles, sobre todo después de haber oído a lord Ophain hablar de lo descuidado que había sido con el afecto que ya le había demostrado, pero ahí había un muro más grande que el de la mera actuación. Ya fuese por la Unión, por el Vínculo, por el tiempo pasado juntos, o por una combinación de todo ello, a Aldrik no se le daba bien ocultarle sus sentimientos y Vhalla podía ver el dolor y el miedo en las profundidades de sus ojos cada vez que miraba en su dirección.

Todo el mundo mantuvo las distancias con ella cuando se incorporó en el mullido sofá. Nadie dijo nada. Los mayores ahí reunidos, los de más alto rango bajo las órdenes del emperador, miraron de ella a su líder y se reservaron cualquier comentario hasta oír la evaluación de este.

El hombre más poderoso del mundo se inclinó hacia delante, los ojos centelleantes.

—Bueno, señorita Yarl, desde luego que eso ha sido impresionante.

—Gracias, mi señor. —Vhalla bajó los ojos en señal de respeto.

—¿Esta demostración es replicable infinitas veces? —El emperador se volvió hacia su hijo mayor.

—Siempre que su Canal mágico no esté bloqueado de alguna manera, como por agotamiento o por Erradicación —afirmó Aldrik con un asentimiento.

El emperador se acarició la barba y se giró hacia los nobles ahí presentes.

—Mi hijo ya ha formulado algunos planes sobre cómo podremos utilizar este poder con eficacia en el Norte. Sin embargo, me gustaría que cada uno de vosotros trazara su propia estrategia antes de que lleguemos a la frontera con el Norte.

Hablaron como si ella no estuviese ahí, y Vhalla se movió inquieta en su asiento, retorciéndose las manos en el regazo. Para esta gente no era más que una herramienta, diseñada para ser utilizada como mejor les pareciera.

Un par de ojos captaron su atención. La única persona que la miraba era el príncipe más joven. Sus ojos se cruzaron con los de Baldair y le sorprendió ver simpatía en ellos. Vhalla apartó la mirada. No quería su compasión.

—Muy bien, esto será suficiente por hoy. Puedes retirarte, señorita Yarl. —El emperador agitó una mano en su dirección.

—Gracias, mis lores, mis damas. —Vhalla se levantó, con los ojos orientados al suelo.

—*Ah* , una cosa más —intervino lord Ophain.

Vhalla lo miró con ojos inquisitivos. *¿Qué estaba haciendo?*

—Esta es la primera Caminante del Viento en el Oeste en décadas.

El resto de los nobles estaban confusos, incluso Aldrik no parecía comprender por qué su tío se estaba acercando a ella.

—Vhalla Yarl —empezó lord Ophain, y la miró desde lo alto—. No puedo enmendar los errores de mis antepasados. No puedo expurgar la sangre de los Caminantes del Viento de las piedras de mi castillo. Lo que los Caballeros de Jadar les hicieron a tus hermanos jamás podrá remediarse.

Vhalla desplazó su peso de un pie al otro. Hablar del genocidio de su gente después de saber más sobre las razones que lo motivaron le causó una sensación incómoda en el estómago que bajó hormigueando hasta las puntas de sus pies. No era algo que quisiera oír mencionar siquiera.

—Pero lo que sí puedo hacer es ser un catalizador para un futuro de esperanza, paz y prosperidad entre hechiceros de todo tipo y Comunes. Demostrar que el valor que veo en ti es mucho mayor que solo tu magia.

Vhalla se preguntó si el hombre era sincero, pero en el momento que los ojos de lord Ophain saltaron hacia el emperador, ya no le quedó ninguna duda. Aquello era una declaración, una en la que Vhalla no estaba segura de querer estar implicada o de la que no sabía si comprendía todas sus implicaciones.

—Por lo tanto, es un honor para mí concederte una Proclamación Carmesí.

Un aluvión de murmullos nubló el aire en cuanto las palabras salieron por la boca del lord occidental. Vhalla se movió sin saber muy bien qué hacer o qué decir. Incluso Aldrik tenía una expresión de asombro aturdido en la cara. Algunos nobles parecían confusos, pero los demás occidentales dieron la impresión de llenar pronto los huecos.

Lord Ophain se concentró solo en Vhalla mientras sacaba un lazo carmesí del bolsillo de dentro de su chaqueta. Medía poco más que la mitad del antebrazo de Vhalla, con una anchura de unos tres dedos. El lord se lo entregó y Vhalla deslizó al instante los dedos por la tela. Sobre ella, había símbolos occidentales bordados en hilo de plata; en la parte de abajo llevaba un sello en tinta que mostraba el fénix en llamas del Oeste.

Vhalla levantó la vista hacia el lord, perpleja.

—En realidad, es un título vacío. —Lord Ophain no la obligó a preguntarlo a las claras. Con un asentimiento en dirección al emperador, continuó hablando—. Solo el emperador puede encumbrar a lores y damas a la corte de la nobleza, pero el Oeste mantiene sus tradiciones y honra la vieja usanza. Todo el que sea capaz de leer esas palabras sabrá que a *lady* Vhalla Yarl se la considera desde ahora una duquesa del Oeste por orden de lord Ophain Ci'Dan.

Vhalla lo observó estupefacta. Vacío o no, ese título mostraba más estima por ella de la que había aspirado a recibir en toda su vida. Cometió el error de mirar al emperador y tuvo que hacer un esfuerzo por resistirse al impulso de devolver el pedazo de tela a manos de lord Ophain. Los ojos del emperador Solaris lucían duros como el acero. Vhalla agarró el lazo más fuerte. No significaba nada. Era un símbolo de buena fe, de corregir males del pasado. No suponía ninguna amenaza que pudiera cambiar el actual estado de Vhalla. *Seguro que el emperador sabía eso, ¿no?*

—Me honra, milord —farfulló Vhalla, y volvió a bajar los ojos.

—Si has terminado, lord Ophain —dijo el emperador con frialdad—.

La señorita Yarl tiene otras cosas que hacer.

No las tenía, pero estaba impaciente por salir de esa sala que de repente resultaba demasiado opresiva. Hizo una última reverencia y se percató de que, de pronto, la nobleza occidental le dedicaba pequeñas inclinaciones de la cabeza. Todos, excepto uno; un mayor con bigote, a quien Vhalla jamás había visto antes de la demostración, la miraba con un desprecio poco velado.

Le pareció imposible abandonar la sala lo bastante deprisa para refugiarse de vuelta en su posada.

Larel y Fritz la estaban esperando cuando volvió, sentados en una zona de estar a la izquierda de la entrada principal. Daniel y Craig ocupaban el tablero de carcivi a la derecha. Todos ellos levantaron la cabeza al instante cuando ella llegó.

—¿Cómo ha ido? —Fritz fue el más rápido en preguntar.

—Bien. —Vhalla sujetó el lazo en alto con la mano tan apretada que tenía los nudillos blancos—. Me han dado una Proclamación Carmesí.

—¿Una qué? —preguntó Larel.

Daniel y Craig parecían igual de perdidos.

—¿Una Proclamación Carmesí? —Fritz se había levantado de un salto y corría hacia ella—. Creía que el Oeste ya no otorgaba de estas.

—¿Qué es? —Larel cruzó hacia donde estaban Vhalla y Fritz.

—Las Proclamaciones Carmesíes eran la forma en que los viejos reyes del Oeste construían su corte. Con ellas, le otorgaban estatus de noble a la gente —explicó Fritz.

—Entonces, ¿ahora eres noble? —Daniel fue a echar un vistazo en persona.

—En realidad, no —dijo Vhalla, recordando lo que había dicho lord Ophain.

—El emperador abolió la corte del Oeste —continuó Fritz—. Cuando el imperio absorbió a Mhashan, que pasó a ser solo «el Oeste», el emperador no quería una revuelta por parte de personas que eran nobleza antigua. Así que formó la corte imperial como forma de apaciguarlos: le dio a la nobleza antigua nuevos títulos sureños y

elevó a sus propios lores y damas para que se codearan con ellos.

—O sea que tomó el control de su poder, ¿no? —Craig se frotó la barbilla. Fritz asintió.

—Y, en consecuencia, absorbió la riqueza de las familias más viejas del Oeste. Bueno, ¿por qué te han dado una?

—Lord Ophain dijo que era un gesto de buena fe, por Los Tiempos de Fuego —resumió Vhalla.

La comprensión se iluminó en la cara de Fritz.

—¿Los Tiempos de Fuego? —preguntó Daniel.

Eso dio pie a que Fritz se lanzara a toda una lección nueva de historia. Una que, dado el interés de Daniel en los Caminantes del Viento, tomó mucho más tiempo. Vhalla escuchó en silencio mientras digería los acontecimientos de la tarde.

El emperador parecía contento con su demostración… *pero sus ojos* . Reprimió un escalofrío. Los ojos del hombre habían estado desprovistos de toda emoción cada vez que los posaba en ella. Cuantas más interacciones tenía con el emperador Solaris, menos dudas tenía Vhalla de que su lugar debajo de él no cambiaría nunca.

—Entonces, ¿simplemente los mataron a todos? —Craig se echó atrás en su silla, consternado.

—Sip. —Fritz asintió—. Y Vhal es la primera desde entonces.

Vhalla respondió a la sonrisa orgullosa de su amigo con una curva cansada de sus labios.

—No obstante… por horrible que eso sea, ahora no podemos cambiarlo, y creo que deberíamos celebrar la proclamación de Vhalla. —Daniel se echó hacia delante en su silla.

—No sé si puedo con otra noche de celebración —declaró Larel dubitativa.

—Algo más tranquilo. Hay un delicioso restaurante occidental no lejos de aquí. —Daniel se puso de pie—. Me encantaría invitar a la Caminante del Viento y a sus amigos.

Daniel le tendió la mano y Vhalla la miró. Desearía poder sentir su alegría. Quería la emoción que había sentido su primera noche en la

Encrucijada, emoción a pesar del mar de juegos de poder y manipulación en el que se veía inmersa. Vhalla aceptó la mano de Daniel y dejó que tirara de ella para ponerse en pie. Quedarse ahí sentada y taciturna no la ayudaría a encontrar esa alegría otra vez, y Daniel había sido el catalizador de esta la vez anterior. Tal vez fuese capaz de invocarla de nuevo.

La Encrucijada no decepcionaba nunca. La noche era cálida, interrumpida por una brisa fresca que flotaba por las calles y callejuelas polvorientas. Todos los edificios estaban salpicados de color en forma de vistosos murales, tapices y toldos. Se oía música y risas por todas partes, en armonía con salones de juego y casas de placer. *Es un buen lugar para olvidar quién eres,* decidió Vhalla.

El restaurante era más elegante de lo que Vhalla había esperado, y se sintió abrumada al instante por el menú y la disposición de las mesas. Fritz parecía igual de perdido y Larel sorprendentemente cómoda. Vhalla solo podía suponer que crecer como amiga del príncipe heredero le habría dado a la mujer occidental más información sobre etiqueta de la que hubiese tenido de otro modo.

Vhalla se echó atrás en su silla, su copa acunada en sus manos entre dos platos. Estaba al borde de una neblina que parecía muy tentadora y, aunque no quería inducir dolores de cabeza mañaneros, sí quería quitarle un poco de tensión al día. Daniel también se echó atrás y dejó que la conversación de la mesa discurriese delante de ellos.

—¿Qué opinas de la comida occidental? —preguntó, lo bastante bajito para que solo ella lo oyera. Vhalla salió de su ensimismamiento con un respingo.

—¿Qué? Oh, es deliciosa.

—Yo también lo creo —convino él—. La primera vez que la probé, no sabía qué esperar.

—¿Cuándo fue eso?

—Durante mi primera campaña. —Bebió un trago en ademán pensativo—. Era la primera vez que estaba en el Oeste. Mi familia nunca viajó demasiado.

—¿Cómo acabaste en el palacio?

—Me alisté. —Daniel se encogió de hombros—. Creí que sería una oportunidad de tener una vida mejor —añadió.

—¿No lo ha sido? —Vhalla había oído un deje de desilusión en su voz.

—Sobre el papel, supongo que sí. Después de todo, ahora soy lord. —Tenía el aspecto de alguien que estaba viendo sombras del pasado, en lugar del centelleante esplendor que lo rodeaba en el presente—. Pero por las noches me pregunto si, de no haber abandonado nunca el Este, aún la tendría a ella.

Su tono hizo que a Vhalla le doliera el pecho.

—No pienses así. —Vhalla se recolocó un poco en su silla para mirar mejor a su compatriota oriental. Daniel la observó pensativo, su completa atención era una carga pesada. Vhalla tragó saliva y deseó encontrar las palabras correctas que decir para ayudar a su amigo—. Yo… casi Erradiqué mi magia.

—¿Erradicar?

—Deshacerme de ella. —Daniel la miró boquiabierto, alucinado, como si la mera idea fuese incomprensible para él—. Cuando me enteré de que era hechicera, estaba asustada. Y luego, cuando la Noche de Fuego y Viento, pensé… que todo era culpa de mi magia. —Dejaron el siguiente plato delante de ellos, pero ninguno de los dos hizo ademán de probarlo—. Mi amigo murió a causa de ella.

—Vhalla… —dijo con tono compasivo.

Vhalla sacudió la cabeza; no buscaba su compasión.

—Yo no puedo dar marcha atrás, y tú tampoco. Los dos tenemos que seguir adelante y encontrar la belleza que podamos en el mundo tal y como es.

Daniel la observó con un asombro que la hizo sonrojarse. Vhalla se apresuró a dejar su copa en la mesa y se dispuso a comer lo que tenía delante. Notó el peso de un segundo par de ojos sobre sus hombros y levantó la vista, sorprendida de encontrar los ojos expectantes de Larel. La mujer occidental le sonrió con dulzura.

Cuando terminaron de cenar y volvieron al hotel, Larel siguió a Vhalla a su habitación después de bañarse. Vhalla se sentó en la cama, su amiga detrás de ella para peinar su pelo mojado con dedos mágicos.

—¿Hablabas en serio con lo que dijiste durante la cena?

—¿A Daniel? —La pregunta no tenía sentido; Vhalla sabía muy bien a

qué se refería Larel.

Larel murmuró una respuesta afirmativa detrás de ella, sin dejar de secar el pelo de Vhalla.

—Sí —confirmó esta con un asentimiento.

—Me alegro. —Larel aprovechó para darle un fuerte abrazo—. He estado preocupada por ti.

—¿Sí? —Vhalla sabía que era una pregunta tonta. Esta era la mujer que la había abrazado mientras tiritaba y temblaba. Larel había sido la que la había recompuesto pedazo a pedazo después de la Noche de Fuego y Viento. Y conocía cada fragmento cortante que todavía hería el corazón de Vhalla.

—No eres alguien para vivir envuelta en oscuridad o tristeza. —Larel se recostó en la cama e invitó a Vhalla a hacer lo mismo—. Eres una luz que puede brillar aún más que el sol.

—Eso suena a traición —se burló Vhalla.

—Pues lo digo en serio de todos modos. —Larel se inclinó hacia delante y apoyó la frente sobre la de Vhalla por un breve momento—. Tienes algo en tu interior, Vhalla, algo que la mayoría de las personas no tienen nunca o pierden pronto. No veo el momento de que tú también te des cuenta de ello.

—No soy nada… ni siquiera soy yo misma, soy propiedad de la corona. —Cuanto más lo decía, más hondo calaba. Necesitaba aceptar esa verdad para sobrevivir a la guerra.

Como si Larel percibiera eso, no objetó directamente.

—Lo eres, *por el momento* . Pero pronto estarás de vuelta en la capital para estudiar y hacer grandes cosas.

—Pero no puedo…

—Oh, deja de discutir. —Larel se rio mientras deslizaba los dedos por el pelo de Vhalla con cariño—. Ya lo verás.

Vhalla cerró los ojos.

—¿Y si no lo veo?

—Lo verás.

—¿Seguirás tú ahí para ayudarme? ¿Incluso si no lo consigo? —preguntó Vhalla con voz queda. Se sentía como una niña pequeña que aún necesitaba la seguridad de su manta para enfrentarse a los monstruos que acechaban de noche.

—Sabes que sí —prometió Larel.

—Gracias —susurró Vhalla—. Buenas noches, Larel.

—Buenas noches, Vhalla —respondió su amiga, y sujetó la mano de Vhalla con fuerza mientras esta se dormía.

La puerta se abrió en silencio y el suave suspiro de las bisagras perduró en los oídos de Vhalla. Fritz se había quedado de fiesta con Craig y Daniel después del restaurante. Vhalla se preguntó cuán borracho estaba para colarse en su habitación otra vez. Rodó y enterró la cara en la almohada.

Las pisadas apenas hacían ruido. Sus oídos detectaron el movimiento del aire más que el ruido sobre el suelo. Había algo raro, pero su mente soñolienta no fue capaz de determinar rápido lo que era. Algo sobre las pisadas…

Pisadas . Dos juegos de pisadas.

Vhalla bostezó y se plantó la palma de la mano sobre los ojos. Esperaba ver a Craig y a Daniel, o alguna combinación de ellos con Fritz, pero cuando Vhalla parpadeó y borró el sueño de sus ojos, la figura que encontró de pie al lado de su cama era una pesadilla hecha vida.

Reconoció de inmediato a la norteña que la miraba desde lo alto. Vhalla recordó una noche de fuego, una noche de correr por calles en llamas con un príncipe pegado a los talones. Recordó ser atacada pero advertir al príncipe de que a pesar de haber cuatro atacantes, *aún faltaban dos* .

La luz de la luna centelleó de forma malvada sobre la espada que levantó la norteña. Vhalla la observó paralizada por la sorpresa.

Otra espada cortó a través del aire y Vhalla se giró por instinto hacia el sonido. La primera espada le dio un profundo corte en la espalda y no la empaló solo por su repentino movimiento inesperado. Vhalla ni

siquiera registró el dolor del arma al clavarse en su piel mientras su mente trataba de procesar lo que estaba ocurriendo.

Miró la espada del otro atacante, clavada en el centro del estómago de Larel. Un mar de sangre, negra como el carbón en la oscuridad, manaba de la herida. Los ojos oscuros de Larel estaban abiertos como platos de la conmoción. Un sonido estrangulado y burbujeante acompañó el movimiento desenfocado de los ojos de su amiga al deslizarse hacia Vhalla, la sangre empezaba a resbalar por su boca abierta.

Vhalla chilló.

CAPÍTULO

23

El ruido que produjo Vhalla sonó más animal que humano. Fue un alarido agudo, sin palabras, pero expresaba a la perfección la agonía que corría por sus venas en pos de la adrenalina. Arrancaron la espada del estómago de Larel y el asesino la columpió por el aire a toda velocidad, preparado para un segundo ataque. La mujer detrás de Vhalla estaba haciendo lo mismo.

Un instinto singular se apoderó de Vhalla: el instinto de supervivencia. Se abalanzó sobre el asaltante masculino delante de ella, después de gatear a toda prisa hasta el otro lado de la cama y por encima del cuerpo de su amiga. La espada de la mujer falló por poco su segundo golpe, pero le hizo a Vhalla un corte profundo en la pantorrilla a media zancada.

Vhalla cayó al suelo con el atacante, mordiendo y atacando como una bestia rabiosa. Un latido abrumó sus sentidos y Vhalla permitió que los conocimientos de combate de Aldrik tomaran el control. Quería conocer cada horrible manera que pudiese ocurrírsele a él para provocar dolor y tortura a estas viles criaturas.

Movió una mano y desarmó al hombre enseguida. Estaba bien entrenado y arremetió con la mano contraria para quitarse a Vhalla de encima con un manotazo en plena cara. Ella rodó y se recuperó deprisa, a pesar del dolor ardiente en su pantorrilla.

La mujer estaba sobre ella al instante y Vhalla apenas tuvo tiempo de agitar la mano por el aire y desviar la hoja a medio ataque. Ese movimiento permitió al hombre recuperar su arma y Vhalla se vio obligada a agacharse para esquivar otro espadazo. Estaba en inferioridad numérica y no podía maniobrar en esa habitación tan pequeña.

Vhalla corrió hacia la puerta y tuvo que abrirla de rodillas para evitar la hoja que se incrustó en la madera donde su cabeza había estado hacía unos instantes. Salió al pasillo a la carrera. Otros huéspedes de la posada estaban abriendo sus puertas con expresión confusa mientras la Caminante del Viento esprintaba escaleras abajo. La adrenalina era lo único que la mantenía en pie.

La atacante femenina soltó un grito de frustración, aunque ya casi le pisaba los talones.

—¡Muere, *Demonio de Viento!*

Vhalla se giró apenas para esquivar una daga que le habían lanzado y se tropezó con los últimos escalones. Los últimos noctámbulos que pululaban por el vestíbulo se apretaron a toda velocidad contra las paredes exteriores mientras la asesina norteña y la Caminante del Viento caían dando volteretas. Algunos eran soldados que apresuraron a echar mano de unas armas que no llevaban encima. Uno se abalanzó sobre ellas con las manos desnudas solo para que el hombre norteño acabara con él.

Vhalla no tenía tiempo de lamentar la muerte del sureño sin nombre. Le ardía la pantorrilla con lo que sospechaba que era más que dolor. Sus movimientos empezaban a ser lentos y torpes, a pesar de que los instintos de Aldrik permanecían alerta a cada latido de su corazón. Vhalla chocó con una silla y perdió el equilibrio. El espadachín levantó su arma al tiempo que la atacante se recuperaba de una ráfaga de aire que Vhalla había enviado en su dirección.

Una mujer embistió contra el costado del norteño que, desequilibrado, falló en su ataque. Vhalla cruzó una mirada con ese par de ojos desconocidos.

—¡Corre! —Esa fue la última palabra que dijo la valiente mujer antes de que el norteño clavara la hoja curva de su espada a través de su cuello.

Vhalla no sabía de qué podía servir correr, pero lo hizo de todos modos. Salió en tromba por las puertas de la posada y a la plaza al otro lado. El ejército estaba desarmado y con la guardia baja. Los soldados estaban gordos y perezosos después de los días de paz y relajación que les había proporcionado la Encrucijada. Se encontraban tan lejos del Norte que todos habían asumido que estaban a salvo. Terrible error. De hecho, aunque hubiesen estado armados, la mitad de la Encrucijada estaba borracha a esas horas de la noche de todos modos.

No obstante, había una callejuela preparada para acogerla. Vhalla sintió el viento y se volvió a toda velocidad hacia el hombre que corría hacia ella. La ráfaga hizo caer al norteño dando volteretas y su cabeza golpeó la pared de la posada con un crujido audible.

Vhalla había esperado que eso lo matara, lo dejara inconsciente, *lo*

aturdiera al menos , pero el hombre parecía hecho de metal o de piedra, pues se limitó a parpadear y se levantó de nuevo. Vhalla dio un paso atrás y le lanzó otra ráfaga de aire, pero fue igual de ineficaz. Vhalla había matado a esta gente la otra vez… *¿por qué no podía matarlos ahora?*

Un grito sediento de sangre llamó su atención y vio que la mujer norteña estaba casi sobre ella. Vhalla proyectó la mano hacia delante, preparada para desviar el ataque, pero el entumecimiento que había estado filtrándose desde su pantorrilla se había extendido a sus dedos, y el viento no obedeció su llamada.

—¡Los ojos! —gritó una voz desde detrás de ella.

Una daga hecha de hielo azul se hizo añicos contra la cara de la asesina, tras pasar rozando la mejilla de la propia Vhalla. La distracción le dio a esta el tiempo suficiente para rodar fuera del camino de la espada. Vhalla se giró, sin aliento, hacia la fuente de la voz.

Fritz echó la mano atrás y otra daga de hielo apareció entre sus dedos. La lanzó, pero volvió a fallar, y Vhalla tuvo que rodar indefensa entre espadazo y espadazo.

Daniel se lanzó a la carga cuando la mujer atacó por tercera vez. Tenía un control sobrecogedor de su cuerpo y cada uno de sus pasos justo anticipaba los movimientos de la asesina. Vhalla reconoció la daga que blandía como la que había comprado cuando habían ido de tiendas juntos. *El soldado la había llevado bajo la pernera de su pantalón desde entonces.*

El oriental demostró cómo se había ganado un brazal de oro, pues ni parpadeó cuando incrustó la daga hasta la empuñadura en el ojo de la norteña. La mujer sufrió un espasmo pero no hizo ni un ruido mientras su cuerpo caía inerte al suelo y se soltaba de la daga de Daniel. Vhalla contempló el cuerpo sin vida pero no encontró compasión alguna. En lugar de eso, volvió su ira hacia el objetivo restante.

El otro asesino, al verse superado en número contra el ejército que se había congregado a toda velocidad con armas en las manos, dio media vuelta para huir.

Vhalla intentó levantarse de un salto al tiempo que proyectaba una mano hacia delante pero sin ningún éxito. Fuera cual fuese el veneno con el que habían impregnado esa hoja le provocó escalofríos por la columna que bloqueaban su Canal. Sin embargo, como si lo hubiesen

invocado sus dedos, un infierno brotó de repente y obligó al norteño a tambalearse hacia atrás en su intento por evitar chocar con las llamas.

Vhalla se giró en el suelo en busca del origen del fuego. La multitud se desperdigó como ratas, temerosos de la luz cegadora del fuego que ardía desde los puños de Aldrik hasta sus codos, chamuscando la camisa arrugada que llevaba puesta. Sus ojos oscuros brillaban con intensas llamas y malicia pura. Vhalla no reconoció al hombre que tenía delante como el hombre al que había abrazado y besado el día anterior.

Este era el Señor del Fuego .

Aldrik estaba concentrado en un punto más allá de ella y jugueteaba con el norteño, obligando al asesino a correr para evitar una poderosa y cegadora llama mágica tras otra. Baldair llegó enseguida detrás de su hermano y se quedó paralizado al ver la carnicería delante de él. Vhalla empujó contra el suelo en un intento de mantenerse erguida aunque fuese solo de manera parcial. Ahora estaba a salvo y el latido empezaba a difuminarse; detrás de él, acechaba una agonía que amenazaba con hacerla pedazos.

Aldrik por fin había llegado hasta ella y Vhalla vio sus hombros temblar de ira al ver su cuerpo herido y magullado.

—Lord Taffl, Baldair —les dijo a Daniel y a su hermano, pero sin apartar los ojos de ella en ningún momento—. Apresad a ese hombre y traedlo aquí. *Vivo* .

El príncipe se arrodilló a su lado.

—Vhalla —susurró.

—Aldrik —graznó ella, abrumada por las emociones. Su rostro se retorció de la agonía—. Aldrik, ella… ella está… yo… es mi culpa, *es mi culpa* .

—Vhal… —Fritz había sido el único del creciente grupo de mirones en acercarse a ellos. Él también cayó de rodillas.

Vhalla dejó caer la cabeza entre los hombros y lloró desconsolada.

—Madre, no… —exclamó Fritz. Vhalla esperaba que la estuviese mirando horrorizado a ella, pero no. Miraba más allá.

Siguió la mirada del sureño detrás de ella, más allá de donde Baldair y

Daniel estaban arrastrando al asesino doblegado hacia Aldrik. Los ojos de Vhalla siguieron el rastro de sangre que ella misma había dejado hasta la posada, ahora muy necesitada de ser reparada a causa del norteño de piel pétrea que ella había estampado contra su pared. Los ojos de Vhalla se posaron en una pequeña hilera de cuerpos que estaban alineando delante de la puerta. Estaba el hombre al que habían cortado casi por la mitad a través del abdomen, la mujer con la herida en el cuello, otros dos que Vhalla ni siquiera recordaba haber visto caer en la refriega, y luego una mujer occidental.

Vhalla se levantó como pudo, Aldrik y Fritz demasiado consternados para detenerla. A pesar del dolor, echó a correr de un modo torpe y cojo. Daniel trató de agarrarla al pasar, pero tenía las manos demasiado ocupadas manteniendo al norteño bajo control.

Vhalla apartó de un empujón al hombre que estaba situando el cuerpo de Larel en la fila de los caídos. Se desplomó al lado de su amiga.

—No no no no no Larel. —Vhalla apretó las manos sobre la herida mortal de la mujer, como si de algún modo pudiese curarla ahora—. No puedes, ¡no puedes hacerme esto!

Tenía la garganta en carne viva de tanto chillar, pero los oídos de Vhalla apenas distinguían un solo ruido. Se inclinó hacia delante y enterró la cara en el hombro aún caliente de Larel, aferrada a la sombra de su amiga. Aquello era demasiado. Se balanceó adelante y atrás con cada sollozo. *Era demasiado* .

—Vhal. —Fritz puso las palmas de sus manos sobre los hombros de la joven. Vhalla no se movió—. Ti… tienes que ir a que te curen.

—¡No me toques! —chilló histérica. Se retorció para deshacerse de sus manos y se apretó más contra Larel.

—Vhal. —Fritz la agarró.

—¡He dicho que no me toques! —Vhalla se retorció y le lanzó un manotazo. No tenía fuerzas para un ataque ni medio decente, pero aun así Fritz recibió la bofetada en su mejilla empapada de lágrimas. Unos sollozos silenciosos sacudían sus hombros.

Vhalla lo miró desde abajo, completamente perdida.

—Traed a la Caminante del Viento. —La voz del emperador cortó a través de la creciente conmoción de la plaza. Sus ojos azul hielo encontraron los de la joven.

Vhalla agarró el brazo de Larel más fuerte.

—No —susurró.

—Vhal, tienes que ir —suplicó Fritz, que se arrodilló a toda velocidad para impedir que el emperador viese su desobediencia.

—No —le rogó ella a Fritz, al tiempo que negaba con la cabeza—. No puedo, no puedo dejar a Larel así. Me necesita.

—Está muerta, Vhalla. —Las duras palabras de Fritz fueron un cuchillo que cortó a través de los últimos resquicios de esperanza en el corazón de Vhalla—. Y puede que tú acabes igual si no obedeces la llamada del emperador.

Fritz tiró de ella para levantarla y la empujó hacia su regente.

—Es mi culpa… es mi culpa… —susurró Vhalla, repitiendo el mantra en su cabeza una y otra vez.

—¿Qué ha pasado aquí? —exigió saber el emperador cuando Vhalla llegó hasta él.

Todos los ojos estaban puestos en ella. Vhalla tragó saliva y se giró hacia el norteño.

—Era uno de los malabaristas, en el festival.

—¡Habla claro, chica! —El emperador dio un paso al frente.

Aldrik dio también un paso para colocarse en actitud defensiva entre su padre y Vhalla.

—Las personas que atacaron en la Noche de Fuego y Viento, eran los malabaristas del festival, los que habían ido a la capital. Faltaban dos de ese ataque. —La voz de Vhalla resonó vacía en sus oídos.

—¡Y nuestro ataque fue un éxito! No teníamos ni idea de que el emperador Solaris estaba criando Demonios de Viento —escupió el hombre. Su acento era marcado y cerrado, y hubiese sido difícil de entender si su inflexión no estuviese ya grabada a fuego en los oídos de Vhalla a causa de aquella desdichada noche de hacía ya un tiempo.

—Hablas con mucha fuerza para ser un hombre que está a punto de morir —dijo el emperador con voz ominosa.

—Un guerrero no le teme a la muerte —repuso el hombre con

arrogancia.

—¿Qué tal morir con la vergüenza de no haber podido matar a la persona que asesinó a tus camaradas? —El emperador hizo un gesto con la cabeza en dirección a Vhalla.

Eso enfureció al hombre, que de repente empezó a forcejear contra Craig, Daniel y Baldair, que hacían esfuerzos por mantenerlo arrodillado.

—Soltadlo —ordenó el emperador.

—Padre… —empezó Baldair consternado.

—¡He dicho que lo soltéis! —El emperador Solaris no era un hombre al que tratar a la ligera, así que soltaron al norteño.

El asesino se abalanzó hacia delante como un velocista en la salida de una carrera, pero no fue a por el hombre más poderoso de todos los reinos, el hombre que había matado a su gente e invadido su tierra natal. El norteño fue a por Vhalla.

La joven no movió ni un músculo cuando las llamas brotaron justo delante de ella. Chamuscaron su ropa de dormir desgarrada y lamieron su rostro, pero no la quemaron.

El hombre parecía resistir también al calor, pero solo durante un breve instante, hasta que la magia lo sobrepasó y lo hizo retorcerse y rodar por el suelo. Su piel empezó a burbujear y a carbonizarse.

El norteño comenzó a boquear, pero se sentó como pudo.

—Tiberum Solaris, el poderoso emperador, *elegido por el sol* , escondido detrás de su hijo y de una niña.

—No soy ninguna niña —amenazó Vhalla. Su susurro lo oyó todo el mundo e incluso el emperador guardó silencio.

—¿Crees que los conducirás a la victoria? —se burló el hombre con desdén, su cara ya una masa de carne mutilada—. Enviamos pájaros, informamos, tenemos *amigos* aquí en el Oeste que no te tienen ningún cariño. Cada centinela, cada soldado, cada hombre, mujer y niño apuntarán sus flechas, sus espadas, sus piedras, sus hachas, sus puños, sus picos y sus venenos hacia ti. No puedes comprender nuestro poder, y morirás.

—Daniel, dame tu daga —dijo Vhalla con suavidad.

—Vhalla…

—¡Dámela! —Apartó los ojos del norteño y su dolor se manifestó como una ira ardiente.

Daniel miró a Baldair con impotencia, y este se giró hacia el emperador. El hombre se lo pensó solo un instante antes de asentir en dirección al guardia dorado. Daniel le dio la vuelta al arma y la sujetó con cuidado por la hoja para ofrecérsela a Vhalla por la empuñadura.

El metal de esta le transmitió a Vhalla la misma sensación que su magia la primera vez que había abierto su Canal: fue un fogonazo de poder. Pero este era más oscuro, de una naturaleza más retorcida y primitiva. Vhalla cojeó hacia el hombre herido. Su pantorrilla protestó cuando le puso peso, tenía la ropa empapada de sangre, propia y ajena, y la culpa lastraba sus hombros.

El norteño levantó la cara hacia ella, los ojos guiñados, cargados de odio e ira. Por el más breve de los momentos, Vhalla se preguntó si había querido a los que ella había matado en la Noche de Fuego y Viento del mismo modo que ella había querido a Larel. Si solo estaba mirando un espejo de sí misma, si solo daba la casualidad de que ella estaba en el lado afortunado del reflejo.

El hombre gruñó y atacó. Vhalla fue a su encuentro. No necesitaba la Unión; esto lo haría sola. Vhalla recordó lo que había dicho Daniel mientras sentía la leve resistencia de la hoja al clavarse directamente a través del ojo del hombre para incrustarse en su cráneo.

No había ningún sonido aparte del viento. Vhalla estaba congelada en el tiempo, contempló el otro ojo abierto de par en par y el rostro sin vida del hombre al que había matado. Esta no era una ira ciega, no era un estallido de poder, y no era un recuerdo que su mente fuese a bloquear después. Era el acto de poner fin a una vida de manera deliberada, y había sido espantosamente fácil.

De repente, Vhalla se sintió mareada y osciló cuando todo su cuerpo empezó a temblar. Se sentía vacía y al mismo tiempo tan llena de agonía que estaba segura de que iba a reventar por las costuras y morir.

Su pantorrilla cedió al menguar su determinación y Vhalla se trastabilló antes de caer.

Daniel hizo ademán de atraparla, pero Aldrik fue más rápido. El príncipe la atrapó y la hizo girar en el sitio, y Vhalla se encontró ingrávida mientras Aldrik la levantaba por los aires y la abrazaba contra su pecho. Hizo una mueca cuando él recolocó los brazos alrededor de la piel cortada de su espalda para encontrar una manera de sujetarla con el menor dolor posible.

Cuando el príncipe se giró, Vhalla pudo ver la cara del emperador. Mostraba una quietud letal y la maldad en sus ojos al verla en brazos de Aldrik fue palpable, pero el príncipe no dijo nada. Miró más allá de su padre y echó a andar hacia el hotel en el que se había estado alojando. Vhalla sintió cada ojo estupefacto y vio cada boca abierta a medida que la gente se abría para dejar pasar al príncipe heredero y a la Caminante del Viento.

—Aldrik —murmuró, procurando hablar lo más callada posible para que solo él la oyera—. Aldrik, tú yo ellos…

—Que digan algo —masculló Aldrik con la mandíbula apretada—. Deja que una sola persona diga algo y me dé una razón para quemarlo todo.

Vhalla sintió el calor en las palmas de sus manos, la fuerza cruda que blandía y prometía cumplir sus amenazas. Luego cerró los ojos y apoyó la cabeza en el hombro del príncipe heredero mientras este la llevaba en brazos a la residencia temporal de la familia imperial. Apretó la cara contra él y dejó que su fuerza protegiera su debilidad mientras sus hombros empezaban a sacudirse y las lágrimas rodaban una vez más por sus mejillas.

CAPÍTULO 24

Aldrik la depositó con cuidado en uno de los divanes, una cáscara repleta de tristeza y lágrimas. Vhalla se hizo un ovillo sobre el costado y casi se atragantó con sus propios sollozos. Aldrik se sentó a su lado, acariciando con suavidad su pelo con los dedos.

Cualquier atisbo de paz que hubiese podido ofrecerle quedó arruinado enseguida por la puerta al abrirse de par en par.

—¡Has perdido la cabeza! —Lord Ophain se dirigió a su sobrino a

pasos agigantados.

—Déjanos solos, tío. —Aldrik no apartó los ojos de ella, los dedos perdidos en su pelo.

—Creía que querías protegerla…

—Y está claro que el sitio más seguro para ella es a mi lado. —Había una calma agorera en las palabras de Aldrik.

—¡No, lo que acabas de hacer ahora es poner una diana aún más grande sobre su espalda al mostrarle a todo el mundo que *ella* es el punto débil en la armadura del príncipe heredero! —exclamó—. Aldrik, tienes que llevarla a la habitación de un clérigo y justificar tus acciones —suplicó lord Ophain—. Di que actuaste como lo hiciste solo porque la necesitamos para la guerra. Que quieres que piense que…

Un fuego brotó a su lado cuando el diván de enfrente estalló en llamas. La luz y las llamas repentinas a la espalda de Aldrik hicieron que Vhalla se removiera.

—Tío, juro por la Madre que si tú o cualquier otra persona intentáis llevárosla de mi lado…

—Ya basta, Aldrik. —Vhalla apoyó una mano sobre uno de sus puños cerrados. Las llamas se extinguieron al instante. Ella se desplomó contra el costado del príncipe, cuyo brazo se cerró enseguida alrededor de sus hombros. Vhalla no sabía quién de los dos estaba temblando—. Intenta ayudar. Quizás yo…

Aldrik apretó el brazo y tiró de ella para ponerla sobre su regazo. La sujetó contra él como si tratara desesperadamente de recomponer las piezas rotas de su ser con sus caricias temblorosas. La abrazó con fuerza por la cintura al tiempo que aspiraba una bocanada de aire.

—No, no lo haré. —Miró ceñudo al Lord del Oeste, pero le habló a ella —. No te soltaré.

—Tendrás que soltarla si no quieres que muera de una infección. —El príncipe Baldair estaba en el umbral de la puerta—. La curaré aquí mismo. —Cruzó hasta ellos y dejó en el suelo al lado del diván una de las cajas de clérigo más grandes que había visto Vhalla en su vida.

Los dos hermanos se miraron y Vhalla empezó a pensar que Aldrik iba a cumplir su promesa. Sin embargo, al final relajó los brazos y la volvió a acomodar en una posición reclinada. A continuación, se

recolocó a toda prisa para que la cabeza de Vhalla pudiese apoyarse en su muslo.

El príncipe más joven tiró del faldón de la camisa de Vhalla y cortó a través de la tela andrajosa de la espalda hasta el mismo cuello. Vhalla no tenía la energía suficiente como para preocuparse del recato. No tenía energía para hacer nada más que llorar y dejar que Aldrik le secara las lágrimas.

—Padre está reuniendo a los mayores —dijo Baldair al cabo de unos segundos—. Debes ir.

—No la voy a dejar —repitió Aldrik.

—Vhalla necesita descansar —replicó el príncipe Baldair.

—Deberías ir, Aldrik. —Lord Ophain sonaba mucho más sereno—. Si quieres protegerla, *debes* ir. Eres el único que puede representar sus intereses en esa mesa, los intereses de *ambos* .

Las manos de Aldrik dejaron de moverse. Su dolor se extendió de manera palpable por encima de ella y embotó el efecto de los dedos de Baldair hurgando en el corte de su espalda. Vhalla se aferró al muslo del príncipe heredero con los nudillos blancos; sus dedos le iban a dejar moratones.

Aldrik la iba a dejar. Vhalla sabía que tenía que hacerlo, pero eso no lo hacía más fácil. El mundo se lo estaba quitando también. Vhalla no lo podía soportar.

—B*a* ldair. —Aldrik se atragantó con la primera *a* , pero se recuperó enseguida.

Larel también había sido amiga suya, su única amiga en muchos aspectos. Vhalla también se la había quitado. *Era todo culpa suya* . Vhalla apretó los ojos, le temblaba el cuerpo entero.

—No la pierdas de vista ni un instante. Protégela con todo lo que tengas. Asegúrate de que se curen sus heridas y esté bien atendida. Haz esto por mí y no volveré a pedirte una sola cosa en toda tu vida. —La voz de Aldrik sonó áspera, mientras pugnaba con unas lágrimas que no quería dejar caer.

Los cuidados del príncipe Baldair se detuvieron un instante y los dos príncipes compartieron una mirada de comprensión que hacía tiempo que estaba ausente.

—Tienes mi palabra, hermano. Por mi honor.

Aldrik empezó a apartarse de ella, pero Vhalla lo agarró de las manos con las dos suyas para que se quedara.

—N… no te vayas, Aldrik. Por favor, no me dejes todavía. Sé que tienes que hacerlo, pero tod… todavía no. —Los ojos de Vhalla casi hicieron que Aldrik se viniese abajo—. Aldrik, *por favor* —suplicó, y un mar de lágrimas rodaba por sus mejillas.

Aldrik la volvió a acomodar en el diván y se puso de pie a su lado. Luego se inclinó hacia delante, retiró el pelo de su cara una vez más y apretó los labios contra su sien. Vhalla sollozaba.

—Volveré lo más pronto que pueda.

—Prométemelo. —Agarró sus dedos de nuevo—. *Prométemelo* y lo creeré.

—*Lo prometo* , y jamás incumpliré una promesa que te haga, mi Vhalla. —Retiró la mano de la de ella y se enderezó. Vhalla observó cómo la fachada pétrea del príncipe heredero volvía a su lugar habitual. Llevaba la distancia de la nobleza, la ferocidad del Señor del Fuego y la armadura de su título. Era un guerrero preparado para la batalla.

Vhalla cerró los puños y enterró los ojos en los talones de sus manos.

—Es mi culpa, es mi culpa —se lamentó, en cuanto la puerta se cerró a la espalda de Aldrik y su tío.

—No lo es. —No había estado hablando con el joven príncipe, pero él respondió de todos modos.

—¿Y tú qué sabes? —escupió Vhalla con amargura—. No sabes nada sobre tu hermano, nada sobre mí. Nunca has intentado saberlo siquiera. Estabas demasiado ocupado con tus advertencias malentendidas. Así que limítate a callarte por una vez.

El príncipe la complació durante un rato, mientras ponía gasas sobre la herida y la impregnaba de una sustancia pegajosa que se volvió fría al endurecerse. Apretó con suavidad contra su hombro y Vhalla entendió que necesitaba que se tumbara bocabajo para tener acceso a la herida de su pantorrilla. El príncipe empezó a suturar la profunda herida sin avisarle siquiera.

—Esa tenía veneno —farfulló Vhalla.

—¿Qué? —Los dedos del príncipe interrumpieron su trabajo—. ¿Estás segura?

—Estaba afectando a mi magia. —Vhalla asintió. Sus lágrimas amainaron hacia una sensación de embotamiento.

—Tendré que ir a buscar a otra persona para eso. —El príncipe hurgó entre los viales de elixires, ungüentos y antídotos—. No tengo ni idea de qué hacer con los venenos.

—Aldrik lo sabrá. —Vhalla estaba segura. El príncipe Baldair volvió a su sutura y a untar la herida con un ungüento espeso. Cuando terminó, giró en torno al diván para arrodillarse delante de la cara de Vhalla. El príncipe metió dos dedos en el frasco y empezó a masajear la pomada sobre el ojo morado de Vhalla.

—Gracias, mi príncipe —musitó ella a regañadientes.

—Baldair —la corrigió él.

—¿Baldair? —Era sorprendente lo fácil que sonaba el nombre en su boca.

—Llamas a Aldrik por su nombre; es raro que sigas usando mi título conmigo. —Baldair recogió sus cosas y se levantó—. Iré a buscar a Elecia; ella sabrá darte un antídoto.

—Dije que *Aldrik* lo sabría. —Vhalla no tenía ningún interés en ver a la occidental.

—Y Aldrik no regresará en muchas horas —replicó Baldair con firmeza. Su tono se suavizó cuando la vio desinflarse—. Elecia te ayudará.

Vhalla asintió y empezó a recluirse mentalmente para soportar el ataque que seguro que Elecia le echaría encima. Habían pasado días desde la última vez que habían hablado y, en ese tiempo, Vhalla se había convertido en la amante secreta del príncipe heredero, el primo de Elecia. Vhalla cerró los ojos y procuró no pensar en nada.

Cuando la puerta se abrió de nuevo, Vhalla ni siquiera se dio la vuelta. Se mantuvo en tensión, tratando de contener la tiritona. *Su culpa, su culpa, era todo culpa suya.*

—Vhalla. —Elecia tocó su hombro con suavidad y Vhalla dio un respingo que casi la hizo salirse del pellejo al sentir el contacto—. Déjame verte.

La actitud de Elecia no dejaba espacio a las objeciones y, de repente, las manos de la occidental estaban cerradas con cuidado en torno al cuello de Vhalla. Deslizó los dedos por la mejilla de Vhalla, la otra mano recorrió sus hombros, bajó por el centro de su pecho y hasta su muslo.

Vhalla cerró los ojos con fuerza.

—Es la misma porquería que utilizaron con Aldrik —murmuró Elecia—. Pero mucho más débil. No debería ser un problema.

¿Esto era más débil de lo que había sufrido Aldrik? Él tenía más veneno y aun así todavía podía utilizar su magia, cuando la de ella ya había vacilado. Vhalla sintió un aprecio renovado por la fuerza del príncipe heredero.

—¿Dónde está Aldrik? —No pudo evitar preguntarlo.

Elecia suspiró mientras rebuscaba en la pequeña bolsa que había llevado consigo.

—Averiguando cómo mantenerte a salvo. —Elecia se sentó a su lado, inspeccionó el trabajo de Baldair e hizo sus propios añadidos—. A ti y a él…

—Lo quiero. —Vhalla empezó a temblar otra vez, pues sus palabras habían provocado un nuevo río de lágrimas—. Lo quiero, pero soy solo muerte. Soy muerte para todas las personas a las que quiero. Algún día seré también la causa de su muerte.

Elecia la agarró de la cara con brusquedad y giró la cabeza de Vhalla para que la mirara. Los ojos esmeraldas de la mujer refulgían rojos por los bordes, por agotamiento o por lágrimas.

—No lo serás. Yo no te lo permitiré.

—Pero… —gimoteó Vhalla.

—Si vas a estar con él, entonces encontrarás la fuerza para llevar ese manto. No valen las dos cosas, Vhalla Yarl —dijo Elecia con fiereza—. Aldrik lo está arriesgando todo por ti esta noche, así que más vale que estés dispuesta a hacer lo mismo. Porque como le hagas daño, juro

que te mataré.

Vhalla hizo un ruido atragantado cuando sus labios fracasaron en su intento de formar palabras. Elecia puso su mano sobre la espalda de Vhalla con un suspiro frustrado y esta sintió un cosquilleo cuando la magia de la occidental activó el ungüento que le había aplicado. Repitió el proceso sobre la pantorrilla y la forzó a tragar dos viales más antes de plantarle un tercero en las manos.

—¿Sueño Profundo? —Vhalla reconoció el olor al instante como la pócima que le había dado Baldair hacía meses durante su juicio.

—No puedes curarte si no duermes. Descansa mientras puedas. —Elecia se puso de pie.

—Espera, no me dejes. —Elecia era la última persona a la que Vhalla hubiese esperado aferrarse, pero la tristeza no seguía las leyes de la lógica.

—No puedo hacer nada más por ti. —Elecia miró a la mujer oriental desde lo alto, el ceño fruncido, pero no soltó su mano.

—No me dejes sola, por favor. —Vhalla agachó la cabeza de nuevo. Larel, quería a Larel. Quería sentirse a salvo y caliente y amada de manera incondicional. *Quería a Larel* .

—Túmbate —suspiró Elecia, antes de sentarse. La mujer no le ofreció más consuelo. No le susurró palabras de consuelo ni le secó las lágrimas, pero se quedó hasta que el Sueño Profundo hizo efecto y la mente de Vhalla se vio por fin forzada a apagarse. Aunque Elecia nunca soltó sus dedos de donde los tenía entrelazados con la afligida oriental.

Vhalla se removió un rato después, cuando alguien la levantó entre sus brazos. El pánico momentáneo se sofocó enseguida cuando sintió su calor, cuando oyó su corazón latir al mismo ritmo lento y fuerte que el de ella. Aldrik la trasladó del diván a la cama y la arropó con las mantas.

Vhalla gimoteó en tono lastimero. Dolía tanto estar despierta… después de la dicha del sueño desprovisto de todo. La cama se hundió un poco cuando él se enroscó a su alrededor.

—Aldrik —murmuró Vhalla, y se apretó contra él.

—Mi Vhalla —suspiró él—. Duerme, todavía no ha amanecido.

Vhalla sacudió la cabeza, con lo que se ganó otro suspiro. Necesitaba saber qué había pasado. Entreabrió los ojos para toparse con la sombra exhausta del príncipe que conocía. Unos círculos oscuros teñían sus mejillas, instalados debajo de sus ojos cansados. Tenía el pelo lacio y enredado. Y vio la marca de un moratón en su mandíbula que no estaba segura de querer saber cómo había llegado hasta ahí.

—Aldrik. —Uno de los pedazos más grandes que quedaban de su corazón se fracturó al verlo. *Era su culpa* , era su culpa que él tuviera ese aspecto. Ella lo había puesto en esta situación.

—Duerme. Necesitas descansar —insistió otra vez. A pesar de su aspecto, su voz sonaba calmada y serena.

Vhalla se soltó de sus brazos.

—¿Acaso no te importa?

—*¿Qué?*

—¡Larel, Larel está muerta y la he matado yo! —Las palabras de Vhalla estaban empapadas de lágrimas—. ¿No te importa?

Aldrik se incorporó hasta quedar sentado. La miró desde lo alto.

—*¿Que si no me importa?* —masculló con tono hosco.

Vhalla oyó la temblorosa tensión que Aldrik apenas podía controlar, y se arrepintió al instante de sus palabras, pero él habló demasiado deprisa para que ella pudiese retirarlas.

—¿Todavía crees que soy el desalmado Señor del Fuego?

La mera expresión de su cara hizo que Vhalla hipara, ahogada en lágrimas otra vez.

—Aldrik, no… —Negó con la cabeza.

—Está claro que así debe ser, si de algún modo piensas que estoy tan contento, en absoluto afectado por s… su muerte —espetó cortante.

—Lo siento, no pretendía decir eso.

—¿Sabes siquiera cómo nos conocimos? —Aldrik se levantó y empezó a caminar de arriba abajo—. ¿Cómo conocí a Larel?

—Me lo contó una vez —susurró Vhalla, que percibía la ira que irradiaba Aldrik.

—Me dijo que yo la había salvado, que era el príncipe de todos los cuentos, el que salva a la chica indefensa. —Aldrik se rio con amargura; la tristeza disputaba una batalla con el odio a sí mismo en la oscuridad de sus ojos—. Siempre le dije que eso era una tontería, pero nunca le dije lo mucho que necesitaba esas palabras. Nunca le di las *gracias* por ellas. Qué boba era al pensar que yo la había salvado, cuando fue ella la que me salvó a mí.

—Sé que teníais una relación estrecha… —Vhalla se sentó a su lado.

—No tienes ni idea. —Él se giró para mirarla—. Lo más probable es que te criaras rodeada de amigos y personas que disfrutaban de tu compañía. Pero yo, incluso en mis mejores años, era extraño y estaba distanciado por mi condición de noble y por mi magia. Había una sola persona entre mis iguales que me veía como algo que no fuese su príncipe. *Yo tenía a Larel* . E incluso… incluso después de que la apartara de mi lado, ella volvió. Era mucho mejor amiga de lo que merecí tener nunca.

—Eso no es ver…

—Y cuando acudió a mí, papel en mano para marchar contigo, le dije que no estaba preparada.

Vhalla se reafirmó en que *era su culpa* .

—Sabía que no estaba lo bastante entrenada, que no estaba hecha para la guerra. Pero pensé… —Aldrik la agarró por los hombros de repente—. Pensé que podría protegerla. Igual que pensé que podría protegerte a ti. —Vhalla no encontraba qué decir—. Pero ahí estás, magullada y rajada tras un intento de asesinato. Y no hay ninguna razón aparte de la pura… suerte para que no estés tirada en un charco de sangre al lado de ella. ¿No te das cuenta de que lo pensé? —La sacudió y Vhalla hizo una mueca por el dolor en su espalda. Aldrik paró y miró a los ojos muy abiertos de Vhalla antes de dejar caer la cabeza, derrotado—. Larel está muerta y tú muy bien podrías haber muerto también. No he protegido a nadie.

Aldrik se sentó sin soltarle los hombros, el pelo por encima de la cara. Con su siguiente inspiración, Vhalla creyó que iba a seguir hablando,

pero soltó el aire despacio, luego otra inspiración temblorosa, llena de más silencio. Los temblores eran pequeños al principio, y empezaron por sus hombros antes de encontrar el camino hasta sus manos, a pesar de resistirse.

Vhalla la oyó, *esa respiración* , la que liberó sus lágrimas. Oyó el extraño ruido atragantado que subió por su garganta cuando por fin se rindió a su propia aflicción abrumadora. Estaba cansado, trabajaba demasiado y había perdido a la persona que consideraba su mejor amiga. Aldrik, el príncipe heredero, el futuro emperador, el Señor del Fuego, el líder de la Legión Negra, un hechicero… era solo un hombre. Y los hombres podían romperse.

Sus dedos se aflojaron y sus manos se deslizaron hacia abajo por los brazos de Vhalla, pero no la soltó. Fue la primera lágrima que cayó sobre la sábana de la cama la que sacó por fin a Vhalla de su propia conmoción y dolor. Estiró los brazos y lo atrajo hacia sí sin vacilar. Apretó la cara de Aldrik contra su pecho para esconderlo. Sabía que, con toda su testarudez, era probable que estuviese avergonzado por mostrar su dolor.

Cuando las lágrimas de Aldrik empezaron a agitar su pecho, Vhalla encontró su propio dolor alimentado por el de él. Lo abrazó con fuerza, le acarició el pelo, deseosa de darle todo el consuelo que él jamás pediría para sí mismo. Los brazos de Aldrik se movieron para envolverse alrededor de la cintura de Vhalla cuando por fin cedió a sus atenciones. La herida de la espalda de ella protestó cuando él se abrazó, pero no dijo nada. Era posible que Aldrik no se permitiera una segunda oportunidad de llorar, pensó, así que no haría nada por interrumpir su lamento.

Vhalla nunca obedeció la orden original de Aldrik de que durmiera, y pronto la luz del sol empezó a llenar la habitación. Incluso después de que amainaran las lágrimas, él permaneció acurrucado entre sus brazos. Vhalla era consciente de que la forma en que estaba retorcido no podía ser cómoda, pero encontraba tanto consuelo en él como el que ella le estaba dando, así que no sugirió moverse.

Cuando Aldrik por fin se separó de ella, apartó la mirada antes de levantarse. Se llevó una mano a la cara y Vhalla miró hacia otro lado para darle privacidad. Aldrik le dio la espalda.

—Tenemos un día largo por delante. —Su voz sonó hueca y distante.

—¿Qué pasará ahora? —En realidad, no estaba del todo segura de

querer saberlo.

—Ya lo oíste: los ataques contra ti serán frecuentes y sin misericordia.

Se inclinó hacia delante y levantó la cara de Vhalla hacia él. El rostro de Aldrik ya se había recuperado y, además de los ojos un poco rojos, no tenía el aspecto de un hombre que acabase de llorar durante más de una hora. Tenía la mandíbula apretada en actitud decidida, el ceño fruncido con el peso de la planificación calculada. Vhalla no estaba segura de lo que sentía cuando esa mezcla desesperada de emociones iba dirigida a ella.

—Hoy vamos a fabricarte tres *doppelgangers* .

—¿*Doppelgangers* ? —Parpadeó confusa.

—Tres dobles. Ayer por la noche, los mayores discutieron quién de entre todas las tropas se parecía más a ti, con tu misma altura y constitución. Esas mujeres van a venir hoy, una por una, y las convertiremos en ti. —Hablaba con tal precisión que Vhalla supo que esto no era un plan de los mayores, sino suyo—. Cada una cabalgará conmigo, con mi hermano o con mi padre, de modo que, desde el principio, tu localización exacta será un misterio para todo el mundo, incluidos los soldados.

—Si hay tres mujeres, ¿dónde estaré yo? —preguntó.

—Estarás oculta a plena vista. —Acarició su mejilla con suavidad—. Desde hoy, tus dobles poseen tu nombre. Ya no es tuyo.

—¿Qué? —Vhalla estaba abrumada y confundida.

—A partir de mañana, una de ellas será la verdadera Vhalla Yarl. Pero ninguna de ellas será la verdadera Vhalla Yarl. Tú serás una espadachina del montón. Habrás llegado con los soldados de a pie enviados por el Oeste para que nadie pueda cuestionarse por qué no te conoce. Invéntate el nombre y la historia que quieras, pero los necesitarás pronto.

—No puedo… —se quejó con suavidad; ni siquiera sabía cómo sujetar una espada.

—Puedes y lo harás —dijo Aldrik con firmeza. Luego sacudió la cabeza—. Esta es la mejor oportunidad que tenemos ahora, y *no pienso* perderte.

—¿Qué pasa con las otras mujeres? Se convertirán en objetivos —susurró.

—Exacto, y si una de ellas es asesinada, es posible que el Norte crea que ha matado a la Caminante del Viento —afirmó con frialdad.

—Aldrik, pero será la hija de alguien, quizás la madre de alguien o la…

—¡Me da igual! —Vhalla dio un respingo al oír su repentina intensidad. Aldrik cruzó a paso airado hasta el otro lado de la habitación—. Tengo que hacer una elección, Vhalla. Esa elección es tu vida o la de ellas, y para mí no hay ninguna duda. Si mueren, morirán con honor por su emperador. —Se volvió otra vez hacia ella y Vhalla vio, para su horror, que sus palabras eran ciertas, que no le importaban sus vidas. Las había etiquetado de prescindibles.

Vhalla se retorció los dedos.

—Cabalgarás con Baldair…

—¿Qué? —exclamó Vhalla, y se levantó de un salto. Su pantorrilla aulló de dolor y Aldrik llegó enseguida para sujetarla—. Aldrik, no, no me dejes. ¡No me dejes sola!

—Calla. *Shhh* . —Era una orden, pero sus palabras tranquilizadoras tuvieron el efecto deseado—. Debes cabalgar ahí para mantener la fachada de ser una espada. Pero será solo hasta que lleguemos al Norte. —Aldrik retiró el pelo de los ojos de Vhalla—. Cuando lleguemos a la frontera, el ejército se dividirá en grupos más pequeños para movernos por la jungla. Entonces vendrás conmigo. —Vhalla sorbió de manera ruidosa y las lágrimas volvieron a sus ojos—. Entonces vendrás conmigo, mi Vhalla, mi dama, mi amor. —Aldrik apretó los labios con firmeza contra los suyos, silenciando así cualquier objeción.

—Lo p… —Vhalla hipó.

—Lo prometo. —La mandíbula de Aldrik tembló un momento y entonces la estaba besando de nuevo. Su boca sabía a resignación y Vhalla supo que ese era el sabor que le dejaría—. Ahora, prométeme que serás fuerte.

—Lo prometo. —La cara de Vhalla se contorsionó de la agonía.

Aldrik la abrazó y Vhalla se aferró a él con tal fuerza que le temblaban

las manos. Los largos dedos del príncipe se enterraron en su pelo.

—Sacrificaré lo que haga falta sacrificar para mantenerte a salvo.

Vhalla creyó cada palabra, lo cual evocó un nuevo terror que nadaría por sus venas.

Aldrik la condujo a otra habitación en la misma planta y le dijo que esperara ahí. Vhalla no tenía ni idea de qué esperar cuando reapareció al rato con el emperador.

Cerró las manos con fuerza sobre la manta que Aldrik había echado por encima de su ropa desgarrada. El emperador la miró con un desdén poco velado. Aldrik mostraba una actitud neutra y distante.

—Bueno, empecemos. —El emperador Solaris fue hasta una mesa, abrió la carpeta que llevaba y se sentó delante de un puñado de papeles.

Uno por uno, Aldrik hizo pasar a mayores acompañados de mujeres que tenían bajo su mando. Y una por una, Vhalla les contó lo que significaba ser Vhalla Yarl. Les habló de su infancia, de su hogar en Cyven. Les habló de la biblioteca, de Mohned, de su trabajo como aprendiza, de Roan y de Sareem. Les habló de la Noche de Fuego y Viento y de su juicio. Expuso hasta el último detalle de su vida con el emperador y los mayores de testigos.

En realidad, parecía una Proyección. Hablaba y se movía, pero su mente estaba más distante a cada cosa que decía. Cada palabra entregaba pedazos de sí misma y ella iba siendo cada vez menos Vhalla Yarl.

La última fue una mujer casi idéntica a ella en su corta estatura. Parecía una mezcla de sureña y oriental, con el pelo largo y rubio oscuro. Vhalla tuvo la sensación de que era la que más se parecía a ella, a pesar de tener el pelo más claro y los ojos azules. La mujer le dio las gracias antes de marcharse. Vhalla pensó que, si le estaba dando las gracias por la oportunidad de ser ella, no había escuchado una sola cosa sobre su vida.

Entre el recuento de su historia a cada doble y el secretismo requerido para colar a cada mujer en la sala y luego sacarla también de incógnito, la tarea les llevó toda la mañana y parte de la tarde. Para cuando la última mujer fue acompañada a sus aposentos, Vhalla estaba exhausta.

Aldrik y el emperador apostaban por la misma mujer que Vhalla, lo cual significaba que esa sería la doble que cabalgaría en compañía de Aldrik. Vhalla recibió la bolsa de la mujer como su nueva ropa. Aldrik también le plantó una daga y una botella de tinta negra en las manos y le dijo que hiciese lo que pudiese por cambiar su aspecto.

Temblando y sola en la sala de baño, Vhalla se lavó con cuidado la tierra y la sangre de la noche anterior. Observó con atención a medida que aplicaba tinta a su pelo, para cambiar los mechones del castaño al negro. Después de dejar que el color se asentara un poco, lo enjuagó y repitió el proceso tres veces. Inspeccionó su progreso en el espejo y constató que, en efecto, su pelo había cambiado de color.

Vhalla se mordió el labio al recordar lo liso y dócil que había lucido su pelo cuando Larel había usado su calor sobre él. Se tragó un sollozo y pasó sus propios dedos por su pelo con soplos de viento atrapados por debajo. Fue una operación torpe y tardó varios minutos en lograr tener algo de éxito, pero sí que se secó más liso, con un aspecto más occidental y sin su habitual textura ondulada. Así estaba más largo y Vhalla tomó la decisión consciente de no volver a dejárselo corto. Lo había hecho una vez y se había convertido en nadie. Esta vez crecería para ocupar su nueva piel.

Aun así, Vhalla echó mano de la daga. Luego tiró de parte del pelo por delante de su cara y le dio un corte justo por debajo de la frente para hacerse flequillo. Por segunda vez en un año, Vhalla fue incapaz de reconocer a la persona que la miraba desde el espejo. Se inclinó sobre el lavabo y se tapó la boca con la mano mientras pugnaba por contener las lágrimas por la mujer cuyo recuerdo había decidido honrar.

Mantén la compostura . La amiga de Vhalla Yarl había muerto, Vhalla Yarl la lloraría. *Ella no era Vhalla Yarl* . Volvió a mirarse al espejo y reforzó su determinación. Miró a esos ojos duros y esa cara desconocida y se repitió que *ella no era Vhalla Yarl* . Limpió el cuarto de baño deprisa y se puso la ropa de la otra mujer… *su propia ropa* , se corrigió.

Salió de la sala de baño y regresó a donde esperaban el emperador y Aldrik. Los dos hombres la miraron de arriba abajo. El emperador se echó atrás en su silla.

—Funcionará —sentenció, y se frotó los labios con un dedo.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Aldrik.

—Serien —repuso sin dudarlo ni un instante.

—Serien, ¿cómo te apellidas? —le preguntó.

—Serien Leral —dijo, y se percató del momento exacto en que él reconocía su nombre.

Aldrik tuvo que hacer un esfuerzo por mantener la compostura.

—¿De dónde eres? —Aldrik apretó la mandíbula con fuerza.

—De un pueblo llamado Qui. Es un pueblo minero al que espero que no tengáis que ir nunca —recitó. Su historia se la habían puesto en bandeja.

—¿Dónde está Qui? —El emperador se echó hacia delante y cruzó las manos entre las rodillas.

—Está como a medio camino de Norin, por las carreteras viejas.

—¿Tus padres? —preguntó Aldrik.

—Mi padre era un minero y un borracho. Mi madre era una mujer rota que dejó su casa en el Este porque pensó que aquello era amor. Los dos murieron cuando yo era pequeña, y desde entonces trabajé en las minas. —A pesar de sus pequeños cambios para explicar sus ojos, se preguntó si el emperador ubicaría la fuente de inspiración para su historia. Vhalla sonrió con frialdad; *por supuesto que no lo haría* . Larel no había significado nada para él; dudaba que recordase siquiera a la niña que su hijo salvó de las minas de plata de Qui.

—¿Por qué estás aquí? —El emperador cuestionó su mirada confiada.

—Para tener una vida mejor y servir al emperador —dijo con soltura.

—Bien hecho, señorita Yarl. —El emperador se echó atrás en su silla. Vhalla lo observó con curiosidad.

—Señorita Leral —lo corrigió.

El hombre se limitó a reírse bajito.

—Tu armadura está aquí. —Aldrik dio un paso a un lado y le permitió acercarse a la mesa que tenían detrás. Sobre ella, encontró una coraza básica y una cota de malla. Vhalla se quedó aturdida por un momento. Una de las mujeres llevaría la armadura que Aldrik había fabricado para ella. *No* , se recordó, Aldrik había hecho esa armadura para

Vhalla Yarl, y *ella no era Vhalla Yarl* .

Agarró la cota de malla. Esta era la armadura de Serien, sencilla y sin adornos. Era el tipo de armadura que encajaría entre una masa de soldados y no se distinguiría de todas las demás. Aldrik la ayudó en silencio y le enseñó a fijar la coraza. Era más pesada que su armadura de escamas, y el peso le hizo apoyarse más en la pierna sana mientras se ponía los guanteletes.

—¿Alguna pregunta? —Aldrik se giró y le entregó una espada. Por suerte, se ataba sobre su pierna izquierda, su pierna buena, así que podía desenvainarla con la mano derecha. Se movió un poco para adaptarse a su peso en la cadera.

Hubo una pausa notable cuando sus ojos se cruzaron. Vhalla se preguntó qué veía Aldrik en ella entonces, a *quién* veía entonces.

—¿Serien?

El nombre sonaba extraño procedente de él y dirigido a ella, pero si alguien podía decirlo y hacerle creer que esa era su nueva identidad, ese sería Aldrik. Sacudió la cabeza.

—Bien, te presentarás ante la Guardia Dorada. Puedes marcharte.

Vhalla asintió. Sus ojos reflejaban la distancia vacía que veía en los de él. Agarró su bolsa de lona del suelo, dio media vuelta e hizo un breve saludo. Tenía los nudillos blancos de intentar bajar las escaleras con la armadura puesta y su pierna herida. Se movía con determinación, pero con cuidado de no abrirse los puntos.

El atardecer estaba casi sobre ellos cuando Serien salió del hotel por una puerta trasera.

CAPÍTULO 25

Los Ritos del Atardecer se celebraban cuando se ponía el sol para que la Madre pudiese enviar las almas de los muertos a los reinos eternos del Padre. Serien asistió con las masas en la plaza central de la Encrucijada. Nadie la miró dos veces. Ella contempló la elaborada plataforma sobre la que había cinco cuerpos amortajados en tela roja.

Uno de ellos era Larel Neiress, la mujer que había pasado innumerables horas reconstruyendo a Vhalla Yarl después de que su mundo la hubiese roto. Esta vez, sin embargo, sus manos no habían estado ahí y Vhalla Yarl se había roto en tres pedazos.

El príncipe heredero estaba de pie delante de los cuerpos mientras una Matriarca con capucha cantaba la endecha fúnebre. Serien rechinó los dientes y protegió su corazón tras altos muros. No lloraría. No podía llorar por una mujer que no había conocido nunca.

Pero sus ojos estaban atentos a todo y vio cómo el príncipe heredero tenía los ojos fijos en el cuarto cuerpo. Percibió cómo se movían sus llamas hacia él a un nivel fundamental que no podía explicarse. Al final, Serien salió de entre la multitud cuando empezó a hacérsele un nudo en el estómago.

Era una vagabunda, una solitaria, el espectro de la Encrucijada sin nada que hacer y nadie que la buscara. Serien se apostó bajo la arcada de uno de los muchos edificios y volvió dos veces después de que la echaran. Al final, el dueño dejó de intentarlo.

Observó a la muchedumbre moverse por ahí, felices de que la vida volviera a la normalidad. Vio a un sureño de pelo desgreñado ir cuatro veces al hotel de las tres vidrieras grandes y regresar a una posada, rechazado y solo cada vez. La punzada de tristeza trepó por el fondo de su garganta, pero se apresuró a sofocarla. *Aquellas eran las emociones de otra mujer.*

Cuando el ejército por fin se reunió en la plaza, preparado para retomar la marcha, Serien era la cáscara exhausta de una mujer. El miedo apenas la había dejado dormir, miedo a lo que su mente traicionera pudiese urdir y miedo a dormir al aire libre. No tenía montura, pero por instinto se colocó en el centro de la columna. Era extraño estar rodeada de tanta armadura plateada, pero hizo un esfuerzo rápido para aceptarlo como su nueva normalidad.

La multitud estalló en vítores cuando la familia Solaris salió del hotel con sus mejores galas. Había seis corceles alineados delante del edificio, tres para la realeza, los otros tres para las figuras de oscuras capas que caminaban a su lado. Tres mujeres, casi idénticas en estatura, encapuchadas bajo capas negras que ocultaban sus rostros, caminaban al lado de cada uno de los miembros de la familia real. En la parte de atrás de sus mantos había un ala plateada. Era una diana preciosa.

Con poco interés, observó cómo una se montaba en un corcel negro con una mancha blanca que bajaba por su cara, como un relámpago. La mujer se situó a la derecha del príncipe heredero. El príncipe miró a quien fuera esa mujer antes de trotar hasta su lugar en la fila.

—Al menos podrían haber intentado disimularlo —comentó uno de los soldados que tenía cerca.

—No cuesta demasiado saber cuál es la Caminante del Viento —convino otro.

—Como si el Señor del Fuego fuese a dejar a su oscuro amorcito fuera de su vista.

Serien no se unió a sus especulaciones en cuanto a la verdadera relación entre el príncipe heredero y la Caminante del Viento Vhalla Yarl, pero aguzó el oído. La mayoría estaba de acuerdo en que había algo entre los dos, pero las teorías eran de lo más variopintas. Dos hombres y una mujer se reunieron con el príncipe más joven cuando este se colocó al lado de la Caminante del Viento encapuchada.

—Muy bien, ¡todo el mundo en formación! —ordenó un oriental.

Serien levantó la vista hacia él cuando su caballo encontró el camino casi hasta su lado. El hombre del brazal dorado bajó la vista y sus ojos se cruzaron. Entornó un poco los ojos y abrió la boca para decir algo.

—Daniel, ¿qué pasa? —preguntó un sureño a su izquierda.

Serien se apresuró a girar la cabeza hacia delante. No debería haber escogido el centro de la columna. Intentó juntar las manos para retorcerse los dedos, pero era difícil con los gruesos guanteletes. Se mordió el labio a cambio.

—Nada —repuso el oriental—. Lo siento, no es nada.

Mantener el ritmo de los caballos era difícil mientras salían de la Encrucijada a paso ligero con toda la pompa que exigía la situación. La pantorrilla de Serien aullaba de dolor y sudaba a mares por el esfuerzo de reprimir sus gritos. Incluso cuando llegó la orden de ralentizar el paso, la cosa no fue más fácil. Estaba segura de que se había abierto los puntos.

Serien mantuvo la vista al frente durante todo el día. La Gran Vía Imperial iba a llegar a su fin pronto. Llegarían a los últimos puestos fronterizos antes del Norte y entonces sería territorio peligroso. Su

ánimo sombrío no se correspondía con el del resto de los soldados, así que permaneció sumida en su trance particular hasta que dieron la orden de parar.

Ese fue el primer momento en que se sintió perdida. Todos los demás sabían qué hacer, dónde ir. Tenían sus tiendas de campaña y sus tareas asignadas. No hubo ni un solo titubeo mientras se disolvían en lo que era la vida normal de un espadachín.

Serien se movió despacio y trató de escuchar las conversaciones para ver si alguna confirmaba que pudiera acercarse a uno de los carros de las tiendas y pedir una sin más.

—Soldado —la llamó un hombre desde atrás.

Serien se giró y sintió una punzada en el pecho al ver esos ojos familiares.

—Eres una recluta nueva, ¿verdad? —Daniel se detuvo delante de ella, una mano en la cadera.

—Lo soy —farfulló Serien.

—¿Tu nombre? —La pregunta sonó forzada.

—Serien Larel —repuso, con la esperanza de que tomara nota.

—Deja que vea cómo usas esa cosa. —Señaló hacia su espada.

Serien miró al oriental. ¿En qué estaba pensando? Iba a arruinar su tapadera antes de que acabara el primer día. Uno o dos de los otros miraron con curiosidad al guardia dorado que se dirigía a ella, pero debió parecerles lo bastante normal, porque nadie les prestó demasiada atención.

Serien desenvainó su espada con ademán decidido. Pesaba demasiado y se desequilibró al instante. La agarró con dos manos e intentó estabilizarse. Daniel desenvainó su propia espada y en un solo movimiento fluido hizo que la de ella saliera volando de sus manos y cayera a la arena.

—¡Eso no ha sido justo! —protestó.

—¿Crees que tu enemigo va a ser justo? —Daniel dio un paso hacia ella—. ¿Cuánto tiempo has practicado?

Serien apartó la mirada. No debería haber dicho nada.

—No mucho. —Eso sonaba mucho mejor que «nunca».

—De verdad que el Oeste está rebajando mucho sus estándares. —Envainó su espada y cruzó los brazos delante del pecho. Serien lo miró con cautela—. Porque *sí* eres del Oeste, ¿verdad?

—Lo soy.

—Eso creía. —Soltó un suspiro dramático y puso los ojos en blanco—. Muy bien, te enseñaré.

—¿Qué?

—No voy a dejar que un soldado que esté bajo mis órdenes vaya a la guerra indefenso. —Un tono familiar resonó bajo sus palabras—. Salgamos de entre las tiendas.

Serien lo siguió hasta el desierto que rodeaba a las tropas. No fueron lejos, solo lo suficiente como para tener espacio para moverse en un gran círculo y no tener miedo de columpiar sus espadas.

—No se sujeta así. Mira cómo sostengo yo la mía. —Lo demostró con su propia espada y acabó moviendo las manos de Serien de todos modos—. Así, ¿ves?

—Pesa mucho —susurró ella.

—Es acero forjado. —Daniel se rio bajito—. Ahora, para columpiarla…

Si Serien había estado agotada, dolorida y empapada de sudor por la marcha, no era nada comparado con entrenar con Daniel hasta el atardecer. Le dolía el cuerpo entero, sus hombros gritaban su protesta, y apenas podía levantar la espada para envainarla.

—Suficiente por hoy —dijo Daniel al darse cuenta de su estado. Serien asintió agradecida.

—Daniel —dijo en voz baja cuando se encaminaron de vuelta al campamento.

—¿Sí? —Su tono había cambiado a uno que a Serien le sonaba bien.

—¿Puedo simplemente tomar cualquier tienda?

—¿No tienes una todavía? —Parecía sorprendido.

—No. No me dijeron nada. —Se mordió el labio.

—No va a quedar ninguna libre. —Daniel se pasó el guantelete de una mano por el pelo—. ¿Quieres quedarte conmigo? —Lo preguntó con tal suavidad que estaba claro que dudaba que fuese a aceptar.

—No puedo.

—¿Por qué? —preguntó Daniel con sinceridad—. ¿Por qué no puedes?

—Porque yo…

—No dejaré que duermas en la arena, sola. —A ella tampoco le sonaba demasiado atractivo—. ¿Viajas con alguien, Serien?

Daniel la miró a los ojos y Serien trató de encontrar una respuesta.

—Lo siento, no puedo.

Serien se adelantó y no volvió a mirar atrás.

Al final fue justo como había dicho Daniel. Serien durmió al aire libre con su petate como almohada. Aunque el Sur estaría sumido en lo peor del invierno, el Páramo era caluroso y ese calor perduraba después del atardecer. No empezó a tiritar hasta que la luna estaba a medio camino del cénit.

Cuando Serien se despertó, una manta cubría sus hombros. No llevaba ningún nombre bordado, pero era mejor que las de fabricación estándar. Miró a su alrededor, como si pudiese encontrar al fantasma que se la había echado por encima durante la noche, pero nadie dio un paso al frente.

La usó a la noche siguiente, y la noche después de esa. Una vez, Serien pensó unos instantes en los poderes de la otra mujer, en estirar su mente desde la cárcel de su cuerpo a cubierto de la oscuridad para contactar con cierto príncipe, pero reprimió la idea enseguida. Ese príncipe no le pertenecía. Serien y él no eran nada. Esa noche se durmió discutiendo consigo misma: *Si Serien y el príncipe Aldrik no eran nada, entonces ¿por qué estaba durmiendo fría y sola a la intemperie?*

Para la tercera noche, los otros soldados habían empezado a darse cuenta de que era distante y diferente.

—Practicas mucho con lord Taffl —comentó uno de los soldados que marchaba a su lado.

—Es un honor —repuso Serien con sequedad.

—¿Eres alguien especial para el lord? —Serien no dijo nada—. Eh, te he hecho una pregunta. —El soldado agitó la mano delante de su cara. Ella continuó con la vista al frente—. ¿Qué pasa contigo? —resopló el hombre indignado.

—Deja a la dama en paz —ordenó Daniel desde su montura.

—Está claro que es alguien especial —musitó el hombre en dirección a su amigo.

Las palabras atormentaron a Serien durante todo el día y se las echó en cara a Daniel más tarde. Tiró su espada sobre la arena. Le palpitaba la pierna, suponía que era consecuencia de no haberse quitado las grebas durante casi una semana seguida. Tenía la pantorrilla hecha un desastre; ni siquiera se atrevía a mirarla.

—Creen que hay algo entre nosotros.

—¿Y? —Daniel envainó su espada y recogió la de ella.

—No podemos seguir haciendo esto o pensarán…

—¿Qué? —Le devolvió la espada—. ¿Qué pensarán?

—Que hay algo entre nosotros. —Serien no recuperó el arma.

—¿Y qué?

—Que no pueden —insistió.

—¿Por qué no? —Daniel se encogió de hombros, pero sus ojos revelaron que estaba dolido.

—Porque somos… —La voz de Serien se perdió mientras él daba un paso hacia ella.

—¿Qué? ¿Qué somos? —preguntó Daniel con suavidad. Serien recuperó por fin la espada y la envainó con actitud frustrada—. Yo tampoco tengo palabras para ello, todavía. —Daniel se desnudó emocionalmente delante de ella—. Pero quiero ayudarte, quiero cuidar de ti. Sé que se supone que no debería saber siquiera quién eres, pero lo sé y estoy contento por ello. —Serien sacudió la cabeza e intentó hacer como que nunca había oído esas palabras—. Mírame —dijo Daniel con dulzura. Ella volvió a negar con la cabeza—. *Vhalla* , mírame.

Los ojos de la joven volaron hacia él al oír su verdadero nombre. Hizo añicos su máscara y derribó los muros que con tanto esfuerzo había intentado construir. Hizo que el dolor fuese peor y la verdad más difícil de soportar.

—No me llames así —suplicó—. Por favor, Daniel, no me llames así.

—Es tu nombre. —Se quitó el guantelete a toda prisa y Serien se quedó muy quieta cuando la piel del oriental entró en contacto con la suya, cuando le acarició la mandíbula—. ¿Por qué te lo han quitado?

—Para mantenerme a salvo —hipó en voz baja, tras perder la batalla con las lágrimas.

Daniel suspiró, incapaz de discutir con eso.

—Entonces, deja que yo también te mantenga a salvo. No vuelvas a dormir en el suelo a la intemperie esta noche. Me está haciendo un agujero en el pecho que se hace más profundo a cada momento que pienso que estás ahí.

—Ya sabes por qué no puedo. —La joven no estaba segura si era Vhalla o era Serien la que lo miró en ese momento, pero Daniel no fue capaz de sostenerle la mirada.

—Él te querría a salvo —balbuceó Daniel. Su mano cayó de la cara de ella con el peso de la resignación—. No te tocaré, lo juro.

El sol se estaba poniendo sobre las dunas y pintaba de dorado la piel oriental de Daniel. Vhalla tragó saliva, trató de encontrar a Serien en su interior una vez más. Le dolía el corazón, su mente estaba apesadumbrada, pero no quería dormir con frío otra noche más y estaba *cansadísima* .

Serien asintió.

Daniel la miró incrédulo durante unos instantes. Luego se apresuró a guiarla de vuelta al campamento. El corazón de Serien latía a toda velocidad mientras él la conducía hacia una tienda de tamaño modesto cerca del centro de las fuerzas. Había dos parecidas cerca de ella, la de Baldair no mucho más allá.

Los ojos de la joven se demoraron en la tienda del príncipe. Él lo sabría. Averiguaría lo de Daniel y ella, si es que no lo había hecho ya. *¿Y si se lo contaba a Aldrik?*

Escudriñó a los soldados, paranoica, pero nadie le prestaba atención. Era invisible, una donnadie. Puede que Daniel fuese un lord y un mayor, pero era uno recién nombrado y estaba claro que apenas lo consideraban superior a un soldado raso. A nadie le importaba quién entraba en su tienda ni para qué.

El interior era más grande que la tienda de un soldado medio, cómoda para tres personas. Serien se quedó sentada, medio aturdida, mientras sus ojos se adaptaban a la tenue luz. Daniel no era un Portador de Fuego y no podía conjurar llamas para ver, así que tenían que conformarse con la restante luz del sol y la creciente luz de la luna.

—¿Sabes cómo quitarte esto? —Él ya estaba a medio camino de quitarse la armadura.

—En realidad, no. —Había olvidado lo que le había enseñado Aldrik y era más compleja que los simples ganchos que él había fabricado para su armadura de escamas.

—Deja que te enseñe.

Daniel se movía despacio, como si el más leve movimiento pudiese hacerla huir. En cuanto se quitó la coraza de los hombros, Serien soltó un suspiro de alivio. Había olvidado lo pesada que era esa maldita cosa. La cota de malla se la quitó después con facilidad.

—¿Qué…? —Daniel levantó la pernera de su pantalón antes de que Serien tuviera ocasión de objetar y esta vio de inmediato lo que había llamado su atención. Su pantorrilla estaba cubierta de sangre reseca, las vendas colgaban flácidas e inútiles; la piel estaba desgarrada a causa de los puntos que se habían saltado—. Por la Madre, ¿cómo puedes andar siquiera?

—Me he acostumbrado. —Había una fascinación horripilante en ver su propio cuerpo mutilado. Serien se preguntó si estaba tan tranquila porque ni siquiera su cuerpo parecía suyo. Nada le pertenecía ya, ni siquiera su nombre.

—No, esto está muy mal. —Daniel hurgó en su petate—. Tengo que ir a ver a un clérigo.

—¡No! —Serien lo agarró de la muñeca—. Harán preguntas.

—No, no las harán —la tranquilizó Daniel—. Serien, tú no eres nadie. Yo tampoco soy gran cosa. Los soldados se hieren todo el rato. Deja de preocuparte. —Apoyó la palma de una mano sobre la cabeza de la

joven y luego salió de la tienda a toda prisa.

Serien pugnó con las emociones que batallaron en silencio en su interior cuando Daniel se ausentó: culpa, vergüenza, dolor, agotamiento y *alivio* . Estaba contenta de no estar sola.

Daniel volvió a vendarle la pierna y se negó a entrenar con ella durante una semana entera después de eso. Serien empleó la mayor parte de ese tiempo en recuperar horas de sueño perdidas. En cuanto Daniel montaba su tienda, ella desaparecía y se escondía del mundo. En la oscuridad no tenía que ser ni Serien ni Vhalla. Podía no ser nadie, y eso era lo único que le proporcionaba la paz suficiente para cerrar los ojos.

Las patrullas y los centinelas se aumentaron en torno a las tropas, pero no hubo más ataques. La marcha hacia el Norte parecía tan pacífica que era inquietante. Los soldados empezaban a aburrirse, y con su aburrimiento llegaban los chismorreos.

—He oído que por fin ha vuelto a empezar a llevarla a su tienda otra vez. —El charlatán que caminaba al lado de Serien había estado muy emocionado con respecto a esta información en particular.

—¿Quién?

—El príncipe heredero y la Caminante del Viento. ¿Quién si no?

Serien miró de reojo a los soldados que hablaban.

—Aunque he oído que está consumiendo el doble de alcohol que antes.

—¿Suficiente para él y para ella?

—Bueno, tampoco puedo culparla. ¡Yo tendría que estar borracho como una cuba para pensar siquiera en dormir con el Señor del Fuego! —Todos se rieron.

Serien se preguntó cómo podía ser que Vhalla Yarl hubiese estado tan sorda a sus palabras. Ahora, sin embargo, esas palabras se quedaron con ella. Se quedaron hasta que entrenó con Daniel esa noche y las fue soltando con su juego de pies y sus espadazos poco a poco menos torpes.

—Estás mejorando, ¿sabes? —la animó Daniel mientras descansaban lado a lado después.

—¿Sí? —Serien rodó para mirarlo.

—Así es. —Daniel sonrió y Serien hizo algo que no había hecho todavía: sonrió en respuesta.

La expresión se derritió de los labios de Daniel mientras la miraba, como si él se hubiese dado cuenta de lo mismo.

—Vh… Serien —se corrigió, al recordar cómo le había suplicado que no la llamara por su nombre la última vez que lo había usado. Eso le robó la fuerza a Serien y le recordó todas las cosas que estaban rotas en el mundo. Ser Serien era cada vez más fácil.

—¿Sí?

—¿Puedo tocarte?

La pregunta la tomó desprevenida y lo miró parpadeando. Trató de ver su rostro con mayor claridad en la oscuridad. Se acercó un poco incluso, en su intento, pero no sirvió de nada. La luna empezaba a menguar y, con ella, sus noches habían empezado a ser más oscuras.

—¿Qué tipo de pregunta es esa? —susurró.

—Juré que no lo haría —le recordó Daniel—. Pero quiero hacerlo.

—¿Cómo? —El corazón de la joven empezaba a latir furioso en su pecho.

—Todavía no lo sé. —Daniel se acercó un poco—. Pero me gustaría averiguarlo. ¿Puedo?

Serien tragó saliva, la garganta estaba seca.

—Puedes.

La palabra se le escapó; Serien ni siquiera sabía que había estado escondida en su interior. Las ásperas yemas de los dedos de Daniel, callosos por años de manejar la espada, rozaron la frente de la joven, palparon donde estaba su cara en la oscuridad. Entonces se relajaron. Daniel los deslizó despacio por su sien, por encima de la curva de su mejilla, a lo largo de la mandíbula hasta la barbilla. Luego rozaron sus labios, subieron por su nariz, como si fuese un artista que tratara de recrear su aspecto.

—Daniel… yo… —Se le quebró la voz. Las lágrimas amenazaban con brotar por el dolor que sentía en el pecho, que podía partirla en dos.

Daniel era demasiado amable.

—¿Qué? ¿Tú qué? —La arena rechinó debajo de él cuando se movió más cerca todavía. Serien podía sentir su calor ahora; lo notaba más caliente de lo que hubiese esperado y fue un consuelo maravilloso—. ¿Qué somos?

Serien abrió la boca e intentó formular una respuesta… pero no tenía ninguna. No sabía cómo podía llamar a Daniel, llamarse a *ellos dos* . Él había ido mucho más allá de su responsabilidad como amigo y, sin que ella se diera cuenta, había empezado a llenar los agujeros que le había dejado su vida anterior. Él la consolaba de noche y borraba sus miedos para el día.

Serien cerró los ojos con fuerza y se apartó despacio.

—Estoy cansada.

Daniel no volvió a hacer esa pregunta.

Hicieron falta poco más de dos semanas para que Craig interrogara por fin a Daniel acerca de su actitud ahora distante y sus extrañas costumbres. En cuyo momento Craig quedó al corriente de todo. Serien se sorprendió de que hiciese falta sentarlo delante de ella y casi decírselo para que se diese cuenta de quién era el cuerpo que estaba habitando.

Eso sí, en cuanto fue consciente de quién era ella, juró protegerla también, y a partir de entonces Serien tuvo dos profesores. La joven no se había dado cuenta de lo mucho que monopolizar el tiempo de Daniel lo había desviado de sus obligaciones, pero en el momento en que dejó de tener que estar con ella a cada segundo después de la marcha, el hombre se dedicó a hacer otras cosas, como atender las peticiones de Baldair o ayudar con la gestión del campamento. Serien estaba enfadada con él por no decirle que había sido una carga y se aseguró de que lo supiera.

Daniel se limitó a reírse. Lo hubiese hecho de todos modos, le aseguró.

Serien había nacido de sangre y muerte, pero incluso ella empezaba a ver el sol salir con todos sus colores. Quizás fuese por el incansable apoyo de Daniel, y de Craig. O quizás fuese porque cada día la llevaba más cerca del último puesto fronterizo del Oeste, donde las tropas se dividirían y ella estaría con Aldrik otra vez.

Algunos soldados habían llamado a ese último puesto un «fuerte», pero ese término era muy generoso. Tenía una muralla improvisada construida con maderos gigantescos y arcilla compactada, pero en el interior había poco más que las pretenciosas ciudades de tiendas de campaña que Serien había llegado a conocer tan bien. Aquí no hubo pompa ni celebraciones, nada de vítores ni estandartes ni ceremonias. Estaban al borde de la guerra y no había tiempo para ese tipo de cosas frívolas.

—Descansaremos aquí esta noche —gritó el emperador por encima de las tropas, y su voz flotó por el desierto—. Cuando retomemos la marcha mañana, nos moveremos como tres fuerzas independientes.

Los hijos del emperador lo flanqueaban a derecha e izquierda. Cada uno de los miembros de la realeza iba acompañado de la sombra negra que no se había separado de su lado en ningún momento. Aparte del polvo de sus capas, las Caminantes del Viento no parecían haber cambiado desde que partieran de la Encrucijada.

—Cada legión estará dividida entre mis hijos y yo. Los tres tomaremos rutas diferentes hacia Soricium para aumentar nuestras posibilidades de llegar hasta ahí.

Serien reconoció el nombre de la capital del Norte, el último gran escollo para la victoria del imperio. Cruzó los brazos delante del pecho. Usando los recuerdos de la otra mujer, una sonrisa asomó en sus labios al saber que Vhalla Yarl le había aconsejado una vez al emperador que separara a los miembros de la familia real.

—Vuestros mayores al mando os anunciarán vuestros destinos mañana. Preparaos para la guerra.

CAPÍTULO 26

Serien estaba tumbada en la tienda despierta, escuchando la respiración de Daniel. Observaba cómo su pecho subía y bajaba a la luz de la luna, puntuado por los suaves suspiros de las tierras oníricas. Se preguntó que veía su compañero detrás de sus ojos cerrados. Sus

sueños no podían ser en absoluto tan tortuosos como los de ella.

Estar a su lado se estaba volviendo dolorosamente normal, aunque echaba de menos a Fritz y a Larel con un anhelo que no podría rellenarse nunca. En cualquier caso, Daniel era amable y atento. Era considerado y se anticipaba a sus necesidades de un modo sorprendente.

Serien rodó sobre el costado. Si las cosas hubiesen sido distintas, *¿qué serían ellos dos?* Se mordió el labio.

—¿Estás seguro de que esto es buena idea? —Incluso como un susurro callado, la voz del príncipe Baldair llegó hasta ella.

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo? —repuso una voz grave y oscura como la medianoche. Su tono susurrante reverberó directo a través de Serien y al interior de una mujer que llevaba semanas reprimida—. No lo aceptaré de ningún otro modo.

—Tú y ella… —Las voces se acercaron y Serien oyó dos pares de pisadas en la arena pasar por al lado de la tienda de Daniel.

—Una vez más, ¿cuántas veces tengo que decírtelo? —En el ojo de su mente, la joven pudo verlo pellizcarse el puente de la nariz.

—Ya lo sé —musitó Baldair incrédulo—. Lo has pensado bien, ¿verdad?

La pregunta fue ignorada.

—¿Cómo está? —Las voces empezaron a alejarse.

—Bien cuidada. Tengo a los míos pendientes de ella. Me informan a diario y he cumplido mi promesa, hermano: ha tenido todo lo necesario para estar bien.

Serien miró de reojo a Daniel.

—Te refieres al oriental.

—¿Cómo lo has sabido? —Baldair parecía tan sorprendido como Serien.

—Tengo que hablar con… —Sus susurros callados estaban casi fuera del alcance de su oído.

Él estaba ahí. *Estaba ahí mismo* , le repitió una voz en el fondo de su

mente. Si se movía ahora, lo vería. Serien sabía que no se lo podía permitir. Había tenido un cuidado extremo de evitar a la Legión Negra a toda costa. Era muy consciente de lo que verlo le haría a la otra mujer en su interior.

Cuando las voces se perdieron por completo, Serien tenía los pies debajo de ella y se movían sin que ella se lo hubiese propuesto. Salió de la tienda a toda prisa, rezando por no despertar a Daniel. Los vio a lo lejos, los dos príncipes lado a lado. Caminaban hacia la tienda de Baldair. Una diminuta mota de llama iluminaba su camino y Serien se tambaleó hacia ella, hipnotizada.

La delgada figura del príncipe estaba envuelta en negrura, como recortada de la noche en sí. Sus elegantes dedos estaban cruzados a su espalda. Su presencia irradiaba la esencia de un porte regio a todo el que lo mirara.

—Aldrik —murmuró ella.

Debía de haber sido imposible para él oírla, pero se giró de todos modos. Se quedó paralizado, como si hubiese visto un espectro. Baldair también se giró, curioso por ver qué había cautivado de esa manera a su hermano. En cuanto la vio, lo supo.

Ella dio otro paso adelante y Aldrik no dijo nada, los brazos de repente flácidos a los lados. Serien se tambaleó a través de la distancia que los separaba. Sus ojos estaban perdidos en los de Aldrik y el príncipe heredero tampoco parecía capaz de ver nada más. Los dos eran completamente ajenos a las miradas nerviosas de Baldair, pendiente de si los veía alguien.

—Vhalla —susurró él, y extendió una mano hacia ella.

El príncipe Baldair agarró la muñeca de su hermano.

—A mi tienda. —Le lanzó a ella una mirada significativa y la joven se apresuró a seguirlos.

En cuanto estuvieron los dos en el interior, las manos de Aldrik se enterraron en el pelo de ella. Sus largos dedos se hundieron en los oscuros mechones, como si tratase de enredarse con la mismísima esencia de la chica. Ella sintió cómo Serien desaparecía y, sin la armadura de la otra mujer, Vhalla estaba tan desnuda como un bebé, abierta al mundo y a las emociones que batallaban en su interior.

Inclinó la cabeza hacia arriba, agarró la cara de Aldrik y tiró de él

hacia ella. El alto príncipe obedeció su petición silenciosa se agachó para estrellar los labios sobre los de ella. Su cota de malla se clavó en el pecho de Vhalla, cuyos dedos la arañaron en busca de algo a lo que aferrarse. Estaba desesperada por estar con él, por la vida que solo él podía infundirle.

Baldair se aclaró la garganta para llamar su atención. Aldrik se apartó solo un pelín, sus ojos recorrieron el rostro de Vhalla. Deslizó las manos por sus mejillas, las bajó por su cuello y sus hombros. Y la miró, observó la criatura rota y llena de cicatrices, con asombro.

—Creo que iré a dormir con Raylynn esta noche —anunció Baldair.

Los dos se giraron para ver la solapa de la tienda volver a caer en su sitio. Vhalla sintió que un intenso rubor se deslizaba por sus mejillas ante su descaro delante del hermano de Aldrik. Pero la mano del príncipe que se deslizó debajo de su barbilla y devolvió sus labios a su boca borró todo pensamiento al respecto.

Cada leve giro de la cabeza de Aldrik, cada movimiento de sus labios mojados sobre los de ella, era un éxtasis que no había conocido hasta la primera vez que lo había besado. Era el sabor más dulce que había probado en la vida, uno que solo mejoraba a cada momento que pasaba. Era el lugar perfecto en el que perderse y olvidar el dolor. Aldrik apartó el cuerpo, lo cual la hizo gemir.

El arrogante príncipe sonrió contra la boca de la joven. Sus manos manipularon su cota de malla y al final se la quitó por encima de la cabeza entre beso y beso. Cayó pesada a la arena, y apretó su cuerpo contra el de ella una vez más.

Era un baile para el que solo ellos conocían los pasos, cada movimiento lleno de significado. Las manos de él, las de ella, la boca del uno, de la otra, sus cuerpos, todo ello se movía con una precisión perfecta. La parte de atrás de sus tobillos chocó con la cama de Baldair y Vhalla cayó sobre ella. Llevar semejante mamotreto durante la marcha parecía ahora mucho más pragmático de lo que primero le había reconocido al joven príncipe.

Sus manos cayeron sobre las caderas de Aldrik, sus pulgares encontraron el camino bajo el faldón de su camisa. Suave, *por la Madre, su piel era muy suave* . La palma de la mano de Aldrik subió y bajó perezosa por el costado de Vhalla. Se enganchaba de vez en cuando en la camisa y acabó empujándola hacia arriba para exponer la piel desnuda de la joven a las yemas calientes de sus dedos.

Aldrik interrumpió el beso, jadeante y congestionado. El pecho de Vhalla subía y bajaba a toda velocidad mientras lo miraba, sus caras muy cerca. Él no dijo nada, pero sus ojos llevaban la promesa de un mundo de deseo apenas controlable. Vhalla pasó los brazos por detrás de su cuello y tiró de sus labios de vuelta con ella. *No podía mirarla de ese modo sin besarla* . Aldrik la complació con voracidad y descartó cualquier noción tímida previa de invadir su boca.

Los dedos de Vhalla se deslizaron alrededor del cuello de Aldrik, bajaron por su clavícula y se adentraron en la amplia abertura de su camisa. La joven se deleitó con la piel expuesta de su pecho. Él inclinó la cabeza, devoró el cuello de ella.

—Quiero sentirte —gimió ella con suavidad. Fue un sonido que debería estar avergonzada consigo misma por hacer. Pero tenía la cabeza demasiado turbia para eso. Su cabeza no tenía el control ahora mismo.

Aldrik se enderezó, sus rodillas a ambos lados de sus piernas al borde de la cama. La miró dubitativo, inseguro, mientras procesaba sus palabras. Agarró la parte de atrás de su camisa, se inclinó hacia delante, se la quitó por encima de la cabeza y la dejó caer al suelo junto a la cota de malla.

Vhalla lo miró. Su corazón podía martillear o sus pulmones podían respirar; hacer las dos cosas al mismo tiempo era demasiado para su cuerpo ahora mismo. El cuerpo de Aldrik era ágil, con marcados músculos bien cincelados bajo la palidez fantasmagórica de su piel. La diminuta llama proyectaba profundas sombras por su abdomen. Tenía una cicatriz fea en la cadera derecha, otra en el hombro y unas cuantas menores aquí y allá. Estaba casi demasiado delgado y el lustre de su piel rayaba en lo enfermizo. Su nariz estaba un poco torcida y su rostro era anguloso y afilado.

—Eres perfecto —susurró.

Aldrik parecía completamente estupefacto. Estaba claro que otras mujeres no habían pensado lo mismo.

Vhalla estiró los brazos hacia él y Aldrik cedió. La levantó para situarla un poco más arriba en la cama. Su boca estaba sobre la de ella una vez más, sus manos exploraban su cuerpo.

—Te deseo —murmuró con voz ahumada.

—Pues tómame. —Vhalla nunca había sido tan descarada, pero este

hombre era fuego. Era vida. Era la única cosa que le había parecido buena o correcta en semanas, y lo quería tanto que le dolía solo pensar en tener que volver a separarse de él alguna vez.

—No —dijo él, como si la palabra fuese una maldición.

—¿Qué? —Los párpados de Vhalla aletearon y cuando abrió los ojos lo encontró mirándola desde lo alto.

Él también tenía los ojos entrecerrados, pues se había estado deleitando en el mismo arrebato de pasión que ella.

—No te tomaré de este modo. —Acarició la mejilla de Vhalla.

—¿Por qué? —gimió ella.

—Porque me importas demasiado como para tomarte de un modo tan lascivo. —Besó su mandíbula, sus acciones completamente enfrentadas a sus palabras.

—¿Y si yo quiero que lo hagas? —Vhalla no podía creer que estuviese casi al borde de la súplica.

Él tampoco, y soltó una risa ahumada y sensual.

—¿Me desearás menos cuando llegue el amanecer?

—Madre, *no* . —Vhalla cerró los ojos con fuerza. La idea del amanecer, de ser Serien de nuevo, de estar lejos de él, amenazó con quebrantar su espíritu.

—¿Me desearás menos al amanecer siguiente? —Aldrik le dio unos mordisquitos suaves en la clavícula al tiempo que retiraba su camisa con dedos ávidos—. ¿O al siguiente?

—No, no, no —musitó Vhalla, rezando por que no parara nunca de acariciarla.

—Entonces, será una fruta que madurará con tiempo y paciencia. —Aldrik apretó la mejilla contra la de ella y sus labios se movieron contra su oreja al hablar—. Y será aún más dulce cuando sea recolectada.

Había promesas oscuras amontonadas entre sus palabras y que fueron selladas con sus acciones. Con nada más que besos y unas exploraciones tímidas la tenía acalorada desde el pecho hasta las mejillas, su respiración agitada. Vhalla se volvía loca cada vez que sus

dedos recorrían los tensos músculos de los hombros de Aldrik y estaba lista para gritar su nombre cuando el fuego del príncipe centelleó sobre su piel, crepitando contra su magia ventosa.

Al cabo de un largo rato, Aldrik rodó sobre el costado y la abrazó de modo que quedara medio encima de él, los brazos alrededor de sus caderas. Aldrik deslizó la mano por su espalda mientras ella lo besaba con parsimonia. Vhalla no estaba segura de cuándo o por qué había amainado el calor, pero cuando lo hizo, se encontró acurrucada contra su pecho desnudo, la cabeza remetida al lado de su cuello y su barbilla y el brazo de Aldrik a su alrededor. La pasión se había asentado a una cálida sensación melosa que cocía a fuego lento en la boca de su estómago.

—Aldrik… —Su susurro se transformó en un bostezo.

—¿Sí, mi Vhalla?

Vhalla sintió su voz reverberar tanto en el cuello como en el pecho del príncipe, y la hizo estremecerse.

—Nada… Solo quería oírte decir mi nombre.

—Vhalla, Vhalla, *Vhalla* —obedeció él, recalcando cada uno con un beso en la frente.

—Si la mañana no llegara nunca, creo que no me importaría… —Su cuerpo empezaba a apaciguarse y los bostezos se volvieron más frecuentes.

—Creo que a mí tampoco —convino él, y la abrazó más fuerte.

—¿A partir de mañana estaremos juntos? —No se había atrevido a preguntarlo antes, temerosa de la respuesta, pero si tenía que prepararse para lo peor, quería saberlo ahora. Necesitaría la noche para mentalizarse.

—Escribí la lista de soldados yo mismo. —Aldrik asintió—. A partir de mañana no volveremos a estar separados nunca.

—¿No sería un sueño precioso? —Vhalla bostezó de nuevo.

—Mi Vhalla, mi dama, mi amor. —Las palabras de Aldrik suavizaron las aristas más ásperas del corazón de Vhalla—. Me haces hacer cosas mucho más peligrosas que soñar. Haces que tenga esperanza, haces que *desee* . —Suspiró con un sonido que era en parte felicidad y en

parte dolor—. Por la Madre, todavía tengo que descubrir si vas a ser mi salvación o mi perdición.

Vhalla se retorció para mirarlo, los ojos oscuros del príncipe lucían intensos.

—Yo jamás te haría daño. —Apretó los labios contra los de él.

—Salvación, pues. —Aldrik sonrió contra su boca.

La mañana amenazaba con quemar a través de la lona de la tienda, y Vhalla sentía como que el mundo empezara y terminara con el hombre entre cuyos brazos estaba acurrucada. Su respiración y sus latidos regulares estaban en perfecta sincronía con los de ella y creaban una melodía con un timbre dulce. No del todo despierta, pero tampoco dormida, Vhalla iba a la deriva por una neblina dichosa.

Una neblina que fue interrumpida de repente por la entrada en la tienda de un príncipe de hombros anchos. Vhalla se sentó a toda velocidad, como si hacerlo pudiese ocultar la verdad de haber pasado la noche en brazos del príncipe heredero. Parecía una competición de quién se ponía más rojo: ¿ella o Baldair?

—¡Por todos los dioses, sigues aquí! —Baldair se puso una mano delante de los ojos mientras Aldrik también se sentaba. Las sábanas se arremolinaron alrededor de su cintura para revelar que iba solo medio vestido—. Hermano, la deuda que tienes conmigo es de un tamaño inimaginable.

Vhalla se giró hacia Aldrik alarmada, solo para ver que tenía una sonrisa perezosa desplegada de oreja a oreja. El príncipe heredero se giró hacia ella con aspecto de ser cinco años más joven tras una buena noche de sueño. Aldrik la agarró para darle un beso breve… sorprendente en su pasión, dado el público que tenían.

—Mi hermano tiene razón —susurró Aldrik—. Debo irme o empezarán a preguntarse dónde estoy. —Vhalla asintió—. ¿Me esperas hasta esta noche?

—¿Esta noche? —Vhalla parpadeó en dirección a su príncipe.

—Estaremos juntos otra vez, pero con muchos menos ojos pendientes de nosotros. —Aldrik sonrió.

—¡En territorio enemigo! —Vhalla le dio un puñetazo en el hombro, sorprendentemente juguetona dado el tema.

—Pondré a los mejores hombres de vigías. —Agarró la mano de Vhalla, se la llevó a los labios y besó sus nudillos.

—Cuando queráis —musitó Baldair, claramente incómodo con los amantes que habían compartido su cama.

—Por desgracia, nadie prestará ninguna atención a que una mujer salga de tu tienda de campaña —murmuró Aldrik, mientras se ponía de pie y se vestía—. Así que saldré yo primero. —Se volvió hacia Baldair—. Gracias, hermano.

Había una sinceridad cruda en sus palabras que quedó claro que Baldair no estaba acostumbrado a recibir de su hermano. Ser testigo de ello llevó una sonrisa a los labios de Vhalla. Los dos hermanos no eran tan malos cuando dejaban de pelear

Aldrik le lanzó a Vhalla una última mirada, como si quisiera memorizar su figura. Vhalla asintió. Tendría que ser fuerte solo un rato más; *podía hacerlo* . Después, esa noche, encontraría el camino hasta sus brazos otra vez. Esa idea por sí sola la mantendría cuerda.

Baldair cruzó hasta la cama en el mismo instante en que su hermano se marchó y la miró con atención. Vhalla lo miró a él con recelo.

—Entonces, es real.

—¿El qué?

—Tú y Aldrik. —Baldair apenas podía decirlo, como si las palabras fuesen a echar la cólera de la Madre sobre él.

—Lo quiero —asintió Vhalla—. Y él me quiere a mí.

—Vhalla… —Baldair suspiró y se sentó a su lado en la cama—. *Por favor* , ten cuidado.

—¿Más advertencias? —Vhalla frunció el ceño.

—No como antes. Jamás había visto a Aldrik así. Sé que sus sentimientos no son espejos y manipulación.

—Intenté decírtelo. —Vhalla no pudo disimular su frustración—. Él nunca me haría daño.

—Eso no es lo que temo ahora. —Baldair sacudió la cabeza—. Vhalla, es el príncipe heredero.

—Ya lo sé. —Vhalla agarró las mantas tan fuerte que se le pusieron los nudillos blancos—. ¿Por qué puedes ser tú el príncipe *playboy* , perseguir a quien te venga en gana, y a él lo crucifican por pasar tiempo conmigo? Ni siquiera hemos… —Se calló al tiempo que se ponía roja.

—Porque yo no voy a heredar la corona. —El príncipe la miró con una sinceridad abrumadora—. Yo soy el de repuesto, Vhalla. A nadie le importa lo que yo haga, les importa lo que hace él.

—Pero te quieren. —No era ningún secreto quién era el favorito de la gente común.

—Me quieren porque nunca tengo que impartir castigos sobre ellos, ni llevar a cabo ejecuciones, ni cobrar impuestos. Yo celebro fiestas y abro barricas de vino. —Baldair se rio, pero sonó triste—. Aldrik no les gusta porque será un gobernante justo. A él no le importa que lo quieran o no, le importa hacer lo correcto.

—¿Y qué hay de malo en…?

—Hasta que has llegado tú. —Baldair apoyó la mano sobre la cabeza de Vhalla—. Tú eres la primera cosa que le he visto querer para sí mismo.

—¿A dónde quieres ir a parar? —Vhalla sabía que no le iba a gustar.

—Eso también significa que eres la primera cosa que el mundo sabe que puede quitarle.

Vhalla se quedó de piedra y recordó las palabras de lord Ophain: *El punto débil en su armadura* . Por profundo que fuese su Vínculo, aún estaba aprendiendo cosas sobre su príncipe y Vhalla vio al hombre conocido como Señor del Fuego bajo una nueva luz. Su reputación, sus títulos, lo elevaban y lo protegían mejor que el acero forjado y el cuero hervido.

—Pero trataré de asegurarme de que eso no suceda. —Baldair se levantó y la ayudó a ponerse en pie.

—¿Por qué? —Vhalla lo miró con escepticismo—. No tengo ningún interés en crearme deudas.

Baldair se rio en voz alta.

—No lo hago por eso. Tengo muchas cosas que expiar cuando de mi

hermano se trata. Quizás no me había dado cuenta de cuántas hasta que lo he visto contento de nuevo. Sea como sea, considérame tu espada, Vhalla Yarl.

Vhalla lo evaluó, pensativa. Podía estar mintiendo, pero Baldair nunca había parecido malvado a propósito. Ni siquiera podía culparlo del todo por las acciones que la habían desagradado hasta entonces. Si el joven príncipe decía la verdad, todo procedía de un lugar bueno.

Vhalla le tendió la mano.

—Entonces, considérame a mí tu viento.

Baldair sonrió y aceptó la mano que le ofrecía.

Era difícil ser Serien cuando Vhalla estaba tan contenta, pero se puso el disfraz de la otra mujer, mentalmente, al menos. Tenía que ser Serien, era todo lo que podía ser a la luz del día. Ser cualquier otra cosa la haría merecedora de atención, y empezaba a descubrir que disfrutaba de no ser importante.

—¡Ahí estás! —Daniel agitó un brazo para que fuese a desayunar, y Serien se sentó entre Craig y él—. Estaba preocupado.

—Lo siento. Fui a dar un paseo —mintió con facilidad y ninguno de los dos hombres lo cuestionó. Serien se preguntó si los antiguos amigos de Vhalla dirían que mentía mal ahora.

Daniel y Craig estaban tan tranquilos mientras otros soldados ya empezaban a estar de los nervios. Esta era la tercera campaña de los dos hombres y sabían lo que esperar. Serien pensó en preguntarles qué vería, pero hacerlo no tenía sentido. Lo que le aguardaba estaría ahí dijeran lo que dijesen; al menos sabía quién estaría a su lado para enfrentarse a ello.

Así que cuando el ejército se dividió, Serien fue confiada al grupo de Aldrik. Ninguno de los mayores le había dicho que lo hiciera, pero un solo vistazo a los ojos del príncipe y supo que estaba en el lugar correcto. Se enfrentarían al Norte juntos. Serien cerró los puños y abrió un Canal que no debería poseer.

El ejército empezó a asentarse y el emperador cabalgó hasta el frente.

—Antes de que marchemos, ha habido unos cuantos cambios en los grupos para igualar mejor las destrezas de nuestros soldados —anunció—. Las siguientes personas se trasladarán al grupo del príncipe

Baldair.

El emperador enumeró unos cuantos nombres y un puñado de soldados de su grupo y del grupo de Aldrik encontraron un destino nuevo.

Dijo unos cuantos nombres más:

—… irán al grupo del príncipe Aldrik.

Hubo más movimiento. Serien desplazó el peso de un pie al otro. Estaba impaciente por partir. El emperador continuó con unos cuantos nombres más, y de repente llamó su atención.

—… y Serien Leral estarán bajo *mi* mando.

El hombre más poderoso de todos los reinos la había encontrado de algún modo entre cientos de soldados, aunque no debía de haber sido muy difícil, puesto que se había colocado como una tonta muy cerca de Aldrik. Serien levantó la vista hacia el príncipe heredero, y un pánico con origen en la otra mujer subió en forma de bilis por su garganta.

El príncipe alternó entre fulminar con la mirada a su padre y mirarla impotente a ella.

Serien no podía negarse y su príncipe no podía hablar en su nombre, no delante de toda esta gente. Serien arrastró los pies para ponerlos en marcha. *Los estaban separando* . El emperador lo había hecho solo para fastidiar. Serien quería gritar, quería derribar al emperador de su enorme caballo con el vendaval más fuerte que sentiría en la vida.

Las emociones de Vhalla la acechaban: el miedo al abandono, el miedo a que sus amigos murieran mientras ella estaba lejos e impotente. Más tarde, Vhalla y todas sus emociones escaparían. Esa mujer temblorosa y timorata rompería a través de la fuerza de Serien y se abriría paso con uñas y dientes hasta la superficie. Lloraría por la injusticia de todo ello, por las advertencias ignoradas y la esperanza ciega.

Pero en este momento, mantendría la compostura. Sería Serien y conservaría su dignidad. Serien mantuvo la cabeza lo más alta posible, tan alta que tensó su garganta y contuvo las lágrimas y los gritos. No le daría al emperador la satisfacción de ver cómo aplastaba los últimos resquicios de su esperanza bajo su bota.

CAPÍTULO

27

Las junglas del norte eran distintas de cualquier cosa que hubiese visto Serien jamás. Los bosques del Sur eran árboles altos, con pocos arbustos y árboles bajos, el suelo cubierto en su mayor parte por una alfombra de ramitas y hojas. El Norte era un contraste denso y opresivo. Los arbustos y árboles proliferaban a todas las alturas, y lianas tan gruesas como su brazo cruzaban como telarañas de rama a rama en lo alto.

La cubierta que creaban los árboles era profunda y todo quedaba envuelto en una neblinosa sombra verde. A pesar del hecho de que estaban en medio del invierno, la humedad del aire hizo que el ambiente fuese de inmediato demasiado caliente para la cantidad de armadura que llevaban.

El terreno ralentizaba su avance y todo el mundo se había sumido en un silencio sepulcral desde el momento en que entraron en el bosque, que formaba una línea abrupta en la arena del Páramo Occidental. Un límite claro creado por árboles talados y quemados marcaba dónde terminaba el imperio. A Serien se le hacía raro pensar que ya no estaba en el Imperio Solaris.

Con un solo paso, el mundo que siempre había conocido terminó.

Aunque no había sido un solo paso. Habían sido incontables pasos los que la habían llevado hasta ahí, y todos habían empezado con una noche lluviosa y un príncipe herido. No todos los pasos los había dado con confianza, y algunos la habían llevado a trampas y obstáculos, pero se sentía extrañamente contenta de haberlos dado todos.

Ahora, sin embargo, no sabía a dónde la llevarían sus pies. Serien estaba a tiro de piedra del emperador y la falsa Caminante del Viento. Miró al hombre por el rabillo del ojo. Montaba confiado a su caballo de batalla, pero sus hombros lo delataban. A pesar de su edad, iba atento, alerta, pendiente de todos los sitios desde los que podía aparecer una amenaza.

La guerra era su parcela, su arte y su legado. A lo largo de su vida, había invadido y conquistado un continente entero para unificarlo bajo su bandera. Serien se giró hacia delante otra vez antes de que se

diera cuenta de que lo miraba. Deseó que llegara un ataque pronto; quería ver a este hombre en acción con sus propios ojos.

Pero el día pasó sin incidentes y, para cuando llegó la noche, no se había producido ningún ataque. Durmieron bajo árboles caídos y acurrucados debajo de arbustos. No hubo fogatas ni discusiones alegres. Ni siquiera montaron tiendas de campaña. Serien se hizo un ovillo debajo de un arbolito y se rodeó de musgo. Las noches a la intemperie la habían preparado para esto. Hizo acopio de fuerzas y retrasó las lágrimas una hora más, luego otra, y otra.

Al tercer día, todavía no había llorado. Sus emociones hacia el emperador y la falsa Caminante del Viento empezaban a enfriarse y a replicar las de sus sentimientos hacia el presidente del Senado, Egmun. La joven había observado las acciones de hombres que querían romperla como Vhalla y ahora como Serien, y las consideraba iguales.

Por desgracia para ellos, uno no podía romper lo que ya estaba roto.

Los oídos de Serien tardaron seis días en captar movimiento en el follaje por encima de sus cabezas. Levantó la vista para ver las corrientes de aire discurrir entre las ramas de los árboles. Algo antinatural flotaba en el borde del viento, y Serien lo reconoció como el sonido de unas respiraciones un momento demasiado tarde.

Un puñado de norteños descendió sobre ellos en caída libre, sin dejar de lanzarles una lluvia de dagas que encontraron de inmediato su camino hacia los cráneos de los soldados más desafortunados. Serien hizo ademán de levantar la capucha de su cota de malla, pero soltó una maldición al recordar que no llevaba la armadura de Vhalla Yarl.

—¡Portadores de Fuego! —gritó el emperador.

Los soldados de la Legión Negra corrieron al perímetro para crear una pared de llamas. Los norteños se vieron atacados por flechas y lenguas de fuego mágicas que quemaban la maleza que estiraba sus tallos de manera antinatural para frenar su descenso. Uno de los hombres cayó justo delante de ella y su cuerpo casi explotó del impacto con el suelo después de una caída tan larga.

Serien respiró hondo y trató de evaluar la situación. El viento le susurró de nuevo.

—¡Vienen más por la *izquierda* ! —gritó. Serien desenvainó su espada mientras todo el mundo, el emperador incluido, miraban confundidos

a su alrededor.

Sin embargo, su advertencia fue validada en el momento en que los norteños atravesaron las llamas a lomos de bestias gigantescas, distintas de cualquier cosa que Serien hubiese visto en la vida. Eran criaturas felinas con patas de atrás de doble articulación y garras más grandes que el muslo de un hombre. Su espeso pelaje estaba lustroso y fuera lo que fuese lo que lo impregnaba parecía inmune a las llamas por encima de las que saltaron.

Llegaron dos más, cargadas con aún más jinetes que se apresuraron a desmontar y se lanzaron a la batalla con una espada en cada mano. El primero iba en tromba hacia el emperador y la Caminante del Viento, que eran su objetivo claro. El emperador desenvainó su espada y maniobró a su corcel sin miedo para recibir al norteño de frente.

No había color entre uno y otro. El caballo se movía con precisión ante cada orden del emperador Solaris, y este se movía como si su enemigo le hubiese dicho todos los ataques que iba a hacer. Le cortó la cabeza al hombre de un tajo limpio después de esquivar los ataques de sus dos espadas.

Los norteños no parecían interesados en enfrentarse a ninguno de los soldados, y el ejército imperial se vio reducido a luchar por impedir sus gigantescos brincos y saltos en pos de la Caminante del Viento. Aun así, desde algún lugar en medio del caos, Serien logró oír el sonido de la cuerda de un arco. Se giró para encontrar al arquero justo encima de ellos.

La flecha iba directo hacia el emperador, que estaba enzarzado en un combate acalorado. Serien se tragó su orgullo y proyectó una mano por el aire. La flecha se detuvo justo cuando el emperador estaba a punto de girar la cara hacia ella. El hombre no pudo ocultar su asombro cuando la flecha cayó al suelo inofensiva.

Dos ojos cerúleos encontraron los suyos. Serien no vio ni un ápice de cariño, ni una pizca de agradecimiento. Serien apretó la mandíbula y se le pasó por alto el sonido del disparo de otra flecha.

Para cuando alguno de ellos la oyó, ya era demasiado tarde.

Derribó a la falsa Caminante del Viento de su caballo; la mujer cayó hacia atrás de la montura, una flecha sobresaliendo de su cara. La compañía imperial la miró estupefacta mientras los norteños bramaban su victoria y emprendían una retirada bien calculada. Uno por uno, los soldados imperiales se volvieron hacia su emperador,

llenos de aprensión.

—Dejadla. —El emperador hizo girar a su caballo para proseguir su camino.

Serien se demoró un instante de más para mirar el cuerpo de la mujer muerta. Podía haber sido *ella* . Esa mujer había muerto por Vhalla Yarl, y Vhalla Yarl ni siquiera sabía cómo se llamaba.

La tierra se volvió más rocosa a medida que ascendía. Serien sabía que no había montañas en el Norte, no como las del Sur, pero algunos de los riscos empezaban a tener un tamaño impresionante. Esa noche tuvieron la fortuna de contar con cuevas y cavernas en las que esconderse. Era la primera vez que los soldados podían relajarse y la mayoría aprovechó a fondo la oportunidad.

Serien se acurrucó en un recoveco de la fachada rocosa, protegida por los cuatro costados. Apoyó los codos en las rodillas y observó sin energía la neblina del atardecer. Ya llevaban una semana de marcha. En otras dos deberían llegar a Soricium. Se agarró los brazos con fuerza. *Entonces vería a Aldrik* . Pensar en la alternativa era demasiado para que incluso Serien pudiese soportarlo.

Dado el hecho de que era la primera oportunidad de privacidad que tenían, no debería haberse sorprendido cuando un mensajero la encontró poco después de ponerse el sol. El hombre la condujo alrededor de varias rocas hasta una pequeña cueva y partió a toda prisa después.

—¿Queríais verme, mi señor? —dijo, tras hacer un saludo formal; el saludo de un soldado, no el de la Legión Negra.

—Sí. —El emperador se levantó y cruzó las manos a la espalda—. Supongo que quieres un agradecimiento por tu acto de heroísmo.

Serien frunció los labios y esperó a que el hombre fuese al grano. Esperó a que llegara a la razón por la que había esperado días después de aquella refriega, por la que había esperado a tener privacidad.

—No todos los días tiene una plebeya la oportunidad de salvar la vida del emperador. —Caminó hasta el otro lado de su pequeña hoguera. Con la forma en que la luz iluminaba su cara, Serien casi podía ver la frente de Aldrik en la de este hombre.

—Fue un honor para mí. —La iba a obligar a jugar a su juego.

—En efecto —convino el emperador—. Fue porque eres mía. Tu libertad, tu vida, tu futuro están en mis manos, Vhalla Yarl.

El uso de su nombre cortó a través de Serien y agotó la fuerza de su álter ego.

Al emperador no se le pasó por alto la vacilación en sus ojos.

—Quiero que tengas muy claro por qué estás aquí.

—Ya sé por qué estoy aquí.

—¿Por qué? —la retó.

—Para ganar vuestra guerra. —Ni siquiera se molestó con la tontería de expiar sus crímenes. Serien… Vhalla… se preguntó si el emperador había decidido su destino en el momento en que puso los ojos sobre aquel torbellino.

—Sí, muy bien. —Empezó a caminar de nuevo—. Me habían dicho que eres lista.

Había un brillo depredador en los ojos del emperador que hizo que Serien cerrara los puños.

—¿Sabes quién me lo había dicho? —preguntó el emperador.

—¿Quién? —Serien trató de erguirse en toda su altura para que el hombre tuviese menos distancia desde la que mirarla desde lo alto.

—Mi hijo mayor.

Con eso, le había lanzado el guante. A Serien le bullía la sangre. *De eso era de lo que iba todo aquello.*

—Es muy inteligente, mi señor.

—Suele serlo —murmuró el emperador mientras la miraba de arriba abajo. Serien ya sabía que no daría la talla—. Hablando de él, nuestros dos grupos se fusionarán otra vez después del Desfiladero, para la última etapa del viaje.

Serien hizo un esfuerzo por mantener una expresión neutra; estaba segura de haber fracasado en su intento. El emperador siguió mirándola desde lo alto.

—¿Por eso me habéis llamado, mi señor? ¿Para decirme eso?

El emperador se rio, divertido por su fachada atrevida.

—No, solo quería darte las gracias por estar tan atenta. Es bueno saber que, cuando te concentras en tu deber, no eres inútil.

—Gracias. —Serien dio un paso atrás, fingiendo haber oído el permiso para retirarse que no había en la voz del emperador.

—Oh, y señorita Yarl. —La joven se detuvo—. Te recomiendo que mantengas esa concentración donde debe estar: en llegar viva hasta el frente y proporcionarme mi victoria. No toleraré que te distraigas con fantasías de chiquilla o ideas equivocadas.

Serien apretó los puños tan fuerte que las correas de sus guanteletes amenazaron con romperse. Rechinó los dientes y tensó la mandíbula. Oía las amenazas del emperador alto y claro.

—¿Me has entendido? —La voz del emperador sonó con una calma letal.

—A la perfección.

La conversación perduró en la mente de Serien mientras cruzaba el campamento furiosa de vuelta a su escondrijo. Se repitió una y otra vez en su cabeza mientras trataba de encontrar una posición lo bastante cómoda en la que dormir. Y cuando por fin lo consiguió, el emperador la recibió en sus sueños…

El emperador estaba sentado a su lado . No, no era ella. *Vhalla se salió de la figura onírica de Aldrik. El rostro del príncipe lucía duro y el fuego iluminaba sus ojos. Vhalla siguió la dirección de su mirada y se vio a sí misma, parte etérea y parte concreta, en una jaula que le resultaba muy familiar. Estaba acurrucada y temblando, la sangre goteaba desde la parte de atrás de su cabeza, por su mandíbula y sobre el suelo. La fuerza que brillaba en sus ojos marrones era como un teatro de sombras; le faltaba verdadera sustancia. Eso estaba claro, no solo para ella, sino para el hombre cuya memoria estaba ocupando.*

La mano de Aldrik tenía el puño cerrado con tal fuerza que la piel se le había quedado lívida por falta de sangre. Era imposible que Vhalla lo hubiese visto desde el otro lado de la sala del tribunal durante el juicio original, pero la mandíbula del príncipe estaba apretada hasta el punto que su cara temblaba y se estremecía. El emperador estaba hablando, pero

para los oídos de Aldrik las palabras sonaban informes entre la tormenta de ira ardiente en su cabeza.

Las emociones de Aldrik discurrían con claridad, sin filtros, a través del recuerdo inducido por la Unión mientras abandonaba la sala. No podía cuidar de ella. Si la miraba, perdería la cabeza. Si la miraba, todos sabrían lo mucho que se preocupaba por ella.

En cuanto las puertas de los aposentos imperiales se cerraron detrás de él y de su familia, Aldrik alargó sus zancadas y enseguida duplicó la distancia entre su padre y él. Vhalla podía sentir cómo su magia temblaba y palpitaba con una necesidad innegable: la necesidad de llegar hasta ella.

—Aldrik —lo llamó el emperador.

El príncipe se quedó inmóvil. Su rostro lucía inexpresivo, pero Vhalla sentía el tornado de emociones que desgarraba su pecho. La imagen de su padre lo llenaba de pánico.

—Te necesito en el consejo de guerra; el Norte se está volviendo demasiado atrevido y tendremos que contestar esta agresión con la fuerza.

—Iré enseguida —repuso Aldrik, muy rígido.

—Vendrás ahora. —El tono del emperador fue bastante casual, pero algo peligroso brillaba en sus ojos.

Vhalla sintió cómo Aldrik hacía acopio de valor, una cosa extraña que nunca había pensado que el hombre conocido como el Señor del Fuego tuviese que hacer.

—Está claro que la definición de «cuidado» de la guardia es deficiente. —La voz de Aldrik rezumaba veneno—. Voy a educarlos.

—Eso no es asunto tuyo. —El emperador le restó importancia al tema con un gesto de la mano y echó a andar por otro pasillo.

—Sí lo es. —La desesperación inundó el pecho de Aldrik y rebosó hacia el de ella—. Ya te he dicho que ella puede ganar tu guerra. Solo estoy protegiendo nuestros intereses.

—Razón por la cual no he hecho que mataran al monstruo antes de que volviera a ver la luz del día. —El emperador hizo una pausa para mirar a su hijo—. ¿Los intereses del imperio, Aldrik?

—Siempre por el bien mayor de nuestro imperio. —Las palabras eran

ensayadas. Las había dicho tantas veces que brotaron por la boca de Aldrik sin pensar, completamente desprovistas de emoción. Sonaban tan huecas que Vhalla pudo sentir la presa que temblaba en el interior del príncipe, la que contenía una súplica de «déjame ir con ella»*—. No te interesa que muera, padre. Ya te lo he dicho, puedo entrenarla, moldearla…*

—Lo sé, lo sé. —El emperador se volvió hacia Baldair, que Vhalla casi había olvidado que estaba ahí—. Baldair ve a buscar a un clérigo para curar a la mascota de Aldrik.

—Padre… —Baldair frunció el ceño.

—Gracias. —El emperador ignoró por completo el tono desaprobador en la voz de su hijo menor.

Aldrik se quedó de pie en silencio mientras el emperador seguía su camino. Vhalla percibió su resignación. Vio su aceptación de una verdad más profunda: a pesar de todos sus deseos, no podía acudir al lado de la mujer con la que más deseaba estar.

—Baldair —susurró Aldrik cuando el emperador estuvo justo lo bastante lejos como para no oírlo.

—¿Qué quieres? —Vhalla percibió el toque de desilusión en Aldrik al oír la desaprobación que impregnaba las palabras de Baldair.

—Ve a curarla tú mismo —le pidió Aldrik.

—¿Qué?

—Ve tú mismo, maldita sea —bufó Aldrik—. Me lo debes.

—No te debo nada. —Baldair cruzó los brazos delante del pecho.

—¿Qué ha pasado con eso de ser el noble caballero que aboga por la protección de los débiles y los inocentes? —masculló Aldrik con desdén. Vhalla notó su satisfacción cuando vio cambiar la expresión de Baldair. El príncipe heredero sabía justo qué palabras emplear para empujar a su hermano en la dirección que él quería—. Me lo debes por los últimos seis Elixires de la Luna que les sisé a los clérigos sin que ellos lo supieran. A menos que prefieras que reconsidere ese arreglo.

—Vale, vale, pero no lo hago por ti —musitó Baldair indignado—. Sino por la chica.

—Perfecto. —Aldrik se alejó, satisfecho por el momento. Su padre iba unos pasos más adelante y parecía ajeno al intercambio de palabras susurradas entre los hermanos. Aldrik abría y cerraba los puños.

Maldijo todo lo que había amado en la vida. ¿Cómo podía haber pensado siquiera que estar cerca de ella pudiese acabar bien? ¿Cómo podía haberse permitido emborronar tanto las líneas con esa mujer?

Las preguntas emanaban de la mente de Aldrik para colarse en la conciencia de Vhalla mientras el príncipe bajaba a paso airado por el pasillo. Una silla estalló en llamas a su paso, otro arrebato de emoción indomable. Aldrik frunció el ceño en su dirección y extinguió el fuego.

Vhalla se despertó tiritando en el Norte con pensamientos robados de la conciencia onírica de Aldrik. *Él tenía que recuperar el control. No podía dejar que los demás se dieran cuenta. No podía dejar que se enteraran de lo que ella era.*

CAPÍTULO 28

Los soldados decían que «El Desfiladero» había sido antaño el río más grande del mundo, pero hacía mucho que se había secado. A Serien le costaba creer que la profunda quebrada rocosa hubiese podido contener agua en algún momento.

Pero en algún lugar al otro lado de la grieta estaba Aldrik. Puede que el emperador hubiese querido asegurarse la sumisión de Serien a base de amenazas, pero todo lo que había hecho era darle un punto en el tiempo al que esperar. Otro día, quizás dos, y habrían cruzado El Desfiladero; y ella estaría con él otra vez. Tendría cuidado, pero le contaría las amenazas de su padre y, de algún modo, se sobrepondrían a ellas.

Serien miró al emperador por el rabillo del ojo. No se interpondría en su camino, por mucho que lo intentara. No podía ni imaginar lo que su hijo sentía por ella y lo que ella sentía por él. Pero algún día se lo demostrarían.

Había pasado medio día cuando oyó los primeros ruidos de acero contra acero y los sonidos de un combate arrastrados por los vientos del Desfiladero. Serien se estremeció, fría de repente a pesar del calor de la jungla.

Aldrik .

Tuvo ganas de correr, de esprintar, su corazón se aceleró a un ritmo salvaje. Aldrik la necesitaba. Era así. Estaba segura. Vhalla podía sentirlo a través del Vínculo.

Ni Vhalla ni Serien estaban preparadas para el momento en que las tropas doblaron un recodo. Varios fuegos quemaban las copas de los árboles mientras los soldados luchaban en el otro lado del Desfiladero. Era un ataque a tumba abierta y ella estaba demasiado lejos para poder ser de utilidad. Vhalla buscó frenética para intentar encontrar a Aldrik entre el caos.

El Norte, sin embargo, no había corrido ningún riesgo con respecto al lado desde el que se aproximaría su presa, y el *shock* de los soldados imperiales era la oportunidad ideal para un segundo ataque sorpresa. Hombres y mujeres, guerreros enfundados en cuero hervido, se abalanzaron sobre ellos desde la maleza que tenían justo delante.

El emperador, frenético, trató de dar órdenes, pero estaban demasiado desorganizados y los habían tomado desprevenidos. Los norteños cortaron a través de la primera fila con facilidad. Los soldados imperiales intentaron recomponerse, y la segunda y tercera fila de hombres y mujeres desenvainaron sus espadas. Pero la sorpresa los volvía torpes y las puntas de sus hojas rebotaban contra la mágica piel pétrea de sus enemigos.

Lo que había sido una unidad organizada sucumbió enseguida al caos. Los soldados veteranos gritaban a sus nuevos reclutas que defendieran la línea, pero el campo de batalla ya estaba tan manchado de sangre que los hombres se estaban volviendo locos. El emperador gritaba desde lo alto de su montura, tratando de recuperar el orden. El poder del Norte presionó sobre ellos, decididos a que no fuese así.

Una extraña calma se había apoderado de ella. Los fogonazos de llamas al otro lado de la quebrada se reflejaban en sus ojos e iluminaban una verdad más profunda que resonaba en su interior. Las palabras de Baldair rebotaban por su subconsciente: *Eres un símbolo* . Los dedos de Vhalla fueron hacia la correa de su espada, al tiempo que esquivaba la hoja de la primera norteña en el proceso.

No se enfrentaría a esta gente con terror. Si iba a morir, moriría con dignidad. Vhalla corrió hacia atrás, se arrancó los guanteletes de las manos y sintió el viento debajo de sus dedos mientras desabrochaba su armadura. No moriría como Serien. Si iba a morir, moriría como la Caminante del Viento.

La norteña que la había estado atacando se lanzó a la carga y Vhalla proyectó la mano hacia delante para encontrarse con la mujer. Fue como si el viento hubiese echado de menos sus órdenes, porque respondió con toda su fuerza. La mujer salió volando por los aires, junto a varios norteños más. Vhalla hizo otro gesto con el brazo y otro puñado de norteños cayó por los suelos.

—¡El Demonio de Viento! —aulló uno mientras la señalaba.

Vhalla no se arrugó, sino que se lanzó al ataque. Tenía el viento bajo los pies y el latido del corazón de Aldrik en los oídos. Sacó fuerzas de la fuerza de él. Juntos se enfrentarían a sus enemigos. Juntos serían invencibles.

Vhalla se movía sin esfuerzo entre las espadas según llegaban a su encuentro. No podían tocar al viento. Desarmaba a unos y otros con giros de muñecas y rápidos gestos con los dedos.

Era la primera vez que luchaba de verdad sin miedo. Hasta entonces, incluso en los entrenamientos, siempre había estado asustada. Su poder había sido extraño, luego se había producido la Unión, más tarde había estado el miedo a matar de nuevo… Pero, como Serien, había aprendido a proteger su corazón y ahora era un verdadero agente de muerte.

Le demostraría al emperador, le demostraría al mundo entero, que por fin habían obtenido lo que querían de ella.

Vhalla se abalanzó hacia uno de los guerreros y la palma de su mano cubrió la boca del hombre. Así era como Aldrik había matado a aquella norteña en la Noche de Fuego y Viento. Pero Vhalla no lo haría estallar en llamas. El aire atrapado dentro del cuello del hombre se movió bajo sus órdenes. Los ojos del norteño se volvieron hacia atrás cuando el aire presionó hacia fuera, estiró su piel hasta el límite… Y el viento se liberó con una explosión, arrancando tiras de piel y pedazos de metal en el proceso. La cara y el brazo de Vhalla quedaron empapados de sangre.

El hombre cayó delante de ella y se produjo un silencio casi audible cuando todo el mundo dio la impresión de pararse y contemplar la

escena horrorizado. Vhalla miró a los soldados, a sus aliados. Sus ojos se cruzaron con los del emperador, que parecía igual de aturdido.

—¡Luchad conmigo! —gritó. Los hombres necesitaban un líder, necesitaban un símbolo que fuese más que un hombre con armadura dorada. Necesitaban a un Señor del Fuego. O a un Demonio del Viento —. ¡Luchad conmigo! —Vhalla recalcó sus palabras haciendo explotar a otro norteño bajo su mano.

Los soldados imperiales cobraron vida a su alrededor, aunque iban atentos a su viento y tenían cuidado con sus movimientos. El emperador quería que ella le diera la victoria. Pues ella le demostraría cuál era el precio.

Todo lo demás desapareció detrás del tamborileo en sus oídos. Se entregó a su Canal con el viento y a su Canal con su príncipe. Esquivaba los ataques más deprisa de lo que una persona debería ser capaz, saltaba más lejos, y perdió la cuenta de cuántos enemigos murieron bajo sus manos.

Pero nunca antes había utilizado su magia de este modo, al menos no de manera consciente, y al final sintió cómo su poder titilaba. Lo que debía haber lanzado por los aires a varios soldados solo los hizo tambalearse. Vhalla se quedó parada e inspeccionó su mano, como si la hubiese traicionado a propósito.

Una gran llama desde el otro lado del abismo reclamó su atención y, por primera vez desde que empezara la batalla, vio a Aldrik. Todo el mundo, incluso a este lado de la quebrada, se tambaleó por la onda de calor. Vhalla dio un paso hacia él. Había más norteños, muchos más, al otro lado del Desfiladero. Se preguntó qué había pasado con todos los demás soldados. Aldrik parecía tener a cinco enemigos sobre él al mismo tiempo.

El príncipe era como una poesía envuelta en fuego. Su cuerpo se movía con destreza, esquivaba y contrarrestaba los ataques con llamas. El fuego giraba en espiral a su alrededor y su armadura oscura parecía arder mientras Aldrik giraba sobre sí mismo y manejaba las llamas con sus manos y sus pensamientos.

Vhalla proyectó una mano hacia delante. Ver a Aldrik había inspirado a su poder otra vez. Un soldado cayó en las llamas y estas se extendieron sobre él al instante mientras el aire de Vhalla y el fuego de Aldrik se fusionaban. Aldrik se giró hacia ella por instinto y sus ojos conectaron.

Su expresión mostró horror de repente y Vhalla sintió la hoja moverse por el aire detrás de ella. Bajó un hombro y levantó la mano; se preguntó si Aldrik había visto explotar la cara del norteño. Vhalla se giró para comprobarlo y su corazón se aceleró por una razón completamente distinta.

Lo estaban atacando dos norteños, uno por cada lado. Aldrik se agachó y columpió su espada, esquivó los ataques, pero estaba claro que ambos hombres eran combatientes muy expertos. Vhalla dio un paso al frente. Fue entonces cuando se percató de que otros cuatro se cernían sobre él; formaron un semicírculo en torno al príncipe y a los dos norteños. Aldrik estaba atrapado contra el borde de la quebrada, todos sus esfuerzos dedicados a los dos que esquivaban sus ataques y se abalanzaban hacia cualquier punto descubierto que veían.

Vhalla contempló cómo lo forzaban a dar otro paso más hacia atrás. Los cuatro del semicírculo movían los labios con fervor.

Vhalla dio otro paso adelante. Aldrik no los había visto. *Tenía que advertirle* .

De repente, los dos soldados se apartaron de un salto y cayeron hacia atrás. Los seis levantaron los puños al unísono. Aldrik parecía demasiado aturdido como para moverse. Apenas fue capaz de dar un paso cuando todos los norteños bajaron sus manos cerradas contra el suelo.

Un crujido, un retumbar, y el suelo onduló bajo los pies del príncipe.

«No», murmuró Vhalla.

Aldrik trató de huir cuando el borde del acantilado se resquebrajó bajo sus pies. Gritó, lastrado por su pesada armadura.

«¡No!», gritó Vhalla.

Echó a correr hacia delante, por encima de sangre y restos, en un intento por llegar hasta él. El ruido de las espadas se perdió detrás de ella, los gritos de los soldados. Solo tenía ojos para su príncipe, que perdió pie cuando la primera roca grande resbaló hacia el Desfiladero mucho más abajo.

«¡No!» , chilló Vhalla al ver a Aldrik caer hacia atrás.

Los treinta segundos siguientes se alargaron hacia la eternidad. Vhalla corría a ciegas hacia su príncipe, sin pensar en nada más que en llegar

hasta él. Los pies de Aldrik por fin abandonaron el suelo cuando el acantilado entero se sacudió y desapareció delante del semicírculo de Rompedores de Tierra. Aldrik estaba perdido, caía en picado entre la tierra suelta hacia el suelo mucho más allá.

Los pies de Vhalla volaban bajo ella y la alejaban de los gritos de los soldados imperiales a su espalda. El viento estaba enredado alrededor de sus tobillos, enganchado bajo sus talones. Tenía que llegar hasta él, tenía que salvarlo. Vhalla saltó por los aires, el viento a su espalda la empujó hacia delante.

Aldrik estaba al otro lado de la ancha boca de lo que antaño había sido un gran río. Y aun así, con un estallido del poder de Vhalla, esta cruzó hasta él, propulsada por el aire, inclinada hacia delante. El pelo de Vhalla azotó la cara de Aldrik y los ojos oscuros del príncipe conectaron con los de ella, alucinado.

Sus labios formaron una sola palabra: «Vhalla», susurró al vendaval que rodeaba su cuerpo en caída libre. Vhalla estiró la mano hacia delante, desesperada. *Llegaría hasta él* . El suelo subía a su encuentro a toda velocidad y Aldrik por fin empezó a estirar los brazos también hacia ella.

El cuerpo de Aldrik se inclinó y zarandeó sobre las bolsas de aire que Vhalla intentó crear debajo de él. Había demasiados factores impredecibles. Vhalla no era lo bastante fuerte, no era lo bastante hábil para detener un cuerpo de este modo. El pánico la impulsó a agotar los últimos restos de su magia en su intento de frenarlo.

La mano de Aldrik intentó agarrarla pero solo encontró aire. Vhalla extendió el brazo, tenía que llegar hasta él. Las yemas de sus dedos rozaron las del príncipe y Vhalla sintió cómo su cuerpo empezaba a ralentizarse, pues el viento se negaba a dañarla. Aldrik la miró y Vhalla vio una emoción consumirlo por completo, una emoción que nunca antes había visto en él: *miedo* . El brazo de Vhalla amenazaba con salírsele del hombro. *La mano de Aldrik estaba tan cerca…* Casi lo tenía, un momento más, unos metros más, una brizna de energía que no se hubiese agotado empujando el viento alrededor de ambos. El suelo era implacable en su deseo de recibir con violencia sus cuerpos en caída libre, y a ella solo le quedaba un intento más antes de que se estrellaran contra él.

Vhalla hizo ese último intento.

Y agarró solo aire. Los dedos de Aldrik resbalaron más allá de los

suyos ensangrentados y Vhalla gritó. Lo último que vio fue el momento en que el cuerpo de Aldrik impactó contra el suelo y la sangre se arremolinó al instante alrededor de su figura rota y exangüe, antes de que todo se volviera negro.

SOBRE LA AUTORA

Elise Kova es una autora superventas de *USA Today* . Le gusta contar historias sobre mundos de fantasía llenos de magia y emociones profundas. En la actualidad vive en Florida y, cuando no está escribiendo, se dedica a los videojuegos, a dibujar, a hablar con lectores en las redes sociales, o a soñar despierta con su siguiente historia.

Elise invita a sus lectores a obtener adelantos, información privilegiada y mucho más solo con suscribirse a su *newsletter* en: http://elisekova.com/suscribe

Visítala en internet en:

http://elisekova.com/

https://www.tiktok.com @elisekova

https://www.facebook.com/AuthorEliseKova/

https://www.instagram.com/elise.kova/

Consulta todos los títulos de Elise en su página de Amazon:

http://author.to/EliseKova

AGRADECIMIENTOS

Mi artista de la portada, Merilliza Chan, tengo que empezar por ti, querida, mi creadora de arte oficial. Tu trabajo para las portadas de la saga de *El despertar de la bruja de aire* continúa mejorando, una vez tras otra. Los ruidos que hice cuando vi la portada final de *La caída del príncipe de fuego* fueron inhumanos. Esa armadura… El rostro de Aldrik… Es demasiado bonita. Tú me inspiras a escribir mejor para asegurarme de que la historia que estoy creando cumple las promesas que hace tu arte.

Mi editora, Monica Wanat, ¿dónde estaría yo sin ti? Con un montón de «dijo él/dijo ella», ¡ahí es donde estaría! No puedo decirte cuántas

veces he señalado emocionada a la pantalla y he pensado «¡Sí, sí! ¡Eso es justo lo que quería decir!». Estás ahí mismo, dentro de mi cabeza, y elevas mi trabajo a un nivel de profesionalismo pulido que no podría conseguir sin ti. Sé que has tenido muchas cosas en la cabeza últimamente y quiero que sepas que siento una profunda admiración por tu perseverancia.

Katie, espero que de verdad entiendas lo mucho que has influido en todo lo que se ha convertido *El despertar de la bruja de aire* . Si no te tuviera a ti para comentar mis ideas y hablar las cosas en detalle, no estoy segura de qué haría.

Mis lectores beta, Nick, Dani y Jamie, vuestras contribuciones, puntos de vista, opiniones y contrapartidas me ayudan muchísimo a crear una historia tan redonda. Gracias por tomaros el tiempo de trabajar conmigo, de desafiarme, y de lidiar con todas las veces que me dan ataques de pánico al pensar que todas las palabras están mal.

Mi hermana, Meredith, no creo que pueda expresar exactamente lo importante que ha sido para mí tu entusiasmo. Me ha sacado de la monotonía de escribir y editar, y me ha recordado que también debo emocionarme con todo el proceso. Que debo estar orgullosa de lo que he conseguido y disfrutar de verdad de los pasos de este viaje. Sin importar lo cerca o lejos que estemos físicamente, tú siempre serás una pieza fundamental en mi vida.

Michelle Madow, tienes un talento excepcional y eres maravillosa. Me has ayudado a pasar de tener un montón de ideas desorganizadas a ser una «autora de verdad». ¡Estoy impaciente por leer lo siguiente que vas a publicar! Gracias por incluirme en tu mundo y por servirme de guía.

Rob y el equipo de Gatekeeper Press, habéis sido todos absolutamente maravillosos. El trabajo que habéis hecho, toda vuestra ayuda, vuestra perspicacia, vuestra profesionalidad, lo disponibles que habéis estado para mí… es un honor trabajar con vosotros. Hacéis que pasen cosas que yo, francamente, jamás podría conseguir sola, y estoy contentísima de haber decidido trabajar con vosotros. Sé que puedo ser exigente a veces, pero espero… me gusta pensar… que nos ayudamos los unos a los otros a ser mejores.

Mi Street Team, gracias por ayudarme a promocionar, amar y dar vida a *El despertar de la bruja de aire* . Me encanta hablar con todos vosotros y me alegro muchísimo de que estéis conmigo en esta aventura. Cada uno de vosotros ha hecho su parte y más, y solo puedo esperar seguir

dándoos grandes historias que disfrutar.

Mis padres, Madeline y Vince, por ser mis animadores más incondicionales y las dos personas con las que sé que siempre puedo contar. Os quiero a los dos.

Table of Contents

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

SOBRE LA AUTORA

AGRADECIMIENTOS